OBRAS

DE

DON JUAN DONOSO CORTÉS,

MARQUES DE VALDEGAMAS,

ORDENADAS Y PRECEDIDAS DE UNA NOTICIA BIOGRÁFICA

POR

DON GAVINO TEJADO.

TOMO CUARTO.

MADRID:
IMPRENTA DE TEJADO, EDITOR.

1854.

ENSAYO

SOBRE

EL CATOLICISMO,

EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO,

CONSIDERADOS EN SUS PRINCIPIOS FUNDAMENTALES.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Al frente de la primitiva edicion del Ensayo, *hecha en esta Córte en* 1851, *escribió su autor la siguiente* advertencia :

«Esta obra ha sido examinada en su parte dogmática por uno de los teólogos de mas renombre de Paris, que pertenece á la gloriosa escuela de los Benedictinos de *Solesme*. El autor se ha conformado, en la redaccion definitiva de su obra, con todas sus observaciones.»

Esta precaucion que al Señor Donoso *inspiraron su religiosidad y su prudencia, no parece que bastó para eximir á su obra de recelosas prevenciones y de amargas censuras; pero las mas señaladas por su violencia y crudeza fueron las publicadas en la revista francesa titulada* L' Ami de la Religion *durante los meses de Enero y Febrero de* 1853, *suscriptas por el presbítero P. Gaduel, Vicario general de Orleans. En nuestra* Noticia biográfica *hallará el lector pormenorizada la narracion de las circunstancias que determinan el orígen y la índole de aquellas censuras. Tales, sin embargo, como ellas sean, y cualquiera que fuere, por otra parte, el valor que se las atribuya, no hemos creido leal ni prudente ni cristiano ocultarlas ni condenarlas al olvido: y como quiera que, al mismo tiempo, tampoco nos hemos considerado con derecho ni autoridad suficientes para refutarlas por nosotros mismos, nos ha parecido no solamente oportuno sino necesario insertarlas íntegra y textualmente traducidas, juntamente con la polémica por ellas suscitada, y con todos los incidentes mas señalados á que dieron ocasion. Presentando de este modo una esposicion fiel y documentada del ataque y de la defensa, creemos cumplir el doble deber que nuestra calidad de editor nos impone, consistente, por una parte, en consignar los hechos que conducen á esclarecer los términos del debate, y por otra, en presentar*

la suma de autoridades, que determinen los grados de aprecio y de confianza que la conciencia católica de cada lector deba otorgar al libro del Sr. Donoso. *En tan árdua y delicada contienda, por el hecho solo de haber sido planteada, no era lícito ya ni desentenderse de ella, ni darle tampoco una solucion incompetente.*

Con estas breves indicaciones, que nos parecen de la mayor importancia, dejamos explicados, y en nuestro concepto justificados tambien, el objeto y fin que nos hemos propuesto en la eleccion de las piezas que forman el largo Apéndice *del presente tomo. Seános empero lícito, no con animo de prevenir al lector ni en pró ni en contra de nuestra propia opinion, que por nada entra ni debe entrar en este negocio, sino con el fin de hacer las materiales advertencias necesarias, séanos lícito, decimos, calificar en términos breves las mas importantes de aquellas piezas:*

1.ª *Los artículos críticos del presbítero Gaduel, escritos durante el ardor de una empeñada lucha de partido, con la visible y manifiesta tendencia á desacreditar los principios y los actos de la escuela filosófico–religiosa, que en Francia se ha consagrado á combatir el espíritu anti–católico del rancio Galicanismo.*

2.ª *Los artículos escritos en el* Univers, *órgano y campeon principal, en la prensa periódica, de esta escuela anti–galicana, y adversario natural, en tal concepto, del* Ami de la Religion, *donde fueron publicados y defendidos los artículos del Sr. Gaduel.*

3.ª *La carta en que el* Sr. Donoso *protesta calorosamente de su sumision perpétua, incondicional y absoluta á las decisiones de la Iglesia, y de su implícita condenacion de todo cuanto la Iglesia ha condenado, condene y pudiera en adelante condenar en él ó en otros cualesquiera.*

4.ª *Artículo del periódico religioso de Turin, titulado la* Armonía, *escrito por eclesiásticos ilustradísimos, en refutacion de las críticas del Sr. Gaduel. En este artículo se anuncia ya publicada la traduccion italiana del* Ensayo, *impresa en la Diócesis de Foligno, es decir, en los mismos Estados Pontificios, con la aprobacion de un Asistente de la Inquisicion, y del R. Obispo de aquella ciudad.*

5.ª *Sentida, enérgica y respetuosa carta–esposicion del* Sr. Do-

NOSO *al* SUMO PONTÍFICE, *acompañando las piezas del proceso, por decirlo así, abierto contra su libro, y sometiendo el examen y definitivo juicio de todas sus alegaciones á la alta sabiduría del Gefe supremo de la Iglesia.*

6.ª *Inmediata y consoladora respuesta de* SU SANTIDAD *al* SEÑOR DONOSO, *ofreciéndole examinar atentamente el asunto, y otorgándole, por via de prenda y de esperanza, las seguridades mas satisfactorias de su alto aprecio y paternal estimacion.*

7.ª *Subsiguiente artículo crítico-apologético acerca del* SR. DONOSO *y de su obra, publicado por la* Civiltá Cattólica, *sapientísima y religiosa revista quincenal que se publica en Roma por ilustres sacerdotes bajo la inmediata proteccion del* SUMO PONTÍFICE.

Llamamos grandemente la atencion de los lectores sobre este último documento, invitándoles no solo á que se penetren del sentido íntimo de su literal contexto, sino á que tengan bien en cuenta el lugar *donde se publica, la* ocasion *con que se publica, y la* fecha *en que aparece.*

Dejando siempre á salvo todas y cada una de las decisiones que hoy ó en cualquier tiempo tuviese á bien pronunciar, sobre todas ó sobre cualquiera de las varias partes de este negocio, la santa y excelsa autoridad á quien el SR. DONOSO *habia cometido su examen y fallo definitivo, creemos satisfacer cumplidamente á cuanto por ahora estamos obligados, insertando, como en la presente edicion del* ENSAYO *hacemos, íntegra y literalmente todas y cada una de las notas puestas al pie de su texto respectivo en la traduccion italiana de que queda hecha mencion mas arriba: tales como son, añadidas al* ENSAYO *forman un libro que el Asistente de la Inquisicion halla bueno; que por bueno tiene el Reverendo Obispo de la Diócesis donde se ha publicado; que por bueno tiene, en fin, el Padre comun de los fieles y Gefe supremo de la Iglesia, en cuyos Estados corre aquel libro no solamente con su autorizacion y consentimiento, sino con su beneplácito y recomendaciones. Tenemos todo esto por bastante para tranquilizar nuestra conciencia católica como editores, y nuestra amistad, como depositarios que en cierto modo hemos venido á ser de la honra y memoria veneranda del* SR. DONOSO.

Para concluir, y con ánimo de redondear, por decirlo así, los propósitos y el plan bajo que hemos concebido y ordenado la publicacion del presente tomo, damos á continuacion traducido el Prefacio *puesto al frente de la ya citada edicion italiana, que es como sigue:*

«Con la verdad se camina siempre hácia la perfeccion: con el error se suele correr, pero para retroceder bien pronto y precipitarse en el abismo. Solo en el Catolicismo está la verdad; fuera de él no hay sino errores, apariencias y fantasmas de verdad; y el mas importante servicio que puede por tanto hacerse á los hombres, es el tratar de confirmarlos y restituirlos á las vias católicas. Si antiguo es el Catolicismo, no por eso envejece, sino antes bien, por su inagotable vigor y su fecundidad prodigiosa, muestra siempre la frescura de una eterna y robustísima juventud. Los errores que incesantemente le combaten, son para él otras tantas ocasiones de manifestar mas y mas las luces inmensas de sus bellezas incorruptibles: y los grandes escritores católicos que en todos tiempos han florecido en su seno, abundaron tanto mas en esplendor y en maravillas, cuanto mas ardientes y numerosos han sido los contínuos ataques de la mentira contra la verdad. Hoy que la Iglesia encuentra un enemigo formidable en la monstruosa heregía del Racionalismo, que concentra en sí todos los errores y todas las heregías, natural era que se publicasen escritos sublimes que con admirable modo espusieran lo que ha sido, es y será eternamente inconcuso, lo que ha sido, es y será eternamente faro luminoso que muestre á los náufragos el puerto, y fuente perene de salud para la flaca humanidad. Aquellos escritos serán uno de los medios de salvacion para esta sociedad tan estremecida y minada en sus mismos cimientos: y mereciendo tan distinguido lugar entre los mas preciados el Ensayo del ilustre Sr. Donoso, nos hemos decidido á traducirlo en nuestra lengua, con el fin de que facilitada y propagada la lectura de esta obra, pueda mas y mas estenderse el gran provecho que de ella sacarán cuantos la conozcan y mediten.»

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

DE CÓMO EN TODA GRAN CUESTION POLÍTICA VA ENVUELTA SIEMPRE UNA GRAN CUESTION TEOLÓGICA.

Mr. Proudhon ha escrito, en sus *Confesiones de un revolucionario*, estas notables palabras: «Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teologia.» Nada hay aquí que pueda causar sorpresa, sino la sorpresa de Mr. Proudhon. La teología, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el Océano que contiene y abarca todas las ciencias, asi como Dios es el Océano que contiene y abarca todas las cosas.

Todas ellas estuvieron antes de que fueran, y están despues de creadas, en el entendimiento divino; porque si Dios las hizo de la nada, las ajustó á un molde que está en él eternamente. Todas están allí por aquella altísima manera con que están los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios, los reflejos en la luz, las formas en sus eternos ejemplares: en él están juntamente

la anchura de la mar, la gala de los campos, las armonías de los globos, las pompas de los mundos, el esplendor de los astros, las magnificencias de los cielos. Allí está la medida, el peso y número de todas las cosas, y todas las cosas salieron de allí con número, peso y medida. Allí están las leyes inviolables y altísimas de todos los séres, y cada cual está bajo el imperio de la suya. Todo lo que vive, encuentra allí las leyes de la vida; todo lo que vegeta, las leyes de la vegetacion; todo lo que se mueve, las leyes del movimiento; todo lo que tiene sentido, la ley de las sensaciones; todo el que tiene inteligencia, la ley de los entendimientos; todo el que tiene libertad, la ley de las voluntades. De esta manera puede afirmarse, sin caer en el panteismo, que todas las cosas estan en Dios, y que Dios está en todas las cosas.

Esto sirve para explicar por qué causa al compas mismo con que se disminuye la fé, se disminuyen las verdades en el mundo; y por qué causa la sociedad que vuelve la espalda á Dios, ve ennegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos sus horizontes. Por esta razon la religion ha sido considerada por todos los hombres, y en todos los tiempos, como el fundamento indestructible de las sociedades humanas: *Omnis humanæ societatis fundamentum convellit qui religionem convellit*, dice Platon, en el libro 10 de sus leyes. Segun Jenofonte (sobre Sócrates): «Las ciudades y naciones mas piadosas han sido siempre las mas duraderas y mas sabias.» Plutarco afirma (contra Colotés), «que es cosa mas fácil fundar una ciudad en el aire, que constituir una sociedad sin la creencia de los dioses.» Rousseau, en el *Contrato Social*, libro 4.°, capitulo 8.°, observa «que jamas se fundó Estado ninguno sin que la religion le sirviese de fundamento.» Voltaire dice, *Tratado de la tolerancia*, capítulo 20, «que allí donde hay una sociedad, la religion es de todo punto necesaria.» Todas las legislaciones de los pueblos antiguos descansan en el temor de los dioses. Polibio declara que ese santo temor es todavía mas necesario que en los otros, en los pueblos libres. Numa, para que Roma fuese la ciudad eterna, hizo de ella la ciudad santa. Entre los pueblos de la antigüedad, el romano fué el mas grande, cabalmente porque fué el mas religioso. Como

César hubiera pronunciado un dia en pleno Senado ciertas palabras contra la existencia de los dioses, luego al punto Caton y Ciceron se levantaron de sus sillas, para acusar al mozo irreverente de haber pronunciado una palabra funesta á la república. Cuéntase de Fabricio, capitan romano, que como oyese al filósofo Cineas mofarse de la divinidad en presencia de Pirro, pronunció estas palabras memorables: «Plegue á los dioses que nuestros enemigos sigan esta doctrina, cuando estén en guerra con la república.»

La disminucion de la fe, que produce la disminucion de la verdad, no lleva consigo forzosamente la disminucion, sino el estravío de la inteligencia humana. Misericordioso y justo á un tiempo mismo, Dios niega á las inteligencias culpables la verdad, pero no las niega la vida; las condena al error, mas no á la muerte. Por eso todos hemos visto pasar delante de nuestros ojos esos siglos de prodigiosa incredulidad y de altísima cultura, que han dejado en pos de sí un surco, menos luminoso que inflamado en la prolongacion de los tiempos, y que han resplandecido con una luz fosfórica en la historia. Poned, sin embargo, en ellos vuestros ojos; miradlos una vez y otra vez, y vereis que sus resplandores son incendios, y que no iluminan sino porque relampaguean. Cualquiera diría que su iluminacion procede de la esplosion súbita de materias de suyo oscuras, pero inflamables, mas bien que de las purísimas regiones donde se engendra aquella luz apacible, dilatada suavemente en las bóvedas del cielo, con soberano pincel, por un pintor soberano.

Y lo mismo que aquí se dice de las edades, puede decirse de los hombres. Negándoles ó concediéndoles la fé, les niega Dios ó les quita la verdad: ni les dá ni les quita la inteligencia. La de los incrédulos puede ser altísima, y la de los creyentes humilde. La primera empero no es grande, sino á la manera del abismo; mientras que la segunda es santa, á la manera de un tabernáculo: en la primera habita el error, en la segunda la verdad. En el abismo está, con el error, la muerte; en el tabernáculo, con la verdad, la vida. Por esta razon, para aquellas sociedades que abandonan el culto austero de la verdad por la idolatría del ingenio, no hay es-

peranza ninguna. En pos de los sofismas vienen las revoluciones, y en pos de los sofistas los verdugos.

Posee la verdad política el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que estan sujetas las sociedades humanas; conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que él afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto esas afirmaciones. De donde se sigue, que toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmacion relativa á Dios; ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica.

Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo. Si lo es, no hay nada fuera de esa ciencia, que no tiene plural; porque el todo, que es su asunto, no le tiene. La ciencia política, la ciencia social no existen, sino en calidad de clasificaciones arbitrarias del entendimiento humano. El hombre distingue en su flaqueza lo que está unido en Dios con una unidad simplicísima. De esta manera distingue las afirmaciones políticas, de las afirmaciones sociales y de las afirmaciones religiosas; mientras que en Dios no hay sino una afirmacion, única, indivisible y soberana. Aquel que cuando habla explícitamente de cualquiera cosa, ignora que habla implícitamente de Dios, y que cuando habla explícitamente de cualquier ciencia, ignora que habla implícitamente de teología, puede estar cierto de que no ha recibido de Dios sino la inteligencia absolutamente necesaria para ser hombre. La teología, pues, considerada en su acepcion mas general, es el asunto perpétuo de todas las ciencias, así como Dios es el asunto perpétuo de las especulaciones humanas. Toda palabra que sale de los labios del hombre, es una afirmacion de la divinidad, hasta aquella que le maldice ó que le niega. El que revolviéndose contra Dios exclama frenético diciendo: «te aborrezco, tú no existes,» expone un sistema completo de teología; de la misma manera que el que levanta á él el corazon contrito, y le dice: «Señor, hiere á tu siervo que te adora.» El primero arroja á su rostro una blasfemia;

el segundo pone á sus pies una oracion: ambos empero le afirman, aunque cada cual de su manera, porque ambos pronuncian su nombre incomunicable.

En la manera de pronunciar ese nombre está la solucion de los mas temerosos enigmas: la vocacion de las razas, el encargo providencial de los pueblos, las grandes vicisitudes de la historia, los levantamientos y las caidas de los imperios mas famosos, las conquistas y las guerras, los diversos temperamentos de las gentes, la fisonomía de las naciones, y hasta su varia fortuna.

Allí donde Dios es la infinita sustancia, (1) el hombre, entregado á una contemplacion silenciosa, dá la muerte á sus sentidos, y pasa la vida como un sueño, acariciado por brisas olorosas y

(1) Aquí el autor habla del panteismo oriental. El que quiera tener una idea de este absurdo sistema religioso, que niega la sustancia de las cosas creadas, y segun el cual todo, esceptuando la sustancia infinita, no es mas que mera apariencia é ilusion, lea la excelente obra de Maret, titulada *Ensayo sobre el Panteismo* en las sociedades modernas, especialmente el cap. 4.° en que trata del *Panteismo filosófico-Filosofía vedanta*; y por lo que respecta á los efectos históricos de este sistema, vea el cap. 5.°, núm. 3, en que se habla del Yoguismo de las Indias, una de las aplicaciones mas exageradas del error religioso dominante en aquellas regiones. Hé aquí un rasgo tan triste como curioso, que por via de muestra extractamos de la citada obra.—«El Yogui, dice, es un solitario que con la mira de alcanzar la union mas perfecta con el ser infinito, se segrega de la sociedad humana, abandona todos los cuidados de la vida, se despoja de toda actividad, de todo pensamiento concreto, y se absorbe enteramente en la muda contemplacion del *yo infinito*. Las selvas, los yermos de la India y las cercanías de los lugares sagrados estan poblados por centenares de hombres tan maravillosos, que suelen estar á veces años enteros clavados en tierra en una sola postura, sin mover pié ni mano. El poeta Kalidas nos describe en el poema de la Sacontala á uno de estos célebres fanáticos: léese allí que preguntado el conductor del carro de Indra por el rey Dushmanta dónde se encuentra el retiro del solitario á quien va buscando, le responde aquel: penetra en ese bosque sagrado, y hallarás á un piadoso Yogui con espesa y crespa cabellera, que está inmóvil con los ojos fijos en el disco del sol: míralo, y verás su cuerpo medio cubierto por la arcilla que en él van dejando las ramas que brotan á su alrededor: una piel de serpiente, que le rodea la cintura, le sirve de cíngulo sacerdotal: enlázanse á su cuello plantas nudosas, de follage espeso, y en sus hombros y cabeza han hecho nido las aves.» —Segun Schlegel, esta descripcion no debe tomarse por una hipérbole de poeta, ó por un capricho imaginario, pues son muchos, dice, los testigos oculares que deponen de su exactitud, y que la narran en términos muy semejantes. En esta condicion del ser completamente absorto, y en este estado de aberracion mental hace consistir el panteismo índico el ideal de la perfeccion humana.

enervantes. El adorador de la infinita sustáncia está condenado á una esclavitud perpétua y á una indolencia infinita: el desierto tendrá para él algo de divino sobre la ciudad, porque es mas silencioso, mas solitario y mas grande; y sin embargo no le adorará como á su dios, porque el desierto no es infinito. El Océano seria su única divinidad, porque lo abarca todo, si no hubiera, extrañas turbulencias y ruidos extraños. El sol, que todo lo alumbra, seria digno de su culto, si no abrazara con su vista su disco resplandeciente. El cielo seria su señor, si no hubiera lumbreras; y la noche, si no tuviera rumores. Su dios es todas estas cosas juntas: inmensidad, oscuridad, inmobilidad, silencio. Allí se levantarán á lo alto y de repente, por la secreta virtud de una vegetacion poderosa, imperios colosales y bárbaros, que caerán con estrépito en un dia, abrumados por la inmensa pesadumbre de otros mas gigantescos y colosales, sin dejar rastro en la memoría de los hombres, ni de su caida ni de su levantamiento. Los ejércitos estarán sin disciplina, como los individuos sin inteligencia. El ejército será, ante todas cosas y principalmente, muchedumbre. La guerra tendrá menos por objeto averiguar cuál es la nacion mas heróica, que cuál es el imperio mas populoso; la victoria misma no será un título de legitimidad, sino porque es el símbolo de la divinidad, siéndolo de la fuerza. Como se vé, la teología y la historia indostánica son una cosa misma.

Volviendo los ojos al Occidente, se vé, como tendida á sus puertas, una region que da entrada á un nuevo mundo, en lo moral, en lo político y en lo teológico. La inmensa divinidad oriental se descompone allí, y pierde lo que tiene de austero y de formidable: su unidad es multitud. La divinidad era allí inmóvil; la multitud bulle aquí sin reposo. Todo era allí silencio; todo es aquí rumores, cadencias y armonías. La divinidad oriental se prolongaba por todos los tiempos, y rebosaba por todos los espacios. La gran familia divina tiene aquí su árbol genealógico, y cabe toda con anchura en la cumbre de un monte. Una eterna paz reposa en el dios del Oriente: todo es aquí, en el alcázar divino, guerra, confusion y tumulto. La unidad política pasa por las mismas vicisitudes que

la unidad religiosa: aquí es un imperio cada ciudad, mientrás qûe allí todas las muchedumbres formaban un imperio. A un dios corresponde un rey; á una república de dioses otra de ciudades. En esta multitud de ciudades y de dioses todo será desordenado y confuso. Los hombres tendrán un no sé qué de heróico y de divino, y los dioses un no sé qué de terrenal y humano. Los dioses darán á los hombres la comprension de las grandes cosas y el instinto de las cosas bellas, y los hombres darán á los dioses sus discordias y sus vicios. Habrá hombres de alta fama y virtud, y dioses incestuosos y adúlteros. Impresionable y nervioso, ese pueblo será grande por sus poetas y famoso por sus artistas, y se dará al mundo en espectáculo; la vida no será bella á sus ojos, sino en cuanto resplandece con los reflejos de la gloria; ni tendrá á la muerte por tremenda, sino en cuanto la siga el olvido: sensual hasta en la médula de sus huesos, no verá en la vida sino los placeres; y tendrá la muerte por dichosa, si muere entre flores. La familiaridad y el parentesco con sus dioses hará á ese pueblo vano, caprichoso, locuaz y petulante; falto de respeto á la divinidad, carecerá de gravedad en sus designios, de fijeza en sus propósitos, de consistencia en sus resoluciones. El mundo oriental se presentará á sus ojos como una region llena de sombras, ó como un mundo poblado de estátuas: el Oriente á su vez, poniendo los ojos en su vida tan efímera, en su muerte tan temprana, en su gloria tan breve, le llamará pueblo de niños. Para el uno la grandeza está en la duracion, para el otro en el movimiento. De esta manera la teología griega, y la historia griega y el temperamento griego son una misma cosa.

Este fenómeno es visible sobre todo en la historia del pueblo romano. Sus principales dioses, de familia etrusca, por lo que tenian de dioses eran griegos, por lo que tenian de etruscos eran orientales; por lo que tenian de griegos eran muchos, por lo que tenian de orientales eran austeros y sombríos. En política como en religion, Roma es á un tiempo mismo el Oriente y el Occidente. Es una ciudad como la de Teseo, y un imperio como el de Ciro. Roma figura á Jano: en su cabeza hay dos caras, y en sus dos ca-

ras dos semblantes; el uno es el símbolo de la duracion oriental, y el otro el del movimiento griego. Tan grande es su movilidad, que llega á los confines del mundo; y tan agigantada su duracion, que el mundo la llama eterna. Criada por el consejo divino para preparar las vias á aquel que habia de venir, su encargo providencial fué asimilarse todas las teologías, y dominar á todas las gentes. Obedeciendo á un llamamiento misterioso, todos los dioses suben al Capitolio romano: y pasmadas las gentes con un súbito terror, derriban al suelo su cerviz todos los pueblos y todas las naciones. Todas las ciudades, unas despues de otras, se ven desamparadas de sus dioses: los dioses, unos despues de otros, se ven despojados de todos sus templos y de todas sus ciudades. Su gigantesco imperio tiene por suya la legitimidad oriental, esto es la muchedumbre y la fuerza; y la legitimidad del Occidente, esto es la inteligencia y la disciplina. Por eso todo lo avasalla, y nada le resiste; todo lo tritura, y nadie se queja. De la misma manera que su teología tiene al mismo tiempo algo de diferente y algo de comun con todas las teologías, Roma tiene algo que la es propio, y mucho que la es comun con todas las ciudades vencidas por sus armas, ó deslustradas por su gloria: tiene de Esparta, la severidad; de Atenas, la cultura; de Ménfis, la pompa, y la grandeza de Babilonia y de Nínive. Para decirlo todo de una vez, el Oriente es la tésis, el Occidente su antítesis, Roma la síntesis; y el romano imperio no significa otra cosa sino que la tésis oriental y la antítesis occidental han ido á perderse y á confundirse en la síntesis romana. Descompóngase ahora en sus elementos constitutivos esa poderosa síntesis, y se observará que no es síntesis en el órden político y social, sino porque lo es tambien en el órden religioso. En los pueblos orientales como en las repúblicas griegas, y en el imperio romano como en las repúblicas griegas y en los pueblos orientales, los sistemas teológicos sirven para explicar los sistemas políticos: la teología es la luz de la historia.

La grandeza romana no podia bajar del Capítolio sino por los mismos medios que la habian servido para subir á su cumbre. Nadie podia asentar su planta en Roma, sino con el permiso de sus

dioses; nadie podia escalar el Capitolio, sino derrocando antes á *Júpiter Optimo Máximo*, Los antiguos, que tenian una noticia confusa de la fuerza vital que reside en todo sistema religioso, creian que ninguna ciudad podia ser vencida si antes no era abandonada por los dioses nacionales. Seguíase de aquí, en todas las guerras de ciudad á ciudad, de pueblo á pueblo y de raza á raza, una contienda espiritual y religiosa, que seguia los mismos pasos que la material y política. Los sitiados, al mismo tiempo que resistian con el hierro, volvian los ojos á sus dioses para que no los dejaran en mísero abandono. Los sitiadores, á su vez, los conjuraban al abandono de la ciudad con misteriosas imprecaciones. Desventurada la ciudad en donde resonaba tremenda aquella voz que decia: Vuestros dioses se van; vuestros dioses os abandonan. El pueblo de Israel no podia ser vencido cuando Moisés levantaba las manos al Señor; y no podia vencer cuando las derribaba hácia el suelo. Moisés es la figura del género humano, proclamando en todas las edades, con diferentes fórmulas y de diferente manera, la omnipotencia de Dios y la dependencia del hombre, el poderío de la religion y la virtud de las plegarias.

Roma sucumbió, porque sus dioses sucumbieron; su imperio acabó, porque acabó su teología. De esta manera, la historia viene á poner como de relieve el gran principio que está en lo mas hondo del abismo de la conciencia humana.

Roma habia dado al mundo sus césares y sus dioses. Júpiter y César Augusto se habian dividido entre sí el grande imperio de las cosas humanas y divinas. El sol, que habia visto levantarse y caer agigantados imperios, no habia visto ninguno, desde el dia de su creacion, de tan augusta majestad y de tan extraña grandeza. Todas las gentes habian recibido su yugo; hasta las mas ásperas y agrestes habian doblado sus cervices: el mundo habia depuesto las armas, la tierra guardaba silencio.

Por aquel tiempo nació, en humilde establo, de padres humildes, un niño prodigioso, en la tierra de los prodigios. Decíase de él que al tiempo de aparecer entre los hombres, habia brillado una nueva estrella en el cielo; que apenas nacido, habia sido adorado

de pastores y de reyes; que espíritus angélicos habian hablado á los hombres y habian cruzado por los aires; que su nombre incomunicable y misterioso habia sido pronunciado en el principio del mundo; que los patriarcas habian aguardado su venida; que los profetas habian anunciado su reino, y que hasta las sibilas habian cantado sus victorias. Estos extraños rumores habian llegado hasta los oidos de los servidores del César, y de aquí un vago terror y sobresalto en sus pechos. Ese sobresalto y ese vago terror pasaron sin embargo muy pronto, cuando vieron que los dias y las noches proseguian como siempre su perpétua rotacion, y que el sol seguia iluminando como antes el horizonte romano. Y dijeron para sí los gobernadores imperiales: el César es inmortal, y los rumores que oimos, fueron rumores de gente asustadiza y ociosa; y así pasaron treinta años: contra las preocupaciones del vulgo hay un remedio eficaz: el desprecio y el olvido.

Pero véase aquí que, pasados treinta años, la gente descontentadiza y ociosa vuelve á buscar, en nuevos y mas extraños rumores, un nuevo alimento á sus ocios. El Niño se habia hecho hombre, al decir de las gentes; al recibir en su cabeza las aguas del Jordan, habia venido sobre él un espíritu en figura de paloma; se habian rasgado los cielos, y habia resonado una voz clamando en las alturas: «Este es mi hijo muy querido.» Entre tanto el que le bautizó, hombre austero y sombrío, habitante de los desiertos y aborrecedor del género humano, clamaba á las gentes sin cesar: «Haced penitencia;» y señalando con el dedo al niño hecho hombre, daba este testimonio de él: «Este es el cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.» — Que en todo esto habia una farsa de mal género, representada por farsantes de mala especie, era cosa que para todos los *espiritus fuertes* de aquella edad no ofrecia ningun género de duda. El pueblo judío, decian, fué siempre muy dado á sortilegios y supersticiones: en las edades pasadas, y cuando volvia sus ojos oscurecidos con el llanto hácia su abandonado templo y hácia su pátria perdida, esclavo del babilonio, un gran conquistador, anunciado por sus profetas, le habia redimido del cautiverio, y le habia devuelto á un tiempo mismo su templo y su patria: no

era pues cosa extraña, sino antes muy natural, que aguardara una nueva redencion y un nuevo libertador que quebrantara para siempre en su cerviz la dura cadena de Roma.

Si no hubiera habido mas que esto, *las gentes despreocupadas y entendidas* de aquella edad hubieran dejado caer probablemente estos rumores, como hicieron con los pasados, hasta que el tiempo, ese gran ministro de la razon humana, los hubiera desvanecido por los aires; pero no sé qué hado funesto dispuso de otra manera las cosas; porque sucedió que Jesus (este era el nombre de la persona de quien se contaban tan grandes prodigios) comenzó á enseñar una nueva doctrina, y á obrar obras espantables. Su audacia ó su locura llegó á punto de llamar hipócritas y soberbios á los soberbios é hipócritas, y blanqueados sepulcros á los que eran sepulcros blanqueados. La dureza de sus entrañas fué tan grande, que aconsejó á los pobres la paciencia, y escarneciéndolos despues, celebró su buena ventura. Para vengarse de los ricos que le tuvieron siempre en menos, les dijo: «Sed misericordiosos (1).» Condenó la fornicacion y el adulterio, y comió el pan de los fornicadores y adúlteros. Desdeñó, tan grande era su envidia, á los doctores y á los sabios; y conversó, tan ruines eran sus pensamientos, con gentes rudas y groseras. Fué tan extremado en el orgullo, que se llamó señor de las tierras, de los mares y de los cielos; y fué tan consumado en las artes de la hipocresía, que lavó los piés á unos pobres pescadores; á pesar de su austeridad estudiada, dijo que su doctrina era amor; condenó el trabajo en Marta, y santificó el ocio en María; estuvo en relaciones secretas con los espíritus infernales, y por precio de su alma recibió el don de los milagros (2). Las turbas le seguian, y le adoraban las muchedumbres.

(1) En las frases que siguen, en que se continúa narrando sucintamente los principales hechos de la vida de nuestro Señor Jesucristo, expone el autor con mayor amplitud el maligno y calumnioso lenguaje que usaban los hipócritas y los impíos de aquel tiempo para contar las obras del Hombre-Dios.

(2) *Pharisæi autem dicebant: in principe dæmoniorum ejicit dæmones.* S. Mateo c. 9, v. 34.—Véase además S. Lucas, cap. 11, v. 15, y S. Marcos, cap. 3, v. 3, 4, 22.

Como se ve, á pesar de su buena voluntad, no podian permanecer por mas tiempo impasibles los guardadores de las cosas santas y de las prerogativas imperiales, responsables como eran, por razon de sus oficios, de la majestad de la religion y de la paz del Imperio. Lo que les movió principalmente á salir de su reposo, fué el aviso que tuvieron de que, por una parte, una grande multitud de gentes habia estado á punto de proclamarle rey de los judíos, y por otra, se habia llamado á sí mismo Hijo de Dios, y habia intentado apartar á los pueblos del pago de los tributos.

El que tales cosas habia dicho y el que tales obras habia obrado, era necesario que muriera *por el pueblo*. Faltaba solo justificar estos cargos, y aclarar debidamente estos puntos. Por lo tocante á los tributos, como fuese preguntado sobre el particular, dió aquella célebre respuesta con que desconcertó á los curiosos, diciéndoles: «Dad á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César;» que fué tanto como decir: «Os dejo vuestro César, y os quito vuestro Júpiter.» Preguntado por Pilatos y por el gran sacerdote, ratificó su dicho, afirmando de sí, que era el Hijo de Dios; pero que no era de este mundo su reino. Entonces dijo Caifás: «este hombre es culpable y debe morir»; y Pilatos al revés: «dejad libre á este hombre, porque es inocente».

Caifás, gran sacerdote, miraba la cuestion bajo el punto de vista religioso. Pilatos, hombre lego, miraba la cuestion bajo el punto de vista político. Pilatos no podia comprender qué tenia que ver el estado con la religion, César con Júpiter, la política con la teología. Caifás, por el contrario, pensaba que una nueva religion trastornaria el estado, que un nuevo Dios destronaria al César, y que la cuestion política iba envuelta en la cuestion teológica. La muchedumbre pensaba instintivamente como Caifás, y en sus roncos bramidos llamaba á Pilatos enemigo de Tiberio. La cuestion quedó en este estado por entonces.

Pilatos, tipo inmortal de los jueces corrompidos, sacrificó el Justo al miedo, y entregó á Jesus á las furias populares, y creyó purificar su conciencia lavándose las manos. El Hijo de Dios subió á la cruz, lleno de vilipendios y ludíbrios: allí se levantaron

contra él con sus manos y con sus bocas los ricos y los pobres, los hipócritas y los soberbios, los sacerdotes y los sabios, las mujeres de mala vida y los hombres de mala conciencia, los adúlteros y los fornicadores. El Hijo espiró en la cruz pidiendo por sus verdugos, y encomendando su espíritu á su Padre.

Todo entró por un momento en reposo; pero despues viéronse cosas que aun no habian visto los ojos de los hombres: la abominacion de la desolacion en el templo; las matronas de Sion maldiciendo su fecundidad; los sepulcros hendidos; Jerusalen sin gente, sus muros por el suelo, su pueblo disperso por el mundo; el mundo en armas; las águilas de Roma dando al aire míseros alaridos; Roma sin césares y sin dioses; las ciudades despobladas, y poblados los desiertos; por gobernadores de las naciones, hombres que no saben leer, vestidos de pieles; muchedumbres obedeciendo á la voz de aquel que dijo en el Jordan, «haced penitencia,» y á la voz de aquel otro que dijo: «el que quiera ser perfecto, que deje todas las cosas, que tome su cruz y me siga;» y los reyes adorando la cruz, y la cruz levantada en todas partes.

¿Por qué tan grandes mudanzas y trastornos? ¿Por qué tan grande desolacion, y tan universal cataclismo? ¿Qué significa eso? ¿Qué sucede? Nada: que unos nuevos teólogos andan anunciando una nueva teología por el mundo.

CAPÍTULO II.

DE LA SOCIEDAD BAJO EL IMPERIO DE LA TEOLOGÍA CATÓLICA.

Esa nueva teología se llama el Catolicismo. El Catolicismo es un sistema de civilizacion completo; tan completo, que en su inmensidad lo abarca todo: la ciencia de Dios, la ciencia del ángel, la ciencia del universo, la ciencia del hombre. El incrédulo cae en éxtasis á vista de su inconcebible estravagancia, y el creyente á vista de tan extraña grandeza. Si hay alguno por ventura que, al mirarle, pasa de largo y se sonrie, las gentes, mas asombradas aun de tan estúpida indiferencia que de aquella grandeza colosal y de aquella extravagancia inconcebible, alzan la voz y exclaman: Dejemos pasar al insensato.

La humanidad entera ha cursado por espacio de diez y nueve siglos en las escuelas de sus teólogos y de sus doctores; y al cabo de tanto aprender, y al cabo de tanto cursar, hoy dia es, y aun

no ha llegado con su sonda al abismo de su ciencia. Allí aprende cómo y cuando han de acabar, y cuándo y cómo han tenido principio las cosas y los tiempos; allí se le descubren secretos maravillosos que estuvieron siempre escondidos á las especulaciones de los filósofos gentiles, y al entendimiento de sus sabios: alli se le revelan las causas finales de todas las cosas, el concertado movimiento de las cosas humanas, la naturaleza de los cuerpos y las esencias de los espíritus, los caminos por donde andan los hombres, el término adonde van, el punto de donde vienen, el misterio de su peregrinacion y el derrotero de su viaje, el enigma de sus lágrimas, el secreto de la vida y el arcano de la muerte. Los niños amamantados á sus fecundísimos pechos saben hoy más que Aristóteles y Platon, luminares de Atenas. Y sin embargo, los doctores que tales cosas enseñan, y que á tales alturas alcanzan, son humildes. Solo al mundo católico le ha sido dado ofrecer un espectáculo en la tierra, reservado antes á los ángeles del cielo: el espectáculo de la ciencia derribada por la humildad ante el acatamiento divino.

Llámase esta teología católica, porque es universal; y lo es en todos los sentidos y bajo todos los aspectos: es universal, porque abarca todas las verdades; lo es, porque abarca todo lo que todas las verdades contienen; lo es, porque su naturaleza está destinada á dilatarse por todos los espacios, y á prolongarse por todos los tiempos; lo es en su Dios, y lo es en sus dogmas.

Dios era *unidad* en la India, *dualismo* en la Persia, *variedad* en Grecia, *muchedumbre* en Roma. El Dios vivo es *uno* en su sustancia, como el índico; *múltiple* en su persona, á la manera del pérsico; á la manera de los dioses griegos, es *vario* en sus atributos; y por la multitud de los espíritus (dioses) que le sirven, es *muchedumbre*, á la manera de los dioses romanos. Es causa universal, sustancia infinita é impalpable, eterno reposo, y autor de todo movimiento; es inteligencia suprema, voluntad soberana; es continente, no contenido. Él es el que lo sacó todo de la nada, y el que mantiene cada cosa en su sér; el que gobierna las cosas angélicas, las cosas humanas y las cosas infernales; es misericordiosísimo, justí-

simo, amorosísimo, fortísimo, potentísimo, simplicísimo, secretísimo, hermosísimo, sapientísimo; el oriente conoce su voz, el occidente le obedece, el mediodia le reverencia, el setentrion le acata. Su palabra hinche la creacion, los astros velan su faz, los serafines reflejan su luz en sus alas encendidas, los cielos le sirven de trono, y la redondez de la tierra está colgada de su mano. Cuando los tiempos fueron cumplidos, el Dios católico mostró su faz; esto bastó para que todos los ídolos fabricados por los hombres cayeran derribados por el suelo. Ni podia ser de otra manera, si se atiende á que las teologías humanas no eran sino fragmentos mutilados de la teología católica, y á que los dioses de las naciones no eran otra cosa sino la deificacion de alguna de las propiedades esenciales del Dios verdadero, del Dios bíblico.

El Catolicismo se apoderó del hombre en su cuerpo, en sus sentidos y en su alma. Los teólogos dogmáticos le enseñaron lo que habia de creer, los morales lo que habia de obrar, y los místicos, remontándose sobre todos, le enseñaron á levantarse á lo alto en alas de la oracion, esa escala de Jacob de piedras abrillantadas, por donde baja Dios hasta la tierra y sube el hombre hasta el cielo, hasta confundirse cielo y tierra, Dios y hombre, abrasados todos juntamente en el incendio de un amor infinito.

Por el Catolicismo entró el órden en el hombre, y por el hombre en las sociedades humanas. El mundo moral encontró en el dia de la redencion las leyes que habia perdido en el dia de la prevaricacion y del pecado. El dogma católico fué el criterio de las ciencias, la moral católica el criterio de las acciones, y la caridad el criterio de los afectos. La conciencia humana, salida de su estado cáustico, vió claro en las tinieblas interiores, como en las tinieblas exteriores, y conoció la bienaventuranza de la paz perdida, á la luz de esos tres divinos criterios.

El órden pasó del mundo religioso al mundo moral, y del mundo moral al mundo político. El Dios católico, criador y sustentador de todas las cosas, las sujetó al gobierno de su providencia, y las gobernó por sus vicarios. S. Pablo dice, en su *Epístola á los romanos*, cap. 13: *Non est potestas nisi á Deo*; y Salomon, en los

Proverbios, cap. 8, vers. 15: *Per me Reges regnant, et conditores legum justa decernunt*. La autoridad de sus vicarios fué santa, cabalmente por lo que tuvo de ajena, es decir, de divina. La idea de la autoridad es de orígen católico. Los antiguos gobernadores de las gentes pusieron su soberanía sobre fundamentos humanos; gobernaron para sí, y gobernaron por la fuerza. Los gobernadores católicos, teniéndose en nada á sí propios, no fuéron otra cosa sino ministros de Dios y servidores de los pueblos. Cuando el hombre llegó á ser hijo de Dios, luego al punto dejó de ser esclavo del hombre. Nada hay á un tiempo mismo mas respetable, mas solemne y mas augusto que las palabras que la Iglesia ponia en los oidos de los príncipes cristianos, al tiempo de su consagracion: «Tomad este baston como el emblema de vuestro sagrado poder, y para que podais fortificar al débil, sostener al que vacila, corregir al vicioso, y llevar al bueno por el camino de la salvacion Tomad el cetro como la regla de la equidad divina que gobierna al bueno y castiga al malo: aprended por aquí á amar la justicia y á aborrecer la iniquidad.» Estas palabras guardaban una consonancia perfecta con la idea de la autoridad legítima, revelada al mundo por nuestro Señor Jesucristo. *Scitis quia hi, qui videntur principari gentibus, dominantur eis: et principes eorum potestatem habent ipsorum. Non ita est autem in vobis, sed quicumque voluerit fieri major, erit vester minister: et quicumque voluerit in vobis primus esse, erit omnium servus. Nam et filius hominis non venit ut ministraretur ei, sed ut ministraret, et daret animam suam redemptionem pro multis.* (Marc., cap. 10, vers. 42, 43, 44, 45.)

Todos ganaron con esta revolucion dichosa: los pueblos y sus gobernadores; los segundos, porque no habiendo dominado antes sino sobre los cuerpos por el derecho de la fuerza, gobernaron ya los cuerpos y los espíritus juntamente, sustentados por la fuerza del derecho; los primeros, porque de la obediencia del hombre pasaron á la obediencia de Dios, y porque de la obediencia forzada pasaron á la obediencia consentida. Empero, si todos ganaron, no ganaron todos igualmente, como quiera que los príncipes, en el hecho mismo de gobernar en nombre de Dios, representaban á

la humanidad bajo el punto de vista de su impotencia para constituir una autoridad legítima por sí sola y en su nombre propio; mientras que los pueblos, en el hecho mismo de no obedecer en el príncipe sino á su Dios, eran los representantes de la mas alta y gloriosa de las prerogativas humanas, la que consiste en no sujetarse sino al yugo de la autoridad divina. Esto sirve para esplicar, por una parte, la singular modestia con que resplandecen en la historia los príncipes dichosos, á quienes los hombres llaman grandes, y la Iglesia llama santos; y por otra, la singular nobleza y altivez que se echa de ver en el semblante de todos los pueblos católicos. Una voz de paz y de consuelo y de misericordia se habia levantado en el mundo, y habia resonado hondamente en la conciencia humana; y esa voz habia enseñado á las gentes, que los pequeños y menesterosos nacen para ser servidos, porque son menesterosos y pequeños; que los grandes y los ricos nacen para servir, porque son ricos y porque son grandes. El Catolicismo, divinizando la autoridad, santificó la obediencia; y santificando la una y divinizando la otra, condenó el orgullo en sus manifestaciones mas tremendas, en el espíritu de dominacion y en el espíritu de rebeldía. Dos cosas son de todo punto imposibles en una sociedad verdaderamente católica: el despotismo y las revoluciones. Rousseau, que tuvo algunas veces súbitas y grandes iluminaciones, ha escrito estas notables palabras: «Los gobiernos modernos son deudores indudablemente al Cristianismo, por una parte, de la consistencia de su autoridad, y por otra, de que sean mas grandes los intervalos entre las revoluciones. Ni se ha estendido á esto solo su influencia; porque obrando sobre ellos mismos, los ha hecho mas humanos: para convencerse de ello no hay mas que compararlos con los gobiernos antiguos.» (*Emile*, libro 4.°) Y Montesquieu ha dicho: «No cabe duda sino que el Cristianismo ha creado entre nosotros el derecho político que reconocemos en la paz, y el de gentes que respetamos en la guerra, cuyos beneficios no agradecerá nunca suficientemente el género humano.» (*Esprit des lois*, lib, 29, cap. 3.°)

El mismo Dios, que es autor y gobernador de la sociedad política, es autor y gobernador de la sociedad doméstica. En lo mas

escondido, en lo mas alto, en lo mas sereno y luminoso de los cielos, reside un tabernáculo inaccesible aun á los coros de los ángeles: en ese tabernáculo inaccesible se está obrando perpétuamente el prodigio de los prodigios, y el misterio de los misterios. Allí está el Dios católico, uno y trino: uno en esencia, trino en las personas. El Padre engendra eternamente á su Hijo, y del Padre y del Hijo procede eternamente el Espiritu Santo. Y el Espíritu Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y el Padre es Dios; y Dios no tiene plural, porque no hay mas que un Dios, trino en las personas y uno en la esencia. El Espíritu Santo es Dios como el Padre; pero no es Padre: es Dios como el Hijo; pero no es Hijo. El Hijo es Dios como el Espíritu Santo; pero no es Espíritu Santo: es Dios como el Padre; pero no es Padre: el Padre es Dios como el Hijo; pero no es Hijo: es Dios como el Espíritu Santo; pero no es Espíritu Santo. El Padre es omnipotencia, el Hijo es sabiduría, el Espíritu Santo es amor; y el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son infinito amor, potencia suma, perfecta sabiduría. Allí la unidad, dilatándose, engendra eternamente la variedad; y la variedad, condensándose, se resuelve en unidad eternamente. Dios es tésis, es antítesis y es síntesis; y es tésis soberana, antítesis perfecta, síntesis infinita. Porque es uno, es Dios; porque es Dios, es perfecto; porque es perfecto, es fecundísimo; porque es fecundísimo, es variedad; porque es variedad, es familia. En su esencia están, de una manera inenarrable é incomprensible, las leyes de la creacion y los ejemplares de todas las cosas. Todo ha sido hecho á su imágen: por eso la creacion es una y varia. La palabra universo, tanto quiere decir como unidad y variedad juntas en uno.

El hombre fué hecho por Dios, á imágen de Dios; y no solamente á su imágen, sino tambien á su semejanza; por eso el hombre es uno en la esencia y trino en las personas. Eva procede de Adan, Abel es engendrado por Adan y por Eva, y Abel y Eva y Adan son una misma cosa; son el hombre, son la naturaleza humana. Adan es el hombre padre, Eva es el hombre mujer, Abel es el hombre hijo. Eva es hombre como Adan; pero no

es padre: es hombre como Abel; pero no es hijo. Adan es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva, sin ser mujer. Abel es hombre como Eva, sin ser mujer; y como Adan, sin ser padre.

Todos estos nombres son nombres divinos, como son divinas las funciones significadas por ellos. La idea de la paternidad, fundamento de la familia, no ha podido caber en el entendimiento humano. Entre el padre y el hijo no hay ninguna de aquellas diferencias fundamentales que presentan una base bastante ancha para asentar en ella un derecho. La prioridad es un hecho y nada mas; la fuerza es un hecho y nada mas; la prioridad y la fuerza no pueden constituir por sí mismas el derecho de la paternidad, aunque pueden dar orígen á otro hecho, el hecho de la servidumbre. El nombre propio del padre, supuesto este hecho, es el de *señor*, como el nombre del hijo es el de *esclavo*. Y esta verdad que nos dicta la razon, está confirmada por la historia. En los pueblos olvidados de las grandes tradiciones bíblicas, la paternidad no ha sido nunca sino el nombre propio de la tiranía doméstica. Si hubiera existido un pueblo, olvidado, por una parte, de esas grandes tradiciones, y apartado por otra del culto de la fuerza material, en ese pueblo los padres y los hijos hubieran sido y se hubieran llamado hermanos. La paternidad viene de Dios, y solo de Dios puede venir en el nombre y en la esencia. Si Dios hubiera permitido el olvido completo de las tradiciones paradisiacas, el género humano, con la institucion, hubiera perdido hasta su nombre.

La familia, divina en su institucion, divina en su esencia, ha seguido en todas partes las vicisitudes de la civilizacion católica: y esto es tan cierto, que la pureza ó la corrupcion de la primera es siempre síntoma infalible de la pureza ó de la corrupcion de la segunda: así como la historia de las varias vicisitudes y trastornos de la segunda es la historia de los trastornos y de las vicisitudes por que va pasando la primera.

En las edades católicas, la tendencia de la familia es á perfeccionarse; de natural se convierte en espiritual, y del hogar pasa á los claustros. Mientras que los hijos se postran reverentes en el

hogar á los piés del padre y de la madre, los habitantes de los claustros, hijos mas rendidos y reverentes, bañan con lágrimas los sacratísimos piés de otro Padre mejor, y el sacratísimo manto de otra Madre mas tierna. Cuando la civilizacion católica va de vencida, y entra en su período decadente, luego al punto la familia decae, su constitucion se vicia, sus elementos se descomponen y todos sus vínculos se relajan. El padre y la madre, entre quienes no puso Dios otro medianil sino el amor, ponen entre los dos el medianil de un ceremonial severo; mientras que una familiaridad sacrílega suprime la distancia que puso Dios entre los hijos y los padres, echando por el suelo el medianil de la reverencia. La familia, entonces, envilecida y profanada se dispersa, y va á perderse en los clubs y en los casinos.

La historia de la familia puede encerrarse en pocos renglones. La familia divina, ejemplar y modelo de la familia humana, es eterna en todos sus individuos. La familia humana espiritual, que despues de la divina es la mas perfecta de todas, dura en todos sus indivíduos lo que dura el tiempo: la familia humana natural, entre el padre y la madre, dura lo que dura la vida, y entre el padre y los hijos largos años. La familia humana anticatólica dura entre el padre y la madre algunos años; entre el padre y los hijos algunos meses: la familia artificial de los clubs dura un dia, la del casino un instante. La duracion es aquí, como en otras muchas cosas, la medida de las perfecciones. Entre la familia divina y la humana de los claustros, hay la misma proporcion que entre el tiempo y la eternidad; entre la espiritual de los claustros, la mas perfecta, y la sensual de los clubs, la mas imperfecta de todas las humanas, hay la misma proporcion que entre la brevedad del minuto y la inmensidad de los tiempos.

CAPÍTULO III.

DE LA SOCIEDAD BAJO EL IMPERIO DE LA IGLESIA CATÓLICA.

Constituidos, por una parte, el criterio de las ciencias, el criterio de los afectos y el criterio de las acciones; constituidas, por otra, en la sociedad la autoridad política, y en la familia la autoridad doméstica, era necesario constituir otra autoridad sobre todas las humanas, órgano infalible de todos los dogmas, depositaria augusta de todos los criterios, que fuera á un tiempo mismo santa y santificante, que fuera la palabra de Dios encarnada en el mundo, la luz de Dios reverberando en todos los horizontes, la caridad divina inflamando todas las almas; que atesorara en altísimo y escondido tabernáculo, para derramarlos por la tierra, los infinitos tesoros de las gracias del cielo, que fuera refrigerio de los hombres fatigados, refugio de los hombres pecadores, fuente de aguas vivas para los que tienen sed, pan de vida eterna

para los que tienen hambre, sabiduría para los ignorantes, para los extraviados camino; que estuviera llena de advertencias y de lecciones para los poderosos, y para los pobres llena de amor y de misericordias; una autoridad puesta en tan grande altura que pudiera hablar á todas con imperio, y sobre roca tan firme que no pudiera ser contrastada por las alteradas ondas de este mar sin reposo; una autoridad fundada directamente por Dios, y que no estuviera sujeta á los vaivenes de las cosas humanas; que fuera á un tiempo mismo siempre nueva y siempre antigua, duracion y progreso, y á quien asistiera Dios con especial asistencia.

Esa autoridad altísima, infalible, fundada para la eternidad, y en quien se agrada Dios eternamente, es la santa Iglesia católica, apostólica, romana, cuerpo místico del Señor, esposa dichosa del Verbo, que enseña al mundo lo que aprende de boca del Espíritu Santo: que puesta como en una region media entre la tierra y el cielo, cambia plegarias por dones, y ofrece perpétuamente al Padre, por la salvacion del mundo, la sangre preciosísima del Hijo en sacrificio perpétuo y en perfectísimo holocausto.

Como quiera que Dios hace todas las cosas acabadas y perfectas, no era propio de su infinita sabiduría dar la verdad al mundo, y entrando despues en su perfecto reposo dejarla expuesta á las injurias del tiempo, vano asunto de las disputas del hombre. Por esa razon ideó eternamente su Iglesia, que resplandeció en el mundo en la plenitud de los tiempos, hermosísima y perfectísima, con aquella alta perfeccion y soberana hermosura que tuvo siempre en el entendimiento divino. Desde entonces ella es, para los que navegamos por este mar del mundo que hierve en tempestades, faro luminoso puesto en escollo eminente. Ella sabe lo que nos salva y lo que nos pierde, nuestro primer orígen y nuestro último fin, en qué consiste la salvacion, y en qué la condenacion del hombre; y ella sola lo sabe; ella gobierna las almas, y ella sola las gobierna; ella ilumina los entendimientos, y ella sola los ilumina; ella endereza la voluntad, y ella sola la endereza; ella purifica y enciende los afectos, y ella sola los enciende y los purifica; ella mueve los corazones, y sola los mueve con la gracia del Espíritu Santo. En

ella no cabe ni pecado, ni error, ni flaqueza; su túnica no tiene mancha; para ella las tribulaciones son triunfos, los huracanes y las brisas la llevan al puerto.

Todo en ella es espiritual, sobrenatural y milagroso: es espiritual, porque su gobierno es de las inteligencias, y porque las armas con que se defiende y con que mata son espirituales; es sobrenatural, porque todo lo ordena á un fin sobrenatural, y porque tiene por oficio ser santa y santificar sobrenaturalmente á los hombres; es milagrosa, porque todos los grandes misterios se ordenan á su milagrosa institucion, y porque su existencia, su duracion, sus conquistas son un milagro perpétuo. El Padre envia al Hijo á la tierra, el Hijo envia sus apóstoles al mundo y el Espíritu Santo á sus apóstoles; de esta manera, en la plenitud como en el principio de los tiempos, en la institucion de la Iglesia como en la creacion universal, intervienen á la vez el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Doce pescadores pronuncian las palabras que suenan misteriosamente en sus oidos, y luego al punto es conturbada la tierra: un fuego desusado arde en las venas del mundo. Un torbellino saca de quicio á las naciones, arrebata á las gentes, trastorna los imperios, confunde las razas. El género humano suda sangre bajo la presion divina; y de toda esa sangre, y de toda esa confusion de razas, de naciones y de gentes, y de esos torbellinos impetuosos, y de ese fuego que circula por todas las venas de la tierra, el mundo sale radiante y renovado, puesto á los piés de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo.

Esa mística ciudad de Dios tiene puertas que miran á todas partes, para significar el universal llamamiento: *Unam omnium Rempublicam agnoscimus mundum*, dice Tertuliano. Para ella no hay bárbaros ni griegos, judíos ni gentiles. En ella caben el scita y el romano, el persa y el macedonio, los que acuden del oriente y del occidente, los que vienen de la banda del septentrion y de las partes del mediodía. Suyo es el santo ministerio de la enseñanza y de la doctrina, suyo el imperio universal y el universal sacerdocio; tiene por ciudadanos á reyes y emperadores; sus héroes son los mártires y los santos. Su invencible milicia se compone de aquellos

varones fortísimos que vencieron en sí todos los apetitos de la carne y sus locas concupiscencias. El mismo Dios preside invisiblemente en sus austeros senados y en sus santísimos concilios. Cuando sus pontífices hablan á la tierra, su palabra infalible ha sido escrita ya por el mismo Dios en el cielo.

Esa Iglesia puesta en el mundo sin fundamentos humanos, despues de haberle sacado de un abismo de corrupcion, le sacó de la noche de la barbarie. Ella ha combatido siempre los combates del Señor; y habiendo sido en todos atribulada, ha salido en todos vencedora. Los herejes niegan su doctrina, y triunfa de los herejes; todas las pasiones humanas se revelan contra su imperio; y triunfa de todas las pasiones humanas. El paganismo pelea con ella su último combate, y rinde á sus piés al paganismo. Emperadores y reyes la persiguen, y la ferocidad de sus verdugos es vencida por la constancia de sus mártires. Pelea solo por su santa libertad, y el mundo la da el imperio.

Bajo su imperio fecundísimo han florecido las cienciss, se han purificado las costumbres, se han perfeccionado las leyes, y han crecido con rica y espontánea vegetacion todas las grandes instituciones domésticas, políticas y sociales. Ella no ha tenido anatemas sino para los hombres impíos, para los pueblos rebeldes, y para los reyes tiranos. Ha defendido la libertad, contra los reyes que aspiraron á convertir la autoridad en tiranía; y la autoridad, contra los pueblos que aspiraron á una emancipacion absoluta; y contra todos, los derechos de Dios y la inviolabilidad de sus santos mandamientos. No hay verdad que la Iglesia no haya proclamado, ni error á que no haya dicho anatema. La libertad, en la verdad, ha sido para ella santa; y en el error, como el error mismo, abominable; á sus ojos el error nace sin derechos y vive sin derechos, y por esa razon ha ido á buscarle, y á perseguirle, y á extirparle en lo mas recóndito del entendimiento humano. Y esa perpétua ilegitimidad, y esa desnudez perpétua del error, así como ha sido un dogma religioso, ha sido tambien un dogma político, proclamado en todos tiempos por todas las potestades del mundo. Todas han puesto fuera de discusion el principio en que descansan; todas han

llamado error, y han despojado de toda legitimidad y de todo derecho al principio que le sirve de contraste. Todas se han declarado infalibles á sí propias en esa calificacion suprema; y si no han condenado todos los errores políticos, no consiste esto en que la conciencia del género humano reconozca la legitimidad de ningun error, sino en que no ha reconocido nunca en las potestades humanas el privilegio de la infalibilidad en la calificacion de los errores.

De esa impotencia radical de las potestades humanas para designar los errores, ha nacido el principio de la libertad de discusion, fundamento de las constituciones modernas. Ese principio no supone en la sociedad, como pudiera parecer á primera vista, una imparcialidad incomprensible y culpable entre la verdad y el error: se funda en otras dos suposiciones, de las cuales la una es verdadera, y la otra falsa; se funda por una parte, en que no son infalibles los gobiernos, lo cual es una cosa evidente; se funda, por otra, en la infalibilidad de la discusion, lo cual es falso á todas luces. La infalibilidad no puede resultar de la discusion, si no está antes en los que discuten; no puede estar en los que discuten, si no está al mismo tiempo en los que gobiernan: si la infalibilidad es un atributo de la naturaleza humana, está en los primeros y en los segundos; si no está en la naturaleza humana, ni está en los segundos, ni está en los primeros: ó todos son falibles, ó son infalibles todos. La cuestion pues consiste en averiguar si la naturaleza humana es falible ó infalible; la cual se resuelve forzosamente en esta otra, conviene á saber: si la naturaleza del hombre es sana, ó está caida y enferma.

En el primer caso, la infalibilidad, atributo esencial del entendimiento sano, es el primero y el mas grande de todos sus atributos; de cuyo principio se siguen naturalmente las siguientes consecuencias: Si el entendimiento del hombre es infalible porque es sano, no puede errar porque es infalible; si no puede errar porque es infalible, la verdad está en todos los hombres, ahora se les considere juntos, ahora se les considere aislados; si la verdad está en todos los hombres aislados ó juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones han de ser forzosamente idénticas; si

todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son idénticas, la discusion es inconcebible y absurda.

En el segundo caso, la falibilidad, enfermedad del entendimiento enfermo, es la primera y la mayor de las dolencias humanas; de cuyo principio se siguen las consecuencias siguientes: Si el entendimiento del hombre es falible, porque está enfermo, no puede estar nunca cierto de la verdad, porque es falible; si no puede estar nunca cierto de la verdad, porque es falible, esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, ahora se les considere juntos, ahora se les considere aislados; si esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, aislados ó juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son una contradiccion en los términos, porque han de ser forzosamente inciertas; si todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son inciertas, la discusion es absurda é inconcebible (1).

Solo el catolicismo ha dado una solucion satisfactoria y legítima, como todas sus soluciones, á este problema temeroso. El catolicismo enseña lo siguiente: El hombre viene de Dios, el pecado del hombre; la ignorancia y el error, como el dolor y la muerte, del pecado; la falibilidad, de la ignorancia; de la falibilidad, lo absurdo de las discusiones. Pero añade despues: El hombre fué redimido; lo cual, si no significa que por el acto de la redencion, y sin ningun esfuerzo suyo, salió de la esclavitud del pecado, significa á lo menos, que por la redencion adqui-

(1) Para hacer una aplicacion debida de estos argumentos del autor, conviene tener presente no tanto la historia del paganismo antiguo, como la de este otro paganismo reproducido en nuestros tiempos en aquellas sociedades y en aquellos individuos no penetrados por la saludable influencia de la Iglesia. El estrago causado por la prevaricacion del primer hombre es tan profundo, que ha inducido á algunos herejes, especialmente los modernos, á proclamar como estinguido el libre albedrío, declarando por consiguiente muerta tambien la razon, que es uno de sus elementos integrales. Los católicos, empero, entre los cuales ocupa el Sr. Donoso tan distinguido lugar, no han incurrido nunca en estas erróneas exageraciones anatematizadas por la Iglesia; por mas que al ver con espanto los terribles efectos de la humana flaqueza, y juzgando con tanta razon mas necesario hoy que nunca el tenerlos en cuenta, haya querido el ilustre escritor trazarnos con su elocuente pluma este cuadro de ellos, tan digno de ser admirado.

rió la potestad de romper esas cadenas, y de convertir la ignorancia, el error, el dolor y la muerte en medios de su santificacion, con el buen uso de su libertad, ennoblecida y restaurada. Para este fin instituyó Dios su Iglesia inmortal, impecable é infalible. La Iglesia representa la naturaleza humana sin pecado, tal como salió de las manos de Dios, llena de justicia original y de gracia santificante: por eso es infalible, y por eso no está sujeta á la muerte. Dios la ha puesto en la tierra para que el hombre, ayudado de la gracia, que á nadie se niega, pueda hacerse digno de que se le aplique la sangre derramada por él en el Calvario, sujetándose libremente á sus divinas inspiraciones. Con la fé vencerá su ignorancia, con su paciencia el dolor, y con su resignacion la muerte: la muerte, el dolor y la ignorancia no existen sino para ser vencidas por la fé, por la resignacion y por la paciencia.

Síguese de aquí que solo la Iglesia tiene el derecho de afirmar y de negar; y que no hay derecho fuera de ella para afirmar lo que ella niega, para negar lo que ella afirma. El dia en que la sociedad, poniendo en olvido sus decisiones doctrinales, ha preguntado qué cosa es la verdad, qué cosa es el error, á la prensa y á la tribuna, á los periodistas y á las asambleas, en ese dia el error y la verdad se han confundido en todos los entendimientos, la sociedad ha entrado en la region de las sombras, y ha caido bajo el imperio de las ficciones. Sintiendo por una parte en sí misma una necesidad imperiosa de someterse á la verdad, y de sustraerse al error; y siéndola imposible por otra averiguar qué cosa es el error y qué cosa es la verdad, ha formado un catálogo de verdades convencionales y arbitrarias, y otro de soñados errores, y ha dicho: adoraré las primeras y condenaré los segundos; ignorando, tan grande es su ceguedad, que adorando á las unas y condenando los otros, ni condena ni adora nada; ó que si condena y si adora algo, se adora y se condena á sí misma.

La intolerancia doctrinal de la Iglesia ha salvado el mundo del caos. Su intolerancia doctrinal ha puesto fuera de cuestion la verdad política, la verdad doméstica, la verdad social y la ver-

dad religiosa: verdades primitivas y santas, que no están sujetas á discusion, porque son el fundamento de todas las discusiones; verdades que no pueden ponerse en duda un momento, sin que en ese momento mismo el entendimiento oscile, perdido entre la verdad y el error, y se oscurezca y enturbie el clarísimo espejo de la razon humana. Eso sirve para explicar por qué, mientras que la sociedad emancipada de la Iglesia no ha hecho otra cosa sino perder el tiempo en disputas efímeras y estériles, que teniendo su punto de partida en un absoluto escepticismo, no pueden dar por resultado sino un escepticismo completo, la Iglesia, y la Iglesia sola, ha tenido el santo privilegio de las discusiones fructuosas y fecundas. La teoría cartesiana, segun la cual la verdad sale de la duda, como Minerva de la cabeza de Júpiter, es contraria á aquella ley divina que preside al mismo tiempo á la generacion de los cuerpos y á la de las ideas, en virtud de la cual los contrarios excluyen perpétuamente á sus contrarios, y los semejantes engendran siempre á sus semejantes. En virtud de esta ley, la duda sale perpétuamente de la duda, y el escepticismo del escepticismo, como la verdad de la fé, y de la verdad la ciencia.

A la comprension profunda de esta ley de la generacion intelectual de las ideas se deben las maravillas de la civilizacion católica. A esa portentosa civilizacion se debe todo lo que admiramos y todo lo que vemos. Sus teólogos, aun considerados humanamente, afrentan á los filósofos modernos y á los filósofos antiguos; sus doctores causan pavor por la inmensidad de su ciencia; sus historiadores oscurecen á los de la antigüedad por su mirada generalizadora y comprensiva. La *Ciudad de Dios*, de San Agustin, es aun hoy dia el libro mas profundo de la historia que el genio iluminado por los resplandores católicos ha presentado á los ojos atónitos de los hombres. Las actas de sus concilios, dejando aparte la divina inspiracion, son el monumento mas acabado de la prudencia humana. Las leyes canónicas vencen en sabiduría á las romanas y á las feudales. ¿Quién vence en ciencia á Santo Tomas, en genio á S. Agustin, en majestad á Bossuet, en fuerza á S. Pablo? Quién es mas poeta que Dante? Quién iguala á Shakespeare? Quién aven-

taja á Calderon? Quién, como Rafael, puso jamás en el lienzo inspiracion y vida? Poned á las gentes á la vista de las pirámides de Egipto, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilizacion grandiosa y bárbara. Ponedlas á la vista de las estátuas griegas y de los templos griegos, y os dirán: Por aquí ha pasado una civilizacion graciosa, efímera y brillante. Ponedlas á la vista de un monumento romano, y os dirán: Por aquí ha pasado un gran pueblo. Ponedlas á la vista de una catedral, y al ver tanta magestad unida á tanta belleza, tanta grandeza unida á tanto gusto, tanta gràcia junta con una hermosura tan peregrina, tan severa unidad en una tan rica variedad, tanta mesura junta con tanto atrevimiento, tanta morbidez en las piedras, y tanta suavidad en sus contornos, y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, las sombras y los colores, os dirán: Por aquí ha pasado el pueblo mas grande de la historia, y la mas portentosa de las civilizaciones humanas: ese pueblo ha debido tener, del egipcio lo grandioso, de lo griego lo brillante, del romano lo fuerte; y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale mas que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante: lo inmortal y lo perfecto (1).

Si se pasa de las ciencias, de las letras y de las artes, al estudio de las instituciones que la Iglesia vivificó con su soplo, alimentó con su sustancia, mantuvo con su espíritu y abasteció con su cien-

(1) El escritor *racionalista* Welte, muy celebrado tambien y no católico, se espresaba en estos términos en 1850 (Weber den Munster zu Strasbourg) hablando de la catedral de Strasburgo. «He visto la catedral de Strasburgo, he visto *este milagro del mundo cristiano*, esta obra concebida con tan estraordinario atrevimiento y con tan ardiente fé, este monumento de una edad que ya no existe (*no existe para los protestantes, se entiende*) y á su vista *he sentido el alma sojuzgada por un poder desconocido*, absorto como estaba en la contemplacion, y anegado en un mar de delicias. Allí está patente la *potencia del génio humano*, cuando *la fé* lo fortifica y lo alumbra: este monumento vivirá mientras haya hombres capaces de *recoger* su espíritu, y mientras dure el amor hácia *aquel Espíritu-Santo*, que solo ha *podido inspirarlo*. Aquella masa que allí se levanta tan magnífica, *trasporta las almas á las mas escelsas regiones*, comunicándoles aquella libertad de espíritu, aquella grandeza de ánimo que han presidido á su construccion. Tan cierto es que todo lo verdaderamente grande *nos levanta al cielo*; ; y que cuanto nos levanta al cielo, *canta la gloria de Dios*.

cia, este nuevo espectáculo no ofrecerá menores maravillas y portentos. El Catolicismo, que todo lo refiere y todo lo ordena á Dios, y que refiriéndolo y ordenándolo á Dios todo, convierte la suprema libertad en elemento constitutivo del órden supremo, y la infinita variedad en elemento constitutivo de la unidad infinita, es por su naturaleza la religion de las asociaciones vigorosas, unidas todas entre sí por afinidades simpáticas. En el catolicismo el hombre no está solo nunca: para encontrar un hombre entregado á un aislamiento solitário y sombrío, personificacion suprema del egoismo y del orgullo, es necesario salir de los confines católicos. En el inmenso círculo que describen esos confines inmensos, los hombres viven agrupados entre sí; y se agrupan, obedeciendo al impulso de sus mas nobles atracciones. Los grupos mismos entran los unos en los otros, y todos en uno mas universal y comprensivo, dentro del cual se mueven anchamente, obedeciendo á la ley de una soberana armonía. El hijo nace y vive en la asociacion doméstica, ese fundamento divino de las asociaciones humanas. Las familias se agrupan entre sí de una manera conforme á la ley de su orígen; y agrupadas de esta manera, forman aquellos grupos superiores que llevan el nombre de clases; las diferentes clases se consagran á diferentes funciones: unas cultivan las artes de la paz, otras las artes de la guerra; unas conquistan la gloria, otras administran la justicia, y otras acrecientan la industria. Dentro de estos grupos naturales se forman otros espontáneos, compuestos de los que buscan la gloria por una misma senda, de los que se consagran á una misma industria, de los que profesan un mismo oficio; y todos estos grupos, ordenados en sus clases, y todas las clases jerárquicamente ordenadas entre sí, constituyen el Estado, asociacion ancha, en la que todas las otras se mueven con anchura.

Esto bajo el punto de vista social. Bajo el punto de vista político, las familias se asocian en grupos diferentes: cada grupo de familias constituye un municipio; cada municipio es la participacion en comun de las familias, que le forman del derecho de rendir culto á su Dios, de administrarse á sí propias, de dar pan á los que viven, y sepultura á los muertos. Por eso cada municipio tiene un templo,

símbolo de su unidad religiosa; y una casa municipal, símbolo de su unidad administrativa; y un territorio, símbolo de su unidad jurisdiccional y civil; y un cementerio, símbolo de su derecho de sepultura. Todas estas diferentes unidades constituyen la unidad municipal, la cual tiene tambien su símbolo en el derecho de levantar sus armas y de desplegar su bandera. De la variedad de los municipios se forma la unidad nacional, la cual á su vez se simboliza en un trono, y se personifica en un rey. Sobre todas estas magnificas asociaciones, está la de todas las naciones católicas con sus príncipes cristianos, fraternalmente agrupados en el seno de la Iglesia. Esta perfectísima y suprema asociacion es unidad en su cabeza, y variedad en sus miembros: es variedad en los fieles derramados por el mundo, y unidad en la cátedra santa que resplandece en Roma, cercada de divinos resplandores. Esa cátedra eminente es el centro de la humanidad, representada, en lo que tiene de varia, por los concilios generales, y en lo que tiene de una, por el que es en la tierra padre comun de los fieles y vicario de Jesucristo.

Esa es variedad suprema, unidad suma y sociedad perfectísima. Todos los elementos que braman alterados y en desórden en las sociedades humanas, se mueven en esta concertadamente. El pontífice es rey á un mismo tiempo por derecho divino y por derecho humano: el derecho divino resplandece principalmente en la institucion; el derecho humano se manifiesta principalmente en la designacion de la persona; y la persona designada para pontífice por los hombres, es instituido pontífice por Dios. Así como reune la sancion humana y la divina, junta en uno tambien las ventajas de las monarquías electivas y las de las hereditarias: de las unas tiene la popularidad, de las otras la inviolabilidad y el prestigio: á semejanza de las primeras, la monarquía pontifical está limitada por todas partes; á semejanza de las segundas, las limitaciones que tiene no la vienen de fuera, sino de dentro, ni de la ajena voluntad, sino de la propia. El fundamento de sus limitaciones está en su caridad ardiente, en su prodigiosa humildad, y en su prudencia infinita. ¿Qué monarquía es esta en la que el rey, siendo elegido, es venerado, y en la que, pudiendo ser reyes todos, está en pié eter-

namente, sin que sean parte para derribarla por tierra ni las guerras domésticas ni las discordias civiles? ¿Qué monarquía es esta en la que el rey elige á los electores que luego eligen al rey, siendo todos elegidos y todos electores? ¿Quién no vé aquí un alto y escondido misterio: la unidad engendrando perpétuamente la variedad, y la variedad constituyendo su unidad perpétuamente? ¿Quién no vé aquí representada la universal confluencia de todas las cosas? Y ¿quién no advierte que esa estraña monarquía es la representacion de aquel que, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, es divinidad y humanidad, unidad y variedad juntas en uno? La ley oculta que preside á la generacion de lo uno y de lo vario, debe de ser la mas alta, la mas universal, la mas escelente y la mas misteriosa de todas, como quiera que Dios ha sujetado á ella todas las cosas, las humanas como las divinas, las creadas como las increadas, las visibles como las invisibles. Siendo una en su esencia, es infinita en sus manifestaciones: todo lo que existe parece que no existe sino para manifestarla; y cada una de las cosas que existen, la manifiesta de diferente manera. De una manera está en Dios, de otra en Dios hecho hombre, de otra en su Iglesia, de otra en la familia, de otra en el universo; pero está en todo y en cada una de las partes del todo: aquí es un misterio invisible é incomprensible, y allí, sin dejar de ser un misterio, es un fenómeno visible y un hecho palpable.

Al lado del rey, cuyo oficio es reinar con una soberanía independiente, y gobernar con un imperio absoluto, está un senado perpétuo, compuesto de príncipes que tienen de Dios el principado. Y este senado perpétuo y divino es un senado gobernante; y siendo gobernante, lo es de tal manera, que ni entorpece ni disminuye ni eclipsa la potestad suprema del monarca. La Iglesia es la sola monarquía que ha conservado intacta la plenitud de su derecho, estando perpétuamente en contacto con una oligarquía potentísima; y es la única oligarquía que, puesta en contacto con un monarca absoluto, no ha estallado en rebeliones y turbulencias. De la misma manera que en pos del rey van los príncipes, en pos de los príncipes vienen los sacerdotes, encargados de un ministerio santí-

simo. En esta sociedad prodigiosa todas las cosas suceden al reves de como pasan en todas las asociaciones humanas. En estas la distancia puesta entre los que están al pié y los que están en la cumbre de la gerarquía social es tan grande, que los primeros se sienten tentados del espíritu de rebelion, y los segundos caen en la tentacion de la tiranía.

En la Iglesia las cosas están ordenadas de tal modo, que ni es posible la tiranía ni son posibles las rebeliones. Aquí la dignidad del súbdito es tan grande, que la del prelado está en lo que tiene de comun con el súbdito, mas bien que en lo especial que tiene como prelado. La mayor dignidad de los obispos no está en ser príncipes, ni la del pontífice en ser rey; está en que pontífices y obispos son, como sus súbditos, sacerdotes. Su prerogativa altísima é incomunicable no está en la gobernacion; está en la potestad de hacer al Hijo de Dios esclavo de su voz, en ofrecer el Hijo al Padre en sacrificío incruento por los delitos del mundo, en ser los canales por donde se comunica la gracia, y en el supremo é incomunicable derecho de remitir y de retener los pecados. La mas alta dignidad está en lo que son todos los dignatarios, mas bien que en lo que son algunos. No está en el apostolado ni en el pontificado, está en el sacerdocio.(1)

Considerada aisladamente la dignidad pontifical, la Iglesia parece una monarquia absoluta. Considerada en sí su constitucion apostólica, parece una oligarquía potentísima. Considerada por una par-

(1) Además de la maravillosa gerarquia de *jurisdiccion*, que por varias gradaciones junta todas las partes del ministerio católico en una sola cabeza y en un centro comun, existe tambien en la Iglesia de Jesucristo la gerarquía de *órden*, segun la cual los obispos no solo se distinguen de los sacerdotes, sino que, por divina institucion, tienen la preeminencia sobre ellos. Esta verdad católica que se desprende de varios pasajes de este capítulo, en nada rebaja la exactitud con que el autor observa aquí el poder comun á obispos y sacerdotes de ofrecer el santo sacrificio, como tambien el de atar y desatar; supremas y augustas potestades, que tienen sin duda un altísimo y nobilísimo origen; en cuya inmensidad y esplendor queda la atencion tan embargada y tan absorto el espíritu, que apenas puede por un momento discernir la preeminencia de un órden sobre el otro.—Conviene notar aquí cómo el autor, tan perfectamente versado en la ciencia católica, no usa la palabra *potestad*, sino *dignidad*.

te la dignidad comun á prelados y sacerdotes, y por otra el hondo abismo que hay entre el sacerdocio y el pueblo, parece una inmensa aristocracia. Cuando se ponen los ojos en la inmensa muchedumbre de los fieles derramados por el mundo, y se ve que el sacerdocio y el apostolado y el pontificado están á su servicio; que nada se ordena en esta sociedad prodigiosa para los crecimientos de los que mandan, sino para la salvacion de los que obedecen; cuando se considera el dogma consolador de la igualdad esencial de las almas; cuando se recuerda que el Salvador del género humano padeció las afrentas de la cruz por todos y por cada uno de los hombres; cuando se proclama el principio de que el buen pastor debe morir por sus ovejas; cuando se reflexiona que el término de la accion de todos los diferentes ministerios está en la congregacion de los fieles, la Iglesia parece una democracia inmensa, en la gloriosa acepcion de esta palabra; ó por lo menos, una sociedad instituida para un fin esencialmente popular y democrático. Y lo mas singular del caso es que la Iglesia es todo lo que parece. En las otras sociedades esas varias formas de gobierno son incompatibles entre sí, ó si por acaso se juntan en uno, no se juntan jamás sin que pierdan muchas de sus propiedades esenciales. La monarquía no puede vivir juntamente con la oligarquía y con la aristocracia, sin que la primera pierda lo que naturalmente tiene de absoluta, y estas lo que tienen de potentes. La monarquía, la oligarquía y la aristocracia no pueden vivir con la democracia, sin que esta pierda lo que tiene de absorbente y de exclusiva, como la aristocracia lo que tiene de potente, la oligarquía lo que tiene de invasora, y la monarquía lo que tiene de absoluta; viniendo á convertirse en definitiva su mútua union en su mútuo aniquilamiento. Solo en la Iglesia, sociedad sobrenatural, caben todos estos gobiernos combinados armónicamente entre sí, sin perder nada de su pureza original ni de su grandeza primitiva. Esta pacífica combinacion de fuerzas que son entre sí contrarias, y de gobiernos cuya única ley, humanamente hablando, es la guerra, es el espectáculo mas bello en los anales del mundo. Si el gobierno de la Iglesia pudiera ser definido, podria definírsele diciendo: que es una inmensa aristocracia, diri-

gida por un poder oligárquico, puesto en la mano de un rey absoluto, el cual tiene por oficio darse perpétuamente en holocausto por la salvacion del pueblo. Esta definicion sería el prodigio de las definiciones, de la misma manera que la cosa en ella definida es el prodigio mas grande de la historia.

Resumiendo en breves palabras cuanto va dicho hasta aquí, podemos afirmar, sin temor de ser desmentidos por los hechos, que el Catolicismo ha puesto en órden y en concierto todas las cosas humanas. Ese órden y ese concierto, relativamente al hombre, significan que por el Catolicismo el cuerpo ha quedado sujeto á la voluntad, la voluntad al entendimiento, el entendimiento á la razon, la razon á la fé, y todo á la caridad, la cual tiene la virtud de trasformar al hombre en Dios, purificado con un amor infinito. Relativamente á la familia, significan que por el Catolicismo han llegado á constituirse definitivamente las tres personas domésticas, juntas en uno con dichosísima lazada. Relativamente á los gobiernos, significan que por el Catolicismo han sido santificadas la autoridad y la obediencia, y condenadas para siempre la tiranía y las revoluciones. Relativamente á la sociedad, significan que por el Catolicísmo tuvo fin la guerra de las castas, y principió la concertada armonía de todos los grupos sociales; que el espíritu de asociaciones fecundas sucedió al espíritu de egoismo y de aislamiento, y el imperio del amor al imperio del orgullo. Relativamente á las ciencias, á las letras y á las artes, significan que por el Catolicismo ha entrado el hombre en posesion de la verdad y de la belleza, del verdadero Dios y de sus divinos resplandores. Resulta, por último, de cuanto llevamos dicho hasta aquí, que con el Catolicismo apareció en el mundo una sociedad sobrenatural, excelentísima, perfectísima, fundada por Dios, conservada por Dios, asistida por Dios; que tiene en depósito perpétuamente su eterna palabra; que abastece al mundo del pan de la vida; que ni puede engañarse ni puede engañarnos; que enseña á los hombres las lecciones que aprende de su divino Maestro; que es perfecto trasunto de las divinas perfecciones, sublime ejemplar y acabado modelo de las sociedades humanas.

En los siguientes capítulos se demostrará cumplidamente que ni el Cristianismo, ni la Iglesia Católica, que es su expresion absoluta, han podido obrar tan grandes cosas, tan altos prodigios y tan maravillosas mudanzas, sin una accion sobrenatural y constante por parte de Dios, el cual gobierna sobrenaturalmente á la sociedad con su providencia y al hombre con su gracia.

CAPÍTULO IV.

EL CATOLICISMO ES AMOR.

Entre la Iglesia Católica y las otras sociedades derramadas por el mundo hay la misma distancia que entre las concepciones naturales y las sobrenaturales, entre las humanas y las divinas.

Para el mundo pagano la sociedad y la ciudad eran una cosa misma. Para el romano la sociedad era Roma; para el ateniense, Atenas. Fuera de Atenas y de Roma no habia mas que gentes bárbaras é incultas, por su naturaleza agrestes é insociables. El Cristianismo reveló al hombre la sociedad humana; y como si esto no fuera bastante, le reveló otra sociedad mucho mas grande y excelente, á quien no puso en su inmensidad ni términos ni remates. De ella son ciudadanos los santos que triunfan en el cielo, los justos que padecen en el purgatorio, y los cristianos que combaten en la tierra.

Léanse atentamente una por una todas las páginas de la historia; y despues de haberlas leido, y despues de haberlas meditado todas, se verá con asombro que esa concepcion gigantesca viene sola, y que viene sin aviso, sin antecedente ninguno; que viene como una revelacion sobrenatural, comunicada al hombre sobrenaturalmente. El mundo la recibió de un golpe, y no la vió venir; como quiera que cuando la vió, ya era venida. La vió con una sola iluminacion y con una simple mirada. ¿Quién sino Dios, que es amor, podia haber enseñado á los que combaten aquí, que están en comunion con los que padecen en el purgatorio, y con los que triunfan en el cielo? ¿Quién, sino Dios, pudo unir con amorosa lazada á los muertos y á los vivientes, á los justos, á los santos y á los pecadores? ¿Quién, sino Dios, pudo poner puentes en esos inmensos océanos?

La ley de la unídad y de la variedad, esa ley por excelencia, que es á un mismo tiempo humana y divina, sin la cual nada se explica, y con la cual se explica todo, se nos muestra aquí en una de sus mas portentosas manifestaciones. La variedad está en el cielo, porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad, porque el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Espíritu Santo es Dios, y Dios es uno. La variedad está en el paraiso, porque Adan y Eva son dos personas diferentes; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad, porque Adan y Eva son la naturaleza humana, y la naturaleza humana es una. La variedad está en nuestro Señor Jesucristo, porque en él concurren por una parte la naturaleza divina, y por otra la naturaleza corpórea y la espiritual, en la naturaleza humana; y la naturaleza corpórea, y la espiritual y la divina van á perderse, sin confundirse, en nuestro Señor Jesucristo, que es una sola persona. La variedad por último está en la Iglesia, que combate en la tierra, y padece en el purgatorio, y triunfa en el cielo; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en nuestro Señor Jesucristo, cabeza única de la Iglesia universal, el cual, considerado como Hijo único del Padre, es, como el Padre, el símbolo

de la variedad de las personas, en la unidad de la esencia; así como en calidad de Dios hombre, es el símbolo de la variedad de las esencias, en la unidad de la persona; siendo considerado á un tiempo mismo, como Dios hombre y como hijo de Dios, el símbolo perfecto de todas las variedades posibles y de la unidad infinita.

Y como quiera que la suprema armonía consiste en que la unidad, de donde toda variedad nace y en la que toda variedad se resuelve, se muestre siempre idéntica á sí misma en todas sus manifestaciones, de aquí es que una misma es siempre la ley en virtud de la cual se hace uno todo lo que es vario. La variedad de la Trinidad divina es una por el amor; la variedad humana, compuesta del Padre, de la Madre y del Hijo, se hace una por el amor. La variedad de la naturaleza humana y de la divina se hacen una en nuestro Señor Jesucristo por la encarnacion del Verbo en las entrañas de la Vírgen, misterio de amor; la variedad de la Iglesia que combate, de la que padece y de la que triunfa, se hace una en nuestro Señor Jesucristo por las oraciones de los cristianos que triunfan, las cuales bajan convertidas en benéfico rocío sobre los cristianos que combaten, y por las oraciones de los cristianos que combaten, las cuales bajan como una lluvia fecundísima sobre los cristianos que padecen; y la oracion perfecta es el éxtasis del amor. «Dios es caridad; el que está en caridad, está en Dios y Dios en él.» Si Dios es caridad, la caridad es la infinita unidad, porque Dios es la unidad infinita; si el que está en caridad está en Dios y Dios en él, Dios puede bajar hasta el hombre por la caridad, y el hombre puede remontarse por la caridad hasta Dios: y todo esto, sin confundirse; de tal manera, que ni Dios hecho hombre pierde su naturaleza divina, ni el hombre hecho Dios pierde su naturaleza humana, siendo el hombre siempre hombre, aunque sea Dios; y Dios siempre Dios, aunque sea hombre: y todo esto por medios exclusivamente sobrenaturales, es decir, por medios exclusivamente divinos.

Las gentes tuvieron noticia de este dogma supremo, como

la tuvieron mas ó menos cabal, mas ó menos cumplida, de todos los dogmas católicos. En todas las zonas, en todos los tiempos, y entre todas las razas humanas, se ha conservado una fé inmortal en una trasformacion futura, tan radical y soberana, que juntaria en uno para siempre al Creador y su criatura, á la naturaleza humana y á la divina. Ya en la era paradisiaca, el enemigo del género humano habló á nuestros primeros padres de ser dioses. Despues de la prevaricacion y la caida, los hombres llevaron esta tradicion prodigiosa hasta los últimos remates del mundo: no hay erudito que no la encuentre en el fondo de todas las teologías, por poco que ahonde en ellas. La diferencia entre el dogma purísimo conservado en la teología católica, y el dogma alterado por las tradiciones humanas, está en la manera de llegar á esa trasformacion suprema, y de alcanzar ese fin soberano. El ángel de las tinieblas no engañó á nuestros primeros padres cuando afirmó que llegarian á ser á manera de dioses; el engaño estuvo en ocultarles el camino sobrenatural del amor, y en abrirles el camino natural de la desobediencia. El error de las teologías paganas no está en afirmar que la divinidad y la humanidad se juntarán en uno; está en que los paganos vinieron á considerar como cuasi de todo punto idénticas la naturaleza divina y la naturaleza humana, mientras que el Catolicismo, considerándolas como esencialmente distintas, va á la unidad por la deificacion sobrenatural del hombre. Aquella supersticion pagana está patente en los honores deíficos tributados á la tierra en calidad de madre inmortal y fecunda de sus dioses, y á varias de las criaturas que confundieron con los dioses mismos. Por último, la diferencia entre el panteismo y el Catolicismo, no está en que el uno afirme y el otro niegue la deificacion del hombre; está en que el panteismo sostiene que el hombre es Dios por su naturaleza, mientras que el Cristianismo afirma que puede llegar á serlo sobrenaturalmente por la gracia: está en que el panteismo enseña que el hombre, parte del conjunto que es Dios, es absorbido completamente por el conjunto de que forma parte; mientras que el Catolicismo enseña que el hombre, aun despues de deificado, es

decir, despues de penetrado por la sustancia divina, conserva todavía la individualidad inviolable de su propia sustancia. El respeto de Dios hácia la individualidad humana, ó lo que es lo mismo, hácia la libertad del hombre, que es la que constituye su individualidad absoluta é inviolable, es tal, segun el dogma católico, que ha dividido con ella el imperio de todas las sociedades, gobernadas á un mismo tiempo por la libertad del hombre y por el consejo divino.

El amor es fecundísimo de suyo: porque es fecundísimo, engendra todas las cosas varias, sin romper su propia unidad; y porque es amor, resuelve en su unidad, sin confundirlas, todas las cosas varias. El amor es, pues, infinita variedad y unidad infinita. Él es la única ley, el precepto sumo, el solo camino, el último fin. El Catolicismo es amor, porque Dios es amor: solo el que ama es católico, y solo el católico aprende á amar, porque solo el católico recibe lo que sabe de fuentes sobrenaturales y divinas.

CAPÍTULO V.

QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO NO HA TRIUNFADO DEL MUNDO POR LA SANTIDAD DE SU DOCTRINA, NI POR LAS PROFECÍAS Y MILAGROS, SINO Á PESAR DE TODAS ESTAS COSAS.

El Padre es amor, y envió al Hijo por amor; el Hijo es amor, y envió al Espíritu Santo por amor; el Espíritu Santo es amor, é infunde perpétuamente en la Iglesia su amor. La Iglesia es amor, y abrasará al mundo en amor. Los que esto ignoran ó los que esto han olvidado, ignorarán perpétuamente cuál es la causa sobrenatural y secreta de los fenómenos patentes y naturales, cuál es la causa invisible de todo lo visible, cuál es el vínculo que sujeta lo temporal á lo eterno, cuál es el resorte secretísimo de los movimientos del alma; de qué manera obra el Espíritu Santo en el hombre, en la sociedad la providencia, Dios en la historia.

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con su maravillosa doctrina. Si no hubiera sido otra cosa sino un hombre de doctrina maravillosa, el mundo le hubiera admirado un momento, y

hubiera puesto en olvido, despues, juntamente á la doctrina y al hombre. Maravillosa y todo, como era su doctrina, no fué seguida sino de alguna gente popular, cayó en desprecio de la mas granada entre el pueblo judío, y durante la vida del Maestro fué ignorada del género humano.

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con sus milagros. De los mismos que le vieron mudar, con solo su querer, la naturaleza de las cosas, andar sobre las aguas, aquietar los mares, sosegar los vientos, mandar á la vida y á la muerte, unos le llamaron Dios, otros demonio, otros prestidigitador y hechicero.

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo porque se hubieran cumplido en él las antiguas profecías. La sinagoga, que era su depositaria, no se convirtió, ni se convirtieron los doctores que se las sabían de memoria, ni se convirtieron las muchedumbres que las habian aprendido de los doctores.

Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo con la verdad. La verdad esencial del Cristianismo estaba en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, como quiera que fué siempre una, eterna, idéntica á sí misma. Esa verdad que estuvo eternamente en el seno de Dios, fué revelada al hombre, infundida en su espíritu y depositada en la historia, desde que resonó en el mundo la primera palabra divina. Y, sin embargo, el Antiguo Testamento, así en lo que tenia de eterno y de esencial, como en lo que tenia de accesorio, de local y de contingente, en sus dogmas como en sus ritos, no salvó nunca las fronteras del pueblo predestinado. Ese mismo pueblo rompió muchas veces en grandes rebeldías, persiguió á sus profetas, escarneció á sus doctores, idolatró á la manera de los pueblos gentiles, hizo pactos nefandos con los espíritus infernales, se entregó en su cuerpo y en su alma á sangrientas y horribles supersticiones; y el dia en que la verdad tomó carne, la maldijo, la negó y la crucificó en el Calvario. Y mientras que la verdad, que estaba escondida en los antiguos símbolos, representada en las antiguas figuras, anunciada por los antiguos profetas, testificada con espantables prodigios y con milagros estupendos, fué puesta en una cruz, cuando vino por sí mis-

ma para explicar con su presencia el por qué de aquellos milagros estupendos y de aquellos prodigios espantables, para abonar todas las palabras proféticas, y para enseñar á las gentes lo que estaba representando en los antiguos símbolos y lo que estaba escondido en las antiguas figuras; el error se habia extendido libremente por el mundo, cuan ancho es, y habia cubierto todos los horizontes con sus sombras; y todo esto con una prodigiosa rapidez, y sin el auxilio de profetas, ni de símbolos, ni de figuras, ni de milagros. ¡Terrible leccion, memorable documento para los que creen en la fuerza recóndita y expansiva de la verdad, y en la radical impotencia del error para hacer por sí solo su camino por el mundo!

Si nuestro Señor Jesucristo venció al mundo, lo venció á pesar de ser la verdad, á pesar de ser el anunciado por los antiguos profetas, el representado en los antiguos símbolos, el contenido en las antiguas figuras; lo venció á pesar de sus prodigiosos milagros y de su doctrina maravillosa. Ninguna otra doctrina que no hubiera sido la evangélica, hubiera podido triunfar con ese inmenso aparato de testimonios clarísimos, de pruebas irrefragables y de argumentos invencibles. Si el mahometismo se derramó á manera de un diluvio por el continente africano, por el asiático y por el europeo, consistió esto en que caminó á la ligera, y en que llevaba en la punta de su espada todos sus milagros, todos sus argumentos y todos sus testimonios.

El hombre prevaricador y caido no ha sido hecho para la verdad, ni la verdad para el hombre prevaricador y caido. Entre la verdad y la razon humana, despues de la prevaricacion del hombre, ha puesto Dios una repugnancia inmortal y una repulsion invencible (1). La verdad tiene en sí los títulos de su soberanía, y no pide venia para imponer su yugo; mientras que el hombre, desde que se rebeló contra su Dios, no consiente otra soberanía sino la suya propia, si no le piden antes su consentimiento y su venia. Por eso, cuando la verdad se pone delante de sus ojos, luego, al punto, comienza por negarla; y negarla es afirmarse á sí propio

(1) Por lo que respeta á este pasage, recuérdese lo que hemos advertido en nuestra anterior nota, pág... 40.

en calidad de soberano independiente. Si no puede negarla, entra en combate con ella, y combatiéndola combate por su soberanía. Si la vence la crucifica, si es vencido huye; huyendo cree huir de su servidumbre, y crucificándola cree crucificar á su tirano.

Por el contrario, entre la razon humana y lo absurdo hay una afinidad secreta, un parentesco estrechísimo. El pecado los ha unido con el vínculo de un indisoluble matrimonio. Lo absurdo triunfa del hombre, cabalmente porque está desnudo de todo derecho anterior y superior á la razon humana. El hombre le acepta, cabalmente porque viene desnudo, porque careciendo de derechos no tiene pretensiones; su voluntad le acepta, porque es hijo de su entendimiento, y el entendimiento se complace en él porque es su propio hijo, su propio verbo; porque es testimonio vivo de su potencia creadora: en el acto de su creacion el hombre es á manera de Dios, y se llama Dios á sí propio. Y si es Dios á manera de Dios, para el hombre todo lo demas es menos. ¿Qué importa que el otro sea el Dios de la verdad, si él es el Dios de lo absurdo? Por lo menos será independiente, á manera de Dios; será soberano, á manera de Dios; adorando á su obra, se adorará á sí propio; magnificándola, será magnificador de sí mismo.

Vosotros los que aspirais á sojuzgar á las gentes, á dominar en las naciones y á ejercer un imperio sobre la raza humana, no os anuncieis como depositarios de verdades clarísimas y evidentes; y sobre todo no declareis vuestras pruebas, si las teneis, porque jamás el mundo os reconocerá por señores, antes se rebelará contra el yugo brutal de vuestra evidencia. Anunciad, por el contrario, que poseeis un argumento que echa por tierra una verdad matemática; que vais á demostrar que dos y dos no hacen cuatro, sino cinco; que Dios no existe, ó que el hombre es Dios; que el mundo ha sido esclavo hasta ahora de vergonzosas supersticiones; que la sabiduría de los siglos no es otra cosa sino pura ignorancia; que toda revelacion es una impostura; que todo gobierno es tiranía, y toda obediencia servidumbre; que lo hermoso es feo, que lo feo es hermosísimo; que el bien es mal, y el mal es bien; que el diablo es Dios, y que Dios es el diablo; que fuera de este mundo

no hay ni infierno ni paraiso; que el mundo que habitamos es un infierno presente y un paraiso futuro; que la libertad, la igualdad y la fraternidad son dogmas incompatibles con la supersticion cristiana; que el robo es un derecho imprescriptible, y que la propiedad es un robo; que no hay órden sino en la anarquía, ni hay anarquía sin órden; y estad ciertos de que con este solo anuncio, el mundo maravillado de vuestra sabiduría, y fascinado por vuestra ciencia, pondrá á vuestras palabras un oido atento y reverente. Si al buen sentido, de que habeis dado larga muestra anunciando la demostracion de todas estas cosas, añadís despues el buen sentido de no demostrarlas de ninguna manera; ó si, como única demostracion de vuestras blasfemias y de vuestras afirmaciones, dais vuestras blasfemias y vuestras afirmaciones mismas, entonces el género humano os pondrá sobre los cuernos de la luna; sobre todo, si poneis un cuidado esquisito en llamar la atencion de las gentes hácia vuestra buena fe, llevada hasta el punto de presentaros desnudos como estais, sin haber acudido á las vanas supercherías de vanas razones, de vanos antecedentes históricos y de vanos milagros, dando así un público testimonio de vuestra fe en el triunfo de la verdad por sí sola: y si, por último, revolviendo á todas partes vuestros ojos, preguntais dónde están y qué se hicieren vuestros enemigos, entónces el mundo estático, atónito, proclamará á una voz vuestra magnanimidad, y vuestra grandeza, y vuestra victoria, y os apellidará píos, felices, triunfadores (1).

Yo no sé si hay algo, debajo del sol, mas vil y despreciable que el género humano fuera de las vías católicas.

En la escala de su degradacion y de su vileza, las muchedumbres engañadas por los sofistas y oprimidas por los tiranos son las mas degradadas y las mas viles; los sofistas vienen despues, y los tiranos que tienden su látigo sangriento robre los unos y sobre las otras, son, si bien se mira, los menos viles, los menos degradados y los menos despreciables. Los primeros idólatras salen apenas de la mano de Dios, cuando dan consigo en la de los tira-

(1) En este pasage compendia el autor en pocas líneas los principales absurdos y blasfemias de las escuelas heterodoxas, y especialmente de los socialistas.

nos babilónicos. El paganismo antiguo va rodando de abismo en abismo, de sofista en sofista y de tirano en tirano, hasta caer en la mano de Calígula, mónstruo horrendo y afrentoso con formas humanas, con ardores insensatos y con apetitos bestiales. El moderno comienza por adorarse á sí propio en una prostituta, para derribarse á los pies de Marat, el tirano cínico y sangriento; y á los de Robespierre, encarnacion suprema de la vanidad humana, con sus instintos inexorables y feroces. El novísimo va á caer en un abismo mas hondo y mas oscuro; tal vez se remueve ya en el cieno de las cloacas sociales el que ha de ajustar á su cerviz el yugo de sus impúdicas y feroces insolencias.

CAPÍTULO VI.

QUE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO HA TRIUNFADO DEL MUNDO ESCLUSIVAMENTE POR MEDIOS SOBRENATURALES.

«Cuando esté puesto en el alto, es decir, en la cruz, traeré todas las cosas á mí: es decir, aseguraré mi dominacion y mi victoria sobre el mundo.» En estas palabras, solemnemente proféticas, descubrió el Señor á sus discípulos á un mismo tiempo lo poco que valian para la conversion del mundo las profecías que anunciaron su advenimiento, los milagros que publicaban su omnipotencia, la santidad de su doctrina, testimonio de su gloria, y lo poderoso que habia de ser para obrar este prodigio su inmensísimo amor revelado á la tierra en su crucificacion y en su muerte.

Ego veni in nomine Patris mei, et non accipitis me: si allius venerit in nomine suo, illum accipietis. (Joann., cap. 5,, vers. 43.) En estas palabras está anunciado el triunfo natural del error sobre la verdad, del mal sobre el bien. En ellas está el secreto del olvido

en que tenian puesto á Dios todas las gentes, de la propagacion asombrosa de las supersticiones paganas, de las hondas tinieblas tendidas por el mundo; así como el anuncio de las futuras crecientes de los errores humanos, de la futura disminucion de la verdad entre los hombres, de las tribulaciones de la Iglesia, de las persecuciones de los justos, de las victorias de los sofistas, de la popularidad de los blasfemos. En aquellas palabras está como encerrada la historia, con todos los escándalos, con todas las herejías, con todas las revoluciones. En ellas se nos declara por qué, puesto entre Barrabas y Jesus el pueblo judío, condena á Jesus y escoge á Barrabas; por qué, puesto hoy el mundo entre la teología católica y la socialista, escoge la socialista y deja la católica; por qué las discusiones humanas van á parar á la negacion de lo evidente y á la proclamacion de lo absurdo. En esas palabras, verdaderamente maravillosas, está el secreto de todo lo que nuestros padres vieron, de todo lo que verán nuestros hijos, de todo lo que vemos nosotros. No: ninguno puede ir al Hijo, es decir, á la verdad, si su Padre no le llama: palabras profundísimas que atestiguan á un tiempo mismo la omnipotencia de Dios y la impotencia radical, invencible, del género humano.

Pero el Padre llamará, y le responderán las gentes: el Hijo será puesto en la cruz y atraerá á sí todas las cosas: ahí está la promesa salvadora del triunfo sobrenatural de la verdad sobre el error, del bien sobre el mal; promesa que será del todo cumplida al fin de los tiempos.

Pater meus usque modo operatur: et ego operor sicut Pater.... sic et filius quos vult vivificat. (Joann., cap. 5, vers. 17, 21.) *Expedit vobis ut ego vadam: si enïm non abiero, Paraclitus non veniet ad vos: si autem abiero mittam eum ad vos.* (Joann., cap. 16, vers. 7.)

Las lenguas de todos los doctores, las plumas de todos los sabios no bastarian para explicar todo lo que esas palabras contienen. En ellas se declara la soberana virtud de la gracia, y la accion sobrenatural, invisible, permanente, del Espíritu Santo. Ahí está el sobrenaturalismo católico con su infinita fecundidad y con

sus maravillas inenarrables; ahí está explicado, sobre todo, el triunfo de la cruz, que es el mayor y el mas inconcebible de todos los portentos.

En efecto, el Cristianismo, humanamente hablando, debia sucumbir, y era necesario que sucumbiera: debia sucumbir, lo primero, porque era la verdad; lo segundo, porque tenia en su apoyo testimonios elocuentísimos, milagros portentosos y pruebas irrefragables. Jamás el género humano dejó de rebelarse y de protestar contra todas esas cosas separadas; y no era probable, ni creible, ni imaginable siquiera, que dejara de rebelarse y de protestar contra todas ellas juntas; y de hecho estalló en blasfemias, y en protestas, y en rebeldías.

Empero el Justo subió á la cruz por amor, y derramó su sangre por amor, y dió su vida por amor: y ese amor infinito y esa preciosísima sangre merecieron al mundo la venida del Espíritu Santo. Entonces todas las cosas mudaron de faz, porque la razon fué vencida por la fé, y la naturaleza por la gracia.

¡Cuán admirable es Dios en sus obras, cuán maravilloso en sus designios, y cuán sublime en sus pensamientos! El hombre y la verdad andaban reñidos; el orgullo indomable del primero se compadecia mal con la evidencia un tanto insolente y brutal de la segunda. Dios templó la evidencia de la segunda poniéndola entre nubes trasparentes, y envió al primero la fé, y enviándosela, ajustó con él este pacto: Yo dividiré contigo el imperio; yo te diré lo que has de creer, y te daré fuerza para que lo creas, pero no oprimiré con el yugo de la evidencia tu voluntad soberana; te doy la mano para salvarte, pero te dejo derecho de perderte; obra conmigo tu salvacion, ó piérdete tú solo; no te quitaré lo que te dí, y el dia que te saqué de la nada, te dí el libre albedrío. Y este pacto, por la gracia de Dios, fué libremente aceptado por el hombre. De esta manera la oscuridad dogmática del Catolicismo salvó de un naufragio cierto á su evidencia histórica. La fé, mas conforme que la evidencia con el entendimiento del hombre, salvó del naufragio á la razon humana. La verdad debia de ser propuesta por la fé, si habia de ser aceptada por el hom-

bre, rebelde de suyo contra la tiranía de la evidencia.

Y el mismo espíritu que propone lo que se ha de creer, y nos da fuerza para que lo creamos, propone lo que es necesario obrar, y nos da el deseo de obrarlo, y obra con nosotros para que lo obremos. Tan grande es la miseria del hombre, tan honda su abyeccion, tan absoluta su ignorancia y tan radical su impotencia, que no puede por sí solo ni formar un buen propósito, ni trazar un gran designio, ni concebir un gran deseo de cosa que agrade á Dios y que aproveche á la salvacion de su alma. Y por otro lado, es tan alta su dignidad, su naturaleza tan noble, su orígen tan excelso, su fin tan glorioso, que el mismo Dios piensa por su pensamiento, ve por sus ojos, anda con sus piés y obra por sus manos. Él es el que le lleva para que ande, y el que le detiene para que no tropiece, y el que manda á sus ángeles que le asistan para que no caiga; y si por ventura cae, él le levanta por sí mismo; y puesto en pié, le hace que desee perseverar y le hace que persevere. Por eso dice San Agustin: Ninguno creemos que viene á la verdadera salud, si Dios no lo llama; y ninguno, despues de llamado, obra lo que conviene para esta misma salud, si él no lo ayuda. Por eso dice el mismo Dios, en el evangelio de San Juan, cap. 15, vers. 4 y 5: *Manete in me et ego in vobis. Sicut palmes non potest ferre fructum à semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos, nisi in me manseritis. Ego sum vitis, vos palmites: qui manet in me, et ego in eo, hic fert fructum multum; quia sine me nihil potestis facere.* El Apóstol, en su segunda epístola á los de Corinto, cap. 3, vers. 4 y 5, dice: *Fiduciam autem talem habemus per Christum ad Deum, non quod sufficientes simus cogitare aliquid à nobis quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est.* Esta misma impotencia radical del hombre en el negocio de su salvacion confesaba el santo Job cuando decia (cap. 14): ¿Quién puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino vos, Señor? Y Moisés diciendo (Exod. c. 34.): Nadie por sí mismo puede ser inocente delante de tí.—San Agustin, en el inimitable libro de *Las confesiones*, volviéndose á Dios, le dice: Señor, dadme gracia para hacer lo que vos mandais, y

mandadme lo que mejor os parezca. De manera, que así como Dios me declara lo que debo creer, y me da fuerzas para creerlo, del mismo modo me manda lo que debo obrar, y me da gracia para obrar aquello mismo que me ha ordenado.

¿Qué entendimiento habrá que conozca, qué lengua habrá que declare, qué pluma habrá que escriba la manera en que Dios obra en el hombre estos soberanos prodigios, y cómo le lleva por el camino de la salvacion con mano á un mismo tiempo misericordiosa y justa, suavísima y potente? ¿Quién señalará los linderos de ese imperio espiritual, entre la voluntad divina y el libre albedrío del hombre? ¿Quién dirá cómo concurren sin confundirse y sin menoscabarse? Solo sé una cosa, Señor; que pobre y humilde como soy, y grande y potente como eres, me respetas tanto como me amas, y me amas tanto como me respetas. Sé que no me abandonarás á mí mismo, porque por mí mismo nada puedo sino olvidarte y perderme; y sé que al tenderme la mano que me salva, me la tenderás tan blanda, tan cariñosa y tan suave, que no la sentiré venir. Tú eres como silbo de viento delgado en lo suave, como aquilon en lo fuerte. Soy llevado por tí, como por el aquilon, y me muevo hácia tí libremente, como mecido por viento delgado. Me llevas como si me empujaras; pero no me empujas, sino que me solicitas. Yo soy el que me muevo, y sin embargo tú te mueves en mí. Tú vienes á mi puerta y llamas con blandura, y si no respondo, aguardas á mi puerta y vuelves á llamar: sé que puedo no responderte, y perderme; sé que puedo responderte, y salvarme; pero sé que no podria responderte si tú no me llamaras, y que cuando respondo, respondo lo que me dices, siendo tuya la pregunta, y tuya y mia la respuesta. Sé que no puedo obrar sin tí, y que por tí obro, y que cuando obro, merezco; pero que no merezco sino porque tú me ayudas á merecer, como me ayudaste á obrar; sé que cuando me premias porque merezco, y cuando merezco porque obro, me das tres gracias: la gracia del premio, con que galardonas; la gracia del merecer que me diste, con la cual galardonaste; la gracia que me diste de obrar con ayuda tuya. Sé que tú eres

como la madre, y yo como el niño pequeñuelo en quien la madre infunde el deseo de andar, y luego le da la mano para que ande, y despues le da un beso en la frente porque deseó andar y anduvo con la ayuda de su mano. Sé que no escribo sino porque tú me has encendido en el deseo de escribir, y que no escribo sino lo que me enseñas ó lo que permites que escriba; creo que el que cree que mueve un miembro sin tí, ni te conoce ni es cristiano.

Yo pido perdon á mis lectores por haber entrado, siendo profano y lego como soy, por el camino recóndito y escabroso de la gracia. Todos reconocerán, sin embargo, á poco que reflexionen, que el entrar algun tanto por ese áspero camino, era una exigencia imperiosa del gravísimo asunto que vengo tratando en los últimos capítulos. Tratábase de averiguar cuál es la explicacion legítima del prodigio, siempre antiguo y siempre nuevo, de la accion poderosa que el Cristianismo ha ejercido y está ejerciendo en el mundo, para venir á parar despues en el ministerio no menos estupendo y prodigioso de la virtud de trasformacion que ha mostrado en sí al ponerse en relacion y contacto con las sociedades humanas. El prodigio de su propagacion y de su triunfo no está en los testimonios históricos, ni en los anuncios proféticos, ni en la santidad de su doctrina; circunstancias todas que, en el estado á que fué reducido el hombre despues de la prevaricacion y de la culpa, han sido más propias para apartar de él á las gentes, que para llevarle triunfante y vencedor hasta los términos mas apartados de la tierra. Los milagros no han sido tampoco parte para obrar este prodigio; porque si bien es cierto que, considerados en sí, son una cosas obrenatural, considerados como una prueba exterior, son una prueba natural sujeta á las mismas condiciones que los otros testimonios humanos. La propagacion y el triunfo del Cristianismo es un hecho sobrenatural, como quiera que se ha propagado y ha triunfado á pesar de llevar en sí todo lo que debia haber impedido su propagacion y su victoria. Siendo este un hecho sobrenatural, no podia explicarse legítimamente sino subiendo á una causa que, siendo por su naturaleza sobrenatural, obrara en

lo exterior de una manera conforme á su propia naturaleza, es decir, sobrenaturalmente. Esta causa, sobrenatural en sí misma y sobrenatural en su accion, es la gracia. La gracia nos fué merecida por el Señor cuando padeció en la cruz muerte afrentosa, y la recibieron los apóstoles cuando bajó sobre ellos el autor de toda gracia y de toda santificacion, el Espíritu Santo. El Espíritu Santo infundió en los apóstoles la gracia que nos mereció la muerte del Hijo por la misericordia del Padre, viniendo de esta manera á ocuparse en la obra inefable de nuestra redencion, como ántes en la creacion del universo, la Trinidad divina.

Esto sirve para explicar dos cosas que, sin esta explicacion, serían de todo punto inexplicables, conviene á saber, como fué que los apóstoles obraron mayores milagros que su divino Maestro, y que los milagros de los primeros fueron mas fructuosos que los del segundo, segun les fué anunciado por el Señor repetidas veces y en diferentes ocasiones. Consistió esto en que el rescáte universal del género humano en toda la prolongacion de los siglos, desde los tiempos adámicos hasta los últimos tiempos, habia de ser el galardon de la sangrienta tragedia de la cruz; y en que, hasta que fuera consumada, las divinas mansiones debian estar cerradas ante los desdichados hijos de Adan con puertas de diamante.

Cuando los tiempos fueron llegados, el espíritu de Dios vino sobre los apóstoles, como un viento impetuoso, en lenguas de fuego. Entonces sucedió que sin transicion ninguna fueron mudadas en un punto todas las cosas, en virtud de una accion sobrenatural y divina. En los apóstoles se obró la primera mudanza; no veian, y tuvieron luz; no entendian, y tuvieron entendimiento; eran ignorantes, y fueron sapientísimos; hablaban cosas vulgares, y hablaron cosas prodigiosas. La maldicion de Babel tuvo fin: desde entonces cada pueblo habia hablado su lengua; los apóstoles las hablaron, sin confusion, todas juntas; eran pusilánimes, fueron atrevidos; eran cobardes, fueron valerosos; eran perezosos, fueron diligentes; habian abandonado á su Señor por la carne y por el mundo, abandonaron por su Señor el

mundo y la carne; habian dejado la cruz por la vida, dieron la vida por la cruz; murieron en sus miembros, para vivir en sus espíritus; para trasformarse en Dios, dejaron de ser hombres; para vivir vida angélica, dejaron la humana.

Y así como el Espiritu Santo habia trasformado á los apóstoles, los apóstoles trasformaron al mundo; pero no ellos en verdad, sino el espíritu invencible que estaba en ellos. El mundo habia visto á Dios, y no le habia conocido; y ahora que no tenia su vista, tuvo su conocimiento. No habia creido en su palabra, y ahora que habia dejado de hablar, creyó en su palabra; habia visto sus milagros vanamente, y ahora que era ido á su Padre el que los obró, creyó en sus milagros. Habia crucificado á Jesus, y adoró al que habia crucificado; habia adorado á los ídolos, y quemó sus ídolos. Lo que habia tenido por argumentos vanos, tuvo ahora por argumentos victoriosos é inconcebibles: cambióse en amor inmenso su odio profundo.

Así como el que no tiene idea de la gracia, no la tiene tampoco del Cristianismo, el que no tiene noticia de la providencia de Dios, está en la ignorancia mas completa de todas las cosas. La Providencia, tomada en su acepcion mas general, es el cuidado que tiene el Criador, de todas las cosas creadas. Las cosas existieron, porque Dios las crió; pero no existen, sino porque Dios cuida de ellas por medio de un cuidado contínuo, que viene á ser una creacion incesante. Las cosas que antes de que fueran no tuvieron en sí razon de ser, no tienen en sí razon de subsistir despues de que fueron: solo Dios es la vida y la razon de la vida, el sér y la razon del sér, el subsistir y la razon del subsistir. Nada es, nada vive, nada subsiste por su virtud propia. Fuera de Dios, esos atributos supremos no están en ninguna parte ni en cosa ninguna. Dios no es á manera de un pintor que, hecho el cuadro, se separa de él, le abandona y le olvida; ni las cosas que Dios crió, subsisten de la manera que la figura pintada, que subsiste por sí sola. Dios hizo las cosas de una manera mas soberana, y las cosas dependen de Dios de una manera mas sustancial y excelente. Las cosas del órden natural, las del órden sobrenatural,

y las que, por salir del órden comun natural ó sobrenatural, se llaman y son milagrósas, sin dejar de ser diferentes entre sí, como quiera que son gobernadas y regidas por leyes diferentes, tienen todas algo y aun mucho de comun, que consiste en su dependencia absoluta de la voluntad divina. No se afirma de las fuentes cuanto de ellas hay que afirmar, cuando se afirma que corren, porque su naturaleza es correr; ni de los árboles, cuando se afirma de ellos que fructifican, porque su naturaleza es dar frutos. Su naturaleza no da á las cosas una virtud propia é independiente de la voluntad de su Criador, sino cierta manera determinada de ser, dependiente, en todos y en cada uno de los momentos de su existencia, de la voluntad del soberano Hacedor y del divino Arquitecto. Corren las fuentes, porque Dios las manda correr con un mandamiento actual; y las manda correr, porque hoy, como en el dia de su creacion, ve que es bueno que corran; fructifican los árboles, porque Dios los manda fructificar con un actual mandamiento; y les da este mandamiento, porque hoy, como en el dia de su creacion, ve que es bueno que los árboles fructifiquen. Por donde se ve cuán errados andan los que van á buscar la última explicacion de los sucesos, ya en las causas segundas, que existen todas bajo la dependencia general é inmediata de Dios, ya en la fortuna, que no existe de ninguna manera. Solo Dios es criador de todo lo que existe, el conservador de todo lo que subsiste, y el autor de todo lo que sucede, (1) segun se ve por estas palabras del Eclesiástico, cap. 11, vers. 14: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas á Deo sunt*. Por eso dice san Basilio, que en atribuírselo todo á Dios está la suma de toda la filosofía cristiana, conforme á lo que dice el Señor, en San Mateo, cap. 10, vers. 29, 30: *Nonne duo passeres asse veneunt? Et unus ex illis non cadet super terram sine patre vestro. Vestri autem capilli capitis omnes numerati sunt.*

Considerando las cosas desde esta altura, se ve claro que de la misma manera depende de Dios lo que es natural, que lo que es

(1) Esta espresion va puesta aquí en el sentido teológico, señaladamente por lo que hace al mal, que, propiamente hablando, no es obra de Dios, sino en cuanto Dios lo permite en sus criaturas inteligentes y libres.—

sobrenatural y lo que es milagroso. Lo milagroso, lo sobrenatural y lo natural son fenómenos idénticos sustancialmente entre sí por razon de su orígen, que es la voluntad de Dios; voluntad, que siendo actual en todos ellos, es en todos eterna. Dios quiso eterna y actualmente la resurreccion de Lázaro, como quiere eterna y actualmente que los árboles fructifiquen. Y los árboles no tienen una razon mas independiente de la voluntad divina para fructificar, que Lázaro para salir, despues de muerto, del sepulcro. La diferencia de estos fenómenos no está en su esencia, puesto que uno y otro dependen de la voluntad divina, sino en el modo; porque en los dos casos la divina voluntad se ejecuta y se cumple por dos diferentes maneras, y en virtud de dos leyes distintas. Una de estas dos maneras se llama y es natural, y la otra se llama y es milagrosa. Los hombres llamamos naturales á los prodigios diarios, y milagrosos á los prodigios intermitentes.

Por donde se ve cuán grande es la locura de los que niegan la potestad de obrar los intermitentes al mismo que obra los diarios. ¿Qué otra cosa viene á ser esto, sino negar al que hace lo que es mas, la potestad de hacer lo que es menos; ó lo que viene á ser lo mismo, negar que puede obrarse alguna vez aquello que se obra siempre? Vosotros, los que negais la resurreccion de Lázaro, porque es obra milagrosa, decidme, ¿por qué no negais otros prodigios mayores? ¿Por qué no negais ese sol que asoma por el oriente, y esos cielos tan hermosos y refulgentes y tendidos, y sus luminares eternos? ¿Por qué no negais esos mares bramadores, hermosísimos, turbulentísimos, y esa arena blanda, leve, en donde mueren humildes esos roncos bramidos, esas concertadas armonías y esas grandes turbulencias? ¿Por qué no negais esos campos tan llenos de frescura, y esos bosques tan llenos de silencio, de majestad y de sombras, y esas inmensas cataratas con sus inmensos vuelcos, y esos deslumbradores cristales de esas clarísimas fuentes? Y si no negais estas cosas, ¿cómo es tan grande vuestra locura, y vuestra inconsecuencia tan palpable, que negais como imposible, ó como difícil siquiera, la resurreccion de un hombre? Yo de mí sé decir, que no niego mi fé sino al que afirma que habiendo

abierto sus ojos exteriores para ver lo que le rodea, ó sus ojos interiores para ver lo que en sí pasa, ha visto fuera ó dentro de sí cosa que no sea milagro.

Síguese de lo dicho, que la distincion por una parte entre las cosas naturales y las sobrenaturales, y por otra entre los fenómenos ordinarios, así del órden natural como del sobrenatural, y los milagrosos, no lleva ni puede llevar consigo no sé qué rivalidad y antagonismo oculto entre lo que existe por la voluntad de Dios, y lo que existe por naturaleza; como si Dios no fuera el autor, y el mantenedor, y el gobernador soberano de todo lo que existe.

Todas esas distinciones, sacadas de sus límites dogmáticos, han ido á parar, á lo que vemos, á la deificacion de la materia, y á la negacion absoluta, radical de la providencia y de la gracia.

Volviendo á anudar, para concluir, el hilo de este discurso, diré que la providencia viene á ser una gracia general, en virtud de la cual Dios mantiene en su ser, y gobierna segun su consejo todo lo que existe; así como la gracia viene á ser á manera de una providencia especial, con la que Dios tiene cuidado del hombre. El dogma de la providencia y el de la gracia nos revelan la existencia de un mundo sobrenatural, en donde residen sustancialmente la razon y las causas de todo lo que vemos: sin la luz que viene de allí, todo es tinieblas; sin la explicacion que está allí, todo es inexplicable; sin esa explicacion y sin esa luz todo es fenomenal, efímero, contingente; todas las cosas son humo que se deshace, fantasmas que se desvanecen, sombras que se deslizan, sueños que pasan. Lo sobrenatural está sobre nosotros, fuera de nosotros, dentro de nosotros mismos. Lo sobrenatural circunda lo natural y lo penetra por todos sus poros.

El conocimiento de lo sobrenatural es, pues, el fundamento de todas las ciencias, y señaladamente de las políticas y de las morales. En vano aspirareis á explicar al hombre sin la gracia, y á la sociedad sin la providencia: sin la providencia y sin la gracia, la sociedad y el hombre son para el género humano un arcano perpétuo. La importancia de esta demostracion y su trascendencia altísima se verá mas adelante, cuando bosquejando el triste y lamenta-

ble cuadro de nuestros extravíos y de nuestros errores, se les vea brotar todos de la negacion del sobrenaturalismo católico, como de su propia fuente. Entre tanto conviene á mi propósito dejar consignado aquí que la accion sobrenatural y constante de Dios sobre la sociedad y sobre el hombre es el anchísimo y seguro fundamento en que se asienta todo el edificio de la doctrina católica; de tal manera, que, quitado ese fundamento, todo ese gran edificio en que se mueven anchamente las generaciones humanas, viene abajo á igualarse con la tierra.

CAPÍTULO VII.

QUE LA IGLESIA CATÓLICA HA TRIUNFADO DE LA SOCIEDAD, Á PESAR DE LOS MISMOS OBSTÁCULOS, Y POR LOS MISMOS MEDIOS SOBRENATURALES QUE DIERON LA VICTORIA SOBRE EL MUNDO Á NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

La Iglesia católica, considerada como institucion religiosa, ha ejercido la misma influencia en la sociedad, que el catolicismo, considerado como doctrina, en el mundo; la misma que nuestro Señor Jesucristo, en el hombre. Consiste esto en que nuestro Señor Jesucristo, su doctrina y su Iglesia no son en realidad sino tres manifestaciones diferentes de una misma cosa; conviene á saber: de la accion divina obrando sobrenatural y simultáneamente en el hombre y en todas sus potencias, en la sociedad y en todas sus instituciones. Nuestro Señor Jesucristo, el Catolicismo y la Iglesia católica son la misma palabra, la palabra de Dios resonando perpétuamente en las alturas.

Esa palabra ha tenido que superar los mismos obstáculos, y ha triunfado por los mismos medios en sus encarnaciones diferentes.

Los profetas de Israel habian anunciado la venida del Señor en la plenitud de los tiempos, habian escrito su vida, habian lamentado con tremendas lamentaciones sus tremendos infortunios, habian dicho sus dolores, habian descrito sus trabajos, habian contado una por una las gotas que componian el mar de sus lágrimas, habian visto sus congojas y vilipendios, habian levantado el acta de su pasion y de su muerte; á pesar de esto el pueblo de Israel no le conoció cuando vino, y cumplió todas las profecías olvidado de sus profetas. La vida del Señor fué santísima; su boca habia sido la única boca humana que se habia atrevido á pronunciar en presencia de los hombres estas palabras, insensatamente blasfemas ó inefablemente divinas: ¿Quién me argüirá de pecado? Y á pesar de esas palabras que ningun hombre habia pronunciado antes, que no pronunciará despues ninguno, el mundo no le conoció, y le llenó de ignominias. Su doctrina era maravillosa y verdadera; y lo era tanto, que iba como perfumándolo todo con su estremada suavidad, y bañándolo todo con sus apacibles resplandores. Cada una de las palabras que caian blandamente de sus sacratísimos labios era una revelacion portentosa, cada revelacion una verdad sublime, cada verdad una esperanza ó un consuelo. Y á pesar de todo, el pueblo de Israel apartó la luz de sus ojos, y cerró su corazon á aquellas portentosas consolaciones y á aquellas sublimes esperanzas. Obró milagros nunca vistos de los hombres ni oidos de las gentes, y á pesar de esto se apartaron de él con horror, como si estuviera inficionado de la lepra, ó como si llevara en la frente una maldicion estampada por la cólera divina, las gentes y los hombres. Hasta uno de entre sus discípulos, á quien amó con amor, fué sordo al reclamo dulce de sus dulcísimos amores, y cayó en el abismo de la traicion desde la eminencia del apostolado.

La Iglesia de Jesucristo venia anunciada por grandes profetas, y representada en símbolos ó figuras desde el principio de los tiempos. Su mismo divino Fundador, al abrir sus zanjas inmortales, y al modelar en un molde maravilloso sus divinas gerarquías, puso ante los ojos de sus apóstoles su historia advenidera; allí anunció sus grandes tribulaciones, sus persecuciones sin ejemplo; vió pa-

sar uno por uno y unos en pos de otros, en sangrienta procesion, sus confesores y sus mártires. Dijo cómo las potestades del mundo y del infierno ajustarian contra ella, en odio á él, paces horribles y sacrílegas alianzas; y de qué manera triunfaria, por su gracia, de todas las potestades del mundo y del infierno. Tendió por toda la prolongacion de los tiempos su vista soberana, y anunció el fin de todas las cosas, y la inmortalidad de su Iglesia, trasformada en aquella Jerusalen celestial, vestida de luz y de piedras resplandecientes, llena de gloria y empapada en perfumes de suavísimas fragancias. A pesar de esto, el mundo, que la vió siempre perseguida y siempre triunfante, que ha podido contar y ha contado por sus tribulaciones sus victorias, la da perpétuamente nuevas victorias con sus nuevas tribulaciones, cumpliendo así ciegamente la grande profecía, al mismo tiempo que se olvida de lo profetizado y del profeta. La Iglesia es perfecta y santísima, así como su divino fundador fué perfecto y santísimo. Ella tambien, y solo ella pronuncia en presencia del mundo aquella palabra nunca oida: ¿Quién me argüirá de error? ¿Quién me argüirá de pecado? Y á pesar de esa estraña palabra que ella sola pronuncia, el mundo ni la desmiente ni la sigue sino con sus vituperios. Su doctrina es maravillosa y verdadera, porque es la enseñada por el gran maestro de toda verdad y el gran Hacedor de toda maravilla; y sin embargo el mundo cursa estudios en la cátedra del error, y pone un oido atento á la elocuencia vana de impúdicos sofistas y de oscuros histriones. Recibió de su divino fundador la potestad de hacer milagros, y los hace, siendo ella misma un milagro perpétuo; y sin embargo, el mundo la llama vana supersticion y vergonzosa, y es dada en espectáculo á los hombres y á las gentes. Sus propios hijos, amados con tanto amor, ponen su mano sacrílega en el rostro de su tiernísima Madre, y abandonan el santo hogar que protegió su infancia, y buscan en nueva familia y en nuevo hogar no sé qué torpes delicias y qué impuros amores: y de esta manera va siguiendo el anunciado camino de su dolorosa pasion no conocida del mundo y desconocida de los heresiarcas.

Y lo que hay aquí de singular y de maravilloso es que, imitando

perfectamente á nuestro Señor Jesucristo, no padece tribulaciones á pesar de los prodigios que obra, de la vida que vive, de las verdades que enseña, y de los testimonios invencibles que acreditan la divinidad de su encargo; sino que, al reves, padece esas tribulaciones á causa de esos testimonios invencibles, de esas verdades que enseña, de esa vida santísima que vive, y de esos milagros que obra. Suprimid por un momento con la imaginacion esa vida, esas verdades, esos prodigios y esos invencibles testimonios, y habreis suprimido de un solo golpe, y de una vez, todas sus tribulaciones, todas sus lágrimas, todos sus infortunios y todos sus desamparos.

En las verdades que proclama está el misterio de su tribulacion; en la fuerza sobrenatural que la asiste está el misterio de su victoria; y esas dos cosas juntas esplican á la vez sus victorias y sus tribulaciones.

La fuerza sobrenatural de la gracia se comunica perpétuamente á los fieles por el ministerio de los sacerdotes y por el canal de los sacramentos; y aquella fuerza sobrenatural, comunicada de esta manera á los fieles, miembros de la sociedad civil al mismo tiempo que de la Iglesia, es la que ha abierto el profundísimo abismo que hay, aun consideradas bajo el punto de vista político y social, entre las sociedades antiguas y las sociedades católicas. Entre ellas, todo bien considerado, no hay otra diferencia sino la que resulta de estar las unas compuestas de católicos y las otras de paganos; de estar las unas compuestas de hombres movidos por sus instintos naturales, y las otras de hombres que, muertos mas ó menos completamente á su naturaleza propia, obedecen mas ó menos cumplidamente al impulso sobrenatural y divino de la gracia. Esto sirve para esplicar la distancia que hay entre las instituciones políticas y sociales de las sociedades antiguas, y las que han brotado como de suyo y espontáneamente en las sociedades modernas; como quiera que las instituciones son la espresion social de las ideas comunes, las ideas comunes el resultado colectivo de las ideas individuales, las ideas individuales la forma intelectual de la manera de ser y de sentir del hombre; y que el hombre pagano y el hombre católico

dejaron de ser y de sentir de la misma manera, siendo el uno el representante de la humanidad prevaricadora y desheredada, y el otro el representante de la humanidad redimida. Las instituciones antiguas y las modernas no son la espresion de dos sociedades diferentes, sino porque son la espresion de dos diferentes humanidades. Por eso cuando las sociedades católicas prevarican y caen, sucede que luego, al punto, el paganismo hace irrupcion en ellas, y que las ideas, las costumbres, las instituciones y las sociedades mismas tornan á ser paganas.

Si haceis abstraccion por un momento de esta fuerza sobrenatural, invisible, con que el Catolicismo ha ido trasformando todo lo que es visible y natural lenta y calladamente, por medio de una operacion misteriosa y secretísima, todo se oscurece á vuestros ojos; y lo natural y lo sobrenatural, lo visible y lo invisible, todo es tinieblas. Todas vuestras esplicaciones se convierten en hipótesis falsas, que nada esplican y que son ademas inesplicables.

No hay espectáculo mas triste de ver, que el que presenta el hombre de esclarecido ingenio, cuando acomete la empresa imposible y absurda de esplicar las cosas visibles por las visibles, las naturales por las naturales; lo cual, como quiera que todas las cosas visibles y naturales, en cuanto naturales y visibles, son una misma cosa, viene á ser tan absurdo como esplicar un hecho por el mismo hecho, una cosa por la cosa misma. En este gravísimo error ha caido un hombre eminentísimo y de grandes excelencias, cuyos escritos es imposible leer sin un respeto profundo, cuyos discursos no se pueden oir sin grande admiracion, y cuyas prendas personales son superiores todavia á sus escritos, á sus discursos y á sus talentos. Mr. Guizot saca ventaja á todos los escritores contemporáneos en el arte de tender sobre las cuestiones mas intrincadas una vista serena. Su mirada, generalmente hablando, es imparcial y segura. En la espresion es limpio, en el estilo sobrio, en los atavíos del lenguaje, severamente modesto; su elocuencia misma se sujeta á su razon: su elocuencia es alta, pero su razon altísima. Por elevada que una cuestion esté, cuando Mr. Guizot sale de su reposo y va hácia ella, va siempre como del monte al valle,

nunca como del valle al monte. Cuando describe los fenómenos que ve, no parece que los describe, sino que los crea. Si entra en cuestiones de partido, tiene una complacencia refinada en señalar á cada uno la parte de error y la parte de verdad que le corresponde; y no parece que se la da porque le corresponde, sino que le corresponde porque él se la señala. Por lo general, siempre que discute, discute como si enseñara, y enseña como si estuviera naturalmente revestido, para enseñar, de un magisterio eminente. Si por acaso habla de la religion, su lenguaje es solemne, ceremonioso y austero; á serle esto posible, se ve bien que iria hasta los términos de la reverencia. La parte que la concede en la obra de la restauracion social, es grande, como conviene á la persona que la da y á la institucion que la recibe. Nadie sabrá decir si la considera como reina y señora de las otras instituciones; lo que puede afirmarse es que en todo caso es á sus ojos como una reina amnistiada, que aun en el dia de su gloria conserva las señales de su pasada servidumbre.

La calidad eminente de Mr. Guizot está en ver bien todo lo que ve, y en ver todo lo visible, y en ver cada cosa de por sí y separadamente. La parte flaca de su entendimiento está en no ver de qué manera esas cosas visibles y separadas forman entre sí un conjunto gerárquico y armonioso, animado por una fuerza invisible. Se echa de ver, más que en ninguna otra parte, así este gran defecto como aquella calidad eminente, en el libro que con-consagró á hacer una descripcion cumplida de la civilizacion europea. Mr. Guizot ha visto todo lo que hay en esa civilizacion tan compleja como fecunda; todo, menos la civilizacion misma. El que busque los elementos múltiples y variados que la componen, búsquelos en su libro, que allí están; el que busque la poderosa unidad que la constituye, el principio de vida que circula libremente por los robustos miembros de ese cuerpo social sano y robusto, que busque todas esas cosas en otra parte, porque en su libro no se encuentran.

Mr. Guizot ha visto bien todos los elementos visibles de la civilizacion, y todo lo que en ellos hay de visible; y aquellos que no

contienen en sí cosa que no caiga debajo dé la jurisdiccion de los sentidos, han sido examinados por él cumplidamente. Habia uno, empero, visible é invisible á un tiempo mismo. Ese elemento era la Iglesia. La Iglesia obraba sobre la sociedad de una manera análoga á la de los otros elementos políticos y sociales, y ademas de una manera exclusivamente propia. Considerada como una institucion nacida del tiempo y localizada en el espacio, su influencia era visible y limitada, como la de las otras instituciones localizadas en el espacio, hijas del tiempo. Considerada como una institucion divina, tenia en sí una inmensa fuerza sobrenatural, la cual, no sujetándose ni á las leyes del tiempo ni á las del espacio, obraba sobre todo, y en todas partes á la vez, callada, secretísima y sobrenaturalmente. Hasta tal punto es esto verdad, que en la crítica confusion de todos los elementos sociales la Iglesia dió algo á todos los demas de exclusivamente suyo, mientras que ella solo impenetrable á la confusion, conservó siempre su identidad absoluta. Al ponerse en contacto con ella la sociedad romana, sin dejar de ser romana como ántes, fué algo que antes no habia sido: fué católica. Los pueblos germánicos, sin dejar de ser germánicos como antes, fueron algo que antes no habian sido: fuéron católicos. Las intituciones políticas y sociales, sin perder la naturaleza que les era propia, tomaron una naturaleza que les era extraña: la naturaleza católica. Y el Catolicismo no era una vana forma, porque no dió á ninguna institucion forma ninguna: era por el contrario algo de íntimo y de esencial, y por eso las dió á todas algo de profundo y de íntimo. El Catolicismo dejaba las formas y mudaba las esencias. Y al mismo tiempo que dejaba en pié todas las formas y mudaba todas las esencias, conservaba íntegra su esencia y recibia de la sociedad todas las formas. La Iglesia fué feudal, como el feudalismo fué católico. Pero la Iglesia no recibía el equivalente de lo que daba, como quiera que recibía algo que era puramente esterior y que habia de pasar como un accidente, mientras que daba algo de interior y de íntimo que habia de permanecer como una esencia.

Resulta de aquí, que en el acerbo comun de la civilizacion

europea que, como todas las otras civilizaciones y mas que las otras civilizaciones, es unidad y variedad á un tiempo mismo. todos los otros elementos combinados y juntos la dieron lo que tiene de varia, mientras que la Iglesia por sí sola la dió lo que tiene de una; y dándola lo que tiene de una, la dió lo que tiene de esencial, la dió aquello de donde se toma lo que hay de mas esencial en una institucion; que es su nombre. La civilizacion europea no se llamó germánica, ni romana, ni absolutista, ni feudal: se llamó y se llama la civilizacion católica.

El Catolicismo no es pues solamente, como Mr. Guizot supone, uno de los varios elementos que entraron en la composicion de aquella civilizacion admirable; es mas que eso, aun mucho mas que eso, es esa civilizacion misma. ¡Cosa singular! Mr. Guizot ve todo lo que ocupa un instante en el tiempo y un lugar circunscripto en el espacio, y no ve aquello que desborda los espacios y los tiempos; ve lo que está aquí y lo que está allí y lo que está mas allá, y no ve lo que está en todas partes. En un cuerpo organizado y viviente no ve la vida que está en los miembros, y ve los miembros que le componen.

Haced por un momento abstraccion de la virtud divina, de la fuerza sobrenatural que está en la Iglesia, considerada como una institucion humana que se dilata y extiende por medios puramente humanos y naturales; y Mr. Guizot tiene razon contra vosotros. La influencia de su doctrina no puede salvar los límites naturales que la asigna con su razon soberana. La dificultad, empero, quedará en pie, porque es un hecho evidente que los ha salvado. Entre la historia que dice que los ha salvado, y la razon que enseña que no los pudo salvar, hay una contradiccion evidente; contradiccion que es necesario resolver en una fórmula superior y en una conciliacion suprema, que ponga de acuerdo los hechos con los principios y la razon con la historia. Esa fórmula ha de estar fuera de la historia y fuera de la razon, fuera de lo natural y fuera de lo visible; y está en lo que hay de invisible, de sobrenatural, de divino en la santa Iglesia católica. Ese algo divino, sobrenatural é impalpable es lo que la ha sujetado el

mundo, lo que ha derribado á sus piés los obstáculos mas invencibles, lo que la há avasallado las inteligencias rebeldes y los corazones soberbios, lo que la ha levantado sobre las vicisitudes humanas, lo que ha asegurado su imperio sobre las tribus de las gentes.

Ninguno que no tenga en cuenta su virtud sobrenatural y divina, comprenderá jamás su influencia, ni sus victorias, ni sus tribulaciones; así como ninguno que no la comprenda, comprenderá jamás lo que hay de íntimo, de esencial y de profundo en la civilizacion europea.

LIBRO SEGUNDO.

PROBLEMAS Y SOLUCIONES RELATIVOS AL ÓRDEN GENERAL.

CAPÍTULO PRIMERO.

DEL LIBRE ALBEDRÍO DEL HOMBRE.

FUERA de la accion de Dios, no hay mas que la accion del hombre; fuera de la Providencia divina, no hay mas que la libertad humana. La combinacion de esta libertad con aquella Providencia constituye la trama variada y rica de la historia.

El libre albedrío del hombre es la obra maestra de la creacion, y el mas portentoso, si fuera lícito hablar asi, de los portentos divinos. A él se ordenan todas las cosas invariablemente, de tal manera, que la creacion seria inexplicable sin el hombre, y el hombre seria inexplicable no siendo libre. Su libertad es á un tiempo mismo su explicacion y la explicacion de todas las cosas. ¿Quién explicará, empero, esa libertad altísima, inviolable, santa (1), tan santa, tan altísima y tan inviolable, que el mismo que

(1) Santa, considerada en sí misma; es decir, como don, como facultad.

se la dió no se la puede quitar (1), y con la cual puede resistir y vencer al mismo que se la dió, con una resistencia invencible y con una tremenda victoria? ¿Quién explicará de qué manera, con esa victoria del hombre sobre Dios, queda Dios vencedor y el hombre queda vencido, y esto siendo la victoria del hombre una verdadera victoria, y el vencimiento de Dios un vencimiento verdadero? ¿Qué victoria es esa, seguida necesariamente de la muerte del vencedor? Y ¿qué vencimiento es aquel que va á parar á la glorificacion del vencido? ¿Qué significa el paraiso, galardon de mi vencimiento, y el infierno, pena de mi victoria? Si en mi vencimiento está mi galardon, ¿por qué desecho naturalmente lo que me salva? Y si mi condenacion está en mi victoria, ¿por qué apetezco naturalmente aquello mismo que me condena?

Cuestiones son estas que ocuparon todos los entendimientos en los siglos de los grandes doctores, y que miran hoy con desden los petulantes sofistas que no tienen fuerza para levantar del suelo las formidables armas que esgrimieron fácil y humildemente aquellos doctores santos en las edades católicas. Hoy dia parece inexcusable locura tantear humildemente y ayudados con su gracia los altos designios de Dios en sus profundos misterios; como si el hombre pudiera saber alguna cosa sin entender algo de esos misterios profundos y de esos altos designios. Todas las grandes cuestiones sobre Dios parecen hoy estériles y ociosas; como si, siendo Dios inteligencia y verdad, fuera posible ocuparse de Dios sin ganar en verdad y en inteligencia.

Viniendo á la tremenda cuestion que es asunto de este capítulo, y que procuraré encerrar en los límites mas estrechos, diré que la nocion que se tiene generalmente del libre albedrío es de todo punto falsa. El libre albedrío no consiste, como generalmente se cree, en la facultad de escoger el bien y el mal, que le solicitan con dos contrarias solicitaciones. Si el libre albedrío consistiera en esa facultad, habian de seguirse de ello forzosamente las siguientes consecuencias, una relativa al hombre y otra relativa á Dios, que son evidentemente absurdas. La relativa al hombre consiste en que

(1) Sin destruir la misma esencia del hombre.

sería menos libre cuanto fuera mas perfecto, como quiera que no puede crecer en perfeccion sin sujetarse al imperio de lo que le solicita al bien, y no puede sujetarse al imperio del bien sin sustraerse al imperio del mal, sustrayéndose del uno en el mismo grado en que se sujeta al otro; lo cual, alterando mas ó menos, segun el grado de su perfeccion, el equilibrio entre esas dos solicitaciones contrarias, viene á disminuir su libertad, es decir, su facultad de escoger, en el mismo grado en que se altera ese equilibrio. Consistiendo la suma perfeccion en el aniquilamiento de una de esas dos contrarias solicitaciones, y suponiendo la libertad perfecta la facultad entera de escoger entre esas solicitaciones contrarias, es claro que entre la perfeccion y la libertad del hombre hay contradiccion patente, incompatibilidad absoluta. Lo absurdo de esta consecuencia está en que, siendo el hombre libre y debiendo ser perfecto, no puede conservar su libertad sino renunciando á su perfeccion, ni puede ser perfecto sin renunciar á ser libre.

La consecuencia relativa á Dios consiste en que, no habiendo en Dios solicitaciones contrarias, carece de todo punto de libertad, si la libertad consiste en la facultad entera de escoger entre contrarias solicitaciones. Para que Dios fuera libre, era necesario que pudiera escoger entre el bien y el mal, entre la santidad y el pecado. Entre la naturaleza de Dios y la de la libertad así definida hay pues contradicion radical, incompatibilidad absoluta. Y como quiera que sea absurdo suponer, por una parte, que Dios no puede ser libre siendo Dios, y que no puede ser Dios siendo libre; y por otra, que el hombre no puede alcanzar su perfeccion sin renunciar á su libertad, ni ser libre sin renunciar á ser perfecto, síguese de aquí que la nocion de la libertad que vamos explicando es de todo punto falsa, contradictoria y absurda.

El error que voy combatiendo consiste en suponer que la libertad está en la facultad de escoger, cuando no está sino en la facultad de querer, la cual supone la facultad de entender. Todo sér dotado de entendimiento y de voluntad es libre; y su libertad no es una cosa distinta de su voluntad y de su entendimiento; es su mis-

mo entendimiento y su misma voluntad juntos en uno. Cuando se afirma de un sér que tiene entendimiento y voluntad, y de otro que es libre, se afirma de ambos una misma cosa, expresada de dos maneras diferentes.

Si la libertad consiste en la facultad de entender y de querer, la libertad perfecta consistirá en entender y querer perfectamente; y como solo Dios entiende y quiere con toda perfeccion, se sigue de aquí, por una ilacion forzosa, que solo Dios es perfectamente libre.

Si la libertad está en entender y en querer, el hombre es libre, porque está dotado de voluntad y de inteligencia; pero no es perfectamente libre, como quiera que no está dotado de un entendimiento infinito y perfecto, y de una voluntad perfecta é infinita.

La imperfeccion de su entendimiento está, por una parte, en que no entiende cuanto hay que entender; y por otra, en que está sujeto al error. La imperfeccion de su voluntad está, por una parte, en que no quiere cuanto se debe querer, y por otra, en que puede ser solicitada y vencida por el mal. De donde se sigue que la imperfeccion de su libertad consiste en la facultad que tiene de seguir el mal y de abrazar el error; es decir, que la imperfeccion de la libertad humana consiste cabalmente en aquella facultad de escoger, en que consiste, segun la opinion vulgar, su perfeccion absoluta.

Cuando el hombre salió de las manos de Dios, entendia el bien; y porque le entendia, le queria; y porque le queria, le ejecutaba; y ejecutando el bien que queria con su voluntad y que entendia con su entendimiento, era libre. Que este es el significado cristiano de la libertad, se ve claro por las siguientes palabras evangélicas: *Cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos* (Joann., 8, 32). Entre su libertad y la de Dios no habia, pues, otra diferencia, sino la que hay entre una cosa que puede menoscabarse y perderse, y otra que ni puede perderse ni padecer menoscabo; entre una cosa que por su naturaleza es limitada, y otra que por su naturaleza es infinita.

Cuando la mujer puso á la voz del ángel caido un oído atento

y curioso, luego al punto su entendimiento comenzó á oscurecerse, su voluntad á enflaquecer: apartada de Dios, que era su apoyo, padeció un súbito desfallecimiento. En aquel instante mismo su libertad, que no era una cosa diferente de su voluntad y de su entendimiento, quedó enferma. Cuando pasó de la culpable contemplacion al acto culpable, su entendimiento padeció una grande oscuridad, su voluntad un profundo desmayo; la mujer arrastró al hombre desfallecido, y la libertad humana cayó en tristísima flaqueza.

Confundiendo la nocion de la libertad con la de una independencia soberana, preguntan algunos por qué se dice que el hombre fué esclavo cuando cayó bajo la jurisdiccion del demonio, al mismo tiempo que se afirma que era libre cuando estaba puesto absolutamente en la mano de Dios. A lo cual se responde que no se puede afirmar del hombre que es esclavo, solo porque no se pertenece á sí propio, en cuyo caso seria esclavo siempre, como quiera que no se pertenece nunca á sí mismo de una manera independiente y soberana. Afírmase de él que es esclavo, solamente cuando cae en manos de un usurpador, como se afirma de él que es libre cuando no obedece sino á su legítimo dueño. No hay otra esclavitud sino aquella en que cae el que se sujeta á un tirano, ni mas tirano que el que ejerce una potestad usurpada, ni otra libertad sino la que consiste en la obediencia voluntaria á las potestades legítimas. Otros no alcanzan á comprender de qué manera la gracia, por la cual fuimos puestos en libertad (1) y rescatados, se aviene con esa misma libertad y rescate, pareciéndoles que en esa operacion misteriosa Dios solo obra, y el hombre padece; en lo cual van de todo

(1) Es decir, la gracia por la cual fuimos libertados de la servidumbre restaurando el libre albedrío. Advertimos esto para que no se tome la espresion del autor en el sentido estricto y violento que seria necesario para atribuirle la opinion de que antes de la redencion se hallaba estinguido en nosotros de todo punto el libre albedrío; proposicion errónea y muy distante, como ya otra vez hemos observado, del modo de pensar eminentemente católico del autor, bien claramente manifestado en muchos pasages de esta obra, donde se dice que la libertad humana, por el pecado *enfermó*, *enflaqueció*, cayó en el mas deplorable estado de fragilidad, y otras frases semejantes; pero de ningun modo que quedó muerta y estinguida.

punto errados, como quiera que en este gran misterio concurren Dios y el hombre, obrando el primero y cooperando el segundo. Y aun por esta razon no suele dar Dios, por punto general, sino la gracia que es suficiente para mover la voluntad con blandura. Temeroso de oprimirla, se contenta con llamarla hácia sí con suavísimos reclamos. El hombre, por su parte, cuando acude al reclamo de la gracia, acude con incomparable suavidad y complacencia; y cuando la voluntad suavísima del hombre que se complace en el llamamiento, se junta en uno con la voluntad suavisima de Dios, que llamándole se complace y que complaciéndose le llama, entonces sucede que de suficiente que era la gracia, se torna en eficaz por el concurso de estas dos suavísimas voluntades.

Por lo que hace á aquellos que no conciben la libertad sino en la ausencia de toda solicitacion que mueva á la voluntad del hombre, solo diré que caen sin advertirlo en uno de estos dos grandes absurdos: en el que supone que puede moverse sin ninguna especie de motivo un sér razonable, ó en el que consiste en suponer que un sér que no es razonable puede ser libre.

Si lo dicho anteriormente es cierto, la facultad de escoger otorgada al hombre, lejos de ser la condicion necesaria, es el peligro de la libertad, puesto que en ella está la posibilidad de apartarse del bien y de caer en el error; de renunciar á la obediencia debida á Dios, y de caer en manos del tirano. Todos los esfuerzos del hombre deben dirigirse á dejar en ocio esa facultad, ayudado de la gracia, hasta perderla del todo, si esto fuera posible, con el perpétuo desuso. Solo el que la pierde entiende el bien, quiere el bien y le ejecuta; y solo el que esto hace es perfectamente libre, y solo el que es libre es perfecto, y solo el que es perfecto es dichoso; por eso ningun dichoso la tiene: ni Dios, ni sus santos, ni los coros de sus ángeles.

CAPÍTULO II.

SE DA RESPUESTA Á ALGUNAS OBJECIONES RELATIVAS Á ESTE DOGMA.

Si la facultad de escoger no constituye la perfeccion sin el peligro del libre albedrío del hombre; si en aquella facultad tuvo principio su prevaricacion y orígen su caida, y si en ella está el secreto del pecado, de la condenacion y de la muerte, ¿cómo se compadece con la infinita bondad del Dios infinito ese funestísimo don que viene henchido de desventuras y preñado de catástrofes? ¿Cómo llamaré á la mano que me lo dá, misericordiosa ó airada? Si es una mano airada, ¿por qué me dió la vida? ¿Por qué me la acompañó con carga tan grave, si es misericordiosa? ¿La llamaré justa, ó solo fuerte? Si es justa, ¿qué habia hecho yo antes de ser, para ser asunto de sus rigores? Y si es solo fuerte, ¿qué hace que no me pisa y no me quiebra? Si pequé por el uso del don que recibí, ¿quién es el autor de mi pecado? Si llego á condenarme por el pecado á

que me incliné por la inclinacion que me fué dada, ¿quién es el autor de mi condenacion y de mi infierno? ¡Ser misterioso y tremendo á quien no sé si bendecir ó detestar! ¿caeré derribado á tus pies como tu siervo Job, y te enviaré hasta rendirte, acompañándolas con mis acervos sollozos, mis encendidas plegarias; ó pondré monte sobre monte, Pelion sobre Osa, volviendo á emprender contra tí la guerra de los Titanes? Esfinge misteriosa! ni sé cómo aplacarte, ni sé cómo vencerte; no sé si echar por el camino de tus enemigos, ó por el camino de tus siervos. Ni sé aun cómo te llamas. Si, como dicen, eres omnisciente, dime, por lo menos, en cuál de tus libros sellados tienes escrito mi nombre, para saber cómo he de llamarte; porque tus nombres son tan contradictorios como tú mismo. Los que se salvan, te llaman Dios; los que se condenan, tirano.

Así habla, vueltos los ojos encendidos hácia Dios, el génio del orgullo y de las blasfemias. Por una demencia inconcebible y por una aberracion inexplicable, el hombre, hechura de Dios, cita ante su tribunal al mismo Dios que le dá el tribunal en que se asienta, la razon con que le ha de juzgar y hasta la voz con que le llama. Y las blasfemias llaman á otras blasfemias, como el abismo á otro abismo; la blasfemia que le emplaza, va á parar á la blasfemia que le condena, ó á la blasfemia que le absuelve. Absuélvale ó condénele, el hombre que en vez de adorarle le juzga, es blasfemo. ¡Desdichados los soberbios que le emplazan, y bienaventurados los humildes que le adoran! porque él vendrá á los unos y á los otros: á los unos, como emplazado, en el dia del emplazamiento; á los otros, como adorado, en el dia de las adoraciones; á ninguno que le llame dejará nunca de responder: á los unos, empero, responderá con sus iras, á los otros con sus misericordias.

Y no se diga que con esta doctrina se va á parar á un absurdo, como quiera que se va á parar á la negacion de toda competencia por parte de la razon humana para entender en las cosas de Dios, y por aquí á la condenacion implícita de los teólogos y de los santos doctores, y hasta de la misma Iglesia, que de ellas trataron y entendieron largamente en las edades pasadas. Lo que por

esta doctrina se condena, es la competencia de la razon no alumbrada de la fé para entender en las cosas que son materia de la revelacion y de la fé, por ser sobrenaturales. Cuando la razon entiende en aquellas cosas sin aquella ayuda, trata de Dios y con Dios en calidad de juez supremo que no consiente ni alzada ni recurso contra sus fallos inapelables: en esta suposicion, ahora sea condenatorio, ahora absolutorio, su fallo es una blasfemia; y lo es, no tanto por lo que en él se afirma ó se niega de Dios, como por lo que la razon humana arfima de sí en él ímplicitamente; como quiera que, así en la condenacion como en la absolucion, afirma siempre de sí una misma cosa: su propia independencia y su propia soberanía. Cuando la Iglesia santísima afirma ó niega alguna cosa de Dios, no hace otra cosa sino afirmar ó negar de Dios lo que á Dios mismo le oye. Cuando los teólogos eminentes y los doctores santos entran con su razon en el abismo oscuro de las divinas excelencias, no entran nunca en él sin un secretísimo terror, y sin que la fé les vaya abriendo camino. No se proponen sorprender en Dios secretos y maravillas ignoradas de la fé, sino solo juntar la lumbre de la razon con su lumbre, para ver por otro lado las mismas maravillas y secretos; no van á ver en Dios cosas nuevas, sino á ver en él las mismas cosas de dos maneras diferentes; y estas dos diferentes maneras de conocerle vienen á ser dos maneras diferentes de adorarle.

Porque es de saber que no hay misterio ninguno, entre los que nos enseña la fé y la Iglesia nos propone, que no reuna en sí, por una admirable disposicion de Dios, dos calidades que suelen andar reñidas: la oscuridad y la evidencia. Los misterios católicos vienen á ser á manera de cuerpos á un tiempo mismo luminosos y opacos, y que de tal manera lo son, que sus sombras no pueden ser esclarecidas nunca por su luz, ni su luz oscurecida por sus sombras, siendo perpétuamente oscuros y perpétuamente luminosos. Al mismo tiempo que derraman su luz por la creacion, guardan para sí sus sombras; lo esclarecen todo, y no pueden ser por nada esclarecidos. Todo lo penetran, y son impenetrables. Parece cosa absurda concederlos, y es mayor absurdo negarlos: para el

que los concede, no hay otra oscuridad sino la suya; para el que los niega, el dia se le vuelve noche, y para sus ojos privados de luz, la oscuridad está en todas partes. Y sin embargo, los hombres ¡tan grande es su ceguedad! prefieren negarlos á concederlos; la luz les es cosa intolerable, si por ventura les viene de una region sombría; y en el despecho de su gigantesco orgullo condenan sus ojos á eterna oscuridad, teniendo por desventura mayor las sombras que se concentran en un solo misterio, que las que se dilatan por todos los horizontes.

Sin salir de los altísimos misterios que son asunto de este capítulo, será cosa fácil de demostrar cuanto venimos afirmando. ¿Ignorais el por qué de ese don tremendo de escoger entre el bien y el mal, entre la santidad y el pecado, entre la vida y la muerte? Pues negadla por un solo momento, y en ese momento mismo haceis imposible de todo punto la creacion angélica y la creacion humana. Si en esa facultad de escoger está la imperfeccion de la libertad, quitada esa facultad, la libertad es perfecta; y la libertad perfecta es el resultado de la perfeccion simultánea de la voluntad y del entendimiento. Esa perfeccion simultánea está en Dios: si la poneis tambien en la criatura, Dios y la criatura son una misma cosa; todo es Dios, ó nada es Dios; de esta manera vais á dar al panteismo, ó al ateismo que son una misma cosa, expresada de dos maneras diferentes. La imperfeccion es una cosa tan natural á la criatura, y la perfeccion es una cosa tan natural á Dios, que no podeis negar ni la una ni la otra sin una implicacion en los términos, sin una contradiccion sustancial, sin un absurdo evidente. Afirmar de Dios que es imperfecto, es afirmar que no existe; afirmar que la criatura es perfecta, es afirmar que no existe la criatura: de donde resulta que si el misterio es superior, su negacion es contraria á la razon humana; dejando el uno por la otra, habeis dejado lo oscuro por lo imposible.

Así como todo es falso, contraditorio y absurdo en la negacion racionalista, todo es sencillo y natural y lógico en la afirmacion católica. El Catolicismo afirma de Dios que es absolutamente perfecto; y de los séres creados, que son perfectos con una perfeccion re-

lativa, é imperfectos con una imperfeccion absoluta; y son perfectos é imperfectos por tan excelente manera, que su imperfeccion absoluta, por la cual se separan infinitamente de Dios, constituye su perfeccion relativa, con la cual cumplen perfectamente sus diferentes encargos, y forman todos juntos la perfecta armonía del universo. La perfeccion absoluta de Dios está, bajo nuestro punto de vista, en ser soberanamente libre, es decir, en entender perfectamente el bien, y en querer el bien que entiende, con una voluntad perfecta. La imperfeccion absoluta de todos los otros séres inteligentes y libres está en no entender y en no querer el bien, de tal manera, que no puedan entender el mal y querer el mal que entiende su entendimiento. Su perfeccion relativa está en esa misma imperfeccion absoluta, á la cual se debe, por una parte, que sean diferentes de Dios por naturaleza; y por otra, que pueden juntarse con Dios, que es su fin, por un esfuerzo de su propia voluntad, ayudada de la gracia.

Estando los séres inteligentes y libres ordenados en jerarquías, de tal manera son imperfectos, que lo son jerárquicamente. Se parecen entre sí, en que son imperfectos todos; se distinguen entre sí, en que lo son en diferentes grados, ya que no de diferente manera. El ángel no se diferencia del hombre sino en que la imperfeccion comun á los dos es mayor en el hombre y menor en el ángel, como convenia al diferente puesto que ocupan en la inmensa escala de los séres. Salieron de la mano de Dios el uno y el otro con la facultad de entender y de querer el mal, y con la de ejecutar el mal que entendian: en esto está su semejanza. Empero en la naturaleza angélica esta imperfeccion duró un momento, mientras que en la humana dura siempre: en esto está su diferencia. Hubo para el ángel un momento pavoroso, solemnísimo, en que le fué dado escoger entre el bien y el mal; en aquel instante tremendo las falanjes angélicas se dividieron entre sí: de ellas unas se inclinaron ante el acatamiento divino, otras se alzaron en tumulto y se declararon rebeldes. A esta resolucion suprema é instantánea siguió un fallo instantáneo y supremo: los ángeles rebeldes fueron condenados, y los leales fueron confirmados en gracia.

El hombre, mas flaco de entendimiento y de voluntad que el ángel, porque no era como él, un espíritu puro, recibió una libertad mas flaca y mas imperfecta, y su imperfeccion habia de durar en él tanto como su vida. Aquí es donde resplandece con su infinito resplandor la inenarrable belleza de los designios divinos. Dios vió antes de todo principio cuán bellas y convenientes eran las jerarquías, y estableció las jerarquías entre los séres inteligentes y libres. Vió, por otro lado, eternamente cuán conveniente y bella era en el Criador cierta manera de igualdad para con todas sus criaturas; y fué tal el soberano artificio, que juntó en uno la belleza de la igualdad con la belleza de la jerarquía. Para que la jerarquía pudiera existir, hizo desiguales sus dones; y para que la ley de la igualdad se cumpliera, exigió mas al que dió mas, y menos al que dió menos; de tal manera, que el mas aventajado en los dones fuera mas estrechado en las cuentas, y el menos estrechado en las cuentas menos aventajado en los dones. Porque la nativa excelencia del ángel fué mayor, su caida fué sin esperanza y sin remedio, su castigo instantáneo, su condenacion eterna; porque la nativa excelencia del hombre fué menor, no cayó sino para ser levantado, no prevaricó sino para ser redimido. El fallo que le alcanza no será inapelable, ni su condenacion irredimible, sino en aquel instante conocido solo de Dios, en que la prevaricacion angélica y la humana pesen con un peso igual en la balanza divina, llegando á ser la una por la repeticion, lo que la otra por la grandeza. De esta manera el hombre no podrá decir á Dios: ¿porqué me hiciste hombre y no ángel? ni el ángel: ¿por qué no me hiciste hombre?

Señor, ¿quién no se espanta con el espectáculo de tu justicia? ¿Qué grandeza hay igual á la grandeza de tu misericordia? ¿Qué balanza hay tan en su fiel como la que tú tienes en la mano? ¿Qué vara hay tan derecha como la vara con que mides? ¿Qué matemático conoce como tú los números y sus misteriosas armonías? ¡Cuán bien hechos están todos los prodigios que hiciste! ¡Cuán bien asentadas las cosas que asentaste, y cuán armónicamente bellas despues de bien asentadas! Abre, Señor, mi entendimiento para que

entienda algo de lo que te propones en tus eternos designios, algo de lo que eternamente entiendes, y algo de lo que eternamente ejecutas; porque ¿qué sabe quien no te sabe á tí? Y quien á tí te sabe ¿qué ignora?

Si el hombre no puede decir á Dios—por qué no me hiciste ángel, ni porqué no me hiciste perfecto,—¿no podrá decirle á lo menos:—Señor, no me valiera mas no haber nacido? ¿Por qué me hiciste lo que soy? Si tú me hubieras consultado, no hubiera recibido la vida con la facultad de perderla: el infierno me aterra mas que la nada.—

El hombre no sabe de por sí sino blasfemar: cuando pregunta, blasfema, si el mismo Dios que le ha de dar la respuesta no le enseña la pregunta; cuando pide algo, blasfema, si no le enseña lo que ha de pedir y como lo ha de pedir, el mismo Dios que le ha de otorgar su demanda. El hombre no supo ni lo que habia de pedir ni como habia de pedirlo, hasta que el mismo Dios, venido al mundo y hecho hombre, le enseñó el *Padre nuestro* para que lo tomase, como un niño, de memoria.

¿Qué quiere decir el hombre cuando dice:—¿No me valiera mas no haber nacido?—¿Existía por ventura antes de existir? ¿Y qué significa su pregunta si antes de existir no existía? El hombre puede formarse alguna idea de todo lo que escede su razon; por eso se forma alguna idea de todos los misterios: solo de lo que no existe no puede formarse idea ninguna; por eso no se forma idea ninguna de la nada. El que se suicida no quiere dejar de ser; quiere dejar de padecer, siendo de otra manera. El hombre, pues, no espresa idea ninguna cuando dice:—¿Por qué soy?—(1) Solo puede espresar una idea preguntando:—¿Por qué soy lo que soy?—Esta pregunta se resuelve en esta otra:—¿Por qué soy con la facultad de perderme?—la cual es absurda por cualquier lado que se la mire. En efecto, si toda criatura en el hecho mismo de serlo es imperfecta, y si la facultad de perderse constituye la imperfeccion especial de los hombres, el que esa pregunta hace, viene á preguntar por qué el hombre es una criatura, ó lo que es lo mismo, por qué la criatura

(1) Pues es lo mismo que decir:—¿nó hubiera sido mejor que yo no fuese?—frase que en rigor no quiere decir nada.

no es el Criador; por qué el hombre no es el Dios que crió al hombre. *Quod absurdum.*

Y si no es esto lo que se quiere decir; si lo que únicamente se dice con esa pregunta es—por qué no me salvas á pesar de mi facultad de perderme—el absurdo está más claro todavia; porque ¿qué significa la facultad de perderse, dada al que no ha de perderse nunca? Si el hombre hubiera de salvarse de todas maneras, ¿cúal seria el objeto final de la vida en el tiempo? ¿Por qué no comienza y se perpetúa en el paraiso? La razon no puede concebir que la salvacion sea á un tiempo mismo necesaria y futura, como quiera que lo futuro no vá sino con lo contingente, y que por su naturaleza misma es presente lo que por su naturaleza misma es necesario.

Si el hombre debió pasar sin transicion á la eternidad, de la nada, y vivir desde el momento que vivió vida gloriosa, queda suprimido el tiempo y el espacio y la creacion entera hecha para el hombre, que es su rey. Si su reino no habia de ser de este mundo, ¿Para qué este mundo? Si no habia de ser temporal, ¿para qué el tiempo? Si no habia de ser local, ¿para que el espacio? Y sin el tiempo y el espacio ¿para qué las cosas creadas en el espacio y en el tiempo? Por donde se ve que, en la suposicion que vamos admitiendo, el absurdo que consiste en la contradiccion que hay entre la necesidad de salvarse y la facultad de perderse, va á parar al absurdo que consiste en suprimir de un golpe el tiempo y el espacio; el cual lleva consigo el que consiste en la supresion lógica de todas las cosas creadas, con el hombre, para el hombre y á causa del hombre. El hombre no puede poner una idea humana en lugar de otra divina, sin que luego al punto el edificio entero de la creacion venga abajo, sepultándose á sí mismo en sus gigantescos escombros.

Mirando esta cuestion por otro lado, puede afirmarse que al pedir el hombre el derecho absoluto de salvarse sin perder la facultad de perderse, pide, si cabe, un absurdo mayor que cuando puso pleito á Dios porque le dió la facultad de perderse; como quiera que si en este último litigio pleiteaba por ser Dios, en aquel

pleitea por tener los privilegios de la divinidad siendo hombre.

Por último, si se considera atentamente este gravísimo negocio, se verá claro que no pudo convenir á las divinas excelencias salvar al ángel ni al hombre sin anterior merecimiento. Todo en Dios es razonable : su justicia como su bondad y su bondad, como su misericordia; como quiera que si es infinitamente justo é infinitamente bueno é infinitamente misericordioso, es razonable tambien infinitamente. De donde se sigue que no es posible atribuir á Dios, sin blasfemia, ni una bondad, ni una misericordia, ni una justicia, que no tenga sus fundamentos en la soberana razon, la cual solamente hace que la bondad sea verdadera bondad, y la misericordia verdadera misericordia, y la justicia justicia verdadera. La bondad que no es razonable, es flaqueza; la misericordia que no es razonable, es debilidad; la justicia que no es razonable, es venganza : y Dios es bueno, misericordioso y justo; no es débil, ni vengativo ni flaco. Esto supuesto, ¿qué es lo que se intenta cuando se le pide en nombre de su infinita bondad la salvacion anterior á todo merecimiento? ¿Quién no ve aquí que lo que se le pide es una sinrazon, puesto que lo que se le pide es una accion sin su motivo y un efecto sin su causa? ¡Contradiccion singular! El hombre pide á Dios en nombre de su infinita bondad aquello mismo que condena diariamente en el hombre en nombre de su razon limitada: y llama en el cielo obra misericordiosa y justa aquello mismo que llama diariamente en la tierra capricho de mujer nerviosa ó extravagancia de tiranos.

Por lo que hace al infierno, su existencia es de todo punto necesaria, para que sea posible aquel perfecto equilibrio que Dios ha puesto en todas las cosas, porque está de una manera sustancial en sus divinas perfecciones. El infierno, considerado como pena, está con la gloria, considerada como galardon, en un perfecto equilibrio; solo la facultad de perderse puede formar en el hombre un equilibrio con la facultad de salvarse; y para que la justicia y la misericordia de Dios fueran igualmente infinitas, era necesario que existieran simultáneamente como término de la primera el infierno, como término de la segunda la gloria. La gloria

supone el infierno, y de tal manera le supone, que sin él ni puede ser explicada ni concebida. Estas dos cosas se suponen entre sí, como la consecuencia supone su principio, y como el principio supone su consecuencia; y así como el que afirma la consecuencia que está en su principio y el principio que contiene su consecuencia, no afirma en realidad dos cosas diferentes, sino una cosa misma, de la misma manera el que afirma el infierno que va supuesto en la gloria, y la gloria que supone el infierno, no afirma en realidad dos cosas diferentes, sino una misma cosa. Hay, pues, necesidad lógica de admitir esas dos afirmaciones, ó de negarlas ambas con una negacion absoluta; ántes empero de negarlas, conviene saber lo que negándolas se niega. En el hombre, lo que con negarlas se niega, es la facultad de salvarse y la facultad de perderse; en Dios, lo que con negarlas se niega, es su infinita justicia y su infinita misericordia. A estas negaciones, por decirlo así, personales, se añade otra negacion real: la negacion de la virtud y del pecado, del bien y del mal, del galardon y del castigo; y como con estas negaciones se niegan todas las leyes del mundo moral, la negacion del infierno lleva envuelta lógicamente en sí la negacion del mundo moral y de todas sus leyes. Y no se diga que el hombre podia salvarse sin ir á la gloria, y perderse sin ir al infierno: porque todo lo que no sea ir á la gloria ó al infierno, ni es pena ni es galardon; no es perderse ni salvarse. La justicia y la misericordia de Dios, ó no son, ó son de una manera infinita; siendo infinitas, se han de terminar por una parte en el infierno, y por otra parte en la gloria; ó han de ser vanas, que es otra manera de ser como si no fueran.

Ahora bien: si esta laboriosa demostracion da por resultado, por una parte, que la facultad de salvarse supone necesariamente la facultad de perderse; y por otra, que la gloria supone necesariamente el infierno; se sigue de aquí que el que blasfema contra Dios porque ha hecho el infierno, blasfema contra Dios porque ha hecho la gloria; y que el que pide estar exento de la facultad de perderse, viene á pedir estar exento de la facultad de salvarse.

CAPÍTULO III.

MANIQUEISMO.—MANIQUEISMO PROUDHONIANO.

CUALQUIERA que sea la explicacion que pueda darse del libre albedrío del hombre, no cabe duda sino que este será siempre uno de nuestros mas grandes y pavorosos misterios: en todo caso, es fuerza confesar que la facultad dejada al hombre de sacar el mal del bien, el desórden del órden, y de turbar, siquiera sea accidentalmente, las grandes armonías puestas por Dios en todas las cosas creadas, es una facultad tremenda; y considerada en sí sin relacion á lo que la limita y la contiene, hasta cierto punto inconcebible. El libre albedrío dejado al hombre es un don tan alto, tan trascendental, que mas bien parece por parte de Dios una abdicacion, que una gracia: ved sino sus efectos.

Tended los ojos por toda la prolongacion de los tiempos, y vereis cuán turbias y cenagosas vienen las aguas de ese rio en

que la humanidad va navegando: allí viene haciendo cabeza de motin Adan el rebelde, y luego Cain el fratricida, y tras él muchedumbres de gentes sin Dios y sin ley, blasfemas, concubinarias, incestuosas, adúlteras; los pocos magnificadores de Dios y de su gloria olvidan al cabo su gloria y sus magnificencias, y todos juntos tumultúan y bajan en tumulto, en el ancho buque que no tiene capitan, las turbias corrientes del gran rio, con espantoso y airado clamoreo, como de tripulacion sublevada. Y no saben ni adónde van, ni de dónde vienen, ni cómo se llama el buque que los lleva ni el viento que los empuja. Si de vez en cuando se levanta una voz lúgubremente profética, diciendo:—¡Ay de los navegantes! ¡Ay del buque!—ni se para el buque ni la escuchan los navegantes, y los huracanes arrecian, y el buque comienza á crugir, y siguen las danzas lúbricas y espléndidos festines, las carcajadas frenéticas y el insensato clamoreo; hasta que en un momento solemnísimo todo cesa á la vez, los festines expléndidos, las carcajadas frenéticas, las danzas lúbricas, el clamoreo insensato, el crugir del buque y el bramar de los huracanes. Las aguas están sobre todo, y el silencio sobre las aguas, y la ira de Dios sobre las aguas silenciosas.

Dios vuelve á obrar, y la nueva obra divina vuelve á ser deshecha por la libertad humana. Un hijo es nacido á Noé, que pone á la vergüenza á su padre; el padre maldice al hijo, y con él á toda su generacion, que será maldita hasta la plenitud de los tiempos. Despues del diluvio vuelve á comenzar la historia antidiluviana; los hijos de Dios vuelven á combatir con los hijos de los hombres; aquí se levanta la ciudad divina, y enfrente la ciudad del mundo; en una se rinde culto á la libertad, y en otra á la Providencia; y la libertad y la Providencia, Dios y el hombre, vuelven á reñir aquel gigantesco combate cuyas grandes vicisitudes son el asunto perpétuo de la historia. Los parciales de Dios van en todas partes de vencida; hasta el nombre de Dios, incomunicable y santo, cae en un olvido profundo, y los hombres, en el frenesí de su victoria, se juntan con intento de levantarse una vivienda tan alta que vivan sobre las nubes. El fuego

del cielo baja sobre la arrogante vivienda, y Dios confunde en su ira las lenguas de las gentes; las gentes se dispersan por todos los ámbitos del mundo, y crecen y se multiplican, y llenan todas las zonas y todas las regiones. Aquí se levantan grandes y populosas ciudades, allí se sientan llenos de soberbia y de pompa agigantados imperios; hordas embrutecidas y feroces vagan con insolente ociosidad por bosques inmensos ó por desiertos inconmensurables. Y el mundo arde en discordias, y está como ensordecido con los grandes clamores de la guerra. Los imperios caen sobre los imperios, las ciudades sobre las ciudades, las naciones sobre las naciones, las razas sobre las razas, las gentes sobre las gentes; la tierra es toda universales infortunios y universales incendios. La abominacion de la desolacion está en el mundo. Y el Dios fuerte ¿dónde está? ¿Qué hace, que así abandona el campo á la libertad humana, reina y señora de la tierra? ¿Por qué consiente esa universal rebelion y ese tumulto universal, y esos ídolos que se levantan, y esos grandes estragos, y esos acumulados escombros?

Un dia llamó á un varon justo, y le dijo:—Yo te haré padre de una posteridad tan numerosa como las arenas de la mar y las estrellas del cielo; de tu dichosísima raza nacerá un dia el Salvador de las gentes; Yo mismo la gobernaré con mi providencia, y para que no caiga diré á mis ángeles que la lleven en las palmas de sus manos. Yo seré para ella todo prodigios, y ella atestiguará ante las gentes mi omnipotencia:—Y sus obras fueron conformes á sus palabras. Siendo esclavo su pueblo, le suscitó libertadores; no teniendo ni patria ni hogar, le sacó milagrosamente de Egipto, y le dió un hogar y una patria. Padeció hambre, y le dió hartura; padeció sed, y obedientes á su voz brotaron aguas las rocas; saliéronle al encuentro grandes muchedumbres de enemigos, y la ira de Dios desvió como un nublado esas grandes muchedumbres. Suspendió sus arpas dolientes de los sauces babilónicos, y les volvió á rescatar de su triste cautiverio, y volvió á ver con sus ojos á Jerusalen la santa, la predestinada, la hermosa. Le dió jueces incorruptibles que le gobernaron en paz

y justicia, reyes temerosos de Dios, con renombre de prudentes, gloriosos y sabios; le deputó por embajadores profetas que le descubriesen sus altos designios, y le mostrasen como presentes las cosas futuras (1). Y ese pueblo carnal y duro puso en olvido sus milagros, desechó sus avisos, abandonó su templo, prorumpió en blasfemias, cayó en idolatría, ultrajó su nombre incomunicable, descabezó á sus profetas santísimos, y ardió en discordias y rebeliones.

Cumpliéronse entre tanto las semanas proféticas de Daniel, y vino el que habia de venir enviado por el Padre para la redencion del mundo y para consuelo de las gentes; y viéndole tan pobre, tan manso y tan humilde, despreció su humildad, ultrajó su pobreza, y escarneció su mansedumbre, y se escandalizó, y le vistió vestidura de escarnio; y agitado secretamente por las furias infernales, le hizo apurar hasta las heces el cáliz de la ignominia en la cruz, despues de haber apurado el cáliz de la infamia en el Pretorio.

Crucificado por los judíos, llamó á los gentiles y los gentiles vinieron; pero despues de venidos, como antes de que vinieran, siguió el mundo por el camino de su perdicion y como asentado en sombras de muerte. Su santísima Iglesia heredó de su divino fundador y maestro el privilegio de la persecucion y de los ultrajes, y fué ultrajada y perseguida por pueblos, reyes y emperadores. De su propio seno brotaron aquellas grandes herejías que rodearon su cuna, á manera de mónstruos dispuestos á devorarla. En vano cayeron derribados á los piés del Hércules divino; la tremenda batalla entre el Hércules divino y el humano, entre Dios y el hombre, vuelve á comenzar; igual es la furia, varios los sucesos; el teatro de la batalla es tan gran-

(1) Sin duda que á no haber sido por el temor de rebajar la fuerza y hermosura de esta sucinta y elocuente historia del reinado de la Providencia y del de la libertad humana, el autor no habria dejado de advertir que tampoco la Providencia abandonó á otros pueblos, pues les dió suficientes auxilios para que, convenientemente ayudados por la cooperacion del hombre, hubiesen producido el saludable fruto de su comun salvacion, como puede creerse haber sucedido á algunos individuos.

de, que en los continentes se extiende de mar á mar, y en el mar de continente á continente, y en el mundo de un polo al otro polo. Las huestes vencedoras en Europa son vencidas en el Asia; los que sucumben en el Africa, triunfan en América. No hay hombre ninguno que, sabiéndolo ó ignorándolo, no sea combatiente en este recio combate; ninguno que no tenga una parte activa en la responsabilidad del vencimiento ó de la victoria. Lo mismo combate el forzado en su cadena, que el rey en su trono; lo mismo el pobre que el rico, el sano que el doliente, el sabio que el necio, el cautivo que el libre, el viejo que el mozo, el civilizado que el salvaje. Toda palabra que se pronuncia, ó está inspirada por Dios, ó inspirada por el mundo, y proclama forzosamente de una manera implícita ó explícita, pero siempre clara, la gloria del uno ó el triunfo del otro. En esta singular milicia todos combatimos por alistamiento forzoso; aquí no tiene lugar ni el sistema de los sustitutos ni el de los alistamientos voluntarios. En ella no se conoce ni la excepcion de sexo ni la de la edad; aquí no se escucha al que dice: Soy hijo de viuda pobre; ni á la madre del paralítico, ni á la mujer del estropeado. De esta milicia son soldados todos los nacidos.

Y no me digas que no quieres combatir; porque en el instante mismo en que me lo dices, estás combatiendo; ni que ignoras á qué lado inclinarte, porque en el momento mismo en que eso dices, ya te inclinaste á un lado; ni me afirmes que quieres ser neutral, porque cuando piensas serlo, ya no lo eres; ni me asegures que permanecerás indiferente, porque me burlaré de tí, como quiera que al pronunciar esa palabra ya tomaste tu partido. No te canses en buscar asilo seguro contra los azares de la guerra, porque te cansas vanamente; esa guerra se dilata tanto como el espacio, y se prolonga tanto como el tiempo. Solo en la eternidad, patria de los justos, puedes encontrar descanso; porque solo allí no hay combate: no presumas, empero, que se abran para tí las puertas de la eternidad, sino muestras antes las cicatrices que llevas: aquellas puertas no se abren sino para los que combatieron aquí los combates del Señor glo-

riosamente, y para los que van, como el Señor, crucificados.

Al poner los ojos en el espectáculo que nos presenta la historia, el hombre no alumbrado con lumbre de fé va á parar forzosamente á uno de estos dos maniqueismos: al antiguo, que consiste en afirmar que hay un principio del bien y otro principio del mal; que esos dos principios están encarnados en dos dioses, entre los cuales no hay mas ley que la guerra: ó el proudhoniano, que consiste en afirmar que Dios es el mal, que el hombre es el bien, que el poder humano y el divino son dos poderes rivales, y que el único deber del hombre es vencer á Dios enemigo del hombre.

Del espectáculo de la perpétua (1) batalla á que está condenado el mundo, se derivan naturalmente estos dos sistemas maniqueos, de los cuales el uno guarda mas conformidad con las antiguas tradiciones, y el otro un parentesco mayor con las modernas doctrinas: y fuerza es confesar que, á considerar el hecho notorio de ese gigantesco combate, en sí mismo, y haciendo abstraccion de la maravillosa armonía que forman vistas en su conjunto las cosas humanas y las divinas, las visibles y las invisibles, las creadas y las increadas, ese hecho queda suficientemente explicado por cualquiera de esos dos sistemas.

La dificultad no está en explicar un hecho cualquiera, considerado en sí mismo. No hay hecho ninguno que de esa manera considerado no pueda explicarse suficientemente bien por cien hipótesis diferentes. La dificultad consiste en llenar la condicion metafísica de toda explicacion, segun la cual, para que la explicacion de un hecho notorio sea valedera, es menester que con ella no sean inexplicables y no queden inexplicados otros hechos notorios y evidentes.

Por cualquier sistema maniqueo se explica lo que por su naturaleza supone un dualismo, y una batalla le supone; pero se deja sin explicacion lo que es uno por su naturaleza; y la razon, aun

(1) Al calificar de *perpétua* esta batalla, se ve que el autor no ha querido en manera alguna debilitar la objecion maniquea, sino que al contrario ha querido presentarla en toda su fuerza para salirle al encuentro.

sin estar alumbrada por la fé, es poderosa para demostrar que ó no existe Dios, ó que si existe es uno. Por cualquier sistema maniqueo se explica la batalla; pero por ninguno se explica la victoria definitiva; como quiera que la victoria definitiva del mal sobre el bien ó del bien sobre el mal supone la supresion definitiva del uno ó del otro, y no puede ser suprimido definitivamente lo que existe con una existencia sustancial y necesaria. En esta suposicion, por via de consecuencia se saca que hay algo de inexplicable en la batalla misma que parecia explicada suficientemente, como quiera que toda batalla es inexplicable donde toda victoria definitiva es imposible.

Si de lo que hay de generalmente absurdo en toda explicacion maniquea, pasamos á lo que hay de especialmente absurdo en la explicacion proudhoniana, se verá claro que al absurdo general de todo maniqueismo se añaden aquí todos los absurdos particulares posibles, y que aun hay cosas en esa explicacion indignas de la majestad de lo absurdo. En efecto, cuando el ciudadano Proudhon llama bien al mal y mal al bien, no dice una cosa absurda; lo absurdo pide mayor ingenio; dice una bufonada. Lo absurdo no está en decirla; está en decirla sin objeto ninguno. Desde el momento en que se afirma que el bien y el mal coexisten en el hombre y en Dios, local y sustancialmente, la cuestion que consiste en averiguar dónde está el mal y dónde el bien, es una cuestion ociosa. El hombre llamará á Dios el mal, y se llamará el bien á sí propio; y Dios se llamará á sí propio el bien, y llamará el mal al hombre. El mal y el bien estarán en todas partes y en ninguna parte. La única cuestion entonces consiste en averiguar por quién quedará la victoria. Si el bien y el mal son, en esa suposicion, cosas indiferentes, no habia para qué caer en la ridícula puerilidad de contradecir el sentimiento comun del género humano. El absurdo que le es peculiar al ciudadano Proudhon, consiste en que su dualismo es un dualismo de tres miembros, que constituye una unidad absoluta; por donde se ve que su absurdo, mas bien que un absurdo religioso, es un absurdo matemático. Dios es el mal, el hombre es el bien: véase ahí el dualismo maniqueo; pero en el hombre, que es el bien, hay

una potencia esencialmente instintiva, y otra potencia esencialmente lógica: por la primera es Dios, por la segunda es hombre: de donde se sigue que las dos unidades se descomponen en tres, y eso sin dejar de ser dos; porque fuera del hombre y de Dios no hay bien sustancial ni mal sustancial, no hay combatientes, no hay nada. Veamos ahora cómo las dos unidades, que son tres unidades, se convierten en una sola unidad, sin dejar de ser dos unidades y tres unidades. La unidad está en Dios; porque, ademas de ser Dios por la potencia instintiva que está en el hombre, es hombre. La unidad está en el hombre; porque siendo hombre por su potencia lógica, es Dios por su potencia instintiva: de donde se sigue que el hombre es hombre y Dios á un mismo tiempo. Resulta de todo, que el dualismo, sin dejar de ser dualismo, es trinidad; que la trinidad. sin dejar de ser trinidad, es dualismo; que el dualismo y la trinidad, sin dejar de ser lo que son, son unidad; y que la unidad, que es unidad sin dejar de ser trinidad, y dualismo sin dejar de ser trinidad, está en dos partes.

Si el ciudadano Proudhon afirmara de sí lo que no afirma, que es enviado; y si demostrara despues lo que no podia demostrar, que su mision es divina; todavía la teoría que acabo de exponer deberia ser rechazada por absurda é imposible. La union personal del mal y del bien, considerados como existiendo sustancialmente, es imposible y absurda, porque envuelve una contradiccion evidente. En la variedad personal y en la unidad sustancial que constituyen el Dios trino y uno del cristiano, así como en la unidad personal y en la variedad sustancial que constituyen al Hijo hecho hombre segun el dogma católico, hay una oscuridad profundísima; no hay, empero, imposibilidad lógica, como quiera que no hay contradiccion en los términos. Si hay mucho de oscuro, no hay nada de esencialmente contradictorio á los ojos de la razon, en afirmar de tres personas que tienen por fundamento una misma sustancia; así como no hay nada de contradictorio, aunque sí mucho de oscuro á los ojos de nuestro entendimiento, en afirmar que tres diferentes sustancias están sostenidas por una misma persona. En lo que hay imposibilidad radical, porque hay absurdo evidente y

contradiccion palpable, es en afirmar, despues de haber afirmado la existencia sustancial del mal y del bien, que el mal y el bien sustancialmente existentes están sostenidos por una misma persona. ¡ Cosa digna de admiracion ! El hombre no puede huir de la oscuridad católica, sin condenarse á sí propio á palpar una oscuridad mas densa; ni puede huir de aquello que abruma á su razon, sin caer en aquello que la niega, porque la contradice.

Y no se crea que el mundo sigue las pisadas del racionalismo á pesar de sus absurdas contradicciones y de sus densas oscuridades; las sigue á causa de esas oscuridades densas y de esas contradicciones absurdas. La razon sigue al error á donde quiera que va, como una madre tiernísima sigue, adonde quiera que va, aunque sea al abismo mas profundo, al fruto amado de su amor, al hijo de sus entrañas. El error la dará muerte; ¿mas qué importa, si es madre y muere á manos del hijo?

CAPÍTULO IV.

DE CÓMO SE SALVA POR EL CATOLICISMO EL DOGMA DE LA PROVIDENCIA Y EL DE LA LIBERTAD, SIN CAER EN LA TEORÍA DE LA RIVALIDAD ENTRE DIOS Y EL HOMBRE.

En ninguna otra cosa resplandece tanto la incomparable belleza de las soluciones católicas como en su universalidad, ese atributo incomunicable de las soluciones divinas. No bien es aceptada una solucion católica, cuando luego al punto todos los objetos antes oscuros y tenebrosos se esclarecen, la noche se torna dia y el órden sale del caos. No hay ninguna de ellas en que no esté ese soberano atributo y aquella secreta virtud, de donde procede la grande maravilla del universal esclarecimiento. En esos piélagos de luz no hay mas que un punto opaco, aquel en donde está la solucion misma que penetra con su luz esos piélagos profundos. Consiste esto en que, no siendo el hombre Dios, no puede estar en posesion de aquel atributo divino por el cual el Señor de todo lo criado ve todo lo que crió con una luz inefable. El hombre

está condenado á recibir de las sombras la explicacion de la luz, y de la luz la explicacion de las sombras. Para él no hay cosa evidente que no proceda de un impenetrable misterio. Entre la cosas misteriosas y las evidentes hay, sin embargo, la notable diferencia de que el hombre puede oscurecer las evidentes, pero no puede esclarecer las misteriosas. Cuando, para entrar en posesion de esa luz inefable que está en Dios y que no está en él, desecha por oscuras las soluciones divinas, da consigo en el laberinto intrincado y tenebroso de las soluciones humanas. Entonces sucede lo que acabamos de demostrar; que su solucion es particular; como particular incompleta, y como incompleta falsa. Considerada á primera vista, parece que resuelve algo; considerada mejor, se ve que no alcanza á resolver nada de lo que parece que resuelve; y la razon, que comienza por aceptarla como plausible, concluye por desecharla por ineficaz, contradictoria y absurda. Esto último quedó completamente demostrado en el capítulo anterior: por lo que hace á la cuestion que venimos discutiendo, despues de haber demostrado la ineficacia evidente de la solucion humana, solo nos falta demostrar la eficacia suprema y altísima conveniencia de la solucion católica.

Dios, que es el bien absoluto, es el supremo hacedor de todo bien; y todo lo que hace es bueno, siendo imposible á un tiempo mismo que Dios ponga en la criatura lo que no tiene, y que ponga todo lo que tiene, en la criatura. Dos cosas son de todo punto imposibles, conviene á saber: que ponga el mal que no tiene en alguna cosa, y que ponga en alguna cosa el bien absoluto: ambas imposibilidades son evidentes, como quiera que es imposible concebir que alguno dé lo que no tiene, y que el Criador quede absorbido en la criatura. No pudiendo comunicar su bondad absoluta, que sería comunicarse á sí propio, ni el mal, que seria comunicar lo que no tiene, comunica el bien relativo, con lo cual comunica todo lo que puede comunicar, algo de lo que está en él y que no es él, poniendo entre sí y la criatura aquella semejanza que atestigua la procedencia, y aquella diferencia que atestigua la distancia. De esta manera toda criatura va diciendo, solo con mos-

trarse, quién es su Criador, y que ella no es mas que su criatura.

Siendo Dios el criador de todo lo criado, todo lo criado es bueno con una bondad relativa. El hombre es bueno en cuanto hombre, el ángel en cuanto ángel, y el árbol en cuanto árbol. Hasta el príncipe que relampaguea en el abismo, y el abismo en donde relampaguea, son cosas buenas y excelentes. El príncipe del abismo es bueno en sí, porque por serlo no ha dejado de ser ángel, y Dios es el criador de la naturaleza angélica, excelente sobre todas las cosas criadas; el abismo es bueno en sí, porque se ordena á un fin que es bueno soberanamente.

Y sin embargo de ser buenas y excelentes todas las esencias criadas, el Catolicismo afirma que el mal está en el mundo, y que son grandes y portentosos sus estragos. La cuestion consiste en averiguar, por una parte, qué cosa es el mal; por otra, en dónde tiene su orígen; y últimamente, de qué manera concurre con su propia disonancia á la universal armonía.

El mal tiene su orígen en el *uso* que hizo el hombre de la facultad de escoger, (1) la cual, como digimos, constituye la imperfeccion de la libertad humana. La facultad de escoger estuvo encerrada en ciertos límites impuestos por la naturaleza misma de las cosas. Siendo todas buenas, esa facultad no pudo consistir en escoger entre las cosas buenas, que existian necesariamente, y las malas, que no existian de manera ninguna; consistió solo en unirse al bien ó en apartarse del bien, en afirmarle con su union ó en negarle con su apartamiento. El entendimiento humano se apartó del entendimiento divino, lo cual fué apartarse de la verdad; apartado de la verdad, dejó de conocerla. La voluntad humana se apartó de la voluntad divina, lo cual fué apartarse del bien; apartada del bien, dejó de quererle; habiendo dejado de quererle, dejó de ejecutarle; y como, por otra parte, no pudo dejar de poner en ejer-

(1) Es decir: el mal comenzó cuando el hombre escogió despues de haberse colocado en punto de negar la verdad, ó sea en la via del mal; mientras que si el hombre no se hubiera apartado de la verdad, su facultad de escoger no habria producido sino el bien. No obstante que la frase del autor va aquí conforme con su razonamiento, habria sido quizás mas clara para el comun de los lectores, si en vez de la palabra *uso*, hubiese empleado la de *abuso*.

cicio sus facultades íntimas é inamisibles, que consistian en entender, en querer y en obrar, siguió entendiendo, queriendo y obrando, si bien lo que entendia apartado de Dios no era la verdad, que solo está en Dios; ni lo que queria era el bien, que solo está en Dios; ni lo que obró pudo ser el bien, que ni entendia ni queria, y que no siendo ni querido por su entendimiento ni aceptado de su voluntad, no pudo ser el término de sus acciones. El término de su entendimiento fué entonces el error, que es la negacion de la verdad; el término de su voluntad fué el mal, que es la negacion del bien; y el término de sus acciones el pecado, que es la negacion simultánea de la verdad y del bien, manifestaciones diversas de una misma cosa considerada bajo dos puntos de vista diferentes. Negándose por el pecado todo lo que Dios afirma con su entendimiento, que es la verdad, y todo lo que afirma con su voluutad, que es el bien; no habiendo en Dios mas afirmaciones que la del bien que está en su voluntad, y la de la verdad que está en su entendimiento; y no siendo Dios sino esas mismas afirmaciones sustancialmente consideradas, se sigue de aquí que el pecado, que niega todo lo que Dios afirma, niega virtualmente á Dios en todas sus afirmaciones; y que negándole, y no haciendo otra cosa sino negarle, es la negacion por excelencia, la negacion universal, la negacion absoluta.

Esa negacion no afectó ni pudo afectar las esencias de las cosas, que existen independientemente de la voluntad humana, y que despues como antes de la prevaricacion, fueron no solo buenas en sí, sino tambien perfectas y excelentes. Empero si el pecado no las quitó su excelencia, las quitó aquella soberana armonía que puso en ellas su divino Hacedor, que es aquella trabazon delicada y aquel órden perfecto con que estaban juntas unas con otras y todas con él, cuando las sacó del caos despues de haberlas sacado de la nada por un efecto de su bondad infinita. Segun aquel órden perfecto y aquella trabazon admirable, todas las cosas se movian derechamente hácia Dios con un movimiento irresistible y ordenado. El ángel, espíritu puro abrasado de amor, gravitaba hácia Dios, centro de todos los espíritus, con una gravitacion amorosa y vehe-

mente. El hombre, menos perfecto pero no menos amoroso, seguia con su gravitacion el movimiento de la gravitacion angélica, para confundirse con el ángel en el seno de Dios, centro de las gravitaciones angélicas y humanas. La materia misma, agitada por un secreto movimiento de ascension, (1) seguia la gravitacion de los espíritus hácia aquel supremo Hacedor que traia á sí sin esfuerzo todas las cosas. Y así como todas estas cosas, consideradas en sí, son las manifestaciones exteriores del bien esencial que está en Dios, esta manera de ser es la manifestacion exterior de su manera de ser, como su exencia misma, perfecta y excelente. Las cosas fueron hechas de tal modo, que tuvieran una perfeccion mudable, y otra necesaria é inamisible: su perfeccion inamisible y necesaria fué aquel bien esencial que puso Dios en toda criatura; su perfeccion mudable fué aquella manera de ser con que Dios quiso que fueran cuando las sacó de la nada. Dios quiso que fueran siempre lo que son; no quiso, empero, que fueran necesariamente de la misma manera; sustrajo las esencias á toda jurisdiccion que no fuera la suya; puso por un tiempo el órden en que estan, bajo la jurisdiccion de aquellos séres que formó inteligentes y libres. De donde se sigue que el mal, producido por el libre albedrío angélico ó el libre albedrío humano, no pudo ser y no fué otra cosa sino la negacion del órden que puso Dios en todas las cosas criadas; cuya negacion va envuelta en la palabra misma que la significa, con lo cual se afirma lo mismo que se niega: esa negacion se llama desórden. El desórden es la negacion del órden, es decir, de la afirmacion divina, relativa á la manera de ser de todas las cosas. Y así como el órden consiste en la union de las cosas que Dios quiso que estuvieran unidas, y en la separacion de aquellas que quiso que anduvieran separadas; de la misma manera el desórden consiste en unir las cosas que Dios quiso que anduvieran separadas, y en separar aquellas que quiso Dios que estuvieran unidas.

(1) No se entienda que el autor ha querido con esta frase reconocer en la materia una fuerza propia é intrínseca; pues bien claramente se deduce lo contrario de las palabras con que termina este mismo periodo, en que dice que era Dios *que traia á sí sin esfuerzo todas las cosas*.

El desórden causado por la rebelion angélica consistió en el apartamiento, por parte del ángel rebelde, de su Dios, que era su centro, por medio de un cambio en su manera de ser, que consistió en convertir su movimiento de gravitacion hácia su Dios en un movimiento de rotacion sobre sí mismo.

El desórden causado por la prevaricacion del hombre fué parecido al causado por la rebelion del ángel, no siendo posible ser rebelde y prevaricador de dos maneras esencialmente diferentes. Habiendo dejado el hombre de gravitar hácia su Dios con su entendimiento, con su voluntad y con sus obras, se constituyó en centro de sí propio, y fué el último fin de sus obras, de su voluntad y de su entendimiento.

El trastorno causado por esta prevaricacion fué grande y profundísimo. Cuando el hombre se hubo apartado de su Dios, luego al punto todas sus potencias se apartaron unas de otras, constituyéndose á sí mismas en otros tantos centros divergentes. Su entendimiento perdió su imperio sobre su voluntad; su voluntad perdió su imperio sobre sus acciones; la carne salió de la obediencia en que habia estado del espíritu; y el espíritu, que habia estado sujeto á Dios, cayó en la servidumbre de la carne (1). Todo habia sido antes en el hombre concordancias y armonías; todo fué despues en él guerra, tumulto, contradicciones, disonancias. Su naturaleza se convirtió de soberanamente armónica en profundamente antitética.

Este desórden causado en él por él mismo, se trasmitió por él al universo y á la manera de ser de todas las cosas; todas le estaban sujetas, y todas se le rebelaron. Cuando dejó de ser esclavo de Dios, dejó de ser príncipe de la tierra; lo cual no nos causará maravilla, si consideramos que los títulos de su monarquía terrenal estaban fundados en su divina servidumbre. Los animales á quienes él mismo, en señal de su dominacion, habia puesto sus nombres, dejaron de obedecer á su voz y de entender su palabra y de seguir su mandamiento. La tierra se le llenó de abrojos, el cielo

(1) Ténganse presentes las advertencias hechas anteriormente en las páginas 40 y 91.

se le volvió de metal, las flores se le rodearon de espinas. La naturaleza entera estuvo como poseida contra él de una furia insensata; los mares, al verle venir, volcaron estrepitosamente sus ondas, y sus abismos resonaron con pavorosos estruendos; las montañas para atajarle el paso levantaron hasta los cielos sus cumbres; por sus campos pasaron los torrentes, y sobre sus frágiles tiendas vinieron los huracanes; los reptiles escupieron en él sus venenos, las yerbas le destilaron sus ponzoñas; en cada paso temió una celada, y en cada celada la muerte.

Una vez aceptada la explicacion católica del mal, se esplica naturalmente todo aquello que sin ella y fuera de ella parecia y era en efecto inexplicable. No existiendo el mal de una manera sustancial, sino antes bien negativa, no puede servir de materia á una creacion, con lo cual cae naturalmente la dificultad que nacia de la coexistencia de dos creaciones diferentes y simultáneas. Esta dificultad iba en aumento, al paso que se iba adelantando por este escabroso camino, como quiera que el dualismo de la creacion suponia forzosamente otro dualismo mas repugnante todavía á la razon humana: el dualismo esencial en la Divinidad, que ha de ser concebida como una esencia simplicísima, ó no puede ser concebida de manera ninguna. Juntamente con ese dualismo divino viene por tierra la idea de una rivalidad á un tiempo mismo imposible y necesaria: necesaria, porque dos dioses que se contradicen, y dos esencias que se repugnan, estan condenadas por la naturaleza misma de las cosas á una lucha perpétua; imposible, porque siendo la victoria definitiva el objeto final de toda contienda (consistiendo aquí la victoria definitiva en la supresion del mal por el bien, ó del bien por el mal), y no pudiendo ser suprimido ni el uno ni el otro, porque lo que existe de una manera esencial, existe necesariamente; de la imposibilidad de la supresion se seguia la imposibilidad de la victoria, y de la imposibilidad de la victoria, objeto final de la contienda, la imposibilidad radical de la contienda misma. Con la contradiccion divina á que vá á parar forzosamente todo sistema maniqueo, desaparece la contradiccion humana, en que se cae cuando se supone la coexistencia sustancial del bien y

del mal en el hombre. Esa contradiccion es absurda, y como absurda inconcebible. Afirmar del hombre que es á un tiempo mismo esencialmente bueno y esencialmente malo, es tanto como afirmar una de estas dos cosas: ó que el hombre es un compuesto de dos esencias contrarias, juntando aquí lo que se ve obligado á separar en la Divinidad el sistema maniqueo; ó que la esencia del hombre es una; y que siendo una, es mala y buena á un tiempo mismo: lo cual es afirmar todo lo que se niega y negar todo lo que se afirma de una misma cosa.

En el sistema católico el mal existe, pero existe con una existencia modal; no existe esencialmente. El mal, así considerado, es sinónimo de desórden; porque no es otra cosa, si bien se mira, sino la manera desordenada en que estan las cosas que no han dejado de ser esencialmente buenas, y que por una causa secretísima y misteriosa han dejado de estar bien ordenadas. Por el sistema católico se nos señala esa causa misteriosa y secretísima; y en su señalamiento, si hay mucho que esceda á la razon, no hay nada que la contradiga y la repugne; como quiera que, para esplicar una perturbacion modal en las cosas que aun despues de perturbadas conservan íntegras y puras sus esencias, no hay que recurrir á una intervencion divina, con lo cual no habria proporcion entre el efecto y la causa: basta para esplicar el hecho suficientemente, acudir á la intervencion anárquica de los seres inteligentes y libres; como quiera que, si no pudieran alterar de alguna manera el órden maravilloso de la creacion y sus concertadas armonías, no podrian ser considerados ni como libres, ni como inteligentes. Del mal, considerado como accidental y efímero, pueden afirmarse sin contradiccion y sin repugnancia estas dos cosas: la primera, que por lo que tiene de mal. no ha podido ser obra de Dios; la segunda, que por lo que tiene de efímero y de accidental, ha podido ser obra del hombre. De esta manera las afirmaciones de la razon van á confundirse con las afirmaciones católicas.

Supuesto el sistema católico desaparecen todos los absurdos, y quedan suprimidas todas las contradiciones. Por este sistema, una es la creacion y Dios es uno, con lo cual queda suprimida, con el

dualismo divino, la guerra de los dioses. El mal existe, porque si no existiera, (1) no podria concebirse la libertad humana; pero el mal que existe es un accidente, no es una esencia; porque si fuera una esencia, y no fuera un accidente, sería obra de Dios, criador de todas las cosas, lo cual envuelve una contradicion que repugna á un mismo tiempo á la razon humana y á la razon divina. El mal viene del hombre y está en el hombre; y viniendo de él y estando en él, hay en ello una grande conveniencia, lejos de haber en ello contradiccion ninguna. La conveniencia está en que, no pudiendo ser el mal obra de Dios, no podria el hombre escogerle si no pudiera crearle, y no sería libre si no pudiera escogerle. No hay en ello contradicion ninguna; porque al afirmar el Catolicismo, del hombre, que es bueno en su esencia y malo por accidente, no afirma de él lo mismo que niega, ni niega lo mismo que afirma; como quiera que afirmar del hombre que es malo por accidente y bueno por esencia, no es afirmar de él cosas contradictorias, sino cosas en que no cabe contradiccion, por ser de todo punto diferentes.

Por último, aceptado el sistema católico, cae desplomado el sistema blasfemo é impío, que consiste en suponer una rivalidad perpétua entre Dios y el hombre, entre el Criador y la criatura. El hombre, autor del mal, accidental de suyo y transitorio, no es á manera de Dios, criador, mantenedor y gobernador de todas las esencias y de todas las cosas. Entre esos dos séres apartados entre sí por una distancia infinita, no hay rivalidad imaginable ni competencia posible. En los sistemas maniqueo y proudhoniano, la batalla entre el Criador del bien esencial y el criador del mal esencial era inconcebible y absurda, porque era imposible la victoria. En el sistema católico no cabe la suposicion de la batalla, porque no cabe la suposicion de la contienda entre partes, de las cuales la una ha de ser necesariamente victoriosa, y la otra vencida necesariamente. Dos condiciones son necesarias para que exista una contienda: que la victoria sea posible, y que sea in-

(1) O no pudiera existir.

cierta la victoria. Toda batalla es absurda cuando la victoria es cierta ó cuando la victoria es imposible; de donde se sigue que, de cualquiera manera que se las considere, son absurdas esas batallas grandiosas trabadas por la universal dominacion y por el sumo imperio, ahora sea uno el soberano, ahora dos los emperadores: en el primer caso, porque el que es uno, será perpétuamente solo; en el segundo, porque los dos no serán uno jamás, y serán dos perpétuamente. Esos combates gigantescos son de tal naturaleza, que ó están decididos ántes de trabarse, ó no se deciden despues de trabados.

CAPÍTULO V.

SECRETAS ANALOGÍAS ENTRE LAS PERTURBACIONES FÍSICAS Y LAS MORALES, DERIVADAS TODAS DE LA LIBERTAD HUMANA.

HASTA dónde hayan ido á parar los estragos de la culpa, y hasta qué punto se haya cambiado el semblante todo de la creacion con tan lamentable desvarío, es cosa sustraida á las humanas investigaciones; pero lo que está puesto fuera de toda duda, es que padecieron degradacion juntamente en Adan su espíritu y su carne, por orgulloso aquel y esta por concupiscente.

Siendo una misma la causa de la degradacion física y de la moral, entrambas ofrecen portentosas analogías y equivalencias en sus varias manifestaciones.

Ya digimos que el pecado, causa primitiva de toda degradacion, no fué otra cosa sino un desórden; y como consistiese el órden en el perfecto equilibrio de todas las cosas criadas, y ese equilibrio en la subordinacion jerárquica que mantienen unas con otras, y en la absoluta que todas mantenian con su Criador, síguese de aquí que el pecado ó el desórden, que es una cosa misma, no consistió en otra cosa sino en la relajacion de esas subordinaciones

jerárquicas que tenian las cosas entre sí, y de la absoluta en que estaban respecto del Sér supremo; ó lo que es lo mismo, en el quebrantamiento de aquel perfecto equilibrio y de aquella maravillosa trabazon en que fueron puestas todas las cosas. Y como quíera que los efectos son siempre análogos á sus causas, todos los efectos de la culpa vinieron á ser, hasta cierto punto, lo que ellas, un desórden, una desunion, un desquilibrio. El pecado fué la desunion del hombre y de Dios. El pecado produjo un desórden moral y un desórden físico. El desórden moral consistió en la ignorancia del entendimiento y en la flaqueza de la voluntad. La ignorancia del entendimiento no fué otra cosa sino su desunion del entendimiento divino. La flaqueza de la voluntad estuvo en su desunion de la voluntad suprema. El desórden físico producido por el pecado consistió en la enfermedad y en la muerte. Ahora bien, la enfermedad no es otra cosa sino el desórden, la desunion, el desquilibrio de las partes constitutivas de nuestro cuerpo. La muerte no es otra cosa sino esa misma desunion, ese mismo desórden, ese mismo desquilibrio, llevado hasta el último punto. Luego el desórden físico y moral, la ignorancia y la flaqueza de la voluntad, por una parte, y la enfermedad y la muerte, por otra, son una cosa misma.

Esto se verá más claro todavía, solo con considerar que todos estos desórdenes, así físicos como morales, toman una misma denominacion en el punto en donde nacen.

La concupiscencia de la carne y el orgullo del espíritu se llaman, con un mismo nombre, el *pecado*: la desunion definitiva del alma y de Dios, y la del cuerpo y del alma se llaman, con un mismo nombre, la *muerte*.

Por donde se ve que el vínculo entre lo físico y lo moral es tan estrecho, que solo en el medio puede observarse su diferencia, viniendo á ser una misma cosa en su fin y en su principio. ¿Y cómo habia de ser de otra manera, si así lo físico como lo moral viene de Dios y acaba en Dios; si Dios está antes del pecado y despues de la muerte?

Por lo demas, esta estrechísima conexion entre lo moral y lo físico podría ser ignorada de la tierra, que es puramente corporéa,

y de los ángeles, que son espíritus puros; pero ¿cómo ese misterio ha de ser una cosa escondida para el hombre, compuesto de un alma inmortal y de una materia corpórea, y que está puesto por Dios en la confluencia de dos mundos?

Ni paró aquí aquella gran perturbacion producida por el pecado; como quiera que no solo Adan quedó sujeto á la enfermedad y á la muerte, sino que tambien la tierra fué maldecida á causa de él y en su nombre.

Por lo que hace á esta tremenda y hasta cierto punto incomprensible maldicion, sin que sea visto que osemos penetrar en tan oscuros arcanos, y reconociendo como reconocemos que los juicios de Dios son tan secretos como maravillosas su obras, parécenos, sin embargo, que una vez confesada en la teórica la relacion misteriosa que ha puesto Dios entre lo moral y lo físico, y una vez confesada en la práctica, por ser, si bien en cierta manera inexplicable, hasta cierto punto visible en el hombre; todo lo demas es menos en este misterio profundo; como quiera que el misterio está en esa ley de relacion, mas bien que en las aplicaciones que de ella puedan hacerse por via de consecuencia.

Conviene notar aquí, para el esclarecimiento de esta materia escabrosa, y en comprobacion de cuanto llevamos dicho, que las cosas físicas no pueden considerarse como dotadas de una existencia independiente, como existiendo en sí, por sí y para sí; sino mas bien como manifestaciones de las cosas espirituales, que son las únicas que tienen en sí mismas la razon de su existencia. Siendo Dios espíritu puro y principio y fin de todas las cosas, es claro que todas las cosas en su principio y en su fin son espirituales. Siendo esto así, ó las cosas físicas son vanas apariencias y no existen; ó si existen, existen por Dios y para Dios; lo cual quiere decir que existen por el espíritu y para el espíritu: de donde se infiere que siempre que haya una perturbacion, cualquiera que ella sea, en las regiones espirituales, ha de haber forzosamente otra análoga en las regiones corpóreas; no pudiendo concebirse que estén quietas las cosas mismas, cuando hay una perturbacion en lo que es principio y fin de todas las cosas.

La perturbacion, pues, producida por el pecado fué y debió de ser general, fué y debió de ser comun á las regiones altas y á las bajas, á las de todos los espíritus y á la de todos los cuerpos. El rostro de Dios, plácido antes y sereno, se conturbó con la ira; sus serafines mudaron de semblante, la tierra se cuajó de espinas y de abrojos, y se secaron sus plantas, y envejecieron sus árboles, y se agostaron sus yerbas, y dejaron de destilar licor suavísimo sus fuentes, y fué fertilísima en ponzoñas, y se vistió de bosques oscuros, impenetrables, pavorosos; y se coronó de montes bravos, y hubo una zona tórrida y otra frigidísima, y fué consumida por el fuego y abrasada por la escarcha, y se levantaron en todos sus horizontes torbellinos impetuosos, y sus ámbitos fuéron henchidos con el estruendo de los huracanes.

Puesto el hombre como en el centro de este desórden universal, á un tiempo obra suya y su castigo; desordenado él mismo mas honda y radicalmente que el resto de la creacion, quedó expuesto, sin otra ayuda que la de la misericordia divina, á la impetuosa corriente de todos los dolores físicos y de todas las congojas morales. Su vida fué toda tentacion y batalla, ignorancia su sabiduría, su voluntad toda flaqueza, toda corrupcion su carne. Cada una de sus acciones estuvo acompañada de un arrepentimiento; cada uno de sus placeres fué seguido de un dejo amargo ó de un dolor agudísimo; cuantos fueron sus deseos, tantos fueron sus pesares; cuantas sus esperanzas, otras tantas sus ilusiones; y cuantas sus ilusiones, otros tantos sus desengaños. Su memoria le sirvió de torcedor, su prevision de tormento; su imaginacion no le sirvió de otra cosa sino de echar franjas de púrpura y de oro sobre su desnudez y miseria. Enamorado del bien para el que habia nacido, echó por la senda del mal por donde habia entrado; necesitado de un Dios, cayó en los insondables abismos de todas las supersticiones; condenado á padecer, ¿quien será capaz de hacer el recuento de sus infortunios? Condenado á trabajar con fatiga, ¿quién sabe el guarismo de sus trabajos? Condenada su frente á perpétuo sudor, ¿quien llevará la cuenta de las gotas de sudor que han caido de su frente?

Pon al hombre tan alto como sea posible, ó tan bajo como quieras; en ninguna parte estará exento de aquella pena que nos vino de nuestro comun pecado. Si al que está en lo alto no le alcanza la injuria, le alcanza la envidia; si al que está bajo no le alcanza la envidia, le alcanza la injuria. ¿Dónde está la carne que no haya padecido dolor, y el espíritu que no haya padecido congojas? ¿Quién estuvo tan alto que no temiera caer? ¿Quién creyó tan firmemente en la constancia de la fortuna, que no temiera sus reveses? Los hombres en el nacer, en el vivir, en el morir, todos somos unos; porque todos somos culpables y todos somos penados.

Si el nacimiento, si la vida y si la muerte no son una pena ¿en qué consiste que no nacemos, vivimos, y morimos como todo lo demas que nace, vive y muere? ¿Por qué morimos llenos de terrores? ¿Por qué vivimos llenos de congojas? ¿Y por qué cuando nacemos, venimos al mundo con los brazos cruzados en el pecho en postura penitente? ¿Y por qué al abrir los ojos á la luz los abrimos al llanto, y nuestro primer saludo es un gemido?

Los hechos históricos vienen á confirmar los dogmas que acabamos de exponer y todas sus misteriosas consonancias. El Salvador del mundo, con edificacion y pavor profundísimo de los pocos justos que le seguian y con escándalo de los doctores, borraba los pecados curando las enfermedades, y curaba las enfermedades absolviendo de los pecados; suprimiendo unas veces la causa por medio de la supresion de los efectos, y borrando otras los efectos por medio de la supresion de su causa. Como un paralítico se hubiese puesto en su presencia, en ocasion en que se hallaba rodeado de muchedumbre de doctores y fariseos, alzó la voz y le dijo: «Confía, hijo mio, yo te remito tus pecados.» Escandalizáronse en su corazon los que estaban allí presentes, pareciéndoles, por una parte, que la potestad de absolver era en el Nazareno orgullo y locura; y por otra, que intentar sanar las enfermedades absolviendo de los pecados era una extravagancia: y como el Señor viese nacer en los corazones de aquellas gentes aquellos pensamientos culpables, añadió luego en seguida: «Y para que á todos sea notorio que el Hijo del hombre tiene en la tierra la potestad de

remitir los pecados, levántate, yo te lo ordeno; lleva contigo tu lecho, y vuelve á tu casa»: y así fué hecho como lo dijo; con lo cual vino á demostrar que la potestad de curar y la de absolver son una potestad misma, y que el pecado y la enfermedad son una misma cosa.

Antes de pasar adelante será bueno notar aquí, en confirmacion de cuanto vamos diciendo, dos cosas dignas de memoria: la primera, que el Señor, antes de poner sus hombros al grave peso de los delitos del mundo, estuvo exento de toda enfermedad, y aun de todo achaque, porque estaba exento de pecado; la segunda, que cuando puso en su cabeza los pecados de todas las gentes, aceptando voluntariamente los efectos así como aceptaba las causas, y las consecuencias así como aceptaba los principios; aceptó el dolor; mirando en él al compañero inseparable del pecado; y sudó sangre en el Huerto, y sintió dolor con la bofetada en el Pretorio, y desfalleció con el peso de la cruz, y padeció sed en el Calvario y una tremenda agonía en el afrentoso madero, y vió venir la muerte con pavor, y gimió honda y dolorosamente al enviar su espíritu á su santísimo Padre.

Por lo que hace á aquella admirable consonancia de que hablamos entre los desórdenes del mundo moral y los del físico, el género humano la proclama á una voz sin comprenderla, como si un poder sobrenatural é invencible le obligara á dar testimonio al gran misterio: la voz de todas las tradiciones, todas las voces populares, todos los vagos rumores esparcidos por los vientos, todos los ecos del mundo, nos hablan misteriosamente de un gran desórden físico y moral acaecido en los tiempos anteriores al crepúsculo de la historia y aun al crepúsculo de la fábula, á consecuencia de una culpa primitiva, cuya grandeza fué tanta, que ni puede ser comprendida por entendimiento, ni expresada con vocablos. Aun hoy dia es, y si por ventura se desordenan los elementos y hay mudanzas extrañas en las esferas celestes, y vienen sobre las naciones grandes castigos de discordias, de pestilencias, de hambres; si las estaciones alteran el curso sosegado de su armónica rotacion, y se confunden y traban entre sí una á manera de ba-

talla; si el suelo viene á padecer sacudidas y temblores; y si los vientos, libres de las riendas que refrenan sus ímpetus, se tornan huracanes, luego al punto se levanta de las entrañas de los pueblos, guardadoras de la tremenda tradicion, una voz pertinaz y temerosa, que busca la causa de la insólita perturbacion en un delito poderoso para enojar á Dios y para atraer sobre la tierra las maldiciones del cielo.

Que esos *vagos rumores* (1) son á las veces infundados, y que suelen ser hijos de la ignorancia de las leyes que presiden al curso de los fenómenos naturales, es una cosa evidente: pero no es menos evidente, á nuestros ojos, que el error (2) está solamente en la aplicacion y no en la ideá, en la consecuencia y no en el principio, en la práctica y no en la teórica. La tradicion queda en pié dando perpétuo testimonio á la verdad, á pesar de todas sus falsas aplicaciones. Las muchedumbres pueden errar, y yerran frecuentemente, cuando afirman que tal pecado es causa de tal desórden; pero ni yerran ni pueden errar cuando aseguran que el desórden es hijo del pecado: y cabalmente porque la tradicion, considerada en su generalidad, es la manifestacion y la forma visible de una verdad absoluta, es por lo que es una cosa difícil ó cuasi de todo punto imposible sacar á los pueblos de los errores concretos que cometen en sus aplicaciones especiales. Lo que la tradicion tiene de verdadero, da consistencia á lo que la aplicacion tiene de falso; y el error concreto vive y crece debajo del amparo de la verdad absoluta.

Ni carece la historia de ejemplos insignes que vienen en apoyo de esta tradicion universal, que ha ido trasmitiéndose de padres á hijos, de familia á familia, de raza á raza, de pueblo á pueblo y de region á region, por todo el linaje humano, hasta los remates

(1) Muy acertadamente usa aquí el autor la expresion de *vagos rumores*, restringiendo de esta manera en un sentido conveniente la consideracion de que puedan á veces ser infundados los rumores, y que procedan de ignorar el curso de los fenómenos naturales: pues por lo demás, esta voz de los pueblos, que busca la razon del mal físico en el mal moral, aunque alguna vez pueda ser vaga é infundada, está siempre de acuerdo con la enseñanza divina y con la razon natural.

(2) Cuando lo haya.

de la tierra; porque siempre que los delitos han subido sobre cierto nivel y han llenado cierta medida, luego al punto han venido sobre las gentes catástrofes tremendas, y sobre el mundo ásperos vaivenes y rudos sacudimientos. Sucedió primero aquella universal perversion de que nos hablan las santas escrituras, cuando, juntos en una misma apostasía y en un mismo olvido de Dios todos los hombres en la época antidiluviana, vivieron sin otro Dios y sin otra ley que sus criminales antojos y sus frenéticas pasiones; y entónces, llenas ya las copas de las iras divinas, vino sobre la tierra aquel gran conflicto y aquella portentosa inundacion de las aguas, que todo lo arrastró en el universal estrago y en la comun ruina, y que igualó los montes con los valles. Llegados despues los tiempos á la mitad de su carrera, sucedió que vino al mundo, en cumplimiento de las antiguas promesas y de las antiguas profecías, el Deseado de las naciones: fué la época de su venida nombrada entre todas por la perversidad y malicia de los hombres, y por la corrupcion universal de las costumbres. Añadióse á esto, que en un dia de triste y de llorosa memoria, el mas lloroso y el mas triste de cuantos iban corridos desde la creacion, un pueblo ciego é insensato, como si estuviera tomado del vino, se levantó, descompuesto su rostro con el frenesí de la cólera, tomó á su Dios con su mano y le hizo asunto de sus ludibrios, y acumuló sobre él todas las afrentas, y cargó sus mansísimos hombros con todas las ignominias; y le puso en lo alto, y le dió muerte de cruz en medio de dos ladrones. Entónces tambien se vió rebosar la copa de los divinos enojos, y el sol retrajo sus rayos, y el velo del templo dió un temeroso crujido, y se abrieron grietas en las rocas, y la tierra toda padeció desmayos y temblores.

Otros y otros ejemplos pudieran traerse aquí en confirmacion de las misteriosas armonías que se observan entre las perturbaciones físicas y las morales, y en abono de la universal tradicion que en todas partes las consigna y las proclama; pero la sobriedad que nos hemos propuesto, por una parte, y por otra, la grandeza de los que dejamos consignados, nos inclina á dar por terminado este asunto.

CAPÍTULO VI.

DE LA PREVARICACION ANGÉLICA, Y LA HUMANA GRANDEZA Y ENORMIDAD DEL PECADO.

HASTA aquí he expuesto la teoría católica acerca del mal, hijo del pecado, y acerca del pecado, que nos vino de la libertad humana, la cual se mueve anchamente en sus limitadas esferas, á la vista y con el consentimiento de aquel soberano Señor que, haciéndolo todo con peso, número y medida, dispuso las cosas con un consejo tan alto, que ni su providencia oprimiese el libre albedrío del hombre, ni los estragos de este libre albedrío, siendo grandes y portentosos como son, lo fueran con menoscabo de su gloria. Antes, empero, de pasar adelante, me ha parecido cosa digna de la majestad de este asunto, hacer aquí una relacion seguida de aquella prodigiosa tragedia que comenzó en el cielo y acabó en el paraíso, dejando á un lado los reparos y las objeciones que quedaron desvanecidas en otro lugar, y que de ninguna otra cosa servirian

sino de oscurecer la belleza, á un mismo tiempo sencilla é imponente, de esta lamentable historia. Antes vimos de qué manera la teoría católica se aventaja á las demas por la altísima conveniencia de todas sus soluciones; ahora veremos de qué manera los hechos en que se funda, considerados en sí mismos, aventajan á todas las historias primitivas, por lo que tienen de grandes y de dramáticos. Antes sacamos su belleza por comparaciones y deducciones, ahora admirarémos en ellos mismos, sin apartar los ojos á otros objetos, su incomparable belleza.

Antes que el hombre, y en tiempos sustraidos á las investigaciones humanas, habia criado Dios á los ángeles, criaturas felicísimas y perfectísimas, á quienes fué dado mirar de hito en hito los clarísimos resplandores de su faz, anegados en un piélago de inenarrables deleites, y sumergidos perpétuamente en su perpétuo acatamiento. Eran los ángeles espíritus puros, y las excelencias de su naturaleza mayores que las de la naturaleza del hombre, compuesto de un alma inmortal y del barro de la tierra. Por su naturaleza simplicísima dábase el ángel la mano con Dios, mientras que por su inteligencia, por su libertad y por su sabiduría limitada, habia sido hecho para darse la mano con el hombre; así como el hombre, por lo que tuvo de espiritual, estuvo en comercio con el ángel, y por lo que tuvo de corporal, con la naturaleza física, puesta toda al servicio de su voluntad y en la obediencia de su palabra. Y todas las criaturas nacieron con la inclinacion y la potestad de trasformarse y subir por la escala inmensa que, comenzando en los séres mas bajos, iba á acabar en aquel Sér altísimo que es sobre todo sér, y á quien los cielos y la tierra, los hombres y los ángeles conocen con un nombre que es sobre todo nombre. La naturaleza física anhelaba por subir, hasta espiritualizarse, en cierta manera, á semejanza del hombre; y el hombre hasta espiritualizarse mas, á semejanza del ángel; y el ángel á asemejarse mas á aquel sér perfectísimo, fuente de toda vida, criador de toda criatura, cuya alteza ninguna medida mide, y cuya inmensidad ningun cerco comprende. Todo habia nacido de Dios, y subiendo debia volver á Dios, que era su principio y su orígen: y porque todo habia

nacido de él y habia de volver á él, no habia nada que no contuviese en sí una centella mas ó menos resplandeciente de su hermosura.

De esta manera la variedad infinita estaba reducida de suyo á aquella amplísima unidad que crió todas las cosas, que puso en ellas un concierto pasmoso y una trabazon admirable, apartando todas las que estaban confusas y recogiendo las que estaban derramadas. Por donde se ve que el acto de la creacion fué complejo y que se compuso de dos actos diferentes; conviene á saber: de aquel por medio del cual dió Dios la existencia á lo que antes no la tenia; y de aquel otro por medio del cual ordenó todo aquello á que habia dado la existencia. Con el primero de estos actos reveló su potestad de crear todas las sustancias que sustentan todas las formas; con el segundo, la que tenia de crear todas las formas que embellecen á todas las sustancias. Y de la misma manera que no hay otras sustancias fuera de las creadas por Dios, no hay tampoco otra belleza fuera de la que él puso en las cosas. Por eso el universo, que es la palabra con que se significa todo lo criado por Dios, es el conjunto de todas las sustancias; y el órden, que es la palabra con que se significa la forma que Dios puso en las cosas, es el conjunto de todas las bellezas. Fuera de Dios no hay criador; fuera del órden no hay belleza; fuera del universo no hay criatura.

Si en el órden establecido por Dios en el principio consiste toda belleza; y si la belleza, la justicia y la bondad son una misma cosa mirada por aspectos diferentes, síguese de aquí, que fuera del órden establecido por Dios no hay bondad, ni belleza, ni justicia; y como estas tres cosas constituyen el supremo bien, el órden que á todas las contiene es el bien supremo.

No habiendo ninguna especie de bien fuera del órden, no hay nada fuera del órden que no sea un mal, ni mal ninguno que no consista en ponerse fuera del órden; por esta razon, así como el órden es el bien supremo, el desórden es el mal por excelencia: fuera del desórden no hay ningun mal, como fuera del órden no hay bien ninguno.

De lo dicho se infiere que el órden, ó lo que es lo mismo, el bien supremo, consiste en que todas las cosas conserven aquella

trabazon que Dios puso en ellas cuando las sacó de la nada; y que el desórden, ó lo que es lo mismo, el mal por excelencia, consiste en romper aquella admirable trabazon y aquel sublime concierto.

No pudiendo ser rota aquella trabazon, ni este concierto quebrantado sino por quien tenga una voluntad y un poder, hasta cierto punto y en la manera que esto es posible, independientes de la voluntad de Dios, ninguna criatura fué poderosa para tanto, sino los ángeles y los hombres; únicas entre todas hechas á imágen y semejanza de su Hacedor, es decir, inteligentes y libres. De donde se sigue que solo los ángeles y los hombres pudieron ser causadores del desórden, ó lo que es lo mismo, del mal por excelencia.

Los ángeles y los hombres no pudieron alterar el órden del universo sino rebelándose contra su Hacedor; de donde se infiere que para esplicar el mal y el desórden es necesario suponer la existencia de ángeles y de hombres rebeldes.

Siendo toda desobediencia y toda rebeldía contra Dios lo que se llama un pecado, y siendo todo pecado una rebeldía y una desobediencia, síguese de aquí que ni puede concebirse el desórden en la creacion, ni el mal en el mundo, sin suponer la existencia del pecado.

Si el pecado no es otra cosa sino la desobediencia y la rebeldia, ni la desobediencia ni la rebeldía sino el desórden, ni el desórden sino el mal, síguese de aquí, que el mal, el desórden, la rebeldía, la desobediencia y el pecado, son cosas en que la razon encuentra una identidad absoluta; así como el bien, el órden, la sumision y la obediencia son cosas en que encuentra la razon una completa semejanza. De donde se viene á concluir que la sumision á la voluntad divina es el bien sumo, y el pecado el mal por excelencia.

Cuando todas las criaturas angélicas estaban obedientes á la voz de su Hacedor, mirándose en su rostro, anegándose en sus resplandores y moviéndose sin tropiezo y con una concertada armonía al compás de su palabra, sucedió que entre los ángeles el mas hermoso apartó los ojos de su Dios para ponerlos en sí mismo, quedando como arrebatado en su propia adoracion, y como

extático en presencia de su hermosura. Considerándose como subsistente por sí y como el último fin de sí propio, quebrantó aquella ley universal é inviolable, segun la cual lo que es diverso tiene su fin y su principio en lo que es uno, que comprendiéndolo todo y no siendo comprendido por nada, es el continente universal de todas las cosas, así como es el potentísimo Criador de todas las criaturas.

Aquella rebeldía del ángel fué el primer desórden, el primer mal y el primer pecado, raiz de todos los pecados, de todos los males y de todos los desórdenes que habian de venir sobre la creacion, y en particular sobre el humano linaje, en los tiempos subsiguientes.

Porque como el ángel caido, sin hermosura ya y sin luz, viese al hombre y á la mujer en el paraiso, tan limpios, resplandecientes y hermosos con los resplandores de la gracia, sintiendo en sí honda tristeza por el ageno bien, formó el propósito de arrastrarlos en su condenacion, ya que no le era dado igualarse con ellos en su gloria; y tomando la figura de la serpiente, que en adelante habia de ser símbolo del engaño y de la astucia, horror de la naturaleza humana y asunto de la cólera divina, entró por las puertas del paraiso terrenal, y deslizándose por sus yerbas frescas y olorosas, circundó á la mujer con aquellas sutilísimas redes en que cayó su inocencia con pérdida de su ventura.

Nada hay que iguale á la sublime sencillez con que resplandece la relacion mosáica de esta solemne tragedia, cuyo teatro era el paraiso terrenal, cuyo testigo era Dios, cuyos actores eran por una parte, el Rey y Señor de los abismos, por otra, los reyes y señores de la tierra; cuya víctima habia de ser el género humano, y cuyo desenlace triste y lloroso habian de lamentar la tierra en sus movimientos, los cielos en sus cursos, los ángeles en sus tronos y los desventurados hijos de aquellos padres desventurados en estos nuestros valles sin luz, con perpétuas lamentaciones.

—¿Porqué os ha prohibido Dios comer el fruto de todos los árboles del paraiso?—De esta manera comenzó su plática la ser-

diente; y luego al punto sintió la mujer despertarse en su corazon aquella vana curiosidad, causa primera de su culpa. Desde este momento su entendimiento y su voluntad, acometidos no sé de qué desmayo suave, comenzaron á apartarse de la voluntad de Dios y del entendimiento divino.

—El dia en que de ese fruto comais se abrirán vuestros ojos, y sereis, á manera de dioses, conocedores del bien y del mal.— Bajo la influencia maléfica de esa palabra sintió la mujer en su corazon los primeros vértigos del orgullo; poniendo los ojos en sí con complacencia, la faz de Dios se le veló en aquel punto.

Orgullosa y vana puso los ojos en el árbol de las ilusiones infernales y de las amenazas divinas, y vió que era hermoso á la vista, y adivinó que habia de ser sabroso al paladar, y sintió abrasarse sus sentidos con el hasta entonces desconocido incendio de corrosivos deleites; y la curiosidad de los ojos, y el deleite de la carne, y el orgullo del espíritu, juntos en uno, acabaron con la inocencia de la primera mujer, y luego con la inocencia del primer hombre; y las esperanzas atesoradas para su descendencia se tornaron en humo desvanecido en el ambiente.

Y luego se conturbó el universo todo cuan grande es; y el desórden, comenzado en lo mas alto de la escala de los séres creados, fué comunicándose de unos en otros, hasta no dejar ninguna cosa en el lugar y punto en que habia sido puesta por su Hacedor soberano. Aquel anhelo ingénito en toda criatura por subir y remontarse hasta el trono de Dios, se trocó en anhelo por bajar hasta no sé qué abismo sin nombre; como quiera que apartar los ojos de Dios, era como buscar la muerte y despedirse de la vida.

Por mucho que ahonde el hombre en el abismo sin fin de la sabiduría; por alto que se remonte en la investigacion de los mas recónditos misterios, ni se remontará tanto, ni ahondará tanto, que sea poderoso para rodear con sus ojos el grande estrago de aquella primera culpa, en la que todas las siguientes estaban encerradas como en su fertilísima semilla.

No: no puede el hombre, no puede el pecador, ni concebir

siquiera la grandeza y la fealdad del pecado. Para entender cuan grande es y cuán terrible y cuán henchido está de desastres, era menester dejar de considerarle bajo el punto de vista humano, para considerarle bajo el punto de vista divino; como quiera que siendo la divinidad el bien, y el pecado el mal por excelencia; siendo la Divinidad el órden, y el pecado el desórden; siendo la Divinidad una afirmacion completa, y el pecado una negacion absoluta; siendo la Divinidad la plenitud de la existencia, y el pecado su absoluto desfallecimiento; entre la Divinidad y el pecado, así como entre la afirmacion y la negacion, y entre el órden y el desórden, y entre el bien y el mal, y entre el sér y el no sér, hay una distancia inconmensurable, una contradiccion invencible, una repugnancia infinita.

Ninguna catástrofe es poderosa para poner turbacion en la Divinidad ni para alterar la quietud inefable de su rostro. Vino el diluvio universal sobre las gentes, y vió Dios la tremenda inundacion, considerada en sí misma y separada de su causa, con sereno semblante: porque sus ángeles eran los que obedientes á su mandato abrian las cataratas del cielo, y porque su voz era la que mandaba á las aguas que encumbraran los montes y que rodearan todo el orbe de la tierra. Vienen de todos los puntos del horizonte nublados que se juntan como un negro promontorio; y el rostro de Dios está tranquilo, porque su voluntad es la que hace los nublados, su voz es la que los llama, y ellos vienen; la que les manda que se junten, y ellos se juntan. Él es el que envia los vientos que los ha de llevar sobre alguna ciudad pecadora, y el que, si así cumple á sus designios, prende y ata las aguas, y detiene el rayo en la nube y con delgado soplo la va desvaneciendo por los aires. Sus ojos han visto levantarse y caer todos los imperios; sus oídos han escuchado las plegarias de naciones asoladas por el hierro de la conquista, por el azote de la peste, por la servidumbre y por el hambre; y su rostro ha permanecido sereno é impasible, porque él es el que hace y deshace como vanos juguetes los imperios del mundo; él es el que pone el hierro en la diestra de los conquistadores; él es el que envia los tiranos á

los pueblos culpables, y el que oprime á las naciones descreidas con el hambre y con la peste, cuando así cumple á su justicia soberana.

Hay un lugar pavoroso, asunto de todos los errores y de todos los espantos y de todos los tormentos, en donde hay sed insaciable sin ninguna fuente, hambre perpétua sin género de hartura; en donde los ojos no ven nunca ningun rayo de luz, ni los oídos oyen ningun sonido apacible; en donde todo es agitacion sin reposo, llanto sin intermision, pesar sin consuelo. Todas son allí puertas de entrada, ninguna de salida. En su dintel muere la esperanza, y se inmortaliza la memoria. Los términos de ese lugar Dios solo los conoce; la duracion de esos tormentos es de una sola hora que nunca se acaba. Pues bien: ese lugar maldito, con sus tormentos sin nombre, no alteró el semblante de Dios, porque él mismo le puso en donde está, con su mano omnipotente. Dios hizo el infierno para los réprobos, como la tierra para los hombres y el cielo para los ángeles y para los santos. El infierno denuncia su justicia, como la tierra su bondad y el cielo su misericordia. Las guerras, las inundaciones, las pestes, las conquistas, las hambres, el infierno mismo son un bien; como quiera que todas estas cosas se ordenan convenientemente entre sí con relacion al fin último de la creacion, y que todas ellas sirven de provechosos instrumentos de la justicia divina.

Y porque todas son un bien, y porque han sido hechas por el autor de todo bien, ninguna de ellas puede alterar ni altera la inenarrable quietud y el inefable reposo del Hacedor de las cosas. Nada le pone horror sino lo que él no ha hecho; y como ha hecho todo lo que existe, nada le pone horror sino la negacion de lo que ha hecho; por eso le pone horror el desórden, que es la negacion del órden que él puso en las cosas; y la desobediencia, que es la negacion de la obediencia que se le debe. Esa desobediencia, ese desórden, son el supremo mal; como quiera que son la negacion del supremo bien, en lo cual consiste el mal supremo. Pero la desobediencia y el desórden no son otra cosa sino el pecado; de donde se sigue que el pecado, negacion absoluta

por parte del hombre, de la afirmacion absoluta por parte de Dios, es el mal por excelencia, y el único que pone horror á Dios y á sus ángeles.

El pecado vistió al cielo de lutos, al infierno de llamas y á la tierra de abrojos. Él fué el que trajo la enfermedad y la peste, el hambre y la muerte sobre el mundo. Él el que cavó el sepulcro de las ciudades mas ínclitas y llenas de gente. Él presidió á los funerales de Babilonia la de los ostentosos jardines, de Nínive la excelsa, de Persépolis la hija del sol, de Menfis la de los hondos misterios, de Sodoma la impúdica, de Atenas la cómica, de Jerusalen la ingrata, de Roma la grande; porque aunque Dios quiso todas estas cosas, no las quiso sino como castigo y remedio del pecado. El pecado saca todos los gemidos que salen de todos los pechos humanos, y todas las lágrimas que caen gota á gota de todos los ojos de los hombres: y lo que es mas todavía, y lo que ningun entendimiento puede concebir ni ningun vocablo expresar, él ha sacado lágrimas de los sacratísimos ojos del Hijo de Dios, mansísimo cordero que subió á la cruz cargado con los pecados del mundo. Ni los cielos, ni la tierra, ni los hombres le vieron reir, y los hombres y la tierra y los cielos le vieron llorar, y lloraba porque tenia puestos sus ojos en el pecado. Lloró sobre el sepulcro de Lázaro, y en la muerte de su amigo nada lloró sino la muerte del alma pecadora. Lloró sobre Jerusalen, y la causa de su llanto era el pecado abominable del pueblo deicida. Sintió tristeza y turbacion al poner los piés en el Huerto, y el horror del pecado era el que ponia en él aquella turbacion insólita y aquel paño de tristeza. Su frente sudó sangre, y el espectro del pecado era el que hacia brotar en su frente aquellos extraños sudores. Fué enclavado en un madero, y el pecado le enclavó: el pecado le puso en agonía, y el pecado le dió muerte.

CAPÍTULO VII.

DE CÓMO DIOS SACA EL BIEN DE LA PREVARICACION ANGÉLICA Y DE LA HUMANA.

De todos los misterios, el mas pavoroso es este de la libertad, que constituye al hombre señor de sí mismo, y le asocia á la Divinidad en la gestion y en el gobierno de las cosas humanas.

Consistiendo la libertad imperfecta dada á la criatura en la facultad suprema de escoger entre la obediencia y la rebeldía hácia su Dios, otorgarle la libertad viene á ser lo mismo que conferirle el derecho de alterar la inmaculada belleza de sus creaciones; y como quiera que en esa belleza inmaculada consiste el órden y la armonía del universo, otorgarle la facultad de alterarla viene á ser lo mismo que conferirle el derecho de sustituir el órden con el desórden, la armonía con la perturbacion, el bien con el mal.

Este derecho, aun encerrado en los límites que digimos, es

tan exorbitante, y esta facultad tan monstruosa, que el mismo Dios no hubiera podido otorgarla, si no hubiera estado cierto de convertirla en instrumento de sus fines, y de atajar sus estragos con su poder infinito.

La razon suprema de existir de la facultad concedida á la criatura de convertir el órden en desórden, la armonía en perturbacion, el bien en mal, está en la potestad que tiene Dios de convertir el desórden en órden, la perturbacion en armonía y el mal en bien. Suprimida esta altísima potestad en Dios, sería lógicamente necesario, ó suprimir aquella facultad en la criatura, ó negar á un mismo tiempo la divina inteligencia y la omnipotencia divina.

Si Dios permite el pecado, que es el mal y el desórden por excelencia, consiste esto en que el pecado, lejos de impedir su misericordia y su justicia, sirve de ocasion para nuevas manifestaciones de su justicia y de su misericordia. Suprimido el pecador rebelde, no por eso hubieran quedado suprimidas la divina misericordia y la justicia soberana; hubiera quedado empero suprimida una de sus manifestaciones especiales: aquella en virtud de la cual se aplican á los rebeldes pecadores.

Consistiendo el sumo bien de los séres inteligentes y libres en su union con Dios, Dios en su bondad infinita, y por un acto libre de su misericordia inefable, determinó unirlos así, no solo con los vínculos de la naturaleza, sino tambien con vínculos sobrenaturales; y como quiera que, por una parte, esa voluntad podia dejar de ser cumplida por el desasimiento voluntario de los séres inteligentes y libres, y por otra, la libertad de la criatura no podria concebirse sin la facultad de ese voluntario desasimiento, el gran problema consiste en conciliar estas cosas hasta cierto punto contrarias, de tal manera que ni la libertad de la criatura dejara de existir, ni la voluntad de Dios dejara de realizarse. Siendo necesarias la posibilidad del apartamiento como testimonio de la libertad angélica y humana, y la union como testimonio de la voluntad divina, la cuestion consiste en averiguar de qué manera pueden conciliarse la voluntad de Dios y la libertad de la criatura, la union

que el primero quiere, y el apartamiento que la segunda escoge; para que ni la criatura deje de ser libre, ni Dios deje de ser soberano.

Para esto era menester que el apartamiento fuera, bajo un punto de vista, real, y bajo otro punto de vista, aparente: es decir, que la criatura pudiera apartarse de Dios; pero de tal modo que el apartarse de él fuera unirse con él de otra manera. Los séres inteligentes y libres nacieron unidos á Dios por un efecto de su gracia. Por el pecado se apartaron realmente de Dios, porque quebrantaron el vínculo de la gracia, real y verdaderamente; con lo cual dieron testimonio de sí en calidad de criaturas inteligentes y libres. Empero ese apartamiento no fué, si bien se mira, sino una nueva manera de union; como quiera que al apartarse de él por la renuncia voluntaria de su gracia, se acercaron á él cayendo en las manos de su justicia, ó siendo asunto de su misericordia. De esta manera el apartamiento y la union, que á primera vista parecen cosas incompatibles, son en realidad cosas de todo punto conciliables; y de tal manera lo son, que todo apartamiento viene á resolverse en una especial manera de union, y toda union en una manera especial de apartamiento. La criatura no estuvo unida á Dios en cuanto es gracia, sino porque estuvo apartada de él en cuanto es misericordia y justicia. La criatura que cae en las manos de él en cuanto es justicia, no cae en ellas sino porque está apartado de él en cuanto es gracia y misericordia; así como la que es objeto de Dios en cuanto es misericordia, no lo es sino porque de tal manera se apartó de él en cuanto gracia, que quedó tambien apartada de él en cuanto es justicia. La libertad de la criatura consiste, pues, en la facultad de designar el género de union que prefiere, por el apartamiento que escoge; así como la soberanía de Dios consiste en que, cualquiera que sea el género de apartamiento escogido por la criatura, vaya á parar á la union por todos los apartamientos y por todos los caminos. La creacion es á manera de un círculo: Dios es, bajo un punto de vista, su circunferencia; bajo otro punto de vista, su centro: como centro, la atrae; como circunferencia, la contiene. Nada está fuera de ese

continente universal: todo obedece á esa atraccion irresistible. La libertad de los séres inteligentes y libres está en huir de la circunferencia, que es Dios, para ir á dar en Dios, que es el centro; y en huir del centro, que es Dios, para ir á dar en Dios, que es la circunferencia. Nadie empero es poderoso para dilatarse mas que la circunferencia, ni para recogerse mas que el centro. ¿Qué ángel hay tan potente, qué hombre tan osado, que se atreva á romper ese gran círculo que Dios trazó con su dedo? ¿Cuál criatura presumirá tanto de sí, que ose hacer contraste á esas leyes matemáticamente inflexibles que puso eternamente en las cosas el entendimiento divino? ¿Qué viene á ser el centro de ese círculo inexorable, sino las cosas infinitamente recogidas en Dios? ¿Qué viene á ser esa circunferencia circular, sino las mismas cosas dilatadas en Dios infinitamente? ¿Y qué dilatacion hay mayor que la dilatacion infinita? ¿Qué recogimiento mayor que el infinito recogimiento? Por esta razon, atónito y como pasmado y fuera de sí, viendo á todas las cosas en Dios y á Dios en todas las cosas, y al hombre queriendo huir sin saber cómo, ahora del centro que le atrae, ahora de la circunferencia que le envuelve, San Agustin, el mas bello de los ingenios y el mas grande de los doctores, hombre en quien tomó carne el Espíritu de la Iglesia, el santo perdido de amor é inundado de las ondas fortificantes de la gracia, arrancó del pecho, como un sollozo sublime, esta expresion: *Pobre mortal, ¿quiéres huir de Dios? Arrójate en sus brazos.* Jamás boca humana pronunció una expresion tan amorosamente sublime y tan sublimemente tierna. Dios es pues el que señala á todas las cosas su término; la criatura escoge la senda. Designando el término adonde van á parar todas las sendas, Dios es omnipotentemente soberano; así como escogiendo la senda por donde ha de ir al término que se le señala, la criatura es inteligentemente libre. Y no se diga que es escasa aquella libertad que consiste solo en escoger una de las mil sendas que van á parar á un término necesario, á no ser que se considere como liviana aquella libertad que consiste en escoger entre ganarse ó perderse; como quiera que esas mil sendas que van á parar á Dios, término necesario de las co-

sas, se reducen todas á dos: el infierno y el paraiso. Si la criatura no tiene bastante libertad con la facultad que le ha sido otorgada de ir á Dios por el uno ó por el otro, ¿con cuál libertad conventirá en hartura el hambre por ser libre?

Fuera de esta explicacion, no hay conciliacion posible entre cosas que ni imaginarse pueden sino conciliadas de una manera absoluta. Por el contrario, una vez aceptada esta explicacion, se nos descubren las causas secretas de los misterios mas profundos y de los designios mas altos. Con ella alcanzamos el porqué de la prevaricacion angélica y de la humana, esos grandes testimonios de la libertad dejada al ángel y al hombre. Si Dios permitió la prevaricacion del ángel, consistió esto en que Dios sabia la manera secretísima de conciliar con el órden divino el desórden angélico, así como el ángel supo sacar el desórden angélico, del órden divino. El ángel convirtió el órden en desórden, trasformando lo que era union en lo que fué apartamiento. Dios sacó el órden del desórden, trasformando el apartamiento momentáneo en union indisoluble. El ángel no quiso estar unido á Dios por el galardon, y se vió unido á él eternamente por la pena. Cerró sus oidos al blando reclamo de su gracia, y sus oidos cerrados oyeron á su pesar el grande estruendo de su justicia. Queriendo huir absolutamente de Dios, el ángel no consiguió otra cosa sino apartarse de él por un concepto, uniéndose á él de otra manera. Se apartó del Dios clemente, y se unió con el Dios justo. Se apartó de él en la gloria, y se unió con él en el infierno. El órden puesto en las cosas no consiste en que esten unidas á Dios de cierta manera, sino en que esten á Dios unidas; así como el verdadero desórden no consiste en apartarse de Dios por un lado para unirse á él por otro, sino en apartarse de Dios absolutamente. De donde se sigue que el verdadero órden no deja nunca de existir, y que el desórden verdadero no existe. El pecado es una negacion tan radical, tan absoluta, que no solo niega el órden, sino tambien el desórden; despues de haber negado todas las afirmaciones, niega sus propias negaciones, y hasta se niega á sí propio. El pecado es negacion de negacion, sombra de sombra, apariencia de apariencia.

Si Dios permitió la prevaricacion del hombre, la cual, como antes digimos, fué menos radical y culpable que la prevaricacion angélica, consistió esto en que Dios sabia de toda eternidad la manera altísima de conciliar con el órden divino el desórden humano; así como el hombre supo sacar el desórden humano, del órden divino. El hombre convirtió el órden en desórden, apartando lo que juntó Dios con amorosa lazada. Dios sacó el órden del desórden, volviendo á juntar lo que separó el hombre, con lazada mas blanda y amorosa todavía. El hombre no quiso estar unido á Dios con el vínculo de la justicia original y de la gracia santificante, y se vió unido á él por el vínculo de su infinita misericordia. Si Dios permitió su prevaricacion, consistió esto en que guardaba como en reserva al Salvador del mundo, el que habia de venir en la plenitud de los tiempos: aquel supremo mal era necesario para el bien supremo; y para esta gran ventura era necesaria aquella gran catástrofe. El hombre pecó porque Dios habia determinado hacerse hombre (1), y hecho hombre sin dejar de ser Dios, tenia bastante sangre en sus venas y sobrada virtud en su sangre para lavar el pecado. Vaciló, porque Dios tenia fuerza para sostener al vacilante; cayó, porque Dios tenia fuerza para levantar al caido; lloró, porque el que tuvo poder para enjugar la tierra anegada con las aguas del diluvio, le tenia para enjugar el triste valle regado con nuestras lágrimas; sintió dolores en sus miembros, porque Dios podia quitarle sus dolores; padeció grandes infortunios, porque Dios le tenia guardadas mayores recompensas. Salió del Eden, se sujetó á la muerte y se reclinó en el sepulcro, porque Dios tenia fuerza para vencer á la muerte, para sacarle del sepulcro y para levantarle hasta el cielo.

Así como la prevaricacion angélica y la humana entran como elementos del órden universal, por efecto de una admirable operacion divina, de la misma manera la libertad del ángel y la libertad del hombre, en que esas dos prevaricaciones tienen orígen,

(1) No vaya á deducirse de esta frase que el Sr. Donoso hace á Dios autor del pecado de Adan, pues la simple lectura del capítulo basta para comprender que no ha incurrido en error tan grosero.

entran como elementos necesarios de aquella ley suprema universal, á la que están sujetas todas las cosas, todas las creaciones, todos los mundos, así el moral, como el material y divino. Segun esa ley, la unidad absoluta, en su fecundidad infinita, saca perpétuamente de su seno la diversidad, la cual torna perpétuamente al fecundísimo seno de donde salió: el seno de Dios, que es la unidad absoluta.

Considerado Dios como Padre, saca de sí eternamente al Hijo por via de generacion, al Espíritu Santo por vía de procedencia, y constituyen de esta manera eternamente la diversidad divina (1). El Hijo y el Espíritu Santo se identifican eternamente con el Padre, y constituyen eternamente con él su unidad indestructible.

Considerado como Criador, sacó de la nada las cosas por un acto de su voluntad, y constituyó de esta manera la diversidad física; en seguida sujetó todas las cosas á ciertas leyes eternas y á un órden inmutable, y de esta manera la diversidad misma no fué otra cosa en el mundo físico, sino la manifestacion esterior de su unidad absoluta.

Considerado como Señor y como legislador, puso en el ángel y en el hombre una libertad distinta de la suya propia, y constituyó de esta manera la diversidad en el mundo moral; en seguida impuso á esa libertad ciertas leyes inviolables y un término necesario, y la necesidad de ese término y la inviolabilidad de esas leyes hicieron entrar á la libertad humana y á la angélica en la ancha unidad de sus maravillosos designios.

La voluntad divina, que es la unidad absoluta, está en aquel precepto dado á Adan en el paraiso, cuando le dijo Dios: *No comerás*; la libertad humana, con la imperfeccion que la es aneja de la facultad de escoger, que es la diversidad, está en la condicion: *y si comieres*; la diversidad vuelve á la unidad de donde procede, primero por amenaza cuando dijo Dios al hombre: *quedarás sujeto á la muerte*; y despues con la promesa, cuando prometió á la mujer que naceria de su seno el que habia de pisar la cabeza de la serpíente; con cuya amenaza y con cuya promesa anunció Dios los

(1) Se entiende en las personas.

dos caminos por donde la diversidad que sale de la unidad, vuelve á la unidad de donde sale: el de su justicia y el de su misericordia.

Suprimido el precepto, quedaria suprimida en su manifestacion esterior la unidad absoluta.

Suprimida la condicion, quedaría suprimida en su manifestacion esterior la diversidad, que consiste en la libertad humana.

Suprimida por una parte la amenaza, y por otra la promesa, quedarían borrados los caminos por los cuales la diversidad, si no ha de ser subversiva, ha de volver á la unidad en donde tuvo su orígen.

Así como entre la creacion física y el Criador no hay unidad, sino porque la primera está sujeta eternamente á leyes fijas é inmutables, manifestacion perpétua de la voluntad soberana; de la misma manera no hay unidad entre Dios y el hombre, sino porque el hombre, apartado de Dios por su delito, vuelve al Dios justiciero como impenitente, ó como purgado al Dios misericordioso.

Si despues de haber considerado la prevaricacion angélica y la humana separadamente, pará venir á parar en que cada una de ellas si bien es una perturbacion por accidente, es una armonía por su esencia, ponemos la consideracion al mismo tiempo en ambas prevaricaciones, quedaremos como pasmados y absortos al contemplar de qué manera se convierten en cadencias maravillosas sus ásperas disonancias, por la irresistible virtud del divino Taumaturgo.

Al llegar aquí, y antes de pasar adelante, conviene observar que toda la belleza de la creacion consiste en que cada cosa es en sí como un reflejo de alguna de las perfecciones divinas; de tal manera, que todas juntas son un fiel traslado de su belleza soberana. Por esta razon, desde el globo encendido que ilumina los espacios hasta el humilde lirio que está como olvidado en el valle; y desde mucho mas abajo de los valles que se coronan de lirios, hasta muy por encima de los cielos en donde resplandecen los globos, todas las criaturas, cada cual á su manera, se cuentan unas á otras las grandes maravillas del Señor, atestiguan consigo mismas sus inefables perfecciones, y cantan con un cántico sin fin

sus excelencias y sus glorias. Los cielos cantan su omnipotencia, sus grandezas los mares, la tierra su fecundidad, las nubes con sus altísimos promontorios figuran la peana en que descansa su pié. El relámpago es su voluntad, el trueno su voz, el rayo su palabra. Él está en los abismos con su sublime silencio, y con su ira sublime en los huracanes bramadores y en los torbellinos tempestuosos. *Él nos pintó*, dicen las flores de los campos. *Él me dió*, dicen los cielos, *mis bóvedas espléndidas*. Y las estrellas: *Nosotros somos centellas caidas de su resplandeciente vestidura*. Y el ángel y el hombre: *Al pasar por delante de nosotros, su hermosísima y gloriosísima y perfectísima figura quedó en nosotros estampada.*

De esta manera unas cosas representaron su grandeza, otras su magestad, otras su omnipotencia; y el ángel y el hombre especialmente los tesoros de su bondad, las maravillas de su gracia y el resplandor de su hermosura. Dios, empero, no es solamente maravilloso y perfecto por su hermosura, y por su gracia, y por su bondad y por su omnipotencia; es ademas de estas cosas, y sobre todas estas si en sus perfecciones hubiera medida, infinitamente justo é infinitamente misericordioso. Síguese de aquí que el acto supremo de la creacion no podia considerarse como consumado y perfecto, sino despues de haberse realizado en todas sus manifestaciones su infinita justicia y su infinita misericordia. Y como quiera que sin la prevaricacion de los séres inteligentes y libres no podia Dios ejercer ni la justicia ni la misericordia especial que se aplican á los prevaricadores, de aquí se deduce que la prevaricacion misma fué ocasion de la mas grande de todas las armonías y de la mas bella de todas las consonancias.

Cuando todos los séres inteligentes y libres prevaricaron, Dios resplandeció en medio de la creacion con nuevos y mas grandes resplandores. El universo en general fué el reflejo perfectísimo de su omnipotencia; el paraíso terrenal fué especialmente el reflejo de su gracia; el cielo fué especialmente el reflejo de su misericordia; el infierno únicamente el reflejo de su justicia, y la tierra, puesta entre estos dos polos de la creacion, fué á un tiempo mismo el reflejo de su justicia, y el de su misericordia. Cuando con

la prevaricacion angélica y con la humana no hubo en Dios perfeccion que no estuviera manifestada exteriormente por alguna cosa, fuera de aquella que habia de ponerse de manifiesto mas adelante en el Calvario, las cosas estuvieron en órden.

Cuanto mas se ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto mas resplandece la soberana conveniencia, y la perfectísima conexion y la maravillosa concordancia de los misterios cristianos. La ciencia de los misterios, si bien se mira, no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.

CAPÍTULO VIII.

SOLUCIONES DE LA ESCUELA LIBERAL RELATIVAS Á ESTOS PROBLEMAS.

Antes de poner término á este libro, me parece conveniente interrogar, así á la escuela liberal, como á las socialistas, sobre lo que piensan acerca del mal y del bien, del hombre y de Dios: problemas temerosos con que tropieza forzosamente la razon al darse cuenta á sí propia de los grandes problemas religiosos, políticos y sociales.

Por lo que hace á la escuela liberal, diré de ella solamente que en su soberbia ignorancia desprecia la teología; y no porque no sea teológica á su manera, sino porque, aunque lo es, no lo sabe. Esta escuela no ha llegado todavia á comprender, y probablemente no comprenderá jamás, el estrecho vínculo que une entre sí las cosas divinas y las humanas, el gran parentesco que tienen las cuestiones políticas con las sociales y con las religiosas, y la

dependencia en que están todos los problemas relativos al gobierno de las naciones, de aquellos otros que se refieren á Dios, legislador supremo de todas las asociaciones humanas.

La escuela liberal es la única que entre sus doctores y maestros no tiene ningun teólogo; la absolutista los tuvo, los levantó muchas veces á la dignidad de gobernadores de los pueblos, y los pueblos crecieron, durante su gobernacion, en importancia y poderío. La Francia no olvidará nunca el gobierno del cardenal de Richelieu, afamado y glorioso entre los mas gloriosos y afamados de la monarquía francesa. El lustre del gran Cardenal es tan limpio que afrenta al de muchos reyes, y su resplandor tan soberano que no padeció eclipse por el advenimiento al trono de aquel rey gloriosísimo y potentísimo, á quien la Francia en su entusiasmo y la Europa en su asombro llamaron á un tiempo mismo el Grande. Cardenales y teólogos fueron Jimenez de Cisneros y Alberoni, los dos ministros mas grandes de la Monarquía española. El nombre de aquel está gloriosa y perpétuamente asociado al de la reina mas esclarecida y al de la mujer mas insigne de nuestra España, famosa entre las gentes por sus insignes mujeres y sus esclarecidas reinas: el segundo es grande en la Europa, por la grandeza de sus designios y por la agudeza y la sagacidad de su prodigioso ingenio. Nacido aquel en los dichosos dias en que los altos hechos de esta nacion la levantaron sobre la dignidad de la historia, encumbrándola hasta la altura y la grandiosidad de la epopeya, gobernó con mano firme el gran bajel del Estado; y poniendo en silencio á la tripulacion turbulentísima que iba en él, le llevó por mares inquietos á otros mas apacibles y tranquilos, en donde hallaron el bajel y el piloto quieta paz y sosegada bonanza. Venido el segundo en aquellos tiempos miserables en que iba despeñándose ya la magestad de la Monarquía española, estuvo á punto de volverla su antigua majestad y poderío, haciéndola pesar gravemente en la balanza política de los pueblos europeos.

La ciencia de Dios da, al que la posee, sagacidad y fuerza, porque á un mismo tiempo aguza el ingenio y le dilata. Lo que para mí hay de mas admirable en las vidas de los Santos, y señalada-

mente en las de los padres del Yermo, es una circunstancia que aun no ha sido apreciada debidamente. Yo no sé de ningun hombre acostumbrado á conversar con Dios y ejercitarse en las divinas especulaciones, que en igualdad de circunstancias no se aventaje á los demas, ó por lo entendido y vigoroso de su razon, ó por lo sano de su juicio, ó por lo penetrante y agudo de su ingenio; y sobre todo, no sé de ninguno que en circunstancias iguales no saque ventaja á los demas en aquel sentido práctico y prudente que se llama el buen sentido. Si el género humano no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del reves, escogería por consejeros entre la generalidad de los hombres á los teólogos, entre los teólogos á los místicos, y entre los místicos á los que han vivido una vida mas apartada de los negocios y del mundo. Entre las personas que yo conozco, y conozco á muchas, las únicas en quienes he reconocido un buen sentido imperturbable, y una sagacidad prodigiosa, y una maravillosa aptitud para dar una solucion práctica y prudente á los mas escabrosos problemas, y para encontrar siempre un escape ó una salida en los negocios mas árduos, son aquellas que han vivido una vida contemplativa y retirada; y al reves, no he encontrado todavía, ni pienso encontrar jamás, uno de esos hombres que se llaman de negocios, despreciadores de todas las especulaciones espirituales y sobre todo de las divinas, que sea capaz de entender negocio ninguno: á esta clase numerosísima pertenecen aquellos que toman por oficio engañar á los otros, siendo ellos los que se engañan á sí mismos. Y aquí es donde el hombre queda atónito ante los altos juicios de Dios; porque si Dios no hubiera condenado á los que le desdeñan ó le ignoran, engañadores de profesion, á ser perpétuamente torpes; ó si no hubiera puesto un límite en su propia virtud á los que son prodigiosamente sagaces, las sociedades humanas no hubieran podido resistir ni á la sagacidad de los unos ni á la malicia de los otros. La virtud de los hombres contemplativos y la torpeza de los hábiles son las únicas cosas que mantienen al mundo en su sér y en un equilibrio perfecto. Un solo sér hay en la creacion que reune en sí toda la sagacidad de los sé-

res espirituales y contemplativos, y toda la malicia de los que ignoran ó desprecian á Dios, juntamente con todas las especulaciones espirituales. Ese sér es el Demonio. El Demonio tiene de los unos la sagacidad sin su virtud, y de los otros la malicia sin su torpeza; y de aquí cabalmente le viene toda su fuerza destructora y todo su inmenso poderío.

Por lo que hace á la escuela liberal, considerada en general, no es teológica sino en el grado en que lo son necesariamente todas las escuelas: sin hacer una exposicion explícita de su fe, sin cuidarse de declarar su pensamiento acerca de Dios y del hombre, del mal y del bien, y del órden y del desórden en que están puestas todas las cosas criadas; y haciendo ostentacion, por el contrario, de tener por cosa de menos valer estas altísimas especulaciones, puede afirmarse de ella, sin embargo, que cree en un dios abstracto é indolente, servido por los filósofos en la gobernacion de las cosas humanas, y por ciertas leyes que instituyó en el principio de los tiempos, en la gobernacion universal de las cosas. Aunque es rey de la creaccion el dios de esta escuela, ignora perpétuamente con una augusta ignorancia la manera en que sus reinos son gobernados y regidos: cuando diputó los ministros que los gobernaran en su nombre, depositó en ellos la plenitud de su soberanía, y los declaró perpétuos é inviolables. Desde entonces acá los pueblos le deben culto, pero no obediencia.

Por lo que hace al mal, la escuela liberal le niega en las cosas físicas y le concede en las humanas. Para esta escuela todas las cuestiones relativas al mal ó al bien se resuelven en una cuestion de gobierno, y toda cuestion de gobierno en una cuestion de legitimidad; de tal manera, que cuando el gobierno es legítimo, el mal es imposible; y por el contrario, cuando es ilegítimo el gobierno, el mal es inevitable. La cuestion del bien y del mal se reduce, pues, á averiguar, por una parte, cuáles son los gobiernos legítimos, y por otra, cuales son los usurpadores.

Llama legítimos la escuela liberal á los gobiernos establecidos por Dios, é ilegítimos á los que no tienen orígen en la delegacion

divina. Dios quiso que las cosas materiales estuvieran sujetas á ciertas leyes físicas que instituyó en el principio, y de una vez para siempre; y que las sociedades se gobernaran por la razon, encarnada de una manera general en las clases acomodadas, y de una manera especial en los filósofos que la enseñan y dirigen: de donde se sigue, por consecuencia forzosa, que no hay mas que dos gobiernos legítimos: el gobierno de la razon humana, encarnada de una manera general en las clases medias, y de una manera especial en los filósofos; y el gobierno de la razon divina, encarnada perpétuamente en ciertas leyes á que estan sujetas desde el principio las cosas materiales.

No dejará de causar estrañeza á mis lectores, y sobre todo á mis lectores liberales, esta derivacion de la legitimidad liberal, del derecho divino; y sin embargo, nada hay para mí mas evidente. La escuela liberal no es atea en sus dogmas; aunque no siendo católica vaya á parar, sin saberlo y aun sin quererlo, de consecuencia en consecuencia, hasta los confines del ateismo. Reconociendo la existencia de un Dios criador de toda criatura, no puede negar en el Dios que reconoce y afirma, la plenitud original de todos los derechos, ó la soberanía constituyente, que viene á ser lo mismo en el lenguaje de la escuela. Es católico el que reconoce en Dios la soberanía constituyente y la actual; es deista el que le niega la actual y reconoce en él la constituyente; es ateo el que niega de él toda soberanía, porque le niega la existencia. Siendo esto así, la escuela liberal, en cuanto deista, no puede proclamar la soberanía actual de la razon, sin proclamar al mismo tiempo la constituyente de Dios, en donde la primera, que es siempre delegada, tiene principio y origen. La teoría de la soberanía constituyente del pueblo es una teoría atea, que no está en la escuela liberal sino como el ateismo está en el deismo, en calidad de consecuencia lejana aunque inevitable. De aquí proceden las dos grandes parcialidades de la escuela liberal: la democrática y la liberal, propiamente dicha; la segunda mas tímida, la primera mas consecuente. La democrática, arrastrada por una lógica inflexible, ha ido á perderse en estos últimos tiempos, como los rios van á perderse en la mar;

en las escuelas á un tiempo mismo ateas y socialistas; la liberal lucha por estar quieta en el alto promontorio que ha levantado para sí, puesto entre dos mares que van alzando sus olas y que cubrirán su cima: el socialista y el católico. De esta última solo hablamos aquí, y de ella afirmamos que no pudiendo reconocer la soberanía constituyente del pueblo sin ser democrática, socialista y atea; ni la soberanía actual de Dios, sin ser monárquica y católica, reconoce por una parte la soberanía originaria y constituyente de Dios, y por otra la soberanía actual de la razon humana. Y véase cómo teníamos razon al afirmar que la escuela liberal no proclama el derecho humano sino como derivado originariamente del divino.

Para esta escuela no hay otro mal sino el que procede de no estar el gobierno en donde le puso Dios desde el principio de los tiempos; y como las cosas materiales están perpétuamente sujetas á las leyes físicas que fueron contemporáneas de la creacion, la escuela liberal niega el mal en la universalidad de las cosas: y al revés, como sucede que el gobierno de las sociedades no está quieto y fijo en las dinastías filosóficas, en quienes reside por delegacion divina el derecho esclusivo de gobernacion de las cosas humanas, la escuela liberal afirma el mal social, siempre que el gobierno sale de las manos de los filósofos y de las clases medias, para caer en la mano de los reyes ó para pasar á las clases populares.

De todas las escuelas esta es la mas estéril; porque es la menos docta y la mas egoista. Como se vé, nada sabe de la naturaleza del mal ni del bien: apenas tiene noticia de Dios, y no tiene noticia ninguna del hombre. Impotente para el bien, porque carece de toda afirmacion dogmática, y para el mal, porque le causa horror toda negacion intrépida y absoluta, está condenada sin saberlo, á ir á dar con el bajel que lleva su fortuna al puerto católico ó á los escollos socialistas. Esta escuela no domina sino cuando la sociedad desfallece; el periodo de su dominacion es aquel transitorio y fugitivo en que el mundo no sabe si irse con Barrabás ó con Jesus, y está suspenso entre una afirmacion dogmática y una negacion suprema. La sociedad entonces se deja gobernar de buen grado por una escuela que nunca dice *afirmo* ni *niego*, y que á todo dice *dis-*

tingo. El supremo interés de esa escuela está en que no llegue el dia de las negaciones radicales ó de las afirmaciones soberanas; y para que no llegue, por medio de la discusion confunde todas las nociones y propaga el escepticismo, sabiendo como sabe, que un pueblo que oye perpétuamente en boca de sus sofistas el pro y el contra de todo, acaba por no saber á qué atenerse, y por preguntarse á sí propio si la verdad y el error, lo injusto y lo justo, lo torpe y lo honesto son cosas contrarias entre sí, ó si son una misma cosa mirada bajo puntos de vista diferentes. Este periodo angustioso, por mucho que dure, es siempre breve; el hombre ha nacido para obrar, y la discusion perpétua contradice á la naturaleza humana, siendo como es enemiga de las obras. Apremiados los pueblos por todos sus instintos, llega un dia en que se derraman por las plazas y las calles pidiendo á Barrabas ó pidiendo á Jesus resueltamente, y volcando en el polvo las cátedras de los sofistas.

Las escuelas socialistas, hecha abstraccion de las bárbaras muchedumbres que la siguen, y consideradas en sus doctores y maestros, sacan grandes ventajas á la escuela liberal, cabalmente porque se van derechas á todos los grandes problemas y á todas las grandes cuestiones, y porque proponen siempre una resolucion perentoria y decisiva. El socialismo no es fuerte sino porque es una teología, y no es destructor sino porque es una teología satánica. Las escuelas socialistas, por lo que tienen de teológicas, prevalecerán sobre la liberal, por lo que esta tiene de antiteológica y de escéptica; y por lo que tienen de satánicas, sucumbirán ante la escuela católica, que es á un mismo tiempo teológica y divina. Sus instintos deben estar de acuerdo con nuestras afirmaciones, si se considera que guardan para el Catolicismo sus odios, mientras que para el liberalismo no tienen sino desdenes.

El socialismo democrático tiene razon contra el liberalismo, cuando le dice:—«¿Qué Dios es ese que ofreces á mi adoracion, y que debe ser menos que tú, porque ni tiene voluntad, ni es siquiera una persona? Yo niego el Dios católico, pero negándole, le concibo; lo que no puedo concebir, es un Dios sin los divinos atributos. Todo me inclina á creer que no le has dado la existencia

sino para que él te dé la legitimidad que no tienes: tu legitimidad y su existencia son una ficcion que cabalga en otra ficcion, y una sombra que cabalga en otra sombra. Yo he venido al mundo para disipar todas las sombras y para acabar con todas las ficciones. La distincion entre la soberanía actual y la constituyente tiene todos los visos de una invencion de los que, no atreviéndose á cogerlas ambas, quieren á lo menos tomar una. El soberano es como Dios: ó es uno, ó no existe; la soberanía, como la Divinidad, ó no es, ó es indivisible é incomunicable. La legitimidad de la razon son dos palabras, de las cuales la última designa el sugeto y la primera el atributo: yo niego el atributo y el sugeto. ¿Qué cosa es la legitimidad, y qué cosa es la razon? Y en el caso de que sean alguna cosa, ¿de dónde sabes que esa cosa esté en el liberalismo y no en el socialismo, en tí y no en mí, en las clases acomodadas y no en el pueblo? Yo niego tu legitimidad y tú la mia, tú niegas mi razon y yo la tuya. Cuando me provocas á discutir, te perdono porque no sabes lo que haces: la discusion, disolvente, universal, cuya virtud secreta no conoces, acabó ya con tus adversarios y va á acabar contigo ahora; por lo que hace á mí, tengo propósito firme de ganarla por la mano, matándola para que no me mate. La discusion es espada espiritual que revuelve el espíritu con ojos vendados; contra ella, ni vale la industria ni la malla de acero: la discusion es el título con que viaja la muerte, cuando no quiere ser conocida y anda de incógnito. Roma la sesuda la conoció, á pesar de sus disfraces, cuando entró por sus muros en traje de sofista; por eso, prudente y avisada, la refrendó su pasaporte. El hombre, al decir de los católicos, no se perdió sino porque entró en discusiones con la mujer, ni la mujer sino por haber discutido con el diablo; mas adelante, hácia la mitad de los tiempos, dicen que este mismo demonio se apareció á Jesus en un desierto, provocándole á una batalla espiritual, ó como quien diria, á una discusion de tribuna. Pero aquí parece que tuvo que habérselas con otro mas avisado, el cual le hubo de contestar *vade Satana*, con cuya palabra puso fin á un mismo tiempo á la discusion y á los diabólicos prestigios. Es

fuerza confesar que los católicos tienen gracia especial para poner de bulto grandes verdades y para vestirlas con ingeniosas ficciones (1). La antigüedad toda hubiera condenado unánimemente al insensato que hubiera puesto en pública discusion á un tiempo mismo las cosas divinas y las humanas, las instituciones religiosas y las sociales, los magistrados y los dioses. Contra él hubieran fallado de consuno Sócrates, Platon y Aristóteles; en el gran duelo hubieran sido sus campeones los cínicos y los sofistas.»

«Por lo que hace al mal, ó está en el universo todo, ó no existe. Las formas de los gobiernos son poca cosa para engendrarle: si la sociedad está sana y bien constituida, su constitucion es poderosa para resistir á todas las formas posibles de gobierno; y si no las resiste, es porque está mal constituida y enferma. El mal no puede ser concebido sino como un vicio orgánico de la sociedad, ó como un vicio constitucional de la naturaleza humana; y en este caso el remedio no está en mudar el gobierno, sino en cambiar el organismo social ó la constitucion del hombre.»—

El error fundamental del liberalismo consiste en no dar importancia sino á las cuestiones de gobierno que, comparadas con las del órden religioso y social, no tienen importancia ninguna. Esto sirve para explicar por qué causa el liberalismo queda de todo punto eclipsado desde el momento en que socialistas y católicos proponen al mundo sus tremendos problemas y sus soluciones contradictorias. Cuando el Catolicismo afirma que el mal viene del pecado, que el pecado corrompió en el primer hombre á la naturaleza humana, y que sin embargo el bien prevalece sobre el mal y el órden sobre el desórden, porque el uno es humano y el otro divino, no cabe duda sino que, aun antes de ser examinado, satisface en cierta manera á la razon, proporcionando la grandeza de las causas á la de los efectos, y nivelando la grandeza de lo que se propone explicar con la grandeza de sus explicaciones. Cuando el socialismo afirma que la naturaleza del hombre está sana y la sociedad enferma; cuando pone al primero en lucha abierta con la

(1) Conviene no perder de vista que todo este razonamiento va puesto en boca de los socialistas.

segunda para extirpar el mal que está en ella con el bien que está en él; cuando convoca y llama á todos los hombres para que se levanten en rebeldía contra todas las instituciones sociales, no cabe duda sino que en esta manera de plantear y de resolver la cuestion, si hay mucho falso, hay algo de gigantesco y de grandioso, digno de la majestad terrible del asunto. Pero cuando el liberalismo explica el mal y el bien, el órden y el desórden, por las varias formas de los gobiernos, todas efímeras y transitorias; cuando prescindiendo por un lado de todos los problemas sociales, y por otro de todos los religiosos, pone á discusion sus problemas políticos, como los únicos que son dignos por su alteza de ocupar al hombre de Estado, no hay palabras en ningun idioma con que encarecer la profundísima incapacidad y la radical impotencia de esta escuela, no ya para resolver, sino hasta para plantear estas pavorosas cuestiones. La escuela liberal, enemiga á un mismo tiempo de las tinieblas y de la luz, ha escogido para sí no sé qué crepúsculo incierto entre las regiones luminosas y las opacas, entre las sombras eternas y las divinas auroras. Puesta en esa region sin nombre, ha acometido la empresa de gobernar sin pueblo y sin Dios: empresa extravagante é imposible: sus dias estan contados, porque por un punto del horizonte asoma Dios, y por otro asoma el pueblo. Nadie sabrá decir dónde está en el tremendo dia de la batalla, y cuando el campo todo esté lleno con las falanjes católicas y las falanges socialistas.

CAPÍTULO IX.

SOLUCIONES SOCIALISTAS.

Las escuelas socialistas sacan una gran ventaja á la liberal, así por la naturaleza de los problemas que se proponen resolver, como por la manera de plantearlos y de resolverlos. Sus maestros se muestran familiarizados, hasta cierto punto, con aquellas especulaciones atrevidas que tienen por asunto á Dios y su naturaleza, al hombre y su constitucion, á la sociedad y sus instituciones, al universo y sus leyes. De esta inclinacion á generalizarlo todo, á considerar las cosas en su conjunto, á observar las disonancias y las armonías generales, procede una mas grande aptitud en ellos para entrar y salir, sin perderse, en el laberinto intrincado de la dialéctica racionalista. Si en la gran contienda que tiene como en suspenso al mundo no hubiera otros combatientes sino los socialistas y los liberales, ni la batalla sería larga, ni dudosa la victoria.

Todas las escuelas socialistas son, bajo el punto de vista filosófico, racionalistas; bajo el punto de vista político, republicanas; bajo el punto de vista religioso, ateas. Por lo que tienen de racionalistas, se asemejan á la escuela líberal, y se distinguen de ella por lo que tienen de ateas y de republicanas. La cuestion consiste en averiguar si el racionalismo va á parar lógicamente al punto en que la escuela liberal hace alto, ó al término en que descansan las escuelas socialistas. Reservando para mas adelante el exámen de esta cuestion por lo relativo al punto de vista político, nos ocuparemos aquí principalmente del punto de vista religioso.

Considerada bajo este aspecto la cuestion, es cosa clara que el sistema en virtud del cual se concede á la razon una competencia omnímoda para resolver por sí y sin ayuda de Dios todas las cuestiones relativas al órden político, al religioso, al social y al humano, supone en la razon una soberanía completa y una independencia absoluta. Este sistema lleva consigo tres negaciones simultáneas: la de la revelacion, la de la gracia, y la de la providencia; la de la revelacion, porque la revelacion contradice la competencia omnímoda de la razon humana; la de la gracia, porque la gracia contradice su independencia absoluta; la de la providencia, porque la providencia es la contradiccion de su soberanía independiente. Pero estas tres negaciones, si bien se mira, se resuelven en una: la negacion de todo vínculo entre Dios y el hombre; como quiera que si el hombre no está unido á Dios por la revelacion, por la providencia y por la gracia, no está unido á Dios de ninguna manera.

Ahora bien, afirmar esto de Dios y negarle, es una misma cosa. Afirmarle dogmáticamente despues de haberle despojado dogmáticamente de todos sus atributos, es una contradiccion reservada á la escuela liberal, la mas contradictoria entre las racionalistas. Por lo demas, esta contradiccion, lejos de ser accidental, es esencial en esta escuela, la cual, por cualquiera lado que se la mire, es un compuesto exótico de palmarias contradicciones. Eso mismo que hace con Dios en el órden religioso, hace en el político con el rey y con el pueblo. La escuela liberal tiene por oficio procla-

mar las existencias que anula, y anular las existencias que proclama. Ninguno de sus principios deja de ir acompañado del contraprincipio que le destruye. Así, por ejemplo, proclama la monarquía, y luego la responsabilidad ministerial, y por consiguiente la omnipotencia del ministro responsable, contradictoria de la monarquía. Proclama la omnipotencia ministerial, y luego la intervencion soberana, en materias de gobierno, de las asambleas deliberantes, la cual es contradictoria de la omnipotencia de los ministros. Proclama la soberana intervencion en los asuntos del Estado de las asambleas políticas, y luego el derecho de los colegios electorales para fallar en última instancia, el cual es contradictorio de la intervencion soberana de las asambleas políticas. Proclama el derecho de supremo arbitraje que reside en los electores, y luego acepta mas ó menos explícitamente el supremo derecho de insurreccion, contradictorio de aquel arbitraje pacífico y supremo. Proclama el derecho de insurreccion de las muchedumbres, lo cual es proclamar su soberana omnipotencia; y luego da la ley del censo electoral, lo cual es condenar al ostracismo á las muchedumbres soberanas. Y con todos estos principios y contraprincipios se propone una sola cosa: alcanzar á fuerza de artificio y de industria un equilibrio que nunca alcanza, porque es contradictorio de la naturaleza de la sociedad y de la naturaleza del hombre. Solo para una fuerza no ha buscado la escuela liberal su correspondiente equilibrio: la fuerza corruptora. La corrupcion es el dios de la escuela; y como Dios está á un tiempo mismo en todas partes. De tal manera ha combinado las cosas la escuela liberal, que donde ella prevalece, todos han de ser forzosamente corruptores ó corrompidos; porque en donde no hay ningun hombre que no puede ser César ó votar al César ó aclamar al César, todos han de ser ó Césares ó pretorianos. Por esta razon, todas las sociedades que caen debajo de la dominacion de esta escuela, mueren de una misma muerte: todas mueren gangrenadas. Los reyes corrompen á los ministros prometiéndoles la eternidad; los ministros á los reyes prometiéndoles el ensanche de su prerogativa. Los ministros corrompen á los representantes del pueblo poniendo á sus piés todas las dignidades del Estado; las

asambleas á los ministros con sus votos; los elegidos trafican con su poder, los electores con su influencia; todos corrompen á las muchedumbres con sus promesas, y las muchedumbres á todos con bramidos y amenazas.

Volviendo á anudar el hilo de este discurso, diré que cuando las escuelas socialistas niegan la existencia de Dios, que viene afirmada por la escuela liberal, no hacen otra cosa sino ser mas lógicas que la liberal, y mas consecuentes. Y sin embargo de esto, distan mucho de serlo tanto en su línea, como lo es en la suya la escuela católica. La escuela católica afirma á Dios con todos sus atributos, con una afirmacion dogmática y soberana. Las socialistas al revés, aunque vienen á negarle en definitiva, ni le niegan del mismo modo, ni le niegan por unas mismas razones, ni le niegan resueltamente. Consiste esto en que el hombre mas intrépido se sobrecoge de espanto al afirmar que no hay Dios, de una manera absoluta. Cualquiera diria que al llegar aquí teme el hombre no poder pasar de aquí, y que se desplome el cielo sobre el blasfemador y su blasfemia. Los unos le niegan diciendo: Todo lo que existe es Dios, y Dios es todo lo que existe—los otros, afirmando que la humanidad y Dios son cosas idénticas: entre ellos hay algunos que aseguran que en la humanidad hay dualismo de fuerzas y de energías, y que el hombre es el representante de ese dualismo. Los que son de este sentir, distinguen en el hombre las fuerzas reflexivas y las energías espontáneas; la verdadera humanidad está en las primeras, y la divinidad verdadera en las segundas. Por este sistema, Dios no es ni todo lo que existe, ni la humanidad: Dios es la mitad del hombre. Otros son de otro parecer, y niegan que Dios sea hombre ó parte del hombre, que sea la humanidad ó que sea el universo; y se inclinan á creer que es un sér sujeto á encarnaciones diferentes y sucesivas; que donde quiera que hay una gran influencia ó una grandiosa dominacion, allí está Dios encarnado: Dios se ha encarnado en Ciro, y en Alejandro, y en César, y en Carlo Magno, y en Napoleon. Se encarnó sucesivamente en los grandes imperios asiáticos y luego en el macedónico, y despues en el romano: al principio fué el oriente y despues el

occidente. El mundo cambia de semblante en cada una de estas encarnaciones divinas, y da un paso en el camino del progreso, cada vez que á consecuencia de una nueva encarnacion cambia de nuevo su semblante.

Todos estos sistemas contradictorios y absurdos se han encarnado en un hombre venido al mundo en estos últimos tiempos para ser la personificacion de todas las contradicciones racionalistas. Este hombre es M. Proudhon, de quien hemos hecho mérito y de quien le haremos muchas veces en el discurso de esta obra. M. Proudhon pasa por el mas docto y consecuente de los socialistas modernos: por lo que hace á su doctrina, no cabe duda sino que es superior á la de cuasi todos los racionalistas contemporáneos: por lo que hace á su consecuencia, por las muestras que damos aquí, relativas todas á los problemas que son asunto de este libro, podrán formarse de ella una idea cabal nuestros lectores.

En las *Confesiones de un revolucionario*, Mr. Proudhon define á Dios de la manera siguiente: «Dios es la fuerza universal, pene»trada de inteligencia, que produce por la conciencia infinita que »de sí tiene, los séres de todos los reinos, desde el flúido impon»derable hasta el hombre, y que solo en el hombre llega á re»conocerse á sí misma, y á decir: Yo. Léjos de ser nuestro Señor »Dios el asunto de nuestras investigaciones, ¿cómo se han atrevi»do los taumaturgos á convertirle en un sér personal, rey absoluto »unas veces, como el Dios de los judíos y de los cristianos, y »constitucional otras, como el de los deistas, y cuya providencia »incomprensible parece perpétua y únicamente ocupada en deso»rientar nuestra razon.?»

Aquí hay tres cosas: 1.ª afirmacion de una fuerza universal, inteligente y divina, que es el panteismo; 2.ª encarnacion mas excelente de Dios en la humanidad, que es el humanismo; 3.ª negacion de un Dios personal y de su providencia, que viene á ser el deismo.

En la obra que intituló *Sistema de las contradicciones económicas*, capítulo 8, dice así: «Prescindiré de la hipótesis panteista, que »siempre me ha parecido una hipocresía ó una cobardía. Dios es »personal, ó no existe.» Aquí se afirma todo lo que en el texto

anterior se niega, y se niega lo que en el texto anterior se afirma. Allí se afirma un Dios panteista ó impersonal; aquí se niegan, como dos cosas igualmente absurdas, la impersonalidad de Dios y el panteismo.

Más adelante añade en este capítulo: «El verdadero remedio »contra el fanatismo no me parece que está en identificar á la hu»manidad con la Divinidad, lo cual no viene á ser otra cosa sino »afirmar en economía política el comunismo, y en filosofía el »misticismo y el *statu quo*. El verdadero remedio está en demos»trar á la humanidad, que Dios, si es que existe, es su enemi»go.» Despues de haber dado al traste con su panteismo y con su Dios impersonal, aquí acaba con el humanismo, que está contenido en la definicion del texto. Por otra parte, aquí comienza á revestirse de una forma concreta la teoría de la rivalidad entre Dios y el hombre, de que hemos hecho mérito ya en otro capítulo de este libro.

La condenacion del humanismo y la teoría de la rivalidad aparecen mas claras en el capítulo 9 de la misma obra, en donde se lee lo que sigue: «Por mi parte (y siento en verdad haberlo de confe»sar, cierto como estoy de que esta declaracion me separa de los »mas inteligentes entre los socialistas) mientras mas pienso en ello, »mas imposible me es suscribir á esta deificacion de nuestra espe»cie, que bien considerada no es otra cosa, en los ateos de nues»tros dias, sino el último eco de los terrores religiosos; y la cual »rehabilitando y consagrando el misticismo con el nombre de hu»manismo, vuelve á poner las ciencias bajo el imperio de las preo»cupaciones, la moral bajo el imperio de los hábitos, la economía »social bajo el imperio del comunismo, ó lo que es lo mismo, de la »atonía y de la miseria; y por último, la lógica misma bajo el impe»rio de lo absurdo y de lo absoluto. Y cabalmente porque me veo »obligado á repudiar... esta religion, juntamente con todas las que »la precedieron, es por lo que necesito todavía admitir como »plausible la hipótesis de un sér infinito... contra el cual debo lu»char hasta la muerte, porque ese es mi destino, como Israel con»tra Jehová.»

Nada queda de la definicion de Dios sino la negacion de la providencia; y hasta esa negacion desaparece con esta afirmacion contraria: «Y véase cómo caminamos á la ventura, conducidos por la »Providencia; que nunca nos avisa sino cuando nos hiere.» (*Sistème des contradictions*, c. 3.)

Por lo expuesto se vé que Mr. Proudhon, recorriendo la escala de todas las contradicciones racionalistas, es ahora panteista, luego humanista, despues maniqueo; que cree en un Dios impersonal, y luego declara monstruosa y absurda la idea de un Dios, si el Dios ideado no es una persona; y por último que afirma y niega la Providencia al mismo tiempo. En uno de nuestros capítulos anteriores vimos de qué man era en la teoría maniquea de la rivalidad entre Dios y el hombre, el hombre proudhoniano era el representante del bien, y el Dios proudhoniano el representante del mal: ahora verémos de qué manera, segun el mismo Prouhdon, todo este sistema viene al suelo.

En el capítulo 2 de la obra ya citada se espresa de esta manera: «La naturaleza ó la Divinidad ha desconfiado de nuestros corazones, »y no ha creido en el amor del hombre por sus semejantes. Todos »los descubrimientos de las ciencias acerca de los designios de la »Providencia sobre las evoluciones sociales, sea dicho para vergüen»za de la conciencia humana, y sépalo nuestra hipocresía, dan tes»timonio de una misantropía profunda por parte de Dios. Dios nos »da ayuda, no por bondad, sino porque el órden constituye su »esencia. Si procura el bien del mundo, no es porque le juzgue »digno del bien, sino porque está obligado á ello por la religion de »su suprema sabiduria. Y mientras que el vulgo le nombra con el »tierno nombre de padre, ni el historiador ni el economista filósofo »encuentran motivo para creer en la posibilidad de que nos estime »y nos ame.»

Con estas palabras viene á tierra el maniqueismo proudhoniano. El hombre no es el rival sino el esclavo despreciado de Dios; no es el bien ni es el mal, es una criatura en que se agitan los instintos groseros y serviles que en los esclavos engendra la servidumbre. Dios es no sé qué conjunto de leyes severas, inflexibles y matemá-

ticas; obra el bien sin ser bueno; y su misantropía atestigua que seria malo si pudiera. El dios proudhoniano muestra aquí un parentesco evidente con el *Fatum* de los antiguos. El fatalismo se descubre mas claramente todavía en estas palabras: «Llegados á la segun»da estacion de nuestro calvario, en vez de entregarnos á contem»placiones estériles, lo que nos conviene es poner un oído cada vez »mas atento á las enseñanzas del destino. La fianza de nuestra li»bertad está cabalmente en el progreso de nuestro suplicio.»

En pos del fatalista viene el ateo.— «¿Qué cosa es Dios? ¿En »donde está? ¿En cuantos dioses se multiplica? ¿Qué es lo que »quiere? ¿ Hasta dónde alcanza su poder? ¿Qué promesas nos »hace? Y ved aquí que, cuando para descubrir todas estas co»sas, tomamos en la mano la antorcha de la análisis, luego al pun»to todas las divinidades del cielo, de la tierra y de los infiernos se »nos convierten en un no sé qué incorpóreo, impasible, inmóvil, »incomprensible, indefinible, y para decirlo todo de una vez, en »una negacion de todos los atributos de la existencia. En efecto, »ahora ponga el hombre detras de cada objeto un espíritu ó genio »especial, ahora conciba el universo como gobernado por un po»der único; en cualquiera de estas suposiciones no hace otra cosa »sino afirmar la hipótesis de una entidad incondicional, es decir, »imposible, para sacar de ella una explicacion medianamente sa»tisfactoria de los fenómenos que no puede concebir de otra mane»ra. ¡Misterio altísimo y profundísimo! Para hacer cada vez mas ra»cional el objeto de su idolatría, el creyente le va despojando su»cesivamente de todo lo que podria constituir su realidad; y des»pues de esfuerzos prodigiosos de lógica y de ingenio, venimos á »parar en que los atributos del sér por excelencia van á confundir»se y á identificarse con los de la nada. Esta evolucion es fatal é ine»vitable. El ateismo está en el fondo de toda theodicea.» (*Sistème »des contradictions*: Prologue.)

Una vez llegado á esta conclusion suprema y á este abismo tenebroso, no parece sino que las furias entran en posesion del ateo. Las blasfemias hinchan su corazon, oprimen su garganta, queman sus labios, y cuando intenta levantarlas en pirámide, poniéndo-

las unas sobre otras, hasta el trono de Dios, vé con asombro que vencidas de su peso específico, en vez de subir con ligerísimas alas, caen pesadas y groseras en el abismo, que es su centro. Su lengua no encuentra palabras que no sean sarcásticas ó desdeñosas, ni vocablos que no sean torpes ó iracundos, ni arranques que no sean frenéticos. Su estilo es á un tiempo mismo impetuoso y sucio, elocuente sin aliño, y cínicamente grosero. Aquí exclama: «¿De qué sirve adorar este fantasma de Divinidad? ¿Y qué »es lo que exige de nosotros por medio de esta comparsa de inspi»rados que nos persiguen en todas partes con sus sermones?» (*Sistème des contradictions,* c. 3.) Y mas allá deja caer estos vocablos cínicos: «En cuanto á Dios, yo no le conozco. Dios tam»bien no es otra cosa sino puro misticismo. Si quereis que os es»cuche, comenzad por suprimir es a palabra en vuestros discur»sos; porque por una experiencia de tres mil años he llegado á »convencerme, de que todo el que me habla de Dios, quiere ro»barme la libertad ó la bolsa. ¿Cuanto me debes? ¿Cuanto te de»bo? Ved ahí mi religion y mi Dios.» (*Id.*, c. 6.) Llegado al parasismo de la rabia, prorumpe, en el capítulo 8, en las palabras siguientes: «Esto digo: el primer deber del hombre inte»ligente y libre es arrojar inmediatamente la idea de Dios de su »espíritu y de su conciencia; porque Dios, si existe, es esencial»mente hostil á nuestra naturaleza, y no dependemos de él para »nada...... ¿Con qué derecho me diria Dios todavía: sé santo »como yo soy santo? ¡Espíritu engañador! le respondería yo, »¡Dios imbécil! tu reinado ha acabado ya: busca otras victimas »entre los animales brutos. Yo sé que ni soy ni puedo llegar á ser »santo jamas; y en cuanto á tí, ¿cómo lo has de ser tú, si tú y »yo nos parecemos? Padre eterno, Júpiter ó Jehová, como quiera »que te llames, sabe de mí que ya te conocemos. Eres, fuiste y »serás perpétuamente el rival de Adan, el tirano de Prometeo.» (c. 8.) Y mas adelante en el mismo capítulo, apostrofando á la Divinidad que niega, la dice: «Triunfabas, y nadie se atrevia á con»tradecirte, cuando despues de haber atormentado en su cuerpo y »en su alma al justo Job, figura de nuestra humanidad, insultaste

»su piedad cándida y su ignorancia discreta y respetuosa. Todos »éramos como si fuéramos nada en presencia de tu magestad invi»sible, á quien dábamos el cielo por dosel y la tierra por peana. Los »tiempos son ya otros: héte ahí quebrantado y destronado. Tu »nombre, en otro tiempo compendio y suma de toda sabiduría, »única sancion del juez, sola fuerza del príncipe, esperanza del »pobre, refugio del pecador arrepentido; ese nombre incomunica»ble, entregado ya á la execracion y al desprecio, será, desde »hoy mas, vilipendiado de las gentes. Dios no es otra cosa sino »tontería y miedo, hipocresía y engaño, tiranía y miseria. Dios es »el mal. Mientras que la humanidad se incline ante un altar, escla»va de los reyes y de los sacerdotes, será reprobada; mientras »que un solo hombre reciba en nombre de Dios el juramento de »otro hombre, la sociedad estará fundada en el perjurio, y la paz »y el amor serán desterrados de la tierra. Retírate, Jehová; por»que de hoy mas, curado del temor de Dios y habiendo alcanzado »la verdadera sabiduría, estoy pronto á jurar, con la mano le»vantada hácia el cielo, que no eres sino el verdugo de mi ra»zon y el espectro de mi conciencia.»

Él es el que lo ha dicho: Dios es el espectro de su conciencia; ninguno puede negar á Dios sin condenarse á sí propio; ninguno puede huir de Dios sin huir de sí mismo. Ese desventurado, sin salir de la tierra, está ya en el infierno; esas contracciones musculares, violentas é impotentes ese frenesí cínico, esa rabia insensata, esas iras arrebatadas y tempestuosas son ya las contracciones, y el frenesí, y la rabia y las iras de los réprobos. Sin caridad y sin fé ha perdido hasta el último bien del hombre: ¡la esperanza! Y sin embargo, alguna vez, al hablar del Catolicismo, siente en sí, sin saberlo, su influencia serena y santificante; entonces sucede que cesa como por encanto su martirio: una brisa mansa y refrigerante venida del cielo toca su rostro, enjuga su sudor y suspende el acceso de sus convulsiones epilépticas. Entonces deja caer blandamente estas palabras. — «¡Ah, cuánto mas prudente se ha »mostrado el Catolicismo, y cuánta ventaja os ha sacado á todos, »sansimonianos, republicanos, universitarios, economistas, en el

»conocimiento de la sociedad y del hombre! El sacerdote sabe que »nuestra vida no es sino una peregrinacion, y que toda perfeccion »cumplida nos es negada en este mundo; y porque sabe esto, se »contenta con preludiar en la tierra una educacion que solo puede »acabarse en el cielo. Por su parte, el hombre que ha ido crecien- »do bajo los auspicios de la Religion, satisfecho con saber, hacer »y obtener lo que basta para la vida del tiempo, no será nunca un »obstáculo para las potestades de la tierra: antes preferiria él el »martirio. ¡Oh Religion amada! ¿Por cuál extravio inconcebible »de razon sucede que los que mas te necesitan, esos son cabal- »mente los que mas te desconocen?»

Antes hablé, como de corrida, de la fama de consecuente de M. Proudhon; ahora me parece no solo conveniente, sino tambien necesario, decir algo mas sobre asunto que es mucho mas grave y mucho mas trascendental de lo que á primera vista parece. Lo de la fama es un hecho público y notorio, y por lo mismo evidente. Y sin embargo, ese hecho es de todo punto inexplicable, si se considera que Mr. Proudhon ha adoptado, unos despues de otros, todos los sistemas relativos á la Divinidad, y que entre los socialistas no hay ninguno tan lleno de contradicciones: de donde resulta que la fama de consecuente es un hecho contradictorio del hecho que la motiva. ¿Por qué caminos subterráneos, por qué encadenamiento de deducciones sutiles y escabrosas, partiendo del hecho notorio de las contradicciones proudhonianas ha ido el mundo á parar á llamar á esas contradicciones cabalmente con el nombre que las contradice, es decir, con el nombre de consecuencia? Aquí hay un gran problema que debe ser resuelto, y un gran misterio que debe ser esclarecido.

La solucion de ese problema y el esclarecimiento de ese misterio están en que en las teorías de M. Proudhon hay á un tiempo mismo contradiccion y consecuencia: la segunda real, y la primera aparente. Si se examinan unos despues de otros los fragmentos que acabo de transcribir, y si se les considera en sí mismos sin poner la vista mas alta, cada uno de ellos es la contradiccion del que antecede y del que le sigue, y todos ellos son entre sí contradicto-

rios; pero si se ponen los ojos en la teoría racionalista, en donde todas las demas tienen su orígen, se echa de ver que el racionalismo, entre todos los pecados el mas semejante al pecado original, es como él un error actual, y todos los errores en potencia; y por consiguiente, que con su anchísima unidad comprende y abarca todos los errores, á los cuales no obsta, para estar unidos en él, el ser entre sí contradictorios; como quiera que hasta las contradicciones son susceptibles de cierta manera de paz y de cierta manera de union, cuando hay una suprema contradiccion que las envuelve á todas. En el caso en cuestion el racionalismo es esa contradiccion que resuelve todas las otras contradicciones en su unidad suprema. En efecto, el racionalismo es á un tiempo mismo, deismo, panteismo, humanismo, maniqueismo, fatalismo, escepticismo, ateismo; y entre los racionalistas el mas racionalista y el mas consecuente de todos es aquel que es á un mismo tiempo deista, panteista, humanista, maniqueo, fatalista, escéptico y ateo.

Estas consideraciones que sirven para explicar los dos hechos de que hicimos mérito arriba, en apariencia contradictorios, explican tambien satisfactoriamente, por qué en vez de exponer uno por uno los varios sistemas acerca de la Divinidad, de los doctores socialistas, hemos preferido considerarlos todos en los escritos de M. Proudhon, en donde pueden verse á un tiempo mismo en su variedad y en su conjunto.

Visto lo que los socialistas piensan de la Divinidad, nos falta ver lo que piensan del hombre, y de qué manera resuelven el temeroso problema del mal y del bien, considerado en general, que es el asunto de este libro.

CAPÍTULO X.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: CONCLUSION DE ESTE LIBRO.

Ningun hombre ha habido tan insensato que se haya atrevido á negar el bien ó el mal y su coexistencia en la historia. Los filósofos disputan sobre el modo y forma en que existen y coexisten; todos empero afirman á una voz su existencia y su coexistencia como una cosa averiguada; todos convienen igualmente en que en la contienda suscitada entre el bien y el mal, el primero ha de alcanzar sobre el segundo una victoria definitiva. Dejando estos puntos como inconcusos y asentados, en todo lo demas hay diversidad de pareceres, contradiccion de sistemas, y contiendas inacabables.

La escuela liberal tiene por cierto que no hay otro mal sino el que está en las instituciones políticas que hemos heredado de los tiempos, y que el supremo bien consiste en echar por el suelo

esas instituciones. Los mas de los socialistas tienen por averiguado que no hay otro mal sino el que está en la sociedad, y que el gran remedio está en el completo trastorno de las instituciones sociales. Todos convienen en que el mal nos viene de los tiempos pasados: los liberales afirman que el bien puede realizarse ya en los tiempos presentes, y los socialistas que la edad de oro no puede comenzar sino en los tiempos venideros.

Consistiendo, así para los unos como para los otros, el supremo bien en un trastorno supremo, que segun la escuela liberal debe realizarse en las regiones políticas, y segun las escuelas socialistas en las regiones sociales, las unas y las otras convienen en la bondad sustancial é intrínseca del hombre, que ha de ser el agente inteligente y libre de aquel y de este trastorno. Esta conclusion ha sido enunciada explícitamente por las escuelas socialistas, y va implícitamente envuelta en la teoría que sustentan las escuelas liberales. De tal manera procede aquella conclusion de esta teoría, que, siendo negada la conclusion, la teoría misma viene al suelo. En efecto: la teoría segun la cual el mal está en el hombre y procede del hombre, es contradictoria de aquella otra segun la cual el mal está en las instituciones sociales ó políticas, y procede de las instituciones políticas y sociales. Supuesta la primera, lo que procede en buena lógica es extirpar el mal en el hombre, con lo cual se conseguirá su extirpacion en la sociedad y en el gobierno necesariamente. Supuesta la segunda, lo que procede en buena lógica es extirpar el mal directamente en la sociedad ó en el gobierno, que es en donde está su centro y su orígen. Por donde se ve que la teoría católica y las racionalistas son entre sí no solamente incompatibles sino tambien contradictorias. Por la teoría católica se condena todo trastorno, ya sea político ó social, como insensato é inútil. Las teorías racionalistas condenan toda reforma moral del hombre como inútil y como insensata. Y así la una como las otras son consecuentes en sus condenaciones; porque si el mal no está ni en el gobierno ni en la sociedad, ¿para qué y por qué el trastorno de la sociedad y del gobierno? y por el contrario, si el mal ni está en los individuos ni procede de los

individuos, ¿para qué y por qué la reforma interior del hombre?

Las escuelas socialistas no ven inconveniente ninguno en aceptar la cuestion planteada de esta manera; la escuela liberal, por el contrario, ve en su aceptacion gravísimos inconvenientes, y no sin graves motivos. Aceptada la cuestion tal como viene por sí misma planteada, la escuela liberal se ve en el duro trance de negar con una negacion radical la teoría católica, considerada en sí misma y en todas sus consecuencias; y á esto es á lo que la escuela liberal se niega resueltamente. Amiga de todos los principios y de todos sus contraprincipios, no quiere desasirse ni de los unos ni de los otros, ocupada perpétuamente en obligar á hacer paces entre sí á todas las teorías contradictorias y á todas las contradicciones humanas. Las reformas morales no le parecen mal, aunque los trastornos políticos le parecen excelentes, sin advertir que son estas cosas incompatibles; como quiera que el hombre purificado interiormente no puede ser agente de trastornos, y que los agentes de trastornos, en el hecho mismo de serlo, declaran que no están interiormente purificados. En esta ocasion, como en todas las otras, el equilibrio entre el Catolicismo y el socialismo es de todo punto imposible; porque, una de dos, ó el hombre no se ha de purificar, ó no se han de realizar los trastornos. Si el hombre impurificado toma el oficio de trastornador, los trastornos políticos no son sino el preludio de los trastornos sociales; y si el hombre deja el oficio de trastornador del gobierno, para tomar el de reformador de sí propio, ni son posibles los trastornos sociales ni los trastornos políticos. Así en el uno como en el otro caso, la escuela liberal ha de abdicar forzosamente en las manos de las escuelas socialistas ó en las de la escuela católica.

Síguese de aquí que las escuelas socialistas tienen por suya la lógica y la razon, cuando sostienen, contra la escuela liberal, que si el mal está esencialmente en la sociedad ó en el gobierno, no hay que hacer otra cosa sino trastornar el gobierno ó la sociedad; sin que sea cosa ni necesaria ni conveniente, sino al revés, perniciosa y absurda acometer la empresa de la reforma del hombre.

Supuesta la bondad ingénita y absoluta del hombre, el hombre es á un mismo tiempo reformador universal é irreformable, con lo cual viene á ser trasformado de hombre en Dios: su esencia deja de ser humana para ser divina. Él es en sí absolutamente bueno, y produce fuera de sí, por sus trastornos, el bien absoluto. Bien sumo y causa de todo bien, es excelentísimo, sapientísimo y potentísimo. La adoracion es una necesidad tan imperiosa, que los socialistas, siendo ateos y no pudiendo adorar á Dios, hacen á los hombres dioses para adorar alguna cosa de alguna manera.

Siendo estas las ideas dominantes de las escuelas socialistas acerca del hombre, es cosa clara que el socialismo niega su naturaleza antitética como una pura invencion de la escuela católica. Por eso el sansimonianismo y el fourrierismo no admiten que el hombre esté de tal manera constituido, que por un lado vaya su entendimiento y por otro su voluntad; ni conceden que haya contradiccion de ninguna especie entre su espíritu y su carne. El fin supremo del sansimonianismo es demostrar prácticamente la conciliacion y la unidad de esas dos poderosas enerjías; esta suprema conciliacion estaba simbolizada en el sacerdote sansimoniano, cuyo oficio era satisfacer el espíritu por medio de la carne y la carne por medio del espíritu. El principio comun á todos los socialistas, que consiste en dar á la sociedad mal construida una construccion análoga á la del hombre, que está construido de una manera excelente, condujo á los sansimonianos á negar toda especie de dualismo político, científico y social; cuya negacion era necesaria, supuesta la negacion de la naturaleza antitética del hombre. Proclamada la pacificacion entre el espíritu y la carne, procedia proclamar la pacificacion universal y la reconciliacion de todas las cosas; y como las cosas no se pacifican ni se concilian sino en la unidad, la unidad universal era una consecuencia lógica de la unidad humana; y de aquí el panteismo político, el social y el religioso, los cuales consituyen el despotismo ideal á que aspiran con una inmensa aspiracion todas las escuelas socialistas. El padre comun de la escuela de San Simon y el omniarca de la escuela

Fourrier, son sus personificaciones augustas y gloriosas.

Volviendo á la naturaleza del hombre, que es nuestro objeto especial por lo de ahora, supuesta por un lado su unidad, y por otro su bondad absoluta, procedia proclamar al hombre santo y divino; santo y divino no solo en su unidad, sino tambien en todos y en cada uno de los elementos que la constituyen; y de aquí la proclamacion de la santidad y de la divinidad de las pasiones. Por esta razon, todas las escuelas socialistas, unas implícita y otras explícitamente, proclaman las pasiones divinas y santas; supuesta la santidad y la divinidad de las pasiones, procedia la condenacion explícita de todo sistema represivo y penal, y sobre todo la condenacion de la virtud, cuyo oficio es atajarlas el paso, impedir su explosion y reprimir sus ímpetus. Y en efecto, todas estas cosas, que son á un mismo tiempo consecuencia de los principios anteriores, y principios de consecuencias mas remotas, están enseñadas y proclamadas con un cinismo mayor ó menor en todas las escuelas socialistas, entre las que resplandecen la sansimoniana y la fourrierista, aventajándose á las demas como si fueran dos soles en un cielo estrellado. Eso es lo que significa la rehabilitacion sansimoniana de la mujer y su pacificacion de la carne. Eso es lo que significa la teoría de Fourrier acerca de las atracciones. Fourrier dice: «El deber procede del hombre (entiéndase »de la sociedad) y la atraccion de Dios.» Madame de Coeslin, citada por Mr. Louis de Raybaud, en sus *Estudios sobre los reformistas contemporáneos*, ha expresado este mismo pensamiento con mayor exactitud, diciendo: «Las pasiones son de institucion »divina, las virtudes de institucion humana;» lo cual quiere decir, supuestos los principios de la escuela, que las virtudes son perniciosas y las pasiones saludables. Por esta razon, el fin supremo del socialismo es crear una nueva atmósfera social, en que las pasiones se muevan libremente, comenzando por destruir las instituciones políticas, religiosas y sociales que las oprimen. La edad de oro, anunciada por los poetas y aguardada de las gentes, comenzará en el mundo cuando tenga principio ese gran suceso, y cuando despunte en los horizontes esa magnífica aurora. La tierra enton-

ces será un paraíso; y ese paraíso, con puertas á todos los vientos, no será, como el católico, una prision guardada por un ángel. El mal habrá desaparecido de la tierra, que ha sido hasta ahora, pero que no está condenada á ser perpétuamente un valle de lágrimas.

Estas cosas piensa el socialismo del bien y del mal, de Dios y del hombre. Mis lectores no exigirán de mí ciertamente que siga paso á paso á las escuelas socialistas por el camino escabroso de sus extravagancias perturbadoras. Lo exigirán mucho menos al considerar que ya quedaron virtualmente impugnadas desde el momento en que expuse á su vista la majestad de la doctrina católica relativa á estas grandes cuestiones, en su sencilla y augusta magnificencia. Esto no obstante, me creo en el imprescindible y santo deber de derribar por el suelo ese edificio del error, con lo que basta y sobra para derribarle: con un solo argumento y con una sola palabra.

La sociedad puede ser considerada bajo dos puntos de vista diferentes: el católico y el panteista. Considerada bajo el punto de vista católico, no es otra cosa sino la reunion de una multitud de hombres que viven todos bajo la obediencia y el amparo de unas mismas leyes y de unas mismas instituciones. Considerada bajo el punto de vista panteista, es un organismo que existe con una existencia individual, concreta y necesaria. En la primera suposicion, es claro que no existiendo la sociedad independientemente de los individuos que la constituyen, nada puede estar en la sociedad que no esté antes en los individuos; de donde se sigue, por consecuencia forzosa, que el mal y el bien que hay en ella, la viene del hombre. Considerada bajo este punto de vista, es cosa absurda el intento de extirpar el mal en la sociedad, en donde existe por incidencia, y el propósito de no tocar á los individuos, en los que está originaria y esencialmente. En la segunda suposicion, segun la cual la sociedad es un sér que existe por sí con una existencia concreta, individual y necesaria, los que esto afirman están obligados á resolver de una manera satisfactoria las mismas cuestiones que con respecto al hombre los racionalistas proponen á los

católicos, conviene á saber: si la sociedad es mala esencial ó accidentalmente; si lo primero, cómo se explica el mal esencial; si lo segundo, cómo, de qué manera, en cuáles circunstancias y con cuál ocasion ha venido á turbarse la armonía social con esa incidencia perturbadora. Ya hemos visto cómo los católicos desatan todos estos nudos, de qué manera se adelantan á resolver todas estas dificultades, y en qué forma responden á todas estas preguntas en lo relativo á la existencia del mal, considerado como una consecuencia de la prevaricacion humana. Lo que no hemos visto hasta aquí, y lo que no veremos jamás, es el modo y la fuerza con que el racionalismo socialista resuelve esas mismas cuestiones en lo relativo á la existencia del mal, considerado como existiendo únicamente en las instituciones sociales.

Esta sola consideracion me autorizaría para afirmar que la teoría socialista es una teoría de charlatanes, y que el socialismo no es otra cosa sino la razon social de una compañía de histriones. Para ser tan sobrio como me he propuesto, pondré término á esta argumentacion, encerrando al socialismo en este dilema: O el mal que está en la sociedad es una esencia ó un accidente: si es una esencia, para extirparle no basta trastornar las instituciones sociales; es necesario ademas destruir la sociedad misma, que es la esencia que sostiene todas sus formas. Si el mal social es accidental, entonces estais obligados á hacer lo que no habeis hecho, lo que no haceis, lo que no podeis hacer; estais obligados á explicarme en qué tiempo, por cuál causa, de qué manera y en cuál forma ha sobrevenido ese accidente; y luego por cuál serie de deducciones venis á convertir al hombre en redentor de la sociedad, dándole la potestad de limpiar sus manchas y de lavar sus pecados. Con este motivo convendrá advertir aquí á los incautos, que el racionalismo, que ataca con furor todos los misterios católicos, proclama despues, de otra manera y á otro propósito, esos mismos misterios. El Catolicismo afirma dos cosas: el mal y la redencion; el socialismo racionalista comprende en el símbolo de su fé las mismas afirmaciones. Entre socialistas y católicos no hay mas que esta diferencia: los segundos afirman el mal del hombre, y la redencion por

Dios; los primeros afirman el mal de la sociedad, y la redencion por el hombre. El católico con sus dos afirmaciones no hace otra cosa sino afirmar dos cosas sencillas y naturales: que el hombre es hombre y ejecuta obras humanas, que Dios es Dios y acomete empresas divinas. El socialismo con sus dos afirmaciones no hace otra cosa sino afirmar que el hombre acomete y lleva á cabo empresas de un Dios, y que la sociedad ejecuta las obras propias del hombre. ¿Qué va ganando la razon humana con dejar el Catolicismo por el socialismo, sino dejar lo que es á un mismo tiempo evidente y misterioso, por lo que es á un tiempo mismo misterioso y absurdo?

Nuestra impugnacion de las teorías socialistas no sería completa si no acudiéramos al arsenal de Mr. Proudhon, lleno unas veces de razon y otras de elocuencia y de sarcasmo, cuando combate y pulveriza á sus compañeros de armas.

Véase aquí lo que Mr. Proudhon piensa de la naturaleza armónica del hombre proclamada por San Simon y por Fourrier, y de la futura trasformacion de la tierra en un jardin deleitoso, anunciada por todos los socialistas: «Pero el hombre, considerado en el »conjunto de sus manifestaciones, y cuando todas sus antinomias »parecen apuradas, presenta todavía una que no refiriéndose á na»da de lo que existe en la tierra, queda aquí abajo sin solucion de »ninguna especie. Esto sirve para esplicar por qué causa, por perfec»to que sea el órden en la sociedad, no lo es nunca tanto que destierre »de todo punto la amargura y el tédio. La felicidad en este mundo »es un ideal que estamos condenados á seguir siempre, y que el »antagonismo invencible de la naturaleza y del espíritu pone per»pétuamente fuera de nuestro alcance.» (*Sistème des contradictions*, c. 10.) Poned ahora la atencion en el siguiente sarcasmo contra la bondad nativa del hombre: «El obstáculo mayor que la igualdad »tiene que vencer, no está en el orgullo aristocrático del rico, sino »en el egoismo indispensable del pobre; y á pesar de eso ¿os atre»veis todavía á contar con su bondad ingénita, para reformar á un »tiempo mismo la espontaneidad y la premeditacion de su mali»cia?» (*Sistème des contradictions*, c. 8.) El sarcasmo crece de pun»to en las palabras siguientes, tomadas de la misma obra y del

»mismo capítulo: «La lógica del socialismo es verdaderamente ma-
»ravillosa: el hombre es bueno, nos dicen, pero es necesario des-
»interesarle del mal, para que se abstenga de él; el hombre es
»bueno, repiten, pero es necesario interesarle en el bien para que
»le ponga en práctica; porque si el interés de sus pasiones le lleva
»al mal, hará el mal; y si está desinteresado del bien, no le eje-
»cutará. En este caso la sociedad no tendrá derecho para echarle
»en cara que escuchó sus pasiones, porque ella es la que está en
»obligacion de conducirle por medio de sus pasiones. ¡Qué natura-
»leza tan excelente y tan maravillosamente enriquecida con dones
»la de Neron! ¡Qué alma de artista la de aquel Heliogábalo que or-
»ganizó la prostitucion! Y en cuanto á Tiberio, ¡qué carácter el
»suyo tan poderoso y tan grande! Y al reves, ¿dónde hay palabras
»para encarecer bastante á la sociedad que produjo aquellas almas
»divinas, y que dió el sér, sin embargo, á Tácito y Marco Aure-
»lio? ¡Y eso es á lo que nuestros socialistas llaman bondad ingénita
»del hombre y santidad de sus pasiones! Una Safo, llena de arru-
»gas y abandonada de sus amantes, pone la cerviz al yugo del
»matrimonio; desinteresada del amor, se resigna al himeneo. ¡Y
»á esa mujer la llaman santa! ¡Lástima grande que esta palabra
»no tenga en francés el doble sentido que tiene en la lengua he-
»brea! Todo el mundo entonces estaria de acuerdo acerca de la
»santidad de Safo.» El sarcasmo reviste aquella forma elocuente-
mente brutal, que pudiera llamarse la forma proudhoniana, en el
capítulo 12 de la misma obra, en donde Mr. Proudhon se esplica
de esta manera: «Pasemos de corrida al lado de esas constituciones
»sansimonianas y fourrieristas, y de todas las otras de la misma la-
»ya, cuyos autores van prometiendo á voces por las plazas y las
»calles unir con dichosa lazada el amor libre con el pudor y la de-
»licadeza y la espiritualidad mas pura; triste ilusion de un socialis-
»mo abyecto, último sueño de la crápula en delirio. Dad vuelo á la
»pasion por medio de la inconstancia, y luego al punto la carne ti-
»ranizará al espíritu; los amantes no serán entre sí sino viles instru-
»mentos de placer; á la fusion de los corazones sucederá el prurito
»de los sentidos, y..... para formarse un juicio sobre tales cosas,

»no es menester haber pasado, como San Simon, por las aduanas »de la Vénus popular.»

Despues de haber expuesto é impugnado en general las teorías socialistas relativas á los problemas que son asunto de este libro, solo nos falta exponer é impugnar la teoría de Mr. Proudhon, relativa á estos mismos problemas, para poner un término á este largo y complicado debate. Mr. Proudhon expone compendiosa, pero cumplidamente, su doctrina en el capítulo 8 de la obra que acabamos de citar, por las palabras siguientes: «La educacion de la libertad, »la sujecion de nuestros instintos, el rescate ó la redencion de nues»tra alma, eso es lo que significa, como lo ha demostrado Lessing, »el misterio cristiano interpretado rectamente. Esta educacion du»rará tanto como nuestra vida y la del género humano. Moises, »Budda, Jesucristo, Zoroastro fueron todos apóstoles de la expia»cion, y símbolos vivos de la penitencia. El hombre es por natura»leza pecador, lo cual no quiere decir precisamente que sea malo, »sino mas bien que está mal hecho. Su destino es estar ocupado »perpétuamente en volver á crear su propio ideal dentro de sí »mismo.»

En esta profesion de fé hay algo de la teoría católica, algo de la socialista, y algo que ni es de la una ni de la otra, y constituye por lo mismo la individualidad de la teoría proudhoniana.

Lo que hay aquí de la teoría católica, consiste en el reconocimiento de la existencia del mal y del pecado, en la confesion de que el pecado está en el hombre y no en la sociedad, y de que el mal no viene de la sociedad sino del hombre; por último, hay aquí de la teoría católica el reconocimiento explícito de la necesidad de la redencion y de la penitencia.

Lo que hay de la teoría socialista, está en la afirmacion de que el hombre es el redentor. Lo que constituye la individualidad de la teoría proudhoniana, consiste, por una parte, en este principio contradictorio de la teoría socialista, conviene á saber: que el hombre redentor no redime á la sociedad, sino que se redime á sí propio; y en este otro, contradictorio de la teoría católica: que el hombre no se ha hecho malo, sino que, al revés, ha sido mal

hecho. Dejando á un lado, por una parte, lo que en esta teoría hay de conforme con la católica, y por otra, lo que hay en ella de conforme con la socialista, me haré cargo solamente de lo que la constituye diferente de las otras, de aquello en virtud de lo cual deja de ser socialista ó católica para ser exclusivamente proudhoniana.

La individualidad de esta teoría consiste en afirmar que el hombre no es pecador sino porque ha sido mal hecho. Caminando en esta suposicion, Mr. Proudhon ha dado una prueba insigne de sana razon y de buena lógica, buscando al Redentor fuera del Hacedor, por ser cosa clara que por aquel que hemos sido mal hechos no podemos ser bien redimidos. No pudiendo ser Dios el redentor, y siendo el redentor necesario, habia de serlo el hombre ó el ángel. Estando dudoso de la existencia del ángel y cierto de la necesidad de la redencion, no teniendo á quien dar este encargo, se le ha dado al hombre, que es á un mismo tiempo pecador y redentor de su pecado.

Todas estas proposiciones estan bien trabadas y adheridas entre sí: por donde todas ellas flaquean, es por el hecho que las sirve de fundamento y de base; porque, ó el hombre ha sido bien hecho ó mal hecho: en el primer caso viene á tierra la teoría, y en el segundo procede la argumentacion siguiente: Si el hombre está mal hecho y es su propio redentor, hay contradiccion manifiesta entre su naturaleza y su atributo: como quiera que el hombre, por mal hecho que esté, si está hecho de manera que pueda enmendar la obra de su Hacedor hasta el punto de redimirse, lejos de ser una criatura mal hecha es una criatura perfectísima; porque ¿cómo puede imaginarse perfeccion mayor que la que consiste en la facultad de borrar todos sus pecados, de enmendar todas sus imperfecciones, y para decirlo todo de una vez, en la de redimirse á sí propio? Ahora bien: si en el hecho de ser su propio redentor, cualesquiera que sean sus imperfecciones por otra parte, es el hombre un ser perfectísimo, afirmar de él á un mismo tiempo que ha sido mal hecho y que es su propio redentor, es afirmar lo que se niega y negar lo que se afirma; porque es afirmar que ha sido hecho per-

fectísimo, y que ha sido mal hecho. Y no se diga que sus imperfecciones le vienen de Dios, y que la altísima perfeccion que consiste en redimirse le viene de sí propio; porque á esto se responde que el hombre no hubiera podido llegar nunca á ser su propio redentor, si no hubiera sido hecho con la facultad de llegar á esa grande altura, ó por lo menos con la facultad de adquirir esa facultad en la sucesion de los tiempos. Alguna de estas cosas es necesario conceder; y aquí conceder algo es concederlo todo, como quiera que si cuando fué hecho era su redentor en potencia, antes de serlo actualmente, esa potencia, á pesar de todas sus imperfecciones, le constituyó perfectísimo. Luego la teoría proudhoniana no viene á ser otra cosa sino una contradiccion en los términos.

La conclusion de todo lo dicho es que no hay escuela ninguna que no reconozca la existencia simultánea del bien y del mal, y que solo la católica explica satisfactoriamente la naturaleza y el orígen del uno y del otro y sus varios y complicados efectos. Ella nos enseña cómo no hay bien ninguno que no venga de Dios, y cómo todo lo que procede de Dios es un bien; de qué manera comienza el mal con el primer desfallecimiento de la libertad angélica y de la humana, que de obedientes y sumisas se vuelven rebeldes y prevaricadoras; y de qué modo y hasta qué punto esas dos grandes prevaricaciones lo mudan todo con sus influencias y sus estragos. Ella nos muestra, por último, que el bien es de suyo eterno; porque es de suyo esencial; y que el mal es una cosa transitoria, porque es un accidente: de donde se sigue que el bien no está sujeto á caidas y mudanzas, y que el mal puede ser borrado y el pecador redimido. Reservando para mas adelante la explicacion de aquellos grandes y soberanos misterios, con cuya virtud prodigiosa el mal fué extirpado en su orígen, nos hemos limitado en este libro á poner como de relieve la soberana industria y el portentoso artificio con que Dios convierte los efectos de la culpa primitiva en elementos constitutivos de un bien superior y de un órden excelente; por eso expusimos de qué manera el bien sale del mal por la virtud de Dios, despues de haber expuesto de qué manera sale el mal del bien por culpa del hombre, sin

que la accion humana y la reaccion divina impliquen rivalidad de ninguna especie entre séres que están separados por una distancia infinita.

En cuanto á las escuelas racionalistas, el exámen de sus varios sistemas sirve para demostrar su profundísima ignorancia en todo lo que tiene relacion con estas altas cuestiones. Por lo que hace á la liberal, su ignorancia es proverbial entre los doctos: en calidad de lega, es esencialmente antiteológica; y en calidad de antiteológica, es impotente para dar un gran impulso á la civilizacion, que es siempre el reflejo de una teología. Su oficio propio es falsear todos los principios, combinándolos caprichosa y absurdamente con aquellos otros que los contradicen: por aquí piensa llegar al equilibrio, y no llega sino á la confusion; piensa ir á la paz, y va á la guerra. Pero como quiera que sea cosa imposible sustraerse de todo punto al imperio de la ciencia teológica, la escuela liberal es menos lega de lo que ella cree, y mas teológica de lo que á primera vista parece. La cuestion del bien y del mal, la mas esencialmente teológica entre cuantas pueden imaginarse, viene planteada y resuelta por sus doctores, si bien se echa de ver desde luego que ignoran el arte de plantearla y el modo de resolverla. En primer lugar, prescinden de la cuestion relativa al mal en sí, al mal por excelencia, para ocuparse solo en cierto género de males; como si fuera posible que el que ignora qué cosa es el mal, pueda saber qué cosa son los males particulares: en segundo lugar, particularizando el remedio como particularizaron el mal, le descubren solamente en ciertas formas políticas; ignorando que esas formas son de todo punto indiferentes, como lo enseña la razon y lo demuestra la historia. Señalando el mal allí donde no está, y el remedio allí donde no se encuentra, la escuela liberal ha puesto la cuestion fuera de su verdadero punto de vista, con lo cual ha introducido la confusion y el desórden en las regiones intelectuales. Su efímera dominacion ha sido funesta á las sociedades humanas, y durante su reinado transitorio el principio disolvente de la discusion ha dado al traste con el buen sentido de los pueblos. En este estado de la sociedad no hay

trastorno que no sea de temer, ni catástrofe que no pueda venir, ni revolucion que no sea inevitable.

Por lo que hace á las escuelas socialistas, con solo considerar la manera que tienen de plantear las cuestiones, se echa de ver su superioridad sobre la liberal, la cual no está en estado de oponerlas resistencia ninguna. Siendo como son esencialmente teológicas, miden los abismos en toda su profundidad, y no carecen de cierta grandeza en la manera de plantear los problemas y de proponer las soluciones. Empero considerada mas atentamente, y cuando se entra en el laberinto intrincado de sus soluciones contradictorias, luego al punto se descubre su flaqueza radical, disimulada un tanto con sus apariencias grandiosas. Los sectarios socialistas son á la manera de los filósofos paganos, cuyos sistemas teológicos y cosmogónicos venían á ser un monstruoso conjunto, por una parte, de tradiciones bíblicas desfiguradas é incompletas, y por otra, de hipótesis insostenibles y falsas. Su grandiosidad les viene de la atmósfera que las rodea, impregnada toda ella de emanaciones católicas; y sus contradicciones y su flaqueza, de la ignorancia del dogma, del olvido de la tradicion y de su desprecio por la Iglesia, depositaria universal de los dogmas católicos y de las tradiciones cristianas. A semejanza de nuestros dramáticos de otra edad, los cuales, confundiéndolo todo grotesca aunque ingeniosamente, ponian en boca de César discursos dignos del Cid, y sentencias dignas de los caballeros de Cristo en boca de los adalides moros, los socialistas de nuestros tiempos están perpétuamente ocupados en dar un sentido racionalista á las palabras católicas, dando menos pruebas de ingenio que de candor, y mostrándose alguna vez menos maliciosos que inocentes.

Nada hay ni menos católico ni menos racionalista que entrar á saco la ciudad racionalista y la ciudad católica, tomando de aquella las ideas con todas sus contradicciones, y de esta las vestiduras con todas sus magnificencias. El Catolicismo por su parte no consentirá ni esos escandalosos amaños, ni esa vergonzosa confusion, ni esos torpes despojos. El Catolicismo está en estado de demostrar que él solo posee el índice ordenado de todos los proble-

mas políticos, religiosos y sociales; que él solo está en el secreto de las grandes soluciones; que no vale concederle á medias y negarle á medias, ni tomarle sus palabras para cubrir con ellas la desnudez de otras doctrinas; que no hay otro mal ni otro bien, sino el bien y el mal que él señala; que las cosas no pueden ser explicadas sino de la manera que él explica las cosas; que solo el Dios que él aclama es el Dios verdadero; que solo el hombre que él define es el verdadero hombre; que la humanidad es lo que él dice que es, y no una cosa diferente; que cuando él ha dicho de los hombres que son entre sí hermanos, iguales y libres, ha dicho al mismo tiempo cómo lo son, de qué manera lo son y hasta qué punto lo son; que sus palabras han sido hechas á la medida de sus ideas, y sus ideas para sostener á sus palabras; que es necesario proclamar la libertad, la igualdad y la fraternidad católicas, ó negar al mismo tiempo todas esas cosas y todos esos nombres; que el dogma de la redencion es exclusivamente suyo; que él solo nos enseña el por qué y el para qué de la redencion, y cómo se llama el Redentor, y cómo se llama el redimido; que aceptar su dogma para estropearle es oficio de charlatan y una bufonada de mal género; que el que no es con él es contra él; que él es la afirmacion por excelencia, y que contra él no se da sino una negacion absoluta.

De esta manera viene planteada la cuestion entre racionalistas y católicos. El hombre es soberanamente libre, y como libre puede aceptar las soluciones puramente católicas, ó las soluciones puramente racionalistas; puede afirmarlo todo ó negarlo todo; puede ganarse ó puede perderse; lo que el hombre no puede hacer, es mudar con su voluntad la naturaleza de las cosas, que es de suyo inmutable. Lo que el hombre no puede hacer, es encontrar reposo y descanso en el eclecticismo liberal ó en el eclecticismo socialista. Socialistas y liberales están en la obligacion de negarlo todo para tener el derecho de negar algo. El Catolicismo, considerado humanamente, no es grande sino porque es el conjunto de todas las afirmaciones posibles; el liberalismo y el socialismo no son débiles sino porque juntan en uno varias de las

afirmaciones católicas y varias de las negaciones racionalistas; y porque en vez de ser escuelas contradictorias del Catolicismo, no son otra cosa sino dos escuelas diferentes. Los socialistas no parecen arrojados en sus negaciones sino cuando se les compara con los liberales, que en cada afirmacion ven un escollo y en cada negacion un peligro; su timidez empero salta á los ojos si se les compara con la escuela católica; solo entonces se echa de ver el arrojo con que ella afirma y la timidez con que ellos niegan. ¡Cómo! ¿Os llamais los apóstoles de un nuevo evangelio, y nos hablais del mal y del pecado, de la redencion y de la gracia, cosas todas de que está lleno el antiguo? ¿Os llamais depositarios de una nueva ciencia política, social y religiosa, y nos hablais de libertad, de igualdad y fraternidad, cosas todas tan viejas como el Catolicismo, que es tan viejo como el mundo? Aquel que ha afirmado de sí que ensalzaria la humildad y que abatiria el orgullo, cumple en vosotros su palabra. Él os condena á no ser sino torpes comentadores de su inmortal Evangelio, por lo mismo que aspirais con desatentada y loca ambicion á promulgar una nueva ley desde un nuevo Sinaí, ya que no desde un nuevo Calvario.

LIBRO TERCERO.

PROBLEMAS Y SOLUCIONES RELATIVAS AL ÓRDEN EN LA HUMANIDAD.

CAPÍTULO PRIMERO.

TRASMISION DE LA CULPA, DOGMA DE LA IMPUTACION.

Con el pecado del primer hombre se explica suficientemente aquel gran desórden y aquella formidable confusion que padecieron las cosas á poco de creadas, cuya confusion y cuyo desórden se convirtieron, como vimos, sin dejar de ser lo que eran, en elementos de un órden mas excelente y de una mas grande armonía, por aquella virtud secreta é incomunicable que está en Dios, de sacar el órden del desórden, de la confusion el concierto, y el bien del mal, por un acto simplicísimo de su voluntad soberana. Lo que aquel pecado por sí solo no alcanza á explicar, es la perpetuidad y constancia de aquella primitiva confusion, la cual subsiste todavia en todas las cosas, y señaladamente en el hombre. Para explicar cumplidamente la subsistencia de los efectos es necesario suponer la subsistencia de la causa, y para explicar la

subsistencia de la causa es forzoso suponer la trasmision perpétua de la culpa.

El dogma de la trasmision del pecado con todas sus consecuencias es uno de los misterios mas temerosos, mas incomprensibles y oscuros entre cuantos nos han sido enseñados por revelacion divina. Esa sentencia de condenacion, dada en cabeza de Adan contra todas las generaciones de los hombres, así las que han sido, como los que son ahora presentes y las que serán en lo venidero hasta la consumacion de los tiempos, no se compone bien á primera vista, en el entendimiento humano, con la justicia de Dios, y mucho menos con su inagotable misericordia. Cualquiera diría, al considerarla de golpe y por primera vez, que es un dogma sacado de aquellas religiones inexorables y sombrías del Oriente, cuyos ídolos no tienen oídos sino para escuchar lamentos, ni ojos sino para ver la sangre, ni voz sino para lanzar anatemas y para pedir venganzas. El Dios vivo en la actitud de revelarnos ese dogma tremendo, mas bien que como el Dios manso y clemente de los cristianos, se nos muestra como el Moloch de los pueblos idólatras, crecido en grandeza y en barbárie, el cual no contentándose ya con carnes tiernas para aplacar su hambre devoradora, va sepultando unas despues de otras en las cavernas de su vientre las generaciones humanas.—¿Por qué somos penadas, dicen todas las gentes, convertidas á Dios, sino fuimos culpables?

Entrando de lleno y derechamente en las entrañas de la cuestion, no será empresa árdua demostrar la altísima conveniencia de este profundo misterio. Ante todo debemos observar que los mismos que niegan la trasmision como dogma revelado, están obligados á reconocer que, aun considerado este negocio haciendo abtraccion completa de lo que tenemos por fé, se va siempre á parar al mismo término por diferentes caminos. Demos por sentado que el pecado y la pena, siendo personales de suyo, son de suyo intrasmisibles; y despues de hecha esta concesion, todavía demostraremos con evidencia que con ella como sin ella queda en pié lo que se nos enseña por el dogma.

En efecto; de cualquiera manera que se considere este negocio, siempre resultará que el pecado puede producir en el que le comete tales estragos y tan grandes mudanzas, que sean poderosas para alterar física y moralmente su constitucion primitiva: cuando esto sucede, el hombre, que trasmite todo lo que tiene constitucionalmente, trasmite á sus hijos por la generacion sus condiciones constitucionales. Cuando una gran explosion de ira produce una enfermedad en el airado, cuando esa enfermedad que en él produce es constitucional y orgánica, es cosa sencilla y natural que trasmita á sus hijos por via de generacion el mal constitucional y orgánico que padece. Ese mal constitucional y orgánico se reduce, considerándole bajo su aspecto físico, á una enfermedad verdadera; y considerándole bajo su punto de vista moral, á una predisposicion de la carne á sojuzgar al espíritu, con aquella misma pasion que cuando fué actual produjo aquellos grandes estragos. Que la prevaricacion de Adan, siendo la mayor de todas las prevaricaciones posibles, debió alterar y alteró de una manera radical su constitucion moral y física, es una cosa puesta fuera de toda duda: y siéndolo, es cosa clara que debió trasmitirsenos con la sangre el estrago de la culpa y la predisposicion á cometerla actualmente.

Síguese de lo dicho que en realidad nada adelantan los que niegan el dogma de la trasmision del pecado, si no niegan al mismo tiempo lo que no pueden negar sin insensatez evidente y sin evidente locura, á saber: que la culpa, cuando es grande, deja un rastro en la constitucion y en el organismo del hombre, y que ese rastro orgánico y constitucional se trasmite de unas generaciones en otras, viciándolas todas en lo que tienen de constitucional y de orgánico.

Ni adelantan mas en ese terreno los que, negando la trasmisibilidad del pecado, niegan el dogma de la imputacion, ó la trasmision de la pena; como quiera que aquello mismo que en calidad de pena apartan de sí, se les viene encima con otro nombre, con el nombre de desgracia. Demos por sentado que las desventuras que padecemos no son una pena, la cual lleva consigo la idea de

una infraccion voluntaria por parte del que la recibe, y de una determinacion voluntaria por parte del que la impone: siempre resultará de aquí, que en todas las suposiciones son igualmente inevitables y ciertas nuestras grandes desventuras: los que no las confiesan como consecuencia legítima del pecado, se ven obligados á confesarlas como una consecuencia natural de las relaciones necesarias que tienen entre sí las causas y sus efectos. Por este sistema, la corrupcion radical de su naturaleza fué una pena en nuestros primeros padres, voluntariamente pecadores. Su desobediencia voluntaria mereció la pena de la corrupcion que les fué impuesta por un Juez incorruptible. Esa misma corrupcion es en nosotros una desgracia, como quiera que no se nos impone como pena, sino que nos viene en calidad de herederos de una naturaleza radicalmente corrompida. Y esa desgracia es tan lamentable, que el mismo Dios no podría decretar nuestra exencion sin alterar la ley de la causalidad que está en las cosas, por medio de un portentoso milagro. Ese milagro se obró en la plenitud de los tiempos por una manera tan conveniente y tan alta, por caminos tan secretos, por medios tan sobrenaturales y por consejo tan sublime, que la obra inenarrable de Dios habia de ser para los unos escándalo, y para los otros locura.

La trasmision de las consecuencias del pecado se explica por sí misma sin ningun género de contradiccion ni de violencia. Nació el primer hombre adornado de inestimables privilegios: su carne estaba sujeta á su voluntad, su voluntad á su entendimiento, que recibia su luz del entendimiento divino. Si nuestros primeros padres hubieran procreado antes de pecar, sus hijos hubieran participado, por via de generacion, de su naturaleza incorrupta. Para que las cosas no hubieran sucedido de esta manera, hubiera sido necesario un milagro por parte de Dios: como quiera que aquella trasmision no hubiera podido impedirse sin mudar aquella ley en virtud de la cual cada sér trasmite lo que tiene, en otra por cuya virtud su sér no pudiera trasmitir sino aquello precisamente que le falta. Caidos en mísera rebeldía nuestros primeros padres, fuéron justamente despojados de todos sus privilegios: su union es-

piritual con Dios se trocó en apartamiento de ese mismo Dios con quien estaban unidos. Su sabiduría se convirtió en ignorancia, todo su poder fué flaqueza. Por lo que hace á la justicia original y á la gracia en que nacieron, les fuéron quitadas del todo, quedando enteramente desnudos. Su carne se rebeló contra su voluntad, su voluntad contra su entendimiento, su entendimiento contra su voluntad, su voluntad contra su carne; y su carne, su voluntad y su entendimiento contra aquel Dios magnificentísimo que habia puesto en ellos tan grandes magnificencias. En este estado, es cosa clara que el padre no pudo trasmitir por generacion sino aquello que tenia, y que el hijo habia de nacer ignorante de ignorante, flaco de flaco, corrompido de corrompido, apartado de Dios de apartado de Dios, enfermo de enfermo, mortal de mortal, rebelde de rebelde. Para que hubiera nacido sábio de ignorante, fuerte de flaco, unido á Dios de apartado de Dios, sano de enfermo, inmortal de mortal, sumiso de rebelde, hubiera sido forzoso cambiar la ley en virtud de la cual lo semejante engendra su semejante, en otra por virtud de la cual lo contrario engendrara á su contrario.

Por lo dicho se ve que la razon natural va á parar, aunque por distintos caminos, al mismo término que el dogma. Entre el uno y la otra hay diferencias especulativas, no hay diferencias prácticas; para medir la distancia inmensa que hay entre la explicacion natural y la sobrenatural del hecho que vamos consignando, es de todo punto necesario tender la vista mas allá de ese hecho; entonces es cuando se advierte la esterilidad de la explicacion humana y la fecundidad portentosa de la explicacion divina. Esta fecundidad resplandecerá mas adelante con el resplandor de la evidencia; por ahora lo que cumple á mi propósito es exponer y demostrar el dogma de la trasmision, el cual, sin invalidar lo que en la explicacion natural del hecho de la trasmision hay de verdadero, rectifica lo que hay en ella de incompleto y de falso.

La razon natural llama desgracia á lo que se nos trasmite. El dogma lo llama con tres nombres, culpa, pena y desgracia: es desgracia por lo que tiene de inevitable; es pena, por lo que tiene de

voluntario por parte de Dios; es culpa por lo que en ello hay de voluntario por parte del hombre. La maravilla está en que siendo una verdadera desgracia, de tal manera lo es, que se convierte en ventura; que siendo verdaderamente pena, de tal manera es pena, que tambien es medicina; y que siendo una verdadera culpa, de tal manera lo es, que es una culpa dichosa. En este gran designio de Dios resplandece, si cabe, mas que en sus otros designios, aquella virtud soberana con que concilia lo que parece inconciliable, y por medio de la cual resuelve en una síntesis magnífica todas las antinomias y todas las contradicciones.

Por lo relativo á la culpa, toda la cuestion está en este árduo problema: ¿Cómo puedo ser pecador cuando no peco? ¿Cómo peco siendo niño?

Para resolverle conviene observar que nuestro primer padre fué á un tiempo mismo un individuo y una especie, un hombre y la especie humana, la variedad y la unidad juntas en uno; y como es ley fundamental y primitiva que la variedad que está en la unidad salga de la unidad en que está para constituirse por separado, salvo á volver en su última evolucion á la unidad en donde originariamente reside, de aquí fué que la especie que estaba en Adan, salió de Adan por la generacion para constituirse separadamente. Empero como Adan al propio tiempo que era individuo era especie, resultó necesariamente de aquí que Adan estuvo en la especie, de la misma manera que estuvo en el individuo. Cuando el individuo y la especie fueron una misma cosa, Adan fué esa cosa misma; cuando el individuo y la especie se apartaron para constituir la unidad y la variedad, Adan fué esas dos cosas separadas, de la misma manera que habia sido antes esas dos cosas mismas juntas en uno. Hubo, pues, un Adan individuo y otro Adan especie; y como el pecado fué antes de la separacion, y como Adan pecó juntamente con su naturaleza individual y con su naturaleza colectiva, resultó de aquí que así el uno como el otro fueron ambos pecadores. Ahora bien: si el Adan individual murió, el Adan colectivo no ha muerto; y no habiendo muerto, conserva su pecado. Como el Adan colectivo y la naturaleza humana son una cosa misma, la naturaleza

humana es perpétuamente culpable, porque es perpétuamente pecadora.

Aplicando estos principios al caso en cuestion, se ve claro que estando la naturaleza humana en cada individuo, Adan, que es esa misma naturaleza, vive perpétuamente en cada hombre, y vive en él con lo que constituye su vida, es decir, con su pecado. Ahora se comprenderá mas facilmente de qué manera puede existir el pecado en el niño que nace. Cuando nazco, soy pecador á pesar de ser niño, porque soy Adan; lo soy, no porque peco, sino porque pequé actualmente cuando me llamaba Adan y era adulto, antes de tener el nombre que tengo y de ser niño. Cuando Adan salió de las manos de Dios, yo estaba en él, y él está en mí ahora que salgo del vientre de mi madre. No pudiendo separarme de su persona, no puedo separarme de su pecado, y sin embargo no soy Adan de tal manera que me confunda con él de una manera absoluta. Hay algo en mí que no es él, algo por lo que me distingo de él, algo que constituye mi unidad individual y que me distingue aun de aquello á que soy mas semejante; y eso que me constituye variedad individual relativamente á la unidad comun, es lo que he recibido y tengo del padre que me engendró y de la madre que me tuvo en sus entrañas. Ellos no me han dado la naturaleza humana, que me viene de Dios por Adan, pero han puesto en ella el sello de la familia y han estampado en ella su figura; no me han dado el ser, síno la manera en que soy, poniendo lo menos en lo mas, es decir, aquello por lo que me distingo de los otros, en aquello por lo que me asemejo á los demas; lo particular en lo comun, lo individua en lo humano: y como quiera que eso que tiene de humano y que le asemeja á los otros es lo esencial en el hombre, y que lo que tiene de individual y de distinto no es mas que un accidente, síguese de aquí que teniendo de Dios por Adan lo que constituye su esencia, y de Dios por su padre lo que constituye su forma, no hay hombre ninguno que, considerado en su conjunto, no se asemeje mas á Adan que á su propio padre.

Por lo relativo á la pena, la cuestion está resuelta por sí misma desde el momento en que se dá por cosa averiguada que se me tras-

mite la culpa; como quiera que la una no puede concebirse sin la otra. Justo es que sea penado, si es cierto que soy culpable; y como en estas materias es necesario lo que es justo, síguese de aquí que la desgracia que padezco, sin dejar de ser desgracia, es necesariamente una pena. La pena y la desgracia, que son cosas diferentes bajo el punto de vista humano, son cosas idénticas bajo el punto de vista divino. El hombre llama desgracia al mal producido en calidad de efecto inevitable de una causa segunda, y pena al mal que un sér libre impone voluntariamente á otro en castigo de una falta voluntaria; y como quiera que todo lo que sucede necesariamente, sucede por la voluntad de Dios, al mismo tiempo que todo lo que sucede por su voluntad, sucede necesariamente; (1) síguese de aquí que Dios es la ecuacion suprema entre lo necesario y lo voluntario, que siendo cosas diferentes para el hombre, son en él una cosa misma. Véase cómo bajo el punto de vista divino toda desgracia es siempre una pena, y toda pena una desgracia.

Por lo que digimos antes, se vé cuán grande es el error de aquellos que sin maravillarse de las misteriosas anologías y de las afinidades secretas que pone Dios entre los padres y sus hijos, se maravillan de esas mismas afinidades y de esas analogías misteriosas puestas por Dios entre el rebelde Adan y sus míseros descendientes. No hay entendimiento que entienda, ni razon que alcance, ni imaginacion que imagine lo fuerte del vínculo y lo estrecho de la lazada puesta por el mismo Dios entre todos los hombres y ese hombre único, á un tiempo mismo unidad y coleccion, singular y plural, individuo y especie, que muere y que sobrevive, que es real y simbólico, figura y esencia, cuerpo y sombra; que nos tuvo á todos en sí y que está en todos nosotros: pavorosa esfinge que bajo cada nuevo punto de vista ofrece un nuevo misterio. Y así como el hombre no puede alcanzar ni con su razon, ni con su imaginacion, ni con su entendimiento lo que hay en su naturaleza de singularmente complejo y de misteriosamente oscuro, no puede tampoco alcanzar, aunque ponga en juego todas las potencias de

(1) El autor habla aquí de todo lo que no es el mal moral.

su alma, la distancia inmensa que hay entre nuestros pecados y el pecado de aquel hombre, único como él por su profundísima malicia y por su grandeza incomparable. Despues de Adan nadie ha pecado como Adan, y nadie pecará como él en toda la prolongacion de los tiempos. Participando el pecado de la naturaleza del pecador, fué uno y vario á un tiempo mismo; porque fué un solo pecado en realidad y todos los pecados en potencia; con él puso Adan mancha en lo que ya no puede ponerla ningun hombre, en el puro albor de su inocencia purísima: poniendo unos pecados sobre otros, los que pecamos ahora no hacemos otra cosa sino poner manchas sobre manchas; solo á Adan le fué dado oscurecer el ampo de la nieve: con ser nuestra naturaleza dañada un grave mal, y nuestros pecados un mal mas grande, no carece ese compuesto de cierta belleza de relacion, que nace de aquella armonía secreta que hay entre la fealdad propia del pecado y la fealdad propia de la naturaleza del hombre. Las cosas feas pueden armonizarse entre sí como se armonizan las hermosas; y cuando esto sucede, no cabe duda sino que lo que hay en las cosas de esencialmente feo, se templa en algun modo por la belleza que reside en lo que hay en ellas de armónico y concertado. Esta, sin duda, debe de ser la razon de por qué la fealdad física parece que disminuye siempre con los años: la vejez no es cosa que sienta mal á la fealdad, como la fealdad pierde lo que tiene de repugnante cuando se armoniza con las arrugas. Nada por el contrario es mas triste de ver, y nada mas horrible de imaginar, que la vejez puesta en la cara de un ángel, ó la fealdad junta con la primavera de la vida. Las mujeres que habiendo sido hermosas conservan siendo viejas rastro de lo que fueron, me han parecido siempre horribles; hay algo en mí que me da voces y me dice: ¿Quién ha sido el gran culpable que juntó por primera vez las cosas que hizo Dios para que estuvieran separadas? No: Dios no ha hecho la hermosura para la vejez, ni la vejez para la hermosura. Luzbel es el único entre los ángeles, y Adan entre los hombres, que juntaron todo lo que hay de decrépito y de feo, con todo lo que habia de resplandeciente y hermoso.

CAPÍTULO II.

DE CÓMO SACA DIOS EL BIEN DE LA TRASMISION DE LA CULPA Y DE LA PENA, Y DE LA ACCION PURIFICANTE DEL DOLOR LIBREMENTE ACEPTADO.

La razon, que se subleva contra la pena y la culpa que se nos trasmiten, acepta sin repugnancia, aunque con dolor, lo que nos fué trasmitido, si pierde su nombre propio para tomar el de desgracia inevitable. Y sin embargo, no es cosa árdua demostrar de una manera evidente que esa desgracia no podia convertirse en ventura sino con la condicion de ser una pena; de donde resultará por consecuencia forzosa, que en su definitivo resultado es menos aceptable la solucion racionalista que la solucion dogmática.

No considerando nuestra actual corrupcion sino como un efecto físico y necesario de la corrupcion primitiva, y debiendo durar el efecto tanto como su causa, es claro que no habiendo modo ninguno de hacer que desaparezca la causa, no le hay tampoco

de hacer que desaparezca el efecto. Siendo la corrupcion primitiva, causa de nuestra corrupcion actual, un hecho consumado, nuestra corrupcion actual es un hecho definitivo, que nos constituye en una desgracia perpétua.

Considerando, por otra parte, que no puede darse ninguna manera de union entre lo corrompido y lo incorruptible, síguese de aquí que por la explicacion racionalista se hace imposible de todo punto la union del hombre con Dios, no solo en el tiempo presente, sino tambien en el venidero. En efecto: si la corrupcion humana es indeleble y perpétua, y si Dios es eternamente incorruptible, entre la incorruptibilidad de Dios y la corrupcion perpétua del hombre hay una invencible repugnancia y una contradiccion absoluta. El hombre, pues, por este sistema, queda apartado de Dios perpétuamente.

Y no se me arguya diciendo que el hombre pudo ser redimido; porque cabalmente la consecuencia lógica de este sistema es la imposibilidad de la redencion humana. Para la desgracia no se da redencion, sino en cuanto es concebida como una pena que viene detrás de un pecado: suprimido el pecado, procede la supresion de la pena; y con la supresion del pecado y de la pena, se hace irremediable la desgracia.

Por este sistema, es de todo punto inexplicable el libre albedrío del hombre: en efecto, si el hombre nace en el apartamiento necesario de Dios, si vive en el apartamiento necesario de Dios, y si muere en el apartamiento necesario de Dios, ¿qué significa y qué es el libre albedrío del hombre?

Si no hay trasmision de la culpa y de la pena, luego al punto viene al suelo el dogma de la redencion y el de la libertad humana, y con ellos todos los otros juntamente; porque si el hombre no es libre, no tiene el principado de la tierra; si no tiene el principado de la tierra, la tierra no se une á Dios por el hombre; y si no se une á Dios por el hombre, no se une á Dios de manera ninguna. El hombre mismo, si no tiene libertad, no se aparta de Dios de una manera para volver á Dios en otra forma: se aparta de él absolutamente: Dios no le alcanza, ni con su bondad, ni con su jus-

ticia, ni con su misericordia: todas las armonías de la creacion se desvanecen, todos los vínculos se rompen, el caos está en todas las cosas, todas las cosas en el caos: por lo que hace á Dios, deja de ser el Dios católico, el Dios vivo: Dios está en lo alto, las criaturas en lo bajo, y ni las criaturas se cuidan de Dios, ni Dios se cuida de las criaturas.

En ninguna otra cosa resplandece tanto la divina consonancia de los dogmas católicos como en esa trabazon admirable que todos tienen entre sí, la cual es tan maravillosa y tan íntima, que la razon humana no puede concebir otra mayor, viéndose puesta en la tremenda alternativa de aceptarlos todos juntos ó de negarlos todos juntamente. Lo cual consiste en que no contiene cada uno de ellos una verdad diferente, sino una misma verdad, correspondiendo exactamente el número de los dogmas al número de sus aspectos.

Ni hemos apurado todavía las consecuencias que se seguirian forzosamente de considerar la lamentable desgracia del hombre caido, haciendo abstraccion absoluta de la pena. En efecto: si su desgracia no es al mismo tiempo que una desgracia, una pena; si es solo un efecto inevitable de una causa necesaria, queda sin explicacion ninguna lo poco que conservó Adan y que conservamos nosotros del estado primitivo; siendo digno de notarse, en contradiccion con lo que á primera vista parece, que no es la justicia, sino, por el contrario, la misericordia la que mas resplandece en aquella solemne condenacion que siguió inmediatamente al pecado. En efecto: si Dios se hubiera abstenido de intervenir con su condenacion en esta tremenda catástrofe; si viendo al hombre apartado de sí, le hubiera vuelto la espalda, y hubiera entrado en su tranquilo reposo; ó para decirlo todo de una vez, si en vez de condenarle, le hubiera dejado entregado á las inevitables consecuencias de su voluntaria desunion y de su voluntario apartamiento, su caida hubiera sido irremediable, y su perdicion infalible. Para que su desastre pudiera tener remedio, era necesario que Dios se acercara al hombre de alguna manera, volviéndosele á unir, aunque imperfectamente, con misericordiosa lazada. La pena fué el nuevo vínculo de union entre el Criador y su criatura, y en ella se juntaron miste-

riosamente la misericordia y la justicia: la misericordia porque es vínculo, la justicia porque es pena.

Quitando á los padecimientos y á los dolores lo que tienen de pena, no se les quita solo lo que tienen de lazada entre el Criador y la criatura, sino que se les quita tambien lo que en su accion sobre el hombre tienen de expiatorio y de purificante. Si el dolor no es una pena, es un mal sin mezcla de bien ninguno; si es una pena, el dolor, que es un mal bajo el punto de vista de su orígen, que es el pecado, es un gran bien bajo el punto de vista de la purificacion de los pecadores. La universalidad del pecado es causa necesitante de la universalidad de la purificacion, la cual á su vez exige que el dolor sea universal, para que todo el género humano se purifique en sus misteriosas aguas. Esto sirve para explicar por qué padecen todos los nacidos, hasta que mueren, desde que nacen. El dolor es compañero inseparable de la vida en este valle oscuro, lleno de nuestros sollozos, ensordecido con nuestros lamentos y humedecido con nuestras lágrimas. Todo hombre es un sér doliente, y todo lo que no es dolor le es estraño: si pone los ojos en lo pasado, siente pesar al verlo desvanecido; si los pone en lo presente, siente congoja porque lo pasado fué mejor; si los pone en lo venidero, siente turbacion porque lo venidero todo es misterios y sombras. Por poco que considere, advierte que lo pasado, lo presente y lo venidero es todo, y que el todo no es nada: lo pasado ya pasó, lo presente va pasando, lo venidero no es. Los menesterosos van cargados de fatigas, los abastecidos padecen harturas, los potentes soberbias, los ociosos tédio, envidias los bajos, los altos desdenes. Los conquistadores que van empujando á las gentes, van empujados por las furias, y no atropellan á los otros, sino porque van huyendo de sí mismos. La lujuria consume con sus impúdicos ardores las carnes del mozo; la ambicion toma al mozo, hecho hombre, de manos de la lujuria, y le abrasa con otras llamas y le mete en otras hogueras; la avaricia le coge cuando la lujuria no le quiere y cuando la ambicion le abandona; ella le dá una vida artificial que llama el insomnio; los viejos avaros no viven sino porque no duermen: su vida no es otra cosa sino la falta de sueño

Pasea toda la tierra en ancho y en largo, vuelve los ojos atras, tiéndelos adelante, devora los espacios y recorre los tiempos, y ninguna otra cosa hallarás en los dominios de los hombres sino esto que ves aquí: un dolor que no remite, y una lamentacion que nunca acaba. Y ese dolor, aceptado voluntariamente, es la medida de toda grandeza; porque no hay grandeza sin sacrificio, y el sacrificio no es otra cosa sino el dolor voluntariamente aceptado. Los que el mundo llama héroes, son aquellos que, siendo traspasados por un cuchillo de dolor, aceptaron voluntariamente el dolor, con su cuchillo. Los que la Iglesia llama santos, son aquellos que aceptaron todos los dolores, los del espíritu y los de la carne juntamente. Santos son los que estrechados por la avaricia dieron de mano á todos los tesoros del mundo; los que solicitados por la gula fueron sóbrios; los que abrasados por la lujuria aceptaron santamente el combate y fueron castos; los que entrando en batalla con pensamientos sucios fuéron limpios; los que se levantaron tan altos por la humildad que vencieron á su soberbia; los que sintiéndose tristes por el bien ajeno, de tal manera se esforzaron, que convirtieron en santa alegría su torpe tristeza; los que dieron en tierra con la ambicion que los levantaba á las nubes; los que siendo perezosos se tornaron diligentes; los que viéndose abatidos por los pesares dieron á sus pesares libelo de repudio y se levantaron á la alegría espiritual por un esfuerzo generoso; los que enamorados de sí renunciaron á su propio amor por el amor de los otros, ofreciendo por ellos su vida con heróico desprendimiento en perfectísimo holocausto.

El género humano ha sido unánime en reconocer una virtud santificante en el dolor. Por esta razon se observa que en todos los tiempos, en todas la zonas y entre todas las gentes, el hombre ha rendido culto y homenaje á los grandes infortunios. Edipo es mas grande en el dia de su infortunio que en los tiempos de su gloria; el mundo ignoraria su nombre, si el rayo de la cólera divina no le hubiera derrocado de su trono. La melancólica belleza que resplandece en la fisonomía de Germánico, le viene del infortunio que le alcanzó en la primavera de la vida, y de aquella bella muerte que

murió lejos de la amada patria y de los aires de Roma. Mario, que no es mas que un hombre cruel cuando es levantado por la victoria, es un hombre sublime cuando cae en el cieno de las lagunas desde su escollo eminente. Mitrídates nos parece mas grande que Pompeyo, y Aníbal mas grande que Scipion. El hombre, sin saber cómo, se inclina siempre del lado del vencido: el infortunio le parece mas bello que la victoria. Sócrates es menos grande por la vida que vivió, que por la muerte que le dieron; la inmortalidad no le viene de haber sabido vivir, sino de haber muerto heroicamente: él debe menos á la filosofia que á la cicuta (1). El género humano se hubiera indignado contra Roma, si hubiera permitido á César morir como los demas hombres mueren: su gloria era tan grande que merecia ser coronada con un gran infortunio. Morir tranquilamente en su lecho, investido con la potestad soberana, es cosa permitida apenas á Cromwel. Napoleon debió morir de otra manera: debió morir vencido en Waterlóo: proscripto por la Europa, debió ser puesto en un sepulcro fabricado por Dios para él desde el principio de los tiempos; un ancho foso debia separarle del mundo, y en ese foso anchísimo debia caber el Océano.

El dolor pone una cierta manera de igualdad entre todos los que padecen, lo cual es ponerla en todos los hombres, porque padecen todos: por el gozar nos separamos, por el padecer nos unimos con vínculos fraternales. El dolor nos quita lo que nos sobra, y nos da lo que nos falta, poniendo en el hombre un perfectísimo equilibrio: el soberbio no padece sin perder algo de su soberbia, ní el ambicioso sin perder algo de su ambicion, ni el colérico sin perder algo de sus iras, ni el lujurioso sin perder algo de su lujuria. El dolor es soberano para apagar los incendios de las pasiones; al propio tiempo que nos quita lo que nos daña, nos da lo que nos ennoblece: el duro no padece nunca sin sentirse mas inclinado á compasion, ni el altivo sin encontrarse mas humilde, ni el voluptuoso sin hacerse mas casto: el violento se amansa, el flaco se fortalece. Ninguno sale peor que entró de esa gran fragua de los

(1) El autor aquí se limita á consignar los hechos, tales como los narra la historia.

dolores; los mas salen de ella con altísimas virtudes que nunca conocieron: quién entró impío y sale religioso, quién avaro y sale limosnero, quién entra sin haber llorado nunca y sale con don de lágrimas, quién empedernido y sale misericordioso. En el dolor hay un no sé qué de fortificante y de viril y de profundo, que es orígen de toda heroicidad y de toda grandeza; ninguno ha sentido su misterioso contacto sin crecerse; el niño adquiere con el dolor la virilidad de los mozos, los mozos la madurez y la gravedad de los hombres, los hombres la fortaleza de los héroes, los héroes la santidad de los santos.

Por el contrario, el que deja los dolores por los deleites, luego al punto comienza á descender con un progreso á un mismo tiempo rápido y contínuo. Desde la cumbre de la santidad se derriba hasta el abismo del pecado, desde la gloria va á la infamia. Su heroismo se convierte en flaqueza: con el hábito de ceder, pierde hasta la memoria del esfuerzo; con el de caer, pierde hasta la facultad de levantarse. Con el deleite pierde su vitalidad, y su energía todas las potencias del alma, y su elasticidad y fortaleza todos los músculos del cuerpo. En el deleite hay un no sé qué de corrosivo y de enervante, que lleva la muerte callada y escondida. ¡Ay del que no resiste á su voz, pérfida á un mismo tiempo y suave como la de las antiguas sirenas! ¡Ay del que no retrocede y huye despavorido cuando le convida con sus fragancias y sus flores, antes de que, sin ser dueño de sí, caiga en aquel desmayo vecino de la muerte, que comunica á los sentidos con el aroma de sus flores y con el vapor de sus fragancias!

Cuando esto sucede, ó sucumbe miserablemente ó sale de allí de todo punto trasformado: el niño que por allí pasa, no llega á mozo, al mozo le nacen canas, y el viejo perece. El hombre deja allí como en despojos la pujanza de su voluntad, la virilidad de su entendimiento; y pierde el instinto de las grandes cosas. Cínicamente egoista y extravagantemente cruel, siente hervir en su sangre pasiones que no tienen nombre: si le poneis en lugar humilde, irá á caer de las manos de la justicia en las manos del verdugo; si en lugar eminente, os estremecereis de terror al verle soltar

las riendas á sus apetitos voraces y á sus instintos feroces. Cuando Dios quiere castigar á los pueblos por sus pecados, los pone sujetos con cadenas á los pies de los hombres voluptuosos. Embotados sus sentidos con el opio de los deleites, ninguna otra cosa es poderosa para sacarlos de su estúpido entumecimiento sino el vapor de la sangre. Todos eran voluptuosos y afeminados aquellos mónstruos calenturientos que los pretorianos saludaban en la Roma imperial con título de Emperadores. La Francia rindió culto á un tiempo mismo á la prostitucion y á la muerte: á la prostitucion en sus templos y en sus altares, á la muerte en sus plazas y en sus cadalsos.

Hay, pues, algo de maléfico y de corrosivo en el deleite, como hay algo en el dolor de purificante y de divino. No vaya á crerse, empero, que estas cosas, por ser contrarias entre sí, no van en cierta manera juntas; porque así como sucede que el que acepta libremente el dolor, siente en sí cierto deleite espiritual que fortifica y levanta, del mismo modo el que se pone en manos de los deleites, siente en sí cierto dolor que en vez de fortalecer enerva y deprime. El dolor es aquella pena universal á que por el pecado quedamos todos sujetos; á donde quiera que tienda su vista ó enderece sus pasos el hombre, se encuentra con el dolor, estátua muda y llorosa, que siempre tiene delante. El dolor tiene de comun con la Divinidad, que es para nosotros á manera de círculo que nos contiene. A él vamos igualmente cuando gravitamos hácia el centro, y cuando corremos hácia la circunferencia; y correr y gravitar hácia él, es correr y gravitar hácia Dios, hácia el cual corremos con todos nuestros pasos, y gravitamos con todas nuestras gravitaciones. La diferencia está en que por unos dolores vamos al Dios bueno y clemente, por otros al Dios justo y airado, por otros al Dios del perdon y de las misericordias. Por el deleite vamos al dolor que es pena, y por la resignacion y el sacrificio al dolor que es medicina. ¿Pues qué locura es la de los hijos de Adan, que no pudiendo huir del dolor, huyen del que es medicina, para caer en el que es pena?

Por lo dicho se ve cuán maravilloso es Dios en todos sus de-

signios, y cuán admirable en aquel arte divino que consiste en sacar el bien del mal, el órden del desórden, y todas las armonías de todas las disonancias. De la libertad humana procede la disonancia del pecado, del pecado la degradacion de la especie, de la degradacion de la especie procede el dolor, y el dolor es á un tiempo mismo una desgracia en la especie corrompida, y una pena en la especie pecadora: lo que tiene de desgracia, eso mismo tiene de inevitable; lo que tiene de pena, eso mismo tiene de redimible: estando la gracia en la redencion, la gracia está en la pena. El acto mas tremendo de la justicia de Dios viene á ser de este modo el acto mas grande de su misericordia: por él puede el hombre, ayudado de Dios, levantarse sobre sí mismo, aceptando el dolor con una aceptacion voluntaria; y esa aceptacion sublime cambia instantáneamente la pena en una medicina de una virtud incomparable. Toda negacion de esta doctrina deja en pié el desórden introducido en la humanidad por el pecado; como quiera que conduce necesariamente y á un tiempo mismo á la negacion de algunos de los atributos esenciales de Dios y á la negacion radical de la libertad humana.

Si considerada la cuestion bajo este punto de vista, interesa al órden universal de la creacion, del mismo modo y por las mismas razones la relativa á la prevaricacion humana y á la angélica, considerada bajo un punto de vista mas restricto, interesa de una manera directa y fundamental al órden especial puesto por Dios en los varios elementos que componen la naturaleza humana. La aceptacion voluntaria del dolor no produce aquellos grandes prodigios de que hablamos, sino porque tiene la prodigiosa virtud de cambiar toda la economía de nuestro sér radicalmente. Por ella queda domada la rebelion de la carne, la cual vuelve á someterse á la voluntad; por ella queda vencida la voluntad, la cual vuelve á someterse al yugo del entendimiento; por ella se suprime la rebeldía del entendimiento, el cual se sujeta al imperio de los deberes; por el cumplimiento del deber vuelve el hombre al culto y á la obediencia de Dios, de que se apartó por el pecado. Todos estos prodigios obra el que, revolviéndose heróicamente contra sí mis-

mo con un ímpetu generoso, hace fuerza á su carne para que se sujete á su voluntad, y á su voluntad para que se sujete á su entendimiento, y á su entendimiento para que entienda en Dios y por Dios, unido á Dios por el vínculo de los deberes.

No es esta ocasion de exponer con cuáles condiciones y cuáles ayudas puede la voluntad humana levantarse á esfuerzo tan sobrenatural y tan alto. Lo que nos importa ahora, es consignar aquí el hecho evidente de que sin ese levantamiento por parte de la voluntad, manifestado en la aceptacion voluntaria del dolor, no puede ser restaurada aquella soberana armonía y aquel concierto prodigioso que puso Dios en el hombre y en todas sus potencias.

CAPÍTULO III.

DOGMA DE LA SOLIDARIDAD.—CONTRADICCIONES DE LA ESCUELA LIBERAL.

CADA uno de los dogmas católicos es una maravilla fecunda en maravillas. El entendimiento humano pasa de unos á otros como de una proposicion evidente á otra proposicion evidente, como de un principio á su legítima consecuencia, unidos entre sí por la lazada de una ilacion rigorosa. Y cada nuevo dogma nos descubre un nuevo mundo, y en cada nuevo mundo se tiende la vista por nuevos y mas anchos horizontes, y á la vista de esos anchísimos horizontes el espíritu queda absorto con el resplandor de tantas y tan grandes magnificencias.

Los dogmas católicos explican por su universalidad todos los hechos universales; y estos mismos hechos, á su vez, explican los dogmas católicos: de esta manera, lo que es vario se explica por lo que es uno, y lo que es uno por lo que es vario; el contenido

por el continente, y el continente por el contenido. El dogma de la sabiduría y de la providencia de Dios explica el órden y el maravilloso concierto de las cosas creadas; y por ese mismo órden y concierto vamos á parar á la explicacion del dogma católico. El dogma de la libertad humana sirve para explicar la prevaricacion primitiva; y esa misma prevaricacion, atestiguada por todas las tradiciones, sirve de demostracion de aquel dogma. La prevaricacion adámica, á un mismo tiempo dogma divino y hecho tradicional, explica cumplidamente los grandes desórdenes que alteran la belleza y la armonía de las cosas; y esos mismos desórdenes, en sus manifestaciones evidentes, son una demostracion perpétua de la prevaricacion adámica. El dogma enseña que el mal es una negacion, y el bien una afirmacion; y la razon nos dice que no hay mal que no se resuelva en la negacion de una afirmacion divina. El dogma proclama que el mal es modal, y el bien sustancial; y los hechos demuestran que no hay mal que no se resuelva en cierta manera viciosa y desordenada de ser, y que no hay sustancia que no sea relativamente perfecta. El dogma afirma que Dios saca el bien universal del mal universal, y un órden perfectísimo del desórden absoluto; y ya hemos visto de qué manera todas las cosas van á Dios, aunque vayan á él por caminos diferentes, viniendo á constituir por su union con Dios el órden universal y supremo.

Pasando del órden universal al órden humano, la conexion y armonía, por una parte, de los dogmas entre sí; y por otra, de los dogmas con los hechos, no es menos evidente. El dogma que enseña la corrupcion simultánea en Adan del individuo y de la especie, nos explica la trasmision, por via de generacion, de la culpa y de los efectos del pecado; y la naturaleza antitética, contradictoria y desordenada del hombre, que todos vemos nos lleva como por la mano, de induccion en induccion, primero al dogma de una corrupcion general de toda la especie humana, despues al dogma de una corrupcion trasmitida por la sangre, y por último al dogma de la prevaricacion primitiva; el cual enlazándose con el de la libertad dada al hombre y con el de la Providencia

que le dió aquella libertad, viene á ser como el punto de conjuncion de los dogmas que sirven para explicar el órden y el concierto especial en que fueron puestas las cosas humanas, con aquellos otros mas universales y mas altos, que sirven para explicar el peso, número y medida en que fueron criadas por el Criador todas las criaturas.

Siguiendo ahora en la exposicion de los dogmas relativos al órden humano, veremos salir de ellos, como de copiosísima fuente, aquellas leyes generales de la humanidad que nos dejan atónitos por su sabiduría y como pasmados por su grandeza.

Del dogma de la concentracion de la naturaleza humana en Adan, unido al dogma de la trasmision de esa misma naturaleza á todos los hombres, procede, como una consecuencia de su principio, el dogma de la unidad sustancial del género humano. Siendo el género humano uno, debe ser al mismo tiempo vario, segun aquella ley, la mas universal de todas las leyes, á un mismo tiempo física y moral, humana y divina, en virtud de la cual todo lo que es uno se descompone en lo que es vario, y todo lo que es vario se resuelve en lo que es uno. El género humano es uno por la sustancia que le constituye, y es vario por las personas que le componen: de donde se sigue que es uno y vario al mismo tiempo. De la misma manera, cada uno de los indivíduos que componen la humanidad, estando separado de los demás por lo que le constituye indivíduo, y junto con ellos por lo que le constituye individuo de la especie, es decir, por la sustancia, viene á ser, como el género humano, uno y vario á un mismo tiempo. El dogma del pecado actual es correlativo al dogma de la variedad en la especie; el del pecado original y el de la imputacion es correlativo al que enseña la unidad sustancial del género humano; y como consecuencia de uno y de otro, viene el dogma segun el cual el hombre está sujeto á una responsabilidad que le es propia, y á otra responsabilidad que le es comun con los demás hombres.

Esa responsabilidad en comun, á que llaman *solidaridad*, es una de las mas bellas y augustas revelaciones del dogma católi-

co. Por la solidaridad el hombre, levantado á mayor dignidad y á mas altas esferas, deja de ser un átomo en el espacio y un minuto en el tiempo; y anteviviéndose y sobreviviéndose á sí mismo, se prolonga hasta donde los tiempos se prolongan, y se dilata hasta donde se dilatan los espacios. Por ella se afirma, y hasta cierto punto se crea la humanidad, con cuya palabra, que carecia de sentido en las sociedades antiguas, se significa la unidad sustancial de la naturaleza humana, y el estrecho parentesco que tienen entre sí unos con otros todos los hombres.

Desde luego se echa de ver que lo que por este dogma gana la naturaleza humana en lo grandioso, eso gana el hombre en lo nobilísimo; al revés de lo que sucede con la teoría comunista de la solidaridad, de que hablaremos mas adelante: segun esa teoría, la humanidad no es solidaria, en el sentido de que es el vasto conjunto de todos los hombres solidarios entre sí porque por la naturaleza son unos, sino en el sentido de que es una unidad orgánica y viviente, que absorbe á todos los hombres, los cuales en vez de constituirla la sirven. Por el dogma católico, la misma dignidad á que es levantada la especie, alcanza á los indivíduos. El Catolicismo no levanta por un lado su altísimo nivel para abatirle por otro, ni ha descubierto los títulos nobiliarios de la humanidad para humillar al hombre; sino que la una y el otro se levantan juntamente á las divinas grandezas y á las divinas alturas. Cuando poniendo mis ojos en lo que soy, me considero en comunicacion con el primero y con el último de los hombres; y cuando poniéndolos en lo que obro, veo á mi accion sobrevivirme y ser causa, en su perpétua prolongacion, de otras y de otras acciones que á su vez se sobreviven y se multiplican hasta el fin de los tiempos; cuando pienso que todas esas acciones juntas, que en mi accion tienen su orígen, toman un cuerpo y una voz, y que alzando esa voz que toman, me aclaman no solo por lo que hice sino por lo que hicieron otros á causa de mí, digno de galardon ó digno de muerte; cuando todas estas cosas considero, yo de mí sé decir que me derribo en espíritu ante el acatamiento de Dios, sin acabar de comprender y de medir toda la inmensidad de mi grandeza.

¿Quién, sino Dios, pudo levantar tan concertadamente y por igual el nivel de todas las cosas? Cuando el hombre quiere levantar algo, no lo hace nunca sin deprimir aquello que no levanta: en las esferas religiosas, no sabe levantarse á sí propio sin deprimir á Dios, ni levantar á Dios sin deprimirse á sí propio; en las esferas políticas, no aciertan á rendir culto á la libertad, sin negar á la autoridad su culto y su homenaje; en las esferas sociales, no sabe otra cosa sino sacrificar la sociedad al individuo ó los individuos á la sociedad, como acabamos de ver, fluctuando perpétuamente entre el despotismo comunista ó la anarquía proudhoniana. Si alguna vez ha intentado mantenerlo todo en su propio nivel, poniendo en las cosas cierta manera de paz y de justicia, luego al punto la balanza en que las pesa ha rodado por tierra, hecha fragmentos, como si hubiera una irremediable falta de proporcion entre la pesadumbre de esa balanza y la flaqueza del hombre. No parece sino que Dios, al consagrarle rey en los dominios de las ciencias, sustrajo á su potestad y á su jurisdiccion una sola: la ciencia del equilibrio.

Esto serviria para explicar la impotencia absoluta á que todos los partidos equilibristas aparecen condenados en la historia; y por qué el gran problema de la conciliacion de los derechos del Estado con los individuales, y del órden con la libertad, es todavía un problema, viniendo como viene planteado desde que tuvieron principio las primeras asociaciones. El hombre no puede mantener en equilibrio las cosas sino manteniéndolas en su sér, ni mantenerlas en su sér sino absteniéndose de poner en ellas su mano. Puestas todas y bien asentadas por Dios en sus firmísimos asientos, toda mudanza en su manera de estar asentadas y puestas es necesariamente un desquilibrio. Los únicos pueblos que han sido á un tiempo mismo respetuosos y libres, los únicos gobiernos que han sido á un tiempo mismo mesurados y fuertes, son aquellos en que no se ve la mano del hombre, y en que las instituciones se vienen formando con aquella lenta y progresiva vegetacion con que crece todo lo que es estable en los dominios del tiempo y de la historia.

Esa gran potestad que por excepcion ha sido negada al hombre,

no sin altísimo consejo, reside en Dios de una manera especial y privativa. Por eso, todo lo que sale de su mano, sale de ella en un equilibrio perfecto, y todo lo que se está en donde lo puso Dios, se mantiene perfectamente equilibrado. Sin acudir á ejemplos extraños á la cuestion, nos bastará la cuestion misma que venimos planteando y resolviendo, para dejar esta verdad puesta fuera de toda duda.

La ley de la solidaridad es tan universal, que se manifiesta en todas las asociaciones humanas; y esto hasta tal punto, que el hombre cuantas veces se asocia, tantas cae bajo la jurisdiccion de esa ley inexorable. Por sus ascendientes, está en union solidaria con el tiempo pasado; por el tracto sucesivo de sus propias acciones y por su descendencia, entra en comunion con los tiempos futuros; como individuo de una sociedad doméstica, cae bajo la ley de la solidaridad de la familia; como sacerdote ó magistrado, está en comunion de derechos y de deberes, de méritos y de prevaricaciones, con la magistratura ó con el sacerdocio; como miembro de la asociacion política, cae bajo la ley de la solidaridad nacional; y por último, en calidad de hombre, le alcanza la ley de la solidaridad humana. Y sin embargo, siendo responsable por tantos conceptos, conserva íntegra, intacta su responsabilidad personal, que ninguna otra disminuye, que ninguna otra restringe, que ninguna otra absorbe. Él puede ser santo siendo individuo de una familia pecadora, incorrupto é incorruptible siendo miembro de una sociedad corrompida, prevaricador siendo miembro de una magistratura intachable, y réprobo siendo miembro de un sacerdocio santísimo. Y al revés, esa potestad suprema que le ha sido conferida de sustraerse á la solidaridad por un esfuerzo de su voluntad soberana, en nada altera el principio de que, por punto general y dejada la libertad á salvo, el hombre es lo que son la familia en que nace, y la sociedad en que vive y en que respira.

Esta ha sido, en toda la prolongacion de los tiempos históricos, la creencia universal de todas las gentes, las cuales, aun despues de perdida la huella de las divinas tradiciones, tuvieron noticia de esta ley de la solidaridad. Si bien no levantaron el espíritu á la con-

templacion de toda su grandeza, conocieron aquella ley por instinto, pero ignoraron de todo punto en dónde tenia sus hondas raices y sus anchísimos fundamentos. No siendo conocido el dogma de la unidad del género humano sino solo del pueblo de Dios, los otros no podian tener idea de la humanidad una y solidaria; empero si no podian hacer aplicacion de esta ley al género humano, que no conocian, la reconocieron y aun la exageraron en todas las asociaciones políticas y domésticas.

La idea de la trasmision misteriosa, por la sangre, no solo de las cualidades físicas, sino tambien de aquellas otras que están en el alma exclusivamente, basta por sí sola para explicar casi todas las instituciones de los antiguos, así las domésticas como las políticas y sociales. Esa idea es la idea misma de la solidaridad; como quiera que todo lo que se trasmite á muchos en comun, constituye la unidad de aquellos á quienes se trasmite; y que afirmar de muchos que estan en comunion entre sí, es lo mismo que afirmar de ellos que son solidarios. Cuando la idea de la trasmision hereditaria de las cualidades físicas y morales prevalece en un pueblo, sus instituciones son forzosamente aristocráticas; por esta razon, todos los pueblos antiguos, en los cuales lo que tiene de exclusivo esa idea cuando se aplica á ciertos grupos sociales, no estaba templado por lo que tiene de general y de democrático, si puede decirse así, cuando se aplica á todos los hombres, se constituyeron aristocráticamente: las razas mas gloriosas sojuzgaban y reducian á servidumbre á las razas inferiores; entre las familias que componian los grupos constitutivos de una raza, tomaba el poder aquella que contaba los mas gloriosos ascendientes. Los héroes, antes de venir á las manos, levantaban hasta las nubes la gloria de su esclarecido linaje. Las ciudades fundaban su derecho á la dominacion en sus árboles genealógicos. Aristóteles creia, con toda la antigüedad, que unos hombres nacian con el derecho de mandar y con las cualidades propias para el mando, y que recibian aquel derecho y estas cualidades juntamente por trasmision hereditaria: correlativa á esta comun creencia era la creencia comun de que habia entre las gentes razas malditas y desheredadas, incapaces de trasmitir por

la generacion ninguna cualidad y ningun derecho, y condenadas por tanto á legítima y perpétua servidumbre. La democrácia de Aténas no era otra cosa sino una aristocrácia insolente y tumultuosa, servida por esclavizadas muchedumbres. La *Iliada* de Homero, monumento enciclopédico de la sabiduría pagana, es el libro de las genealogías de los dioses y de los héroes: considerada bajo este punto de vista, no es otra cosa sino el mas espléndido de todos los nobiliarios.

Esta idea de la solidaridad no tuvo entre los antiguos de desastrosa, sino lo que tuvo de incompleta: las varias solidaridades sociales, políticas y domésticas, no estando subordinadas gerárquicamente entre sí por la solidaridad humana, que á todas las ordena y las limita porque las abarca á todas, no podian producir otra cosa sino guerras, turbaciones, incendios y desastres. Bajo el imperio de la solidaridad pagana, el género humano se constituyó en estado de guerra universal y permanente; por eso, la antiguedad no ofrece á la vista otro espectáculo sino el de gentes destruidas por gentes, y reinos por reinos, y razas por razas, y familias por familias, y ciudades por ciudades. Los dioses combaten con los dioses, los hombres con los hombres, y no pocas veces se lanzan unos contra otros en son de guerra, y vienen á las manos con estrépito los hombres y los dioses inmortales. Dentro de los muros de una misma ciudad no hay asociacion ninguna solidaria que no aspire á ejercer, prímero sobre sus individuos y despues sobre las otras, una accion dominadora y absorbente. En la asociacion doméstica, la personalidad del hijo es absorbida por la personalidad del padre, y la de la mujer por el hombre: el hijo se convierte en cosa; la mujer, sujeta á perpétua tutela, cae en perpétua infamia; y el padre, señor del hijo y de la mujer, cambia su potestad en tiranía. Sobre la tiranía del padre está la tiranía del Estado, que absorbe en una comun absorcion á la mujer, al hijo y al padre, aniquilando de hecho la sociedad doméstica. Hasta el patriotismo no es entre los antiguos otra cosa sino la declaracion de guerra, hecha por una casta constituida en nacion á todo el género humano.

Viniendo ahora de las edades pasadas á las presentes, veremos,

por una parte, la perpetuidad de la idea contenida en el dogma, y por otra, la perpetuidad de sus estragos siempre que se desvia en todo ó en parte del dogma católico.

La escuela liberal y racionalista niega y concede la solidaridad á un mismo tiempo, siendo siempre absurda, así cuando la concede como cuando la niega. En primer lugar, niega la solidaridad humana en el órden religioso y en el político: la niega en el órden religioso, negando la doctrina de la trasmision hereditaria de la pena y de la culpa, fundamento exclusivo de este dogma; la niega en el órden político, proclamando máximas que contradicen la solidaridad de los pueblos. Entre ellas merecen una mencion especial la que consiste en proclamar el principio de no intervencion, y aquella otra, que la es correlativa, segun la cual cada uno debe mirar por sí y ninguno debe salir de su casa para cuidar de la ajena. Estas máximas idénticas entre sí no son otra cosa sino el egoismo pagano sin la virilidad de sus odios. Un pueblo adoctrinado por las doctrinas enervantes de esta escuela llamará á los otros extraños, porque no tiene fuerza para llamarlos enemigos.

La escuela liberal y racionalista niega la solidaridad familiar, por cuanto proclama el principio de la aptitud legal de todos los hombres para obtener todos los destinos públicos y todas las dignidades del Estado, lo cual es negar la accion de los ascendientes sobre sus descendientes, y la comunicacion de las calidades de los primeros á los segundos por trasmision hereditaria. Pero al mismo tiempo que niega esa trasmision, la reconoce de dos maneras diferentes: la primera, proclamando la perpétua identidad de las naciones; y la segunda, proclamando el principio hereditario en la monarquía. El principio de la identidad nacional, ó no significa nada, ó significa que hay comunidad de méritos y de deméritos, de glorias y de desastres, de talentos y de aptitudes entre las generaciones pasadas y las presentes, entre las presentes y las futuras; y esta misma comunidad es de todo punto inexplicable, si no se la considera como el resultado de nuestra trasmision hereditaria. Por otra parte, la monarquía hereditaria, considerada como institucion

fundamental del Estado, es una institucion contradictoria y absurda allí en donde se niega el principio de la virtud de trasmision de la sangre, que es el principio constitutivo de todas las aristocracias históricas. Por último, la escuela liberal y racionalista, en su materialismo repugnante, da á la riqueza que se comunica, la virtud que niega á la sangre que se trasmite. El mando de los ricos la parece mas legitimo que el mando de los nobles.

Vienen en pos de esta escuela efímera y contradictoria las escuelas socialistas, las cuales, concediéndola todos sus principios, la niegan todas sus consecuencias. Las escuelas socialistas toman de la racionalista y liberal la negacion de la solidaridad humana en el órden político y en el órden religioso: negandola en el órden religioso, niegan la trasmision de la culpa y de la pena, y ademas la pena y la culpa; negándola en el órden político, toman de la escuela socialista y liberal el principio de la igual aptitud de todos los hombres para obtener los destinos y las dignidades del Estado; pasando empero mas adelante, demuestran á la escuela liberal que ese principio lleva consigo en buena lógica la supresion de la monarquía hereditaria, y que esta supresion lleva tras sí la supresion de la monarquía, que no siendo hereditaria, es una institucion inútil y embarazosa. En seguida demuestran, sin grande esfuerzo de razon, que, supuesta la igualdad nativa del hombre, esa igualdad lleva consigo la supresion de todas las distinciones aristocráticas, y por consiguiente la supresion del censo electoral, en el cual no se puede reconocer esa virtud misteriosa de conferir los atributos soberanos, habiéndosele negado á la sangre, sin una contradiccion evidente. Los pueblos, segun los socialistas, no han salido de la servidumbre de los Faraones para caer en la de los asirios y babilonios, ni estan tan desnudos de derecho y de fuerza, que vayan á dar consigo en las manos de los ricos rapaces, despues de haber salido de las manos de los nobles insolentes. Ni les parece menos absurdo negar la solidaridad de la familia para venir á reconocer en seguida que una nacion es solidaria. Aceptado por ellos el primero de estos principios, niegan absolutamente el segundo como contradictorio del primero; y así como proclaman la per-

fecta igualdad de todos los hombres, proclaman tambien la igualdad perfecta de todos los pueblos.

De aquí se deducen las siguientes consecuencias: Siendo los hombres perfectamente iguales entre sí, es una cosa absurda repartirlos en grupos, como quiera que esa manera de reparticion no tiene otro fundamento sino la solidaridad de esos mismos grupos, solidaridad que viene negada por las escuelas liberales como orígen perpétuo de la desigualdad entre los hombres. Siendo esto así, lo que en buena lógica procede, es la disolucion de la familia: de tal manera procede esta disolucion del conjunto de los principios y de las teorías liberales, que sin ella aquellos principios no pueden realizarse en las asociaciones políticas. En vano proclamareis la idea de la igualdad; esa idea no tomará cuerpo mientras la familia esté en pie. La familia es un árbol de este nombre, que en su fecundidad prodigiosa produce perpétuamente la idea nobiliaria.

Pero la supresion de la familia lleva consigo la supresion de la propiedad como consecuencia forzosa. El hombre, considerado en sí, no puede ser propietario de la tierra, y no puede serlo por una razon muy sencilla: la propiedad de una cosa no se concibe sin que haya cierta manera de proporcion entre el propietario y su cosa; y entre la tierra y el hombre no hay proporcion de ninguna especie. Para demostrarlo cumplidamente, bastará observar que el hombre es un sér transitorio, y la tierra una cosa que nunca muere y nunca pasa. Siendo esto así, es una cosa contraria á la razon que la tierra caiga en la propiedad de los hombres, considerados individualmente. La institucion de la propiedad es absurda sin la institucion de la familia: en ella ó en otra que se la asemeje, como los institutos religiosos, está la razon de su existencia. La tierra, cosa que nunca muere, no puede caer sino en la propiedad de una asociacion religiosa ó familiar que nunca pasa: luego, suprimida implícitamente la asociacion doméstica, y explícitamente la asociacion religiosa, á lo menos la monástica, por la escuela liberal, procede la supresion de la propiedad de la tierra, como consecuencia lógica de sus principios. Esta supresion de tal manera va embebida en los principios de la escuela liberal,

que ha comenzado siempre el periódo de su dominacion por apoderarse de los bienes de la Iglesia, por la supresion de los institutos religiosos y por la de los mayorazgos, sin advertir que apoderándose de los unos y supriniendo los otros, bajo el punto de vista de sus principios, hacia poco; bajo el punto de vista de sus intereses, en calidad de propietaria, hacia demasiado. La escuela liberal, que de todo tiene menos de docta, no ha comprendido jamas que siendo necesario, para que la tierra sea susceptible de apropiacion, que caiga en manos de quien pueda conservar su propiedad perpétuamente, la supresion de los mayorazgos y la expropiacion de la Iglesia con la cláusula de que no pueda adquirir es lo mismo que condenar la propiedad con una condenacion irrevocable. Esa escuela no ha comprendido jamás que la tierra, hablando en rigor lógico, no puede ser objeto de apropiacion individual sino social, y que no puede serlo, por lo mismo, sino bajo la forma monástica ó bajo la forma familiar del mayorazgo; las cuales, bajo el punto de vista de la perpetuidad, vienen á ser una misma forma, como quiera que una y otra subsisten perpétuamente. La desamortizacion eclesiástica y civil, proclamada por el liberalismo en tumulto, traerá consigo en un tiempo mas ó menos próximo, pero no muy lejano si atendemos al paso que llevan las cosas, la expropiacion universal. Entonces sabrá lo que ahora ignora: que la propiedad no tiene razon de existir sino estando en manos muertas, como quiera que la tierra, perpétua de suyo, no puede ser materia de apropiacion para los vivos que pasan, sino para esos muertos que siempre viven.

Cuando los socialistas, despues de haber negado la familia como consecuencia implícita de los principios de la escuela liberal, y la facultad de adquirir en la Iglesia, principio reconocido así por los liberales como por los socialistas, niegan la propiedad como consecuencia última de todos estos principios, no hacen otra cosa sino poner término dichoso á la obra comenzada cándidamente por los doctores liberales. Por último, cuando despues de haber suprimido la propiedad individual, el comunismo proclama al Estado propietario universal y absoluto de todas las tierras, aunque es

evidentemente absurdo por otros conceptos, no lo es si se le considera bajo nuestro actual punto de vista. Para convencerse de ello, basta considerar que, una vez consumada la disolucion de la familia en nombre de los principios de la escuela liberal, la cuestion de la propiedad viene agitándose entre los individuos y el Estado únicamente. Ahora bien: planteada la cuestion en estos términos, es una cosa puesta fuera de toda duda que los títulos del Estado son superiores á los de los individuos, como quiera que el primero es por su naturaleza perpétuo, y que los segundos no pueden perpetuarse fuera de la familia.

De la perfecta igualdad de todos los pueblos, deducida lógicamente de los principios de la escuela liberal, sacan los socialistas, ó saco yo en nombre suyo, las siguientes consecuencias. Así como de la perfecta igualdad de todas las familias que componen el Estado, saca la escuela liberal por consecuencia lógica la no existencia de la solidaridad en la sociedad doméstica, del mismo modo, y por la misma razon de la perfecta igualdad de todos los pueblos en el seno de la humanidad, resulta la negacion de la solidaridad política. No siendo solidaria la nacion, es fuerza negarla todo aquello que se niega lógicamente de la familia, en la suposicion de que no es solidaria. De la familia no solidaria se niega, lo primero, aquel vínculo secretísimo y misterioso que la enlaza en el tiempo con los tiempos pasados y con los tiempos futuros; y como consecuencia de esta negacion, se niega de ella, lo segundo, que tenga su derecho imprescriptible á participar de las glorias de sus ascendientes, y la virtud de comunicar á sus descendientes algun reflejo de su gloria. Arguyendo por identidad de razon, es fuerza negar de una nacion no solidaria lo que no siendo solidaria se niega de la familia; de donde se sigue que es fuerza negar de ella, por una parte, que tenga nada que ver con el tiempo pasado y con el venidero; y por otra, que tenga el derecho de reivindicar una parte de las glorias pasadas y el de atribuirse una parte de las glorias futuras. Lo que se niega de la familia, da por resultado lógico la destruccion en el hombre de aquel apego al hogar que constituye la dicha de la asociacion doméstica; por identidad de razon, lo que se nie-

ga de la nacion, dá por resultado forzoso la destruccion radical de aquel amor á su patria, que levantando al hombre sobre sí mismo, le impulsa á acometer con intrépido arrojo las empresas mas heróicas.

Por donde se ve que de estas negaciones se sacan para la sociedad doméstica y para la política estas consecuencias: la solucion de continuidad de la gloria; la supresion del amor de la familia; y del patriotismo, que es el amor de la patria; y por último la disolucion de la sociedad doméstica y de la sociedad política, las cuales ni pueden existir ni pueden concebirse sin ese enlace de los tiempos, sin la comunion de la gloria, y sin estar asentadas en aquellos grandes amores.

Las escuelas socialistas, que si bien son mas lógicas que la escuela liberal, no lo son tanto como á primera vista parece, no van de consecuencia en consecuencia hasta nuestra última conclusion, que es, sin embargo, supuestas sus premisas, no solo procedente sino de todo punto necesaria; la prueba de que lo es, está en que los socialistas, apremiados por la lógica, lo que no quieren ser en la teórica, eso mismo son en la práctica. En la teórica son todavía franceses, italianos, alemanes; en la práctica son ciudadanos del mundo y, como el mundo, su patria no tiene fronteras. ¡Insensatos! Ellos ignoran que donde no hay fronteras, no hay patria; y que donde no hay patria no hay hombres, aunque haya por ventura socialistas.

Entre los partidos que contienden por la dominacion, al mas lógico le corresponde de derecho la victoria: este, que es un principio verdadero, es á un mismo tiempo un hecho universal y constante. Humanamente hablando, el Catolicismo debe sus triunfos á su lógica; si Dios no le llevara por la mano, su lógica le bastaria para caminar triunfante hasta los últimos remates de la tierra. Esto aparecerá mas claro en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO; CONTRADICCIONES SOCIALISTAS.

Si hay una verdad demostrada en nuestro último capítulo, esa verdad consiste en afirmar que la escuela liberal no ha hecho otra cosa sino asentar las premisas que van á parar á las consecuencias socialistas, y que las escuelas socialistas no han hecho otra cosa sino sacar las consecuencias que estan contenidas en las premisas liberales: esas dos escuelas no se distinguen entre sí por las ideas, sino por el arrojo. Viniendo planteada de esa manera entre ellas la cuestion, es claro que la victoria toca de derecho á la mas arrojada; y la mas arrojada es, sin ningun género de duda, la que, no parándose en la mitad del camino, acepta con los principios sus consecuencias. Siendo esto así, dicho se está, y de nuestro anterior capítulo aparece suficientemente demostrado, que el socialismo lleva lo mejor de la batalla, y que en definitiva suyas son las palmas de este combate.

De la fuerza de lógica, de que ha hecho muestra y parada en

sus contiendas con la escuela liberal, se ha seguido para la escuela socialista cierto renombre de lógica y consecuente, que si bien está hasta cierto punto justificado, está lejos de estarlo suficientemente. En ser mas lógica que la mas ilógica y contradictoria de todas las escuelas, la socialista no hace mucho y aun apenas hace algo; para ser merecedora de su renombre, está obligada á mas: por una parte, está obligada á demostrar que no solo es lógica y consecuente de una manera relativa, sino de una manera absoluta, y despues que es lógica y consecuente de una manera absoluta en la verdad; porque si solo lo fuera en el error, la lógica y la consecuencia en el error no es mas que una manera especial de ser ilógica é inconsecuente. No hay consecuencia ni lógica verdadera sino en la verdad absoluta.

Ahora bien: el socialismo falta á estas dos condiciones: por una parte, es contradictorio, porque no es uno, como se demuestra por la variedad de sus escuelas, símbolo de la variedad de sus doctrinas; por otra parte, no es consecuente, negándose á aceptar, á semejanza de la escuela liberal, aunque no en el mismo grado, todas las consecuencias de sus propios principios; y por último, sus principios son falsos, y sus consecuencias absurdas.

Que no acepta todas las consecuencias de sus propios principios, lo vimos ya en el capítulo anterior, cuando observamos que siendo una consecuencia lógica de su negacion de toda solidaridad la disolucion de la sociedad política, se contentaba con aceptar la disolucion de la sociedad doméstica. Hay quien cree que el socialismo se perderá porque pide é invoca mucho; yo soy de sentir que sucederá al revés, y que le vendrá su pérdida porque pide é invoca muy poco. En efecto; lo que procedia en buena lógica, en el caso presente, era comenzar por pedir que los pueblos á cada generacion mudasen de nombre. En el sistema solidario concibo muy bien que sea uno el nombre nacional, siendo una la nacion en toda la prolongacion de la historia. Que se llame Francia la nacion gobernada por Luis Felipe y por Clodoveo, es cosa concebible, y no solo concebible sino natural, y no solo natural sino necesaria, supuesto el sistema que sostiene la solidaridad francesa y

la comunion de glorias y de desastres entre las generaciones pasadas y las presentes, entre las generaciones presentes y las futuras. Pero eso mismo que en el sistema de la solidaridad es concebible, natural y necesario, es absurdo, inconcebible y contrario á la naturaleza de las cosas mismas en el sistema que á cada generacion corta el raudal de la gloria y el hilo del tiempo. En este sistema hay tantas familias y tantos pueblos como generaciones, y la lógica exige en este caso que, siguiendo los nombres representativos las vicisitudes de las cosas representadas, á cada mudanza de generacion corresponda una mudanza idéntica en los nombres de pueblos y de familias. Que lo absurdo compite aquí con lo grotesco, no habrá nadie que lo niegue; pero que lo grotesco y lo absurdo sean rigorosamente lógicos, no habrá nadie que pueda ponerlo en duda: y cabalmente esas son las dos cosas que nos convenia demostrar con una demostracion invencible. Es necesario que el socialismo escoja libremente la muerte de que ha de morir, escogiendo entre lo ilógico y lo absurdo.

Las escuelas socialistas demostraron sin grande esfuerzo, contra la escuela liberal, que una vez negada la solidaridad familiar, la política y la religiosa, no cabia aceptar la solidaridad nacional ni la monárquica; y que al revés, era de todo punto necesario suprimir en el derecho público nacional la institucion de la monarquía, y en el derecho público internacional las diferencias constitutivas de los pueblos. Pero esas mismas escuelas socialistas, por una contradiccion de que la escuela liberal, contradictoria y absurda como es, no ha dado ejemplo, reconocen en seguida la mas alta, la mas universal y la mas inconcebible, humanamente hablando, de todas las solidaridades, es decir, la solidaridad humana. La divisa de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad, como patrimonio comun de todos los hombres, ó no significa nada, ó significa que todos los hombres son solidarios. El reconocimiento de esa solidaridad, separada de las otras y del dogma religioso que nos la enseña y nos la explica, es un acto de fé tan sobrenatural y robusto, que yo mismo no le concibo, acostumbrado como estoy á creer lo que no comprendo, siendo católico.

Creer en la igualdad de todos los hombres, viéndolos á todos desiguales; creer en la libertad, viendo instituidas en todas partes la servidumbre; creer que todos los hombres son hermanos, enseñándome la historia que todos son enemigos; creer que hay un acervo comun de infortunios y de glorias para todos los nacidos, cuando no acierto á ver sino glorias é infortunios individuales; creer que yo me refiero á la humanidad, cuando sé que refiero la humanidad á mí; creer que esa misma humanidad es mi centro, cuando yo me hago centro de todo; y por último, creer que debo creer estas cosas, cuando se me afirma por los que me las proponen como objeto de mi fé, que no debo creer sino á mi razon que contradice todas esas cosas que me son propuestas, es un despropósito tan estupendo, una aberracion tan inconcebible, que á su presencia quedo como desfallecido y atónito.

Mi asombro crece de punto cuando observo que los mismos que afirman la solidaridad humana, niegan la familiar, lo cual es afirmar que los enemigos son hermanos y que los hermanos no deben serlo; que los mismos que afirman la solidaridad humana, son los que poco antes negaron la política, lo cual es afirmar que nada tengo de comun con los propios, y que todo me es comun con los extraños; que los mismos que afirman la solidaridad humana, niegan la religion, siendo así que la primera no puede ser explicada sin la segunda; y de todo deduzco por legítima consecuencia, que las escuelas socialistas son á un tiempo mismo ilógicas y absurdas: ilógicas, porque despues de haber demostrado contra la escuela liberal que no valia aceptar unas solidaridades y dejar otras, vienen á caer en el mismo error, aceptando una sola entre todas, y desechándolas todas menos una; absurdas, porque cabalmente la única que me proponen, no es punto de razon sino de fé, y porque esta propuesta me viene de los que niegan la fé y proclaman el derecho imprescriptible de la razon al imperio y á la soberanía.

Las escuelas socialistas caerian en asombro y estupor, si poniendo sus dogmas en tela de juicio, nos viniese la idea de exigirlas una respuesta categórica á esta categórica pregunta: ¿ De dón-

de sacais que los hombres son solidarios entre sí, hermanos, iguales y libres? Y sin embargo esta pregunta, que procede aun contra el Catolicismo, que está obligado á responder á todo lo que se le pregunta, procede, sobre todo, contra la mas racionalista de todas las escuelas. Esas fórmulas abstractas no han sido sacadas ciertamente de la historia. Si la historia viene en apoyo de algun sistema filosófico, no es ciertamente en apoyo del que proclama la solidaridad, la libertad, la igualdad y la fraternidad del género humano, sino más bien de aquel articulado virilmente por Hobbes, segun el cual la guerra universal, incesante, simultánea, es el estado natural y primitivo del hombre.

El hombre nace apenas, y no parece sino que viene al mundo por la virtud misteriosa de un conjuro maléfico, y cargado con el peso de una condenacion inexorable. Todas las cosas ponen sus manos en él, y él revuelve su mano airada contra todas las cosas. La primera brisa que le toca y el primer rayo de luz que le hiere, es la primera declaracion de guerra de las cosas exteriores. Todas sus fuerzas vitales se rebelan contra la presion dolorosa, y su existencia toda se concentra en un gemido: los mas no pasan de ahí, porque en ese punto y hora les toma la muerte; los pocos que por ventura resisten, comienzan á andar el camino de su dolorosa pasion, y despues de guerras contínuas y de varios sucesos van á parar á la última catástrofe, desfallecidos con esfuerzos y quebrantados con dolores. La tierra se les muestra avara y dura, les pide su sudor que es la vida, y en cambio de la vida que les toma, apenas saca una gota de agua de sus fuentes para templar su sed, y algun manjar de sus cuevas para aplacar su hambre. No les prolonga la vida para que vivan, sino para que vuelvan á sudar. Los tiranos no prolongan la vida de sus siervos, sino porque la vida es necesaria para prolongar su servicio. Donde quiera que los hombres se juntan, los flacos caen en la tiranía de los fuertes.

Una mujer, insigne por su ingenio, queriendo dar muestra de ingeniosa, se puso un dia á pensar sobre cuál seria por su extrañeza la paradoja mas grande, y ninguna otra encontró ma-

yor, entre las paradojas posibles, que la de afirmar con aplomo que la esclavitud era cosa moderna, y la libertad cosa antigua. Si ella llegó á creérsela á fuerza de repetírsela, no lo sabré yo decir: en lo que no cabe ningun género de duda, es en que el mundo se la creyó, y lo que es mas, en que era muy digno de creérsela. Por lo que hace á la igualdad, no se sabe, aunque esto es posible, (¿qué cosa no es posible á un filósofo racionalista?) si esta idea trae su filiacion histórica y filosófica de la division del género humano en castas, de las cuales, las unas tienen por oficio propio mandar, y las otras servir, y todas romper en guerras y rebeliones. La idea de la fraternidad procede sin duda ninguna de esos larguísimos períodos de paz y de bonanza que forman la trama de oro de la historia; y en cuanto á la idea de la solidaridad ¿quién no ve su procedencia? ¿Hay quién ignore, por ventura, que los romanos, en quienes viene á resumirse toda la antigüedad, llamaban á los extrangeros y á los enemigos con un mismo nombre, que era sin duda simbólico de la solidaridad humana?

Si esas ideas no pueden venirnos de la historia, que las condena y las desmiente en todas sus páginas llenas de lamentos y escritas con sangre, nos han de venir, ó de sucesos acaecidos en aquella época primitiva que precede á todos los tiempos históricos, ó derechamente de la razon pura. En cuanto á esta última procedencia, me contentaré con afirmar, sin temor de ser contradicho, que la razon pura no se ejercita sino en cosas de pura razon; y que tratándose aquí de averiguar cuáles son los elementos constitutivos de la naturaleza humana, no se trata de un negocio de pura razon, sino de un hecho que, existiendo con respecto á nosotros en calidad de hecho oscuro, debe ser mejor observado para que bañado de luz mude lo que tiene de oscuro en lo que debe tener de esclarecido. Por lo que hace á esa época primitiva que precede á todos los tiempos históricos, es claro que no podemos conocerla si no nos es revelada. Esto supuesto, yo me creo autorizado á formular de esta manera mi pregunta: Si lo que afirmais no lo teneis de la razon, que lo ignora, ni de la

historia que conoceis, que lo contradice, ni de una época anterior á los tiempos históricos, que os es desconocida, porque caminais en el supuesto de que no ha sido revelada, ¿de dónde lo teneis? Y si no lo teneis de nadie, ¿por qué lo afirmais? Shakespeare ha dicho lo que son vuestras teorías: son palabras, palabras y nada mas que palabras..... pero palabras, añado yo, que dan la muerte al que las dice y al que las escucha.

Esta poderosa virtud las viene de que no son palabras racionalistas, las cuales no tienen en sí ninguna virtud, sino palabras católicas, las cuales tienen el privilegio de dar la vida y quitarla, de matar á los vivos y de resucitar á los muertos. Esas palabras no se pronuncian nunca vanamente, y siempre infunden terror; porque ninguno sabe si van á dar la muerte ó la vida, aunque saben todos cuán grande es su omnipotencia. Un dia, cuando las últimas sombras de la tarde se dilataban por las aguas serenas y apacibles, entró el Señor en una barca frágil, seguido de sus discípulos; y como el Señor hubiera cerrado sus ojos vencidos del sueño, un torbellino impetuoso levantó las ondas; y viéndose á punto de zozobrar los discípulos, oraron; y el Señor abrió los ojos y pronunció algunas palabras que escucharon con reverencia la mar y los vientos: la mar quedó quieta y el viento callado; volviéndose entonces á sus discípulos, puso en sus oidos otras palabras, y sus discípulos se llenaron de súbito y grande terror: *et timuerunt timore magno*. La tempestad les habia sido menos terrífica é imponente que la palabra salvadora. Otro dia, como se presentaran al Señor dos hombres atormentados de los demonios, y como implorasen su gracia, el Señor dijo á los demonios: *Salid*; y los demonios obedeciendo á su voz dejaron libres á los hombres y buscaron asilo en unos animales inmundos, los cuales se arrojaron á la mar, que los sepultó en sus aguas. Los que pastoreaban el ganado, llenos de pavor por la virtud de la palabra divina, huyeron; y comunicado el terror á las gentes de aquellos contornos, fueron todas al Señor y le rogaron que se alejara de sus términos; *Pastores autem fugerunt, et venientes in civitatem, nuntiaverunt omnia, et de eis qui demonia habuerant: et ecce tota civi-*

tas exit obviam Jesu: et viso eo rogaverunt ut transiret á finibus eorum (S. Math., c. 8.°, vers. 33, 34.) La omnipotencia de la palabra divina era mas temible para las gentes, que los maleficios de los espíritus infernales.

Cuando oigo pronunciar una palabra divina, es decir, católica, luego al punto vuelvo los ojos al derredor para ver lo que sucede, cierto como estoy de que ha de suceder algo, y de que eso que ha de suceder, ha de ser forzosamente un mílagro de la divina justicia, ó un prodigio de la divina misericordia. Si es la Iglesia la que la pronuncia, aguardo la salvacion; si el que la pronuncia es otro, aguardo la muerte. Preguntad al mundo por qué está lleno de terror y de espanto; por qué los aires están llenos de lúgubres y siniestros rumores; por qué las sociedades están todas turbadas y suspensas como quien sueña que le va á faltar el pie, y que allí donde le va á faltar, está un abismo. Preguntar al mundo esto, es lo mismo que preguntar por qué tiembla el que ve entrar á un malvado ó á un demente con una vela encendida en un almacen de pólvora, sin conocer el uno y conociendo el otro demasiado la virtud de la pólvora y la virtud de la llama. Lo que ha salvado al mundo hasta aquí, es que la Iglesia fué en los tiempos antiguos bastante poderosa para extirpar las herejías, las cuales consistiendo principalmente en enseñar una doctrina diferente de la de la Iglesia con las palabras de que la Iglesia se sirve, hubieran llevado al mundo mucho tiempo há á su última catástrofe, si no hubieran sido extirpadas. El verdadero peligro para las sociedades humanas comenzó en el dia en que la gran herejía del siglo XVI obtuvo el derecho de ciudadanía en Europa. Desde entónces no hay revolucion ninguna que no lleve consigo para la sociedad un peligro de muerte. Consiste esto en que, fundadas todas ellas en la herejía protestante, son fundamentalmente heréticas: véase, si no, cómo todas vienen dando razon de sí y legitimándose á sí propias con palabras y máximas tomadas del Evangelio: el *sanculotismo* de la primera revolucion de Francia buscaba en la desnudez humilde del manso Cordero su antecedente histórico y sus títulos de nobleza; ni faltó quien reconociese al Mesias en Marat, ni quien llamara á

Robespierre su apóstol. De la revolucion de 1830 brotó la doctrina sansimoniana, cuyas extravagancias místicas componian no sé qué evangelio corregido y depurado. De la revolucion de 1848 brotaron con ímpetu en copioso raudal, espresadas en palabras evangélicas, todas las doctrinas socialistas. Nada de esto habian visto los hombres antes del siglo XVI. No quiero decir con esto que el mundo católico no hubiera padecido ya grandes dolencias, ni que las sociedades antiguas no hubieran padecido grandes vaivenes y mudanzas; lo único que quiero decir es, que ni estos vaivenes bastaban para derribar á la sociedad por el suelo, ni aquellas dolencias para quitarla la vida. Hoy todo sucede al revés: una batalla perdida por la sociedad en las calles de Paris basta por sí sola para derribar por el suelo á la sociedad europea como herida súbitamente de un rayo: *é cadde come corpo morto cade.*

¿Quién no vé en las revoluciones modernas, comparadas con las antiguas, una fuerza de destruccion invencible, que no siendo divina es forzosamente satánica? Antes de dejar este asunto, me parece cosa oportuna hacer aquí una observacion importante, que abandonaré á la meditacion de mis lectores. De dos pláticas del ángel de las tinieblas tenemos noticia exacta: la primera la tuvo con Eva en el paraiso, la segunda con el Señor en el desierto. En la primera habló palabras de Dios, desfiguradas á su modo: en la segunda citó la escritura, interpretada á su manera. ¿Seria temerario creer que así como la palabra de Dios, tomada en su sentido verdadero, es la única que tiene el poder de dar la vida, es la única tambien que siendo desfigurada tiene el poder de dar la muerte? Si esto fuera así, quedaría suficientemente explicado por qué las revoluciones modernas, en las que se desfigura mas ó menos la palabra de Dios, tienen esa virtud destructora.

Volviendo ahora á las contradicciones socialistas, diré que no basta haber negado, una despues de otra, la solidaridad religiosa, la doméstica y la política, si, como acabo de demostrar, no se niega tambien la humana, y con ella la libertad, la igualdad y la fraternidad; principios todos que solo en ella tienen á un mismo tiempo su razon y su origen: y como negados estos fundamentos de

todas las doctrinas socialistas, el edificio todo viene abajo, síguese de aquí que el socialismo no puede ser consecuente si, comenzando por la negacion del Catolicismo, no concluye por la negacion de sí propio. Yo sé que al profesar los socialistas el dogma de la solidaridad humana, no por eso profesan en este punto la doctrina católica. Sé que entre el uno y el otro dogma hay una diferencia esencial, velada apenas con la identidad del nombre. La humanidad, que para los católicos no existe sino en los individuos que la constituyen, existe para los socialistas individual y concretamente: de donde resulta que cuando socialistas y católicos afirman que la humanidad es solidaria, aunque parece que afirman una misma cosa, afirman en realidad dos cosas diferentes. Esto no obstante, la contradiccion socialista salta á los ojos, y es una cosa puesta fuera de toda duda. Aunque la humanidad sea la inteligencia universal, servida por grupos especiales que llevan el nombre de pueblos y de familias, la lógica exige que todos ellos obedezcan en ella y por ella á su misma ley, y que los grupos sean solidarios si es ella solidaria. De aquí la necesidad de negar la solidaridad humana, ó de afirmarla á un tiempo mismo en los individuos, en la familias y en el Estado. Ahora bien: si hay una cosa evidente, es que el socialismo es incompatible con aquella negacion radical y con esta afirmacion absoluta. Negar la solidaridad humana es negarle, y afirmar la solidaridad de los grupos sociales es negarle de otra manera. El mundo no puede sujetarse á la ley socialista sin renunciar antes al imperio de la lógica.

Por aquí se verá cuán lejos estan de merecer el título de consecuentes sus mas afamados doctores, y sobre todo, el que entre los que componen su apostolado goza de mas renombre y mayor fama. Mr. Proudhon, en sus contiendas con aquellos partidarios del nuevo Evangelio que están por la expropiacion de todos los derechos individuales y por la concentracion en el Estado de todos los derechos domésticos, civiles, politicos, sociales y religiosos, no ha necesitado de gran esfuerzo para demostrar que el comunismo, es decir, el gubernamentalismo elevado á su última potencia, era una cosa extravagante y absurda bajo el punto de vista de los princi-

pios que son comunes á los nuevos sectarios. En efecto, el comunismo, concibiendo el Estado como una unidad absoluta que concentra en sí todos los derechos y absorbe á todos los individuos, viene á concebirle como alta y poderosamente solidario; como quiera que unidad y solidaridad son una misma cosa, considerada bajo dos puntos de vista diferentes. El Catolicismo, depositario del dogma de la solidaridad, la deriva siempre de la unidad, que la hace posible y necesaria. Ahora bien: como cabalmente el punto de partida del socialismo es la negacion de ese dogma, es claro que el comunismo se contradice á sí propio, cuando le niega en la teoría y le reconoce en la práctica, cuando le niega en sus principios y le afirma en sus aplicaciones. Si la negacion de la solidaridad familiar lleva consigo la negacion de la familia, la negacion de la solidaridad política lleva consigo la negacion de todo gobierno. Esa negacion procede igualmente de la nocion que los socialistas se forman de la igualdad y de la libertad comunes á todos los hombres; como quiera que esa igualdad y esa libertad no pueden ser concebidas como limitadas por un gobierno, sino como limitadas naturalmente por la libre accion y reaccion de unos individuos en otros. La consecuencia está, pues, de parte de Mr. Proudhon, cuando dice en sus *Confesiones de un revolucionario*: «Todos los hombres son »iguales y libres: la sociedad es, pues, así por su naturaleza como »por la funcion á que está destinada, *autonómica*, que tanto quie»re decir como ingobernable. Siendo la esfera de la actividad de »cada ciudadano el resultado, por una parte, de la division natu»ral del trabajo, y por otra, de la eleccion que hace de una profe»sion; y estando constituidas las funciones sociales de tal manera »que produzcan un efecto armónico, el órden viene á ser el resul»tado de la libre accion de todos; de donde saco la negacion abso»luta del gobierno: todo el que pone en mí su mano para gober»narme, es un tirano y un usurpador; yo le declaro mi enemigo.»

Pero si Mr. Proudhon es consecuente negando el gobierno, no lo es sino á medias cuando señala esta negacion como la última de las negaciones que van envueltas en las doctrinas socialistas. Con la familia, está negada la solidaridad doméstica; con el gobierno, está

negada la solidaridad política; pero allí mismo donde niega estas dos solidaridades, por una contradiccion inconcebible afirma la humana, que las sirve á todas de fundamento. Ya demostramos cumplidamente antes, que afirmar la igualdad y la libertad, y afirmar la solidaridad humana era afirmar una misma cosa. Ni para aquí la contradiccion, porque al mismo tiempo que afirma la igualdad y la libertad en las *Confesiones de un revolucionario*, niega la fraternidad, en el cap. 6 de su libro sobre las *Contradicciones económicas*, por estas palabras: «¿De fraternidad me hablais? Seremos hermanos si formais en ello empeño, con tal, empero, que yo sea el »hermano mayor, y que vengais todos despues de mí y con esta con»dicion: que la sociedad, nuestra madre comun, honre mi primo»genitura y mis servicios, dándome porcion doblada; me decis que »atendereis á mis necesidades proporcionalmente á mis recursos, »y yo pretendo al reves, que atendais á ellas proporcionalmente »á mi trabajo; de lo contrario, dejo de trabajar.»

Por donde se vé que la contradiccion es doble: porque si, por una parte, hay contradiccion en afirmar la solidaridad humana cuando se niega la doméstica y la política, por otra hay contradiccion mayor en negar la fraternidad cuando se proclama el principio de la libertad y de la igualdad entre los hombres. La igualdad, la libertad y la fraternidad son principios que se suponen mútuamente, y que se resuelven los unos en los otros; así como la solidaridad humana, la política y la doméstica son dogmas que se resuelven los unos en los otros y que se suponen mútuamente. Tomar unos y dejar otros es tomar lo que se deja y dejar lo que se toma; es negar lo que se afirma y afirmar lo que se niega, á un tiempo mismo.

Por lo que hace á la cuestion relativa al gobierno, la negacion de todo gobierno por parte de Mr. Proudhon no es más que una negacion aparente. Si la idea del gobierno no es contradictoria con la idea socialista, no habia para que negarla; y si hay contradiccion entre esas dos ideas, es una inconsecuencia insigne proclamar en otra forma al gobierno que viene negado. Ahora bien: Mr. Proudhon, que niega el gobierno, símbolo de la unidad y de la solidaridad política, viene á reconocerle de otra manera y en otra forma,

cuando reconoce y proclama en las palabras siguientes la unidad y la solidaridad social: «Solo la sociedad, es decir, el sér colecti-»vo, puede seguir su inclinacion y abandonarse á su libre albedrío, »sin temor de un error absoluto é inmediato. La razon superior »que está en ella y que va desprendiéndose de ella poco á poco »por las manifestaciones de la muchedumbre y la reflexion de los »individuos, la pone siempre en definitiva en el buen camino. El »filósofo es incapaz de descubrir la verdad por intuicion; y si por »ventura se propone dirigir la sociedad, corre un gran riesgo de »poner sus propias ideas, ineficaces é insuficientes siempre, en lu-»gar de las leyes eternas del órden, y de llevar de esta manera la »sociedad á los abismos. El filósofo necesita algo que le guie. ¿Cuál »puede ser este algo sino la ley del progreso, y aquella lógica que »reside como en su centro en la misma humanidad? (*Confessions d'un révolutionnaire.*)

Aquí se suponen tres cosas: la unidad, la solidaridad, y en definitiva la infalibilidad social; cabalmente las mismas tres cosas que el comunismo afirma ó supone en el Estado: y se niegan otras, la capacidad y la competencia de los individuos para gobernar á las naciones; lo mismo que en ellos niega el comunismo cabalmente. De donde se sigue que entre proudhonianos y comunistas se va á parar á un mismo término por diferentes caminos: unos y otros afirman el gobierno, y con él la unidad, la solidaridad de las sociedades humanas. El gobierno es para los unos y para los otros infalible, es decir, omnipotente; y siéndolo, excluye toda idea de libertad en los individuos, los cuales puestos bajo la jurisdiccion de un gobierno omnipotente é infalible, no pueden ser otra cosa sino esclavos. Que el gobierno resida en el Estado, símbolo de la unidad política, ó en la sociedad, considerada como un sér solidario, siempre resultará que el gobierno es la condensacion de todos los derechos sociales, así en la primera como en la segunda de estas disposiciones; de donde se sigue para el individuo, considerado aisladamente, la más completa servidumbre.

M. Proudhon hace, pues, todo lo contrario de lo que dice, y es todo lo contrario de lo que parece: proclama la libertad y la igual-

dad, y constituye la tiranía; niega la solidaridad, y la supone; se llama á sí propio anarquista, y tiene sed y hambre de gobierno. Es tímido, y parece arrojado: el arrojo está en sus frases, la timidez en sus ideas. Parece dogmático, y es escéptico: es escéptico en la sustancia, y dogmático en la forma. Anuncia solemnemente que va á proclamar verdades peregrinas y nuevas, y no hace otra cosa sino ser el eco de antiguos y desacreditados errores.

Aquel apotegma suyo de que *la propiedad es el robo*, ha cautivado á los franceses por su originalidad y por su ingenio. Bueno será que sepan nuestros vecinos que ese apotegma es antiquísimo de este lado de los Pirineos. Desde Viriato hasta nuestros dias, todos los ladrones que salen al camino, al poner la boca de su trabuco en el pecho del caminante, le llaman *ladron*, y como á ladron le quitan lo que tiene. Mr. Proudhon no ha hecho otra, cosa sino robar á los bandoleros españoles su apotegma, como ellos roban al caminante su bolsa. Del mismo modo que se da en espectáculo á las gentes como original cuando es plagiario, siendo el apóstol de lo pasado, se llama el profeta de lo futuro. Su principal artificio está en expresar la idea que afirma, con la palabra que la contradice. Todos llaman despotismo al despotismo; Mr. Proudhon le llamará anarquía; y cuando ha puesto á la cosa afirmada su nombre contradictorio, con el nombre hace guerra á sus amigos, y con la cosa á sus contrarios: con la dictadura comunista, que está en el fondo de su sistema, infunde espanto al capital; con la palabra anarquía ahuyenta y hace huir á sus amigos los comunistas; y cuando, volviendo los ojos por todos lados, ve á los unos sin fuerza para huir y á los otros puestos en vergonzosa fuga, suelta la carcajada. Otro de sus artificios está en tomar de cada sistema lo que, no siendo bastante para confundirse con aquellos que le sostienen, basta para excitar la cólera de los que le contradicen; en él hay páginas que pudieran suscribir todos los partidarios del órden; esas páginas van dirigidas á todos los hombres turbulentos; otras que pudieran suscribir los mas fanáticos demócratas; esas van dirigidas á los amigos del órden; en algunas hace ostentacion del ateismo mas inmundo, y al escribirlas tiene presentes á los católicos; otras

por fin, pudieran ser aceptadas por el católico mas ferviente, y esas son las que destina á regalar los oidos de los materialistas y ateos. El bien supremo de ese hombre es obligar á todos á que levanten la mano contra él, y levantar él su mano contra todos. Cuando ha afirmado de sí que tiene por enemigo á todo el que quiera gobernarle, no ha revelado sino la mitad de su secreto; la otra mitad está en afirmar que es enemigo suyo todo el que le siga y todo el que le obedezca. Si el mundo se hiciera proudhoniano alguna vez, por hacer contraste al mundo dejaria de ser proudhoniano; y si dejando de serlo él dejara de serlo el mundo, se colgaria del primer árbol que encontrara en su camino. Yo no sé si despues de la desventura de no poder amar, que es la desventura satánica por excelencia, hay otra mayor que la de no querer ser amado, que es la desventura proudhoniana. Y sin embargo, ese hombre, asunto tremendo de la cólera divina, conserva allá, en lo mas recóndito de su sér oscurecido y tenebroso, algo que es luz y es amor, algo que le distingue todavía de los espíritus infernales; aunque envuelto ya en sombras que se van rápidamente condensando, no es todo odio y tinieblas. Enemigo declarado de toda belleza literaria, como de toda belleza moral, sin saberlo y sin quererlo es bello, literaria y moralmente, en las pocas páginas que consagra á la suavidad modesta del pudor, á los limpios y castos amores, y á las armonías y á las magnificencias católicas. Su estilo entonces ó se levanta hasta su asunto, lleno de majestad y de pompa; ó toma la forma suave y apacible de los mas frescos idilios.

Mr. Proudhon es inexplicable é inconcebible, considerado en sí aisladamente. Mr. Proudhon no es una persona aunque lo parece, es una personificacion. Siendo contradictorio é ilógico, como lo es, el mundo le llama consecuente, porque él es una consecuencia; es la consecuencia de todas las ideas exóticas, de todos los principios contradictorios, de todas las premisas absurdas que el racionalismo moderno viene planteando de tres siglos á esta parte; y así como la consecuencia contiene á sus premisas y las premisas contienen su consecuencia, esos tres siglos contienen necesariamente á monsieur Proudhon, como Mr. Proudhon lleva en sí esos tres siglos

necesariamente. Por esta razon, el exámen del uno y el exámen de los otros dan un mismo resultado; todas las contradicciones proudhonianas están en los tres siglos últimos, y en Mr. Proudhon están las contradicciones de los tres últimos siglos: y las unas y las otras están en su estado de concentracion en la obra mas notable, bajo cierto punto de vista, del siglo presente: en el *Sistema de las contradicciones económicas*. Entre ese libro y su autor y los siglos racionalistas hay una identidad absoluta: la diferencia está solo en los nombres y en las formas; la cosa representada en comun toma aquí la forma de libro, allí la forma de hombre, y mas allá la forma del tiempo. Esto sirve para explicar por qué monsieur Proudhon está condenado á no ser original nunca y á parecerlo siempre. Está condenado á no ser original nunca, porque, supuestas las premisas, ¿qué cosa hay menos original que la consecuencia? Está condenado á parecerlo siempre, porque ¿qué hay que pueda parecer tan original como la concentracion de todas las contradicciones de tres siglos contradictorios en una sola persona?

Esto no quiere decir que Mr. Proudhon no vaya en pos de la originalidad verdadera. Mr. Prondhon quiere ser verdaderamente original cuando aspira á formular la síntesis de todas las antinomias, y á encontrar la suprema ecuacion de todas las contradicciones; pero aqui, que es donde está la manifestacion de su personalidad individual, es cabalmente donde se descubre su impotencia. Su ecuacion no es mas que el principio de una nueva serie de contradicciones, y su síntesis no es mas que el principio de una nueva serie de antinomias. Puesto entre la propiedad, que es la tésis, y el comunismo, que es la antítesis, busca la síntesis en la propiedad no hereditaria, sin ver que la propiedad no hereditaria no es propiedad, y por consiguiente que su síntesis no es síntesis, porque no suprime la contradiccion, sino una nueva manera de negar la tésis vencida y de afirmar la antítesis vencedora. Cuando para formular la síntesis que ha de comprender por un lado la autoridad, que es la tésis, y por otro la libertad, que es la antítesis, niega el gobierno y proclama la anarquía; si con esto quiere decir que no ha de haber gobierno ninguno, su síntesis no es otra cosa sino la

negacion de la tésis, que es la autoridad, y la afirmacion de la antítesis, que es la libertad humana; y al reves, si lo que quiere decir es que el gobierno dictatorial y absoluto no ha de estar en el Estado sino en la sociedad, en ese caso no hace otra cosa sino negar la antítesis y afirmar la tésis, negar la libertad y afirmar la omnipotencia comunista. En uno y en otro caso, ¿dónde está la conciliacion? ¿dónde está la síntesis? Mr. Proudhon no es fuerte sino cuando se contenta con ser la personificacion del racionalismo moderno, por su naturaleza absurdo y contradictorio; y no es débil sino cuando muestra su personalidad individual, cuando deja de ser una personificacion para convertirse en una persona.

Si despues de haberle examinado bajo varios de sus aspectos, se me preguntara cuál es el rasgo mas dominante de su fisonomia espiritual, responderia á esta pregunta, que es el desprecio de Dios y de los hombres. Jamás hombre ninguno pecó tan gravemente contra la humanidad y contra el Espíritu Santo. Cuando resuena esa cuerda de su corazon, resuena siempre con elocuente y robusta resonancia. No es él el que habla entónces, no: es otro que está en él, que le tiene, que le posee y que le hace caer desfallecido en convulsiones epilépticas; es otro que es mas que él, y que mantiene con él un diálogo perpétuo. Lo que dice algunas veces es tan extraño, y eso que dice lo dice de tan extraña manera, que el ánimo queda suspenso hasta el punto de no saber si el que habla es hombre ó es demonio, y si habla de véras ó se burla. Por lo que hace á él, si con su voluntad pudiera ordenar las cosas á su antojo, preferiria ser tenido por demonio á ser tenido por hombre. Hombre ó demonio, lo que aqui hay de cierto es que sobre sus hombros pesan con abrumadora pesadumbre tres siglos reprobados.

CAPÍTULO V.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO.

El mas consecuente de los socialistas modernos, bajo el punto de de vista de la cuestion que venimos ventilando, me parece ser Roberto Owen, cuando rompiendo en abierta y cínica rebelion contra todas las religiones, depositarias de los dogmas religiosos y morales, negó de un golpe el deber, negando no solo la responsabilidad colectiva, que constituye el dogma de la solidaridad, sino tambien la responsabilidad individual, que descansa en el dogma del libre albedrío del hombre. Negado el libre albedrío, Roberto Owen niega la trasmision de la culpa y la culpa misma. Hasta aquí no puede dudarse sino que hay lógica y consecuencia en todas estas deducciones; pero donde comienza la contradiccion y la extravagancia, es cuando Owen, negada la culpa y el libre albedrío, afirma y distingue el bien y el mal moral; y cuando afir-

mando y distinguiendo estas cosas, niega la pena, que es su consecuencia necesaria.

El hombre, segun Roberto Owen, obra en consecuencia de convicciones invencibles. Esas convicciones le vienen, por una parte, de su organizacion especial, y por otra, de las circunstancias que le rodean; y como él no es autor ni de aquella organizacion ni de estas circunstancias, síguese de aquí que asi la primera como la segunda obran en él fatal y necesariamente. Todo esto es lógico y consecuente; pero por lo mismo es ilógico, contradictorio y absurdo afirmar el bien y el mal cuando se niega la libertad humana. El absurdo llega hasta lo inconcebible y lo monstruoso, cuando nuestro autor intenta fundar una sociedad y un gobierno en esta juxta-posicion de séres irresponsables. La idea del gobierno y la idea de la sociedad son correlativas á la de la libertad humana. Negada la una, procede la negacion de las otras juntamente; y cuando no se niegan ó se afirman todas á la vez, no se hace otra cosa sino afirmar y negar la misma cosa á un mismo tiempo. Yo no sé si hay en los anales humanos testimonio mas insigne de ceguedad, de inconsecuencia y de locura que el que Owen da de sí cuando despues de haber negado la responsabilidad y la libertad individual, no satisfecho con la extravagancia de afirmar la sociedad y el gobierno, pasa todavía mas adelante y da consigo en la extravagancia inconcebible de recomendar la benevolencia, la justicia y el amor á los que, no siendo ni responsables ni libres, ni pueden amar, ni pueden ser justos ni benevolentes.

Los límites que me he impuesto á mi propio al emprender esta obra, me impiden pasar aquí tan adelante como fuera menester por el anchísimo campo de las contradicciones socialistas. Las expuestas bastan y aun sobran para dejar puesto fuera de toda duda el hecho incontrovertible de que el socialismo, bajo cualquier punto de vista que se le considere, es una torpe contradiccion, y que de sus escuelas contradictorias ninguna otra cosa puede salir sino el caos.

Su contradiccion es tan palpable que no nos será dificil ponerla de bulto y como de relieve, aun en aquellos puntos en los que pare-

ce que todos estos sectarios andan unidos y conformes. Si hay alguna negacion que les sea comun, esta es ciertamente la negacion de la solidaridad familiar ó nobiliaria. Llegados aquí, todos los doctores revolucionarios y socialistas alzan la voz para negar esa mancomunidad de glorias y de infortunios, de méritos y de deméritos que el género humano ha reconocido como un hecho entre los ascendientes y sus descendientes, en todas las edades. Pues bien, esos mismos revolucionarios y socialistas afirman de sí en la práctica, sin saberlo, aquello mismo que vienen negando de los otros en la teórica. Cuando la revolucion francesa, sangrienta y desmelenada, puso debajo de sus pies todas las glorias nacionales; cuando embriagada con sus triunfos creyó estar cierta de su definitiva victoria, se apoderó de ella no sé qué orgullo aristocrático y de raza, que estaba en directa oposicion con todos sus dogmas. Entonces fué cuando los revolucionarios mas insignes, dándose en espectáculo á las gentes como los antíguos varones feudales, comenzaron á mostrarse escrupulosos y remisos en dar á los exraños carta de naturalizacion en su nobilísima familia. Mis lectores recordarán aquella pregunta famosa dirigida por los doctores de la nueva ley á los que se presentaban á ellos vestidos con el blanco ropaje de la candidatura: ¿Qué crímen habeis cometido? ¡Desventurado aquel que no habia cometido ninguno, porque jamas veria abiertas para él las puertas del Capitolio, en donde relampagueaban con tremenda majestad los semidioses revolucionarios! El género humano habia instituido la nobleza de la virtud; la revolucion dejó instituida la del crímen.

Cuando despues de la revolucion de febrero hemos visto á socialistas y republicanos dividirse en categorías, separadas unas de otras por abismos formidables; cuando los unos con el título de republicanos *de la víspera* han derramado el escarnio y el baldon sobre los otros que no habian sido republicanos sino *del dia siguiente*: cuando mas afortunados, y por consiguiente mas altivos que todos los demas, se han levantado algunos diciendo: toda la arrogancia es nuestra, porque el republicanismo es en nosotros familiar y nos viene con la sangre; ¿qué viene á ser esto sino pro-

clamar, en pleno republicanismo, todas las preocupaciones solidarias?

Examinad bien una despues de otra todas sus escuelas; todas y cada una de por sí pugnan por constituirse en una familia y por buscar el ascendiente mas noble. En este grupo familiar, el ascendiente es San Simon el nobilísimo; en aquel, Fourrier el ilustre; en el ateo, Babeuf el patriota: en todos hay un jefe comun, un patrimonio comun, una gloria comun, un encargo comun; y todos los grupos y todas las familias, unidas entre sí por una estrecha solidaridad, buscan en las edades pasadas alguna personalidad tan noble, tan alta, tan excelsa, que pueda servirlas á todas de vínculo y de centro. Los unos ponen los ojos en Platon, personificacion gloriosa de la sabiduría antigua; los mas, levantando su loca ambicion hasta la altura de una blasfemia, los ponen en el Redentor del género humano: quizas le olvidarán por desvalido y por pobre, le desdeñarán por humilde; pero en su insolente orgullo no olvidan que, humilde y pobre y desvalido, era rey y sentia correr por sus venas la nobílisima sangre de los reyes. Por lo que hace á Mr. Proudhon, tipo perfecto del orgullo socialista, el cual es á su vez el tipo perfecto del orgullo humano, remontándose á edades mas escondidas en alas de su soberbia, sube en busca de sus ascendientes hasta aquellos tiempos vecinos de la creacion en que florecieron entre los hebreos las instituciones mosáicas. En ocasion mas oportuna demostraré cumplidamente que por lo que hace á Mr. Proudhon, su nobleza es tan antigua y su estirpe tan ilustre, que para encontrar su cepa es necesario subir mas todavía, hasta llegar á unos tiempos puestos fuera del ancho círculo de la história, y á unos séres, en lo perfectísimos y altísimos, incomparablemente superiores á los hombres. Por ahora basta para mi propósito dejar aquí consignado que las escuelas socialistas estan condenadas á la contradiccion y al absurdo de una manera irrevocable; que cada uno de sus principios es contradictorio del que le precede y del que le sigue; que su conducta es la condenacion completa de todas sus teorías, y que sus teorías son la condenacion radical de su conducta.

Solo nos falta ahora formarnos una idea aproximada de lo que sería el edificio socialista sin esas faltas de proporcion que le afean y que le ponen fuera de todo género regular de arquitectura. Visto lo que es el socialismo actual en sus dogmas contradictorios, no parece fuera de propósito que examinemos aquí brevemente lo que ha de ser el socialismo venidero, cuando, por la virtud misteriosa que reside en toda teoría, vaya perdiendo con la duracion lo que hay en él de contradictorio y de inconsecuente. El método aquí consiste en aceptar por punto de partida cualquiera de las proposiciones afirmadas en comun por todas las escuelas, y sacar de ella una en pos de otra las consecuencias que contiene.

La negacion fundamental del socialismo es la negacion del pecado, esa gran afirmacion, que es como el centro de las afirmaciones católicas. Esta negacion lleva consigo por via de consecuencia una série de negaciones, relativas unas al sér divino, otras al sér humano, y otras al sér social. Recorrer toda esa série sería cosa imposible y ajena ademas de nuestro propósito; lo que nos cumple solamente, es señalar las mas fundamentales entre esas negaciones.

Los socialistas niegan el pecado y la posibilidad del pecado juntamente. Negado el hecho y la posibilidad del hecho, procede la negacion de la libertad humana, que no se concibe sin el pecado, ó por lo menos sin la potestad en la naturaleza humana de convertirse de inocente en pecadora.

Negada la libertad, queda negada la responsabilidad del hombre. La negacion de la responsabilidad lleva consigo la negacion de la pena: negada esta, procede, por una parte, la negacion del gobierno divino, y por otra, la de los gobiernos humanos. Luego, por lo que hace á la cuestion del gobierno, la negacion del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la responsabilidad individual, queda negada la responsabilidad en comun: lo que se niega del individuo, no puede afirmarse de la especie, lo cual significa que no existe la responsabilidad humana; y como quiera que no puede afirmarse de algunos lo que, por una parte, se niega de cada uno de por sí, y por otra de todos, síguese de aquí que, una vez negada la responsa-

bilidad del indivíduo y la de la especie, procede negar la responsabilidad de todas las asociaciones. Esto significa que no hay responsabilidad social, ni responsabilidad política, ni responsabilidad doméstica. Luego, por lo que hace á la cuestion de la responsabilidad, la negacion del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la responsabilidad individual, la doméstica, la política y la humana, procede la negacion de la solidaridad en el indivíduo, en la familia, en el Estado y en la especie; como quiera que la solidaridad ninguna otra cosa significa sino la responsabilidad en comun. Luego, por lo que hace á la solidaridad, la negacion del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la solidaridad en el hombre, en la familia, en el Estado y en la especie, es forzoso negar la unidad en la especie, en el Estado, en la familia y en el hombre; como quiera que la identidad entre la solidaridad y la unidad es tan completa, que lo que es uno no puede concebirse sino como siendo solidario, ni lo que es solidario sino como siendo uno. Luego, por lo que hace á la cuestion de la unidad, la negacion del pecado va á parar al nihilismo.

Negada la unidad con una negacion absoluta, proceden las negaciones siguientes: la de la humanidad, la de la sociedad, la de la familia y la del hombre. En efecto; ninguna cosa existe sino con la condicion de ser una, y por lo mismo no puede afirmarse que la familia, la sociedad y la humanidad no existen sino con la condicion de afirmar la unidad doméstica, la política y la humana; negadas estas tres unidades, procede la negacion de esas tres cosas. Afirmar su existencia y negar su unidad es contradecirse en los términos. Cada una de esas cosas ha de ser una, ó no ha de ser de ninguna manera: luego, si no son unas, no existen; su nombre mismo es absurdo, porque es un nombre que ni representa ni designa cosa ninguna.

Por lo que hace al hombre individual, procede su negacion de diferente manera. El hombre individual es el único que puede existir hasta cierto punto sin ser uno y sin ser solidario: lo que se niega negando su unidad y solidaridad, es que en los dife-

rentes momentos de su vida sea una misma persona. Si no hay un vínculo de union entre los tiempos pasados y los presentes, y entre los presentes y los futuros, lo que se sigue de aquí es que el hombre no existe sino en el momento présente; pero en esta suposicion, es claro que su existencia es mas bien fenomenal que real. Si no vivo en lo pasado, porque pasó y porque no hay unidad entre lo presente y lo pasado; si no vivo en lo futuro, porque lo futuro no es, y porque cuando sea ya no será lo presente; si no vivo sino en lo presente, y lo presente no existe, porque cuando se va á afirmar su existencia ya ha pasado, resulta de aquí que mi existencia es mas bien teórica que práctica, porque en realidad si no existo en todos los tiempos, no existo en tiempo ninguno. Yo no concibo el tiempo sino en sus tres formas reunidas, y no puedo concebirle cuando las separo. ¿Qué es lo pasado sino una cosa que no es ya? ¿Qué es lo futuro sino una cosa que no existe todavía? ¿Y quién detiene á lo presente el tiempo necesario para afirmarle, despues de haber salido de lo futuro, y antes de convertirse en lo pasado? Luego afirmar la existencia del hombre, negada la unidad de los tiempos, no viene á ser otra cosa sino darle la existencia especulativa del punto matemático. Luego la negacion del pecado va á parar al nihilismo, así en cuanto á la existencia de la humanidad, de la sociedad y de la familia, como en cuanto á la existencia del hombre. Luego todas las doctrinas socialistas, ó para hablar con mas exactitud, todas las racionalistas van á parar forzosamente al nihilismo; y ninguna cosa hay mas natural y mas lógica, si bien se mira, sino que, no habiendo sino la nada fuera de Dios, los que se separan de Dios vayan á parar á la nada.

Esto supuesto, yo estoy autorizado para acusar al socialismo presente de tímido y de contradictorio. Negar el Dios trino y uno para afirmar otro Dios; negar la humanidad bajo un aspecto, para venir á afirmarla bajo otro punto de vista; negar la sociedad con ciertas formas, para venir á afirmarla despues con formas diferentes; negar la familia por un lado, para afirmarla por otro; negar al hombre de cierta manera, para venir despues á afirmarle

de una manera ó diferente ó contraria, todo esto es entrar por la senda de tímidas, contradictorias y cobardes transacciones. El socialismo presente es todavía un semi-catolicismo y nada mas. Si los límites de esta obra me lo permitieran, no me sería dificil demostrar que en el mas avanzado de sus doctores hay un número mayor de afirmaciones católicas que de negaciones socialistas, lo cual da por resultado un catolicismo absurdo y un socialismo contradictorio. Todo lo que sea afirmar un Dios, es ir á caer en las manos del Dios de los católicos; todo lo que sea afirmar la humanidad, es ir á parar á la humanidad una y solidaria del dogma cristiano; todo lo que sea afirmar la sociedad, es ir á dar consigo mas tarde ó mas temprano en la afirmacion católica sobre las instituciones sociales; todo lo que sea afirmar la familia, es ponerse en el caso de afirmar despues, de uno ó de otro modo, todo lo que el Catolicismo afirma y todo lo que el socialismo niega; por último, todo lo que sea afirmar al hombre de cualquiera manera, se resuelve en definitiva en la afirmacion de Adan, el hombre del Génesis. El Catolicismo es á la manera de aquellos formidables cilindros por donde no pasa la parte sin que despues pase el todo. Por ese cilindro formidable pasará sin dejar rastro de sí, si no muda de rumbo, el socialismo con todos sus pontífices y con todos sus doctores.

Mr. Proudhon, que no suele ser ridículo, es ridículo, sin embargo, cuando formulando la negacion del gobierno como la última de todas las negaciones, va pidiendo á las gentes en ademan cuasi augusto la primera de todas las palabras socialistas, por la sublimidad de su audacia. Los socialistas en presencia de los católicos son como los griegos en presencia de los sacerdotes del Oriente: niños que parecen hombres. La negacion de todo gobierno, lejos de ser la última de las negaciones posibles, no es sino una negacion preliminar que los nihilistas futuros relegarán en el libro de sus prolegómenos. No pasando de ahí, Mr. Proudhon pasará como los demas por el cilindro católico; por ahí pasa todo menos la nada: es necesario, pues, ó afirmar la nada ó pasar con todas sus negaciones y con todas sus afirmaciones, con toda

su alma y con todo su cuerpo por ese cilindro. Mientras que Mr. Proudhon no tome su partído valerosamente, me autoriza para que le acuse ante los racionalistas futuros como sospechoso de Catolicismo latente y de moderantismo disfrazado. Los socialistas que no prefieren llamarse sus herederos, se llaman á sí propios la antítesis del Catolicismo. El Catolicismo no es una tésis, y no siéndolo, no puede ser combatido por una antítesis; es una síntesis que lo abarca todo, que lo contiene todo y que lo explica todo; la cual no puede ser, no diré vencida, pero ni combatida siquiera sino por una sintésis de la misma especie, que á su manera abarque, contenga y explique todas las cosas. En la síntesis católica caben anchamente todas las tésis y todas las antítesis humanas. Ella lo trae y lo condensa todo en sí con la fuerza invencible de una virtud incomunicable. Los que piensan que están fuera del Catolicismo, están en él; porque él es como la atmósfera de las inteligencias: los socialistas, como los demás, despues de esfuerzos gigantescos para separarse de él, ninguna otra cosa han conseguido sino ser unos malos católicos.

CAPÍTULO VI.

DOGMAS CORRELATIVOS AL DE LA SOLIDARIDAD; LOS SACRIFICIOS SANGRIENTOS; TEORIAS DE LAS ESCUELAS RACIONALISTAS ACERCA DE LA PENA DE MUERTE.

Así como el socialismo es un compuesto incoherente de tésis y de antítesis que se contradicen y se destruyen, la gran síntesis católica resuelve todas las cosas en la unidad, poniendo en todas ellas su soberana armonía. De sus dogmas puede afirmarse que sin dejar de ser varios son uno solo. De tal manera se resuelven los que anteceden en los que le siguen, y los que le siguen en los que le anteceden, que no puede averiguarse nunca cuál es el primero y cuál es el último en el gran círculo divino. Esa virtud que todos tienen de penetrarse los unos á los otros en lo mas íntimo de sus esencias, hace que ninguno pueda ser afirmado ó negado de por sí, debiendo ser todos afirmados ó negados juntamente; y como en sus afirmaciones dogmáticas están apuradas todas las afirmaciones posibles, de aquí procede que contra el Catolicismo no se

da afirmacion de ninguna especie, ni negacion que sea particular: contra su prodigiosa síntesis no cabe sino una negacion absoluta. Ahora bien: Dios, que está de manifiesto en la palabra católica, ha dispuesto las cosas de tal modo, que esa suprema negacion, lógicamente necesaria para hacer contraste á la palabra divina, sea de todo punto imposible; como quiera que para negarlo todo es necesario comenzar por negarse á sí mismo, y que el que se niega á sí mismo, no puede pasar adelante ni negar despues cosa ninguna. Síguese de aquí que la palabra católica, siendo invencible, es eterna; desde el primer dia de la creacion viene dilatándose en los espacios y resonando en los tiempos con una fuerza inmensa de dilatacion y con una fuerza infinita de resonancia; su soberana virtud no se ha amenguado todavía, y cuando cesen los tiempos de correr y se recojan los espacios, esa palabra seguirá resonando eternamente en las eternas alturas. Todo en este bajo mundo va pasando: los hombres con sus ciencias, que no son sino ignorancia; los imperios con sus glorias, que no son sino humo; solo está quieta y en su sér esa palabra resonante, afirmándolo todo con una sola afirmacion que es siempre idéntica á sí misma. El dogma de la solidaridad, confundiéndose con el de la unidad, constituye con él un solo dogma; considerado en sí, se resuelve en dos que, como el de la solidaridad y el de la unidad, son uno mismo en la esencia y dos en sus manifestaciones. La solidaridad y la unidad de todos los hombres entre sí lleva consigo la idea de una responsabilidad en comun, y esta responsabilidad supone á su vez que los méritos y los crímenes de los unos pueden dañar y aprovechar á los otros. Cuando el daño es el que se comunica, el dogma conserva su nombre genérico de solidaridad; y le cambia por el de reversibilidad cuando lo que se comunica es el provecho. Así se dice que todos pecamos en Adan, porque todos somos con él solidarios; y que todos fuimos hechos salvos por Jesucristo, porque sus méritos nos son reversibles. Como se ve, la diferencia aquí está en los nombres solamente, y en nada altera la identidad de la cosa significada. Lo mismo sucede con los dogmas de la imputacion y de la sustitucion: los dos no son

otra cosa sino aquellos dogmas mismos considerados en sus aplicaciones. En virtud del dogma de la imputacion, padecemos todos la pena de Adan, y por el de la sustitucion padeció el Señor por todos nosotros. Pero, como se ve aquí, no se trata sino de un dogma sustancialmente. El principio en virtud del cual fuimos todos hechos salvos en el Señor, es idéntico á aquel por el cual fuimos todos en Adan culpables y penados. Ese principio de solidaridad con el que se explican los dos grandes misterios de nuestra redencion y de la trasmision de la culpa, es á su vez explicado por esa misma trasmision y por la redencion humana. Sin la solidaridad no podeis ni concebir siquiera una humanidad prevaricadora y redimida: y por otro lado es evidente que si la humanidad no ha sido ni redimida por Jesucristo, ni prevaricadora en Adan, no puede ser concebida como siendo una y solidaria.

Como por este dogma, junto con el de la prevaricacion adámica, se nos revela la verdadera naturaleza del hombre, no ha permitido Dios que cayera de todo punto en el olvido de las gentes. Esto sirve para explicar por qué todos los pueblos del mundo vienen dando de él clarísimos testimonios, y por qué esos testimonios están consignados con una consignacion elocuentísima en la historia. No hay pueblo tan civilizado ni tribu tan inculta, que no haya creido estas cosas: que los pecados de algunos pueden atraer las iras de Dios sobre las cabezas de todos, y que todos pueden ser hechos salvos de la pena y de la culpa trasmitida, por el ofrecimiento de una víctima en perfectísimo holocausto. Por los pecados de Adan condena Dios al género humano, y le salva por los méritos de su amantísimo Hijo. Noé, inspirado por Dios, condena en Canaan á toda su raza; Dios bendice en Abraham, y luego en Isaac y luego en Jacob á toda la raza hebrea. Unas veces salva á hijos culpables por los méritos de sus ascendientes, otras castiga hasta en su última generacion los pecados de ascendientes culpables; y ninguna de estas cosas, que la razon tiene por increibles, ha causado ni extrañeza ni repugnancia al género humano, que las ha creido con una fe firmísima y robusta. Edipo es pecador, y los dioses derraman sobre Tébas la copa de su enojo: Edipo es asunto de la cólera divina, y los beneficios

de su expiacion son reversibles á Tébas. En el dia mas grande y solemne de la creacion, cuando el mismo Dios hecho hombre iba á proclamar con su muerte la verdad de todos estos dogmas, quiso que antes fueran proclamados y confesados por el mismo pueblo deicida, el cual, clamando con un clamor sobrenatural y con bramido siniestro, dejó caer estos tremendos vocablos: «Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.» No parece sino que Dios permitió que se condensaran aquí juntamente los tiempos y los dogmas: en un mismo dia el mismo pueblo, dándole muerte, imputa á *uno* y castiga en él los pecados de todos, y pide la aplicacion del mismo dogma á sí propio declarando á sus hijos solidarios de sus pecados. En ese mismo dia en que eso se proclama por todo un pueblo, el mismo Dios proclama el mismo dogma haciendose solidario del hombre; y el de la reversibilidad pidiendo al Padre, en premio de su dolor, el perdon de sus enemigos; y el de la sustitucion muriendo por ellos; y el de la redencion, consecuencia de todos los otros siendo el pecador redimido, porque el sustituto que en virtud del dogma de la solidaridad padeció muerte, en virtud del de la reversibilidad fué aceptado.

Todos esos dogmas proclamados en un mismo dia por un pueblo y por un Dios, y cumplídos, despues de ser proclamados, en la persona de un Dios y en las generaciones de un pueblo, vienen proclamándose y cumpliéndose, aunque imperfectamente, desde el principio del mundo, y fueron simbolizados en una institucion antes de ser cumplidos en una persona.

La institucion que los simboliza, es la de los sacrificios sangrientos. Esa institucion misteriosa y, humanamente hablando, inconcebible, es un hecho tan universal y constante, que existe en todos los pueblos y en todas las regiones. De manera que entre las instituciones sociales, la mas universal es cabalmente la mas inconcebible y la que parece mas absurda; siendo cosa digna de notarse aquí que esa universalidad es un atributo comun á la institucion en que aquellos dogmas estan simbolizados, á la persona en que fueron cumplidos, y á los mismos dogmas que fueron simbolizados en aquella institucion y cumplidos en aquella persona. La imagi-

nacion misma no alcanza á fingir ni otros dogmas, ni otra persona, ni otra institucion mas universales. Aquellos dogmas contienen todas las leyes por las que se gobiernan las cosas humanas; aquella persona contiene á la Divinidad y á la humanidad juntas en uno; y aquella institucion es por un lado conmemorativa de lo que aquellos dogmas contienen de universal, por otro simbólica de aquella persona única en quien está la universalidad por excelencia, mientras que por otra parte, considerada en sí misma, se dilata hasta los remates del mundo y vence los términos de la historia.

Abel es el primer hombre que ofreció á Dios un sacrificio sangriento despues de la gran tragedia paradisiaca; y ese sacrificio, por lo que tenia de sangriento, fue acepto á los ojos de Dios, que apartó de sí con enojo el de Cain, consistente en frutos de la tierra. Y lo que aquí hay de singular y de misterioso es, que el que derrama la sangre en sacrificio expiatorio, toma odio á la sangre y muere por no derramar la del mismo que le mata, mientras que el que rehusa derramarla como signo de expiacion, se aficiona á ella hasta el punto de derramar la sangre de su hermano. ¿En qué consiste que, derramada de un modo, quita las manchas; y derramada del otro modo, las pone? ¿En qué consiste que la derraman todos, aunque de diferente manera?

Desde aquella primera efusion de sangre la sangre no dejó de correr, y no corrió nunca sin condenar á unos y sin purificar á otros, conservando siempre entera su virtud condenatoria y su virtud purificante. Todos los hombres que vinieron despues de Abel el justo y de Cain el fratricida, se acercaron mas ó menos á uno de esos dos tipos de aquellas dos ciudades que se gobiernan por leyes contrarias y por gobernadores diferentes, por nombre la ciudad de Dios y la ciudad del mundo; las cuales no son contrarias entre sí porque en una se derrame sangre y en otra no, sino porque en la una la derrama el amor y en la otra la venganza: en la una es ofrecida al hombre y en la otra á Dios en sacrificio expiatorio y en aceptable holócausto.

El género humano, en el que no ha dejado de soplar de todo punto el viento de las tradiciones bíblicas, ha creido siempre con

una fé invencible estas tres cosas: Que es fuerza que la sangre sea derramada; que derramada de un modo, purifica; y de otro, enloquece. De estas verdades da clarísimos testimonios toda la historia, llena con la relacion de historias crueles, de conquistas sangrientas, de trastornos y asolamientos de ciudades famosas, de muertes atrocísimas, de víctimas puras puestas en altares humeantes, de hermanos levantados contra hermanos, y ricos contra pobres, y padres contra hijos, siendo la tierra toda á manera de lago que ni los vientos orean, ni seca el sol con sus inmensos ardores. No las atestiguan con ménos claridad los sacrificios sangrientos ofrecidos á Dios en todos los altares levantados en la tierra; y por último la legislacion de todos los pueblos por la que el que quita la vida ajena está excomulgado, y pierde la suya saliendo de la comunion de los vivientes. En la tragedia de *Orestes*, pone Eurípides en boca de Apolo estas palabras «No es Elena culpable de la guerra de Troya; su belleza no fué sino el instrumento de que se valieron los dioses para encender la guerra entre dos pueblos, y hacer correr la sangre que habia de purificar la tierra manchada con la multitud de los delitos.» Por donde se ve que el poeta, eco á un tiempo mismo de las tradiciones populares y de las tradiciones humanas, da á la sangre una secreta virtud de purificacion, que está en ella de una manera escondida por una causa misteriosa.

Descansando el sacrificio en la suposicion de la existencia de esa causa y de aquella virtud, es claro que la sangre ha debido adquirir esta virtud bajo el imperio de aquella causa, en una época anterior á la de los sacrificios sangrientos; y como estos sacrificios vienen instituidos desde el tiempo de Abel, es una cosa puesta fuera de toda duda, que la causa y la virtud de que tratamos son anteriores á Abel, y contemporáneas de un gran suceso paradisiaco, en donde esa virtud y su causa han de tener principio necesariamente. Ese gran suceso es la prevaricacion adámica. Culpable la carne en Adan, y en la carne de Adan la carne de toda la especie, para que la pena tuviese proporcion con la culpa, era menester que cayera en la carne como la culpa misma: de aquí la necesidad de la efusion perpétua de la sangre humana. A la culpa

de Adan se habia seguido, sin embargo, la promesa de un Redentor; y esa promesa, poniendo al Redentor en lugar del culpable, fué poderosa para suspender la sentencia condenatoria hasta que el que habia de venir fuera venido. Esto sirve para explicar por qué Abel, depositario por Adan á un mismo tiempo de la sentencia condenatoria y de la suspension hasta que fuera llegado el sustituto que habia de padecer la pena por el culpable, instituyó el único sacrificio que podia ser acepto á los ojos de Dios: el sacrificio conmemorativo y simbólico.

El sacrificio de Abel fué tan perfecto, que contuvo en sí por una manera prodigiosa todos los dogmas católicos: por lo que tuvo de sacrificio en general, fué un acto de reconocimiento y de adoracion hacia el Dios omnipotente y soberano; por lo que tuvo de sacrificio sangriento, fué la proclamacion del dogma de la prevaricacion adámica y del de la libertad del prevaricador, que sin el libre albedrío no hubiera sido culpable; y del de la trasmision de la culpa y de la pena. sin la cual solo Adan hubiera debido darse en sacrificio; y del de la solidaridad, sin el cual no hubiera tenido Abel el pecado por herencia. Al propio tiempo fué con respecto á Dios el reconocimiento de su justicia y del cuidado que tiene de las cosas humanas. Considerado bajo el punto de vista de las víctimas ofrecidas al Señor, fué á un tiempo mismo una conmemoracion de la promesa que acompañó á la pena del verdadero culpable, y de la reversibilidad en virtud de la cual los penados por la culpa de Adan habian de ser hechos salvos por los méritos de otro, y de la sustitucion en virtud de la cual uno que habia de venir se habia de ofrecer en sacrificio por todo el género humano; por último, consistiendo las víctimas en corderos primogénitos y sin mancha, el sacrificio de Abel fué simbólico del sacrificio verdadero, en el cual aquel Cordero mansísimo y purísimo, Hijo único del Padre, se habia de ofrecer en santísimo holocausto por los delitos del mundo. De esta manera el Catolicismo todo, que explica y contiene todas las cosas por un milagro de condensacion, está explicado y contenido en el primer sacrificio sangriento ofrecido á Dios por un hombre. ¿Qué virtud es esa que está en la Religion católica, que la

hace dilatarse y condensarse con una dilatacion y con una condensacion infinitas? ¿Qué cosas son esas que en su inmensa variedad caben todas en un símbolo? ¿Y qué símbolo es ese tan comprensivo y perfecto que contiene tantas y tales cosas? Tan altas consonancias y armonías, perfecciones tan soberanas y hermosas están de tal manera sobre el hombre, que se adelantan no solo á todo lo que entendemos sino tambien á todo lo que deseamos y á todo lo que fingimos.

Pasando la tradicion de padres á hijos, vino á suceder que fué borrándose y oscureciéndose poco á poco en la memoria y en el entendimiento de los hombres. Dios no permitió en su infinita sabiduría que dejaran de resonar de todo punto en la tierra aquellos grandes ecos de las tradiciones bíblicas; pero en medio del tumulto de los pueblos, precipitados los unos sobre los otros, y todos á los pies de los ídolos, esos ecos fueron alterándose y debilitándose hasta perder su magnífica resonancia y convertirse en sonidos vagos, intermitentes y confusos. Entonces fué cuando de la idea vaga de una culpa primitiva radicada en la sangre sacaron los hombres la consecuencia de que era necesario ofrecer á Dios en sacrificio la sangre misma del hombre. El sacrificio dejó de ser simbólico para ser real; y como quiera que en la intencion divina no estaba dar eficacia y virtud sino al sacrificio del Redentor solamente, de aquí fué que los sacrificios humanos carecieron de virtud y de eficacia. Aun así y todo, aquellos sacrificios imperfectos é ineficaces contenian en sí virtualmente, por un lado el dogma del pecado original, el de su trasmision y el de la solidaridad, y por otro, el de la reversibilidad y el de la sustitucion, aunque no acertaron á simbolizar ni la sustitucion verdadera, ni el verdadero sustituto.

Cuando los antiguos buscaban una víctima limpia de toda mancha é inocente, y la conducian al altar ceñida de flores para que con su muerte aplacára la cólera divina, satisfaciendo la deuda del pueblo, acertaban en mucho y erraban en algo. Acertaban en afirmar que la justicia divina debia ser aplacada, que no podia serlo sino por el derramamiento de sangre, que uno podia satisfacer la deuda de

todos, que la víctima redentora habia de ser inocente. En todas estas cosas acertaban, como quiera que todas ellas no son otra cosa sino la afirmacion implícita de los grandes dogmas católicos. El error estuvo exclusivamente en creer que podia haber un hombre inocente y justificado, hasta tal punto y de tal manera que pudiera ser ofrecido eficazmente en sacrificio por los pecados del pueblo, en cálidad de víctima redentora. Este solo error, este solo olvido de un dogma católico convirtió al mundo en un lago de sangre: á falta de otros, hubiera bastado por sí solo para impedir el advenimiento de toda civilizacion verdadera. La barbárie, y la barbárie feroz y sangrienta, es la consecuencia legítima, necesaria, del olvido de cualquier dogma cristiano.

El error que acabo de señalar, no lo era sino en un solo concepto y bajo cierto punto de vista: la sangre del hombre no puede ser expiatoria del pecado original, que es el pecado de la especie, el pecado humano por excelencia; puede ser y es, sin embargo, expiatoria de ciertos pecados individuales: de donde se sigue no solo la legitimidad, sino tambien la necesidad y la conveniencia de la pena de muerte. La universalidad de su institucion atestigua la universalidad de la creencia del género humano en la eficacia purificante de la sangre derramada de cierto modo, y en su virtud expiatoria cuando de ese modo se derrama. *Sine sanguine non fit remissio.* (Hebr. 9, 22.) Sin la sangre derramada por el Redentor, no se hubiera extinguido nunca aquella deuda comun que contrajo con Dios en Adan todo el género humano. En donde quiera que la pena de muerte ha sido abolida, la sociedad ha destilado sangre por todos sus poros. A su supresion en la Sajonia Real se siguió aquella grande y encarnizada batalla de mayo, que puso al Estado en trance de muerte, hasta el punto de verse en el caso de acudir para su remedio á una intervencion extranjera. El solo principio de su supresion, proclamado en Francfort en nombre de la patria comun, puso las cosas alemanas en mayor desórden y desconcierto que en ningun otro periodo de su turbulentísima historia. A su supresion por el gobierno provisional de la república francesa se siguieron aquellas tremendas jornadas de junio, que vivirán eterna-

mente con todo su horror en la memoria de los hombres; á aquellas hubieran seguido otras con pavorosa y rápida sucesion, si una víctima santa y acepta no se hubiera puesto entre las iras de Dios y los delitos de aquel gobierno culpable y de aquella ciudad pecadora. Hasta dónde pudo llegar la virtud de aquella sangre augusta é inocente, nadie lo sabrá decir y nadie lo sabe; empero, humanamente hablando, puede afirmarse, sin temor de ser desmentido por los hechos, que la sangre volverá á correr en vena abundosa, por lo menos hasta que la Francia entre otra vez bajo la jurisdiccion de aquella ley providencial que ningun pueblo desechó jamás impunemente.

No pondré término á este capítulo sin hacer aquí una reflexion que me parece de la mayor importancia: si tales efectos ha producido la supresion de la pena de muerte en los delitos políticos, ¿hasta dónde llegarían sus estragos si la supresion se estendiera á los delitos comunes? Ahora bien: si hay para mí una cosa evidente, es que la supresion de la una lleva consigo la supresion de la otra en un tiempo mas ó menos lejano (1), así como me parece cosa puesta fuera de toda duda que, suprimida la pena de muerte en ambos conceptos, procede la supresion de toda penalidad humana. Suprimir la pena mayor en los delitos que atacan la seguridad del Estado y con ella la de los individuos que le componen, y conservarla en los delitos que se perpetran contra los particulares solamente, me parece una inconsecuencia monstruosa, que no puede resistir por largo tiempo á la evolucion lógica y consecuente de los acontecimientos humanos. Por otra parte, suprimir como excesiva la pena de muerte en unos y en otros, viene á ser lo mismo que suprimir todo género de penalidad para los delitos inferiores; como quiera que una vez aplicada á los primeros una pena que no

(1) Quien recuerde las discusiones de la Asamblea legislativa de la república francesa en 1848, verá cómo de hecho fué aplicada esta doctrina por algunos diputados que varias veces propusieron abolir la pena capital aun para los reos de asesinato y parricidio. Y si bien es verdad que el buen sentido de la mayoría se opuso a semejante absurdo, no es menos evidente que este buen sentido no caminaba muy de acuerdo con el rigor lógico de las doctrinas admitidas entonces respecto á los delitos políticos.

sea la de muerte, cualquiera otra que se aplique á los segundos, ha de faltar á las reglas de la buena proporcion, y ha de ser combatida como opresiva é injusta.

Si la supresion de la pena de muerte en los delitos políticos se funda en la negacion del delito político, y si esta negacion se saca de la falibilidad del Estado en estas materias, es claro que todo sistema de penalidad viene al suelo; porque la falibilidad en las cosas políticas supone la falibilidad en todas las cosas morales, y la falibilidad en las unas y en las otras lleva consigo la incompetencia radical del Estado para calificar ninguna accion humana de delito. Ahora bien: como esa falibilidad es un hecho, síguese de ahí que en esta materia de la penalidad todos los gobiernos son incompetentes, porque todos son falibles.

Solo puede acusar de delito el que puede acusar de pecado, y solo puede imponer penas por el uno el que puede imponerlas por el otro. Los gobiernos no son competentes para imponer una pena al hombre sino en calidad de delegados de Dios, ni la ley humana tiene fuerza sino cuando es el comentario de la ley divina. La negacion de Dios y de su ley, por parte de los gobiernos, viene á ser la negacion de sí propios. Negar la ley divina y afirmar la humana, afirmar el delito y negar el pecado, negar á Dios y afirmar un gobierno cualquiera, es afirmar aquello mismo que se niega y negar aquello mismo que se afirma, es caer en una contradiccion palpable y evidente. Entónces sucede que comienza á soplar el cierzo de las revoluciones, el cual no tarda mucho en restaurar el imperio de la lógica, que preside á la evolucion de los sucesos, suprimiendo con una afirmacion absoluta é inexorable ó con una negacion absoluta y perentoria las contradicciones humanas.

El ateismo de la ley y del Estado, ó lo que en definitiva viene á ser lo mismo expresado de una manera diferente, la secularizacion completa del Estado y de la ley, es teoría que no se compone bien con la de la penalidad, viniendo la una del hombre en su estado de apartamiento de Dios, y la otra de Dios en su estado de union con el hombre.

No parece sino que los gobiernos conocen por medio de un ins-

tinto infalible, que solo en nombre de Dios pueden ser justos y fuertos. Así sucede que cuando comienzan á secularizarse ó á apartarse de Dios, luego al punto aflojan en la penalidad como si sintieran que se les disminuye su derecho. Las teorías laxas de los criminalistas modernos son contemporáneas de la decadencia religiosa, y su predominio en los códigos es contemporáneo de la secularizacion completa de las potestades políticas. Desde entónces acá el criminal se ha ido trasformando á nuestros ojos lentamente, hasta el punto de parecer á los hijos objeto de lástima el mismo que era asunto de horror para sus padres. El que ayer era llamado criminal, hoy pierde su nombre en el de escéntrico ó en el de loco. Los racionalistas modernos llaman al crímen desventura: dia vendrá en que el gobierno pase á los desventurados, y entonces no habrá otro crímen sino la inocencia. A las teorías sobre la penalidad de las monarquías absolutas en sus tiempos decadentes se siguieron las de las escuelas liberales, que trajeron las cosas ál punto y trance en que hoy las vemos: tras las escuelas liberales vienen las socialistas con su teoría de las insurrecciones santas y de los delitos heróicos: ni serán estas las últimas, porque allá en los lejanos horizontes comienzan á despuntar nuevas y mas sangrientas auroras. El nuevo evangelio del mundo se está escribiendo quizas en un presidio. El mundo no tendrá sino lo que merece cuando sea evangelizado por los nuevos apóstoles.

Los mismos que han hecho creer á las gentes que la tierra puede ser un paraiso, las han hecho creer mas facilmente que la tierra ha de ser un paraiso sin sangre. El mal no está en la ilusion; está en que cabalmente en el punto y hora en que la ilusion llegara á ser creida de todos, la sangre brotaría hasta de las rocas duras, y la tierra se trasformaría en infierno. En este oscuro y bajo suelo, el hombre no puede aspirar á una ventura imposible, sin ser tan desventurado que pierda la poca dicha que alcanza.

CAPÍTULO VII.

RECAPITULACION.—INEFICACIA DE TODAS LAS SOLUCIONES PROPUESTAS: NECESIDAD DE UNA SOLUCION MAS ALTA.

Hasta aquí hemos visto de qué manera la libertad del hombre y la del ángel, con la facultad de escoger entre el bien y el mal, que constituye su imperfecion y su peligro, era una cosa no solo justificada sino tambien conveniente. Vimos tambien cómo del ejercicio de esa libertad constituida salió el mal con el pecado, el cual alteró profundísimamente el órden puesto por Dios en todas las cosas, y la manera convenientísima de ser de todas las criaturas. Pasando mas adelante, despues de habernos dado cuenta de los desórdenes de la creacion, nos propusimos demostrar y demostramos, á nuestro entender cumplidamente, que así como al ángel y al hombre, dotados del libre albedrío, les fué dada la tremenda potestad de sacar el mal del bien y de inficionar todas las cosas, el uno con su rebelion, el otro con su desobediencia, y ambos con su peca-

do, Dios, para hacer constraste á esta libertad perturbadora, se reservó la potestad de sacar el bien del mal y el órden del desórden, usando de ella larga y convenientemente, hasta el punto de poner las cosas en un sér mas concertado y perfecto que el que hubieran alcanzado sin los ángeles rebeldes y sin los hombres pecadores. No siendo posible evitar el mal sin suprimir la libertad angélica y la humana, que eran un gran bien, Dios en su infinita sabiduría hizo de modo que el mal, sin ser suprimido, fué trasformado hasta el punto de servir, en su mano omnipotente, de instrumento de mayores conveniencias y de mas altas perfecciones.

Para demostrar lo que á nuestro propósito cumplia, observamos que el fin general de las cosas era manifestar todas á su manera las perfecciones altísimas de Dios, y ser como centellas de su hermosura y magníficos reflejos de su gloria. Consideradas bajo el punto de vista de este fin universal, no nos fué dificil demostrar que de la obediencia humana y de la rebelion angélica se siguieron bienes incomparables, y que así la una como la otra sirvieron para que las criaturas, que antes reflejaban solamente la divina bondad y la divina magnificencia, reflejaran tambien toda la sublimidad de su misericordia y toda la grandeza de su justicia. El órden no fué universal y absoluto sino cuando las criaturas tuvieron en sí todos estos espléndidos reflejos.

De los problemas relativos al órden universal de las cosas, pasamos á los que se refieren al órden general de las cosas humanas: discurriendo por este anchísimo campo, vimos propagarse el mal en la humanidad con el pecado; allí vimos de qué manera la humanidad estuvo en Adan, y cómo la especie fué en el individuo pecadora. Así como el pecado, considerado en sí mismo, fué poderoso para turbar el órden del universo, lo fué tambien y con mayor razon para poner en desórden todas las cosas humanas. Para la inteligencia de lo que antes digimos y de lo que diremos despues, conviene advertir aqui que, así como el fin universal de las cosas es manifestar las perfecciones divinas, el fin particular del hombre es conservar su union con Dios, lugar de su alegría y de su descanso: el pecado desordenó las cosas humanas, apartando al

hombre de esa union, que constituye su fin especial: y desde ese momento el problema, por lo que hace á la humanidad, consiste en averiguar de qué manera el mal puede ser vencido en sus efectos y en su causa: en sus efectos, es decir, en la corrupcion del individuo y de la especie con todas sus consecuencias; en su causa, es decir, en el pecado.

Dios, que es simplicísimo en sus obras porque es perfectísimo en su esencia, vence al mal en su causa y en sus efectos por la secreta virtud de una sola trasformacion; pero esta tan radical y portentosa, que por ella todo lo que era mal se muda en bien, y todo lo que era imperfeccion, en perfeccion soberana. Hasta aquí hemos venido exponiendo la manera y forma en que Dios trasforma en instrumentos del bien los efectos mismos del mal y del pecado. Procediendo todos ellos de una corrupcion primitiva del individuo y de la especie, no son otra cosa en la especie ni en el inviduo, considerados en sí, sino una desgracia lamentable: quien dice desgracia, dice efecto necesario; y si la causa de donde el efecto se sigue es de aquellas que obran de una manera constante, quien dice desgracia, tanto quiere decir como desgracia, por su naturaleza, invencible. Imponiendo la desgracia como una pena, Dios hizo posible su trasformacion, por medio de su aceptacion voluntaria por parte del hombre. Cuando el hombre ayudado de Dios aceptó heróicamente como una pena justa su desgracia, su desgracia no cambió de naturaleza, considerada en sí misma, lo cual sería imposible de todo punto; pero adquirió una nueva y extraña virtud, la virtud expiatoria y purificante. Conservando siempre su invencible identidad, produce efectos que naturalmente no están en ella, siempre que se combina de una manera sobrenatural con la aceptacion voluntaria. Esta doctrina consoladora y sublime nos viene á un tiempo mismo de Dios, de la razon y de la historia, constituyendo una verdad racional, histórica y dogmática.

El dogma de la trasmision de la culpa y de la pena, y el de la accion purificante de la última siendo libremente aceptada, nos llevó como por la mano al exámen de las leyes orgánicas de la

humanidad, por las cuales se explican cumplidamente todas sus evoluciones históricas y todos sus movimientos. El conjunto de esas leyes constituye el órden humano, y de tal manera le constituye, que no puede ser ni imaginado de otra manera.

Despues de haber expuesto las soluciones católicas sobre estos problemas altísimos y temerosos, de los cuales unos son relativos al órden universal y otros al órden humano, propusimos las soluciones inventadas por la escuela liberal y por los socialistas modernos, y demostramos, por una parte, las sublimes armonías y consonancias de los dogmas católicos, y por otra las extravagantes contradicciones de las escuelas racionalistas. La impotencia radical de la razon para hallar la solucion conveniente de estos problemas fundamentales, sirve para explicar la incoherencia y la contradiccion que se observan en las soluciones humanas; y esas contradicciones incoherentes sirven á su vez para demostrar la imposibilidad absoluta en que está el hombre abandonado á sí mismo, de remontarse con sus propias alas á aquellas encumbradas y serenas alturas en donde puso Dios las leyes secretísimas de todas las cosas. De este exámen, hasta cierto punto prolijo si se atiende á los estrechos límites de esta orbra, resulta demostrado hasta la evidencia: lo primero, que toda negacion de un dogma católico lleva consigo la negacion de todos los otros dogmas; y al reves, que la afirmacion de uno solo lleva consigo la afirmacion de todos los dogmas católicos; lo cual es una demostracion invencible de que el Católicismo es una inmensa síntesis, puesta fuera de las leyes del espacio y del tiempo: lo segundo, que ninguna escuela racionalista niega todos los dogmas católicos á la vez; de donde se sigue que todas están condenadas á la inconsecuencia y al absurdo: y lo tercero, que no es posible salir del absurdo y de la inconsecuencia sin aceptar todas las afirmaciones católicas con una aceptacion absoluta, ó negarlas todas con una negacion tan radical que vaya á parar al nihilismo.

Por último, despues de haber examinado cada uno de por sí aquellos dogmas que se refieren al órden universal y al órden humano, consideramos su armonioso y magnifico conjunto en la ins-

titucion de los sacrificios sangrientos, la cual trae su orígen de aquella primera edad que siguió inmediatamente á la gran catástrofe paradisáica. Allí vimos que esa institucion misteriosa es, por un lado, la conmemoracion de aquella gran tragedia y de la promesa de un redentor, hecha por Dios á nuestros primeros padres; por otro, la encarnacion de los dogmas de la solidaridad, de la reversibilidad, de la imputacion y de la sustitucion; y por último, el símbolo perfectísimo del sacrificio futuro, tal como le habiamos de ver realizado en la plenitud de los tiempos. Puestas en olvido entre las gentes las tradiciones bíblicas, el mundo olvidó el significado propio de aquella institucion religiosa, que vino corrompiéndose por todas partes: por su corrupcion se explica la institucion universal de los sácrificios humanos, los cuales dan testimonio á la verdad de la tradicion, si bien se apartan de ella en aquellos puntos en que habia caido en olvido de las gentes. Con este motivo expusimos el grande error y la grande enseñanza que están juntos en esa institucion, que á primera vista parece inexplicable por lo que tiene de profundamente misteriosa. Su grande error está en atribuir al hombre la virtud expiatoria del que le habia de sustituir cuando se hubieran cumplido los tiempos, segun la voz de las antiguas profecías y de las antiguas tradiciones; su grande enseñanza está en atribuir á la sangre derramada en cierta forma la virtud de aplacar de cierto modo y hasta cierto punto la cólera divina. Por el encadenamiento y la conexion de estas deducciones, fuímos á parar al exámen de la pena de muerte, universalmente instituida en toda la tierra como una profesion de fé de la virtud que está en la sangre, hecha en todos los tiempos por todo el género humano. Con este motivo, interrogamos á las escuelas racionalistas sobre esta materia escabrosa; y en este punto, como en todos los demas, sus respuestas y sus soluciones nos parecieron contradictorias y absurdas. Llevándolas de contradiccion en contradiccion, las pusimos en el caso de escoger entre la aceptacion de la pena de muerte para los delitos políticos como para los comunes, ó la negacion radical y absoluta á un tiempo mismo del delito y de la pena.

Llegados á este punto de la discusion, solo nos falta, para ponerla un término dichoso, acercarnos con santo terror y con muda y extática reverencia al misterio de los misterios, al sacrificio de los sacrificios, al dogma de los dogmas. Hasta aquí hemos visto, por una parte, las maravillas del órden divino, por otra la armonía del órden universal, y por último la altísima conveniencia del órden humano; ahora nos cumple subir á cumbre mas alta, á la que domina y señorea todas las cumbres católicas. Allí está asentado en toda su majestad, misericordiosa á un mismo tiempo y tremenda, terribilísima y mansísima, aquel que habia de venir y que vino, y que, viniendo, lo trajo todo á sí, y lo unió en sí con fortísima y amorosísima lazada. Él es la solucion de todos los problemas, el asunto de todas las profecías, el figurado en todas las figuras, el fin de todos los dogmas, la confluencia del órden divino, del universal y del humano; la llave de todos los secretos, la luz de todos los enigmas, el prometido por Dios, el deseado de los patriarcas, el aguardado de las gentes, el padre de todos los afligidos, el reverenciado de los coros de las naciones y de los coros angélicos, *alfa* y *homega* de todas las cosas.

El órden universal está en que todo se ordene armoniosamente para aquel fin supremo que impuso Dios á la universalidad de las cosas. El supremo fin de las cosas consiste en la manifestacion exterior de las divinas perfecciones. Todas las criaturas cantan la bondad y la magnificencia y la omnipotencia de Dios. Los justificados ensalzan su misericordia, los réprobos su justicia. ¿Cuál criatura, entre las criadas, celebra su amor de una manera tan especial como los réprobos su justicia y los justificados su misericordia? Y siendo esto así, ¿no se echa de ver claramente la altísima conveniencia de que en el universo, formado para manifestar las divinas perfecciones, se levantara una voz universal ensalzando el divino amor, ese último toque de las perfecciones divinas?

El órden humano está en la union del hombre con Dios: esa union no puede realizarse, en nuestra condicion actual y en nuestro actual apartamiento, sin un esfuerzo gigantesco para levantarnos hasta él. ¿Pero quién pide esfuerzo al que es débil, y quién

manda levantarse y subir hasta la cumbre altísima de un monte al que está caido en el valle y lleva sobre sus hombros el peso de su pecado? Sé que la aceptacion heróica y voluntaria de mi dolor y de mi cruz me levantaria sobre mí mismo. ¿Pero cómo he de amar lo que naturalmente aborrezco, y cómo he de aborrecer lo que naturalmente amo, y esto voluntariamente? Me mandan amar á Dios, y siento discurrir por mis venas el amor corrosivo de mi carne. Me mandan andar, y estoy reducido á prisiones. Con mi pecado no puedo merecer, y no puedo apartarme del pecado, que me tiene asido, si no me le quitan. Ninguno puede quitármele si no tiene hácia mí un infinito amor, anterior á todo merecimiento; y nadie me ama con ese amor infinito. Soy el ludibrio de Dios y la fábula del universo; en vano discurriré por todo el cerco de la tierra; que adonde quiera que vaya, irá conmigo mi desventura: y en vano pondré los ojos en ese cielo de metal, que jamás hirió mi frente con un rayo de esperanza.

Si todo esto es así, es claro que el edificio católico que venimos levantando laboriosamente, viene al suelo, falto de aquella espléndida cúpula que le habia de servir de remate y de áncora. Nueva torre de Babel, levantada por el orgullo y fabricada sobre arenas frágiles y movedizas, será juguete del temporal y escarnio de los vientos. El órden humano, el órden universal no son otra cosa sino palabras resonantes; y todos aquellos temerosos problemas que traen á la humanidad pensativa y contristada, quedan en pié y envueltos en su oscuridad invencible, á pesar del vano aparato de las soluciones católicas. Mejor trabadas entre sí que las soluciones de las escuelas racionalistas, su trabazon no es tan perfecta, sin embargo, que pueda resistir al empuje de la razon humana. Si el Catolicismo ni dice mas, ni enseña mas, ni contiene mas que lo que va dicho, contenido y enseñado en aquellas soluciones, el Catolicismo no es mas que un sistema filosófico, que siendo mas acabado que los sistemas anteriores, segun todas las probabilidades será menos perfecto que los sistemas futuros. Aun hoy dia puede acusársele ya de impotencia notoria para resolver los grandes problemas que se refieren á Dios, al universo

y al hombre. Dios no es perfecto, si no ama de una manera infinita; el órden no existe en el universo, si no hay en él nada que manifieste ese amor; y en cuanto al hombre, el desórden en que está puesto es tan invencible, que no puede salvarse no siendo amado infinitamente.

Y no se diga que Dios es infinitamente bueno é infinitamente misericordioso, y que el amor va supuesto y como escondido en su infinita bondad y en su infinita misericordia; porque el amor es de por sí cosa tan principal, que cuando existe, á todas las otras las domina y señorea. El amor no es contenido, es continente; se declara, no se esconde: tal es su condicion, que no puede estar en ninguna parte sin que parezca que está solo y que todo lo avasalla. Él lleva de suyo no ordenarse á ningun fin, y ordenar á sí todas las cosas. El que ama, si ama bien, ha de parecer que enloquece; y para ser infinito el amor, ha de parecer una infinita locura.

Hay una voz que está en mi corazon y que es mi mismo corazon, que está en mí y que es yo mismo, y que me dice: Si quieres conocer al verdadero Dios, mira al que te ama hasta enloquecer por tí, y al que te ayuda á que le ames hasta enloquecer por él: y ese es el Dios verdadero; porque en Dios está la bienaventuranza, y la bienaventuranza no es otra cosa sino amar, y padecer desmayos de amor, y estar desmayado así perpétuamente. Nadie me llame á sí si no me ama, porque no responderé á su llamamiento. Mas si la voz que escucho es voz de amor, héme aquí, diré al punto, y seguiré á mi amado sin preguntarle ni adonde va, ni á qué parte me lleva; porque adonde quiera que me lleve y adonde quiera que vaya, hemos de estar él y yo y nuestro amor, y nuestro amor él y yo somos el cielo. Yo quisiera amar así, y sé que no puedo amar así, y que no tengo á quien amar de esta manera, y aun por eso me deshago y me atormento en un cerco sin salida. ¿Quién me sacará de este cerco que me ahoga, y me dará alas como de paloma para discurrir por otras regiones y para subir á otras alturas?

CAPÍTULO VIII.

DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS, Y DE LA REDENCION DEL GÉNERO HUMANO.

De dos problemas digimos que estaban por resolver para que pudiera constituirse de todo punto así el órden universal como el humano: Dios sacó el bien de la prevaricacion primitiva, la cual le sirvió de ocasion para manifestar dos de sus mas grandes perfecciones: su infinita justicia y su infinita misericordia. No era esto bastante sin embargo: convenia ademas, para que en las cosas de la creaccion, y especialmente en las humanas, hubiera aquel órden y concierto que atestiguan la presencia de Dios en todas sus obras, que el pecado mismo de la prevaricacion fuera borrado de todo punto; como quiera que, cualquíera que fuese el bien que Dios sacara de él, quedando subsistente, quedaba en pié, y como desafiando á todo el divino poder, el mal por excelencia. Por otra parte, nada conviene mas á la misericordia infinita de Dios, sino ayudar con mano á

un mismo tiempo potentísima y clementísima la invencible flaqueza del hombre, para que de tal manera se levantara sobre su miserable condicion, que pudieran trasformarse en instrumento de su propia salvacion las consecuencias de su pecado. Borrar el pecado y fortificar al pecador hasta el punto que pudiera levantarse libre y meritoriamente estando caido: este es el gran problema que es necesario resolver, aun despues de resueltos todos los otros, si el Catolicismo ha de ser otra cosa que uno de los muchos sistemas laboriosamente imperfectos que vienen dando testimonio de la profunda y radical impotencia de la razon humana.

El Catolicismo resuelve estos dos grandes problemas por el mas alto é inefable, é incomprensible y glorioso de todos sus misterios: en ese altísimo misterio están juntas todas las divinas perfecciones. En él está Dios con su espantable omnipotencia, con su perfecta sabiduría, con su maravillosa bondad, con su terribilísima justicia, con su altísima misericordia; y sobre todo, con aquel inefable amor que domina y señorea todas sus otras perfecciones, el cual manda con imperio, á un tiempo mismo, á su misericordia ser misericordiosa, á su justicia ser justa, á su bondad ser buena, á su sabiduría ser sabia, y á su omnipotencia ser omnipotente; porque Dios no es ni omnipotencia, ni sabiduría, ni bondad, ni justicia, ni misericordia: Dios es amor, y nada mas que amor; pero ese amor es de suyo omnipotente, sapientísimo, buenísimo, justísimo y misericordiosísimo.

El amor fué el que mandó á su misericordia dar al hombre prevaricador y caido la esperanza, con aquella divina promesa de un futuro redentor, que vendria al mundo para tomar en sí y para vencer al pecado. El amor fué el que le prometió en el paraiso, el que le envió á la tierra y el que vino: el amor fué el que tomó carne humana, y vivió vida de hombre mortal, y murió muerte de cruz, y resucitó despues en su carne y en su gloria. En el amor y por el amor somos salvados todos los que somos pecadores.

El gloriosísimo misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios es el único título de nobleza que tiene el género humano. Lejos de causarme maravilla el desprecio que los racionalistas modernos

muestran hácia el hombre, si hay alguna cosa que ni alcanzo á explicar ni puedo concebir, es la atentada prudencia y la tímida mesura con que proceden en este negocio. Tomando al hombre despeñado ya por su culpa de aquel primitivo estado en que le puso Dios, de justicia original y de gracia santificante; examinado por dentro en su constitucion orgánica, imperfectísima y contradictoria; y cuando se consideran la ceguedad de su entendimiento, la flaqueza de su voluntad, los torpes arrebatos de su carne, el ardor de sus concupiscencias y la perversidad de sus inclinaciones, no acierto á concebir ni á explicar esa parsimonia de vilipendios y esa mesura en los desdenes. Si Dios no ha tomado la naturaleza humana; si tomándola en sí, no la ha levantado hasta sí; y si levantándola hasta sí, no ha dejado en ella un rastro luminoso de su nobleza divina, es fuerza confesar que para expresar la vileza humana faltan vocablos en los idiomas de las gentes. Yo de mí sé decir, que si mi Dios no hubiera tomado carne en las entrañas de una mujer, y si no hubiera muerto en una cruz por todo el linaje humano, el reptil que piso con mis piés, seria á mis ojos menos despreciable que el hombre. Aun así y todo, el punto de fé que mas abruma con su peso á mi razon, es ese de la nobleza y dignidad de la especie humana, dignidad y nobleza que quiero entender y no entiendo, y que quiero alcanzar y no alcanzo. En vano aparto los ojos llenos de espanto y de horror de los anales del crímen, para ponerlos en esferas mas altas y en regiones mas serenas. En vano traigo á mi memoria aquellas levantadas virtudes de los que el mundo llama héroes, y de que están llenas las historias; porque mi conciencia levanta su voz y me dice que todas esas heróicas virtudes se resuelven en vicios heróicos, los cuales se resuelven á su vez en un orgullo ciego ó en una ambicion insensata. El género humano aparece á mi vista como una inmensa muchedumbre puesta á los piés de sus héroes, que son sus ídolos; y los héroes, como ídolos, que se adoran á sí propios. Para creer yo en la nobleza de esas estúpidas muchedumbres, ha sido necesario que Dios me la revele. Ninguno puede negar esa revelacion y afirmar su propia nobleza. ¿De dónde

sabe que es noble, si Dios no se lo ha dicho? Una cosa excede mi razon y me confunde: que haya quien piense que se necesita una fé menos robusta para creer en el incomprensible misterio de la dignidad humana, que para creer en el misterio adorable de un Dios hecho hombre, por la virtud del Espíritu Santo, en las entrañas de una vírgen. Esto prueba que el hombre vive siempre sujeto á la fé; y que cuando parece que deja la fé por su propia razon, no hace mas sino dejar la fé de lo que es divinamente misterioso, por la fé de lo que es misteriosamente absurdo.

La encarnacion del Hijo de Dios fué convenientísima, no solamente en calidad de manifestacion soberana de su infinito amor, en el cual está la perfeccion, si puede decirse así, de las divinas perfecciones, sino tambien en virtud de otras profundas y altísimas consecuencias. El órden supremo de las cosas no puede concebirse, si las cosas todas no se resuelven en la unidad absoluta. Ahora bien: sin aquel prodigioso misterio, la creacion era doble y el universo un dualismo, símbolo de un antagonismo perpétuo, contradictorio del órden. De un lado estaba Dios, tésis universal; y de otro las criaturas, su universal antítesis. El órden supremo exigia una síntesis tan poderosa y tan ancha, que bastara á conciliar por medio de la union la tésis y la antítesis del Criador y las criaturas. Que esta es una de las leyes fundamentales del órden universal, se ve claro cuando se considera que ese mismo misterio que en Dios nos causa maravilla, sin admirarnos está patente en el hombre. El hombre, considerado bajo este punto de vista, no es otra cosa sino una síntesis, compuesta de una esencia incorpórea, que es la tésis, y de una antítesis, que es su sustancia corpórea. El mismo sér que, considerado como un compuesto de espíritu y de materia, es una síntesis, no es mas que una antítesis que es necesario reducir á la unidad por medio de una síntesis superior, juntamente con la tésis que le contradice, cuando se le considera en calidad de criatura. La ley de la reduccion de la variedad en la unidad, ó lo que es lo mismo, de todas las tésis con sus antítesis en una síntesis suprema, es una ley visible é indeclinable. La dificultad aquí está solo en hallar esa suprema síntesis. Estando de

un lado Dios, y de otro todas las cosas criadas, es una cosa evidente que aquí la síntesis conciliadora no puede buscarse fuera de estos términos, fuera de los cuales no hay nada que se pueda imaginar, siendo como son universales y absolutos. La síntesis, pues, habia de encontrarse en las criaturas ó en Dios, en la antítesis ó en la tésis, ó bien en una y en otra simultánea ó sucesivamente.

Si el hombre hubiera permanecido quieto en aquel estado excelente y en aquella condicion nobilísima en que fué puesto por Dios, la variedad hubiera ido á perderse en la unidad, y la antítesis creada se hubiera unido con la tésis creadora en una suprema síntesis por la deificacion del hombre. A esta deificacion futura fué dispuesto por Dios cuando le adornó con la justicia original y con la gracia santificante. El hombre, en uso de su libertad soberana, se despojó de aquella gracia y renunció á aquella justicia; y despojándose de la una y renunciando á la otra, puso impedimento á la divina voluntad, renunciando á su deificacion voluntariamente. Empero la libertad humana, que es poderosa para impedir el cumplimiento de la voluntad de Dios en lo que tiene de relativo, no lo es para impedir la realizacion de esa misma voluntad en lo que tiene de absoluto. La reduccion de la variedad en la unidad; eso era lo que habia de absoluto en la voluntad divina: la reduccion por medio exclusivo de la deificacion del hombre; eso es lo que habia en ella de relativo y contingente; lo cual quiere decir, que Dios quiso el fin con una voluntad absoluta, y el medio de alcanzar ese fin con una voluntad relativa; y en esto, como en todo, resplandece la sabiduría de Dios con un resplandor inefable. En efecto; sin lo que habia en su voluntad de absoluto, Dios no hubiera sido soberano; y sin lo que habia de relativo en ella, no hubiera sido posible la libertad humana: por el contrario, por lo que en su voluntad hubo á un tiempo mismo de absoluto y relativo, de contingente y de necesario, pudieron coexistir y coexistieron la soberanía de Dios y la libertad del hombre. En calidad de soberano, Dios decretó aquello que habia de ser; en calidad de libre, el hombre determinó que aquello que habia de ser no sería de cierta manera.

Entonces sucedió que el órden universal, querido por Dios con una voluntad absoluta, hubo de realizarse por la humanizacion inmediata de Dios, no pudiendo realizarse por la deificacion inmediata del hombre, la cual fué de todo punto imposible, primero, con una imposibilidad relativa á causa de su voluntad, y despues con una imposibilidad absoluta á causa de su pecado.

Ya en otra ocasion me propuse demostrar, y demostré cumplidamente, cuán grande es el alcance y la universalidad de las soluciones divinas, las cuales, al revés de lo que se observa en las humanas, no suprimen un obstáculo para ir á dar en otro mayor, ni resuelven una dificultad para caer en otra mas grande, ni esclarecen un problema bajo un punto de vista para dejarle mas oscuro que antes, mirándole por otro lado; sino que, por el contrario, suprimen de una vez todos los obstáculos, resuelven á un tiempo mismo todas las dificultades, y esclarecen todos los problemas de un solo golpe, con un esclarecimiento simplicísimo. Y esto que se observa en todas las divinas soluciones, se observa mas particularmente todavía en esta que tratamos relativa al misterio adorable de la Encarnacion del Hijo de Dios; porque al propio tiempo que fué el medio soberano de reducirlo todo á la unidad, condicion divina del órden en el universo, fué tambien un medio maravilloso de restaurar el órden en la humanidad caida. La imposibilidad radical en que quedó el hombre de volver por sí solo á la amistad y gracia de Dios, despues del pecado, está confesada por aquellos mismos que niegan el Catolicismo en la mayor parte de sus dogmas. Mr. Proudhon, el hombre mas docto de las escuelas socialistas, no vacila en afirmar que, supuesto el pecado, la redencion del hombre por los méritos y trabajos de Dios era de todo punto necesaria; como quiera que el hombre pecador no podia ser de otra manera redimido. Por lo que hace á los católicos, no vamos tan allá, afirmando solamente que esta manera de redencion, sin ser necesaria ni la única posible, es sin embargo, adorable y convenientísima.

Por aquí se ve que Dios se dió traza para vencer con una misma industria, así el obstáculo que se oponia á la realizacion del ór-

den universal, como el que impedia el órden humano. Haciéndose hombre sin dejar de ser Dios, unió sintéticamente á Dios y al hombre; y como en el hombre estaban ya sintéticamente unidas la esencia espiritual y la sustancia corpórea, resultó de aquí que Dios hecho hombre reunió en sí, por una altísima manera, por un lado las sustancias corpóreas y las esencias espirituales, y por otro, al Criador de todo con todas sus criaturas. Al propio tiempo, padeciendo y muriendo voluntariamente por el hombre, echó sobre sí, quitándosele á él, aquel pecado primitivo por el cual padeció corrupcion y fué condenada á muerte en Adan toda su raza.

Bajo cualquier punto de vista que se considere este gran misterio, ofrece, al que se para y le mira, las mismas maravillosas conveniencias. Si todo el linaje humano padeció condenacion en Adan, nada mas razonable y conveniente sino que todo él se salvara en otro Adan mas perfecto, habiendo sido condenados como lo fuimos por la ley de la solidaridad, que fué ley de justicia; nada mas razonable y conveniente sino que fuéramos hechos salvos por la ley de la reversibilidad, que es una ley de misericordia. El padecer por los pecados de un representante no hubiera sido cosa justa y conveniente, si no nos hubiera sido dado el merecer por los méritos de un sustituto. Nada mas ajustado á la ley de razon, sino que, siéndonos imputables los pecados de aquel, los méritos de este nos sean reversibles. Y con esto se responde á los que llenos de arrogante soberbia mueven la lengua contra Dios por la condenacion con que fuímos condenados todos en la cabeza de nuestros primeros padres; porque, aun suponiendo por vía de argumentacion que en nuestros primeros padres no hubiéramos sido todos pecadores, ¿con cuál derecho se queja de haber sido condenado en un representante, el que ha sido hecho salvo por un sustituto? Volverse contra Dios por la ley de los pecados imputables, sin acordarse de aquella otra, que la completa y la explica, por la cual los méritos ajenos nos son reversibles, es grande temeridad; porque es insigne mala fé ó torpe ignorancia, y en todo caso calificada locura.

Restablecido el órden en el universo por la union de todas las cosas en Dios, y el órden en la humanidad en cuanto estaba impe-

dido por el pecado, solo falta para restablecer el segundo completamente, por una parte poner al hombre en estado de levantarse sobre sí mismo hasta el punto de aceptar las tribulaciones con una aceptacion voluntaria, y por otra dar á esa aceptacion una virtud meritoria. A ambas cosas ocurrió Dios con este divino misterio, en sus consecuencias fecundísimo, y en sí mismo admirable. La sangre preciosísima derramada en el Calvario, no solo borró nuestra culpa y satisfizo nuestra pena, sino que por su inestimable valor nos puso, siéndonos aplicada, en estado de merecer galardones; por ella se nos dieron dos gracias juntamente: la que consiste en aceptar la tribulacion, y aquella en virtud de la cual la aceptacion, alegremente aceptada en el Señor y por el Señor, adquiere una virtud meritoria. En esto consiste la suma de la Religion católica: en creer con firmísima fé que naturalmente nada podemos, y que lo podemos todo en aquel y por aquel que nos fortifica. Todos los otros dogmas sin este son puras abstracciones, desnudas de toda virtud y eficacia. El Dios católico no es un Dios abstracto, ni un Dios muerto; es un Dios vivo y personal, que obra perpétuamente fuera de nosotros y en nosotros; que al mismo tiempo que está en nosotros contenido, nos circunda y nos contiene. El misterio que nos mereció la gracia, sin la cual andamos como perdidos y en tinieblas, es el misterio por excelencia; todos los otros son adorables, encumbrados y altísimos; este solo es el encumbrado, porque sobre él no hay ninguna cumbre; el altísimo, porque sobre él no hay ninguna altura; y porque sobre él no hay nada digno de adoracion, el adorable.

El dia eternamente alegre y eternamente lloroso en que el Hijo de Dios hecho hombre fué puesto en una cruz, todas las cosas á la vez entraron en órden, y en ese órden divino la cruz se levantó sobre todas las cosas criadas. De ellas, unas manifestaban la bondad de Dios, otras su misericordia, otras su justicia. Solo la cruz fué el símbolo de su amor y la prenda de su gracia. Por ella confesaron los confesores, y fueron castas las vírgenes, y vivieron vida angélica los padres del yermo, y fueron los mártires testigos firmes que pusieron sus vidas al cuchillo con varonil y constantí-

simo semblante. Del sacrificio de la cruz procedieron aquellas portentosas energías con que los flacos asombraron á los fuertes, con que los proscriptos y desarmados subieron al Capitolio, con que unos pobres pescadores vencieron al mundo. Por la cruz alcanzan victoria todos los que vencen, y esfuerzo todos los que combaten, y misericordia todos los que la piden, y amparo todos los desamparados, y alegría todos los tristes, y consuelo todos los que lloran. Desde que se levantó la cruz en los aires, no hay hombre ninguno que no pueda vivir en el cielo, aun antes de dejar en la tierra sus mortales despojos; porque si aun vive aquí por la tribulacion, está ya allí por la esperanza.

CAPÍTULO IX.

CONTINUACION DEL MISMO ASUNTO: CONCLUSION DE ESTE LIBRO.

Este es aquel único sacrificio de inestimable valor, á que se refieren como á su fin todos los otros de que hacen mérito las historias y las fábulas de todas las gentes. Este es aquel que querian significar, así el pueblo judío como los pueblos gentiles en sus sangrientos holocaustos, y que figuró Abel de una manera cumplida y aceptable cuando ofreció á Dios los primogénitos y mas limpios entre todos sus corderos. El verdadero altar habia de ser una cruz, y la verdadera víctima un Dios, y el verdadero sacerdote ese mismo Dios, á un mismo tiempo Dios y hombre, pontífice augusto, sacerdote perpétuo, victima perpétua y santa, el cual vino á cumplir en la plenitud de los tiempos lo que prometió á Adan en los tiempos paradisáicos, fiel cumplidor de su promesa y guardador de su palabra; porque así como no amenaza en vano, no promete tam-

poco vanamente. Amenazó al hombre libre con el desheredamiento, y desheredó al hombre libre y culpable; le prometió luego un Redentor, y vino él mismo á redimirle.

Con su presencia se esclarecen todos los misterios, se explican todos los dogmas y se cumplen todas las leyes. Para que se cumpla la de la solidaridad, toma en sí todos los dolores humanos; para que la de la reversibilidad se cumpla, derrama por el mundo en copioso raudal todas las gracias divinas, alcanzadas con su pasion y con su muerte. Dios en él se hace hombre de una manera tan perfecta, que sobre él vienen impetuosas todas las iras de Dios; y el hombre se hace en él tan perfecto y tan divino, que en él caen sobre el hombre todas las divinas misericordias, como en lluvia delgada y apacible. Para que el dolor fuera santísimo, padeciendo, santificó el dolor; y para que su aceptacion fuera meritoria, le aceptó con una aceptacion voluntaria. ¿Quién sería fuerte para ofrecer á Dios su voluntad en holocausto, si él no hubiera hecho entera dejacion de la suya para hacer la de su santísimo Padre? ¿Quién hubiera podido subir hasta la cumbre de la humildad, si el pacientísimo y humildísimo Cordero no hubiera subido antes por secretos caminos á esa aspérrima cumbre? ¿Y quién, remontando aun mas su vuelo, hubiera podido encumbrar montes bravos sobre montes bravos, hasta llegar al altísimo del divino amor, si él no los hubiera encumbrado todos uno por uno, dejando enrojecidas sus laderas con la púrpura de su sangre, y dando á sus zarzas en despojos sus blanquísimos y purísimos bellones, afrenta de la nieve? ¿Quién sino él hubiera podido enseñar á los hombres, que al otro lado de esas abruptas y gigantescas montañas, con sus cumbres al cielo y sus valles al abismo, caen praderas alegres y tendidas, donde son begnignos los aires, puros los cielos, mansas y limpias las aguas, suavísimos todos los rumores, verdes todos los campos, inefables todas las armonías, perpétuas todas las frescuras; donde la vida es verdadera vida que nunca acaba, y el placer verdadero placer que nunca cesa, y el amor verdadero amor que nunca se estingue; donde hay perpetuo descanso sin ocio, reposo perpétuo sin fatiga, y donde se confunden por una altísima manera lo que tiene de dulce

la posesion y lo que hay de bello en la esperanza?

El Hijo de Dios, hecho hombre y puesto por el hombre en una cruz, es á un mismo tiempo la realizacion de todas las cosas perfectas, representadas en todos los símbolos, y figuradas en todas las figuras, y la figura y el símbolo universal de todas las perfecciones. El Hijo de Dios hecho hombre, así como es Dios y hombre á un tiempo mismo, es la idealidad y la realidad juntas en uno. La razon natural nos dice y la experiencia diaria nos enseña que el hombre no puede llegar en ningun arte ni en ninguna cosa á aquella perfeccion relativa á que le es dado subir, si no tiene delante de los ojos un modelo acabado de una perfeccion mas alta. Para que el pueblo de Atenas adquiriera aquel instinto admirable para descubrir con una mirada simplicísima lo que en las obras del ingenio habia de literariamente bello ó de artísticamente sublime, y lo que habia de bellamente heróico en las acciones humanas, fué de todo punto necesario que tuviera siempre delante de sus ojos las estátuas de sus prodigiosos artistas, los versos de sus sublimes poetas, y las acciones heróicas de sus grandes capitanes. El pueblo de Aténas, tal como fué, supone necesariamente sus artistas, sus poetas y sus capitanes, tales como habian sido; y estos á su vez no llegaron á tan atrevidas alturas sin poner los ojos en alturas mas eminentes. Todos los capitanes griegos alcanzaron á donde alcanzaron, porque pusieron los ojos en Aquiles puesto en la cumbre altísima de la gloria. Todos aquellos grandes artistas y aquellos eminentísimos poetas no fueron grandes y eminentes, sino porque tenian puestos los ojos en la *Iliada* y en la *Odisea*, tipos inmortales de la belleza artística y literaria. Los unos y los otros no hubieran existido jamas sin poner la vista en Homero, magnífica personificacion de la Grecia artística, literaria y heróica.

Esta ley en virtud de la cual todo lo que hay en las muchedumbres está de una manera mas perfecta en una aristocracia, y de una manera incomparablemente mas perfecta y mas alta en una persona, es tan universal, que puede ser considerada en razon como ley de la historia. Esta ley está sujeta á su vez á ciertas condiciones indeclinables como ella misma, y necesarias.

Así, por ejemplo, es condicion indeclinable de todas esas personificaciones heróicas, que pertenezcan á un tiempo mismo á la asociacion especial que personifican, y á otra general y superior á la que en ellas viene personificada. Aquiles, Alejandro, César, Napoleon, así como Homero, Virgilio y Dante, son todos á un tiempo mismo ciudadanos de dos ciudades diferentes, de las cuales una es local y otra general, una es inferior y otra superior : en la superior viven juntos con cierta manera de igualdad, en la inferior domina cada uno de ellos con un imperio absoluto ; en la superior son ciudadanos, en la inferior emperadores. Esa ciudad superior, en la que todos tienen un derecho igual de ciudadanía, se llama la humanidad ; y la inferior en que imperan, se llama aquí Paris, allí Aténas y allá Roma.

Ahora bien : así como los pueblos, esas ciudades inferiores, se condensan en una persona en la cual están como de relieve y de una manera especial sus perfecciones y virtudes, de la misma manera fué cosa convenientísima que esa ley universal de la personificacion típica se cumpliera con respecto á aquella ciudad superior que lleva por nombre el género humano. Las excelencias de esta ciudad, excelente sobre todas, llevaban consigo la conveniencia de una personificacion superior á las demas personificaciones, así como ella misma era superior á todas las otras ciudades, y debia ser por lo tanto altísima, excelentísima y perfectísima. Ni bastaba esto solo; porque para que se cumpliera la ley en todos sus puntos, era conveniente que la persona en quien se condensara la humanidad, reuniera en su unidad personal dos naturalezas diferentes : por la una habia de ser hombre, y por la otra habia de ser Dios; porque Dios solo es superior al hombre. Y no se diga que para el cumplimiento de esta ley hubiera bastado la encarnacion de un ángel; como quiera que considerado el hombre como compuesto de un alma espiritual y de una sustancia corpórea, participa á un tiempo mismo de la naturaleza física y de la angélica, siendo como la confluencia de todas las cosas creadas. Esto supuesto, es evidente que la persona que habia de condensar así la naturaleza humana, habia de condensar en sí toda la creacion: de don-

de se sigue que siendo, en cuanto hombre, todo lo creado, habia de ser dios para ser al mismo tiempo otra cosa. Por último, para que la ley que venimos exponiendo se cumpliera del todo, era menester que la misma persona que en la ciudad inferior dominaba con imperio, fuera como ciudadano y nada mas en la ciudad mas perfecta; por eso el Dios hecho hombre es único en el imperio de todas las cosas creadas, mientras que en el tabernáculo habitado por la divina esencia es la persona del Hijo, en todo igual á la persona del Padre y á la del Espíritu Santo.

Grande sería el error de los que creyeran que tengo por invencible esta argumentacion y por perfectas estas analogías. Suponer que el hombre puede ver claro en estos hondos misterios, es insigne ceguedad; y el solo propósito de apartar los velos divinos que los cubren, me parece necia arrogancia, desatino y locura. No hay rayo de luz tan poderoso que baste á iluminar lo que Dios escondió en el impenetrable tabernáculo que está defendido por las divinas tinieblas. Mi propósito aquí es solamente demostrar, con una demostracion vigorosa, que lejos de ser increible lo que Dios nos manda creer, es no solo creible sino tambien razonable. Yo creo que la demostracion puede llevarse hasta los límites de la evidencia, siempre que se reduzca á poner en claro esta verdad: que todo el que deja la fé, va á parar al absurdo; y que las tinieblas divinas son menos oscuras que las tinieblas humanas. No hay dogma ni misterio católico que no reuna en sí estas dos condiciones necesarias para que sea razonable una creencia, conviene á saber: la primera, explicarlo todo satisfactoriamente siendo aceptados; la segunda, ser ellos mismos explicables y comprensibles hasta cierto punto. No hay hombre ninguno de sana razon y de recta voluntad que no se dé á sí mismo el testimonio, por una parte, de su impotencia radical para llegar por sí hasta el descubrimiento de las verdades reveladas, y por otra, de su maravillosa aptitud para explicar todas esas verdades de una manera relativamente satisfactoria. Esto serviria para demostrar que la razon no ha sido dada al hombre para descubrir la verdad, sino para explicársela á sí mismo cuando se la muestran, y para

verla cuando se la ponen delante. Tan grande es su miseria, y su indigencia intelectual tan lamentable, que hoy dia es y no está cierto todavia de la primera cosa que hubiera debido averiguar, si en el plan divino hubiera entrado que pudiera averiguar por sí alguna cosa. Dígaseme, sino, si hay algun hombre que haya llegado á averiguar con certeza qué cosa es su razon, para qué la tiene, de qué le sirve, y hasta dónde alcanza; y como veo, por una parte, que esta es la letra A de este alfabeto, y por otra, que van ya corriendo seis mil años desde que comenzó á balbucirla, sin que haya acertado á pronunciarla, me creo autorizado para afirmar que ese alfabeto no ha sido hecho para ser deletreado por el hombre, ni el hombre para deletrear en ese alfabeto.

Volviendo á anudar el hilo de este discurso, diré que era cosa excelentísima y convenientísima que la humanidad entera tuviera delante un modelo universal de universal é infinita perfeccion, así como las varias asociaciones políticas han tenido siempre uno, de donde han sacado, como de su fuente, aquellas dotes y excelencias especiales en que se han aventajado á las demas en los períodos gloriosos de su historia. A falta de otras razones, esta bastaria por sí sola para explicar el gran misterio que tratamos, como quiera que solo Dios podia servir de acabado ejemplar y de modelo perfectísimo á todas las gentes y naciones. Su presencia entre los hombres, su doctrina maravillosa, su vida santísima, sus tribulaciones sin cuento, su pasion llena de ignominia y oprobios, y su cruelísima muerte, que todo lo acaba y lo corona, son las únicas cosas que pueden explicar la altura prodigiosa á que subió el nivel de las virtudes humanas. En las sociedades que caen al otro lado de la cruz hubo héroes, en la gran sociedad católica ha habido santos; y los héroes paganos son á los santos del Catolicismo, guardada la debida proporcion y con las reservas convenientes, lo que las varias personificaciones de los pueblos á la personificacion absoluta de la humanidad en la persona de un Dios hecho hombre por el amor de los hombres. Entre esas varias personificaciones y esta personificacion absoluta hay una distancia infinita, entre los héroes y los santos una distancia inconmensurable; nin-

guna cosa mas natural sino que, siendo infinita la primera, fuera incomensurable la segunda.

Eran los héroes hombres que con la ayuda de una pasion carnal elevada hasta su última potencia obraban cosas extraordinarias. Los santos son hombres que, habiendo dado de mano á todas las pasiones carnales, ponen el constantísimo pecho, exentos de toda ayuda carnal, á la impetuosa corriente de todos los dolores. Los héroes, poniendo en una exaltacion febril todas sus fuerzas propias, acometian con ellas á los que les hacian oposicion y contraste. Los santos comenzaron siempre por hacer dejacion de sus propias fuerzas; y estando así desamparados y desnudos, entraron en batalla á un mismo tiempo consigo mismos y con todas las potencias humanas é infernales. Proponíanse los héroes, alcanzar gloria y muy alta, claro renombre entre las gentes. Miraron los santos como cosa de menos valer el vano decir de las generaciones humanas, pusieron en olvido el cuidado de su nombre y de su gloria, y dejada á un lado como cosa vil su propia voluntad, lo pusieron todo y se pusieron á sí mismos en mano de Dios, teniendo por cosa gloriosísima y excelentísima tomar la librea de siervos suyos. Eso fuéron los héroes, y eso fuéron los santos: á unos y otros les salió al reves de lo que pensaban: porque los héroes que pensaron henchir la tierra, cuan grande es, con la gloria de su nombre, han caido en profundísimo olvido entre las muchedumbres; miéntras que los santos, que solo ponian los ojos en el cielo, son honrados y reverenciados aquí abajo por pueblos, emperadores, pontífices y reyes. ¡Cuán grande es Dios en sus obras, y cuán maravilloso en sus designios! Piensa el hombre que él es el que va, y es Dios el que le lleva. Piensa que va á dar á un valle, y sin saber como, se encuentra en un monte. Este piensa que gana la gloria, y cae en el olvido; aquel busca en el olvido refugio y descanso, y se halla de súbito como ensordecido con el clamor de las gentes que cantan su gloria. Todo lo sacrificaron los unos á su nombre, y nadie se llama como ellos: su nombre acabó con ellos mismos. Sus nombres fueron la primera cosa que pusieron los otros como ofrenda en el altar de su sacrificio, y esto hasta el punto de

borrarlos de su propia memoria: pues bien, esos nombres que ellos olvidaron y escarnecieron, van pasando de padres á hijos y de generacion en generacion como una gloriosísima reliquia y una riquísima herencia. No hay católico ninguno que no se llame como un santo. Así se cumple todos los dias aquella divina palabra que anunció la humillacion de los soberbios y la exaltacion de los humildes.

Así como entre Dios hecho hombre y los reyes de la humana inteligencia hay una distancia infinita, y entre los héroes y los santos una distancia inconmensurable, entre las muchedumbres católicas y las gentiles, y entre los que capitanean y guian á las unas y á las otras, hay una inmensa distancia; como quiera que todas las copias se ordenan á sus modelos. La divinidad con su presencia produce la santidad; la santidad de los mas eminentes es, á su vez, causa, por un lado, de la virtud de los medianos, y por otro, del buen sentido de los menores. Por eso se observa que no hay pueblo ninguno que no tenga buen sentido siendo católico, ni gentil que tenga lo que se llama el buen sentido, es decir, aquella sana razon que ve cada cosa como es en sí y en su propio lugar, con una simple mirada. Lo cual no causará maravilla al que considere que, siendo el Catolicismo el órden absoluto, la verdad infinita y la perfeccion suma, solo en él y por él se ven las cosas en sus esencias íntimas, y en el lugar que ocupan, y en la importancia que tienen, y en la maravillosa ordenacion en que vienen ordenadas. Sin el Catolicismo no hay buen sentido en los menores, ni virtud en los medianos, ni santidad en los eminentes; porque el buen sentido, la virtud y la santidad en la tierra suponen un Dios hecho hombre, ocupado en enseñar la santidad á las almas heróicas, la virtud á las firmes, y en enderezar la razon de las descaminadas muchedumbres envueltas en tinieblas y sombras de muerte.

Ese maestro divino es aquel ordenador universal que sirve de centro á todas las cosas: por esta razon, por cualquier lado que se le mire, y por cualquier aspecto que se le considere, se le ve siempre en el centro. Considerado como Dios y como hombre á

un tiempo mismo, es aquel punto céntrico en que se juntan en uno la esencia criadora y las sustancias creadas. Considerado solamente como Dios, hijo de Dios, es la segunda persona, es decir, el centro de las tres personas divinas. Considerado solamente como hombre, es aquel punto central en que se condensa con misteriosa condensacion la naturaleza humana. Considerado como Redentor, es aquella persona central sobre la cual vienen á un tiempo mismo todas las divinas gracias y todos los divinos rigores. La Redencion es la gran síntesis en la que se concilian y se juntan la divina justicia y la divina misericordia. Considerado á un tiempo mismo como Señor de cielos y tierra, y como nacido en un pesebre, y viviendo vida desnuda, y padeciendo muerte de cruz, es aquel punto central en que se juntan para conciliarse en una síntesis superior todas las tésis y todas las antítesis, en su perpétua contradiccion y en su variedad infinita. Él es el indigentísimo y el opulentísimo, el siervo y el rey, el esclavo y el señor; está desnudo y vestido con vestiduras resplandecientes, obedece á los hombres y manda á los astros; no tiene pan para aplacar su hambre, ni agua para templar su sed, y manda á las rocas que rebienten y á los panes que se multipliquen, para que viva el pueblo y para que tengan hartura las muchedumbres. Los hombres le afrentan y los serafines le adoran; en un mismo instante, obedientísimo y potentísimo, muere porque le mandan morir, y manda al velo del templo que se rompa, á los sepulcros que se abran, á los muertos que resuciten, al Buen Ladron que le siga, á la naturaleza toda que pierda el sentido, y al sol que encoja sus rayos. Viene en medio de los tiempos, anda en medio de sus discípulos, nace en el punto central de dos grandes mares y de tres inmensos continentes. Es ciudadano de una nacion que guarda el justo medio entre las del todo independientes y las del todo sujetas; se llama á sí propio el camino, y todo camino es centro; se llama la verdad, y la verdad ocupa el medio de las cosas; es la vida, y la vida, que es lo presente, es el medio entre lo pasado y lo futuro; pasa la vida entre los aplausos y los vituperios, y muere entre dos ladrones.

Y por eso fué á un tiempo mismo escándalo para los judíos y locura para los gentiles. Los unos y los otros tenian naturalmente una idea de la tésis divina y de la antítesis humana; pensaban empero, y en esto, humanamente hablando, no iban fuera de camino, que esa tésis y esa antítesis eran inconciliables y de todo punto contradictorias: el entendimiento humano no podia levantarse hasta su conciliacion por medio de una síntesis suprema. El mundo habia visto siempre ricos y pobres: pero no podia concebir como posible la union en una persona, de la indigencia mayor y de la opulencia suma. Pero eso mismo que parece absurdo á la razon, parece á esa misma razon convenientísimo cuando la persona en que esas cosas se juntan es una persona divina, la cual, ó no habia de ser ni habia de venir, ó habia de ser y habia de venir de esa manera. Su venida fué la señal de la conciliacion universal de todas las cosas y de la paz universal entre todos los hombres: los pobres y los ricos, los humildes y los potentes, los venturosos y los atribulados, todos fueron unos en él, y solo en él fueron unos; porque solo él era á un mismo tiempo opulentísimo é indigentísimo, potentísimo y humildísimo, venturosísimo y atribuladísimo. Esta es aquella fraternidad pacífica que él enseñó á los que abrieron sus entendimientos y sus oidos á su divina palabra. Esta es aquella fraternidad evangélica que vienen predicando unos despues de otros, con perpétua é incansable predicacion, todos los doctores católicos. Negad á nuestro Señor Jesucristo, y luego al punto comienzan los bandos y las parcialidades, y los grandes tumultos, y las soberbias rebeliones, y las vociferaciones siniestras, y las discordias insensatas, y los rencores implacables, y las guerras sin término, y las sangrientas batallas. Los pobres alzan pendones contra los ricos, contra los venturosos los escasos de ventura, las aristocracias contra los reyes, las muchedumbres contra las aristocracias; y unas con otras, como dos inmensos océanos que se juntan en la boca del abismo, las alteradas y bárbaras muchedumbres.

La verdadera humanidad no está en ningun hombre: estuvo en el Hijo de Dios, y allí es donde se nos revela el secreto de su

naturaleza contradictoria; porque por un lado es altísima y excelentísima, y por otro es la suma de toda indignidad y de toda bajeza. Por un lado es tan excelente, que Dios la tomó por suya uniéndola con el Verbo; tan alta, que fué, desde el principio y antes de que viniera, prometida por Dios, adorada por los patriarcas en silencio, denunciada á veces por los profetas, revelada al mundo hasta por sus falsos oráculos, y figurada en todos los sacrificios y en todas las figuras. Un ángel se la anunció á una vírgen, y el Espíritu Santo la formó por su propia virtud en sus virginales entrañas; y Dios entró en ella y la unió á sí perpétuamente; y unida perpétuamente á Dios aquella humanidad sacratísima, fué celebrada en su nacimiento por los ángeles, publicada por las estrellas, visitada por los pastores, adorada por los reyes; y cuando Dios junto con esta humanidad quíso ser bautizado, se abrieron las bóvedas del cielo, y se vió venir sobre él al Espíritu Santo en figura de paloma, y sonó en las encumbradas alturas aquella gran voz que decia:—Este es mi Hijo muy amado en quien me agradé siempre;—y luego, cuando comenzó á predicar, tales maravillas obró, sanando á los dolientes, consolando á los afligidos, resucitando á los muertos, mandando con imperio á los vientos y á los mares, descubriendo las cosas escondidas y anunciando las venideras, que causó espanto y puso en admiracion á los cielos y á la tierra, á los ángeles y á los hombres. Ni pararon aquí aquellos prodigios; porque aquella humanidad fué vista de todos hoy muerta y tres dias despues gloriosa y resucitada, vencedora del tiempo y de la muerte, y hendiendo calladamente los aires, se la vió subir á lo alto como á una divina aurora.

Y esta misma humanidad, por un lado gloriosísima, era, por otro ejemplar de toda bajeza, como predestinada por Dios, sin ser ella pecadora, á padecer por la sustitucion la pena del pecado. Por eso camina tan abatido por el mundo aquel en cuyo rostro divino se miran los ángeles; por eso está tan pesaroso y tan triste aquel en cuyos ojos toman los cielos su alegría; por eso anda por este bajo suelo desnudo aquel que en las divinas cumbres viste un manto arrebolado de estrellas; por eso anda, como si fuera pecador,

entre los pecadores, siendo el santo de los santos: aquí conversa con el blasfemo, allí platica con la adúltera, mas allá discurre con el avaro. A Judas da un ósculo de paz, y á un ladron le ofrece su paraiso; y cuando conversa con los pecadores, lo hace con tanto amor, que las lágrimas se cuajan en sus ojos. Este hombre debe ser gran entendedor de dolores, cuando así se apiada de los doloridos, y gran sabedor de padeceres, cuando así se apiada de los miserables. En cuanto baña el sol y en cuanto se dilata la tierra, no hubo hombre ninguno puesto en tan grande horfandad y en tan grande desamparo. Un pueblo entero le maldice; de sus discípulos, uno le vende, otro le niega, y los otros le abandonan; ni tiene agua para humedecer sus labios, ni pan para aquietar su hambre, ni almohada para reclinar su frente. Ninguna agonía hubo igual á la agonía que padeció en el huerto, porque todos sus poros manaron sangre; su rostro fué luego herido con bofetadas, sus carnes cubiertas con una púrpura de escarnio, y su frente coronada con una punzante corona; cargó con su propia cruz, y se derribó en el suelo muchas veces, y subió la ladera del Gólgota seguido de delirantes muchedumbres que iban llenando los aires de vociferaciones siniestras. Cuando fué puesto en lo alto, creció su abandono á punto que su mismo Padre apartó sus ojos de él, y los ángeles que le servian, por no verle, se cubrieron con sus alas temerosos y turbados; hasta la parte superior de su alma dejó á su humanidad en aquel trance de su muerte, permaneciendo á todo indiferente y serena. Y las turbas meneando la cabeza le decian: Si eres el Hijo de Dios, desciende de esa cruz.

¿Cómo creer, sin una especial gracia de Dios, en la divinidad del que está puesto en aquel trance y estado? ¿Cómo no habian de ser entonces tenidas sus palabras por escándalo y locura? Y sin embargo, aquel hombre, puesto allí en tan grande desamparo y en mortal agonía, sujetó el mundo á su ley, ganándole como por asallo con el esfuerzo de unos pobres pescadores, como él, desamparados de todos, peregrinos en la tierra y miserables. Por él mudaron tos hombres sus vidas, por él dejaron sus haciendas, por su amor tomaron su cruz, y salieron de las ciudades, y poblaron los desier-

tos, y dieron de mano á todos los placeres, y creyeron en la fuerza santificante del dolor, y vivieron vida limpia y espiritual, y dieron á sus carnes castigos atroces, trayéndola siempre sujeta: y á mas de esto creyeron con firmísima fé, poco despues de su muerte, cosas estupendas é increibles; porque creyeron que aquel que habia sido crucificado, era hijo único de Dios, y Dios; que habia sido concebido en el seno de una vírgen por obra del Espíritu Santo; que era señor de cielos y tierra el mismo que habia nacido en un pesebre, y habia sido envuelto en humildísimos pañales; que muerto ya, bajó al infierno y se llevó consigo las almas limpias y puras de los antiguos patriarcas; que tomó despues su propio cuerpo, y le sacó glorioso del sepulcro, y se le llevó por los aires, trasfigurado ya y resplandeciente; que la mujer que le habia llevado en sus entrañas era, al mismo tiempo que madre amorosa, inmaculada vírgen, que fué arrebatada por los ángeles al cielo, que fué aclamada allí, por las falanges angélicas y por edicto soberano, reina de la creacion, madre de los desamparados, intercesora de los justos, abogada de los pecadores, madre del Hijo, esposa del Espíritu Santo; que todas las cosas visibles son de menos valer, y dignas solo de menosprecio al lado de las secretas é invisibles; que no hay otro bien sino el que está en padecer trabajos, y en aceptar dolores, y en arrostrar angustias, y en vivir en perpétua tribulacion y congoja, ni otro mal sino el placer y el pecado; que el agua del bautismo purifica, que la confesion de la culpa levanta, que el pan y el vino se convierten en Dios, que Dios está en nosotros, y fuera de nosotros en todas partes; que tiene contados todos los cabellos de nuestra cabeza, que ninguno nace sin su ordenacion, y que no cae ninguno sin su permiso ó sin su mandato; que si el hombre piensa su pensamiento, él es el que se le pone delante; que si su voluntad se inclina, él es el que la mueve; que él es el que le fortifica cuando se esfuerza, y que tropieza y cae si llega á faltarle su ayuda; que los muertos resucitan y vienen á juicio; que hay cielo y hay infierno, penas eternas y gloria perdurable; que todo esto habia de ser creido por el mundo, contra el poder todo del mundo; y que esta maravillosa doctrina se habia de abrir paso invencible

contra la voluntad y á pesar del gran poderío de príncipes, reyes y emperadores; que por ella habian de dar su sangre y padecer tormentos falanjes infinitas de confesores ilustres, de doctores insignes, de vírgenes delicadas y púdicas, y de mártires gloriosos; que la locura del Calvario habia de ser tan contagiosa, que habia de enloquecer á las gentes en cuanto mira el sol y en cuanto alcanza todo el orbe de la tierra.

Todas estas cosas increibles fuéron creidas por los hombres, cuando tuvo fin aquella gran tragedia de las tres horas que se representó en el Gólgota, con miedo del sol y con temblor de la tierra en todos sus miembros. Así tuvo cumplido efecto aquella palabra que pronunció Dios por Osea, diciendo: *In funiculis Adam traham eos, in vinculis charitatis.* (C, 11, vers, 4.) Los hombres han caido en esa celada del amor, que les tendió el Hijo del Dios vivo, blanda y amorosamente. El hombre es de tal condicion, que se rebela contra la omnipotencia; se alza contra la justicia, y resiste á la misericordia; pero cae en dulcísimo desmayo, y como penetrado en amor hasta en la médula de sus huesos, si por ventura oye la voz dolorida y lastimera de aquel que muere por él, y que muriendo le ama. *¿Por qué me persigues?* Esta es aquella voz temerosa á un tiempo mismo y amante, que suena de contínuo en los oídos de los pecadores: y ese acento de queja dulcísima, amoroso y suave, es el que va derecho al alma, y la trasforma y la muda y la convierte toda á Dios, y la obliga á buscarle por los poblados y por los desiertos, por los montes bravos y por las tierras llanas, por los campos agostados y por los verjeles. Aquella voz es la que enciende al alma en el casto amor del esposo, y la que la lleva como enloquecida y desalada en seguimiento de sus embriagantes perfumes, como la sed lleva al ciervo á los hermosos manantiales de aguas vivas. Dios vino al mundo para poner fuego á la tierra, y la tierra comenzó á humear y luego á arder por todos sus cuatro costados, y de dia en dia se han ido dilatando por todas las regiones las llamas poderosas de esos divinos incendios. El amor explica lo inexplicable, y el hombre cree por el amor lo que parece increible, y obra lo que parecia imposible de obrarse:

porque con el amor todo es hacedero y todo es llano.

Cuando aquellos de los apóstoles que vieron al Señor antes de padecer, trasfigurado y vestido de blanquísimas vestiduras, mas resplandecientes que el sol y mas blancas y puras que el ampo de la nieve, dijeron, como extáticos y absortos: Quedémonos aquí, —aun no tenian idea del divino amor, ni de sus inefables deleites; por eso el gran Apóstol, maestro ya en este gran arte del amor, dijo despues: Solo una cosa quiero entender, que es Jesucristo; y ese, crucificado; que fué tanto como decir. Quiero saberlo todo, y para saberlo todo, quiero saber á Jesucristo solamente; porque solo en él están juntos todos los saberes, y unidas entre sí todas las cosas. Y añadió despues: Y ese, crucificado; y no dijo: y ese, trasfigurado y glorioso; porque poco importa conocerle en su omnipotencia, asistiendo con el pensamiento á la obra maravillosa de la creacion universal, ni basta conocerle en su gloria cuando está su faz resplandeciendo con una luz increada, y cuando las potestades del cielo se derriban absortas ante el acatamiento divino; ni satisface del todo verle pronunciar los fallos de su justicia inapelables, rodeado de ángeles y serafines; ni el alma queda del todo satisfecha cuando asiste á las altas maravillas de su infinita misericordia. El Apóstol, con una sed que nada aplaca, y con un hambre sin hartura, y con un deseo invencible, quiere mas, y pide mas y lleva mas alto el atrevido pensamiento; porque no se contenta sino con saber á Cristo crucificado, es decir, como él desea mas ser sabido; de la manera mas alta y excelente que la razon puede concebir, y la imaginacion imaginar, y desear el mas altivo y levantado deseo; porque eso es conocerle en el acto de su amor incomprensible é infinito. Eso es lo que quiere significar el Apóstol cuando dice: Ninguna cosa quiero saber sino á Jesucristo; y ese, crucificado.

A ese solo quisieron saber los pocos bienaventurados que tomaron su cruz y fueron poniendo el pié atentamente en donde vieron el rastro sangriento y glorioso de sus pisadas. A ese solo quisieron saber aquellos padres del yermo que convirtieron los desiertos desnudos en pensiles del paraiso. A ese solo quisieron sa-

ber aquellas vírgenes castas, milagro de fortaleza, que, puestas todas las concupiscencias á sus piés, le tomaron por esposo y le consagraron sus limpios y virginales pensamientos. A ese solo quisieron saber todos los que, convertidos en fuentes sus ojos, han recibido las tribulaciones con alegría de corazon, y se han encumbrado con pié firme en el áspero monte de la penitencia.

Entre las maravillas de la creacion, el alma en caridad es la mas maravillosamente admirable, no solo porque su estado es el mas subido y excelente que en este bajo suelo se puede entender, sino tambien porque ella va declarando á voces los prodigios obrados por el amor divino, el cual no fué solo poderoso para borrar nuestro pecado, y con él el desórden y la causa de todo desórden, sino tambien para inclinarnos á desear libremente aquella misma deificacion que desechamos antes, y para hacer que pudiéramos conseguir aquello que deseamos, aceptando la ayuda de la gracia que merecimos en el Señor y por el Señor, cuando para merecérnosla y para que la mereciéramos derramó su sangre en el Calvario. Todas estas cosas significan aquellas palabras memorables que Jesucristo pronunció al tiempo de espirar, cuando dijo: *Todo se ha consumado*: que fué tanto como decir: Acabé con el amor lo que no pude ni con mi justicia, ni con mi misericordia, ni con mi sabiduría, ni con mi omnipotencia; porque borré el pecado, que hacia sombra á la Majestad divina y á la belleza humana, y saqué á la humanidad de su vergonzoso cautiverio, y dí al hombre la potestad que con la culpa habia perdido de salvarse. Ya puede bajar mi espíritu á fortificar al hombre, á embellecer al hombre, á deificar al hombre; porque le he traido á mí, y le he unido á mí con potentísima y amorosísima lazada.

Cuando aquella palabra memorable fué pronunciada por el Hijo de Dios al espirar en la cruz, todas las cosas quedaron maravillosamente ordenadas, y ordenadamente perfectas.



Cada uno de los dogmas contenidos, así en este libro como en el anterior, es una ley del mundo moral; cada una de esas leyes es de suyo incontrastable y perpétua; todas juntas componen el código de las leyes constitutivas del órden moral en la humanidad y en el universo; las cuales unidas á las físicas, á que están sujetas las materiales, forman la ley suprema del órden, por la que se rigen y gobiernan todas las cosas criadas.

De tal manera y hasta tal punto es necesario que todas las cosas estén en un órden perfectísimo, que el hombre, desordenándolo todo, no puede concebir el desórden; por eso no hay ninguna revolucion que, al derribar por el suelo las instituciones antiguas, no las derribe en calidad de absurdas y de perturbadoras; y que, al sustituirlas con otras de invencion individual, no afirme de ellas que constituyen un órden excelente. Esta es la significacion de aquella frase consagrada entre los revolucionarios de todos los tiempos, cuando llaman á la perturbacion que santifican *un nuevo órden de cosas*. Hasta Mr. Proudhon, el más atrevido de todos, no defiende su *anarquía* sino en calidad de expresion racional del órden perfecto, es decir, absoluto.

De la necesidad perpétua del órden se sigue la necesidad perpétua de las leyes así físicas como morales que le contituyen; por esa razon, todas ellas fuéron creadas y proclamadas solemnemente por Dios desde el principio de los tiempos. Al sacar al mundo de la nada, al formar al hombre del barro de la tierra, al sacar á la mujer de su costado, al constituir la primera familia, quiso Dios declarar de una vez para siempre las leyes físicas y morales que constituyen el órden en la humanidad y en el universo, sustrayéndolas de la jurisdiccion del hombre, y poniéndolas fuera del alcance de sus locas especulaciones y de sus vanos antojos. Hasta los dogmas de la encarnacion del Hijo de Dios y de la redencion del género humano, que no habian de ser cumplidos sino en la pleni-

tud de los tiempos, fuéron revelados por Dios en la edad paradisiaca, cuando hizo á nuestros primeros padres aquella misericordiosa promesa con que vino á templar el rigor de su justicia.

El mundo ha negado esas leyes vanamente: aspirando á rescatarse de su yugo por su negacion, ninguna otra cosa ha conseguido, sino hacer su yugo mas pesado por medio de las catástrofes, las cuales se proporcionan siempre á las negaciones; siendo esta misma ley de proporcion una de las constitutivas del órden.

Libre y extendido campo dejó Dios á las opiniones humanas; anchos fueron los dominios que sujetó al imperio y al libre albedrío del hombre, á quien fué dado señorearse del mar y de la tierra, rebelarse contra su Criador, mover guerra á los cielos, entrar en tratos y alianzas con los espíritus infernales, ensordecer al mundo con el rumor de las batallas, abrasar las ciudades con incendios y discordias, estremecerlas con las tremendas sacudidas de las revoluciones, cerrar el entendimiento á la verdad y los ojos á la luz, y abrir el entendimiento al error y complacerse en las tinieblas; fundar imperios y asolarlos, levantar y allanar repúblicas, cansarse de repúblicas, imperios y monarquías; dejar aquello que quiso, volver á lo que dejó, afirmarlo todo, hasta lo absurdo; negarlo todo, hasta la evidencia; decir *no hay Dios*, y *soy Dios*; proclamarse independiente de todas las potestades, y adorar al astro que le ilumina, al tirano que le oprime, al reptil que se arrastra por el suelo, al huracan que viene rebramando, al rayo que cae, al nublado que le lleva, á la nube que pasa.

Todo esto y mucho mas le fué dado al hombre; pero mientras que todas estas cosas le fueron dadas, los astros cursan perpétuamente y con perpétua cadencia en giros concertados, y las estaciones se mueven unas en pos de otras en armoniosos círculos, sin alcanzarse y sin confundirse jamás; y la tierra se viste hoy de yerbas, de árboles y de mieses, como lo hizo siempre desde que recibió de lo alto la virtud de fructificar; y todas las cosas físicas cumplen hoy, como cumplieron ayer y como cumplirán mañana, los divinos mandamientos, moviéndose en perpétua paz y concordia, sin traspasar un punto las leyes de su potentísimo Hacedor,

que con mano soberana concierta sus pasos, refrena sus ímpetus y da rienda á su curso.

Todo aquello y mucho mas le fué dado al hombre; pero mientras que todas aquellas cosas le fueron dadas, no pudo tanto que á su pecado no siguiera el castigo, y á su delito la pena, y á su primera transgresion la muerte, y la condenacion á su endurecimiento, y á su libertad la justicia, y á su arrepentimiento la misericordia, y á los escándalos la reparacion, y á las rebeldías las catástrofes.

Al hombre le ha sido dado poner á sus pies la sociedad desgarrada con sus discordias; echar por tierra los muros mas firmes, entrar á saco las ciudades mas opulentas, derribar con estrépito los imperios mas extendidos y nombrados, hundir en espantosa ruina las civilizaciones mas altas, envolviendo sus resplandores en la densa nube de la barbarie. Lo que no le ha sido dado, es suspender por un solo dia, por una sola hora, por un solo instante, el cumplimiento infalible de las leyes fundamentales del mundo físico y del moral, constitutivas del órden en la humanidad y en el universo; lo que no ha visto ni verá el mundo, es que el hombre que huye del órden por la puerta del pecado, no vuelva á entrar en él por la de la pena, esa mensajera de Dios, que alcanza á todos con sus mensajes.

FIN DEL ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO.

APÉNDICE

AL

ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO

ERRORES TEOLÓGICOS Y FILOSÓFICOS

DEL

SEÑOR DONOSO CORTÉS,

MARQUÉS DE VALDEGAMAS

Artículos publicados en la Revista francesa, titulada L'AMI DE LA RELIGION, durante el mes de Enero de 1853, por el presbítero P. Gaduel, vicario general y antiguo profesor de Teología.

No sin larga vacilacion y profundo disgusto me he resuelto á manifestar los graves y numerosos errores teológicos y filosóficos en que ha incurrido el respetable Sr. Donoso Cortés. Los motivos de esta vacilacion y este disgusto se comprenderán fácilmente, si se atiende al carácter y á las loables intenciones del respetable escritor á quien me veo precisado á criticar: asi es que de buena gana hubiera callado, si los escritos en que aquellos errores aparecen, no hubieran alcanzado mas que una mediana voga; pero el ruido que cierta parte de la prensa hace de algun tiempo acá con el nombre y las producciones del publicista español, ha sido demasiado para que el silencio que acaso dictaban ciertas consideraciones de benevolencia, pueda avenirse con lo que exige aquella otra caridad mas elevada, que consiste en poner el interés de la verdad sobre todas las demas cosas.

Todo el mundo conoce los extremados elogios prodigados por el *Univers* al Sr. Donoso: el autor de un sistema clásico (1) que ha llegado á ser celebérrimo durante algunos meses, se aventura á decir, que *tener á su favor al Sr. Donoso, era quedar libre de toda sospecha en materia de doctrina.* No se hubiera dicho mas, si se hablara de San Agustin, de Santo Tomas, ó del Soberano Pontífice.

Finalmente, y esto es mas grave, la obra que principalmente ocasiona nuestras críticas, el Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo, forma parte de la *Biblioteca Nueva* de religion, historia, ciencias y literatura, publicada por una reunion de escritores católicos bajo la direccion del Sr. Luís Veuillot. No tengo bastantes datos para decir el favor que goze con el público esta biblioteca; pero puedo asegurar que jamas se ha anunciado una publicacion con mas altas y graves pretensiones.—«Emprendemos, dice su prospecto, la tarea de mostrar á la sociedad sus errores, enseñarla el camino por donde se ha perdido, y el que puede restaurarla.... Nuestras obras tratarán de todo lo que sea importante saber.... Queremos que el poseedor de nuestra biblioteca pueda hallar en ella nociones exactas y formales sobre todas las cuestiones que en nuestros dias ocupan al entendimiento humano... Hemos meditado profundamente nuestro plan, y para realizarle, nos hemos rodeado de hombres que en todo comparten nuestras convicciones; y desde luego confiamos en que el nombre del director de nuestra biblioteca tiene dadas suficientes pruebas.... etc. etc.»—Viene despues la nomenclatura de los trabajos que debe comprender esta colosal empresa: historia sagrada, religion, teología usual, todas las historias, todas las literaturas antiguas y modernas, francesas y extrangeras, las ciencias, las bellas artes, los artes y oficios, la economía, la crítica, el derecho público y la jurisprudencia.

Tal impresion causó al respetable Sr. Donoso, y en esto alabamos su celo, la perspectiva de los bienes inmensos que debian esperarse de esta biblioteca, que no vaciló en llamarla obra inspirada por Dios, y el pensamiento mas útil que podia concebirse en las actuales circunstancias del mundo.—«El mundo está necesitado de verdad, (escribia al Sr. Veuillot), dadle lo que necesita»—y desde luego, el marques de Valdegamas, para contribuir por su parte á la grande obra, prometia á la *Biblioteca Nueva* su Ensayo sobpe El Catolicismo, poniéndolo *enteramente á la disposicion* del director de la empresa.

En vista de tan completa adhesion, seguida de una colaboracion tan generosa y lisongera, claro está que los redactores del *Univers* no podian menos de mostrarse agradecidos, procurando pagar en elogios y renom-

(1) Se refiere al presbítero Gaume, autor del célebre libro titulado: *Le Ver rongeur.*

bre el servicio tan importante que recibian del Sr. Donoso. Y no menos claro está que una obra patrocinada por un órgano tan universal, y por voces tan conocidas y autorizadas, no ha podido menos de obtener grandísima voga, y ejercer en los ánimos una influencia tan considerable como peligrosa; que es cabalmente lo que nos ha decidido á levantar la voz, considerando que el remedio debe aquí ser tan público, como el mal causado.

Por lo demas, al señalar los errores del Sr. Donoso Cortés, no está de manera alguna en mi ánimo la idea de ofender en nada la respetabilidad del escritor, ni tampoco suscitar la mas ligera sospecha acerca de la pureza y rectitud de sus intenciones. El Sr. Donoso Cortés es un fervoroso cristiano, de un talento distinguido, y que á veces se eleva hasta poseer el genio de la elocuencia, de una reputacion parlamentaria poco comun, y sobre todo, de una sincera devocion á la Iglesia: ha prestado, y puede todavía prestar servicios á la causa católica: y este homenaje de sincera y profunda estimacion que le tributo aquí con la mejor voluntad, prueba que de ningun modo entra en mi propósito desalentarle ni resfriar su celo.

Pero á vueltas de merecimientos tan positivos, el Sr. Donoso Cortés ha cometido una falta, única sin duda, aunque muy grave, y de la cual se han hecho tambien responsables el Sr. Luis Veuillot y sus amigos publicando el libro de aquel, y elevando á tanta altura su reputacion. La falta del Sr. Donoso consiste en haberse arrojado á tratar en un escrito público las cuestiones mas árduas de teología, sin estar preparado con los estudios necesarios y sin haber adoptado la prudente é indispensable precaucion de hacer cuando menos revisar sus obras antes de imprimirlas, por hombres competentes y autorizados. Bien es verdad que esta falta no es privativa del Sr. Donoso; y aun pudiera disculpársele de ella, si el mal ejemplo pudiera alguna vez servir de disculpa.

En otros tiempos nadie escribia sino de aquello que tenia bien sabido, y no hay sino leer las medianas entre las obras de los siglos xvi y xvii, para convencerse de que sus autores, nutridos con sólidos estudios, sabían mucho mas de lo que decían. Hoy día sucede todo lo contrario: se dice mas de lo que se sabe, y aun se ha hecho moda escribir en todos los géneros lo que no se sabe de ningun modo. Sin hablar aquí mas que de las obras religiosas, ¿cuántos escritores no hay que todos los dias y con la mas sorprendente buena fé tratan en libros, en revistas, en periódicos, de toda especie de materias teológicas, canónicas, ascéticas etc., sin haber cursado sobre tan delicado asunto ningun estudio sólido, ni emprender el alto y sagrado ministerio de escribir con otra preparacion que tal cual lectura somera, junta con cierta facilidad de estilo? Mal gravísimo por cierto, que

nadie puede tener en poco, pues que tiende á corromper lo mas preciado que hay sobre la tierra, esto es, la verdad y el buen sentido.

La gente profana, en su mayor parte apenas estudia hoy la religion mas que en obras de aquella índole, leidas con tanta mayor avidez, cuanto mayor es el mérito literario que muchas veces las distingue : lanzanse tras unos otros escritores, que sin mayor ciencia, aunque con igual rectitud de intenciones, se forman, ó mejor dicho, se echan á perder en la escuela de sus antecesores, continuando la série de errores é inexactitudes que han aprendido de ellos. La juventud misma del Clero no tiene siempre aquella suma de luces y de doctrina ni la solidez de espíritu necesarias para conocer y evitar ciertos errores sutiles, que son como veneno infiltrado en la verdad.

De aqui proviene ese desenfreno de ideas, esas desacordadas extravagancias y asombrosas exageraciones, esa confusa amalgama de error y de verdad, esa intemperancia de pensamientos y de lenguaje, esa vaguedad é incertidumbre, esa ignorancia, en fin, que poco á poco se apoderan de los ánimos, diseminadas mas y mas cada dia en libros y periódicos, y las cuales, á decir verdad, viciarian á veces hasta el mismo púlpito, sino fuese por la severa y constante vigilancia de los Obispos. Mal tanto mas grave y contagioso, cuanto que son tres las causas que concurren á propagarlo, formando en pro de los escritores á que me refiero, reputaciones facticias en el órden científico y literário, que extravian á otros talentos, y abren, por decirlo así, á la multitud que se lanza en pos de aquellos escritores, ciertas como corrientes de estimacion, en que los ilusos se dejan arrastrar para verse pronto envueltos en un torrente de errores. Estas causas son: la libreria, con el interesado charlatanismo de sus prospectos; los periódicos, con la retórica ordinariamente tan ignorante de sus extractos; y los partidos, con su espíritu siempre ciego de pandillage. ¡Cuántos hombres hay levantados de esta manera en alas de la fama, y cuya voga, aun efímera, sería inconcebible si no se la pudiera explicar por una de estas tres causas, por todas tres juntas algunas veces, y especialmente por la tercera! Dia vendrá, y acaso no está muy lejos, en que se comprenda la necesidad de revisar y reducir en fin á su justo valor todas estas reputaciones usurpadas y seductoras, si es que no hemos de acabar de todo punto con la ciencia y el buen sentido. Entre tanto, lo que mas importa es impedir el daño que estas falsas reputaciones pueden causar, sirviendo al error de salvo conducto.

Tales son las consideraciones que me han hecho tener por útil y necesario poner de manifiesto los errores teológicos y filosóficos del Sr. Donoso Cortés. Dios — la Trinidad — la caida del hombre — los efectos del pecado original — la revelacion — la razon — el libre albedrío — los sacri-

ficios — las relaciones del paganismo con la religion verdadera — la Encarnacion — la gracia — la propagacion del cristianismo — la Iglesía ect.... Todas estas graves cuestiones trata el Sr. Donoso Cortés con una temeridad y un arrojo que no pueden compararse sino á la sinceridad de su buena fé. Sin advertirlo, sin que parezca siquiera sospecharlo, se desprenden de su pluma los errores con una facilidad asombrosa. Entre estos errores, á veces muy graves, los hay que indudablemente están en su espíritu : otros no están sino en la manera con que ha expresado su pensamiento. De vez en cuando, si el lector fija la atencion en las palpables y evidentes contradicciones que se le ofrecen, verá claramente que el autor, al decir mal una cosa, la pensaba bien en el fondo. Flojo en la ciencia teológica, es lo mas todavia en el lenguage tan rigoroso y delicado de esta cíencia. Pero de todos modos, justo es siempre decir que ya se extravie el pensamiento, ya sea unicamente la pluma del escritor, su corazon nunca flaquea, y su voluntad es y permanece constantemente católica. Quedará esto plenamente probado con los extractos que pondré á continuacion.

I.

Errores acerca de Dios.

Incurren en error, segun el Sr. Donoso Cortés

«Los que van á buscar la última (1) explicacion de los sucesos, ya en las causas segundas, que existen todas bajo la dependencia general é inmedíata de Dios, ya en la fortuna, que no existe de ninguna manera. Solo Dios es criador de todo lo que existe, el conservador de todo lo que subsiste, y el autor de todo lo que sucede, segun se ve por estas palabras del Eclesiástico, cap. 11, v. 14 : *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas á Deo sunt.* Por eso dice San Basilio que en atribuirselo todo á Dios está la suma de toda la filosofía cristiana. (*pág.* 71)

Si yo dijese que el Sr. Donoso Cortés se muestra en este pasage rigorosamente fatalista, que desconoce, que niega absolutamente la inmensa parte que tiene la libertad del hombre en los sucesos humanos, que elimina del tegido de la historia la accion real y poderosa, aunque siempre subordinada de las causas segundas, y que hace á Dios autor del pecado, creeria yo calumniarle, calumniar su fé, su pensamiento y aun todo su libro; porque en otros lugares encuentro, y tengo el mayor gusto en decirlo, pasages que contradicen á este. Pero no lo calumniaré, limitándome á afirmar que las líneas arriba citadas EXPRESAN el fatalismo neto, y

(1) En la traduccion francesa del Ensayo, que ha servido de texto al Sr. Gaduel, falta la palabra *última* : calificativo importante, que modifica en gran manera, cuando no destruya enteramente la idea equivocada, que sirve aqui de supuesto á la censura del crítico. (*Nota del editor.*)

que al hacer á Dios *autor de todo lo que sucede*, lo hacen, por consecuencia inevitable, autor del pecado: no lo calumniaré, si añado que hay en todos sus escritos otros cien pasages, y ya tendré ocasion de ir citando algunos, donde resalta el mismo color de fatalismo: y no creo hacer al público una ofensa, al creer que las tres cuartas partes de lectores no tienen la atencion ni la ciencia suficiente para leer, sin exponerse á incurrir en inevitables errores, un libro escrito en este estilo y con una imprudencia tan maravillosa.

En ningun tiempo, y mucho menos en los presentes, tiene derecho un autor para confiar en que la mayoría de sus lectores rebusquen, estudien y minuciosamente cotejen todos sus textos para libertarse de las impresiones peligrosas que una vez les haya causado. Por eso yo no estraño que se haya dirigido al Sr. Donoso el grave cargo de profesar el fatalismo, pues aunque yo no crea que lo merece tanto como se ha dicho, creo sin embargo que su frase es muchas veces tan fatalista y aun mas de cuanto se ha supuesto. Ahora bien, es indudable que un grande error, acariciado por un gran escritor de esta manera, penetra siempre los ánimos mas hondamente de lo que se cree. No, no es cierto que anden errados los que *buscan la explicacion*, al menos parcial, *de los sucesos en las causas segundas*; pues entonces habria que tener por errado al Libro de la *Sabiduría*, (c. 2, v. 4), cuando dice: *Invidia diaboli mors intravit in mundum*, y á San Pablo, cuando escribia (Rom. c. 5, v. 19): *Per inobedientiam unius hominis peccatores constituti sunt multi.* Si las causas libres no entrasen para nada en *la explicacion de los sucesos;* ¿para qué servirian entonces la accion y la libertad de estas causas?

Es absolutamente falso, sobre todo, que Dios sea el *autor de todo lo que sucede*, pues Dios no hace aquello que no quiere, y ni quiere ni puede querer el pecado: *Non Deus volens iniquitatem tu es* (Psalm. c. 5, v. 5). Hacer á Dios *autor de todo lo que sucede*, puede caber en la sombría teología de Lutero y de Calvino; pero no en la teología católica. Lutero ha escrito: «Dios mismo es quien obra en los impíos las obras malas» (*Luth. in assert.* art. 36) y Calvino esto otro: «Todo lo que Satanás hizo contra Job, todo lo que los caldeos hicieron contra los judíos, todo lo que Semei hizo contra David: y todo lo que hicieron los judíos contra Jesucristo, todo esto fué obra de Dios, y sucedió por ordenamiento y mandato de Dios» (*Calv. l. 1, Instit.* c. 18). De otro modo muy distinto se expresa el Concilio de Trento cuando declara (Sess. vi, c. 6): «Si alguno digere que Dios obra las obras malas lo mismo que las buenas, sea excomulgado»— Dios no es, por consiguiente, *el autor de todo lo que sucede.*

Si el Sr. Donoso Cortés me digera que esta no habia sido su intencion, se lo concederia y lo creeria desde luego; pero sus palabras dicen

lo que dicen, y en ellas fundo yo mi cargo. Por eso he asegurado ya que su falta consiste en meterse á hablar el lenguaje teológico sin haberlo estudiado y sin conocerlo; lo cual basta para sembrar el error.

En cuanto á las palabras del Eclesiástico y de San Basilio tan inoportunamente citadas por el autor del ENSAYO, inútil es advertir, que la expresion *mala* del libro sagrado no se aplica síno al mal físico, segun se desprende del mismo texto; y que el Obispo de Cesárea, al *atribuirlo todo á Dios*, no le considera, por lo que toca al mal moral, sino como causa puramente permisiva; y no puede decirse á Dios autor de aquello que no hace sino permitir, absteniéndose de interponer su poder absoluto para impedirlo.

El SR. DONOSO CORTÉS dice en otro pasaje:

«Y como quiera que todo lo que sucede necesariamente, sucede por la voluntad de Dios, al mismo tiempo que todo lo que sucede por su voluntad, sucede necesariamente; síguese de aquí que Dios es la ecuacion suprema entre lo necesario y lo voluntario, que siendo cosas diferentes para el hombre, son en él una cosa misma (*pág.* 194).»

De seguro, hay que prestar una grande atencion, y leer con sumo cuidado todo este pasaje para no hallar en sus palabras el fatalismo mas exorbitante, el fatalismo en Dios mismo; porque si todo lo que sucede por la voluntad de Dios, sucede necesariamente; si Dios es la ecuacion suprema entre lo necesario y lo voluntario; si lo voluntario y lo necesario, cosas diferentes para el hombre, no son en Dios sino una misma cosa ¿no procede deducir de aquí que *todo lo que Dios quiere, lo quiere necesariamente?*

No decimos que tal haya sido la intencion del SR. DONOSO: al poner á sus lectores en riesgo de concebir tan enorme error, seguramente no ha pretendido decir otra cosa sino que todo lo que sucede por la voluntad de Dios, sucede necesariamente *á consecuencia de esta voluntad.* Pero entonces el SR. DONOSO no consigue huir de un error sino para caer en otro; porque no es cierto el que *todo lo que Dios quiere, sucede necesariamente á consecuencia de su voluntad:* esto no puede decirse mas que de los efectos inmediatos de la voluntad divina, ó de los producidos por la intervencion de las causas físicas; pues en cuanto á los actos de los seres libres, como jamás Dios coarta su libertad, resulta que aun aquello que mas absolutamente quiere obrar por medio de estos agentes, sucede sin duda *infalible*, pero no *necesariamente*: distincion importantísima, si se ha de conciliar el libre albedrío con la presciencia divina, con la Providencia, con la predestinacion, y las gracias eficaces del órden mas alto. Leclerc de Beauberon, explicando á Santo Tomás, dice (*De homine lapso et reparato*, Sect. II, l. 5, art. 1).» La gracia eficaz determina infaliblemente á

la voluntad; y sin embargo, á causa de la naturaleza de la voluntad, que está en posesion de la indiferencia *activa* para escoger entre cosas opuestas, entre obrar y no obrar, entre obrar bien ó mal, la gracia eficaz no lleva consigo la necesidad, sino que deja intacta la libertad.»—En el mismo sentido, y por causa del mismo respeto á la libertad humana, dice el gran doctor de la gracia, San Agustin (*De corrup. et grat.*, c. 14, 11, 15). «Dios puede, cuando quiere, hacer todo lo que quiere de las voluntades humanas, como quien tiene plena y entera potestad de mover á su albedrío los corazones de los hombres.»—Cuando los herejes han pretendido abusar de este texto, nunca la Iglesia le ha dado otro sentido sino el que nosotros acabamos de indicar (Véase el Concilio de Trento, Ses. VI). Repito, pues, con este motivo, que no es posible escribir con exactitud de teología sin conocer su lenguaje.

En otro lugar, hablando del pecado original, dice el Sr. Donoso:

«Por lo relativo á la pena, la cuestion está resuelta por sí misma desde el momento en que se da por cosa averiguada que se me trasmite la culpa, como quiera que la una no puede concebirse sin la otra. Justo es que sea penado, si es cierto que soy culpable; y como en estas materias ES NECESARIO LO QUE ES JUSTO, síguese de aquí que la desgracia que padezco, sin dejar de ser desgracia, es necesariamente una pena (*pág.* 193, 194).»

Con que es decir que por el hecho solo de ser *justa*, es *necesaria* la pena del pecado original; con que es decir que de tal manera es una *necesidad*, de parte de Dios, el ejercicio de la justicia, que nunca puede hacer gracía cuando puede castigar con justicia.

Por lo demás, este error parece estar muy profundamente arraigado en el ánimo del Sr. Donoso; porque hace dos años publicaba en el *Univers* una carta, que este periódico insertó por cierto sin comentario alguno, de la que claramente se desprende que siempre que Dios castiga, lo hace porque no puede ejercer su misericordia.

«Si siempre y en todo caso (se lee allí) puede ser Dios misericordioso, entonces su justicia no es justicia, que es venganza. Meditadlo bien: con lo que yo llamo el fatalismo de la misericordia (ya está visto lo que al Sr. Donoso le acomoda llamar el fatalismo de la misericordia) no podeis explicar el infierno. Os desafio sino á que me deis una explicacion medianamente satisfactoria.....Si no hay algun caso en que sea imposible á Dios salvar á un hombre ¿cómo es que no se han salvado todos los hombres?»

Pero el mismo Sr. Donoso entrevé lo que hay de enorme en semejante doctrina, porque, alarmado sin duda de su propia opinion, añade á renglon seguido:

«Por lo demas, cuando yo digo que Dios no puede hacer tal ó cual cosa, es solo una manera que adopto de expresar que no la ha hecho, que no la hace, y que

no la hará. Conozco que al expresarme asi, no puedo vencer completamente las dificultades que me opone vuestra lengua francesa, que para mí es extraña; si bien creo que os digo lo bastante para que percibais bien mi idea.» (*Univers del* 20 *de Abril de* 1850.)

Lo que yo percibo aqui muy bien, es que el Sr. Donoso posee perfectísimamente la lengua francesa; y que de ningun modo conoce la lengua teológica; que aqui ó profesa ó expresa una doctrina enteramente falsa, y que el insignificante correctivo de que echa mano, no le autorizaba de manera alguna á dejar correr en las líneas anteriores un error, del que él mismo tenia sospecha: es decir, el fatalismo divino en orden á la justicia vindicativa.

No es así como en esta materia opinan los Padres y los teólogos católicos, al enseñar, como enseñan, que si Dios hubiese querido, habria podido condonar gratuitamente el pecado original: «Aun sin la venida del Salvador (dice San Atanasio, Orat. 2, alias 3. *contra Arianos*, n.° 68) pudo Dios decir una palabra, y borrar asi la maldicion» — Otro sabio teólogo, Legrand (*De Incarnatione*, dissert. V. c. 1.) siguiendo á otros muchos, dice tambien. — «No repugna en ninguna manera que Dios hubiese podido perdonar al hombre y restituirle á su gracia, condonando pura y gratuitamente el pecado. ¿Ni quien osaria negar á Dios, que creó al hombre por un acto solo de su voluntad, el poder de mudar, absolutamente y tambien por un acto solo de su voluntad, al hombre pecador; y derramando en él su gracia santificante, justificarle inmediatamente?»

Continuemos citando al Sr. Donoso Cortés. El cuadro comienza aquí á ensancharse; pues ya no se trata solo de la justicia ó de la Providencia de Dios, sino de la misma esencia divina en general; de la naturaleza del Dios verdadero, comparada con los díoses paganos. Hé aquí como se expresa el respetable escritor.

«Dios era *unidad* en la India, *dualismo* en la Persia, *variedad* en Grecia, *muchedumbre* en Roma. El Dios vivo es *uno* en su sustancia, como el índico: *múltiple* en su persona, á la manera del Pérsico; á la manera de los dioses griegos, es *vario* en sus atributos; y por la multitud de los espíritus (dioses) que le sirven, es *muchedumbre*, á la manera de los dioses romanos. Es causa universal, sustancia infinita,» (1) (*Pág.* 28)

En verdad que no se sabe qué pensar de tan raros y extraños parangones, ni si es posible acumular mayor número de errores en menos palabras. Y no se diga que tan groseros errores de ningun modo están en la mente del autor, pues en todo caso seria bien flaca la disculpa, dado que

(1) *Infinita*, dice el texto original; pero el traductor francés puso *indefinida*, cometiendo asi un involuntario error, que tambien destruye en esta parte el supuesto equivocado del crítico. (*Nota del editor.*)

evidentemente se hallan en su manera de expresarse. Vivimos en un siglo de tal frivolidad, que no parece sino que impunemente se le puede dar todo lo que se quiera : pero yo, por mi parte, no creeré nunca indiferente, ni aun en este siglo, el expresarse de una manern tan inexacta, cuando se habla de Dios, y se escribe para el público.

No, el Dios vivo no es *uno en su sustancia*, *como el índico* ; porque nada hay que se parezca menos á la unidad del verdadero Dios, que la unidad panteistica. No, el Dios vivo no es *vario en sus atributos*, *á la manera de los dioses griegos* ; pues en los dioses griegos habia una diversidad real y verdadera, míentras que los atributos del verdadero Dios no son diversos, sino con una diversidad virtual, relativa á sus efectos y á nuestra manera de concebirlos, pero no con una diversidad sustancial, siendo como es un principio en teología que los atributos divinos son todos identicos á la esencia, é idénticos entre sí.—» Cuando al hablar de Dios, dice San Fulgencio, (*Resp. ad Ferrand.* interrog., 2.) nombramos la divinidad, la grandeza, la bondad, el poder, no debemos seguramente entender por estos nombres divinos cosas diversas, sino una misma y sola cosa, á saber, la esencia y la naturaleza divina.

No, el Dios vivo no es *muchedumbre*, *á la manera de los dioses romanos*, *por la multiud de espíritus* (*dioses*) *que le sirven* : pues, por ventura; ¿los ángeles santos que sirven al verdadero Dios tienen algo de comun con la muchedumbre de los dioses romanos; ni hay cosa alguna que pueda autorizar á un católico para llamar *muchedumbre* al Dios verdadero? No, el Dios vivo no es una sustancia únicamente *indefinida*, sino que es una sustancia *infinita*. ¿Cree por ventura el Sr. Donoso que lo infinito y lo indefinido son una misma cosa? Semejantes extravagancias de expresion no pueden servir mas que para confundir el lenguage, cuando no lleguen hasta á confundir las ideas.

II.

Errores acerca de la Trinidad.

En las mismas extravagancias de expresion incurre de un modo no menos peligroso el Sr. Donoso Cortés cuando habla del altísimo misterio de la Santísima Trinidad.

«La unidad (divina) dilatándose, engendra eternamente la variedad; y la variedad, condensándose, se resuelve en unidad eternamente. Dios es tésis, es antítesis y es síntesis: y es tésis soberana, antítesis perfecta, síntesis infinita. Porque es uno, es Dios; porque es Dios, es perfecto; porque es perfecto, es fecundísimo; porque es fecundísimo, es variedad; porque es variedad, es familia.» (*Pág.* 32.)

El Dios inmutable, *condensándose* despues de haberse *dilatado*!—El Padre *tésis*, el Hijo *antítesis*, el Espíritu-Santo *síntesis*!—¡Qué lenguaje!

«Considerado Dios como Padre, saca de sí eternamente al Hijo por via de gene-

racion, al Espíritu Santo por via de procedencia, y constituyen de esta manera eternamente la diversidad divina. El Hijo y el Espíritu Santo se identifican eternamente con el Padre, y constituyen eternamente con él su unidad indestructible.» (*Página* 145.)

Eso de la *diversidad divina* es, en teología, un estilo impropio: se puede decir la *diversidad de las personas divinas*, pero no la *diversidad divina*. ¿Y qué quiere decir *El Hijo y el Espíritu Santo identificándose eternamente con el Padre*? Bajo el punto de vista de la *esencia*, no puede decirse que el Hijo y el Espíritu Santo se identifiquen con el Padre, pues que tienen con él la misma esencia, siendo por consiguiente *uno* con él, no *identificándose*; pues de otro modo, tanto valdría decir que la esencia divina se identifica con la esencia divina: bajo el punto de vista de la *personalidad*, de ninguna manera pueden identificarse, sin que desaparezca la distincion de las personas.

Pero voy á hacer otra cita mas grave; como que es un enorme error no sospechado siquiera por el Sr. Donoso, pues que lo reproduce en dos ocasiones, y con mas insistencia todavia en la segunda que en la primera.

«El hombre fué hecho por Dios, á imágen de Dios, y no solamente á su imágen, sino tambien á su semejanza: por eso el hombre es uno en la esencia, y trino en las personas. Eva procede de Adan, Abel es engendrado por Adan y por Eva, y Abel y Eva y Adan son una misma cosa: son el hombre, son la naturaleza humana. Adan es el hombre padre, Eva es el hombre muger, Abel es el hombre hijo. Eva es hombre como Adan, pero no es padre: es hombre como Abel, pero no es hijo. Adan es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva, sin ser muger. Abel es hombre como Eva, sin ser mujer; y como Adan, sin ser padre.» (*Páginas* 32, 33.)

El fondo de las ideas es aquí demasiado grave para detenerse en lo raro del estilo, y en la dolorosa extravagancia de semejantes expresiones. Continuemos citando:

«La variedad está en el cielo; porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres personas; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad; porque el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios, y Dios es uno. La variedad está en el Paraiso; porque Adan y Eva son dos personas diferentes; y esa variedad va á perderse, sin confundirse, en la unidad, porque Adan y Eva son la naturaleza humana, y la naturaleza humana es una.» (*Pág.* 52.)

Esta comparacion, empleada con tan marcada complacencia por el Sr. Donoso, es falsa de todo punto y hasta el mas alto grado: al querer explicar la Trinidad de las personas, el autor no advierte que destruye la unidad de la esencia. Esta comparacion es pura y simplemente el Triteismo.—«Los triteistas, dic Witasse, (*De Trinit.* quæst. II, art. II, sect. I.) queriendo definir la naturaleza divina como la naturaleza humana, decian

que en las tres personas no habia sino una sola naturaleza, genéricamente comun, pero numéricamente distinta en cada una de ellas; si bien, como observa Nicéforo, se esforzaban todo lo posible para no llegar á decir que habia tres dioses ó tres divinidades.»—En el mismo lugar dice tambien este autor:—«Los maniqueos no reconocian en la naturaleza divina mas que una simple unidad genérica, á la manera que existe en los hombres, los cuales todos tienen una misma naturaleza humana.»

Si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola naturaleza divina á la manera que Adan, Eva y Abel son una sola naturaleza humana, entonces hay tres dioses. La unidad de naturaleza, en Dios, no es una unidad de género, sino de sustancia; asi como la unidad de naturaleza, en Adan, Eva y Abel, no es unidad de sustancia, sino únicamente de género. Adan, Eva y Abel no son tres personas en una sola sustancia, sino tres personas ó tres sustancias diferentes, por mas que pertenezcan á un mismo género, la humanidad.

Ciertamente al recordar las inmensas luchas mantenidas por la Iglesia, con tan infatigable perseverancia, durante muchos siglos, y contra los esfuerzos reiterados de tantas heregías, para conservar la ortodoxia pura no solo del pensamiento sino del lenguage acerca del sublime dogma de la Trinidad, nadie creerá que puede ser lícito, aun al hombre de mas buena fé, expresarse tan inconsiderada y falsamente acerca del mas grande entre los misterios cristianos. Hay en esto un peligro demasiado grave para que la Iglesia lo deje correr con tamaña exposicion de sus hijos.

Sin perjuicio de que mas adelante examinemos los errores é inexactitudes del Sr. Donoso en punto al *libre albedrío*, desde luego puede juzgarse hasta qué punto y con qué título una obra tan inexacta, tan plagada de errores, en la que á cada paso hallamos un tropiezo en la idea ó en el lenguage, debia figurar en una biblioteca destinada á enseñar la religion, á regenerar la sociedad, la educacion, las letras etc. y á *dar al mundo la verdad que necesita.*

En materias teológicas, nadie sino la Iglesia tiene mision, luces y gracia para dar la verdad al mundo; y cuando algun escritor católico quiere ayudarla en esta grande obra de la enseñanza religiosa de los pueblos, no debe ni puede hacerlo sino sometiendo previamente sus escritos á la revision ilustrada y al autorizado juicio de los que el Espíritu Santo ha instituido pastores y doctores.

III.

Errores acerca del libre albedrío.

Prosiguiendo el triste exámen de los errores teológicos y filosóficos del Sr. Donoso Cortés, voy ahora á poner de bulto los que ha cometido al tratar del libre albedrío.

Muy en voga está hoy dia, entre ciertos escritores, suponer que todo el mundo se ha equivocado hasta que ellos han venido: de esta manera creen sin duda dar mayor resalte á sus opiniones; y la verdad es que efectivamente muchas veces logran prender en esta red á las gentes de escaso talento y poca instruccion; pues al cabo no carece de cierta mágia, propia para lisonjear astutamente al espíritu humano, esto de pensar distintamente que todo el mundo, y llevar por sí y ante sí razon contra la sabiduría y los métodos de todos los siglos precedentes. Pero los talentos sólidos y modestos ven, por el contrario, en esta presuncion un motivo de justa desconfianza, y una razon poderosa para precaverse contra doctrinas anunciadas con tan altivas y ridículas pretensiones. Es un dolor que el Sr. Donoso haya tambien pagado un tributo á esta presuntuosa manía.

«La nocion (dice) que se tiene generalmente del libre albedrío, es de todo punto falsa (pág. 86).»

¿Cómo es eso de *generalmente* y de *todo punto falsa*?—Yo me creo con derecho para afirmar todo lo contrario; y pienso que es exacta y muy exacta la nocion del libre albedrío, tal como la enseñan todos los autores elementales de teología, y como la tiene aprendida el clero; y por consiguiente que tambien es exacta la que tienen los fieles, que del clero reciben su educacion religiosa. Por otra parte, los numerosos errores que en todos tiempos y mas particularmente hoy se han propalado contra esta facultad principalísima de la vida humana, cuya nocion se enlaza por tantos puntos con el dogma católico, han proporcionado á la Iglesia bastantes ocasiones para fijar completamente su sentido; y debiera, por tanto, haber algun mas miramiento antes de acusar de error y de error absoluto la opinion comunmente recibída respecto á un punto tan capital, tan esencial, tan decisivo, como que domina toda la moral natural y cristiana. Pero veamos al cabo cuáles son las ideas que el Sr. Donoso pretende poner en lugar de las comunmente recibídas.

«El error que voy combatiendo, consiste en suponer que la libertad está en la facultad de escoger, cuando no está sino en la facultad de querer, la cual supone la facultad de entender. Todo sér dotado de entendimiento y de voluntad es libre, y su libertad no es una cosa distinta de su voluntad y de su entendimiento; es su mismo entendimiento y su misma voluntad juntos en uno. Cuando se afirma de un sér que tiene entendimiento y voluntad, y de otro que es libre, se afirma de ambos nna misma cosa, expresada de dos maneras diferentes (pág. 87, 88).»

Si yo dijese que esta definicion de la libertad es una heregía, traspasaría el límite justo de mi censura; pero no así afirmando, como afirmo, que es falsa, y que además tiene el gravísimo inconveniente de darse la mano con las más grandes y peligrosas heregías de los tiempos modernos, el luteranismo, el calvinismo, el bayanismo y el jansenismo.

Si la libertad no consiste *en la facultad de escoger* entre las diferentes cosas que pueden solicitar la voluntad, sino únicamente en la *simple facultad de querer*, aun supuesto que no se pueda escoger; si la libertad no es una potencia de eleccion y de determinacion, distinta de la simple voluntad, sino que es la voluntad misma y sola, la voluntad sin la opcion libre, es claro entonces que la libertad, el mérito y el demérito subsisten y se concilian fácilmente con la pretendida gracia necesitante de Lutero, de Calvino, de Bayo y de Jansenio; puesto que la gracia necesitante de estos herejes no impide la voluntad, sino antes bien la produce, dado que el carácter de la gracia necesitante consiste ó mas bien consistiria en hacer querer necesariamente.

No tengo yo la culpa de abordar aquí las cuestiones mas abstractas y delicadas de la teología, pues que este es el terreno adonde el Sr. Donoso me fuerza á seguirle, y cuyas escabrosidades, permítame que se lo diga, debieron alarmar un poco mas su modestia y sus intenciones tan ortodoxas.

A mis lectores y al mismo Sr. Donoso quiero ahora preguntar si su definicion de la libertad no se parece hasta en los términos mismos á la proposicion de Bayo: *Quod voluntarié fit, etsi necessitate fiat, liberé fit*, proposícion condenada por los Papas San Pio V, Gregorio XIII y Urbano VIII; y considerada en sus consecuencias, á esta otra de Jansenio: *Ad merendum vel demerendum, in statu naturæ lapsæ, non requiritur in homine libertas á necessitate, sed sufficit inmunitas á coactione*, proposicion condenada por Inocencio X. Por lo menos, es indudable que una vez admitida aquella definicion, de nada sirven todos los argumentos de los teólogos católicos contra los jansenistas, fundados en la imposibilidad de poner de acuerdo su pretendida gracia necesitante con el libre albedrío.

Hé aquí ahora cómo se expresa, tocante á esta peligrosa y falsa opinion sobre la naturaleza de la libertad, uno de los comentadores de Santo Tomás, el acreditado teólogo Billuart, del órden de Santo Domingo, en el cual fué tres veces honrado con el cargo de provincial.—«No puede negarse, dice, que esta manera de pensar acerca de la libertad es muy favorable á los errores condenados en Jansenio; porque una vez admitida, se hace facilísimo conciliar el libre albedrío con la delectacion necesitante de los jansenistas; y acaso no ha sido inventada con otra mira, puesto que desde el momento de ser aceptada, ni á Jansenio, ni á Lutero, ni á Calvino se les puede acusar de que pretenden destruir la libertad humana: mientras que, por el contrario, una vez demostrada la falsedad de aquella opinion, es facilísimo comprobar sólidamente las aserciones de la fé, destruyendo por su base en consecuencia los errores de Jansenio. Por esta razon, me creo obligado á examinarla á fondo y á combatirla con todas

mis fuerzas.»—(Billuart, *De Actibus humanis*, *dissert. de libertate*, art. 4). En seguida viene una sólida y ámplia refutacion de aquella opinion falsa, con las pruebas de la tésis contraria, que por cierto califica Billuart de comunes en teología.

Si el respetable Sr. Donoso y el director de la *Biblioteca Nueva* hubiesen tenido la prudente y sencilla precaucion de someter el Ensayo sobre el Catolicismo al exámen de un teólogo nada mas que mediano, me parece que no les hubiera dejado pasar una definicion tan peligrosa de de la libertad. Vamos á otra cita.

«El libre albedrío no consiste, como generalmente se cree, en la facultad de escoger el bien y el mal, que le solicitan con dos contrarias solicitaciones» (pag. 86)

Para la mejor inteligencia de lo que voy á decir, permítanme los lectores poco versados en teología que exponga aquí la verdadera nocion y las principales distinciones teológicas de la libertad; nociones que no carecerán de interés para ellos, sobre todo, si se tiene en cuenta que en un siglo tan dado á tratar de la libertad política, importa mucho conocer la natural, que es en resumen el cimiento de todas las libertades.

La libertad es la facultad de escoger, de determinarse, de querer con eleccion, y sin coaccion alguna procedente ni de una *violencia* exterior, material, que en nada influye sobre la voluntad, ni de una *necesidad* íntima proveniente de un principio que no sea la voluntad de Dios, por ejemplo, y que obre en el hombre de tal manera que le haga querer necesariamente. *Libertas est inmunitas sive á coactione, sive á simplici necessitate.* Esta facultad puede egercerse ó en cosas puras y simplemente contradictorias, como hacer ó no hacer, optar entre diferentes cosas buenas; ó en cosas moralmente contrarias, como obrar bien, ú obrar mal. Esta es la distincion tan sabida en teología, de la libertad de contradiccion, *libertas contradictionis*, y la libertad de contrariedad, *libertas contrarietatis*. La primera es la libertad *perfecta*, tal como existe en Dios, que no puede pecar, pero que puede crear ó no crear, y escoger entre todas las creaciones posibles etc.: la segunda es la libertad *imperfecta*, tal cual existe en el hombre aquí en la tierra, para pueba de la vida, para merecer y desmerecer.

Sentados estos principios, vuelvo al autor del Ensayo. Al decir el Sr. Donoso que el libre albedrío *no consiste en la facultad de escoger el bien y el mal*, ó quiere hablar del libre albedrío *perfecto*, tal como está en Dios y en los santos del Cielo, ó del libre albedrío *imperfecto*, tal como lo tiene el hombre en el estado presente; *in statu viæ*, como dicen los teólogos.

En el primer caso, tiene razon el Sr. Donoso en excluir del libre albedrío la facultad de escoger entre el bien y el mal; pues dicen los

teólogos mas elementales: *Potestas peccandi, seu indifferentia contrarietatis non est de essentia libertatis; nam Deus perfectissima libertate pollet nec tamen peccandi libertatem habet»* Pero, en este caso, ¿cómo el Sr, Donoso se atreve á decir que se *cree generalmente* lo contrario? Cuenta que aposta no he citado mas que á teólogos elementales; como hubiera tambien podido citar el catecismo, seguro de que el Sr. Donoso no encontraría un niño de la escuela ni una simple campesina que no pensará acerca de este punto exactamente lo propio que él.

En el segundo caso, es decir, si el Sr. Donoso ha querido hablar del libre albedrio *imperfecto*, humano, tal como el hombre lo tiene aqui en la tierra, *in statu viæ*, entonces comete un enormísimo error.

Y prosigue el Sr. Donoso :

«La facultad de escoger otorgada al hombre lejos de ser la condicion necesaria, es el peligro de la libertad; puesto que en ella está la posibilidad de apartarse del bien y de caer en el error, de renunciar á la obediencia debida á Dios, y de caer en manos del tirano. *Todos los esfuerzos del hombre deben dirigirse á dejar en ocio esa facultad,* ayudado de la gracia, *hasta perderla* del todo, si esto fuera posible, con el perpétuo desuso. *Solo el que la pierde, entiende el bien, quiere el bien y lo ejecuta; y solo el que esto hace, es perfectamente libre....»* (*Pág.* 90)

¿Conque el Sr. Donoso quiere que *perdamos* la facultad de escoger? Pero ¿cómo perderla? por ventura ¿es esto posible? No solamente no perderemos jamas la facultad general de escoger, que es la esencia misma del libre albedrío, sino que, hagamos lo que hagamos y mientras dure la prueba de la vida, jamas podremos perder esta especial y terrible facultad de escoger el mal, como que es la condicion de nuestra prueba en este mundo; y lo que es mas, jamas aquí en la ticrra llegaremos á vernos libres de cometer faltas, siquiera sean leves:—«Si alguno pretendiere »(dice el santo concilio de Trento, ses. VI. cap. 23) que el hombre una vez justificado, no puede ya volver á pecar..... ó que durante su vida entera, puede absolutamente evitar todos los pecados, hasta los veniales, sin un privilegio especial de Dios, como la Iglesia lo enseña respecto de la bien aventurada virgen María, sea excomulgado.»

El único término posible de los esfuerzos del hombre en la tierra, es tener arrendada y dominar en sí esta malhadada facultad de obrar mal, disminuir mas y mas su energía, debilitando con la mortificacion las inclinaciones viciosas que lo solicitan, y obteniendo la gracia que lo refrena, con la oracion, los sacramentos y las buenas obras. Esto y no mas es cuanto el hombre puede hacer; y si es cierto, como el Sr. Donoso dice, que solo el que *pierde* la facultad de escoger, *entiende el bien, quiere el bien y lo ejecuta*, entonces digo que se hace imposible entenderlo, quererlo y

ejecutarlo; que ningun hombre en la tierra lo entiende, ni lo quiere, ni lo ejecuta, y que la virtud no es mas que una quimera.

Por otro error de otra especie llega el Sr. Donoso á punto nada menos que de hacer necesaria la libertad del mal; necesaria de tal modo, que sin ella la creacion humana seria imposible; y el hombre, ó no seria, ó seria Dios.

¿Ignorais (pregunta) el por qué de ese don tremendo de escoger entre el bien y el mal, entre la santidad y el pecado, entre la vida y la muerte? *Pues negadla por un solo momento, y en ese momento mismo haceis imposible de todo punto la creacion angélica y la creacion humana.* Si en esa facultad de escoger está la imperfeccion de la libertad, quitada esa facultad, la libertad es perfecta; y la libertad perfecta es el resultado de la perfeccion simultánea de la voluntad y del entendimiento. Esa perfeccion simultánea está en Dios: si la poneis tambien en la criatura, Dios y la criatura son una misma cosa; todo es Dios, ó nada es Dios: de esta manera vais á dar al panteismo...» (*Pág.* 94.)

Dos errores manifiestos hay en este pasage: uno el decir que sin la facultad de escoger entre el bien y el mal, hubieran sido de *todo punto imposibles* la creacion angélica y la creacion humana, pues ¿por qué no habia de haber podido Dios criar al hombre y al ángel sin darles la facultad de escoger entre el bien y el mal? ¿por ventura, el estado de prueba era absolutamente necesario? Seria conveniente, pero necesario no. El otro error consiste en suponer que la *criatura seria Dios*, si no tuviese la facultad de escoger el mal. Es decir, que los ángeles y los santos del cielo son Dios, pues que no tienen ya la facultad de escoger el mal. La verdad está en que Dios es impecable por naturaleza, mientras que la criatura no puede serlo sino por gracia; y esta sola diferencia basta y sobra para que hasta la criatura mas impecable se halle, bajo este respecto, á una inmensa distancia de Dios.

Y véanse aquí los inconcebibles excesos á que conduce esta osada y presuntuosa manera de tratar sin preparacion ni censura las mas graves y delicadas cuestiones. El Sr. Donoso prosigue:

«Si toda criutura, en el hecho mismo de serlo, es imperfecta; y si la facultad de perderse constituye la imperfeccion especial de los hombres, el que esa pregunta hace, viene á preguntar *por qué el hombre es una criatura*, ó lo que es lo mismo, *porque la criatura no es el Criador*; *porque el hombre no es el Dios* que crió al hombre. *Quod absurdum.*» (*Pág.* 97, 98.)

Siempre el mismo error. Lo que es absurdo, *quod absurdum*, es decir que el hombre sería Dios, sino tuviese la facultad de escoger el mal. Pero allá va otro error.

«No pudo convenir á las divinas excelencias salvar al ángel ni al hombre sin anterior merecimiento.» (*Pág.* 99.)

Y en otro pasage afirma el autor que *la salvacion anterior á todo merecimiento, seria una injusticia de parte de Dios.* ¿Por qué? pregunto yo: la injusticia es la violacion del derecho de otro ¿y qué *derecho* habría violado Dios, si hubiera querido salvar al ángel ó al hombre, ó á entrambos, por pura gracia y sin anterior merecimiento? En otra parte dice tambien el Sr. Donoso:

«Basta para explicar el hecho (del mal) suficientemente, acudir á la intervencion anárquica de los seres inteligentes y libres; como quiera que si no pudieran alterar de alguna manera el órden maravilloso de la creacion y sus concertadas armonías, no podrían ser considerados ni como libres ni como inteligentes... el hombre... no sería libre, si no pudiera escogerle (el mal).» (*Pág.* 118, 119).

¿Con que es decir que ni Dios, ni los ángeles, ni los bienaventurados son libres ni inteligentes?

Algunas páginas antes hallamos que la facultad de escoger no era necesaria para la libertad, y que solo se requería la facultad de querer: ahora nos hallamos con que ya no basta la facultad de escoger, sino que hace falta la facultad de escoger el mal sin la que el hombre *no seria ni libre ni inteligente*... No lo entiendo. Tan palpable contradiccion no puede explicarse sino por la confusion que perpetuamente existe, en las ideas y en las palabras del Sr. Donoso, entre la facultad de escoger el mal, y la simple facultad de escoger. Esto es ignorar las mas sencillas nociones de teología.

Pues veamos ahora un derecho bien estraño, el derecho de pecar.

«Consistiendo la libertad imperfecta dada á la criatura en la facultad suprema de escoger entre la obediencia y la rebeldía hácia su Dios, otorgarle la libertad viene á ser lo mismo que conferirle *el derecho* de alterar la inmaculada belleza de sus creaciones; y como quiera que en esa belleza inmaculada consiste el órden y la armonía del universo, otorgarle la facultad de alterarla viene á ser lo mismo que conferirle el *derecho* de sustituir el órden con el desórden, la armonia con la perturbacion, el mal con el bien.» (*Pág.* 139.)

Con perdon del respetable escritor le diré que la facultad de pecar no confiere de manera alguna el *derecho*: Dios ha podido dejar al hombre la facultad del mal para probarle, pero no conferirle derecho de obrar el mal.

«*Este derecho es tan exorbitante, y esta facultad tan monstruosa,* que el mismo Dios no hubiera podido otorgarla, si no hubiera estado cierto de convertirla en instrumento de sus fines, y de atajar sus estragos con su poder infinito.» (*Páginas* 139, 140.)

No puede decirse que el derecho de obrar el mal sea exorbitante ni monstruoso, porque semejante derecho no existe. El derecho, segun todos los jurisconsultos y todos los teólogos, es la facultad legítima de po-

seer ó de hacer alguna cosa: *Jus est legitima facultas aliquid habendi vel faciendi.* Y en cuanto á la facultad de obrar el mal, tampoco se la puede llamar monstruosa, pues si esto fuera ¿cómo habia de haberla tenido el hombre inocente, al salir de las manos del Criador? lo monstruoso es el ejercicio de esta facultad, y no la facultad misma. En estas graves materias son imperdonables estas incorrecciones de estilo. Concluyo con esta última cita:

«¿Quién explicará, empero, esa libertad altísima, inviolable, santa; tan santa, tan altísima y tan inviolable, que *el mismo que se la dió, no se la puede quitar*; y con la cual *puede resistir y vencer al mismo que se la dió*, con una resistencia *invencible* y con una tremenda victoria?—¿Quién explicará de qué manera, con esa victoria del hombre sobre Dios, queda Dios vencedor, y el hombre queda vencido; y esto siendo la victoria del hombre una verdadera victoria, y el vencimiento de Dios un vencimiento verdadero? (pág. 85, 86).»

¡*La victoria del hombre sobre Dios una verdadera victoria*; y *el vencimiento de Dios un vencimiento verdadero*! ¡Qué lenguaje! En cuanto á eso de la libertad *con la cual puede el hombre resistir á Dios con una resistencia invencible*, es un error; pues que aun despues de haberle dado esta libertad, y sin perjuicio de ella, puede Dios todavía vencer por su gracia y bondad infinita, la rebelde voluntad del hombre, como en efecto lo hace muchas veces por medio de gracias de un órden tan alto, que el hombre, libre de hecho para resistirlas, no las resiste, quedando Dios de esta manera infaliblemente vencedor.

Tales son las ideas que, acerca del libre albedrío, opone el Sr. Donoso á las generalmente recibidas, que le han parecido *de todo punto falsas*. Injusto fuera en mí acusar al eminente publicista de haberse extraviado tan gravemente en tan árdua materia, de la cual es indudable que no podia tratar doctrinalmente con la debida competencia: el único cargo que yo le hago, es haberse metido, sin estudios suficientes ni consulta de otros, á tratar una cuestion que él mismo califica de *tremenda*, de una manera tan atrevida y con un estilo tan desenvuelto, y sobre todo, en un libro cuyo título anuncia el designio de exponer la doctrina católica, y para una *Biblioteca* destinada á *dar al mundo la verdad que necesita*: sin considerar que en lugar de esto, lo que iba á hacer era suscitar un grave peligro á aquella pura y santa doctrina, y á confundirse, ante el público, con las falsas opiniones de un hombre, que si bien es altamente recomendable por sus incuestionables méritos, carece desgraciadamente de una instruccion teológica al nivel de su fé sincera y de su verdadera devocion.

IV.

Errores acerca del pecado original, en sus relaciones con el órden general de las cosas.

Dios crió al hombre libre hasta dejarle la libertad del mal para probarle; pero no lo hizo sin dotar á esta libertad tremenda de luces intelectuales tan refulgentes, de una rectitud de voluntad tan perfecta, de unos auxilios de gracia tan eficaces que pudiese el hombre, si queria, perseverar sin grande esfuerzo en la justicia, y ser levantado, despues de una corta prueba, á aquella expléndida vision divina, cuyo éxtasis eterno junta inseparablemente á la criatura inteligente con el bien sumo.

Tal fué el primer designio del Criador respecto del hombre. Pero el hombre quiso abusar de su libre albedrío, y pecó; y por su pecado perdió, con la justicia original, todo derecho al alto y magnífico destino que Dios le habia preparado. En tal estado, Dios podia abandonar á sí mismo á este rey de la creacion destronado, dejarle sin remedio alguno á su perdicion, no ejerciendo para con él sino los derechos de una severa justicia, como lo habia hecho respecto del ángel: podia tambien, segun la opinion de innumerables teólogos, redimirle por via de pura condonacion, ó puramente remitiéndole su pecado, ó segun otros, exigiéndole una satisfaccion imperfecta.

Pero Dios no quiso lo uno ni lo otro. Su voluntad fué, á un tiempo mismo, reparar misericordiosamente la naturaleza humana, y recibir de ella, sin embargo, una satisfaccion perfecta y proporcionada al pecado. Para cumplir este designio, la Divina Sabiduría inventó la maravillosa economía de la Redencion, por la cual concertadas la misericordía y la justicia, y dándose, como dice el Salmista, el beso de paz, Dios se hace hombre para pagar la deuda del hombre pecador, y el hombre reconciliado puede, por medio del nuevo Adan, Jesucristo, volver á entrar en aquel órden de gracia y de gloria que el primer Adan habia perdido.

Al ver esta admirable dispensacion, por la cual reformando Dios su obra, no solamente la restaura sino que la hace mas bella; la Iglesia arrebatada con un impulso de júbilo y de admiracion exclama: ¡*O felix culpa quæ talem et tantum meruit habere Redemptorem*! y todos los dias cuando celebra en el santo altar aquella misteriosa mezcla del agua y del vino en conmemoracion de la union maravillosa del hombre con Dios en el Verbo hecho carne, da testimonio de que la reparacion de nuestra naturaleza ha sido mas admirable todavía que su misma creacion: *Deus qui humanæ substantiæ dignitatem mirabiliter condidisti et mirabiliùs reformasti.*

Empero; si la Iglesia se inunda aquí de admiracion y de júbilo, jamás llega hasta cegar y extraviarse: ella sabe que la caida del hombre, oca-

sion de su redencion, habia sido prevista por Dios eternamente; pero sabe tambien que aquella caida fué enteramente libre de parte del hombre, y de ninguna manera cree que Dios hiciera caer al hombre para abrir las vias al Redentor: ella sabe que la redencion habia sido decretada *ab œterno* en el consejo divino, pero tambien libremente, de parte de Dios, y supuesta la prevision del pecado libre del hombre: ella sabe que el infierno manifestará, con terrible fulgor, la infinita justicia de Dios en aquellos que hayan desaprovechado la gracia del Redentor; pero rechaza con horror la idea de que Dios haya querido el infierno por un designio *antecedente* y primario, como complemento del órden universal y manifestacion, hasta cierto punto necesaria, de su justicia. Dios respeta la libertad del hombre: la Iglesia proclama la libertad de Dios; y cuando, en la evolucion *consecuente* de los designios divinos, ve aparecer la pena en pos de la culpa, pronuncia por la boca de su mas ilustre doctor San Agustin: *Deus de suo bonus, de nostro justus.*

Tal es, acerca de estas sublimes verdades, la enseñanza de la pura y sana teología; pues comparemos ahora con esta doctrina los textos del Sr. Donoso.

»Si Dios permitió su prevaricacion (la del hombre) consistió esto en que guardaba como en reserva al Salvador del mundo, el que habia de venir en la plenitud de los tiempos: aquel supremo mal era NECESARIO para el bien supremo, y para esta gran ventura era necesaria aquella gran catástrofe. El hombre pecó, PORQUE Dios habia determinado hacerse hombre; y hecho hombre sin dejar de ser Dios, tenia bastante sangre en sus venas y sobrada virtud en su sangre para lavar su pecado. (*Pág.* 141).»

Con que es decir que siendo *necesario* el supremo mal del pecado para el bien supremo de la Encarnacion del Hijo de Dios y de la Redencion, el hombre pecó, *porque* Dios habia determinado hacerse hombre y lavar el pecado del hombre en su propia sangre. Si esto no es el fatalismo, convengamos en que se le parece bastante, ó cuando menos, en que hay aqui una ambigüedad muy peligrosa. Por estas palabras parece que el Verbo y la Redencion eran asunto primario de los designios de Dios, y el pecado del hombre el medio necesario para el cumplimento de estos designios; porque es claro que el que quiere el fin, quiere el medio, sobre todo, si este medio es necesario. ¿Hay mucha distancia desde este al error consistente en hacer á Dios autor del pecado?

Si el hombre pecó porque Dios habia determinado hacerse hombre y rescatarle con su sangre, no se sabe por qué pecó tambien el ángel, que no debia ser objeto de la misma gracia; como no fuese para que pudiera hacer pecar al hombre, y de este modo abrir las vias á la Encarnacion del Hijo de Dios.

Si el Hijo de Dios no hubiera determinado encarnarse ¿hubiera sido imposible el pecado del hombre, y aun del ángel? ¿Hubiera podido Dios permitirlos? Y caso de que no pudiera dada la hipótesis del pecado, la Redencion era necesaria?

Si el Sr. Donoso resuelve estas cuestiones en el sentido católico ¿qué haremos de sus textos?

«El fin general de las cosas (dice en otra parte el Sr. Donoso) era manifestar todas á su manera las perfecciones altísimas de Dios, y ser como centellas de su hermosura y magníficos reflejos de su gloria. Consideradas bajo el punto de vista de este fin universal, no nos fué difícil demostrar que de la obediencia humana y de la rebelion angélica se siguieron bienes incomparables; y que asi la una como la otra sirvieron para que las criaturas, que antes reflejaban solamente la divina bondad y la divina magnificencia, reflejaran tambien toda la sublimidad de su misericordia y toda la grandeza de su justicia. El órden no fue universal y absoluto, sino cuando las criaturas tuvieron en sí todos estos espléndidos reflejos.» (*Pág.* 262.)

Con que es decir que sin el pecado y sus terribles consecuencias, el órden no hubiera sido universal y absoluto, ni las criaturas habrian reflejado con bastante esplendor las perfecciones divinas. Es asi que Dios quiere el órden esencialmente; es asi que era conveniente, necesario quizas en concepto del Sr. Donoso, que el órden fuese universal y absoluto, y que la creacion reflejase mas perfectamente los atributos divinos; luego.... la conclusion se adivina al instante. El Sr. Donoso añade:

El acto supremo de la creacion no podia considerarse como consumado y perfecto, sino despues de haberse realizado en todas sus manifestaciones su infinita justicia y su infinita misericordia. Y como quiera que sin la prevaricacion de los séres inteligentes y libres no podia Dios ejercer ni la justicia ni la misericordia especial que se aplican á los prevaricadores, de aquí se deduce que la prevaricacion misma fué *ocasion* de la mas grande de todas las armonías, y de las mas bella de todas las consonancias.» (*Pág.* 147.)

La palabra *ocasion* no expresa aquí la consecuencia que se sigue de las premisas; y los lectores, mas lógicos que el autor, discurrirán de este modo: Como quiera que repugna el que Dios deje imcompleto é imperfecto el acto de la creacion; cosa que sucederia, segun el Sr. Donoso, sin la prevaricacion de los séres inteligentes y libres, síguese de aquí que esta prevaricacion ha sido rigorosamente necesaria, y positivamente querida por Dios.

Cuando con la prevaricacion angélica y con la humana no hubo en Dios perfeccion que no estuviera manifestada exteriormente por alguna cosa, fuera de aquella que habia de ponerse de manifiesto mas adelante en el Calvario, las cosas estuvieron en órden.» (*Pág.* 147 y 148.)

¡Cómo! ¿Conque las cosas no estaban en órden antes del pecado? No diria mas Calvino. Es decir que Dios no veia las cosas muy bien,

cuando acabada su grande obra de la creacion, y contemplando amoroso aquella obra tan pura todavia entonces cuanto hermosa, se dió á sí mismo testimonio de que todo era bueno y perfecto : *vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valdé bona.*

No concluiré este párrafo sin llamar la atencion sobre la extraña belleza, sobre las supuestas armonías y consonancias que el Sr. Donoso encuentra en los pecados de los infelices hijos de Adan; pecados que en el hecho de acumularse y amontonarse unos sobre otros, constituyen, segun él, por su misma fealdad combinada con la fealdad propia de nuestra naturaleza, un compuesto que no carece de cierto mérito de belleza relativa. He aqui el extraño pasage á que me voy refiriendo.

Con él (con el pecado) puso Adan mancha en lo que ya no puede ponerla ningun hombre, en el puro albor de su inocencia purísima : poniendo unos pecados sobre otros los que pecamos ahora, no hacemos sino poner manchas sobre manchas; solo á Adan le fué dado oscurecer el ampo de la nieve. Con ser nuestra naturaleza dañada un grave mal, y nuestros pecados un mal mas grande, no carece ese compuesto de cierta belleza de relacion, que nace de aquella armonía secreta que hay entre la fealdad propia del pecado y la fealdad propia de la naturaleza del hombre. Las cosas feas pueden armonizarse entre sí como se armonizan las hermosas; y cuando esto sucede, no cabe duda sino que lo que hay en las cosas de esencialmente feo, se templa en algun modo por la belleza que reside en lo que hay en ellas de armónico y concertado» (*Pág.* 195.)

Verdaderamente que al ver esto se pierde la paciencia, y da gana de cerrar el libro, no sin hacer mil pedazos los prospectos que hacen tan inconcebiblemente famosos semejantes escritos.

V.

Errores acerca del pecado original, con relacion á sus efectos sobre la naturaleza humana.

1.º Efectos generales:

«Su vida (la del hombre, desde su prevaricacion) fué toda tentacion y batalla, ignorancia su sabiduría, su voluntad toda flaqueza, toda corrupcion su carne: cada una de sus acciones estuvo acompañada de un arrepentimiento, cada uno de sus placeres fué seguido de un dejo amargo ó de un dolor agudísimo; cuantos fueron sus deseos, tantos fueron sus pesares; cuantas sus esperanzas, otras tantas sus ilusiones; y cuantas sus ilusiones, otros tantos sus desengaños: su memoria le sirvió de torcedor, su prevision de tormento; su imaginacion no le sirvió de otra cosa sino de echar franjas de púrpura y de oro sobre su desnudez y su miseria.» (*Página* 124.)

El santo concilio de Trento dice que por el pecado original fué despojado el hombre de los dones sobrenaturales; pero que en cuanto á los naturales, fue solamente *herido*, quebrantado. El Sr. Donoso va mucho mas

allá: porque si la *sabiduría* del hombre pecador *no es mas que ignorancia*, adios su luz natural; *si su voluntad no es mas que flaqueza*, adios su fuerza moral natural; y por último, *si cada una de sus acciones está acompañada de un arrepentimiento*, entonces no hay acciones virtuosas del órden natural; y no hay acto ninguno que, sin la gracia, no sea pecado. ¡A donde vamos á parar! Esto es anular no solamente la gracia sino tambien la naturaleza. Y lo peor es que hay en el dia muchos escritores religiosos impregnados del mismo error, como lo prueban tristes y recientes ejemplos en que se ven los estravios que produce en un entendimiento cuando llega á penetrarlo, y el trabajo que le cuesta haber de salir de él.

2.° Efectos particulares sobre el entendimiento.

«La falibilidad, enfermedad del entendimiento enfermo, es la primera y la mayor de las dolencias humanas; de cuyo principio se siguen las consecuencias siguientes: Si el entendimiento del hombre es falible porque está enfermo, no puede estar nunca cierto de la verdad, porque es falible; si no puede estar nunca cierto de la verdad porque es falible, esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, ahora se les considere juntos, ahora se les considere aislados: si esa incertidumbre está de una manera esencial en todos los hombres, aislados ó juntos, todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son una contradiccion en los términos, porque han de ser forzosamente inciertas: si todas sus afirmaciones y todas sus negaciones son inciertas, la discusion es absurda é inconcebible.» (*Pág.* 40.)

¿Conque el hombre, por su prevaricacion, *no puede nunca estar cierto de la verdad*? ¿Y esta incertidumbre está *de una manera esencial en todos los hombres*? ¿Pero no vé el Sr. Donoso que eso es negar radicalmente toda certidumbre natural? ¿Es decir que no hay medio entre el escepticismo y la fe? De que el hombre sea falible en muchas cosas, ¿se sigue que no puede estar cierto de ninguna? Buena lógica está esta. Y lo peor es que semejante lógica no solamente es del Sr. Donoso, sino de toda una escuela neocatólica bastante conocida, que se ha ingeniado para vivir entre nosotros, de treinta años á esta parte.

Debo aquí llamar la atencion sobre una particularidad muy notable del texto anterior. El Sr. Lamennais habia dicho, y muchos de sus discípulos han sostenido, que si bien es cierta la falibilidad de cada hombre aislado, el género humano, tomado en su conjunto, es infalible. El respetable Sr. Donoso tiene un talento demasiado perspicaz para no haber visto todo lo que hay de groseramente contradictorio en semejante sistema, pues es evidente que siendo falible cada hombre en particular, el género humano, á no mediar como no media en este caso, una especial promesa de infalibilidad, es tan falible como cada hombre. Visto esto por el Sr. Donoso ¿qué hace? Toma su partido, y pronuncia resueltamente: que en todos

los hombres, aislados ó juntos, está de una manera esencial la incertidumbre absoluta, como consecuencia que es, segun él, de la falibilidad humana. Enhorabuena sea así; pero que diga entonces el Sr. Donoso de qué manera ha de entrar la fé en el entendimiento humano: los antecesores del Sr. Donoso habian cerrado las puertas á la razon individual; el Señor Donoso ahora se las cierra á la razon comun. Corriente: la fe entrará como buenamente pueda, por milagro, *januis clausis.*

Mientras que la escuela lamenesiana, por temor á las censuras, tiene cerrados todos los caminos para invocar abiertamente como infalible la autoridad del género humano, he aquí al Sr. Donoso diciendo:

Si el género humano no estuviera condenado irremisiblemente á ver las cosas del reves...» (*Pág.* 151.)

Desde esto á la infalibilidad de la razon comun y á poner en el consentimiento de los pueblos el criterio único de certidumbre, ya se vé la inmensa distancia que media. Pero en fin, ello así es; el fallo está pronunciado, y es irremisible. Pero véase todavia adonde va á parar la cosa:

Anunciad (dice el Sr. Donoso) que poseeis un argumento que echa por tierra una verdad matemática; que vais á demostrar que dos y dos no hacen cuatro, sino cinco... Si como única demostracion de vuestras blasfemias y vuestras afirmaciones, dais vuestras blasfemias y vuestras afirmaciones mismas, entonces el género humano os pondrá sobre los cuernos de la luna.» (*Pág.* 60, 61.)

¡Hasta tal punto, despues del pecado, está la humanidad condenada á ver las cosas del reves! Y la razon de este infeliz estado del espíritu humano es pura y simplemente que

»entre la verdad y la razon humana, despues de la prevaricacion del hombre, ha puesto Dios una repugnancia inmortal y una repulsion invencible... Por el contrario, entre la razon humana y lo absurdo, hay una afinidad secreta, un parentesco estrechísimo.» (Pág. 59, 60.)

No se puede hablar mas claro. La triste consecuencia que de todo esto sale, es que el Sr. Donoso habla como el mas franco, el mas resuelto, el mas afirmativo, el mas lógico adepto de la *pretensa escuela tradicionalista,* que bulle entre nosotros, hace un cuarto de siglo, sin que se la haya podido reducir al silencio, y que, oculta durante algun tiempo para evitar el rudo golpe que la dieron las censuras de 53 obispos franceses y la encíclica del Sumo Pontífice Gregorio XVI, vuelve hoy á la carga, gritando mas que nunca: escuela, que para fundar mejor la fe, niega la razon, condena á toda filosofía, borra de una plumada atrevida el tratado teológico de la *verdadera religion*, tal como los teólogos lo han concebido y redactado; se escandaliza del *rationabile obsequium* del apóstol, y en su inconcebible ceguedad se obstina en no ver que destruyendo el vestíbulo, cierra la entrada del santuario; que proclamando la impotencia radical de la ra-

zon, hace de la fé no solamente una gracia, sino un milagro; y que al precipitar, finalmente, en un abismo insondable la fé con la razon, condena al género humano todo entero á la espantosa pero inevitable alternativa ó de un escepticismo absoluto, ó de un insensato fanatismo.

En vano el Sr. Donoso dirá que *ninguno puede ir al Hijo, es decir, á la verdad, si su Padre no le llama.*» En vano alegará que estas «*palabras profundísimas atestiguan á un tiempo mismo la omnipotencia de Dios y la impotencia radical, invencible del género humano* : en vano, repito, dirá estas palabras, si las dice en el sentido de que sin la gracia el hombre prevaricador y caido esté irremisiblemente condenado á ver todas las cosas del reves; que sin el rayo excelso de la revelacion sea radicalmente impotente la razon humana para conocer ninguna verdad; que Dios haya puesto entre la verdad y nuestra razon una repulsion invencible; que sea en fin, necesario afirmar, como el Sr. Donoso afirma con estraña fraseologia, que *es necesario afirmar la nada, ó pasar con todas sus negaciones y con todas sus afirmaciones, con toda su alma y todo su cuerpo por el cilindro de la fé.* Si es asi, digo, como el Sr. Donoso entiende y presume interpretar las divinas palabras de Nuestro Señor, nada mas veremos los que solo aspiramos á ser sobriamente sabios, sino un estraño y deplorable abuso del texto sagrado. Y con este motivo, nos tomamos la libertad de recordar al Sr. Donoso la prescripcion del santo Concilio de Trento (sess. VI. decret. de canon. scripturis.) «*Ad coercenda petulantia ingenia, decernit (sacrosancta synodus) ut nemo suæ prudentiæ innixus, in rebus fidei et morum, ad ædificationem doctrinæ christianæ pertinentium, sacram scripturam ad suos sensus contorquens, contrá eum sensum quem tenuit et tenet sancta Mater Ecclesia, cujus est judicare de vero sensu scripturarum, aut etiam contrá unanimem consensum Patrum, ipsam scripturam sacram interpretari audeat.*

Una vez concebidas tan exageradas ideas acerca del pecado original, que se le llegue á considerar no solo como la pérdida de la gracia, sino tambien de la naturaleza misma y de la razon; no viendo ya en el hombre caido nada que esté firme, claro es que debia ser ilimitado el desprecio de la humanidad; y, efectivamente, hé aquí lo que el Sr. Donoso piensa de ella.

«Yo no sé si hay algo, debajo del sol, mas vil y despreciable que el género humano fuera de las vias católicas» (*Pág.* 61.)

«Lejos de causarme maravilla el desprecio que los racionalistas modernos muestran hácia el hombre, si hay alguna cosa que ni alcanzo á explicar ni puedo concebir, es la atentada prudencia y la tímida mesura con que proceden en este negocio.»

.....«No acierto á concebir esa parsimonia de vilipendios, y esa mesura en los

desdenes»......«Yo de mí sé decir, que si mi Dios no hubiera tomado carne en las entrañas de una mujer, y si no hubiera muerto en una cruz por todo el linage humano, el reptil que piso con mis pies, sería á mis ojos menos despreciable que el hombre. Aun asi y todo, el punto de fé que mas abruma con su peso á mi razon, es ese de la nobleza y dignidad de la especie humana, dignidad y nobleza que quiero entender y no entiendo, que quiero alcanzar y no alcanzo.» (*Pág.* 270 y 271)

Y no hay que hablar al Sr. Donoso de nada que pueda templar un poco los negros colores de ese cuadro tan sombrío de las miserias y pobreza humanas; no hay que hablarle de las virtudes naturales, de las acciones morales y buenas que la historia puede con razon elogiar muchas veces en los mismos paganos; porque el Sr. Donoso os respoderá:

«En vano aparto los ojos lleno de espanto y de horror de los anales del crímen, para ponerlos en esferas mas altas y en regiones mas serenas. En vano traigo á mi memoria aquellas levantadas virtudes de los que el mundo llama héroes, y de que están llenas las historias: porque mi conciencia levanta su voz, y me dice que todas esas héroicas virtudes se resuelven en vicios héroicos, los cuales se resuelven á su vez en un orgullo ciego, y en una ambicion insensata. El género humano aparece á mi vista como una inmensa muchedumbre puesta á los pies de los héroes, que son sus ídolos, y los héroes como ídolos que se adoran á sí propios. Para creer yo en la nobleza de esas estúpidas muchedumbres, ha sido necesario que Dios me la revele.» (*Pág.* 270.)

Pasando por alto esa proposicion condenada por la Iglesia, de que *las virtudes de los infieles son vicios*, quiero ahora preguntar á todos los hombres de buen sentido y de sencillo saber no adulterados por el espíritu de sistema y la aficion á las exageraciones ¿Son verdad las palabras que acaban de leerse? ¿No es indigno de un hombre, y sobre todo, de un cristiano, poner ese cartel de desprecio contra la humanidad entera? Y si apenas pudiera tolerarse semejante lenguage tratandose de los mas odiosos malhechores ¿puede consentirse que se le aplique á todo el género humano, teniendolo por tan vil y despreciable que no lo es mas el reptil que se huella con la planta?

La naturaleza humana, dicen los Padres del Concilio de Trento (y antes de ahora he recordado esta notable distincion) ha sido despojada por el pecado original, de los dones sobrenaturales de la gracia, pero solamente herida en sus dones naturales, *vulneratus in naturalibus*. Y lo que el Dios Omnipotente hizo tan grande y tan noble, debe ser todavia hermoso, aunque lleno de heridas: y si la imagen y semejanza del Criador no ha sido aun enteramente borrada del alma y de la faz del hombre donde está impresa, como pretendia el sombrío teólogo de Witemberg, ¿quien duda que todavia deben ser de incomparable hermosura los menores rasgos que se conserven de aquella sublime y gloriosa semejanza?

Digamos, en fin, que esta gran criatura, llamada el hombre, hasta en

el abismo en que habia caido con las llagas que se habia abierto, pareció todavia tan hermosa y preciada á los ojos de su autor, que el mismo Hijo de Dios en persona no ha tenido á menos poner sus divinos piés en aquel abismo para levantarle, y aplicar á aquellas llagas su mano purísima para curarlas con ella. La naturaleza humana, caida y todo, es al cabo nuestra propia naturaleza; ese sér derribado á tal abismo desde tanta altura, somos al cabo nosotros mismos. Tengamos algun respeto á ese sér que ha movido al mismo Dios á compasion, y no despreciemos de ese modo lo que el mismo Dios ha amado tanto.

VI.

Errores acerca de los motivos de credibilidad en la religion.

En la historia de los humanos extravíos, el mas curioso, como el mas triste, observado ya con pesar y asombro por muchos hombres sábios, sin saber cómo atajar los deplorables efectos que entre nosotros ha producido, es un fenómeno mas fácil de definir que de nombrar, y que yo de buena gana llamaria *corrientes de errores.* Así califico ciertas falsas doctrinas, que brotan y se elevan en el seno de las sociedades, y que sin valor alguno intrínseco, se difunden, se propagan y popularizan bajo diversos influjos con maravillosa rapidez, acabando por arrastrar ciegamente los ánimos en una especie de torbellino y de una manera que podria ser tenida por fatal si, al considerarla atentamente, no se hallaran suficientes causas para explicarla.

Los distinguidos nombres literarios, las grandes reputaciones filosóficas ó políticas, los partidos, el comercio de librería, los periódicos con todas las pasiones, intereses y vanidades que los dominan; tales son las fuentes principales de eso que yo llamo *corrientes de errores.* Una vez que estas corrientes han tomado ya su giro, todo acude á ellas, lanzándose y precipitándose en su cauce los talentos pequeños, los medianos, los grandes, y á veces, hasta los rectos y bien intencionados. Si fuera lícito comparar las cosas graves con las frívolas, diria yo que eran como esas modas caprichosamente inventadas por alguna pandilla del gran tono y propagadas luego por la gente bullidora, que acaban por tomar posesion de todo el mundo y reinar con tal imperio que los hombres mas formales tienen tambien que adoptarlas y seguirlas.

He hablado de los periódicos, y alguno podria yo citar que ejerce con asombroso imperio este poder de abrir ante los ánimos esas corrientes de opiniones, hoy en un sentido, mañana en otro enteramente opuesto, sin que pueda decirse con cuál de ellos estaba en la verdad, si bien creo que con ambos estaba en el error por extremarlos ambos; que los extremos son tambien errores. Sin entrar en pormenores de este aserto, me limito á

decir que sin duda aquella maniobra periodística es uno de los mas prodigiosos esfuerzos que pueden intentarse, sobre todo si se considera que siendo siempre unos mismos los hombres que los intentan, jamás tienen boca para confesar paladinamente que iban equivocados. Pero como dice muy bien el respetable Sr. Lenormant: *Un periodista no dice jamás: Me he equivocado.*

Una de las mas famosas, hoy dia, entre estas corrientes de errores ha sido y continúa siendo la que primero se llamó *tradicionalista*, y que, de poco tiempo á esta parte, es llamada con mas razon *pseudo-tradicionalista.*

El Sr. Lamennais, y su famoso *Ensayo sobre la indiferencia*, el periódico *El Porvenir*, la jóven y brillante escuela que se formó en torno del autor del *Ensayo*; la multitud de libros publicados por esa escuela y grandemente acreditados por la parcialidad de los periódicos y los interesados prospectos de los libreros; las ediciones hábilmente anotadas que ciertos profesores hicieron por entonces de varias obras teológicas y filosóficas, en las cuales el error se introducia por medio de notas; ciertos anales filosóficos, y en fin la proteccion de alguna gente de valía: todo esto, junto con la ignorancia, la inadvertencia, la ligereza y el amor de novedades, constituye las causas que han formado, mantenido y fortificado esa corriente pseudo-tradicionalista, que tiene gran voga en Francia, que pone en cuidado á Roma, y que en otras partes hace reir á todo el mundo.

Increible parece la multitud de talentos que esa corriente se ha llevado consigo: pocas obras de filosofía religiosa se escriben entre nosotros, de treinta años acá, donde no haya penetrado mas ó menos el error á que me refiero. Entre los muchos hombres, verdaderamente distinguidos algunos de ellos, que se han dejado coger por esa corriente, se halla el Sr. Donoso, cuya notable elocuencia y eminentes talentos han prestado á la religion servicios positivos, pudiendo aun de seguro prestárselos mayores, si, como esperamos, consigue al fin sacudir de su fuerte y generosa inteligencia aquel desdichado error.

El mal está en que ese género de talentos, cuando llegan á concebir algun grave error, nunca lo abrazan á medias: si no pueden gloriarse de ser sus inventores, á causa de lo que es á un tiempo mismo una necesidad, una desgracia y un peligro inevitable de la índole de su talento, aspiran á gloriarse de exagerar sus propios excesos, arrostrando hasta aquellas consecuencias extremas, que de ordinario asustan á hombres menos resueltos. Este mal se descubre con una claridad desgraciadamente prodigiosa en el Sr. Donoso Cortés.

Las consecuencias extremas del pseudo-tradicionalismo son la negacion de la razon en el hombre prevaricador y caido, y la consiguiente supre-

sion de toda la apologética cristiana, tal como habia sido siempre entendida hasta ahora, como la han entendido todos los Santos Padres y Doctores, como la entendia Santo Tomás en su *Suma contra los gentiles*, y como en pos de estos, finalmente, la han entendido todos los apologistas de la religion. Bien sé yo que muchos pseudo-tradicionalistas rechazan estas consecuencias, como sucede siempre á las inteligencias mas tímidas y menos lógicas, cuando ven el absurdo delante; pero no es de estas la del Sr. Donoso, que con su intrepidez lógica, jamás se detiene en el camino, como voy á demostrarlo.

Una vez supuesto que la razon está perdida, claro es que cuanto hasta aquí se ha llamado teología racional, motivos de credibilidad, preparacion, preliminar, preámbulo de la fé, cae por tierra, necesariamente derribado sobre su mismo cimiento. Conociéndolo así perfectamente el autor del *Ensayo sobre el Catolicismo*, no vacila en arrojar la siguiente tésis como epígrafe del capítulo V del primer libro de su obra:

«Que nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la santidad de su doctrina, ni por las profecías y milagros, sino *á pesar* de todas estas cosas.»

Nótese bien, Á PESAR DE TODAS ESTAS COSAS.—Si el Sr. Donoso se hubiera limitado á decir que nuestro Señor Jesucristo no triunfó del mundo *solamente* por la verdad de su doctrina, por las profecías y milagros, no hubiera expresado mas que una comun verdad cristiana. Todo el mundo sabe, en efecto, y es cosa incuestionable é incuestionada que no bastando, como no basta, la razon para producir la fé, ni la doctrina mas verdadera y santa, ni los milagros mas evidentes, ni las profecías mas ciertas y mas rigorosamente cumplidas hubieran bastado, sin los auxilios de la gracia interior, para convertir al mundo. Pero el Sr. Donoso va mas allá, porque dice que nuestro Señor Jesucristo ha triunfado *á pesar* de la santidad y verdad de su doctrina, *á pesar* de las profecías y *á pesar* de los milagros: lo cual significa que todas estas cosas no solamente no eran medios suficientes y auxiliares, sino que eran verdaderos OBSTÁCULOS.

La cosa es rara; pero es de todo punto consecuente, si es cierto, como en otra parte afirma el Sr. Donoso, que despues de la prevaricacion, el género humano *está condenado á ver las cosas del reves*.

Y no se crea que esta maravillosa asercion, respecto á los motivos de credibilidad de nuestra fé, es una paradoja que, como tantas otras, se le escapa al Sr. Donoso en el calor de la improvisacion; nada de eso: es una paradoja muy pensada, es toda una tésis, es nada menos que el título de un capítulo todo entero consagrado á probar esa misma inaudita tésis. Y por si acaso no era bastante bien comprendida por su simple enunciacion, la vuelve á tomar el Sr. Donoso con mayor insistencia para explicarla mas y mas.

«Si Nuestro Señor Jesucristo (dice) venció al mundo, lo venció á pesar de ser la verdad, á pesar de ser el anunciad por los antiguos profetas, el representado en los antiguos símbolos, el contenido en las antiguas figuras; lo venció á pesar de sus prodigiosos milagros y de su doctrina maravillosa. Ninguna otra doctrina que no hubiera sido la evangélica, hubiera podido triunfar con ese inmenso aparato de testimonios clarísimos, de pruebas irrefragables y de argumentos invencibles. Si el mahometismo se derramó á manera de un diluvio por el continente africano, por el asiático y por el europeo, consistió esto en que caminó á la ligera, y en que llevaba en la punta de su espada todos sus milagros, todos sus argumentos y todos sus testimonios.» (*Pág.* 59)

No contento con haber enunciado tan terminantemente su tésis, y haberla explicado de manera que no hubiese duda acerca de su sentido, emprende luego el Sr. Donoso la tarea de probarla por partes. Desde luego se colige que las pruebas han de ser flojas; pero allá van tales como el autor las presenta.

»Nuestro S. J. no venció al mundo con sus milagros. De los mismos que le vieron mudar, con solo su querer, la naturaleza de las cosas, andar sobre las aguas, aquietar los mares, sosegar los vientos, mandar á la vida y á la muerte, unos le llamaron Dios, otros demonio, otros prestigitador y hechicero.» (*Pág.* 58)

Es decir que entre los que vieron los milagros de Nuestro Señor, ó que los oyeron contar á los que los habian visto, hubo unos que le llamaron Dios, esto es, que creyeron en su divinidad, y que no solamente la creyeron, sino que la confesaron. De aquí habria deducido cualquiera que los milagros presenciados por aquellos hombres habian podido sin duda contribuir á convencer sus entendimientos y disponerlos á la fé: pero el Sr. Donoso razona de otra manera, pues que se admira de que hubieran creido los que vieron, y no opina que creyeron por los milagros que habian visto, sino apesar de estos milagros; bastando, segun el, para probarlo asi, el que otros que tambien habian visto los mismos milagros, no habian creido.

Poseido de tan extraña idea, olvida el Sr. Donoso que cuando Jesucristo realizaba aquella grande obra de establecer la Religion, sembraba ante sus plantas los milagros, como en la creacion habia sembrado por el espacio los mundos, siempre con el designio manifiesto de que lo que habia invisible en él, es decir, su omnipotencia y su divinidad, apareciese de alguna manera visiblemente en el espejo de las cosas visibles, como dice San Pablo, y así los hombres no tuvieron disculpa por no haber creido. *Invissibilia enim ipsius á creatura mundi per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur, sempiterna quoque ejus virtus et divinitas, ita ut sint inexcusabiles (Paul. ad. rom. I. 20.)* Tambien olvida el Sr. Donoso que á la misma Sabiduría eterna que hacia esos milagros, parecieron ellos una prueba tan poderosa, que solo en vista de su resistencia á creer en ella

se decidió Nuestro Señor á condenar á los judios incrédulos, segun se ve por aquellas palabras tan terminantes: *Si opera non fecissem, coram eis, quæ nemo alius fecit, peccatum non haberent; nunc autem et viderunt, et oderunt me et Patrem meum.* ¿Diremos, pues, para dar la razon al Sr. Donoso, que el Verbo de Dios se habia engañado, y que al querer probar la verdad de la Religion que fundaba, tomó como medios los obstáculos mismos?

«Nuestro Señor Jesucristo no venció al mundo, porque se hubieran cumplido en él las antiguas profecías. La sinagoga, que era su depositaría, no se convirtió, ni se convirtieron los doctores, que se las sabian de memoria, ni se convirtieron las muchedumbres, que las habian aprendido de los doctores.» (*Pág.* 58)

Recordaré que há poco el Sr. Donoso hablaba de algunos de entre las muchedumbres que *llamaron Dios á Jesucristo.* A estos, por lo que parece, de nada le servirian las profecías; sino que por el contrario, serian otros tantos mas obstáculos que tendrian que vencer para creer. Hasta semejante extremo olvida el Sr. Donoso, y quisiera, sin advertirlo, hacer olvidar á sus lectores aquella hermosa y admirable economía tan encomiada por todos los Santos Padres y Doctores, por la cual, durante cuarenta siglos habia estado Dios preparando al mundo para el advenimiento de su Hijo, con una série de oráculos proféticos no interrumpidos y cada vez mas claros, hasta el dia, en que cumpliéndolos todos, funda aquella sólida prueba de la Religion que tan concluyente pareció á San Pedro, cuando les decia á los judíos: *Deus, quæ prænuntiavit per os omnium prophetarum pati Christum suum, sic implevit. Pœnitemini igitur et convertimini* (Act. Apost. III, 18, 19).

Por último, puesto que, segun el Sr. Donoso, Nuestro Señor Jesucristo tampoco venció al mundo *por la verdad de su doctrina, sino á pesar de esa verdad*, deberemos pensar que esta verdad era un nuevo obstáculo al establecimiento del Evangelio, porque para el Sr. Donoso.

«El hombre prevaricador y caido no ha sido hecho para la verdad, ni la verdad para el hombre prevaricador y caido: entre la verdad y la razon humana, despues de la prevaricacion del hombre, ha puesto Dios una repugnancia inmortal y una repulsion invencible.... «Por eso, cuando la verdad se pone delante de sus ojos, luego al punto comienza por negarla.... Si no puede negarla, entra en combate con ella.... Si la vence, la crucifica; si es vencido, huye; huyendo, cree huir de su servidumbre; y crucificándola, cree crucificar á su tirano.»

«Por el contrario, entre la razon humana y lo absurdo hay una afinidad secreta y un parentesco estrechísimo: el pecado los ha unido con el vínculo de un indisoluble matrimonio. Lo absurdo triunfa del hombre, cabalmente porque está desnudo de todo derecho anterior y superior á la razon humana: el hombre lo acepta, cabalmente porque viene desnudo....» (*Pág.* 59, 60.)

Tambien aquí olvida el Sr. Donoso aquellas palabras de Jesucristo: *Si*

non venissem et locutus fuissem eis, peccatum non haberent, nunc autem excusationem non habent de peccato suo (Ev. Joan. xv. 22.) Despues, como si el Sr. Donoso hubiera probado de una manera inconcusa su inconcebible tésis, acaba resumiendo todo su frívolo discurso con esta asombrosa afirmacion y rotundez:

«El Cristianismo, humanamente hablando, debia sucumbir, y era necesario que sucumbiera: debia sucumbir, lo primero, porque era la verdad; lo segundo, porque tenia en su apoyo testimonios elecuentísimos, milagros portentosos y pruebas irrefragables.» (*Pág.* 65)

Sin duda alguna, asi debia ser, si es cierto, como el Sr. Donoso afirma, que Dios, despues de la prevaricacion del hombre, ha puesto entre la verdad y la razon humana una *répugnancia inmortal* y una *repulsion invencible*; y que, por el contrario, entre la razon humana y lo *absurdo* hay una afinidad secreta y un parentesco estrechísimo. Porque, si la razon está absolutamente aniquilada en el hombre caido, y aniquilada por decreto de Dios, preciso es convenir en que forzosamente han de desvanecerse como el humo todas las pruebas que la religion presenta al entendimiento humano; y que todo el edificio de la fé se viene inevitablemente abajo, cayendo sobre las ruinas de la razon derribada.

Por aquí se vé finalmente lo que se deduce, ó lo que un talento atrevido y resuelto puede deducir de ese pernícioso error que ha formado, forma y formará quizás largo tiempo todavia, *corriente* entre nosotros. Por aquí se vé tambien hasta qué punto, una vez admitido un grave error, en que se ha caido por sorpresa, puede ir arrastrando de unos en otros, y sin que los mismos arrastrados lo adviertan, á un hombre, no solamente de un talento distinguido, sino tambien de sana probidad y católico sincero.

Pero séame tambien permitido añadir, sin segunda intencion alguna, que los que han sido establecidos por el Espíritu Santo para custodios vigilantes de la doctrina, deben mirar mucho este ejemplo para comprender cuánto importa cegar las fuentes del error en su mismo nacimiento, y sabiamente previsores, impedirle que llegue á formar en la sociedad religiosa, por medio del periodismo y de la prensa, esas *corrientes* terribles, que aumentando en caudal y en ímpetu cuanto se tarda en ponerlas dique, acabarian por invadirlo todo, atrastrando en pos de sí á los entendimientos mas sanos.

FIN DE LOS ARTÍCULOS DEL PRESBÍTERO P. GADUEL.

POLÉMICA CON EL PRESBÍTERO P. GADUEL.

Artículos publicados en el periódico francés EL UNIVERS durante los meses de enero y febrero de 1853.

I.

El presbítero Gaduel, vicario general de Orleans, ha publicado en el *Ami de la Religion* una série de artículos, con ánimo de demostrar el daño que causan á la fé católica los escritos y la fama del Sr. Donoso Cortés, quien, segun aquel crítico, se mete en asunto que no es de su competencia al tratar materias superiores á sus conocimientos, y en las que no se halla versado. De la fama ganada por el Sr. Donoso tiene un poco de culpa el *Univers*, porque el *Univers* parece que tiene siempre un poco de culpa en todo lo que hace daño á la Iglesia; y en el hecho solo de pertenecer el Sr. Donoso á la escuela del *Univers*, necesariamente y á pesar de la buena intencion que en él se reconoce, tiene que hacer daño: por esto es menester advertirlo, y sobre todo advertir al público lo conveniente, siendo, como es, urgentísimo acabar de atar corto á esos seglares temerarios que han dado en hacer libritos y artículos de periódicos sobre cues-

tiones que ciertos teólogos no acostumbran á tratar sino en tomazos de á folio, escritos, digámoslo así, en latin.

Tal es el objeto que el presbítero Gaduel se ha propuesto; y en su virtud ha demostrado que El Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo está plagado de faltas y errores teológicos y filosóficos: el sabio crítico ha probado con la autoridad de Witasse que el Sr. Donoso es *triteista*, y con la autoridad de Billuart, que se da la mano con el luteranismo, calvinismo, bayanismo y jansenismo: y todavía esto es nada; porque además el Sr. Donoso tiene su cacho de fatalista, y su migaja de lamenesiano. Agréguese á esto su incorregible ultramontanismo, de que no le acusa el Sr. Gaduel, aunque no lo eche en saco roto, y cate V. aquí un monton de errores, de que el Sr. Donoso va á tener que retractarse. Corriente: pierda cuidado el crítico: se retractará el Sr. Donoso, y lo hará mas pronto y de mejor gana que suelen hacerlo teólogos de profesion, condenados por autoridad bastante mas elevada, y que sin embargo habian leido á Witasse, y aun estudiado á Bailly. El Sr. Gaduel no negará que esos imprudentes seglares tienen el mérito de reconocer sus extravíos, sin empeñarse en defenderlos cuando los cometen, como tambien los han cometido muchos otros, y entre ellos, algunos vicarios generales. Como que yerran de buena fé, por lo mismo se apresuran á volver en cuanto se les llama al buen camino, que nunca tuvieron intencion de abandonar. De esto se convencerá el Sr. Gaduel, si su crítica es tan bien fundada como sin duda él se lo figura; pero entre tanto, bueno es que se digne dejarnos examinarla, porque al cabo ello no es cosa rara ni de hoy el ver á algunos teólogos irritarse como energúmenos contra doctrinas inocentísimas, dado que en todas las opiniones de los hombres entran siempre por algo las pasioncillas, los mezquinillos intereses y el ser de ánimo apocado. Ahí está el gran Lainez, lumbrera del Concilio de Trento, que fué acusado de pelagianismo por teólogos que lo entendian. ¿De qué palabra no puede un hombre medianamente diestro sacar un tantico de heregía? Y ya que el Sr. Gaduel nos ha citado á Witasse, que por mas señas, era tambien herético, le aconsejamos que lea las páginas en que truena contra los doctores atrabiliarios que tachan de herejes á hombres ilustres y de fé pura, solo por alguna palabra ambigua que se les escapa al tratar de árduas materias, cuya terminología propia no es conocida sino de quien está rigorosamente obligado á estudiarla.

Ya volveremos á tocar este punto: entre tanto vamos á hacernos cargo de la parte que nos toca personalmente en la crítica del Sr. Gaduel; puesto que ha tenido maña para alcanzarnos con su péñola atravesada por entre las páginas del Sr. Donoso, y puesto que acaso y sin acaso este era el principal objeto de sus censuras. El Sr. Gaduel hace este sencillo argu-

mento: el libro del Sr. Donoso, que es *triteista*, *bayanista*, *fatalista*, etc., etc. forma parte de una coleccion de obras publicadas por el señor Veuillot; luego el Sr. Veuillot es tan *triteista*, *bayanista*, *fatalista*, etc., etc. como el Sr. Donoso; y es así que el Sr. Veuillot es director del *Univers*; luego el *Univers* es tan luterano, calvinista, lamenesiano, etc., etc., como el Sr. Veuillot.

Una vez constituido en reo el *Univers* con esta triquiñuela dialéctica, ya no nos deja de la mano el Sr. Gaduel; y á cada herejía de á folio que topa en el Sr. Donoso, y de la cual nos declara responsable, añade él otras pocas de nuestra cuenta y cargo. No las mencionaremos todas, porque seria cuento de nunca acabar; pero la última, la flor del ramillete, es el *pseudo-tradicionalismo*. Figúrese el lector cómo se quedará uno, cuando al salir de misa una mañana, se encuentra con que es nada menos que *pseudo-tradicionalista*. Y sin embargo, todavía le estamos agradecidos al Sr. Gaduel; porque una vez en vena, nadie le quitaba probar que tambien somos ateos.

Pero no hay que acusar por su celo al Sr. Gaduel, nada de eso: el fin que se propone es algo mas que sacarle á uno á relucir sus heregías: esto no es mas que puramente especulativo, y el Sr. Gaduel aspira á obtener un resultado práctico. Se trata nada menos que de libertar á la Iglesia de la opresion qne sobre ella ejercen los escritores seglares; no los que la atacan, se entiende, sino los que la defienden, y entre los cuales figuran en primer término el *Univers* y sus amigos.

Por supuesto, los del *Univers* son los peores; porque, segun observa el Sr. Gaduel, son los mas aventajados en esto de crear *corrientes de opiniones;* falta, por cierto, de que no puede acusarse á otros, á quienes por este solo hecho se les perdonarian de buena gana sus entuertos con tal de acabar de una vez con aquellos. El *Ami de la Religion*, por ejemplo, es uno de los que deberian sobrevivir á la destruccion de sus cofrades, porque no corre nunca el riesgo de crear corrientes de opinion. Y es probado: todo aquello que nadie lee, todo lo que jamás logra salir de la oscuridad, menester es conservarlo en el tesoro de la exacta teología y de la filosofía sana: lo demás, al fuego con ello, desde el primero hasta el último, desde José de Maistre y Donoso hasta el Sr. Veuillot: teólogo hay que no teniendo periódico á su disposicion, y reducido por tanto á hacer libros, acaba de dar de baja, á sus expensas y en un solo cuaderno, nada menos que á veinte y tres escritores católicos, entre los cuales hallamos mencionado á *un tal Demaistre* (así dice el buen teólogo) que se cree ser el autor de las *Veladas de San Petersburgo*.

Este odio contra las publicaciones religiosas de seglares no es nuevo, ni tampoco exclusivamente profesado por eclesiásticos; hace largo tiempo que nos persigue, con *carácter político* muy marcado unas veces, y otras

con un *olorcillo comercial*, que trasciende; y no solo nos ha venido de ciertos eclesiásticos, fundadores, redactores ó propietarios de periódicos, sino que tambien ha cogido en cuerpo y alma á los universitarios y volterianos.—*Mucho daño os hacen los periódicos religiosos*, decian á los Obispos la *Presse*, el *Diario de los Debates*, el *Siglo* y aun el *Nacional*, movidos del tierno interés que todo el mundo les conoce por la Iglesia: dicho se está que al hablar de periódicos religiosos, se referian al *Univers*, pudiendo asegurarse sin temeridad que no envolvian en sus censuras y piadosas lamentaciones al *Ami de la Religion*.

Por consiguiente, aquel odio no nos coge de sorpresa: hace ya cuatro años que punza y muerde con cualquier ocasion á nosotros y á nuestros amigos, sin que hasta la presente nosotros hayamos respondido á sus diatrivas ni una sola palabra; pues esta es la *primera vez* que nos hacemos cargo de ellas. Pero ya que estamos con las manos en la masa, hemos de decirlo todo. Semejante animosidad contra los seglares que se consagran á defender la Iglesia, nos parece una pasion tan estraña en un sacerdote, que tentados estamos de ver en ella uno de esos errores del entendimiento, invencibles por lo arraigados, ó una de esas flaquezas del corazon que hay que sufrir en silencio. Porque al cabo, aunque se hiciera poco caso de nuestros servicios ¿quién puede con justicia desconocer nuestra buena voluntad? Veinte años hace ya que el *Univers* está sobre la brecha; en tan largo tiempo, forzosamente hemos de haber cometido deslices: y sin embargo, aunque no nos han faltado ni lances comprometidos, ni adversarios ni enemigos, todavía, gracias á Dios, no hemos sido citados ni ante un tribunal eclesiástico por errores contra la fé, ni ante un tribunal civil por ofensas contra ninguna persona. Ni un palmo hemos cedido á los enemigos de la Iglesia, ni hemos pedido á sus amigos cosa alguna: no hemos solicitado empleos ni candidaturas; no nos ha ocurrido jamás salir á caza de prebendas: servimos á un poder que nada puede por nosotros sino bendecir nuestro sepulcro, y lo servimos fielmente. ¿Cómo es posible que esto no mueva el corazon de un sacerdote, á pesar de todas las faltas que sin duda podamos haber cometido? Que adelantando cada dia mas en nuestras humildes tareas, crezca y se multiplique el odio y el insulto de los que sobre todas las cosas, insultan y aborrecen lo que nosotros amamos y defendemos, sobre todas las cosas, es decir, el altar y el sacerdote, esto se comprende y es muy natural; pero que entre tanta gente como se dedica furiosa á disfamarnos, los mas destemplados hayan precisamente de ser algunos eclesiásticos!... no hay remedio: aquí hay error del en-entendimiento, ó flaqueza del corazon.

Que cometemos errores, se nos dice; pero ni lo dicen los obispos, ni lo dice el Papa; pues si algunos prelados han podido alguna vez reprendernos, jamás ha sido por errores contra la fé, ni por rebeldías contra la

disciplina, sino por simples estravíos cometidos en el calor de una polémica improvisada, ó por doctrinas que ni estan ni serán jamás condenadas por voz ninguna de la Iglesia; cosa por cierto que muchos de nuestros adversarios no pueden decir de las suyas. ¡Que cometemos errores! ¿y cuáles son? *La Gaceta de Francia* nos acusa de combatir los principios galicanos de 1682; *La Prensa religiosa*, de combatir los principios ateos de 1789; *El Ami de la religion* nos acusa de preferir las opiniones del presbítero Gaume á las del presbítero Landriot, la filosofía de Bonald á la del padre Chastel, el genio de Donoso al del buen teólogo que ni aun escribir sabe el nombre de José de Maistre. El Sr. Gaduel añade por su parte el cargo de que siendo meros seglares, y no habiendo leido á Witasse ni meditado á Billuart, nos atrevemos á crear *corrientes de opiniones*. ¿Y á qué toda esta balumba y todos estos rodeos? ¿no sería mas franco y mas breve decir que erramos, *porque somos ultramontanos*?

Pero dese de barato que efectivamente cometamos errores. Por ventura ¿los eclesiásticos que hacen periódicos, con el mismo titulo, ni mas ni menos que nosotros; y los que no pudiendo hacer periódicos, escriben libros, que por cierto salen tambien sin aprobacion como los nuestros, y á veces hasta sin nombre de autor y clandestinamente; no podrian estos señores dignarse de advertirnos de nuestros errores sin ira y sin descortesía, ya que no con benevolencia?

Por fortuna nuestra, en la presente ocasion, y lo consignamos con gusto, no se dirigen nuestras quejas al Sr. Gaduel, que al menos tiene la dignacion de ser menos impetuoso y algo menos intemperante que sus aliados. Lejos de esó, le hallamos grave, hasta solemne, y no sin cierto interés y ternura le vemos venir cargado de veinte tratados de teología, Witasse por aquí, Billuart por allá, y los demas que echa encima de nuestros pobres hombros. Ello es verdad que una vez aparejado con este fárrago magestuoso, hace el pobre lo que puede por divertir á sus lectores, rebozando con un poco de bromita la aridez de su asunto; pero en fin no pasa de aquí: alguna que otra chanzoneta de profesor; tal cual epígrama de casuista; en seguida su Witasse y Billuart, y por remate, los concilios; pero nunca una frase que se pueda llamar injuriosa. Mas vale así: por eso nos decidimos á responderle, satisfechos por no tener nada fuerte que decirle; al contrario, creemos que él ignora la inocente cooperacion que presta con sus críticas á proyectos siniestros, y que sin ver todas las miserias que en ellos se encierran, ha querido rendir culto á la verdad y no al espíritu de pandilla.

Los teólogos viven en mucha mayor intimidad con sus libros que con el mundo, y discurren segun la idea que se forman de una cosa, mas bien que segun la realidad de la cosa misma. En estos casos, suelen escribir

bellísimos tratados, muy bien concebidos, perfectamente lógicos; y que no tienen otra falta sino ir á parar en conclusiones absurdas: por no citar mas que un ejemplo, ahí está el del buen padre Caffaro, escelente teólogo, y por añadidura, religioso ejemplarísimo, que *sin haber puesto en su vida los pies en un teatro*, tuvo la ocurrencia de hacer una disertacion atestada de autoridades ilustres para probar que la comedia era un honestísimo recreo, que en nada ofendía á las buenas costumbres. Pero es el caso que Bossuet tomó por su cuenta hacerle ver que se engañaba á pesar de tener ó de creer al menos que tenia en su favor la opinion de San Juan Crisóstomo, San Antonino, Santo Tomas, San Carlos y algunos cánones. Convencido entonces de su error el padre Caffaro, respondió que *habia concebido* de la comedia *una idea* muy distinta de la que le daba el señor obispo de Meaux, y se apresuró á retirar su disertacion en su consecuencia. Pues bien, nosotros estamos seguros de que el Sr. Gaduel no pierde su tiempo en leer los periódicos, los folletos y demas obrillas de la *incredulidad moderna*; ignorando por tanto que esos periódicos, folletos y demas obrillas son hoy el único pasto intelectual de todo un pueblo. Asi es que como ignora el mal, desconoce tambien la utilidad del remedio, y mas aun las condiciones que este remedio debe tener, y la manera de aplicarlo. Cuando sus interesados colegas van á sorprenderle en medio de sus librazos en folio, y á decirle que hay seglares y profanos bastante atrevidos para meterse á hablar de religion y con pretensiones de combatir los errores dominantes, sin consultar previamente para ello quince ó veinte autores, el Sr. Gaduel alarmado esclama: ¡Dios mio! ¿á donde vamos á parar? Se forma, pues, *su idea* de la prensa religiosa, y con esa idea que es disparatada, la emprende como un desesperado, contra la prensa religiosa. Así como el padre Caffaro no veia inconveniente alguno en la comedia, el Sr. Gaduel *ninguna ventaja encuentra* en la prensa religiosa; y del mismo modo que aquel no veia que sus informes le venian de actores cómicos, este no vé que los suyos le vienen de eclesiásticos periodistas: sumido en tal ceguedad, y cabalgando sobre su idea, enviste á diestro y á siniestro, creyendo echar á los vendedores del templo. «Sois unos imprudentes, nos grita, unos ignorantes, unos rebeldes, unos herejotes; estais echando á perder el clero; vais á perder á la Iglesia.» en resúmen con tono mas decente que sus colegas, y con un desinterés laudable, viene ni mas ni menos á hablar el lenguaje de los periodistas que andan á caza de suscritores; del propio modo que el padre Caffaro con la mejor fé del mundo llamaba á las gentes al teatro, y queria que Boursault y Moliere hicieran su negocio con la autoridad de los Santos Padres, de los doctores y de los concilios. A semejantes absurdos van á parar esos teólogos que hablan de lo que pasa en la calle, sin salir nunca de sus bibliote-

cas; ellos no habren mas que sus libros, cuando lo que habia que abrir, era la ventana de su cuarto.

Para completar el paralelo que dejamos bosquejado entre el padre Caffaro y el Sr. Gaduel, veremos que así como un obispo se encargó de refutar al inocente defensor de las funciones cómicas, otro obispo tambien de gran fama tiene refutados de antemano á todos los inocentes enemigos de los seglares que defienden á la Iglesia.

II.

En el segundo año del reinado de Dario, habiendo levantado los ojos al Cielo el profeta Zacarias, vió volar un libro gigantezco, largo de veinte codos, y diez de ancho: y por revelacion del ángel que le asistía supo que aquel libro era la maldicion que iba á derramarse por toda la haz de la tierra; porque todo hombre rapaz y mentiroso iba á ser juzgado conforme á lo escrito en aquel libro que volaba.

No caeremos en la tentacion de pretender interpretar esta vision del profeta, porque era muy posible que el Sr. Gaduel nos pillase en fragante delito de una ó dos heregías que añadir al proceso contra los escritores seglares; pero permítanos repetir lo que en cierta reunion literaria oimos una vez al sapientísimo y elocuentísimo Prelado, el Sr. Obispo de Tulle. Comparaba este señor las producciones de la prensa íncredula con aquel gigantesco libro volante, que cada mañana se levanta del seno de la inmensa ciudad, y cuyas ojas, llevadas tambien por un viento de muerte, van á derramar la maldicion sobre la haz de la tierra. En aquella reunion se hallaban tambien algunos redactores del *Ami de la Religion*, que no deben haberlo olvidado á pesar de los diez ó doce años trascurridos desde entonces; porque aquella palabra chispeante y varonil no es para olvidada facilmente de los que una vez la oyeron ¿No recuerdan cómo, despues de haber oido al Ilmo. Prelado, ardiamos todos los presentes en el deseo de escribir tambien nuestro libro volante, nuestras páginas que diariamente en gran número y con rapidez se derramasen para llevar la vendicicion, la luz y la vida con la misma rapidez á la misma distancia y con la misma profusion que las páginas volantes de la mentira llevan la maldicion, las tinieblas y la muerte? Desde aquel memorable dia no hemos vuelto á ver al Sr. Obispo de Tulle; pero le acusamos ante el tribunal del Sr. Gaduel, de habernos causado entonces un mal irreparable, alentándonos con su palabra á emprender esta via de perdicion por la cual caminamos; metiendonos en la cabeza, de un modo que no hay fuerza para echarlo, aquel libro volante que como el águila de la verdad, persigue por los aires á la mentira, la alcanza, combate con ella, la hiere á veces, á veces tambien la mata; y cuando menos la impide siempre reinar tranquila, to-

mar raices, y difundir la tiniebla absoluta donde fija su imperio. Y si el elocuentísimo Prelado nos hubiera dicho : «antes de escribir, calaos el bonete; no publiqueis una línea sin haber antes escuchado á profesores y consultado glosas!.... Pero nada; aconsejándonos por supesto el estudio, la templanza, y sobre todo, la oracion, nada nos dijo por donde nos creyéramos obligados á dejar el mundo y trepar á las alturas de esa teología superfina, que el Sr. Gaduel quiere que se aprenda antes de mirar siquiera la cara del Sr. Girardin ó de Proudhon.

Hablando formalmente ¿necesitamos nosotros para nada de esa ciencia prolija y exquisita? ¿Quiénes son nuestros adversarios cuotidianos? Tropillas de á caballo, peligrosísimas por su número y agilidad, y tan ligeras de armadura, como de conciencia : si hubiera de asestarse contra ellas toda la gruesa artillería teológica, jamas se les tocaria al bulto. Quisiéramos ver nosotros al Sr. Gaduel á las vueltas con tal cual redactor del *Siglo*, que sin saber siquiera las primeras repuestas del catecísmo, sale todas las mañanas enseñando la doctrina á cien mil lectores, de una erudiccion poco mas ó menos tan fuerte como la suya : antes que él dignísimo teólogo haya tenido tiempo de abrir su Witasse y su Billuart, ya el otro estará dominando sin rival en todos los gabinetes de lectura; y cuando lleguen Billuart y Witasse, se reirá soberanamente de ellos? Quien cree que la masa general del público va á leer disertaciones atestadas de citas y de abreviaturas en latin? Un buen estratégico no echa mano de los cañones, cuando ve que bastan las carabinas , y quizas solo las flechas. Si el Sr. Gaduel quiere dejar por nuestra cuenta al redactor aquel del *Siglo*, seguro es que le formaremos una *corriente de opinion*, que dará tiempo al Sr. Gaduel para ponerse en estado de batirle dentro de cinco ó seis meses que tardará en estar listo para entrar en campaña.

¿Por qué la verdad, destinada como está á sostener una lucha perpétua, no ha de tener su caballería ligera, esperimentada en el combate de guerrillas, y lista siempre para botar silla al primer toque de clarin? Pues este es cabalmente el oficio de los seglares, que no solo son á propósito para esto, sino que son mucho mas á proposito que los eclesiásticos. Y no se escandalice el Sr. Gaduel de esta proposicion , porque la tomamos de muy buena fuente : y si él tiene una teología que manda callar á los seglares y á las gentes profanas, en cambio hay otra teología que les manda expresamente hablar : si él no consiente que los seglares pongan al cristianismo en artículos de periódico, ni siquiera en tomitos de cuatrocientas páginas, como los de la *Biblioteca Nueva del Univers*, otros doctores hay en cambio que exigen que los simples fieles pongan al cristianismo en las *conversaciones familiares;* es decir , que hablen de Dios; que respondan á lo que oigan contra su santo nombre, y esto sin lecturas

previas, sin echar á correr en busca de una biblioteca para consultar á un teólogo, precaucion que muchas veces por cierto toman los autores de libritos y aun los periodistas religiosos. Háganos el favor el Sr. Gaduel de escuchar un ratito, porque lo que sigue, es de buen autor:

Cuando se oye á los predicadores, yo no sé cómo sucede, pero sucede generalmente que se escucha con cierta negligencia la palabra evangelica que sale de sus labios. Como todo el mundo sabe que han de subir al púlpito para reprender los vicios, dice todo el mundo que lo hacen así porque su oficio es hacerlo; y el espíritu humano, naturalmente inclinado á la reveldía, toma este pretexto para no fijar la atencion en la palabra divina. Pero cuando un hombre que *se cree ser mundano*, porque vive en el siglo, sencillamente y sin afectacion, propone de buena fé lo que siente en su interior acerca de Dios; cuando cierra la boca á un libertino que hace gala de su impiedad, ó que impudentemente se burla de las cosas sagradas, yo os digo, cristianos, que ese género de conversacion es poderoso para promover el amor de los bienes eternos..... Por consiguiente, hermanos mios, que *todo el mundo* predique el Evangelio en el seno de su familia, entre sus amigos, en las conversaciones y en las tertulias *(dan les conversations et les compagnies)*; que cada cual emplee todas sus luces en conquistar las almas que el mundo solicita, en hacer reinar en la tierra la sagrada verdad de Dios, que el mundo trata siempre de proscribir. Porque si el *error*, si la impiedad, si todos los vicios tienen defensores ¿tú sala ¡oh verdad sagrada! has de ser abandonada de los que te sirven? Por ventura los que son vuestros amigos para ayudaros en los negocios comunes de la vida ¿no han de atreverse á deciros algo para procuraros vuestra eterna gloria? *Hablemos*, si, hermanos mios, *hablemos muy alto* en pro de tan justa causa: resistamos á la iniquidad que mal satisfecha de que se la tolere, pretende que se la aplauda todavia. «(*Panegírico de Santa Catalina.*)

El Sr. Gaduel es demasiado fuerte en literatura para no haber conocido ya que quien habla esas palabras, es nada menos que el gran Bossuet, acérrimo partidario, segun se vé, de los teólogos improvisados; porque ¿qué cosa mas improvisada que esa teología que quiere ver á cada cual profesando *dans les conversations et les compagnies*, á propósito de la menor palabra que se diga contra Dios, sin dejarlo para mañana, y sin decir al libertino, al incrédulo, al chusco necio que suelta una graciecita contra la eterna verdad: Oiga vd. amigo; mucho tengo que replicar á eso: hágame vd. el favor de esperar un rato, que me voi de un brinco á Orleans á buscar al padre Gaduel para ponerlo á vd. como nuevo, en cuanto me haya dicho lo que Witasse y Billuart responden á esa necedad que acaba de espetarnos. Ello no hay duda sino que en medio de una conver-

sacion de amigos se pueden ensartar heregía sobre heregía; y no seria la peor de todas el callarse, y dejar al incrédulo gozando de los aplausos que busca?

Pues bueno: nosotros decimos que no condenando Bossuet, sino por el contrario recomendando una poca de teología en las conversaciones, es seguro que no habria visto de mal ojo una poca de teología en los periódicos. Porque en resúmen, ¿qué es hoy la sociedad en que vivimos? Una sala en que ciertos personajes llamados *El Diario de los Debates*, *El Siglo*, *El Constitucional*, *El Univers*, en fin, y para hablar claro, los periódicos tienen la clave de la conversacion y hablan solos. Esto será todo lo triste que se quiera; pero es así: poetas, oradores, sabios, artistas, todos esperan para salir al mundo que los periódicos les den audiencia: Napoleon III es el único que se pasa sin ellos: Trátese de hombres, de cosas ó de libros, el hecho es que nadie los conoce, si los periódicos no los mencionan. Tal es el poder de la prensa, ó cuando menos, de cierta parte de ella.

Entre los periódicos mismos, los hay tambien que esperan, como todos los demas pretendientes de celebridad, á que otros periódicos los mencionen: porque sino lo logran, cuanto dicen, es tiempo perdido. No hay que ver sino lo que le sucede á el *Ami de la Religion*: con todo el estrépito que arma el pobre, todavía no ha podido conseguir mas que una tivia recomendacion de la piadosísima y catoliquísima *Independencia Belga*, y aquí paz y despues gloria: lo mismo, punto por punto, le sucede á la *Presse religieuse*, y eso que no anda floja en lo de tronar contra los escritores católicos seglares: uno y otro hacen lo que pueden por ganar la amistad de *El Siglo*, de *La Presse* y del *Diario de los Debates*, en el mero hecho de atacarnos á nosotros, que somos el ojito derecho de estos nuestros cofrades: y sin embargo, ¡cosa singular! ni el *Diario*, ni *La Presse*, ni *El Siglo* tienen la caridad siquiera de tomarles algun parrafillo que les sirviera como de anuncio: es menester que nosotros de cuando en cuando los saquemos por la mano, diciéndoles: Vaya, daos á conocer; salid á ganar las simpatías de los que nos detestan cordialmente. Pero nada: lo mas que conseguimos, es que hagan un poquito de ruido durante veinte y cuatro horas, y despues, como si tales periódicos no hubiera en el mundo. ¿En qué consiste ese desden? lo ignoramos: en lo que no cabe duda, es en que nadie los escucha para nada; porque esa gran conversacion de los periódicos, con ser tan libre y mantenida por interlocutores tan poco escogidos, es sin embargo una conversacion en la que no toma parte todo el que quiere: por consiguiente, no todo el que quiere, puede hacer en ella uso del consejo de Bossuet, reprendiendo al imprudente, desenmascarando al hipócrita, confundiendo al mentiroso, y silbando á mandíbulas batientes á la iniquidad que busca vítores y aplausos. Con razon ó sin

ella, el *Univers* es el único de los periódicos religiosos que se hace oir muchas veces, y no siempre sin fortuna: como que, segun la pintoresca frase del Sr. Gaduel, consigue *crear corrientes de opinion*, tiene por lo mismo consigo y contra sí calorosos amigos, y ardientes adversarios.

Ese es justamente el mal—dirá á esto el Sr. Gaduel. Ese es justamente el bien—le replicaria Bossuet, como le replican de hecho muchos obispos á quienes se lo oimos nosotros: y tenemos para nosotros que si Bossuet viviera y viese el camino que lleva el mundo, echando menos y todo en nosotros mil dotes que nos faltan, habia de mirarnos con bastante benevolencia; en todo caso, estamos casi seguros de que uno de sus mas ilustres contemporáneos nos aplaudiría.

Hablamos del gran jesuita Bourdaloue, no indigno por cierto de figurar en pos del mismo Bossuet, y al cual nada creemos que tenga que pedirle el Sr. Gaduel en punto á gravedad, á prudencia, á ciencia sólida y talento profundo. Pues bien: sepa el señor Gaduel que Bourdaloue ha escrito un sermon en que espresamente condena ¿lo oye el Sr. Gaduel? condena á los seglares que no hacen lo que nosotros pretendemos hacer. Tenga el Sr. Gaduel la bondad de abrir el tomo sesto de la edicion de Versailles; sermon para el domingo en la octava de la Ascension, *sobre el celo por la defensa de los intereses de Dios*. Propónese allí el orador sagrado hacer á todos sus oyentes *del partido de Dios*, ó si el Sr. Gaduel quiere del *partido católico*, objeto de tantas censuras: y llamando á juicio á esa especie de buenos cristianos, moderados y prudentes que tan bien saben declamar contra los *exagerados*, y que han olvidado que todos los hombres, cualquiera que sea su condicion, deben á Jesucristo, á su ley y á su Iglesia un testimonio *público* de su amor y de su sumision; llamando, digo, á juicio á estos tales, les pide cuenta de su *indiferencia criminal* en este punto, y reduce á dos *principios vergonzosos* su falsa prudencia, su prudencia *reprobada*, como la llama el orador; segun el cual tiene la tal prudencia por orígen la ceguedad del entendimiento y la flaqueza del corazon, de las cuales resultan, entre cristianos, dos géneros de caracteres igualmente opuestos al espíritu del cristianismo.

«Los unos, dice, son los políticos mundanos, que tienen por prudente ser, en los combates, *frios para con Dios, y poco celosos* de todo lo que concierne á su santo servicio y á sus sagrados intereses, falsamente creyendo que en obrar así, proceden con atinada prudencia, y confundiendo esta indiferencia y falta de celo con la moderacion y la templanza. Los otros, menos presuntuosos, convienen en la obligacion que todos tenemos de profesar el celo de Dios, y de manifestarlo con obras; pero no se hallan con fuerzas para practicar lo que creen, y mostrar en sus actos lo que con sus palabras confiesan: estos tales aprueban el celo en otros, y cuan-

do llega la ocasion de emplearlo ellos, ceden siempre al temor y á los respetos humanos.»

Dejemos á un lado á estos últimos que son los *cobardes*, pero que no son indignos, y que al cabo no llevan á mal el que otros tengan mas valor que ellos; y vamos con los *prudentes*, que mirando las cosas de otra manera, suelen reprender ágriamente á los *celosos*. Hé aquí lo que Bourdaloue piensa de estos prudentes:

«Ser prudente á espensas de Dios y en daño mismo de las reglas de este mundo, con vergüenza de la religion y en provecho de la impiedad; ó lo que es lo mismo, profesar una prudencia que Dios toma por deshonra y que el mundo mismo no aprueba; una prudencia que á los flacos escandaliza, y á los impíos alienta; eso es lo que la política del mundo ha inspirado siempre á los mundanos, y lo que el espíritu de Dios condenará eternamente. A la grandeza de Dios conviene ser servido por hombres que tengan á gloria el ser suyos y el declararse por él; y no hay prudencia en el mundo que dispense de cumplir este deber; porque este deber es el primer principio en que reposa la prudencia misma y al cual debe esta virtud referirse. Los intereses de Dios, es decir, todo cuanto respecta á su culto, á su religion, á su ley, á su honra y á su gloria, son de un órden tan excelso, que no pueden jamas ser contrastados por otro interés ninguno; y por otra parte, de tal manera están en nuestras manos estos mismos intereses de Dios, que todos nosotros debemos ser sus guardadores, y que cuantas veces sufran algun menoscabo debemos dar cuenta á Dios por ello, pues nosotros solos seremos culpables de ello por nuestra infidelidad. Esto cabalmente es lo que todos los dias está sucediendo cuando por falsas consideraciones, con las que malamente creemos servir á Dios, inventamos pretextos para *callarnos cuando deberiamos hablar*, para estarnos quietos cuando deberiamos movernos, para prestar nuestra *tolerancia y connivencia* cuando deberiamos reprender y castigar,»

Adviértase que en estas palabras, no se dirige Bourdoloue á eclesiásticos, sino pura y simplemente á los fieles de la parroquia. Esas obligaciones tan distantes de lo que el Sr. Gaduel tiene por el bello ideal de un buen seglar, que no abra la boca por temor de decir una heregía; esas obligaciones parecen á Bourdaloue tan altas y tan indispensables que no vacila en imponerlas so pena de pecado mortal.—« La flaqueza, dice, timida para llenarlas, ó las mundanas consideraciones que nos retraen de ello, son *esencialmente contrarias al espíritu de Jesucristo, y merecedoras de condenacion eterna..... Qui non est mecum, est contrá me:* palabras de maldicion para esos caractéres *acomodaticios*, que creen poseer el secreto de agradar á Dios en *no chocar jamas con el mundo.* ¿Qué responderán estos tales á Jesucristo cuando les diga que una y otra cosa eran imposibles,

y que así debian haberlo tenido entendido por aquellas palabras pronunciadas por su boca?»

A los cristianos que quieren evitar este juicio tremendo, propone Bourdaloue el ejemplo de David, cuando decia á Dios: las afrentas que se os causan, Señor, recaen sobre mí: preciso es que yo os vengue; y si mi razon me dice que no lo haga, desde ahora la condeno como una razon corrompida.—«Y no es solamente un rey como David, prosigue Bourdaloue, el que así debe hablar, sinó que lo mismo debe hacerlo un señor en sus dominios, un magistrado en su distrito, un superior en su comunidad, un particular en su familia, todos y cada cual, *sin excepcion*, en su estado...»—Nos parece que en esta enumeracion no está excluido el *escritor seglar*, sea que publique libros, sea que redacte periódicos: seguramente que si Bourdaloue hubiera conocido á esta nueva especie de grandes señores y de personages, no habria dejado de imponerles las mismas obligaciones que al comun de los seglares, puesto que todos deben combatir á la impiedad, cualesquiera que sean su situacion, su estado y sus facultades. Y si es verdad que «todos los extravios de un hijo pervertido deben afligir el corazon de su padre, así como todos los de un criado vicioso deben afligir el corazon de su amo,» con mayor razon todas las licenciosidades de un entendimiento incrédulo, de una pluma impúdica, de un pincel desvergonzado deben inflamar la caridad del cristiano, que sabe que aquel entendimiento perverso, aquella pluma obscena, aquel pincel impuro van á tender á las almas redes en que se perderán, haciendo vano el precio de la divina sangre redentora.

Demostrado ya que Bourdaloue no habria sido enemigo de los periódicos religiosos de seglares, pudiéramos poner punto á esta materia, si los *prudentes* de quienes habla el orador, repletos como están de discursos y argumentos contra nosotros los *exagerados*, no nos acusaran principalmente de que suscitamos *enemigos á la Iglesia*. Tambien va á responder por nosotros Bourdaloue, que no parece sino que está oyendo la acusacion:

«Me direis que un *celo vivo y ardiente*, tal como trato de inspirároslo contra el libertinage y el vicio, en vez de curar el mal, acaso no sirva sino para exacerbarlo. Pues bien, yo os digo que, *aunque así fuera*, cristianos, *aunque vieseis que no podria menos de ser así*, no por eso vuestra indiferencia para con Dios seria menos criminal; no por eso estariais menos obligados á mostraros *celosos de Dios*, si mil veces os llamaban á la pelea. Aunque *el mal se agriara y se exacerbase*, vosotros siempre habriais cumplido vuestro deber: cuenta de Dios era el permitirlo así; pero jamás seria su intencion el que vosotros tuvierais consideraciones y tolerancia con el mal que su divina voluntad hubiera querido permitir... Me direis

que es preciso usar de la *prudencia*; sin duda ninguna, os respondo yo; toda la prudencia que querais *con tal que el vicio sea corregido, que el escándalo sea reparado, que la causa de Dios no pierda.* Porque en verdad os digo, si vuestra prudencia consiste en poneros siempre de parte de la sinrazon, aunque sea bajo hermosas apariencias; si es cosa de que la honra de Dios haya de menoscabarse en cuanto esté en vuestras manos, y que la iniquidad se crea segura y bastante fuerte desde el punto que la hayais de juzgar vosotros; si todo ese temperamento, en fin, de prudencia que afectais, no consiste sino en resfriar vuestro celo y entibiar el de los demás; será todo eso prudencia y habilidad, si así os place; pero serán aquella habilidad y prudencia que *San Pablo anatematiza*, poniéndola entre las obras de la carne, cuando dice á los romanos: *Sapientia carnis inimica est Deo...* Me direis tambien que vuestro celo puede causar estrépitos y ruidos: pero respondedme: si el impedir lo que sabeis vosotros que es un verdadero desórden, ya sea en vuestra familia, ya fuera de ella, no vale la pena de causar estrépito y ruido ¿qué cosa hay que lo valga en el mundo...? Pero ese ruido y estrépito va á turbar la paz, os oigo decir. *Que la turbe*, os responde San Agustin; eso mismo será glorioso y mas digno del espíritu cristiano; porque *hay una falsa paz, que debe ser turbada...* No, no, no hay paz, ni doméstica ni estraña, que deba ser preferida á la obligacion de defender los intereses de Dios, y de oponerse á que se ofendan.»

Nos parece que basta lo citado, pues no es cosa de insertar todo el sermon: léalo entero el Sr. Gaduel, y su buena fé le obligará á confesar que aquel grande y sábio Bourdaloue no era por cierto enemigo de la *teología seglar*. Porque ello, no hay medio; sin un poco de teología es imposible tratar de asuntos relacionados con la fé, imposible estar siempre alerta contra lo que pueda ser dañoso á la ley, al culto, á la honra, al interés de Dios. ¿Y cuál es mayor mal, preguntamos al Sr. Gaduel, aventurar una definicion ó una palabra que no sean exactamente conformes al rigorismo de la ciencia, ó sufrir paciente, prudente, cobardemente que la religion padezca afrentas y difamaciones? Por lo que á nosotros toca, paladinamente lo confesamos: quisiéramos cien veces mas dar pretexto á los incrédulos para que nos acusen de *triteismo* y de *pseudo-tradicionalismo*, y esto suponiendo que sepan lo que se dicen, que no dejarlos impunemente atacar, á nuestra vista y á vista de otros, la existencia de Dios, la divinidad de Jesucristo, ó la autoridad de la Iglesia. Si tal vez erráramos en algo, no por eso daremos en hereges ni nosotros ni nuestros lectores; *porque á todas nuestras heregías provee la plena sumision que con toda el alma profesamos á la santa Iglesia católica.* Pero el silencio haria de nosotros unos *cobardes*, y de nuestros lectores pudiera hacer unos *ateos*.

III.

El periodismo religioso ha nacido de las necesidades de la Iglesia en la sociedad moderna; pero todas las cosas tienen sus inconvenientes, y las nuevas, sobre todo, tienen sus detractores; hay ciertos espíritus que, rectos y bien intencionados como son, no llevan sin embargo en paciencia nada que no se haya hecho en todos los tiempos: si la cosa nueva, contra la cual están ya por natural inclinacion prevenidos, llega por desgracia á incomodarles en algo, ó ya si no pueden hacerla que se preste á servirlos, sin aguardar á mas, la condenan absolutamente. Tal ha sido la suerte del periodismo religioso: los primeros anatemas lanzados contra él son contemporáneos de sus primeros dias: nacido al borde de los cadalsos en tiempos del terror, salpicado con la sangre de los mártires, probado ya con persecuciones é injurias, habia sido, en el espacio de cuatro ó cinco años, suspendido, suprimido, y muchas veces arruinado, cuando del seno mismo de la Iglesia se levantaron voces para maldecirle. Algunos de los prelados que se habian refugiado en Alemania desde el principio de la revolucion, dieron en pensar que el periodismo religioso erraba en materia grave, y se metia en lo que no era de su competencia. ¿Cuál era su crímen? Segun sus detractores, el de poner muy alto los derechos del Papa. Tratábase por entonces del Concordato y de la reorganizacion de las iglesias: necesitaba este proyecto que se abolieran los títulos existentes para hacer un nombramiento de Obispos enteramente nuevo. Entre los Obispos, unos ofrecian filialmente su dimision, otros lo rehusaban, negando á la Santa Sede el derecho á exigírselo. Por aquella época apenas habia ultramontanos en Francia, y desde luego el periodismo religioso no lo era; pero la fuerza de las cosas lo iba irresistiblemente llevando á profesar la doctrina romana pura, y la sostenia vigorosamente. Ese era su crímen, por el cual fué castigado primero, y glorificado despues.

Si escribiésemos la historia de la prensa católica, se veria que poco mas ó menos siempre ha estado en la misma situacion, es decir, alentada como entonces por la opinion general, y como entonces, combatida por el espíritu privado. Cuán difícilmente desaparece este espíritu, hasta cuando se halla ya casi unánimemente abandonado, dígalo un reciente escrito que á pesar de haberse dado á luz sin nombre de autor, ha tenido bastante importancia para poner en cuidado al Sr. Arzobispo de Reims y á algunos otros Prelados. Este escrito, que no es seguramente ni *triteista* ni *pseudo-tradicionalista*, no es sin embargo grandemente ortodoxo: con todo, á nadie le ha ocurrido que pudiera ser obra de un seglar, pues bien claro está diciendo el partido, la opinion, las ideas y tendencias, que mas

especialmente se creen contrariadas y molestadas por la prensa religiosa seglar; con lo cual se ve claramente tambien la principal razon de la hostilidad contra que tenemos hoy que defendernos. Pero sean cualesquiera los motivos de esta hostilidad, el hecho es que ella ha armado siempre bastante bulla, alegado bastantes razones ó pretextos, y sobre todo encontrado bastantes auxiliares, para que al cabo cierto número de conciencias cristianas hayan concebido incertidumbres acerca de la utilidad y legitimidad del periodismo religioso, el cual justamente á consecuencia de estas mismas contradicciones ha obtenido un honor mas insigne que nunca. Véase cómo.

Durante el año de 1847, en lo mas rudo del combate por la libertad de la Iglesia, el M. R. Sr. Parisis, Obispo entonces de Langres, y cuyo solo nombre lo dice todo, creyó útil emplearse en definir los derechos y deberes de la prensa católica. Reconociendo, por una parte, los servicios que esta prestaba, y oyendo por otra, las apasionadas censuras que la perseguian, se dignó aplicar al fallo de este litigio la fuerza y las luces de su gran talento, jamás indiferente á nada de cuanto interesa á la causa de Dios. Ninguno de nuestros teólogos recusó la competencia de aquel Prelado, pues era evidente que no solo tenia en favor suyo la autoridad, la mision y la doctrina, sino tambien su experiencia; pues tan conocidas le eran las cosas y las personas, como los principios: consultado muchas veces por escritores religiosos, informado por sí mismo acerca de las querellas de los adversarios de estos, y suficientemente conocedor de la polémica entablada, estaba en aptitud de fallar con pleno conocimiento de causa. Hízolo así en efecto por medio de un *tratadito práctico sobre el periodismo*, como él mismo lo titula, y que es una verdadera constitucion de la prensa religiosa. Impresa está por cierto, y formando la division séptima del apreciable libro, titulado: *Casos de conciencia, relativos á las libertades ejercidas ó reclamadas por los católicos.* El Sr. Gaduel, que lée tantos libros, no ha leido de seguro este; porque de haberlo leido, no hubiera dejado ciertamente de mencionarlo en sus dos articulos especialmente consagrados á poner de manifiesto las ingerencias y usurpaciones de los escritores seglares; permítanos, pues, que remediemos aquí su olvido; bien que forzados como nos vemos á no presentar mas que extractos, le aconsejamos que se procure la obra citada, y que la lea enterita: en ella encontrará miras bastante diferentes de las suyas, y caso de que las llegue á entender tales como son, verá la diferencia que hay entre un teólogo que escribe á la luz de su candil, tapándose el mundo con las cortinas de su ventana, y atormentando el dorso de sus rancios libros para encontrar en ellos á toda costa un argumento contra el adversario que ha escogido ó que le han señalado; verá, decimos, la diferencia que hay

entre este teólogo de aula y el verdadero teólogo, el hombre político y hombre de Estado, que estudia á la luz del dia, y no solamente en los libros muertos, cuya sabiduría no es esto decir que ignore ni desdeñe, sino en la sociedad viva y palpitante, á cuyas urgentes necesidades hay que proveer urgentemente.

El M. R. Sr. Parisis, colocándose desde luego en un punto de vista mucho mas elevado de lo que comunmente se acostumbra, compara el periodismo á la guerra, pues que guerra es, querida y organizada por las instituciones mismas de la nacion; guerra por consiguiente legítima en el ataque y en la defensa, y que consistiendo, para los escritores católicos, en atacar el mal y proteger el bien, es no solamente permitida, sino preceptuada por la caridad.—«Si no fuera permitido hablar ó escribir contra los actos ó las tendencias perjudiciales á la sociedad, preciso seria decir que el arma de la palabra, única que Dios ha dado á su Iglesia, y que además es hoy la mas poderosa de todas, aun en el órden natural, deberia ser abandonada á nuestros enemigos..... Esto seria tanto como exigir que el mundo quedara sometido al imperio del mal por aquellos mismos que tienen encargo expreso de sostener y ensanchar, cada cual segun sus medios, el reino de Dios.»—Aquí se ve el mismo pensamiento de Bossuet y de Bourdaloue, aplicado á las circunstancias del tiempo presente.

Despues de fijar los derechos del periodismo en la actual constitucion de la sociedad, que por cierto analiza luminosísimamente, y despues de haber demostrado que el ejercicio de aquellos derechos constituye para los cristianos un verdadero deber, continúa el Sr. Parisis expresándose en estos términos:

«A nuestros ojos, el periodísmo religioso no es solamente una ocupacion útil y grave, no es solamente una obra indispensable para salvar la sociedad, sino que es tambien *una especie de apostolado;* y para convencerse de ello, no hay mas que considerarle en su objeto y en la índole de sus tareas. Porque ¿cuál es y debe ser el objeto del periodismo católico, sino combatir el error y defender la verdad, cualquiera que ella sea, pero sobre todo, la verdad divina? La Providencia, que hace conocer la verdad á los hombres por el concurso de los sucesos que ella misma dispone con invencible fuerza, no parece sino que al constituir las sociedades modernas y al suscitar en ellas el periodismo religioso, le ha dicho, como en otros tiempos dijo al Profeta, si bien en esfera mas limitada: *Ecce constitui te hodie super gentes et super regna, ut evellas et destruas, et disperdas et dissipes, et ædifices et plantes* (Jer., 1, 10). ¡Cuántas injusticias no hay que solo el periodismo puede poner de manifiesto! Muchas mas aun que los pastores de almas, pues que la libertad de su divino ministerio está hoy limitada por las leyes civiles, y los tribunales pueden perseguir y cas-

tigar toda acusacion personal, todo cargo, por legítimo que sea, contra la autoridad, hecho en un sermon ó en una pastoral. ¡Cuántos abusos no hay que solo el periodismo puede remediar! ¡Cuántos poderes opresores, á quienes él solo puede intimidar! ¡Cuántas instituciones útiles á la religion, cuyo planteamiento solo él puede promover, cuya ruina puede impedir él solo! ¡Y esto por la sola autoridad de una palabra firme, pública, infatigable, y sobre todo, siempre sincera! ¡Qué mas se necesita para que, atendido su objeto, deba el periodismo religioso ser tenido por una especie de apostolado!»

»Y si consideramos ahora la índole de sus tareas, ¡cuánta semejanza no ofrece con las de los ministros de la palabra divina! A la manera que ellos, por su número, por su riqueza y por todo lo que constituye los medios humanos, es menos fuerte que sus adversarios, á quienes tiene siempre sin embargo en alarma; á la manera que ellos, protege al débil contra el poderoso, y al humilde contra el soberbio; á la manera que ellos, combate las malas pasiones, y al combatirlas, muchas veces las subleva contra sí mismo, sin haber medio de que los enemigos de Dios no echen mano para imponerle silencio.»

No son estos los únicos pasages de su libro en que el Sr. Parisis proclama sus simpatías por el periodismo religioso, hasta el punto de contar la fundacion de un diario que sea verdaderamente católico, entre las obras piadosas mas aceptas, sobre todo, en estos tiempos, á la religion. En verdad que si grato nos es pensar que el exacto conocimiento que aquel prelado tenia de nuestra empresa y nuestras mas íntimas convicciones, en nada habia disminuido su confianza, debemos, sin embargo, confesar que esa mision santa, indicada por tan ilustre obispo á simples seglares como nosotros, nos infunde bastante mas temor que estas otras alharacas y contorsiones de teólogos descontentadizos, que apenas parecen conceder á un seglar el derecho de persignarse en público. Cuando una y otra vez recorremos las páginas del Sr. Parisis, nos espanta nuestra inmensa responsabilidad; pero cuando oimos á estos teólogos, la suya es la que nos da cuidado; pues que en resúmen no otra cosa quieren ni pretenden sino echar por tierra esta obra auxiliar del apostolado, que tantos encomios merece á uno de nuestros mas venerables prelados, deseoso de propagarla y multiplicarla.

Nos estan echando en cara sin cesar las faltas del periodismo religioso, ó para hablar mas claro, las faltas del *Univers*; como si ellos mismos estuvieran exentos de la flaqueza humana, como si alguna vez no se engañasen, y cometieran tambien faltas los periódicos en que ellos escriben. El Sr. Parisis les da una leccion de justicia y de modestia, cuando al hacer sus reprimendas dirigidas á todo el mundo, dice que las faltas, por otra

parte disculpables de los escritores *en nada disminuyen la utilidad ni la necesidad de la obra que han emprendido.»* Por ventura, dice, ¿cuál es el pastor de almas que no tiene algun cargo que hacerse á sí mismo por la manera con que desempeña las funciones de su sagrado ministerio? Y porque Dios haya encargado de dispensar sus gracias á hombres frágiles, se ha de pretender que las faltas cometidas por su fragilidad recaigan sobre el ministerio que ejercen?»—Asi habla el obispo que mejor ha estudiado la cuestion de la prensa religiosa seglar: compárese ahora su lenguage con el interesado clamoreo que sin cesar levantan contra ella, por una parte los incrédulos á quienes estorba é incomoda; por otra los *políticos* descriptos por Bourdaloue, cuyas combinaciones desbarata, y por último esos doctores y mercenarios del particularismo, á quienes tanto alarman las *corrientes de opinion* que van á Roma, es decir, á la unidad.

Vamos ahora á otro punto que interesará especialmente al Sr. Gaduel, en su calidad de gran cazador de heregías, y tan mal avenido con los seglares que no tienen autoridad para tratar de los intereses de la Iglesia, ni aun para estudiar los problemas políticos en aquellas profundidades donde la teología domina todas las cuestiones humanas. Cuenta que este parece ser el crímen cometido por el Sr. Donoso, y de rechazo por el *Sr. Veuillot*, y á la postre por el *Univers*: á todos tres les muestra el Sr. Gaduel abiertas la pavorosas simas del error, en que necesariamente ha de hundirse todo el que no haya estudiado á Witasse y á Billuart, cuando menos. El Sr. Parisis trata la cuestion sobre este punto en la segunda parte de su opúsculo *Del periodismo en la Iglesia*: si el Sr. Gaduel encuentra que el sabio prelado tiene aquí la manga ancha, cuenta suya será, que no nuestra.

Despues de haber fijado el derecho inconcuso de enseñar que tiene la Iglesia, se pregunta el Sr. Parisis cómo la Iglesia considera al periodismo, y se responde así: «La iglesia no ve en el periodismo sino una de las formas con que puede espresarse el pensamiento humano: ahora bien, la Iglesia no condena la forma, en que el espíritu humano esprese su pensamiento, sino el pensamiento mismo, cuando es contrario al divino enseñamiento; pero cuando es ortodoxo, no se cura de la forma bajo la cual se produce, sino que aprueba, estimula, bendice la difusion de la verdad en todos los idiomas, aun los mas incultos, bajo todos los símbolos, aun los mas vulgares, y por todos los medios, aun los mas opuestos algunas veces á lo que el mundo llama sabiduría, con tal de que nada tengan de contrarios á la moral ni á la verdadera sabiduría segun Dios.»

Rogamos de paso al Sr. Gaduel que tenga presente este pasaje para cuando nos toque justificar nuestra empresa de la *Biblioteca Nueva*, en que está inclusa la obra del Sr. Donoso Cortés, y contra la que tanta ira muestra el buen teólogo.»

El Sr. Parisis continúa: «A los ojos de la fé, como á los del sentido comun, un periódico no se diferencia de otras publicaciones, sino en que llega á manos del lector en hojas sueltas, en lugar de llegarle bajo la forma de libro: en cuanto á la publicacion diaria y contínua de estas hojas, nada tiene en sí de reprensible; y la Iglesia, que se va siempre al fondo de las cosas, juzga un escrito no por el modo con que se publica, sino por las doctrinas que contiene. Si las doctrinas son buenas, lo aprueba; si son malas, lo condena, como á cualquier otro escrito. Por consiguiente, para averiguar si el periodismo en sí tiene derecho á intervenir en los asuntos de la Iglesia, no hay que examinar otra cosa sino hasta qué punto la Iglesia puede permitir á los redactores de periódicos religiosos que compongan y publiquen, bajo otra forma cualquiera, escritos sobre las mismas materias que en sus periódicos tratan. *Esta es toda la cuestion; y cuanto para estraviarla se alegue, es completamente infundado, al menos en principio.*»

Para resumir todavía mas la cuestion, el Sr. Parisis advierte una cosa que nuestros adversarios olvidan, á saber: «Que aun los eclesiásticos mismos que escriben en periódicos, como quiera que al hacerlo no obran en virtud del sagrado carácter que los reviste, ni *para ello han recibido mision alguna de la Iglesia*, no son, bajo este respecto, ni mas ni menos que *escritores puramente seglares.*» De donde se sigue que si á nosotros se nos niega derecho para hacer un periódico, no hay mas remedio que negárselo tambien á los eclesiásticos que nos anatematizan.

Los escritores seglares, segun el Sr. Parisis, no tienen ciertamente mision de los Apóstoles: pero tienen la de todos los cristianos, la que á todos da la comunion del Espíritu Santo para el bien de todos. Con este motivo, recuerda á San Justino, á Atenágoras, á Clemente de Alejandría, seglares, y á Arnobio cuando aun era simple catecúmeno: los cuales todos publicaron sus primeros escritos en pro de la religion, sin que á nadie le ocurriera decir que no tenian mision para ello: tambien anuncia á de Maistre, á Bonald, y aun á Chateaubriand, como acreedores á la gratitud de todos los católicos. El riesgo de que se aventure alguna espresion poco exacta no asusta al Sr. Parisis hasta el punto de espeluznarlo; porque sabe que, bendiciendo y todo los esfuerzos de los seglares que la defienden, la Iglesia se reserva siempre la facultad de señalar los errores en que puedan incurrir. «Por lo demas, añade, los sacerdotes se hallan bajo las mismas condiciones en este punto, y ello al cabo no han salido siempre los heresiarcas de la clase de los simples seglares.» A esto pudiéramos añadir nosotros que por regla general, siempre que los seglares han incurrido en algun error grave ó leve, no se han mostrado ciertamente rebeldes á la correccion. Que se cite sino el escritor religioso seglar que en nuestros

dias haya compuesto no ya un libro sino un simple artículo de periódico contra las decisiones del *Índice romano*. «No es, pues, de modo alguno necesaria, concluye el Sr. Parisis, una mision especial para tener el derecho de escribir ó de obrar en pro de la religion; bastando, como basta, conocer bien la santa causa que se va á defender, y con esta condicion pueden hacerlo los seglares, como lo han hecho siempre.»

Apesar de que seamos tan temerarios y vituperables para el Sr. Gaduel, no nos negará que vista esta decision de tan ilustre prelado, tanto el Sr. Donoso Cortés como nosotros hemos podido creernos en nuestro derecho. Y todavía se convencerá mas y mas de esto el Sr. Gaduel cuando vea en aquel libro las consideraciones y los datos en cuya virtud, reconociendo á los seglares derecho para tratar hasta cierto punto de los negocios de la Iglesia, se lo aconseja el Sr. Parisis como el cumplimiento de un deber, reiterandoles aquellas rigorosas palabras que poco antes habia dirigido al Sr. conde de Montalembert: «No os dejeis intimidar por los obstáculos, ni seducir por concesiones á medias, ni desalentar por los reveses. Tened entendido que vuestros disgustos mas acerbos no os vendrán de vuestros adversarios naturales; recordad sino lo mucho que San Pablo tuvo que sufrir de sus compatriotas y de sus falsos hermanos, *periculis ex genere... periculis in falsis fratribus* (II Cor., XI, 26). Pero, aun durante la vida terrena, llegará el dia de la justicia, y toda la vergüenza será entonces para los ciegos y los cobardes; para todos los hombres de corazon y de fé la gloria y la recompensa.»

Se nos objetará tal vez que desde 1847 acá han sucedido muchas cosas, y que los periodistas religiosos han cometido faltas de que el Sr. Parisis no los hubiera creido capaces. Por lo que á nosotros toca, sabido es el público testimonio de su aprecio que juntamente con otros prelados, se dignó otorgarnos há seis meses el Sr. obispo de Arras, que en esta materia piensa lo mismo que el Sr. Parisis. Vea el Sr. Gaduel cómo desde 1847 estaban ya previstas y apreciadas por este todas esas críticas en su justo valor. «Dícese que la mayor parte de escritores que se meten á hacer artículos llamados religiosos en los periódicos, como faltos de todo estudio de teología, se exponen á comprometer á cada momento las eternas verdades sobre que disertan con gran daño de la religion. Dícese ademas que los periodistas, como principalmente dados á las cuestiones de actualidad, mezclan siempre las personalidades en las cuestiones mas abstractas por sí mismas, suscitando por este hecho nuevos enemigos á la sagrada causa que parecen defender.»

Justamente los argumentos del Sr. Gaduel: y todavía el Sr. Parisis entra en pormenores mas profundos y especifica puntos mas delicados, en que, sin negar nunca al periodismo todo género de intervencion y de

debate, le traza sin embargo ciertos y determinados límites, fijando de una *manera clara sus derechos y sus deberes.* Esta ojeada libre y extensa, que aquel sábio y prudente maestro echa desde la cima de la verdadera ciencia sobre el conjunto y las tendencias del movimiento intelectual de nuestros dias, creemos acabará de demostrar la superioridad que respecto de la teología de aula tiene la que nos tomamos la libertad de llamar teología política y práctica.

«1.° El abuso de un derecho no destruye su existencia. Es, por tanto, evidente que todo católico tiene derecho á rechazar, por los medios que estime mas oportunos, el error reconocido como tal, y á profesar su fé en escritos, siempre que lo juzgue útil á sí mismo ó á los demas, á menos que la Iglesia no le imponga silencio.»

«2.° Tanto para combatir el error como para profesar la verdad, es obligacion de los seglares prestar su concurso al clero cuando este no baste. Y es evidente que el clero no es bastante hoy para redactar todos los periódicos religiosos actuales y futuros, no siendo tampoco posible, como no lo es, atendido el presente estado de cosas, que el clero tome sobre sí la responsabilidad moral de aquellos periódicos.»

«3.° La ignorancia en materia de religion, y la indiferencia, que es su inevitable resultado, constituyen sin duda las dos plagas mas funestas de nuestra época actual. Y es evidente que *nada en nuestros dias es mas á propósito para conjurarlas, á la larga cuando menos, en las masas,* que el periodismo religioso; pues sin él, la mayor parte de las cuestiones católicas que deben ser planteadas y resueltas en el mundo, no serian ni aun planteadas; y con él serán necesariamente estudiadas; lo serán, primero, por los mismos escritores seglares, que si en un principio pueden cometer alguna torpeza, como que al cabo han de necesitar del auxilio y las luces del clero, llegarán á ponerse en estado de tratar todos los asuntos con conocimiento de causa; lo serán, despues, por los lectores seglares, que nunca habrian tenido valor para abrir un libro de teologia, pero que verán con gusto alguna discusion teológica, cuando se les dá distribuida en columnas en un periódico: lo serán últimamente, por los mismos escritores adversarios, que forzados de cuando en cuando á mantener polémicas con los periódicos religiosos, se expondrian á cometer inexactitudes vergonzosas si no estudiasen las doctrinas que quieren combatir.»

«Por tanto, la propagacion del periodismo verdaderamente católico da por natural y como inevitable resultado el encaminar los ánimos hácia un exámen cualquiera de nuestras santas doctrinas: y si se tiene en cuenta que precisamente la ausencia y el desamor á esta clase de estudios es la primera causa del materialismo grosero en que la

Francia ha caido; si es cierto, como lo es, que lo que importa á la religion es que se la conozca, dado que una vez conocida, por poca buena fé que en estudiarla se ponga, su estudio ha de enseñar á amarla primero, y á practicarla despues; si todo esto es evidente; ¿puede nadie extrañar que éstimulemos con todo nuestro poder este medio tan poderoso que la divina Providencia nos ofrece para la regeneracion moral y cristiana de los pueblos?»

«Que tendrá inconvenientes el periodismo religioso: sin duda ninguna ¿qué cosa no los tiene en este valle de lágrimas? Pero ¿qué importan algunos inconvenientes, puramente relativos á pormenores, en comparacion del inmenso resultado que nos prometemos?»

Nada creemos que se puede responder ni añadir á tan elocuentes palabras. Pero al mostrar á los escritores católicos la realidad de su derecho, y la esfera propia de su actividad, el Sr. Parisis no se ha descuidado en enseñarles tambien sus deberes, prescribiendoles principalmente como tales dos condiciones comunes de que no deben estar faltos si no quieren comprometer la santa causa que defienden: estas dos condiciones son: 1.ª un completo desinteres tanto por lo respectivo al lucro material, como al amor propio : 2.ª abstenerse de todo cuanto no es propiamente del dominio de las discusiones públicas, ya sea en materias civiles, ya sean religiosas. En cuanto á la segunda de estas condiciones, ignoramos si alguna vez hemos faltado á ella : en todo caso justo sería fijar las cuestiones en que hayamos podido violárla, y de antemano estamos seguros de poder defendernos, aun sin necesidad de dejar mal á nuestros adversarios. Por lo que toca al lucro, tenemos nuestra conciencia segura. Por lo que toca en fin al amor propio, aunque el decir que no se tiene ninguno, es ya por sí solo una prueba de que se tiene en demasía, fuerza será convenir en que el nuestro no se apacienta de elogios, si se tienen presentes los contínuos insultos que debemos á nuestros naturales adversarios, y los contínuos ataques de los que debieran ser nuestros naturales amigos. Y al cabo, si estos últimos fueran siempre lo que hasta hoy han sido, nada nuevo tendriamos que añadir á nuestras cuotidianas mortificaciones; pero cuando vemos tambien á un sacerdote sabio, respetable y prudente tomar parte tan activa en aquellos ataques, y empeñarse en hacernos reos de unas cuantas docenas de heregías para tener el gusto de decir que comprometemos á la Iglesia; y aun no contento con esto, todavía nos persigue con sus diatribas, lo confesamos ingénuamente, no el amor propio, sino nuestro corazon de cristianos se siente mortificado y abatido; por mas que siempre nos quede el consuelo inmenso de creer que hacemos algun bien á la causa de nuestro Dios, que la caridad de nuestros padres vela por nosotros, y que si alguna vez en fin pudieramos incurrir en error,

tenemos para salir de él constantemente abierta la puerta ancha y gloriosa de una sumision ilimitada.

Antes de terminar este artículo y á riesgo de parecer obstinados en hacer gala de nuestro amor-propio, permítanos el Sr. Gaduel mencionar un elogio dirigido á toda la prensa religiosa y á nosotros á un tiempo mismo por persona que no puede ser sospechosa para nuestros adversarios, por el eminente sacerdote el Sr. Dupanloup, actualmente Obispo de Orleans.

En el mes de Octubre de 1848 se encargó el Sr. Dupanloup de dirigir el *Ami de la Religion*, ó mas bien, fundó este periódico, que estaba á la sazon agonizando. Rodeóse de redactores, en su mayor parte seglares, muchos de los cuales, y especialmente el encargado de la parte política, habian hecho largo tiempo sus pruebas en las columnas del *Univers*. Al anunciarse al público, rodeado de sus colaboradores, el Sr. Dupanloup hizo de ellos un elogio que estaba muy en su lugar; y si bien les daba, como era justo, el primer lugar entre los escritores religiosos de aquel tiempo, no dejó de mencionar honrosísimamente los demas periódicos católicos que á la sazon se publicaban. Ahora bien, estos periódicos católicos que entonces se publicaban, estaban reducidos al *Univers* y á la *Nueva Era*; pero, prescindiendo de que nuestras relaciones con el Sr. Dupanloup no nos dejaban duda de su benevolencia para con nosotros, la *Nueva Era* recien creada entonces tenia tendencias democráticas que el *Ami de la Religion* se proponia combatir: luego es evidente que á nosotros se referian entonces los elogios del Sr. Dupanloup. Nótese que todo esto sucedia en 1848, cuando ya habiamos cometido todas las faltas de que hoy se nos acusa, tratando todas las cuestiones en que hoy se nos moteja de incompetentes y temerarios, admirando el genio del Sr. Donoso Cortés y manifestando sin rebozo nuestra aversion al espíritu pagano del *Renacimiento*: en fin, éramos entonces tan seglares y de opiniones tan pronunciadas como hoy; el Sr. Gaduel en nada habría encontrado variada nuestra fisonomía, sino es en que entonces aun no habiamos aguantado cuatros meses de injurias, de falsificaciones y de ataques de toda especie contra nosotros y nuestros amigos, como acabamos de sufrirlos hasta hoy, sin responder una palabra. Pues bien: hé aqui lo que entonces decía el Sr. Dupanloup.

«Ciertamente, *rendimos un profundo y simpático homenage* á aquellos de nuestros *amigos*, que desde mucho tiempo há *bajan todos los dias* á la arena para defender los intereses de la Iglesia: con el mayor gusto *proclamamos nuestra admiracion hácia la infatigable fortaleza de espíritu y de corazon* que muestran diariamente en esa lucha sin tregua; pero juzgamos útil, al combatir *á su lado y como ellos*, colocarnos en otra fila y

para otro género de combate. El *Ami de la Religion* ha ocupado siempre en la milicia católica un puesto aparte, un puesto de reserva, que á ningun otro cede en intrepidez y abnegacion : este puesto es el que le corresponde, y no debe separarse de él largo tiempo, por mucho que su arrojo lo incite : no le convendría hacer otra cosa; porque al cabo, combatir y vencer en su puesto ha sido siempre y para todos el mérito principal del valor provechoso y de la fidelidad verdadera.—Militar, pues, *bajo la misma enseña*, cada cual con sus armas propias, con sus fatigas propias, con sus peligros propios; pues de cualquier manera, siendo *uno mismo el pensamiento* de todos, para todos será una misma la gloria, es decir, agruparse en derredor de la religion en el dia del peligro, y, si necesario fuese, rodearla con una triple fila de confesores y de mártires, muriendo á sus piés en el combate por ella. Si, *vosotros todos, nuestros amigos y hermanos*, unamos nuestros esfuerzos y nuestros corazones etc. »

Creemos haber plenamente justificado á la prensa religiosa seglar, y terminamos esta parte de nuestra tarea con la anterior apología, que sin duda nos protegerá en adelante contra nuestros críticos, á quienes enseña si hasta hoy hemos ó no cumplido nuestros deberes.

Carta dirigida por el Sr. Donoso al UNIVERS.

Sr. Director del *Univers*.

Paris 23 de enero de 1853.

Muy señor mio : tengo entendido que un periódico religioso de esta capital ha publicado acerca de mis escritos algunos artículos, que por varias razones no he podido leer : mis ordinarias ocupaciones son tantas y tan graves, que el escaso tiempo que puedo destinar á la lectura, no lo consagro sino á los grandes maestros. Por otra parte, tampoco me asalta la desdichada idea de entrar en polémicas con nadie, y mucho menos con persona que me es de todo punto desconocida. Me basta, sin embargo, saber que se me acusa de haber cometido gran número de heregías para declarar, como declaro, que desde ahora y para siempre condeno todo lo que tenga condenado, condene y pueda en adelante condenar, en los otros ó en mí, la santa Iglesia católica, de la cual tengo á dicha ser hijo sumiso y respetuoso.

Quiero que conste que para hacer esta declaracion, no necesito que llegue á hablar la Iglesia misma, pues me basta que un solo hombre me acuse de error en materia grave. A semejante acusacion se me hallará pronto siempre á responder con aquella declaracion, y esto sin pararme

antes á averiguar si el que me acusa es seglar ó *eclesiástico*, hombre oscuro ó de gran fama, ignorante ó sabio.

Con este motivo tengo el honor de reiterar á vd. la sincera amistad que le profesa su seguro y afectísimo servidor

JUAN DONOSO CORTÉS.

(*Siguen los artículos del* UNIVERS.)

IV.

En nuestros anteriores artículos acerca de la prensa religiosa seglar, hemos pasado en silencio hasta ahora un cargo que nos dirige en particular á nosotros el Sr. Gaduel, acerca del cual, con ánimo de completar nuestra defensa, vamos á dar algunas esplicaciones. Refiérese este cargo á la serie de obras que con el título de *Biblioteca Nueva* pensamos publicar, destinadas á formar una apologia completa del catolicismo.

«Nos proponemos, decíamos en el *prospecto*, por medio de libros concienzudos, puestos al alcanze de todos los entendimientos y todas las fortunas, destruir el espantoso cúmulo de preocupaciones y mentiras levantado durante tres siglos entre los ojos del hombre y las obras de Dios: nos proponemos sacar de la historia las enseñanzas que contiene, de la ciencia los verdaderos resultados que produce, y que no son ciertamente los que pretende haber alcanzado el espíritu de duda y de negacion.»

Este es el prospecto que tan singularmente ha chocado al Sr. Gaduel, hasta el punto de escitar sus burlas, su indignacion y su espanto. Cualquiera diría, al oirle, que hasta ahora no se habia imaginado cosa mas ridícula y temeraria, y en ella se funda principalmente para probar que los seglares van camino de perderlo todo. Pero tranquilícese el Sr. Gaduel: la tarea que habíamos emprendido era efectivamente temeraria, tan superior á nuestras fuerzas y aun á nuestros recursos pecuniaros, que al presente se halla ya suspendida, cuando no abandonada: creíamos que el Sr. Gaduel lo sabia, y en todo caso, podemos asegurarle que los tremendos males que temia, están aplazados por largo tiempo: los católicos ya no corren riesgo de gastarse su dinero en heregías, comprando estos libritos, cada uno de los cuales queríamos que fuese para las ciencias una introduccion clara, exacta y con la amplitud suficiente; para la filosofía y la literatura, una exposicion sólida de principios; para la historia un resúmen verídico de hechos. No haremos, pues, á nuestros hermanos este funesto regalo, sino que los dejaremos que continúen ilustrándose con esos volúmenes, menos peligrosos á los ojos del Sr. Gaduel, que acerca de todas materias les regalan los universitarios, los académicos y los miembros de la sociedad literaria.

¿Está contento el Sr. Gaduel? Permítanos ahora decirle cuanto nos ha estrañado su ataque tanto en su fondo como en su forma: si nos hubiesen dicho, antes de ver sus artículos, que iba á hablar de nuestra *Biblioteca*, no nos habríamos figurado nunca que era para acusarnos de haberla emprendido, sino de haberla abandonado; y sobre todo, jamas hubiéramos creido que para criticarnos emplease, siendo persona tan formal bajo todos conceptos, artificios y ligerezas tales como las que ha puesto en juego. No hubiéramos creido nunca de su buena fé que nos presentase como hombres animados de la ridícula pretension de desempeñar por sí solos todo el plan de una enciclopedia, mucho mas cuando en nuestro prospecto decíamos, «nos hemos rodeado de hombres profundamente penetrados de nuestras convicciones y que las han defendido con brillantez antes de ahora» y citábamos á este propósito al señor obispo de Annecy, á los RR. PP. Guéranger y D. Pitra; al presbítero Martinet, doctor en teología; al Sr. T. Foisset; al Sr. P. Lamache, doctor en derecho; al señor Roux-Lavergne; á los Sres. Du-Lac y Aubineau, redactores del *Univers*; al presbítero Darras, y á otros escritores, en fin, que en otro tiempo se felicitaba el Sr. Dupanloup de tener por colaboradores en el *Ami de la Religion*, y á quienes ponia entre «los mas señalados por su talento y amor á la Iglesia.» ¿Por qué se calla estos nombres el Sr. Gaduel, y en su lugar se pone, con toda formalidad, á hacer caricaturas como pudiera un pobre seglar, que no tiene mas armas que su poco ó mucho entendimiento y las cuatro frioleras aprendidas en nuestros mezquinos autores franceses? Nosotros creíamos que la caricatura no estaba bien mas que en el *Charivari*, y nos figurábamos que todo un vicario general debia pensar mas en ser justo que en ser gracioso.

«El mundo está necesitado de verdad; dad al mundo lo que necesita.» Mucho divierte al Sr. Gaduel esta frase que, consultado acerca de nuestro proyecto y esperando de él algunos bienes, nos escribia el hombre ilustre, el gran orador y ejemplar cristiano á quien el Sr. Gaduel ataca al mismo tiempo que á nosotros, si bien con menos miramientos todavia, y que acaba de responderle tan cumplidamente sin tomarse el trabajo de leer sus artículos. Está visto que cuando á un hombre grave le dá por echarla de gracioso, es terrible: el Sr. Gaduel no acierta á esplicarse la celebridad que ha conquistado el Sr. Donoso; y con su Witasse en ristre, ha probado clarísimamente, al menos para los redactores del *Ami de la Religion*, que aquel escritor, con toda su elocuencia tan encomiada, es nada menos que *triteista*. Parece soberanamente ridículo al señor Gaduel que se pregunte nada al Sr. Donoso acerca de la situacion del mundo: porque, vamos á ver, ¿qué ha de saber del mundo un hombre que no ha leido á Witasse? ¿con qué derecho puede decir á nadie: «el mundo

está necesitado de verdad; dad al mundo lo que necesita? Pero el Sr. Gaduel olvida que el gran orador que esto dice, y que el humilde periodista á quien se lo dice, ambos son católicos, y por consiguiente que ambos poseen la verdad, y que ambos pueden darla. ¿Qué dice el Sr. Gaduel á sus colegas? ¿qué dicen estos al Sr. Gaduel? pues se dicen mútuamente: el mundo está necesitado de verdad; dad al mundo lo que necesita. Por ventura ¿el Sr. Gaduel y sus colegas poseen una verdad distinta de la nuestra? ¿Tienen otra cosa que hacer sino darla? ¿Y les dejará figurarse su modestia que la han dado, en cuanto escritores, con mas brillantez y con mas provecho que el Sr. Donoso? En verdad que mientras mas escudriñamos lo que puede tener de estravagante y de exorbitante aquella frase, menos lo vemos. ¿Posee ó nó, en cuanto católico, el Sr. Donoso la verdad? ¿Tienen ó nó el derecho de darla los redactores del *Univers*? ¿Está ó nó necesitado el mundo de verdad? ¿A esto, qué puede replicarse? Y si nada puede replicarse ¿qué es lo que pretende el Sr. Gaduel? Por lo visto, nada mas que divertirse un rato. Perfectamente.

Para divertirse mas á sus anchas, el benévolo y probo Sr. Gaduel se las arregla de manera que con toda la inocencia del mundo viene á suscitar en el ánimo de sus lectores la sospecha de que el Sr. Donoso y los redactores del *Univers* tienen allá su componenda para echarse mútuamente el incensario, y engañar de este modo la opinion pública acerca de su escaso mérito. Efectivamente, este es un procedimiento muy conocido entre los escritores que no han podido hacerse leer de nadie, y á quienes nadie menciona jamás para cosa alguna. El procedimiento que no ha sido tan conocido hasta ahora, es el de estas suposiciones caritativas empleadas por un sacerdote para honra y gloria de Dios, y para ejemplo de polémicas entre nosotros los pobres seglares. Sea enhorabuena.

Pero supongamos que efectivamente el editor de la *Biblioteca* ha dado toda la importancia que tiene al voto del Sr. Donoso: el Sr. Gaduel sabe que no es este solo el que ha honrado con su aprobacion nuestra empresa; y ya que ha leido con tanto cuidado nuestro prospecto, no habrá dejado de ver en él las cartas que con este motivo nos dirigian S. E. el señor arzobispo de Nicea, nuncio apostólico, y S. E el cardenal de Bonald, y el venerable obispo de Chartres. ¿Le parece al Sr. Gaduel que estos votos no son competentes? Poco en cuenta los debe haber tenido, cuando no le han cortado en flor sus oportunas bromitas de *Charivari*. ¡Válganos Dios! señor Gaduel: se encuentra V. por delante á un fiel cristiano, que nada pretende sino servir á sus hermanos que son los de V., y confesar su fé, que es la de V.; que, haciendo cuanto puede por realizar bien su propósito, se rodea de sábios consejeros y de venerables auxiliares; que pierde á pesar de todo su tiempo y sus esfuerzos, no logrando hacer el

bien que se prometia: y al cabo de dos años que fracasó aquel propósito, como si temiera V. que aun humease la mecha, viene á cargar la mano sobre el caido, y á derramar sal sobre una llaga viva; y todo esto por el gusto de divertirse un rato... Por Dios, señor vicario, vuelva V. á leer el Evangelio del buen samaritano, y déjese de bromitas, porque, francamente, no sabe darlas.

¡Y si el fondo de este género de crítica fuese tal que abonase lo imprudente de su forma! Pero nada de eso: la *Biblioteca* parece que debia haber sido mala, porque era seglar; y seglar era, primero, porque la dirigia un seglar, y despues porque el Sr. Gaduel necesitaba hacerla seglar para aplicarla sus razonamientos; pues ya hemos visto que segun el Sr. Gaduel, nada bueno pueden hacer los seglares (es decir, los seglares religiosos, y entre estos los de *cierta escuela*). Ya hemos combatido estas ideas, ó mejor dicho, hemos dejado combatirlas á Bossuet, á Bourdaloue y al Sr. obispo de Arras: no volveremos por tanto á insistir en este punto. Pero permítanos el Sr. Gaduel una pregunta. Siendo verdad, como lo es, que los sacerdotes, ocupados con las tareas propias de su sagrado ministerio, escriben poco, y que entre los que escriben, pocos lo hacen de manera que puedan ser leidos por todo el mundo: debiendo ser, como es, una consecuencia de esto que la religion se queda sin defensa suficiente contra el aluvion de libros perniciosos acerca de todas materias, que todo el mundo lee, inclusos los cristianos, pues que no se les dan otros ¿qué males encuentra el Sr. Gaduel en que una sociedad de escritores, sean seglares ó sean eclesiásticos, bajo la direccion de un eclesiástico ó de un seglar, haga lo que nosotros nos habiamos propuesto? ¿No se ha acercado nunca al Sr. Gaduel uno de estos padres de familia que educan por sí mismos á sus hijos, ó uno de esos cristianos celosos que piensan en el bien de las almas, para pedirle noticia de libros claros, elementales, graves y al nivel de los progresos actuales de la ciencia, que poner en manos de sus hijos ó que dar á sus amigos, que se los piden? Esta es una pregunta que todos los dias se nos hace á nosotros: si el Sr. Gaduel tiene algun medio de satisfacerla, le rogamos que nos lo indique, porque nosotros no lo vemos; dado que nada es comparable, en este punto, á la pobreza de nuestra moderna literatura cristiana; el mayor de los males que puede deplorar nuestra sociedad contemporánea. ¿No seria un gran bien estudiar metódica, ordenadamente y bajo el punto de vista de la verdad católica, la historia, la filosofía, las ciencias, las bellas letras y las bellas artes, con el fin de derribar el montruoso edificio que há tres siglos viene levantando el génio de la impostura en todos estos ramos del humano saber?

¡Cómo! de que se escriban ó hagan escribir por seglares, para espe-

cial uso de la clase que se dice ilustrada en nuestros dias, todas ó algunas de las obras anunciadas en la *Biblioteca Nueva*; de que esta manifieste el influjo general de los santos en la vida social y política de los pueblos; de que aquella, echando una ojeada por la historia del Papado, trate de neutralizar el espíritu del juicioso abate Fleury; de que la otra describa las fiestas y ceremonias de la Iglesia, demostrando cómo pueden santificarse cada hora y cada accion de la vida cristiana; de que otra cuente la fundacion y las obras de las misiones y órdenes monásticas; de que se inculque á todos los historiadores el deber de mostrar, segun indica nuestro prospecto, cómo las naciones se han engrandecido ó se han degradado, conforme se han acercado ó se han alejado del Evangelio, indicando por medio de la fiel historia de los cismas y las heregías la verdadera fuente de nuestras desgracias; de que se hiciese todo esto, juntamente con estudios inspirados por este mismo órden de ideas acerca de las letras, las ciencias y las artes, ¿se sigue de todo esto, repetimos, la extraña deduccion de que todo está perdido, y que la religion va á sucumbir?

Que habría errores en todos ó en la mayor parte de aquellos libros: pues ahí están el Sr. Gaduel y sus colegas para señalarlos, y en pos de ellos estaría tambien la Iglesia para condenarlos, si tanto merecian, aunque siempre es muy probable que no condenára todos los que señalasen los censores.—Pero entre tanto, apesar de esos errores, ¡cuántos entendimientos esclavos hoy de la mentira no recibirian un choque saludable! ¡cuántos otros que vacilan, no se afirmarian en profesar la verdad! ¡Cuánta falsedad hondamente arraigada no caeria por tierra! ¡Cuánta sandez como se ha impreso y reimpreso, no dejaria de circular por largo tiempo!

Y ya que el Sr. Gaduel insiste tanto en este punto de los errores, en el supuesto de que no hemos tomado préviamente consejo de ningun teólogo ¿quien le dice que no lo hayamos hecho? Hemos, sí, procedido con parsimonia, porque si el Sr. Gaduel tiene miedo del ultramontanismo, nosotros lo tenemos del galicanismo: ¿quién va mas derecho de nosotros dos? Pero en el ínterin, bien hemos podido confiar en que un libro de D. Pitra, ó del presbítero Martinet ó del señor obispo de Annecy podian pasarse sin prévia revision. Si el Sr. Gaduel hubiera tambien querido darnos un libro suyo ¿habria aceptado á nuestros teólogos?

Basta ya de polémica: creemos haber justificado á la prensa religiosa seglar: una sola cosa nos queda que hacer, y es rogar al Sr. Gaduel que puesto que tan poco idóneos nos juzga para dar al mundo la verdad que necesita, ponga manos á la obra, y ayudado de sus colegas, y de cuantos escritores le parezcan exactos y puros ortodoxos, ejecute nuestro plan; no solicitamos el honor de ser unidos á sus colaboradores; lo único que le pedimos es que no entren por nada en las obras que nos dé, ni el *parti-*

cularismo, proscripto ya de Roma, ni el fastidio que ahuyenta á los lectores. A este precio, damos al Sr. Gaduel el medio de ganar una aureola que no ganará seguramente en el mal camino que ha escogido y del que deseamos verle salir cuanto mas pronto mejor; pues tales son los afectos que nos inspira.

V.

El *Ami de la Religion* ha publicado la siguiente carta del Sr. Gaduel, escrita en respuesta á la que el Sr. Donoso Cortés nos dirigió con fecha 23 de Enero.

«París, 3 de Febrero de 1853.—Sr. marqués de Valdegamas: la carta »que últimamente ha dirigido V. al *Univers* con motivo de la crítica que »me he creido en la obligacion de consagrar á su Ensayo sobre el Cato»licismo, el Liberalismo y el Socialismo, me decide á tomarme la li»bertad de escribirle.

»Desde luego, señor marqués, me apresuro á reiterar á V. que no »pueden ser mayores de lo que son mi respeto, mi aprecio y mi verdade»ra caridad hácia su honorable persona; superiores á estos afectos no son »en mí sino el respeto, el aprecio y amor que debemos todos profesar á »la verdad, nuestro bien comun y el supremo.

»En mis artículos acerca de la obra de V. he reiterado con instancia »estos sentimientos, y la carta que acaba V. de publicar me confirma en »ellos. En esta carta dice V. que no ha leido ni podria leer mi escrito á causa de sus graves é importantes ocupaciones; lo siento, porque de este »modo le será imposible apreciar debidamente mi trabajo; y tanto por »esta razon como por otras muy delicadas, me creo dispensado de dar »á V. explicacion ninguna acerca de él. Por otra parte, ya V. dice, sin »creerse obligado á examinar si su libro contiene ó no los graves y nu»merosos errores que yo y algunas otras personas le imputamos con ra»zon ó sin ella, que le *basta saber que se le acusa de haber cometido gran »número de herejías para declarar*, *como declara*, *que desde ahora y para »siempre condena todo lo que tenga condenado*, *condene y pueda en ade»lante condenar, en otros ó en V., la Santa Iglesia Católica, de la cual tiene »á dicha ser hijo sumiso y respetuoso.*

»Siendo V. como es una persona de fé y de virtud tan conocidas, na»die seguramente extrañará verle tan sumiso; y si algun dia sus ocupa»ciones le permiten pasar la vista por mis artículos, en ellos verá que siem»pre he tenido por indudable esas dichosas disposiciones de su corazon, »como una y otra vez lo digo con sinceridad no menos indudable.

»Permítame V., sin embargo, señor marqués, que le diga aquí toda

»mi opinion en este punto. Yo creo, y V. pensando piadosamente creerá »tambien como yo, que en materia de fé y de doctrina católica, es la ver»dad una cosa demasiado grave y sagrada, para que un escritor religioso »á quien se hace cargo de haber públicamente enseñado, aunque sea de »buena fé, errores graves, crea cumplir con una simple y vaga declara»cion de sumision á la Iglesia. Cualquiera que este escritor sea, eclesiás»tico ó seglar, como V. dice, hombre oscuro ó de gran fama, ignorante »ó sabio, está en el deber de examinar ó hacer que otros examinen si su »libro contiene ó no los errores que se le imputan; y en caso afirmativo, »está en el deber de reconocerlos, y de suprimirlos, para evitar el riesgo »que causan.

»Ciertamente, señor marqués, no tengo el honor de que V. me co»nozca, y aun del público soy bien poco conocido; pero en todo caso »nunca me daria esto derecho á confiar de tal modo en mí, que preten»diera el que por mi sola palabra confesara V. y se retractara de los erro»res que he creido ver y he señalado en sus escritos. Pero permítame V. »decirle que cuando un hombre, á quien no se conoce, pero que es un »eclesiástico ocupado toda su vida en enseñar la Religion, indica en un »libro errores que tiene por importantes; cuando cita los textos en que »estos errores constan, y al pié de los textos pone por añadidura las ver»dades católicas que estima atacadas, ¿no le parece á V. que hay alguna »razon para pensar sériamente en el asunto? Mi inquietud creo que de»beria excitar la de V., y yo en su lugar concebiria algunas dudas, y tra»taria de ver si para ante el público y mis lectores estaba ó no en el caso »de hacer algo mas que una simple y vaga declaracion, insuficiente para que los lectores de V. se precavan.

»No quiero ser aquí juez contra V., ni creo tampoco que puede V. »serlo de sí mismo; pero superiores eclesiásticos tiene V. á quienes res»peta y que de seguro le estiman; para no remontarse mucho, tiene V. »por de pronto un Obispo ó un Arzobispo de quien es diocesano. ¿Por »qué no somete V. su libro al juicio de ellos? Si yo me he engañado, pron»to estoy á dar á V. satisfacciones públicas; pero si los jueces de doctrina »hallan en los escritos de V. los mismos errores que yo he encontrado, V. »veria el medio de repararlos en la forma y medida que la prudencia de »sus superiores le indicase ó que le aconsejasen á V. su fé y su virtud. La »misma obligacion creo que tiene el Sr. Luis Veuillot, como editor y pro»pagador del libro de V. inserto en una *Biblioteca Nueva de la Religion*, »destinada á un gran número de lectores. Ni por parte de uno ni por par»te de otro hay en esto nada que repugne á la sinceridad, á la rectitud, »y modestia de un católico.

»En cuanto á los artículos publicados por el Sr. Veuillot en el *Univers*

»con motivo de mi crítica, tengo, señor marques, el intimo convencimien-»to de que un hombre del carácter y gravedad de V. ninguna parte ha »tenido en aquel modo de tratar lo que hay mas sagrado en la tierra : la »verdad de la doctrina cristiana y la enseñanza teológica. Pero siento de »todos modos que tenga V. la desgracia de ser defendido con semejantes »armas. Con el uso malhadado que en ocasiones hace aquel periodista del »talento que Dios le habia dado para emplearlo mejor, compromete mu-»chas veces hasta las mejores causas por el modo con que las defiende, »tan poco digno de ellas, y no menos indigno, lo digo con pena, de su »fé y de su corazon.

«¡Cuán distantes se hallan de esta manera de escribir, los pensamien-»tos y el estilo de V. señor marqués! Yo he leido sus *discursos* y su En-»sayo con grandísima atencion; y entre muchas cosas verdaderamente ad-»mirables que en elllos he encontrado, he tenido el disgusto de hallar »tambien muchos errores gravemente perjudiciales á la verdad, si bien »jamás ha escrito V. una sola palabra que tienda á burlarse de la discusion »de las verdades mas sagradas. Ese tono zumbon, que San Pablo llamaba »*scurrilitas quæ ad rem non pertinet*, son en verdad cosas tan estrañas á la »dignísima persona de V. como siempre lo fueron á la gravedad distintiva »de la noble y sensata nacion española á que V. pertenece, y que tan dis-»tinguidamente representa entre nosotros.»

«En Francia solemos ser mas ligeros; pero en cosas de religion al me-»nos no lo habíamos sido nunca hasta que el autor de las *Provinciales* y »Voltaire iníciaron aquí aquella mala escuela, cuyo triste lenguaje no de-»bieran jamas imitar los verdaderos católicos.»

«Permítame V., señor marqués, decirle para concluir, que sea cual-»quiera el resultado de la presente controversia, no habiéndose en nada »menoscabado la caridad cristiana de mi corazon, tambien V. por su »parte se dignará perdonar el disgusto que, involuntariamente y obligado »solo por mi amor á la verdad, haya podido causar á una persona que res-»peto, y á quien siempre respetaré profundamente.»

«Dígnese V. por tanto, señor marques, aceptar el homenaje de la »sincera y especial estimacion que le profesa su humildísimo y obedientí-»simo servidor—El Presbítero P. Gaduel, vicario general, y antiguo pro-»fesor de teología.»

Para que un autor conciba inquietudes graves acercá de la ortodoxia de sus escritos, no nos parece bastante el que á un periodista se le antoje señalar en ellos errores de importancia; aunque ese periodista tenga el honor de ser un eclesiástico, aunque haya pasado toda su vida estudiando y enseñando la Religion, es menester que sus críticas no sean tales que hagan dudar de su competencia en las materias que trata; es menester que

no estén clara y manifiestamente inspiradas por la *pasion* y el espíritu de *partido*; es menester que no estén fundadas en *textos truncados*, aislados con mala fé del período que explica y completa su sentido, ó artificiosamente puestos en un cotejo á que no se prestan, y siempre acompañados por último, de una interpretacion que les da un sentido enteramente diverso del que tienen en el libro mismo. Las críticas hechas de este modo y por estas razones ni pueden ni deben poner á ningun autor en cuidado.

En cuanto á la obligacion de someter al exámen de la autoridad eclesiástica el libro del Sr. Donoso, no tenemos aquí que dar cuenta de las medidas tomadas para satisfacerla cumplidamente: baste al Sr. Gaduel saber que hemos pensado muy mucho en ello, y que se hará no solo por lo que respecta al libro del Sr. Donoso Cortés, sino á todos los demás que forman la escasa coleccion de los de la *Biblioteca Nueva*. Pero mientras se ve el resultado de un exámen que puede aun prolongarse, permítanos el Sr. Gaduel discutir sus acusaciones y poner en su lugar verdadero los procedimientos que ha empleado para justificarlas.

VI.

No nos parece en verdad que se necesita haber cursado mucha teología para refutar al Sr. Gaduel: bastan, en nuestra opinion, un poco de buen sentido, un poco de buena fé, y aquel conocimiento de la religion que debe tener todo sincero cristiano de vulgar entendimiento para comprender si el autor de un libro dice en él ó no dice que hay muchos dioses, que Dios es autor del pecado, que el hombre está privado de razon y de libre albedrío, y otras monstruosidades semejantes. De todas ellas se ha formado, sin embargo, un ramillete para acusar al Sr. Donoso: nosotros le pedimos perdon por defenderle de semejantes acusaciones, asi como se lo pedimos al público por perder nuestro tiempo en probar lo que es evidente: á ello nos fuerza empero el apasionamiento de nuestros adversarios, y es una humillacion que se necesita sufrir con paciencia.

Empieza el Sr. Gaduel sus acusaciones, diciendo que el Sr. Donoso enseña que hay tres dioses: cualquiera diria que aquel buen señor bromeaba; pero nada de eso, habla muy formalmente. «Este es un enorme error» exclama casi con espanto. ¡Y tan enorme! decimos nosotros, si se hubiera cometido. En seguida trata el Sr. Gaduel de cómo este error se llama el triteismo, y tomando, para explicarlo mejor, las palabras de Witasse, cita este pasaje descriptivo. «Los triteistas, queriendo definir la »naturaleza divina como la naturaleza humana, decian que en las tres »personas no habia sino una sola naturaleza, genéricamente comun, pero »numéricamente distinta en cada una de ellas, si bien, como observa Ni-

»céforo, se esforzaban todo lo posible para no llegar á decir que habia »tres dioses ó tres divinidades.»

Una vez invocado este texto de Witasse, gracias hay que dar al Sr. Gaduel, porque haciendo justicia á la buena fé y á las intenciones ortodoxas del ilustre publicista español, viene en resúmen á acusarle de que profesa el triteismo, poco mas ó menos como el *Villano* de Moliére hablaba la prosa, sin saberlo; puesto que el Sr. Donoso «al querer explicar la Trini»dad de las personas, no advierte que destruye la unidad de la esencia.» Y cuenta que el error no está aquí solamente en las expresiones, pues el crítico asegura bajo su palabra que tambien está en el entendimiento del autor del Ensayo: «Es un enorme error, no sospechado siquiera por el »Sr. Donoso, pues que lo reproduce en dos ocasiones, y con mas insisten»cia todavía en la segunda que en la primera.» Y mas adelante; «El fon»do de las ideas es aquí demasiado grave para detenerse en lo raro del es»tilo, y en la dolorosa extravagancia de semejantes expresiones.» Despues viene citada por el Sr. Gaduel la comparacion triteista «empleada con tan »marcada complacencia por el Sr. Donoso.» Detrás de estas citas, como rematando el proceso, vienen Witasse y Nicéforo.

Con verdad sea dicho, tambien nosotros por nuestra parte hacemos justicia á la buena fé y á las intenciones del Sr. Gaduel: de seguro no ha querido dar á entender que el Sr. Donoso, *si bien se esfuerza todo lo posible por no llegar á decir que hay tres dioses ó tres divinidades*, no crea realmente en la unidad de Dios; pero no es menos cierto que con intencion ó sin ella el Sr. Gaduel viene en resúmen á aplicar al Sr. Donoso aquella observacion de Nicéforo acerca de los triteistas, y que semejante odiosa insinuacion salta á los ojos del lector, aunque el Sr. Gaduel no lo pretenda.

Por consiguiente, la acusacion, tal como resulta, puede formularse así: El Sr. Donoso Cortés da de la naturaleza divina la misma idea que dan los triteistas; y la misma tambien que dan los *maniqueos*, pues que estos, segun Witasse «no reconocian en la naturaleza divina mas que una »simple unidad genérica, á la manera que existe en los hombres, los cua»les todos tienen una misma naturaleza humana.»

Véase ahora, despues de todas estas acusaciones y de todas estas citas para probarlas, en qué términos confiesa el Sr. Donoso el augusto misterio de la Santísima Trinidad:

«En lo mas escondido, en lo mas alto, en lo mas sereno y luminoso »de los cielos, reside un tabernáculo inaccesible aun á los coros de los án»geles: en ese tabernáculo inaccesible se está obrando perpétuamente el »prodigio de los prodigios, y el misterio de los misterios. Allí está el Dios »católico, uno y trino: uno en esencia, trino en las personas. El Padre

»engendra eternamente á su Hijo, y del Padre y del Hijo procede eterna-
»mente el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y
»el Padre es Dios; y Dios no tiene plural, porque no hay mas que un
»Dios, trino en las personas y uno en la esencia. El Espíritu Santo es Dios
»como el Padre; pero no es Padre: es Dios como el Hijo; pero no es Hijo.
»El Hijo es Dios como el Espíritu Santo; pero no es Espíritu Santo: es
»Dios como el Padre; pero no es Padre. El Padre es Dios como el Hijo;
»pero no es Hijo: es Dios como el Espíritu Santo; pero no es Espíritu
»Santo. El Padre es omnipotencia, el Hijo es sabiduría, el Espíritu Santo
»es amor; y el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son infinito amor, po-
»tencia suma, perfecta sabiduría.»

Estas palabras se leen en el capítulo 2.° del libro 1.° del Ensayo (páginas 31 y 32.) ¿Porqué se desentiende de ellas el Sr. Gaduel, y sin citarlas ni tenerlas en cuenta para nada, da un escape á la pagina 33 para encontrar el triteismo? ¿Temió quizás que aquellas palabras justificaran en demasia la buena fé y las rectas intenciones del Sr. Donoso? Pero veamos cuál viene á ser en resúmen el fundamento del Sr. Gaduel para acusar al Sr. Donoso de haber cometido un groserísimo error, precisamente en el momento mismo que acaba de negarlo en los términos mas esplícitos y formales. Todo el fundamento se reduce á una comparacion empleada por el Sr. Donoso, no *para explicar la trinidad de las personas divinas*, como supone el Sr. Gaduel, sino al contrario para poner de relieve otro dogma muy combatido por la incredulidad moderna, á saber, la unidad de la raza humana.

En sus *Elevaciones* sobre el misterio de la Santísima Trinidad observa Bossuet; «que aun en las cosas naturales la unidad es un principio de »multiplicidad en sí misma; y que la unidad y la multiplicidad no son tan »incompatibles como vulgarmente se piensa.» Pues bien, el Sr. Donoso al estudiar esta ley en varias manifestaciones, empieza, como Bossuet, por encontrarla en Dios «en cuya esencia, dice, estan de una manera »inenarrable é incomprensible las leyes de la creacion y los ejemplares »de todas las cosas Todo ha sido hecho á su imágen: por eso la creacion »es una y varia. La palabra universo, tanto quiere decir como unidad y »variedad juntas en uno.» É inmediatamente despues de estas palabras, que el Sr. Gaduel tiene tambien muy buen cuidado de pasar en silencio, viene la comparaoion que tanto le escandaliza:

«El hombre fué hecho por Dios, á imágen de Dios; y no solamente á
»su imágen, sino tambien á su semejanza; por eso el hombre es uno en
»la esencia y trino en las personas. Eva procede de Adan, Abel es en-
»gendrado por Adan y por Eva, y Abel y Eva y Adan son una misma
»cosa: son el hombre, son la naturaleza humana. Adan es el hombre pa-

»dre, Eva es el hombre mujer, Abel es el hombre hijo. Eva es hombre »como Adan; pero no es padre: es hombre como Abel; pero no es hijo. »Adan es hombre como Abel, sin ser hijo; y como Eva sin ser mujer. »Abel es hombre como Eva, sin ser mujer; y como Adan, sin ser pa»dre.» (Pág. 32 y 33.)

Esto es cuanto tiene por conveniente citar el Sr. Gaduel, porque era cuanto hacía á su propósito, y de ninguna menera le convenía dejar ver á los lectores que el Sr. Donoso no presenta esta comparacion para explicar ni para probar cosa ninguna, sino como una pura y simple comparacion para hacer resaltar el hecho de cómo la familia humana se eleva ó se deprime, segun que obedece á la direccion de la Iglesia ó se rebela contra ella, como quiera que cuando obedece, se asemeja mas al modelo divino, y cuando se rebela, se diferencia y aparta de él mas y mas. Tampoco le convenía al Sr. Gaduel citar estas otras palabras del Sr. Donoso, y eso que no andaban lejos de las arriba citadas, como que están en la página 34. «Entre la familia divina y la humana... hay la misma proporcion »que entre la brevedad del minuto y la inmensidad de los tiempos.»

En otro pasage consigna el Sr. Donoso que el cristianismo ha revelado al hombre una sociedad mas grande y excelente que la sociedad natural, una sociedad que no tiene ni límites ni término, que «tiene por »ciudadanos á los santos que triunfan en el cielo, á los justos que padecen »en el purgatorio, y á los cristianos que combaten en la tierra» y añade:

« ¿Quien sino Dios, que es amor, podia haber enseñado á los que com»baten aquí que están en conmunion con los que padecen en el purgatorio, »y con los que triunfan en el cielo? ¿Quién sino Dios, pudo unir con »amorosa lazada á los muertos y á los vivientes, á los justos, á los santos »y á los pecadores? ¿Quién, sino Dios, pudo poner puentes en esos in»mensos océanos?

«La ley de la unidad y de la variedad, esa ley por excelencia, que es á »un mismo tiempo humana y divina, sin la cual nada se explica, y con la »cual se explica todo, se nos muestra aquí en una de sus mas poderosas »manifestaciones. La variedad está en el Cielo, porque el Padre, el Hijo y el »Espíritu Santo son tres personas; y esta variedad va á perderse, sin con»fundirse, en la unidad, porque el Padre es Dios, el Hijo es Dios y el Es»píritu Santo es Dios, y Dios es uno. *La variedad está en el paraiso, por»que Adan y Eva son dos personas diferentes; y esa variedad va á perderse, »sin confundirse, en la unidad; porque Adan y Eva son la naturaleza hu»mana; y la naturaleza humana es una.* La variedad está en nuestro Se»ñor Jesucristo, porque en él concurren, por una parte, la naturaleza divi»na, y por otra, la naturaleza corpórea y la espiritual, en la naturaleza »humana; y la naturaleza corpórea y la espiritual y la divina van á per-

»derse, sin confundirse, en nuestro Señor Jesucristo, que es una sola »persona. La variedad por último está en la Iglesia, que combate en la »tierra, y padece en el purgatorio, y triunfa en el cielo; y esa variedad »va á perderse, sin confundirse, en nuestro Señor Jesucristo, cabeza »única de la Iglesia universal, el cual, considerado como Hijo único del »Padre, es, como el Padre, el símbolo de la variedad de las personas, »en la unidad de la esencia: así como en calidad de Dios hombre, es el »símbolo de la variedad de las esencias, en la unidad de la persona; sien»do considerado á un tiempo mismo, como Dios hombre y como hijo de »Dios, el símbolo perfecto de todas las variedades posibles y de la unidad »infinita.»

«Y como quiera que la suprema armonía consiste en que la unidad, »de donde toda variedad nace y en la que toda variedad se resuelve, se »muestre siempre idéntica á sí misma en todas sus manifestaciones; de »aquí es que una misma es siempre la ley en virtud de la cual se hace »uno todo lo que es vario. La variedad de la Trinidad divina es una por »el amor; la variedad humana, compuesta del Padre, de la Madre y del »Hijo, se hace una por el amor. La variedad de la naturaleza humana y »de la divina se hacen una en nuestro Señor Jesucristo por la encarnacion »del Verbo en las entrañas de la Virgen, misterio de amor; la varíedad de »la Iglesia que combate, de la que padece y de la que triunfa, se hace »una en nuestro Señor Jesucristo por las oraciones de los cristianos que »triunfan, las cuales bajan convertidas en benéfico rocío sobre los cristia»nos que combaten, y por las oraciones de los cristianos que combaten, »las cules bajan como una lluvia fecundísima sobre los cristianos que pa»decen; y la oracion perfecta es el éxtasis del amor. Dios es caridad; el «que está en caridad, está en Dios y Dios en él.» (Pag. 52 y 53.)

El Sr. Gaduel, sin duda por ahorrar molestias á sus lectores, suprime, de la cita anterior, toda la parte en que evidentemente aparece que lejos de pensar el Sr. Donoso en la absurda y bestial blasfemia de establecer entre Dios y el hombre una identidad verdadera y absoluta, lo que hace es pura y simplemente poner á la vista las diversas manifestaciones de una ley universal en sus órdenes diversos.

Tomando tambien el Sr. Gaduel por fundamento las líneas de la cita anterior, que dejamos subrayadas, argumenta del siguiente modo: «Si el »Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola naturaleza divina, á la »manera que Adan, Eva y Abel son una sola naturaleza humana, enton»ces hay tres dioses.» ¡Bueno! Con que es decir que cuando Bossuet, comentando la palabra divina *Hagamos al hombre*, dice:—«Dios quiso hacer »alguna cosa que fuera viviente como él, inteligente como él, santa como »él, dichosa como él»; quiso decir el grande orador cristiano que en Dios

no hay otra vida, ni otra inteligencia, ni otra santidad, ni otra dicha, diversas de las que hay en el hombre. Y cuando el mismo Bossuet, al hallar en la criatura racional una imágen de la Trinidad Santísima, añade: — «Semejante al Padre, tiene el sér; semejante al Hijo, tiene la »inteligencia; semejante al Espíritu Santo, tiene el amor; semejante, en »fin, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, tiene en su sér, en su inteli»gencia y en su amor una misma beatitud y una misma vida», será menester que el Sr. Gaduel argumentando contra Bossuet por estas palabras, como argumenta contra el Sr. Donoso por aquellas suyas, diga así: «Si el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres, á la manera que el sér, »la inteligencia y el amor en el alma humana, entonces no hay Trinidad.» ¿Ignora el Sr. Gaduel lo que en todas las lenguas significa esa frase adverbial *á la manera que*? Y eso que ni aun esta frase ha usado el Señor Donoso, pues él no dice que la humanidad sea una, *á la manera que Dios es uno*; sino que dice: No hay mas que un solo Dios; y como quiera que el hombre ha sido hecho á imágen y semejanza de Dios, tampoco hay mas que una naturaleza humana.—En términos que sin duda han parecido sobrado claros al Sr. Gaduel para guardarse muy bien de reproducirlos, dice el Sr. Donoso (pág. 32) en el pasage arriba citado, que *Dios no tiene plural*; *porque no hay mas que un Dios*; y por otra parte, el Sr. Gaduel le hará el honor de concederle que cree en la pluralidad de los hombres. Por último, en el instante mismo que acaba el Sr. Donoso de explicar cómo la naturaleza humana no es sino una imágen de la unidad divina, imágen que el autor encuentra en todos los órdenes de la creacion, bien que en varios grados, al Sr. Gaduel se le antoja llamar *idéntico* á lo que el Sr. Donoso no llama sino *semejante*, *identidad* á lo que el Sr. Donoso presenta como *imágen*. ¡Viva la buena fé del Sr. Gaduel!

El capítulo 3.°, que sigue al que vamos citando, contiene otra prueba del oportunísimo y autorizado sistema que el Sr. Donoso se propone: habla de la Iglesia, y en ella tambien halla, si bien en grado mas excelso, aquella unidad, imágen de la unidad divina, que ya antes deja manifestada en la humanidad:

«Todos los elementos, dice, que braman alterados y en desórden en »las sociedades humanas, se mueven en esta (en la Iglesia) concertada»mente. El pontífice es rey á un mismo tiempo por derecho divino y por »derecho humano: el derecho divino resplandece principalmente en la »institucion; el derecho humano se manifiesta principalmente en la de»signacion de la persona; y la persona designada para pontífice por los »hombres, es instituida pontífice por Dios. Así como reune la sancion »humana y la divina, junta en uno tambien las ventajas de las monar»quías electivas y las de las hereditarias. De las unas tiene la populari-

»dad, de las otras la inviolabilidad y el prestigio: á semejanza de las pri»meras, la monarquía pontifical está limitada por todas partes; á seme»janza de las segundas, las limitaciones que tiene no la vienen de fuera, »sino de dentro, ni de la agena voluntad, sino de la propia. El fundamento »de sus limitaciones está en su caridad ardiente, en su prodigiosa humil»dad, y en su prudencia infinita. ¿Qué monarquía es esta en la que el »rey, siendo elegido, es venerado, y en la que, pudiendo ser reyes to»dos, está en pié eternamente, sin que sean parte para derribarla por »tierra ni las guerras domésticas ni las discordias civiles? ¿Qué monar»quia es esta en la que el rey elige á los electores que luego eligen al »rey, siendo todos elegidos y todos electores? ¿Quién no vé aquí un »alto y escondido misterio: la unidad engendrando perpétuamente la va»riedad, y la variedad constituyendo su unidad perpétuamente? ¿Quién »no vé aquí representada la universal confluencia de todas las cosas? Y »¿quién no advierte que esa extraña monarquía es la representacion de »aquel que, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, es divinidad y »humanidad, unidad y variedad juntas en uno? La ley oculta que presi»de á la generacion de lo uno y de lo vario, debe ser la mas alta, la mas »universal, la mas excelente y la mas misteriosa de todas, como quiera »que Dios ha sujetado á ella todas las cosas, las humanas como las divi«nas, las creadas como las increadas, las visibles como las invisibles. Sien»do una en su esencia, es infinita en sus manifestaciones: todo lo que exis»te, parece que no existe sino para manifestarla; y cada una de las cosas »que existen, la manifiesta de diferente manera. De una manera está en »Dios, de otra en Dios hecho hombre, de otra en su Iglesia, de otra en la »familia, de otra en el universo; pero está en todo y en cada una de las »partes del todo: aquí es un misterio invisible é incomprensible, y allí »sin dejar de ser un ministerio, es un fenómeno visible y un hecho pal»pable.»

Despues de leer esto, dígasenos si hay manera de no ver con claridad absoluta el pensamiento del Sr. Donoso, y si al oirle decir en términos tan expresos como lo dice, que la unidad no está en la familia de la misma manera que en Dios, es posible atribuirle la doctrina de que la unidad está en Dios y en el hombre, absoluta é idénticamente, de la misma manera.

—Todo eso está muy bien, nos replicará el Sr. Gaduel, pero al fin y al cabo no deja de ser verdad «que la comparacion empleada con tan »marcada complacencia por el Sr. Donoso, es falsa de todo punto y hasta »el mas alto grado...» «Esta comparacion es pura y simplemente el triteis»mo.» —En horabuena: nosotros replicaremos eternamente al Sr. Gaduel que es absurdo buscar en una comparacion la expresion de la doctrina

profesada por el que la emplea; sobre todo, cuando el lado falso que pudieran ofrecer los términos de la comparacion, se halla formal, explícita y evidentemente contradicho y excluido por todo lo que la precede y todo lo que la sigue.

Por lo demas, ¿qué dirá el Sr. Gaduel, cuando sepa que esa comparacion que tanto le choca, empleada por el Sr. Donoso, no es del Sr. Donoso, sino de San Gregorio Nacianceno? ¿Será capaz tambien el señor Gaduel de llamar triteista á San Gregorio? Juzgue el buen crítico por las palabras de este insigne filósofo y glorioso doctor:

«¿Qué era Adan? pregunta. Un cuerpo formado por la mano de Dios. ¿Y Eva? Un fragmento sacado de aquel cuerpo. ¿Y Seth? El hijo de Adan y Eva. Pero Adan, Eva y Seth, ¿no son diversos? Sin duda, lo son; pero son tambien de una misma esencia. Queda por tanto sentado que cosas diversas pueden tener una esencia comun. Pero cuenta que yo no digo esto para atribuir á la divinidad cosas que no convienen sino á la naturaleza corpórea, como son la formacion, la division, y otras semejantes: no vayan, pues, los ergotistas á buscarme maliciosamente en esto una ocasion para combatirme: lo digo únicamente para contemplar en las cosas corpóreas, como en una representacion, aquellas otras cosas que no pueden ser percibidas sino por la inteligencia pura. Yo sé bien que es imposible el que ninguna imágen, ni semejanza ninguna reproduzcan plena y perfectamente la realidad de la cosa representada. Pero ¿qué quereis probar con todo eso? se me preguntará. Es muy sencillo. ¿La segunda persona no es Hijo? ¿La tercera no es otra cosa distinta, aunque ambas vengan del Padre? Pues bien, digo yo ahora: Eva y Seth, ¿no vienen los dos de Adan? ¿No es Eva una parte sacada del cuerpo de Adan? ¿No es Seth su hijo? Y con todo, nadie puede negar que los dos no son sino uno, porque los dos son hombres. Dejaos, pues, de combatir contra el Espíritu Santo, y no digais ya mas que ha sido engendrado como el Hijo, ó que no le es consustancial, pues tanto valdría decir que no es Dios. Dejaos, pues, de combatir; porque con una comparacion, sacada de las cosas humanas, os hemos demostrado que nuestra doctrina nada tiene de imposible» (*Orat.* 31, §. xi).

Supongamos ahora que uno de aquellos *ergotistas*, cuya *malicia* temia tanto San Gregorio Nacianceno, le hubiera flechado este argumento: «Si »el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una sola naturaleza divina, á la »manera que Adan, Eva y Seth son una sola naturaleza humana, en»tonces hay tres dioses»—¿qué respuesta hubiera podido dar el santo doctor, que no pueda el Sr. Donoso dar al Sr. Gaduel?

VII.

Por hoy vamos á ceder la palabra á la *Armonía*, periódico redactado en Turin por piadosos é ilustrados eclesiásticos, cuya autoridad bien puede ser comparada con la del Sr. Gaduel, sin que se tenga por ofendido. Y aun podemos invocar otra autoridad mas grave todavía en favor del libro del Sr. Donoso, pues acaba de publicarse una traduccion italiana del mismo en Foligno, en los Estados Pontificios ¿lo oye el Sr. Gaduel? Esta traduccion, que corre ya por toda Italia, se ha publicado con aprobacion del Obispo de aquella ciudad, y además con la del Santo Oficio. Digan los lectores sinceros si podia haber obtenido esta aprobacion una obra de la cual se aventura el Sr. Gaduel á decir: «Desde luego puede juzgarse hasta qué punto y con qué título una obra tan inexacta, tan plagada de errores, en la que á cada paso hallamos un tropiezo en la idea ó en el lenguaje, debia figurar en una *Biblioteca* destinada á enseñar la Religion, etc.»—No es verdad que la *Biblioteca Nueva* fuera destinada á enseñar la Religion; pero dejando esto á un lado, dígasenos si en conciencia se nos puede culpar de haber incluido en aquel repertorio la traduccion de un libro publicado en España por un hombre como el Sr. Donoso, sin que ningun óbice opusiera la autoridad eclesiástica de aquella nacion, y si tenemos disculpa por no haber visto todos esos *errores groseros* que el Sr. Gaduel ha visto, y que ni los revisores del Santo Oficio, ni el señor Obispo de Foligno han acertado á columbrar.—Sin insistir, pues, mas en este punto, ahí va el artículo de la *Armonía*.

La teología y la política.

A los que un dia y otro nos están repitiendo «Hombres del santuario, tratad enhorabuena de teología, pero no os metais en política;» hemos respondido en el mismo tono: «Hombres políticos, dejad una vez de tocar á la teología, y nosotros dejaremos de tratar de política.» Pero, nada: los políticos han continuado impertérritos en su camino, y obstinados en espigar el campo de la teología, desperdiciando el grano por supuesto, y recogiendo solo la cizaña: nosotros en consecuencia hemos tenido que continuar nuestras alegaciones, demostrándoles que les es imposible tratar tan mal como lo hacen de teología, sin venir á parar en una política falsa.

En su ceguedad, no ven que separar la política de la teología viene á ser tanto como dividir al hombre en dos partes, separando su cuerpo del espíritu que lo anima: como ellos en verdad no buscaban tampoco sino la

materia, no han alcanzado á ver el espíritu; y al cabo la materia que ha quedado entre sus manos, no ha sido mas que un cadáver. La política no es mas ni menos que una parte de la moral; y del propio modo que no hay moral sin Dios, tampoco hay política sin teología. Las políticas ateas son una de las mil barbaridades de nuestra época actual, como resultado que son de una de las mas necias é impías máximas que brotaron de aquel abismo infernal llamado la gloriosa Revolucion de 1789.

Al cabo de medio siglo de debates, los políticos al fin han abierto los ojos, y han visto «con gran extrañeza que en el fondo de la política se »hallaba siempre la teología» Estas palabras, caidas, por decirlo así, de la pluma de Proudhon en sus *Confesiones de un Revolucionario* forman el texto que sirve de asunto y de punto de partida al Sr. Donoso Cortés en su Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo.

El autor comienza por demostrar que la sociedad ha estado siempre bajo el imperio de la teología: las teologías paganas no contenian sino una parte mas ó menos grande de verdades, mezcladas con innumerables errores, y las sociedades paganas no duraron sino lo que duraron en su seno las verdades que daban fuerza y vida á su política; pero se hundieron desde el punto que prevalecieron los errores contrarios á estas verdades. La sociedad católica, única que posee la verdad sin mezcla de error alguno y hasta sin posibilidad de errar, como conservada que es por Díos mismo, no puede perecer: lo cual no quiere en manera alguna decir que por el hecho solo de ser católica, no pueda ya perecer una nacion; sino que la sociedad católica no podrá jamás ser aniquilada, á la manera que lo han sido las de la Asiria, de Persia, de Grecia, de Roma y tantas otras de las que apenas viven el nombre histórico y algunas ruinas. Nunca podrá decirse de la sociedad católica: Ya no existe.

Tal es el asunto del libro primero del Ensayo. Prosiguiendo el exámen de su tésis, entra luego el autor á investigar las razones intrínsecas de esta diferencia, y plantea los *problemas relativos al órden general*, que son el asunto del libro segundo, y los *problemas relativos al órden en la humanidad*, que lo son del libro tercero y último. Imposible seria resumir en pocas palabras las *soluciones* que el autor da á estos problemas, y por eso no lo intentaremos nosotros. Toda esta gran lucha que constituye lo que nosotros llamamos el mundo, no es sino el resultado de la desgraciada facultad de pecar, triste patrimonio de las criaturas racionales: partiendo de aquí el Sr. Donoso, trata del libre albedrío y del abuso que de él hizo el hombre con su pecado, demostrando cómo la teoría católica es la única que mantiene intactos los derechos de Dios y los derechos del hombre, ó lo que es lo mismo, la Providencia divina y la libertad humana; mientras que siempre claudican por uno de estos dos lados todas las soluciones

dadas á aquellos problemas por el maniqueismo prudhoniano, por el liberalismo y por el socialismo.

El pecado del primer hombre explica el desórden que reina en el mundo; y por consiguiente, la permanencia de este desórden no puede explicarse sin la permanencia de la culpa, la cual á su vez no puede tampoco ser explicada sino por la transmision. De aquí resulta el dogma de la reversibilidad; la cual puede tener cabida para el bien como para el mal; de donde nace el pensamiento del sacrificio, el cual conduce á tratar de la Redencion y de la Encarnacion del Hijo de Dios, que es el término de la obra del ilustre escritor.

La simple enunciacion de estas materias nos disculpa de no dar una idea mas extensa del libro; pero no de invitar á nuestros lectores á que recorran aquellas páginas escritas con todo el ardor de un hombre que alzado en alas de su fé se remonta mas alto de cuanto puede concebir la inteligencia, y con aquella profundidad de expresiones, propia de quien medita y entrevee mucho mas allá de cuanto pueden expresar voces humanas.

Al tratar estas cuestiones tan elevadas y profundas, el autor sigue felizmente las huellas de otro gran escritor, el conde José de Maistre, á quien el Sr. Donoso hace recordar por el estilo, por el carácter grande y majestuoso que distinguen á aquella escuela. Cuadros hay pintados de una pincelada, inspirados por el sentimiento, y tan valientemente trazados, que uno solo de ellos vale por mil de esas pálidas miniaturas tan del gusto de ciertos maestros. La pluma del filósofo español parece haber sido inspirada por las *Veladas de San Petersburgo* y el tratado sobre los *sacrificios* del filósofo sardo.

Aquí terminariamos nuestra reseña, si las censuras recientemente dirigidas contra el Ensayo por un sábio teólogo francés, no nos obligasen á añadir algunas palabras. De ningun modo pretendemos empeñar un debate con aquel crítico, estando, como estamos, muy resueltos á no entablar polémicas con nuestros amigos, mientras tengamos enemigos al frente de nosotros. Séanos lícito, sin embargo, presentar algunas observaciones, mas bien para tranquilizar á nuestros lectores por lo que respecta á las doctrinas del Sr. Donoso, que para responder á las críticas del Sr. Gaduel.

En primer lugar, es preciso tener en cuenta que el estilo y la manera de nuestro autor y de su escuela no se prestan á las exigencias de los que quisieran pesar minuciosamente cada palabra, y reducirlo todo á la exactitud teológica de un tratado elemental de esta ciencia. Si hubieran de ser medidas por este compás las obras del conde de Maistre ¿cuánto y cuanto no se hallaria que notar en ellas? Este género de escritos salen de la pluma de sus autores

Come torrente che alta vena preme.

No dicen ni la centésima parte de lo que el autor ve y siente al escribir: no se detienen ante ningun obstáculo, sino que van al descubierto allí adonde su ardor los arrastra, difundiéndose, por decirlo así, donde quiera que ven misterios y paradojas, como quien sabe que la sabiduría, ó lo que es lo mismo, la ciencia de las causas, no está en la superficie, y que solo el ignorante es quien jamás encuentra misterios ni paradojas en el camino de la ciencia. Puede decirse de estos escritores, como de los escritores místicos, que necesitan ser gustados, mas bien que comprendidos.

Por otra parte, y aun prescindiendo de las anteriores observaciones, estamos lejos de creer fundadas las censuras del Sr. Gaduel. Parécenos que en ciertos pasajes no ha entendido el asunto de que se trata; en otros, aislando el miembro de una frase de su contesto general, ha dejado una crudeza de expresiones que realmente las da el carácter de un error manifiesto, cuando precisamente deberia verse todo lo que precede y lo que sigue para dar la idea exacta y verdadera del sentido que el autor ha querido expresar. Si el sabio crítico francés quisiera aplicar á cualquiera de las obras de San Agustin el trabajo anatómico que ha aplicado á las del Sr. Donoso, es seguro que el santo doctor quedaria muy malparado. Sin que sea visto que examinemos todas las censuras del Sr. Gaduel, allá va un ejemplo en comprobacion de cuanto decimos.

Grave cargo formula contra el Sr. Donoso por haber dicho: «Solo »Dios es criador de todo lo que existe, el conservador de todo lo que »subsiste, y el autor de todo lo que sucede, segun se vé por estas pala»bras del Eclesiástico: *Bona et mala, vita et mors, paupertas et honestas á* »*Deo sunt.* Por eso dice San Basilio que en atribuirselo todo á Dios está la »suma de toda la filosofía cristiana.» —El Sr. Gaduel, haciendo justicia y todo á las intenciones católicas del Sr. Donoso, dice que «las líneas citadas EXPRESAN *(sic)* el fatalismo neto, pues que al hacer á Dios *autor de todo lo que sucede*, le hacen, por consecuencia inevitable, autor del pecado.»

Ahora bien, el Sr. Donoso, en todo el periodo á que corresponde el pasage tan vituperado por su crítico, y en los inmediatos trata de mostrar que «las cosas del órden natural, las del órden sobrenatural, y las que, »por salir del órden comun natural ó sobrenatural, se llaman y son mila»grosas, sin dejar de ser diferentes entre sí, como quiera que son gober»nadas y regidas por leyes diferentes, tienen todas algo y aun mucho de »comun, que consiste en su dependencia de la voluntad divina.» —Y esto

lo dice con el fin de manifestar que los milagros, lejos de ser una cosa absurda para Dios, le son cosas comunes é iguales á todos los demas actos de la Providencia: por ejemplo: el que las fuentes corran, el que los árboles fructifiquen, etc., son hechos que atestiguan la omnipotente voluntad de Dios, por las mismas razones y del propio modo que la atestigua la resurreccion de Lázaro, etc.—En todo este capítulo no hay una sola palabra que se refiera al *mal moral*. El autor, ademas, habla en el mismísimo sentido del Eclesiástico y de San Mateo, que ciertamente no son autoridades sospechosas. Por consiguiente, aquellas palabras, que, segun el Sr. Gaduel, EXPRESAN el fatalismo neto, y que hacen á Dios autor del pecado, no son mas ni menos, bien leido y bien entendido lo que quiere decir y lo que dice el SR. DONOSO, no son mas ni menos que una simplicísima verdad cristiana.

Lo que decimos de esta parte de las críticas del Sr. Gaduel, pudiéramos decirlo de todas las demas, que poco mas ó menos pecan por el mismo lado. Y no se crea por esto que pretendemos justificar todas y cada una de las expresiones del SR. DONOSO, de ninguna manera; el mismo ilustre escritor tendria nuestros elogios por exagerados y falsos. Sabemos bien que los escritos de la índole del ENSAYO no se prestan al rigorismo que la ciencia teológica impone con razon al escritor de teología, y considerado así el negocio, nada hay que echar en cara al SR. DONOSO: pero si el texto no consiente, sin perder algo de su fuerza, la escrupulosa exactitud de los términos teológicos, conveniente y aun necesario parece acompañarlo de algunas notas que oportunamente esplicando lo que puede ser ambíguo para el vulgo de los lectores, quiten toda ocasion á interpretaciones erradas. Nadie en verdad mejor que el mismo SR. DONOSO pudiera haber hecho esto, y nosotros sentimos que no haya pensado en ello, ó que no lo haya creido necesario.

Por esto, creemos que la traduccion italiana recientemente publicada en Foligno, es mas apropiada á lo que necesita el comun de los lectores; pues entre otras ventajas tiene la de estar adornada con algunas notitas destinadas no tanto á explicar el texto como á recordar al lector el fin que el autor va prosiguiendo, que es el que determina el sentido recto de sus palabras, dándoles otro distinto del que pudiera atribuirseles si se las tomára aisladamente.

Por lo demas, como al cabo nuestra opinion es poca cosa para contrabalancear la del Sr. Gaduel, podrian siempre y de todos modos los lectores tener un escrúpulo de leer el ENSAYO: por esta razon, y para desvanecer en el ánimo de todo el mundo hasta la sombra del menor escrúpulo, creemos deber añadir que la mencionada traduccion italiana ha sido impresa en Foligno con la autorizacion de dos revisores, uno del Santo

Oficio, y otro del Sr. Obispo de aquella ciudad. Aunque la revision de estos censores no sea garantía infalible de que no hay en el libro error alguno, eslo sin embargo muy sobrada para tranquilizar la conciencia de cuantos quieran leerle.»—

Asi habla la *Armonía* del libro del Sr. Donoso: compárese esto con las palabras del Sr. Gaduel, y júzguese si conteniendo el Ensayo los numerosos y graves errores teológicos y filosóficos que aquel crítico le imputa, pueden tenerse por suficientes para hacer inofensiva é intachable la edicion italiana las notitas con que se ha publicado: porque no hay remedio, si el Sr. Gaduel tiene razon, preciso es convenir en que muy miopes han andado los piadosos é ilustradísimos eclesiásticos redactores de la *Armonía*, muy imprudentes los editores de la traduccion italiana; y muy desavisados ó muy ignorantes los revisores del Santo Oficio y del Obispo de Foligno, que le han dado su aprobacion. Séanos, pues, lícito creer que ni una ni otra de estas calificaciones merecen jueces tan competentes, y atenernos á su juicio mientras no se nos pueda oponer otro de un valor igual por lo menos. Entretanto, nos prometemos que el *Ami de la Religion*, donde se han publicado los artículos del Sr. Gaduel, tendrá la bondad de insertar este de la *Armonía*, para hacer conocer á sus lectores la aprobacion dada en Italia á la traduccion del libro del Sr. Donoso: no demandaríamos á nuestro colega este acto de justicia, si fuéramos nosotros únicamente los interesados en el asunto; pero nos creemos con derecho á rogarselo, cuando menos, en nombre del ilustre escritor que sin duda lo espera asi de la lealtad de nuestro colega.

FIN DE LOS ARTÍCULOS DEL UNIVERS.

CORRESPONDENCIA VÁRIA,

RELACIONADA CON LA ANTERIOR POLÉMICA.

CARTAS DEL SR. DONOSO AL SR. GADUEL.

1.ª

Al Presbítero Sr. P. Gaduel, Vicario general, y antiguo profesor de Teología.

PARIS, 4 de Febrero de 1853.

Muy señor mio: acabo de recibir la carta fecha de ayer que se ha servido V. dirigirme, y que en un todo me ha parecido digna y conveniente. Tiene V. mil razones en decir que no basta una protesta general, tratándose de errores particularmente señalados; por esto me propongo someter á la autoridad competente tanto mi libro, como las críticas que de él se han hecho, y sujetarme en todo al juicio de la Iglesia.

Yo hubiera leido con el mayor gusto los artículos de V., si en vez de dirigirse al público, hubiera tenido por conveniente hacerlo directamente á mí; pero cuando se mezcla al público en un asunto, tengo por costumbre dejar yo ya de intervenir en él; porque cuando el público es espectador, toda discusion degenera en polémica, y yo he creido siempre y continúo creyendo que toda polémica es esencialmente contraria á la caridad. En mi carta últimamente publicada por el *Univers* no he tenido por conveniente anunciar lo que me propongo respecto á mi libro, primero,

porque me reservo escoger el momento oportuno, y despues, porque siempre que me dirijo al público, lo hago para decirle únicamente lo que á la sazon estimo necesario.

Antes de terminar esta carta, debo hacer á V. una observacion respecto á la traduccion francesa de mi libro: esta ha sido hecha sin duda por persona que no ha conocido bastante la importancia de las palabras, pues aunque yo no la he leido, no teniendo, como no tengo, por costumbre releer mis escritos, sé, por ejemplo, que ên un pasage donde el original llama á Dios sustancia *infinita*, el traductor ha puesto *indefinida*. Ya V. comprenderá que con esta manera inexacta de verter mi pensamiento, no es difícil hacerme decir lo contrario precisamente de lo que he querido.

Con esta ocasion, tengo el honor de ofrecerme de V. afectísimo y seguro servidor q. s. m. b.

EL MARQUÉS DE VALDÉGAMAS.

2.ª

Al mismo señor P. Gaduel.

PARIS, 7 de Febrero de 1853.

Muy señor mio: en el *Univers* de hoy acabo de ver que en uno de los números últimos del *Ami de la Religion* se publica la carta que me hizo V. el honor de dirigirme con fecha 3 del corriente. Yo habia creido que esta carta era un documento puramente personal y privado; pero, segun parece, no es asi.

Comprendo perfectamente el asunto, señor Gaduel; comprendo que á V. le importen las polémicas públicas; pero V. á su vez se dignará permitirme que yo piense de otro modo en este asunto. Por otra parte, estoy muy lejos de negar el derecho de V. á entregar al público sus cartas, aun cuando se hayan destinado á un uso puramente privado: lo único que me extraña y no sin razon, como V. comprenderá, es que desde el primer momento no se haya servido decirme que aquella su carta no era mas que un duplicado de su correspondencia con un periódico: en este caso, esté V. seguro de que no hubiera respondido á ella, ni aun la habria leido, como no he leido los artículos de V. últimamente publicados. Para obrar así me habrian guiado dos consideraciones: la primera es, como ya antes de ahora he dicho á V., el profundo convencimiento que tengo de la inutilidad cuando no del peligro que consigo lleva toda polémica: la segunda

es que, si me gustan muy poco los periodistas que se meten á obispos ó sacerdotes, todavía me gustan mucho menos los obispos ó los presbíteros que se meten á periodistas, como por desgracia hay muchos en nuestros tiempos.

Una sola palabra mas, para concluir, Sr. Gaduel. Por privada y confidencial tuve la carta que se sirvió V. escribirme, y en este concepto respondí á ella: si Vd. ha tenido por conveniente cambiar el carácter de esta correspondencia en la parte de que puede disponer, yo por la mia insisto en no autorizar la publicacion ni de esta carta ni de la que he escrito á V. antes de ayer. El motivo de esta insistencia no es, como V. será el primero en conocer, que yo tenga inconveniente alguno por lo que á mí respecta en la publicacion de aquellos escritos; sino únicamente porque no estimo oportuno cambiar la índole de las relaciones que, por iniciativa de V., han podido existir un momento entre nosotros, y las cuales, por otra parte, no tienen ya valor alguno desde el momento de tomar la forma que V. les ha dado.

Con este motivo, etc.

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

CARTA DEL SEÑOR DONOSO AL SUMO PONTÍFICE.

SANTÍSIMO PADRE:

La obra que he publicado con el título de ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO ha sido objeto de una crítica del abate Gaduel, vicario general de Orleans, que pretende haber encontrado en ella graves errores dogmáticos. Aunque sus artículos publicados en el periódico que se imprime en esta capital con el título de el *Ami de la Religion* me parecen poco dignos de aprecio, y aunque la reputacion teológica de su autor no es una reputacion bien asentada, me ha parecido no solo conveniente sino tambien necesario someter este negocio á la decision suprema de vuestra Santidad, única autoridad en la tierra cuyas sentencias son oráculos, y cuyos oráculos son infalibles. Para la debida instruccion de este asunto, tengo la honra de acompañar á esta humilde esposicion el libro incriminado, señalado con el núm. 1., los números del *Ami de la Religion* que contienen la crítica del abate Gaduel, señalados con el núm. 2.; los números del periódico intitulado el *Univers* en que sus redactores intentan responder á la argumentacion de mi censor, los cuales van señalados con el núm. 3. No habiendo hecho el *Univers* sino comenzar su trabajo, tendré la honra de elevar por via de apéndice al conocimiento de vuestra Santidad, los artículos que publique en adelante.

En este grave negocio hay dos cuestiones: la relativa al fondo y la relativa á la forma: la primera consiste en averiguar si he caido ó no en error grave: la segunda consiste en averiguar, si mi impugnador me ha guardado no solo los respetos que un cristiano debe á otro cristiano, sino tambien los que son debidos á la posicion que ocupo en la sociedad, y á la dignidad que tengo del Estado.

Sobre la primera cuestion nada tengo que decir, sino que desde ahora me someto humildemente á la decision de vuestra Santidad, prometiendo como prometo corregir lo que vuestra Santidad estime que debe

ser corregido, retractar lo que vuestra Santidad estime que debe ser retractado, y esplicar lo que vuestra Santidad estime que necesite de esplicaciones.

Sobre la segunda cuestion creo de mi deber someter á la sabiduría de vuestra Santidad algunas consideraciones que me parecen importantes.

Considerada en general, la opinion de los que creen que la primera advertencia dada al que yerra debe darse en secreto, me parece la mas segura, y la mas conforme á la caridad cristiana. La conveniencia del secreto sube de punto, hasta trasformarse en deber, cuando por un lado el que advierte es un sacerdote, que tiene mayor obligacion que los demas de ser caritativo, y cuando por otro la persóna á quien se dirige la advertencia, está constituida en alta dignidad, de tal manera que, con el menoscabo de su reputacion, pueda trascender y trascienda á intereses públicos de la mayor importancia. En este caso precisamente nos hallamos mi impugnador y yo: mi impugnador, porque es un sacerdote, y yo porque represento en el extrangero el catolicismo y la honra de una nacion, que es católica y honrada antes que todo.

El abate Gaduel no ha creido sin embargo que estaba en el caso de guardar conmigo consideracion de ninguna especie, y en vez de dirigirse á mí secretamente, se ha dirigido al público, amigo siempre de escándalos, y siempre inclinado á empañar las reputaciones mas limpias. Este proceder es tanto menos disculpable, cuanto que mi censor debia saber que atacaba á un hombre que no podia defenderse. En la posicion que ocupo, una polémica de suyo larga, y sobre materias teológicas, hubiera sido un verdadero escándalo, ó cuando menos, una cosa inaudita. ¿Quién ha visto jamás á un embajador rompiendo lanzas en presencia del público con un sacerdote sobre materias de dogma? El público se hubiera burlado de mí, y yo no hubiera podido responder sino con mi confusion á sus sarcasmos. La posicion en que un sacerdote me ha colocado, es, pues, la siguiente: la de que se burlen de mí las gentes si respondo, ó la de perder mi reputacion si le dejo sin respuesta. Ni se diga que el deseo de atajar los estragos de mi obra ha podido inducir al abate Gaduel á dirigirse al público en derechura: una obra que ha corrido libremente por el mundo católico, sin que una voz católica se haya levantado contra ella, que ha sido traducida al italiano é impresa en Foligno con la aprobacion de un Asistente de la Inquisicion y del Reverendo Obispo de aquella diócesis, no podia producir esos grandes é irremediables estragos que bastarian apenas para justificar su conducta: por otra parte ¿quién no vé que la via reservada no escluye nunca la pública? antes bien sirve para justificarla, cuando el que yerra se muestra pertinaz en el error, y cuando el que peca se muestra impenitente en su pecado.

Pero lo que hay de mas trascendental, y sobre lo que tengo la honra de llamar mas especialmente la soberana atencion de Vuestra Santidad, es la conducta observada por el Reverendo Obispo de Orleans en este asunto. De público se sabe en Paris que este turbulento y belicoso Prelado es el verdadero instigador de estos desmanes. Y aunque esto no se supiera de público, claro está que un Vicario general no puede publicar sobre materia tan grave, sino lo que le inspira ó lo que le consiente su Prelado. Alto dignatario de la Iglesia, el Reverendo Obispo estaba en la obligacion de guardar y de hacer guardar á sus súbditos los respetos debidos á los altos dignatarios del Estado; así como los altos dignatarios del Estado están en la estrecha é imprescindible obligacion de guardar por su parte, y de hacer guardar á los que de ellos dependen por la suya, los respetos debidos á los altos dignatarios de la Iglesia. La responsabilidad en estos casos no se detiene nunca en la persona que ofende, y sube siempre hasta el inmediato superior gerárquico que ha inspirado ó que ha consentido la injuria.

La injuria que se me ha hecho, no lo es solamente porque se ha prescindido con respecto á mí de los deberes que impone la caridad cristiana: lo es ademas y sobre todo, porque en esta ocasion se han vulnerado en mi persona los fueros diplomáticos. Ante la Iglesia, considerada como censora Suprema de doctrinas, no se da fuero: el Prelado como el Embajador, y el Embajador como el Rey, están sujetos sin escepcion á su inapelable censura: el derecho omnímodo de censura que reside por Divina institucion en la Iglesia, produce en los particulares el derecho omnímodo de denunciar á la Iglesia las doctrinas censurables: contra este derecho de los particulares no se da tampoco fuero ninguno: el Obispo como el Embajador, y el Embajador como el Rey, están sometidos á él como lo estan, y porque lo están á la censura. Pero allí donde no hay ni denuncia de particular, ni censura de la Iglesia, el fuero se levanta para proteger la reputacion del Embajador, que no es una propiedad personal, sino una propiedad del Estado que representa, contra las agresiones y los ultrages. Cuando aquellas agresiones carecen de importancia, cuando estos ultrages son leves, pueden constituir cuando mas una falta sencilla de respeto, que arguye contra la educacion del ofensor, mas bien que contra la dignidad del ofendido: de los ultrages y de las agresiones de esta especie están llenos los artículos escritos por el abate Gaduel, que el Reverendo Obispo de Orleans ha consentido ó inspirado: pero no son estos de los que me quejo yo, ni son ellos los que han puesto la pluma en mi mano para elevar hasta el trono augusto de Vuestra Santidad la espresion de mi afliccion profundísima. Lo que me aflige, es que se me haya presentado á los ojos de la Europa como envenenador de las almas y como propagador

de enormes errores mil veces condenados por la Iglesia : que para demostrar esta tésis se hayan sacado de su lugar frases que solo en su lugar tienen su esplicacion conveniente, por lo que las precede y lo que las sigue, y por el espíritu general de la obra : que para censurarme se haya prescindido del original español, y se haya contentado el censor, como si se tratara de cosa leve, con una traduccion inexacta: que haya buscado el error hasta en las erratas de imprenta: y por último, que el *Ami de la Religion*, desmintiendo su título, y con escándalo de todos los hombres piadosos, se haya negado, aunque fué requerido para ello por el *Univers*, á insertar un artículo del periodico Italiano *L' Armonía*, del que resulta que mi obra se ha publicado en Foligno con la aprobacion de un Asistente de la Inquisicion y del Ordinario. Estas son las agresiones y estos los ultrages de que me quejo, como infiriendo agravio no solo á mi persona, sino tambien y mas principalmente, á mi dignidad de representante de la Reina Católica.

A no haber consultado sino mi propio interes, hubiera acudido al Gobierno Imperial en demanda de proteccion contra ultrajes de tan grave naturaleza : pero sobre mi interés está el de la Iglesia que venero y que amo sobre todo, y el interés de la Iglesia consiste en que todo lo que la concierne directa ó indirectamente, por la calidad de las personas ó por la naturaleza de las cosas, encuentre una solucion en la Iglesia misma.

Por esta razon, dejando á un lado vias que si son seguras pueden ser peligrosas, acudo hoy reverente y humildemente á Vuestra Santidad, que es el Padre comun de todos los fieles, y en particular mi Padre muy amado, en queja en primer lugar contra el abate Gaduel, y principalmente y sobre todo contra el Reverendo Obispo de Orleans, por lo que el primero ha hecho con respecto á mí, y por lo que con respecto á mí el segundo ha autorizado ó consentido: y en segundo lugar, contra el *Ami de la Religion* por los artículos que contra mí ha publicado, y principalmente por haberse negado á publicar, aunque para ello fué requerido, el artículo ya citado de la *Armonía*, como una reparacion de mi honor injustamente vulnerado. A Vuestra Santidad toca esclusivamente decidir cuál sea la reparacion que se me debe, y si, como parece natural, ha de ser tan pública como el agravio.

Dejando ya á un lado lo que á mí toca, voy á tomarme la libertad, si Vuestra Santidad me lo permite, de llamar su soberana atencion sobre algunos puntos que interesan grandemente á la Iglesia en general, y en particular á la Iglesia de Francia.

El gran peligro de la Iglesia de Francia está, por una parte, en el espíritu de galicanismo, y por otra, en el espíritu democrático. Los redactores del periódico intitulado el *Univers* han consagrado su vida á combatir esas

dos grandes corrientes, y esas dos grandes tendencias: si el galicanismo y el democraticismo no lo han invadido todo, se debe esto principalmente á la incesante predicacion, por parte de ese periódico, de aquellos grandes principios del órden social, que sirven de fundamento á un tiempo mismo á la autoridad política y á la autoridad religiosa. Su silencio sería una calamidad; y por eso mismo hay aquí organizada una conspiracion permanente para imponerle silencio. No seré yo el que afirme que ese periódico no ha caido nunca en falta: los defectos y las faltas son inherentes á todos los hombres, y señaladamente á los que escriben en los periódicos: tampoco afirmaré que no ha faltado nunca á la caridad; á ella faltan alguna vez todos los hombres, y señaladamente los que tienen por oficio combatir en un perpétuo combate; pero si no puedo afirmar ninguna de estas cosas, afirmo sin temor de ser desmentido por los hechos, que en definitiva y todo bien considerado, el bien prevalece en este periódico de tal manera sobre el mal, que entre el mal que puede hacer alguna vez, y el bien que produce siempre, no hay comparacion posible. Su conservacion interesa juntamente á la Iglesia y á la Francia.

Con este motivo, me parece oportuno llamar reverentemente la atencion de Vuestra Santidad hácia un punto de una importancia mayor, y de una trascendencia suma. En el último decreto condenatorio lanzado contra este periódico por el muy Reverendo Arzobispo de París encuentro una disposicion que si se llevara á cabo, produciria una verdadera revolucion en la Iglesia Católica. Fundándose aquel Prelado en que los periódicos de París se imprimen y se publican en su diócesis, los pone de tal manera debajo de su jurisdiccion exclusiva, que impide absolutamente su acceso á los demás Prelados de Francia. Ahora bien: como Dios ha querido que la Francia tenga el imperio de las doctrinas en la Europa, que París tenga el imperio de las doctrinas en Francia, y que en París tengan el imperio de las doctrinas los periódicos, resultaría de la pretension exorbitante del muy Reverendo Arzobispo, que con la direccion de los periódicos de su diócesis, puesta exclusivamente en sus manos, ejercería de hecho, con menoscabo de la supremacía doctrinal de la Santa Sede, el principado doctrinal de París, de la Francia y de la Europa. Yo quiero suponer, y supongo de buen grado, y aun afirmo, que el Reverendísimo Arzobispo no se ha puesto á considerar la gravedad de lo que pretende. Él mismo retroccedería lleno de horror, si se le hiciera ver que lo que reclama para sí es el Pontificado, como quiera que el Pontificado reside esencialmente en la dictadura de la enseñanza, y la dictadura de la enseñanza en el principado de las doctrinas.

El último punto grave sobre el que tendré la honra de llamar la soberana atencion de Vuestra Santidad, es el relativo, por una parte, á las inva-

siones de los periódicos religiosos en los dominios de la Iglesia, y por otra, á las invasiones de los Prelados en los dominios de los periódicos. En estos tiempos de confusion de todas las cosas humanas, y de supresion de todas las fronteras morales, no es cosa rara, aunque es sobremanera dolorosa, ver de vez en cuando á un periodista convertido en Obispo, y á un Prelado convertido en periodista. De estas extralimitaciones, las de los periódicos son las menos peligrosas y las mas inevitables: son las mas inevitables, porque un periódico es un nuevo agente introducido en la civilizacion, sin que la civilizacion actual haya tenido tiempo todavía de señalarle su esfera y de perfeccionar sus contornos: un periódico lo es todo, precisamente porque no es nada: no puede tratar de política sin que parezca que gobierna al Estado, ni de moral sin que parezca que ejerce el ministerio de la predicacion, ni de religion sin que parezca que dirige á la Iglesia; y sin embargo parece todo lo que no es, y no es nada de lo que parece. Si sus extralimitaciones son las mas inevitables, son por fortuna las menos peligrosas: en política no lo son, sino cuando en el Estado no hay un verdadero gobierno que ponga en su lugar al periódico que se extralimita, por la mano de sus tribunales: en las materias religiosas no lo son, sino allí donde no hay Prelados, que arrojen fuera del templo al periódico que ha invadido el Santuario. Las mas dolorosas de estas extralimitaciones son sin duda ninguna las de los Prelados en los dominios de los periódicos. Cuando los Prelados invaden esos dominios y se convierten en periodistas, todo es confusion en el Estado y en la Iglesia. Los Prelados toman entonces de los periódicos las pasiones que les son extrañas, y dejan en ellos en cambio la dignidad que les es propia. Sus pastorales están escritas en estilo de libelos, y algunas veces de libelos infamatorios: en vez de ordenar disputan, en vez de enseñar controvierten, y aspiran la pasion en vez de imponer silencio á las pasiones. De todos los síntomas alarmantes de la Iglesia de Francia, este es el mas alarmante y el mas doloroso. El mal me parece exigir un pronto remedio; y para que Vuestra Santidad en su sabiduría pueda poner el que conviene, me ha parecido oportuno descubrir aquí su gravedad, como testigo que soy de sus extragos.

Si me he excedido en estas ligeras indicaciones, ruego humildemente á Vuestra Santidad que se digne perdonarme en gracia del celo en que ardo por la prosperidad y por la gloria de la Iglesia, que Vuestra Santidad gobierna santa y dichosamente. Puesto con reverencia á los sagrados piés de Vuestra Santidad, implora y aguarda su apostólica bendicion su humildísimo hijo

EL MARQUÉS DE VALDEGAMAS.

París 24 de Febrero de 1853.

RESPUESTA DE SU SANTIDAD.

Dilecto Filio Nobili Viro Marchioni de Valdegamas.

Lutetiam Parisiorum.

Pius PP. IX.

Dilecte Fili Nobilis Vir Salutem et Apostolicam Benedictionem. Benigno prorsus animo Litteras Tuas accepimus quas ad Nos IV. Kalendas Martii scribere, Dilecte Fili Nobilis Vir, voluisti. In quibus legendis eximium tui pro sanctissima religione studium, ac filialis erga Nos et Supremam Dignitatem Nostram devotionis et obsequii vim ac magnitudinem omni ex parte recognovimus. Quae quidem tui et animi et nominis insignia decora nunc tibi majorem in modum gratulari voluímus, Dilecte Fili Nobilis Vir, etsi ad pleniorem perfectioremque gravissimi negotii, de quo tuae eaedem Litterae agunt, cognitionem, adhuc lectione careamus ejus tui operis quod huc ad Nos vix hesterna díe perlatum est. Bonorum omnium largitorem Dominum suppliciter obsecramus ut te coelestis gratiae suae praesidio muniat ac tueatur, cujus auspicem, simulque praecipuae qua ipsum te prosequimur caritatis Nostrae pignus esse volumus Apostolicam Benedictionem, quam Nobilitati tuae intimo paterni cordis affectu peramanter impertimur.

Datum Romae apud S. Petrum die 23 Martii Anni 1853. Pontificatus Nostri Anno VII.

Pius PP. IX.

ARTÍCULO CRÍTICO

PUBLICADO POR LA REVISTA ROMANA, TITULADA

LA CIVILTÁ CATTÓLICA,

EN SU NÚMERO CORRESPONDIENTE AL 16 DE ABRIL DE 1853.

El nombre del MARQUÉS DE VALDEGAMAS es muy conocido por los católicos, y debe ser estimado por nuestros lectores, que ya antes de ahora han tenido ocasion de admirar su elevado ingenio y sus nobles doctrinas. Hoy tenemos suma complacencia en volver á hablar de este escritor con motivo de la preciosa obra suya que anunciamos, (EL ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO) escrita primitivamente en español, traducida luego al frances, y recientemente publicada en italiano. La reseña que de aquella obra nos proponemos hacer, viene tanto mas apropósito, cuanto que recientemente acaba en Francia de dar ocasion á graves críticas, publicadas en un ilustrado periódico católico por el presbítero P. Gaduel, Vicario general del señor Obispo de Orleans.

Para decir en pocas palabrss lo que es aquel libro, y de qué manera corresponden á su título las materias en él tratadas, bastará citar la frase del Sr. Proudhon, que le sirve como de introito : *Es cosa que admira el ver de qué manera en todas nuestras cuestiones políticas tropezamos siempre con la teología.*—Dios es la única explicacion cumplida de lo natural y de lo sobrenatural : la teología solo da perfecto complemento á todas las

ciencias: la religion católica solo puede dar solucion adecuada á los problemas que incesantemente surgen de la política; la Iglesia sola puede salvar á la sociedad agonizante de las garras de la anarquía: en vano los liberales y socialistas se devanarán los sesos inventando instituciones y teorías para ocurrir á todas las necesidades de la humanidad: si el liberalismo y el socialismo triunfan, la sociedad está muerta, y extinguida toda esperanza de una regeneracion dichosa. Tales son los asuntos de aquel libro, los cuales todos constituyen un tema tan vasto cuanto admirablemente apropiado á las necesidades de los presentes tiempos. El valeroso escritor, sin arredrarse ante las dificultades de su propósito, lo contempla desde lo alto, mide su anchura, lo recorre con pié firme y seguro, derramando en torno de sí torrentes de luz que hacen accesibles, aun á los mas vulgares entendimientos, las cuestiones mas recónditas y abtrusas.

La obra está dividida en tres libros: en el primero, despues de haber demostrado «cómo en toda gran cuestion política va siempre envuelta una gran cuestion teológica» describe con grandes pinceladas y fuerte colorido la restauracion consumada en el mundo, en el Estado y en la familia por obra de la teología católica; y con este motivo, investigando el principio intrínseco de la fecundidad que tantos bienes ha producido en la sociedad católica, lo encuentra consignado en la ley de gracia y de amor: gracia suavísima y omnipotentente, que misteriosamente atrae los humanos corazones, ligándolos con Dios y entre sí mismos; gracia sobrenatural y secretísima, única que puede explicar de lleno el triunfo de la virtud sobre el vicio, de la verdad sobre el error, de la doctrina de Jesucristo sobre el mundo corrompido y perverso.

En el segundo libro entra el escritor de frente á tratar la vastísima y árdua cuestion del cómo y el porqué hallamos el mal en todos los órdenes del universo; y para dilucidarla expone, en primer lugar, la teoría de la verdadera libertad, considerada como perfeccion, ó sea como medio de alcanzarla; recorre despues las fases que esta libertad tuvo en el cielo y en la tierra; narra el abuso que de ella hicieron los ángeles y el hombre, y las inmediatas consecuencias que le acompañaron; combate el moderno maniqueismo del socialista Proudhon, y demuestra cómo, segun la doctrina cotólica, se concilian con armonía perfecta la Providencia de Dios y la libertad del hombre. Partiendo de aquí para recorrer el campo de la naturaleza y de la historia, describe las secretas analogías que existen entre las perturbaciones físicas y las morales, derivadas todas de la culpa; y emprendiendo con este motivo una estensa y razonada narracion del acto maravilloso que comenzó en el cielo y acabó en el Paraiso terrenal, enseña cómo Dios sacó del mal el bien, el órden del desórden, de la prevaricacion la gloria; y con razon entonces exclama: «Cuanto mas se

»ahonda en estos dogmas pavorosos, tanto mas resplandece la soberana »conveniencia, y la perfectísima conexion, y la maravillosa concordancia »de los misterios cristianos. La ciencia de los misterios, si bien se mira, »no viene á ser otra cosa sino la ciencia de todas las soluciones.»

En pos de la solucion católica, examina las soluciones propuestas por las escuelas liberal y socialista. Los liberales hacen consistir el mal de la sociedad en el gobierno monárquico bajo el influjo de la idea católica, ó en la anarquía, fruto del socialismo: en esto solo y en las tentativas de los que alguno de aquellos fines se proponen, ven únicamente el desórden los liberales; de donde resulta, para ellos, que la sociedad será feliz y bienaventurada, desapareciendo de la tierra el mal, cuando el gobierno de los pueblos pase á manos de los filósofos y de la clase media. Los socialistas, en cámbio, sostienen que el hombre es por su naturaleza sano y perfecto, y que el mal le viene de Dios, de las leyes y del gobierno; y por consiguiente, que la edad de oro anunciada por los poetas y esperada por las naciones comenzará en el mundo cuando se destruyan la creencia en Dios, el imperio de la razon sobre los sentidos, y el dominio de los gobernantes sobre el pueblo, es decir, cuando las embrutecidas muchedumbres sean para sí mismas su propio Dios, su propia regla y su propio rey. Estas monstruosas aberraciones se hallan expuestas y combatidas en el resto del Ensayo con una lógica severa y contundente, y con tanta luz de raciocinio, tal grandeza y novedad de conceptos, que su lectura convence, persuade, conmueve y deleita, á un tiempo mismo. Si tristes deben ser para toda alma recta las infernales blasfemias que los socialistas, y especialmente el ciudadano Proudhon su primado, lanzan contra Dios, llamándole con inaudito cinismo *tontería y miedo*, *hipocresía y mentira*, *tiranía y miseria*, aspirando como á reducirlo á cenizas con sus rayos; suaves como rocío en el desierto, y risueñas como el sol despues de la tempestad son las hermosas palabras que la fuerza de la verdad arranca de aquel alma rebelde, y que con grande oportunidad pone el Sr. Donoso despues de las mencionadas blasfemias, como para serenar el ánimo de sus lectores. — «¡Ah, cuánto mas prudente se ha »mostrado el Catolicismo, y cuánta ventaja os ha sacado á todos, san-»simonianos, republicanos, universitarios, economistas, en el conoci-»miento de la sociedad y del hombre! El sacerdote sabe que nuestra vida »no es sino una peregrinacion, y que toda perfeccion cumplida nos es »negada en este mundo; y porque sabe esto, se contenta con preludiar »en la tierra una educacion que solo puede acabarse en el cielo. Por su »parte, el hombre que ha ido creciendo bajo los auspicios de la Religion, »satisfecho con saber hacer y obtener lo que basta para la vida del tiem-»po, no será nunca un obstáculo para las potestades de la tierra: antes

»preferiría él el martirio. ¡Oh Religion amada! ¿Por cuál extravío inconcebible de razon sucede que los que mas te necesitan, esos son cabalmente los que mas te desconocen?» — ¡Oh verdad, diremos nosotros, oh grande y excelsa reina de las inteligencias! ¿Cómo es posible que un hombre pueda verte tan radiante y bella, que te admire de este modo, y que despues te venda!

Demostrada la conveniencia de la doctrina católica en lo relativo á esplicar el orígen del mal, se propone el Sr. Donoso en el libro tercero de su obra otro problema, á saber: porqué se perpetúa en el mundo el mal originado de una culpa primitiva, y cómo es que del primer padre se trasmite á sus últimos descendientes. Con este motivo el autor examina, siguiendo las enseñanzas de la revelacion, el grande y misterioso dogma de la solidaridad, y de la trasmision de la culpa y de la pena, demostrando su racionalidad, sus necesarias relaciones con hechos mas conspícuos, y su consonancia con las leyes universales de la naturaleza: hablando, en consecuencia, del dolor, é investigando su naturaleza íntima, hace ver cómo Dios, desnaturalizándolo en cierto modo, lo trasforma de mal en bien, y de castigo que era, lo convierte en remedio de virtud incomparable. De esta manera se esplica y armoniza, para un cristiano, la perpetuidad de la culpa y de la pena.

La escuela liberal, en cambio, niega la solidaridad humana en el órden religioso, como la niega en el político: en el órden religioso, negando la doctrina de la trasmision de la culpa y de la pena; en el órden político, proclamando la no intervencion, destruyendo la nobleza, y defendiendo el derecho igual de todos á las altas dignidades del Estado. Pero mientras esta escuela niega la solidaridad por un lado, se vé por otro obligada á confesarla en el hecho de reconocer la identidad de las naciones, el derecho hereditario en la monarquía, y la trasmision de las riquezas con la sangre; como si el poder de los ricos fuera mas sagrado y legítimo que el de los nobles.

Las mismas contradicciones echa el autor en cara justamente á la escuela socialista: esta arguye contra los liberales, que una vez negada la solidaridad en la familia, en la política y en la religion, no debe ser afirmada en la nacion ó en la monarquía. Pero hé aquí que á su vez esta misma escuela socialista, despues de haber negado todas estas solidaridades, viene á proclamar la solidaridad humana. El célebre dogma de la *libertad*, la *igualdad* y la *fraternidad*, ó no significa nada, ó significa que todos los hombres son solidarios entre sí. Ahora bien, ¿cómo puede ser que los vínculos del nacimiento, del Estado, de la religion no liguen á los hombres entre sí, y que en cambio la humanidad entera sea una sociedad de *hermanos igualmente partícipes* de una *libertad* comun?

El socialismo además es contradictorio, porque contradictorias son entre sí las doctrinas proclamadas por sus várias escuelas; y el Sr. Donoso lo demuestra delineando los varios círculos que en breve tiempo ha recorrido el Socialismo. Por donde quiera que se la mire, esta teoría es la mayor de las contradicciones, pues que por todas partes va á parar á un absoluto nihilismo. Negacion absoluta del hombre, de la familia, de la sociedad, de la humanidad, de Dios: tales son las fases en que se mueve la hipótesis socialista, y en las que el ilustre escritor la persigue con irresistible lógica en todo el discurso del capítulo quinto del libro tercero.

En el resto de la obra viene oponiendo á la solidaridad de la culpa y de la caida la solidaridad de la reparacion y del mérito. Investigando con este motivo las tradiciones de los pueblos, é ilustrándolas con la luz de las enseñanzas católicas, demuestra la virtud expiatoria del sacrificio, inexplicable de todo punto por los principios socialistas y liberales. La Redencion, centro de todos los misterios y fuente de todas las soluciones, se presenta aquí con toda su majestad á los ojos del piadoso escritor, el cual pone de manifiesto su conveniencia respecto á Dios, al hombre y al órden universal; demuestra cómo en el sacrificio del Hombre-Dios se lava la culpa, queda vencido el mundo, y todas las cosas restauradas, cumpliendo de esta manera la demostracion de su tema, á saber: que los problemas fundamentales del hombre y de la sociedad no pueden ser verdaderamente explicados sino por la revelacion y por la Iglesia.

Basta este sucinto análisis para creernos dispensados de insistir en las alabanzas del Sr. marqués de Valdegamas y de su libro, en el cual no se sabe qué admirar mas, si la gran elocuencia del estilo, lo ordenado de sus varias materias, la lucidez y sublimidad de los pensamientos; ó el vigor de la argumentacion, la vivacidad de la polémica, la profundidad de la doctrina, la pureza de la fé, la nobleza, en fin, de afectos siempre elevados, generosos, exquisitamente católicos, prenda especial de aquella nacion española, de la cual es el Sr. Donoso tan espléndido ornamento.

A pesar de todas estas excelencias, la obra del ilustre publicista ha sido blanco de graves censuras, que le han impulsado á hacer la franca profesion de fé publicada últimamente por el *Univers* en forma de carta. No puede fácilmente reducirse á los estrechos límites de una revista el exámen detenido y minucioso de aquellas censuras, ni tampoco nosotros pretendemos erigirnos en jueces de este litigio, donde si bien aparece quizás de una parte cierta falta de exactitud y propiedad en el lenguaje técnico, no ha escaseado en cambio, de otra parte, la acerbidad de las formas y las exageraciones á que conduce la extremada concitacion de los ánimos. Para dar aquí una idea bastante clara de los errores imputados al filósofo español, y decir lo conveniente á los lectores de su libro á fin de

que puedan recorrerlo *inoffenso pede*, nos ceñiremos á los seis puntos capitales señalados por el crítico Sr. Gaduel, é indicaremos los motivos que el Sr. Donoso ha tenido para estampar proposiciones al parecer inexactas y extremadas en su significacion mas obvia.

1.° Las primeras censuras se refieren al concepto de Dios, cuya suprema libertad aparece como disminuida por el Sr. Donoso, á fuerza de exaltar la divína sabiduría y el divino poder. 2.° Viene en seguida el misterio de la Santísima Trinidad, para cuya exposicion usa el autor de un lenguaje figurado y de tal cual comparacion sacada de los Santos Padres, pero no dotada de aquella rigorosa exactitud que se exige en una disputa escolástica. 3.° La nocion de la libertad, por la cual el autor entiende frecuentemente la libertad perfecta, tal como existe en Dios y en los santos, que es la que salva al hombre de la servidumbre del pecado. 4.° La doctrina del pecado original, con la que el autor, queriendo mostrar los secretísimos fines del Criador en la permision de la culpa, da lugar á creer que sin ella no habria el mundo manifestado con esplendor suficiente las infinitas perfecciones de Dios. 5.° Los efectos de esta misma culpa, ó sea del pecado, sobre la voluntad y sobre el entendimiento, efectos al parecer extremados por el autor con decir hiperbólicamente que toda accion humana va acompañada del remordimiento, y toda nocion va oscurecida por la incertidumbre. 6.° Los motivos de credibilidad en nuestra fé, cuya eficacia parece atenuada por el autor, en el hecho de presentarlos hasta como obstáculos para la propagacion del Evangelio; todo con el fin de magnificar el poder de aquella gracia interior que sabe vencer todas las dificultades de la razon enferma y de los sentidos.

Dos consideraciones solas creemos que basten para que debidamente se comprenda cómo un católico tan sincero y tan ilustrado pueda haber escrito proposiciones al parecer tan aventuradas, y cómo por el hecho solo de emplear un lenguaje fuera del órden comun, puede haber hecho creer á alguien que no solo con la palabra sino tambien con el entendimiento se aleja de las doctrinas comunmente recibidas.

En primer lugar, el Marqués de Valdegamas, dotado de elevada inteligencia, de vasta comprension, de mente firme y tenaz, como suelen serlo los naturales españoles, es inclinado á afirmar resueltamente lo que le parece verdadero, y enemigo de aquella perplegidad é incertidumbre, que si unas veces es efecto de prudencia, no pocas es indicio de una mente débil é irresoluta. Al ver la sociedad que le rodea, trabajada por la duda, fluctuando vacilante entre la verdad y el error, ha sentido, por una reaccion consiguiente, la necesidad de estimularse á sí propio, vigorizando su innata propension á la certeza, á la afirmacion, al dogmatismo. De aquí procede que en sus escritos combatiendo á los escépticos, y á los que

llaman libertad á la licencia, no se ha detenido á discernir, en las falsas doctrinas, aquellas vislumbres de verdad que siempre rodean al error; y en vez de atenerse á las distinciones, necesarias en una discusion propiamente dicha, ha preferido acometer de frente á su adversario, y estrecharle hasta derribarlo, al fin, con el absolutismo de sus afirmaciones, atrevidas sin duda, pero netas y contundentes. Los enemigos que él combatía, ó negaban á Dios; ó, si se dignaban admitir su existencia, era para relegarlo, por decirlo así, de la creacion, pues que todo lo explicaban por la sola intervencion de la naturaleza y del hombre: DONOSO, en consecuencia, afirmó, que solamente en Dios y en la Sabiduría reguladora de los séres y de los sucesos, estaba la explicacion del hombre y de la naturaleza. El incrédulo siglo á quien se dirigía, desecha la creencia en los impenetrables misterios de nuestra fé: y en consecuencia, DONOSO quiere, por medio de parangones y figuras, hacer aceptable á los entendimientos rebeldes el arcano mas augusto de la revelacion, al Dios uno y trino. A los que niegan el pecado original, y el enflaquecimiento de nuestra naturaleza, que fué la pena del mismo, DONOSO se esforzó en probarles lo conveniente del primero, presentándolo como casi necesario para que se manifestasen los divinos atributos; mientras que exageró, al parecer, la segunda, cuando viene á declarar á la naturaleza humana esclava, en todos sus actos, de la culpa y del error. A los que exaltan la libertad y la independencia del hombre, les dijo:—«no sois libres, sino siervos; la verdadera libertad no reside mas que en los santos»—es decir, en los que auxiliados por la gracia, se sustraen á la posibilidad de pecar. Por último, para los espíritus fuertes, que cuentan entre las fábulas los milagros y las profecías, pareciéndoles piedra de escándalo aquello mismo que debiera hacerlos creyentes, para estos dijo DONOSO, generalizando su frase: «que nuestro Señor Jesucristo no ha triunfado del mundo por la santidad de su doctrina ni por las profecías ni milagros, sino á pesar de todas estas cosas.»—Y he aquí como la vivacidad de la lucha pudo empeñarlo en trances arriesgados, de manera que por asegurarse bien de tocar la meta, ha parecido á veces como que la traspasaba.

Pero tambien puede preguntarse: ¿cuántos escritores hay de polémica popular en tiempos de reaccion, que se hayan eximido de cometer estas faltas? Y esto es muy natural: al ver la intemperancia, digámoslo así, de sus adversarios, no es estraño que hayan creido imposible vencerlos sin exagerar un tanto la verdad: pues que ello al cabo las almas, obtusas y aletargadas por las densas tinieblas de error que las circundan, tienen precision de que se las despierte y sacuda con afirmaciones atrevidas, resueltas, dogmáticas. El conde José de Maistre, que, bajo muchos respectos, puede compararse al MARQUÉS DE VALDEGAMAS, fué tambien tachado,

no sin fundamento, de algun extravío en aquel punto : y sin embargo, el hecho es que sus escritos, si bien sembrados en tal ó cual parte de alguna proposicion aventurada y un tanto paradójica, consiguieron plenamente su fin; pues que derribaron al genio volteriano y liberalesco, siendo, en resúmen, una fecunda semilla, de la cual brotaron entre los seglares, tantos y tan valerosos campeones de las doctrinas católicas. Sin duda los escritores están obligados á guardar un prudente medio entre los extremos : ¿pero á cuantos es dado hacerlo así, donde la discusion requiere vivacidad de formas, energía de figuras, generalidad de conceptos, y una marcha, en fin, franca, segura y espedita? A estas razones, que en primer lugar explican las exageraciones de estilo del Sr. Donoso, puede agregarse otra no menos exacta, que explica la impropiedad de algunas de las fórmulas que emplea. Todo el mundo sabe que los antiguos Padres, bien que perfectamente concordes en puntos á fé siempre que discurrian acerca de las verdades divinas y humanas, no siempre usaron de un mismo lenguage para espresar las mismas verdades, y que unas mismas palabras tenian en un escritor un sentido, y otro en otro : razon de esta variedad podia ser, ora la diferencia de los tiempos y de los pueblos en que vivieron, ora la diversidad de escuelas filosóficas que ellos ó sus adversarios frecuentaban, ora, en fin, que á medida que el dogma se iba explicando, era necerario emplear nuevas locuciones que cada cual inventaba para acomodarlas á las necesidades y á las circunstancias. Poco á poco los Concilios con sus definiciones fueron uniformando el lenguage científico de la Iglesia, y en seguida los doctores y maestros lo redujeron á una exactitud casi geométrica. Desde este punto ya fué cosa tácitamente convenida entre los católicos el que ninguno usase las voces científicas en un sentido distinto del aceptado universalmente por las escuelas, y que si alguno contraviniere á esta regla, no lo hiciese nunca sin razon muy poderosa, ni sin advertirlo debidamente á los lectores : determinacion por cierto altamente juiciosa y oportuna para impedir, ó cuando menos, disminuir en gran manera las cuestiones de palabras donde hay pleno acuerdo en las ideas. Por esta misma razon piensan los sabios que para leer con provecho á los Santos Padres, conviene estudiar previamente á los doctores que han enseñado en las escuelas. «La Suma de Santo Tomas, escribe el doctisimo Gerdil, es una obra maestra de método, de órden y de raciocinio, y el abate Duguet opina que se la debe leer antes de comenzar la lectura de los Santos Padres : en ella se tratan las materias mas árduas con toda la claridad de que son capaces, y con las espresiones mas adecuadas para determinar bien fijamente la doctrina, é impedir que los entendimientos traspasen el justo límite. Si algunos de los doctores que florecieron siglos despues, se hubieran atenido al lenguaje consagrado por el uso comun

de las escuelas, no habrian ciertamente sobrevenido muchas disputas intempestivas que causaron no poco daño á la religion »—(GERDIL, OPERE: *Roma* 1806. Tomo I, pag. 252.) Pues bien, en nuestro concepto, la falta de estos estudios escolásticos, á los cuales en verdad muy dificilmente puede sujetarse un seglar, diplomático y publicista, ha sido la causa de aquellas locuciones impropias que se encuentran en el ENSAYO, y de las cuales, por otra parte, rara vez se eximen aun los escritos de muchos que han frecuentado las escuelas. El MARQUES DE VALDEGAMAS, por lo que de sus escritos y de una carta suya aparece, aunque no ha cursado estos estudios escolásticos extraños á su estado y condicion, se ha nutrido con la lectura de los Santos Padres, y convirtiéndosele este pasto en jugo y sangre propia, ha hecho que en sus escritos se trasfundan aquellas locuciones, aquellos tropos y aquellos símiles usados por los Santos Padres en aquellos tiempos que el lenguaje teológico no habia alcanzado aun la unidad y fijeza que despues llegó á tener. De cualquier manera, no creemos escedernos asegurando que de todas ó casi todas las espresiones censuradas por el crítico del SR. DONOSO, se pueden encontrar ó idénticas ó equivalentes en los escritos de los mas célebres entre los antiguos doctores: deben sin embargo exceptuarse de la generalidad de este juicio las poquísimas relativas al sexto tema de las censuras mencionadas.

Para probar nuestros asertos, citaremos aquí por via de ejemplo aquel pasage que el Sr. Gaduel, no llegando hasta declararlo *herético*, califica de absolutamente *falso* y con tendencias al *luteranismo*, al *calvinismo*, al *bayanismo*, y al *jansenismo*. Trata en este pasage el SR. DONOSO de la libertad, y examinando su esencia íntima, la define de este modo:

«Viniendo á la tremenda cuestion que es asunto de este capítulo, y »que procuraré encerrar en los límites mas estrechos, diré que la nocion «que se tiene generalmente del libre albedrío, es de todo punto falsa. El »libre albedrío no consiste, como generalmente se cree, en la facultad de »escoger el bien y el mal, que le solicitan con dos contrarias solicitacio»nes. Si el libre albedrío consistiera en esa facultad, habrian de seguirse »de ello forzosamente las siguientes consecuencias, una relativa al hom»bre, y otra relativa á Dios, que son evidentemente absurdas. La relativa »al hombre consiste en que sería menos libre cuanto fuera mas perfecto, »como quiera que no puede crecer en perfeccion sin sujetarse al imperio »de lo que le solicita al bien...» — En segundo lugar, se seguiria que: «Para que Dios fuera libre, era necesario que pudiera escoger entre el »bien y el mal, entre la santidad y el pecado.» —

Por estas palabras se ve cómo el autor impugna aquella preocupacion vulgar que pone la libertad en la posibilidad de pecar ó de obrar rectamente: y en esto en verdad nada asevera de extraño, pues lejos de eso no

hace sino reproducir lo mismo que ya San Agustin habia dicho contra Juliano: *Sed ut de hac re vana sapias, fallit te definitio tua, qua in superiori prosecutione, cui jam respondimus, sicut sæpe et alibi facis, liberum arbitrium definisti. Dixisti enim:* LIBERUM ARBITRIUM NON EST ALIUD QUÁM POSSIBILITAS PECCANDI ET NON PECCANDI. *Quá definitione primúm ipsi Deo liberum arbitrium abstulisti..... Deinde ipsi sancti in regno ejus liberum arbitrium perdituri sunt, ubi peccare non poterunt.* (S. AUGUSTINI, Op. imp. Lib. VI, núm. 10.) Lo mismo observaba el beato Anselmo en su diálogo acerca del libre albedrío. Respondiendo allí el maestro á la pregunta de su discípulo, dice: *Libertatem arbitrii non puto esse potentiam peccandi et non peccandi.* ¿Por qué razon dice esto el maestro? Por las mismas que dá el SR. DONOSO CORTÉS: *Si hoc ejus esset definitio, nec Deus nec angelus, qui peccare nequeunt, liberum haberent arbitrium, quod nefas est dicere... Liberior voluntas est quæ á rectitudine non peccandi declinare nequit quam quæ illam potest desserere.* (S. ANSELMI, diálog. *de lib. arb.* Capítulo I.)

Elevándose luego el SR. DONOSO al concepto universal y primario de la libertad, dice que esta no consiste en la facultad de escoger (es decir, entre el bien y el mal, como anteriormente ha enunciado, y lo repite mas abajo) sino *en la facultad de querer, la cual supone la facultad de entender*: de lo cual infiere que: «Si la libertad consiste en la facultad de en»tender y de querer, la libertad perfecta consistirá en entender y querer »perfectamente; y como solo Dios entiende y quiere con toda perfeccion, »se sigue de aquí, por una ilacion forzosa, que solo Dios es perfectamente »libre.» — Y termina por esta conclusion: «La facultad de escoger otor»gada al hombre, lejos de ser la condicion necesaria, es el peligro de la »libertad, puesto que en ella está la posibilidad de apartarse del bien y »de caer en el error, de renunciar á la obediencia debida á Dios, y de »caer en manos del tirano. Todos los esfuerzos del hombre deben dirigir»se á dejar en ócio esa facultad, ayudado de la gracia, hasta perderla del »todo, *si esto fuera posible*, con el perpétuo desuso... Por eso ningun di»choso la tiene; ni Dios, ni sus santos, ni los coros de sus ángeles.»

Ahora bien, en todo este discurso, entendido como se debe, y no mirado con malos ojos, nada vemos sino una doctrina completamente ortodoxa pura. Que el libre albedrío no es una facultad distinta de la voluntad, lo afirma S. Juan Damasceno. (*De fide orth.* l. III, cap. XIV.) *Liberum arbitrium nihil aliud est quám voluntas*: y lo mismo concede Santo Tomás. Que la posibilidad de pecar es una imperfeccion que el hombre debe atenuar en sí mismo, absteniéndose de los actos que de ella proceden, es tambien cosa tan evidente como la impecabilidad de Dios y de los santos.

Pero si estas opiniones, preguntará el Sr. Gaduel, van de acuerdo con

el comun pensar de los doctores ¿porqué el Sr. Donoso se viene con la pretension de que combate un error vulgar? Muy sencillamente: porque el Sr. Donoso en todo este libro no se propone combatir á las escuelas católicas, sino á los liberales y socialistas, ninguno de los cuales seguramente sospechará que en estas materias tiene ideas singularmente equivocadas. ¿Qué mas? Pocas líneas antes de entrar en materia, lo primero que protesta el Sr. Donoso es que sigue á los maestros católicos tan ignorados ó tan olvidados por sus adversarios: «Cuestiones, dice, son estas »que ocuparon todos los entendimientos en los siglos de los grandes doc»tores, y que miran hoy con desden los petulantes sofistas que no tienen »fuerza para levantar del suelo las formidables armas que esgrimieron fá»cil y humildemente aquellos doctores santos en las edades católicas» verdad, que el Sr. Donoso pone todavía mas de manifiesto al combatir, en pos de este error, aquel otro consistente en la manera con que algunos confunden la nocion de la libertad con la de una independencia absoluta: confusion que por cierto no existe en el campo de las escuelas ortodoxas, siendo por consiguiente necesario si se ha de obrar de buena fé, examinar la clase de adversarios contra quienes argumenta el Sr. Donoso. Añádase á esto que no andaria seguramente muy errado el que afirmase que son muy raros los católicos no eruditos en escolástica, que no consideren tambien como esencial de la libertad la facultad de escoger entre el bien y el mal, confundiendo de este modo un hecho universal del hombre durante la vida terrena con los requisitos esenciales de una perfeccion que conviene á todos los séres inteligentes.

Pero añade el docto crítico del Sr. Donoso: Si la libertad no es una potencia distinta de la voluntad, la libertad se concilia fácilmente entonces con la gracia necesitante de Lutero, Calvino, Bayo y Jansenio. Para esta objecion hay varias soluciones; pero la mas sencilla y categórica es la que dá el mismo Sr. Donoso *verbis amplissimis*, y que debia no haberse ocultado á las perspicaces miradas del Sr. Gaduel. Oigase lo que el Sr. Donoso dice: «Otros no alcanzan á comprender de qué manera la »gracia por la cual fuimos puestos en libertad y rescatados, se aviene con »esa misma libertad y rescate, pareciéndoles que en esa operacion miste»riosa Dios solo obra, y el hombre padece; en lo cual van de todo punto »errados, como quiera que en este gran misterio concurren Dios y el »hombre, obrando el primero y cooperando el segundo. Y aun por esta »razon no suele dar Dios, por punto general, sino la gracia *que es suficien»te* para mover la voluntad con blandura. *Temeroso de oprimirla*, se con»tenta con llamarla hácia sí con suavísimos reclamos. El hombre, por su »parte, cuando acude al reclamo de la gracia, acude con incomparable »suavidad y complacencia; y cuando la voluntad suavísima del hombre,

»que se complace en el llamamiento, se junta en uno con la voluntad »suavísima de Dios, que llamándole se complace, y que complaciéndose le »llama, entonces sucede que de suficiente que era la gracia, se torna en »eficaz por el concurso de estas dos suavísimas voluntades.» — Con cuyas palabras el ilustre escritor, estableciendo un perfecto acuerdo entre la gracía y el libre albedrío, no hace sino exponer, de todos los sistemas católicos, el que mas favorece la libertad humana, y el que mas dista por consiguiente de las opiniones condenadas en los hereges que se digna mencionar el Sr. Gaduel.

Pero insistirá quizás el Sr. Gaduel, preguntando: ¿el excluir de la libertad del hombre mortal la posibilidad de pecar, no es un enorme error, que legítimamente se infiere de la doctrina espuesta por el Sr. Donoso acerca del libre albedrío? Tambien á esta objecion responde el mismo Sr. Donoso, diciendo como dice, que *el hombre no seria libre, si no pudiera escoger el mal*, y que, sin la posibilidad de pecar, *la libertad humana seria inconcebible*: proposiciones ambas por cierto que precisamente contienen y aun cuasi exageran una doctrina diametralmente opuesta á la que el Sr. Gaduel le imputa en virtud de las anteriores definiciones.

¿Cuál puede ser en todo esto la falta cometida por el ilustre escritor á quien defendemos? Ya lo hemos dicho mas arriba; su única falta, si tal puede en rigor llamarse, consiste en haber usado locuciones y frases agenas quizás á las usadas hoy dia en la enseñanza de las escuelas, y con las cuales el docto profesor de Orleans parece mas familiarizado que con las antiguas.

Tales nos han parecido las razones de que un católico de tanta doctrina y tan sincera fé como el Sr. Marqués de Valdegamas no se haya ceñido en sus escritos á aquella rígida exactitud de vocablos capaz de quitar á los adversarios todo pretexto racional de cavilosidades y censuras. Apresurémosnos empero á decir que las afirmaciones del Señor Marqués, si pueden parecer arriesgadas ó peligrosas á quien las considere violentamente aisladas de su texto respectivo, y sin el correctivo de las frases que las explican y circunscriben, en cambio, considerado el conjunto de la obra, suenan bastante menos mal, y no creemos que sean capaces de suscitar en un espíritu recto ni escándalo ni errores. Lejos de esto, nos sorprende y maravilla que un seglar, no educado ciertamente en las aulas de un seminario, ó en el sagrado recinto de un claustro, conozca tan de lleno, como él la conoce, la economía de la ciencia teológica, y penetre con tanta seguridad en los misterios mas escondidos y en las mas delicadas cuestiones. Por otra parte, el ilustre filósofo, con una docilidad tanto mas admirable cuanto menos comun es en los grandes ingenios, ha entregado su obra al exámen de los

jueces supremos, con ánimo resuelto de corregirla y enmendarla cómo y cuándo ellos se lo digan. Luego que esto haya sucedido, sin duda alguna el Ensayo sobre el Catolicismo será mas caro y seguro para los católicos; pero cualquiera que sea el éxito, no nos parece temerario de nuestra parte el enunciar el deseo que concebimos, desde que hubimos leido una obra, por tantas razones preciadísima; y es que para dar á la misma toda la perfeccion que requiere la importancia de su argumento, retocara el autor su estilo en algunos pasages, y en otros templase, por decirlo así, la forma de la doctrina, de modo que la hiciese inexpugnable hasta para los mas quisquillosos; para esos, decimos, que deleitándose en correr velos sobre las bellezas originales de los grandes escritores, van buscando por do quiera una fibra delicada que tocar, con una severidad que no pocas veces frisa en los términos de la injusticia.

¿Qué sería de tantos libros como diariamente se escriben por seglares, y especialmente en Francia, en defensa de las sanas doctrinas, si se hiciese empeño en hallarlos en falta? ¿Qué seria del mismo crítico, eclesiástico como es y maestro en la ciencia de Dios, si se quisiera escudriñar cada una de sus palabras, y pesar escrupulosamente cada una de sus proposiciones? Por nuestra parte, seguramente no recibiriamos como artículos de fé todo lo que él afirma en muchos pasajes de su crítica y respecto á las materias mas espinosas, en las que los profesores suelen ordinariamente írse con mas tiento que el Sr. Gaduel. Tal es, para no citar mas que un ejemplo, lo que á propósito del misterio de la Santísima Trinidad aventura el sesudo crítico, cuando dice: *L' on dit bien la diversité des personnes divines; mais on ne doit pas dire la diversité divine.*—¿Quién le ha enseñado al Sr. Gaduel que se puede decir *la diversidad de las personas divinas?* Esto pudiera pasar en un lego, que confunde la *diversidad* con la *distincion*; pero dicho por un perito en teología, que nos asegura *haber pasado toda su vida estudiando y enseñando la religion*, pudiera parecer indicio de herejía arriana. Y aun por eso advierte con gran prudencia el Angélico Doctor que cuando se hable de las personas divinas se tenga gran cuidado de no decir *diversidad* ni *diferencia*: *Ad evitandum igitur errorem Arii, vitare debemus in divinis nomen* DIVERSITATIS *et* DIFFERENTIÆ, *ne tollatur unitas essentiæ* (*Sum. theol.* p. 1, q. 31, a. 2).

No decimos esto con ánimo de censurar al docto eclesiástico que ha tomado á cargo examinar el libro del Marqués de Váldegamas, sino solo para que vea que todos esos deslices de locuciones impropias ó aventuradas son harto perdonables en un pobre seglar, cuando así se les escapan á teólogos de profesion. Para terminar, no ocultaremos que mucho mas recomendable que las censuras del Sr. Gaduel, nos ha parecido la obra del traductor italiano ó de quien quiera que sea el que acaba de publicarla

en Foligno, acompañándola de notitas marginales, con las que, ora templando las formas aventuradas del lenguaje original, ora rectificando el sentido de algunas proposiciones ambiguas, ó ya esclareciendo algunas oscuras, se desvanece en muchos puntos para los lectores todo riesgo fundado de dar una mala interpretacion al texto. De esta manera, el libro del Marqués de Valdegamas, tal como en la edicion italiana aparece, si no iguala al original español en la magnificencia del estilo, la sobrepuja en precision y en seguridad de doctrinas.

FIN DEL TOMO CUARTO.

INDICE DEL TOMO CUARTO.

ENSAYO

SOBRE

EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO.

LIBRO PRIMERO.

DEL CATOLICISMO.

LIBRO SEGUNDO.

PROBLEMAS Y SOLUCIONES RELATIVAS AL ÓRDEN EN GENERAL.

LIBRO TERCERO.

PROBLEMAS Y SOLUCIONES RELATIVAS AL ÓRDEN EN LA HUMANIDAD.

APÉNDICE

AL

ENSAYO SOBRE EL CATOLICISMO, EL LIBERALISMO Y EL SOCIALISMO.

FIN DEL ÍNDICE.

«La Biblioteca de la Facultad de Derecho facilita la lectura de sus libros, mediante préstamo gratuíto y temporal, a domicilio, durante un plazo de 15 días, para todos los libros de su Biblioteca general.

Todo prestatario firmará un recibo en que se obligará a devolver la obra que utiliza dentro del plazo marcado y sin otro deterioro que el natural producido por un uso cuidadoso. En caso de pérdida o grave deterioro, se obliga a la reposición del ejemplar, o al pago del precio que el catálogo de la Biblioteca indique.»